MARTÍN DE ROA S.J.

# Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús (1553-1662)



Edición, introducción, notas
y transcripción de:

Antonio Martín Pradas

Inmaculada Carrasco Gómez

MARTÍN DE ROA S.J.

# HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ANDALUCÍA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1553-1602)

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN, NOTAS Y TRANSCRIPCIÓN DE:

Antonio Martín Pradas
Inmaculada Carrasco Gómez

PRÓLOGO
Wenceslao Soto Artuñedo S.J.

ÉCIJA 2005

COLABORADORES:

**Verónica María Oterino Martín.**

Diplomada en Ciencias de la Educación, especialidad Música.

**María del Carmen Rodríguez Oliva.**

Doctora en Historia del Arte. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.

**Wenceslao Soto Aruñedo S.J.**

Doctor en Historia. Miembro Correspondiente del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en Roma.

© Antonio Martín Pradas e Inmaculada Carrasco Gómez.
© De la primera Edición: Asociación de Amigos de Écija.
Diseño de cubierta y fotografías: Isabel Dugo Cobacho.
Impreso en España - Printed in Spain.
ISBN.: 84-609-7417-0
Depósito Legal: SE-4548-05
Maquetación e impresión: Mira!
Cubierta: Emblema de la Compañía de Jesús: IHS. Tomado del que se conserva en las habitaciones de San Ignacio de Loyola, en Roma.

*A la memoria del Padre Eduardo Moore S.J.*

# ÍNDICE


**PRÓLOGO** . . . . . 13

**INTRODUCCIÓN** . . . . . 19

· LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN ANDALUCÍA . . . . . 22
· EL MANUSCRITO . . . . . 24
· EL AUTOR . . . . . 28
· MARTÍN DE ROA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS, DATOS BIOGRÁFICOS . . . . . 28
· BIBLIOGRAFÍA DEL PADRE MARTÍN DE ROA . . . . . 32
· CONTENIDO DEL MANUSCRITO . . . . . 36
· BIBLIOGRAFÍA . . . . . 79

**HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ANDALUCÍA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS** . . . . . 82

**LIBRO PRIMERO** . . . . . 84

Capítulo I.- Breve descripción y noticia de la Provincia y la primera ocasión que tuvo de entrar en ella la Compañía . . . . . 84

Capítulo II.- Principios de la fundación del Colegio de Córdoba . . . . . 85

Capítulo III.- Primero asiento y población del Colegio de Córdoba e institución de escuelas. . 87

Capítulo IV.- Breve memoria de los hechos de don Juan Fernández de Córdoba, fundador de este Colegio . . . . . 90

Capítulo V.- Cómo se tomó posesión de las casas del fundador y de las escuelas, que labró la ciudad, y cómo se puso la primera Probación y Noviciado de la provincia, y le aplicó el Padre don Antonio casi 1.000 ducados de renta al Colegio . . . . . 91

Capítulo VI.- De las ocupaciones y ejercicios de este Colegio y del fruto de ellos. . . . . 92

Capítulo VII.- Del celo y santos ejemplos del Padre Alonso de Zárate 2º Rector de este Colegio . . . . . 94

Capítulo VIII.- De los insignes Bienhechores del Colegio de Córdoba . . . . . 96

Capítulo IX.- Del insigne templo que en este Colegio tiene la Compañía y todo lo que acerca de él ha sucedido . . . . . 98

Capítulo X.- De los principios de la fundación del Colegio de Sevilla adonde sucedió la Casa Profesa. . . . . 100

Capítulo XI.- Cómo se hicieron algunos recibos de gente señalada y de lo que sucedió en estos principios. . . . . 102

Capítulo XII.- De las persecuciones que contra la Compañía levantaron algunos clérigos herejes en Sevilla. . . . . 104

Capítulo XIII.- Cómo libró Nuestro Señor de esta calumnia a los nuestros y del fin que tuvo este religioso. . . . . 106

Capítulo XIV.- Cómo se dio principio a la fundación del Colegio de Granada y de lo sucedido en este tiempo. . . . . 108

Capítulo XV.- Cómo se puso la casa en forma de Colegio con Rector y oficiales y comenzó a predicar el Padre Basilio con extraordinario fruto y aplauso. . . . . 110

Capítulo XVI.- De la mudanza de vida que algunos varones señalados hicieron en este tiempo con los sermones del Padre Basilio. . . . . 111

Capítulo XVII.- Desocúpase el Padre Basilio del gobierno del Colegio y sucede en su lugar el Padre Doctor Plaza y trasládase la casa de aprobación a Granada y sus ejercicios. . . . . 116

Capítulo XVIII.- Ejemplos de la obediencia y oración de estos tiempos . . . . . 117

Capítulo XIX.- Milagrosa muerte del Padre Basilio y de los jueces que él emplazó en una ocasión . . . . . 120

Capítulo XX.- De la vocación del Padre Basilio a la Compañía y de los encuentros que en ella venció . . . . . 122

Capítulo XXI.- De las grandes virtudes del Padre Basilio . . . . . 124

Capítulo XXII.- Venida del Padre Doctor Ramírez y lo que aquí le sucedió. . . . . 126

Capítulo XXIII.- Lo que los herejes intentaban por este tiempo en Sevilla y la resistencia que les hicieron los nuestros . . . . . 128

Capítulo XXIV.- Cómo Constantino pretendió entrar en la Compañía y Nuestro Señor la libró de esta peste e infamia . . . . . 130

Capítulo XXV.- Cómo libró Nuestro Señor la Compañía de este peligro y el fin que tuvo Constantino . . . . . 131

Capítulo XXVI.- De algunos insignes Benefactores que en este tiempo tuvo el Colegio de Sevilla . . . . . 131

Capítulo XXVII.- Cómo se dio principio a la fundación del Colegio de Montilla . . . . . 134

Capítulo XXVIII.- Cómo se pobló el Colegio, fruto de sus ministerios y muerte del Padre Alonso López, su Rector . . . . . 136

Capítulo XXIX.- El estado del Colegio de Sevilla y Granada por este tiempo y del espíritu y fruto del Padre Baptista. . . . . 138

Capítulo XXX.- De algunos varones señalados que por su predicación dejaron el mundo y entraron en la Compañía y florecieron en ella, especialmente el Padre Albotodo . . . . . 142

Capítulo XXXI.- Cómo entraron en la Compañía otros sujetos muy importantes y la ilustraron con sus virtudes . . . . . 146

Capítulo XXXII.- De obras y virtudes maravillosas del Padre Baptista . . . . . 151

Capítulo XXXIII.- De la humildad y oración del Padre Baptista y de su dichosa muerte..154

Capítulo XXXIV.- Fundación de la Casa del Albaicín en Granada y provecho que con ella se hizo en los naturales . . . . . 155

**LIBRO SEGUNDO** . . . . . 163

Capítulo XXXV.- Libro segundo del fin que tuvo Constantino perseguidor de la Compañía y de otros varios sucesos de este tiempo con el acrecentamiento del Colegio de Sevilla . . . . . 163

Capítulo XXXVI.- Trasládase el Noviciado de Granada a Sevilla. Viene Visitador General, y señala Provincial. Aumento y Benefactores del Colegio de Granada. . 166

Capítulo XXXVII.- Fundación y asiento del Colegio de Trigueros. . . . . 168

Capítulo XXXVIII.- Misión del Campo del Andévalo y Bienhechores de este Colegio..170

Capítulo XXXIX.- De algunos Padres y Hermanos por este tiempo murieron santamente, y en particular los enfermos de las galeras de Sevilla . . . . . 172

Capítulo XL.- Principio y origen de la fundación y aumento del Colegio de Cádiz y misión de las Almadrabas. . . . . 177

Capítulo XLI.- Fundación y asiento del Colegio de Cádiz . . . . . 179

Capítulo XLII.- Ocupaciones de la Compañía en Cádiz y el fruto de ellas . . . . . 181

Capítulo XLIII.- Cómo se pusieron escuelas y estudios y se hicieron otras insignes obras de piedad . . . . . 182

Capítulo XLIV.- Benefactores del Colegio de Cádiz . . . . . 184

Capítulo XLV.- Primera Congregación Provincial y estado de la Provincia hasta el año de sesenta y nueve con sus misiones . . . . . 184

Capítulo XLVI.- La vida y muerte de los padres Juan de León que llamaban el Cordero y del Padre Maestro Martín Gómez . . . . . 187

Capítulo XLVII.- Cómo se quitó en estos reinos el abuso de no dar la comunión a los condenados a muerte. . . . . 190

Capítulo XLVIII.- Fundación, aumento y estado del Colegio de Marchena . . . . . 192

Capítulo XLIX.- Tómase posesión, y puéblase el Colegio. Pónense escuelas de niños y estudios y acreciéntase en otras casas. . . . . 194

Capítulo L.- Cómo se deshizo la Casa del Albaicín de Granada por causa de la segunda rebelión de los Moriscos de aquel reino y lo que en esta ocasión hizo la Compañía. . . . . 196

Capítulo LI.- Cómo entró en el oficio de Provincial el Padre Maestro Juan de Cañas y de las cosas que en su tiempo sucedieron . . . . . 198

Capítulo LII.- Cómo se fundó en Baeza un Colegio de la Compañía de Jesús . . . . . 200

Capítulo LIII.- De lo que sirvieron los de la Compañía a Dios Nuestro Señor y a la ciudad de Cádiz en la peste del año de 1570 y 1571. Y los que murieron en ella curando y administrando los sacramentos a los enfermos . . . . . 203

Capítulo LIV.- Dichoso tránsito del Padre Sotomayor y su compañero . . . . . 204

Capítulo LV.- De algunos varones señalados en santidad que este año pasaron de la tierra al cielo . . . . . 206

Capítulo LVI.- Principios del Colegio de Málaga . . . . . 211

Capítulo LVII.- Tercera y cuarta Congregación Provincial con los sucesos de éstas y otras cosas de este tiempo . . . . . 214

Capítulo LVIII.- De otras excelentes virtudes del Padre Pedro Bernal. . . . . 216

Capítulo LIX.- Del estado y sucesos de la Provincia en este tiempo. . . . . 218

Capítulo LX.- La vida del Padre Hernando Guillén, hombre verdaderamente apostólico...220

Capítulo LXI.- Desastrado fin de unos novicios que salieron de la Compañía, y maravilloso remedio de otros tentados . . . . . 224

Capítulo LXII.- De algunos insignes varones, que por este tiempo fallecieron en la Provincia. . . . . 227

Capítulo LXIII.- Principios, aumento y Bienhechores del Colegio de Jerez de la Frontera. 229

Capítulo LXIV.- Vida del insigne varón el Padre Licenciado Francisco Gómez . . . . . 231

Capítulo LXV.- Cómo fueron enviados algunos de la Compañía a rescatar cautivos y cuidar a sus almas en Berbería . . . . . 236

Capítulo LXVI.- Rumores falsos que algunos esparcieron contra la Compañía cuando castigó el Santo Oficio a los Alumbrados de Llerena y el suceso de ello. . . . . 240

Capítulo LXVII.- División del Colegio y Casa Profesa de Sevilla . . . . . 242

**LIBRO TERCERO** . . . . . 247

Capítulo LXVIII.- De la Historia de la Provincia de Andalucía. Cómo tomó el oficio de Provincial el Padre García de Alarcón y de los que en este tiempo sucedió, mayormente en la fundación de la Casa Profesa . . . . . 247

Capítulo LXIX.- Ministerios de la Casa Profesa y fruto de ellos. . . . . 248

Capítulo LXX.- Cuidado y provecho de las cárceles y congregaciones. . . . . 250

Capítulo LXXI.- De los insignes Bienhechores de la Casa Profesa. . . . . 252

Capítulo LXXII.- Cómo libró Nuestro Señor a un religioso de una falsa acusación milagrosamente . . . . . 254

Capítulo LXXIII.- De muchos y grandes siervos de Dios que estos años pasaron de esta vida a la otra. . . . . 255

Capítulo LXXIV.- Del Hermano Diego de Yevenes coadjutor temporal. . . . . 257

Capítulo LXXV.- Del Padre Diego de Perea y del Hermano Francisco Rodríguez . . . 259

Capítulo LXXVI.- Del Hermano Rodrigo de Flores . . . . . 261

Capítulo LXXVII.- Vida y hechos del Apostólico varón el Padre Jorge Álvarez . . . . . 262

Capítulo LXXVIII.- Ejemplos del maravilloso celo del Padre Jorge Álvarez y del imperio y fuerza de su palabra. . . . . 264

Capítulo LXXIX.- De otras excelentes virtudes del Padre Jorge Álvarez, especialmente de su ferventísima caridad con los pobres, etc . . . . . 267

Capítulo LXXX.- De la grande paciencia, humildad y mortificación del Padre Jorge Álvarez . . . . . 269

Capítulo LXXXI.- Principios de la fundación del Colegio de Écija . . . . . 272

Capítulo LXXXII.- Del asiento de las escuelas, Bienhechores y fundación del Colegio de Écija . . . . . 274

Capítulo LXXXIII.- Cómo tomó el oficio de Provincial el Padre Gil González de Ávila y de algunas cosas de este tiempo especialmente de la muerte del Padre Gonzalo del Álamo . . . . . 276

Capítulo LXXXIV.- Del Hermano Hernando de Torres y de otras cosas de este tiempo . . 279

Capítulo LXXXV.- Ejemplares sucesos de algunos que por este tiempo salieron de la Compañía. . . . . 281

Capítulo LXXXVI.- De la santa vida y ejercicios del Padre Rodrigo Álvarez . . . . . 283

Capítulo LXXXVII.- De la vocación del Padre Rodrigo Álvarez a la Compañía y algunas de sus virtudes. . . . . 284

Capítulo LXXXVIII.- Cómo llevaba el Padre Rodrigo Álvarez los trabajos y cuanto amaba y estimaba la fe . . . . . 286

Capítulo LXXXIX.- De la mucha caridad del Padre Rodrigo Álvarez para con Dios y para con los prójimos y de la eficacia de su oración . . . . . 288

Capítulo XC.- De la discreción de espíritu que Nuestro Señor le comunicó el fruto que con ella hizo y el aborrecimiento que por ella le tuvieron los demonios . . 290

Capítulo XCI.- Del don de consejo y profecía que tuvo el Padre Rodrigo Álvarez y del fruto que con ellos hizo en los prójimos . . . . . 292

Capítulo XCII.- De los particulares favores y regalos que Nuestro Señor hizo a este su siervo en la oración y otros santos ejercicios, mayormente en la muerte y después . . . . . 295

Capítulo XCIII.- Maravillosa oración, vida y muerte del Padre Rector Diego Sánchez . . 297

Capítulo XCIV.- De la octava Congregación Provincial y principios del Colegio de Cazorla . . . . . 299

Capítulo XCV.- Fundación, aumento y Bienhechores del Colegio de Cazorla . . . . . 300

**LIBRO CUARTO** . . . . . 305

Capítulo XCVI.- Misión en África a la ciudad de Melilla y el suceso de ella . . . . . 305

Capítulo XCVII.- De la nona Congregación Provincial y de algunos casos maravillosos que por este tiempo sucedieron en la Provincia. . . . . 307

Capítulo XCVIII.- Cómo se fundó el Colegio de Úbeda . . . . . 309

Capítulo XCIX.- Del Hermano Gonzalo de Valencia, que por este tiempo pasó de esta vida a la eterna . . . . . 311

Capítulo C.- Acaecimientos varios de personas que por este tiempo salieron de la Compañía . . . . . 312

Capítulo CI.- Fundación, estado y fruto del Colegio de los Ingleses que está a cargo y Gobierno de la Compañía en Sevilla . . . . . 315

Capítulo CII.- De la décima Congregación Provincial, sucesos de ella y de este tiempo. . 317

Capítulo CIII.- De algunos varones señalados que por este tiempo murieron en la Provincia, especialmente de los padres Baltasar de Santofimia y Alonso de la Cámara. . . . . 318

Capítulo CIV.- De los hermanos Gaspar de Caballar y Domingo de Oñate y de los padres Juan de Cañas, Francisco Ramírez y Diego de Salazar . . . . . 321

Capítulo CV.- Principio de la Casa de Probación de Baeza, undécima Congregación y sucesos de ella y del tiempo . . . . . 326

Capítulo CVI.- De algunos padres que ofrecieron a Dios sus vidas confesando los heridos de peste que estos años hubo en la Provincia y de la última Congregación de este tiempo. . . . . 328

Capítulo CVII.- Fundación, aumento y estado del Colegio de Fregenal . . . . . 329

Capítulo CVIII.- Fundación del Colegio de Guadix . . . . . 331

Capítulo CIX.- Principio de la Casa de Antequera . . . . . 334

Capítulo CX.- De los varones más señalados que por estos últimos años pasaron de esta vida a la eterna, especialmente del Padre Simón de Esquivel . . . . . 335

Capítulo CXI.- Del Padre Juan de Frias, grande y apostólico predicador de la Compañía...337

Capítulo CXII.- Del Hermano Blasco y del Padre Alonso de Ávila. . . . . 340

Capítulo CXIII.- Del humilde y penitente varón el Padre Pedro de Monroy. . . . . 343

Capítulo CXIV.- Cómo le llamó Dios a la Religión y de las tentaciones en que venció al demonio en sus principios . . . . . 343

Capítulo CXV.- De las excelentes virtudes de este santo varón, especialmente de su extremada humildad y pobreza . . . . . 347

Capítulo CXVI.- Del ejercicio práctico de la mortificación y otras virtudes, con que andaba entre día y de su divino tránsito . . . . . 350

Capítulo CXVII.- De algunos padres que murieron en la ciudad de Granada al año de mil y seiscientos, confesando heridos de peste . . . . . 353

Capítulo CXVIII.- Del Padre Antonio Sánchez, fiel obrero de la Compañía. . . . . 354

Capítulo CXIX.- De las muchas virtudes del Padre Maestro Antonio Sánchez, especialmente de su oración, devoción y mortificación . . . . . 356

Capítulo CXX.- De la humildad, pobreza, paciencia y obediencia del Padre Antonio Sánchez. . . . . 358

Capítulo CXXI.- Del Padre Antonio Cordeses, antiguo y apostólico varón de la Compañía. . . . . 360

## NOTA SOBRE LOS AUTORES DE LA EDICIÓN

### ANTONIO MARTÍN PRADAS.

Doctor en Historia del Arte y Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla. Miembro integrante del Grupo de Investigación Musical "Seminario: Cristóbal de Morales" de la Universidad Hispalense. Ha publicado varios libros y artículos en revistas especializadas sobre Historia, Arte, Documentación y Normalización terminológica entre otros. Destacan sus estudios sobre diferentes aspectos de la Compañía de Jesús, particularmente en Sevilla y su provincia. En la actualidad desempeña su labor profesional como Historiador del Arte y Documentalista en el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.

### INMACULADA CARRASCO GÓMEZ.

Arqueóloga y Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla. Miembro integrante del Grupo de Investigación HUM 639 del Plan Andaluz de Investigación, Área de Arqueología de la Universidad Pablo de Olavide. Ha public do varios libros y artículos sobre Arqueología, Historia y Arte, y en colaboración con Antonio Martín Pradas, estudios sobre diferentes aspectos de la Compañía de Jesús en Sevilla y su provincia. En la actualidad desempeña su labor profesional como Arqueóloga en la empresa ARQ'uatro.

# PRÓLOGO

Es una auténtica satisfacción prologar una obra tan interesante como ésta de la "Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús", de un autor tan erudito como el que nos ocupa, el P. Martín de Roa Francés (ca.1558-1637). El interés de la obra viene por ser una de las fuentes históricas hasta ahora de uso restringido, pero que al ser publicada servirá de guía a cuantos investigadores quieran acercarse a los primeros años de la historia de la Compañía de Jesús en Andalucía. La calidad de su autor queda demostrada por su currículo, su producción y por los datos de su personalidad que de él nos han llegado. Y todo esto hay que agradecérselo, con justicia, a los investigadores Antonio Martín Pradas e Inmaculada Carrasco Gómez, que han tenido la paciencia de transcribir ese manuscrito y prepararlo para su edición, con una interesante y completa introducción.

El estudio de la historia no era un objetivo contemplado por la Compañía de Jesús en sus Constituciones, pero es curioso que muchos jesuitas se hayan dedicado a él. Los hay grandes maestros que tienen la investigación y docencia de la Historia como su tarea principal. Baste citar, para nuestro ámbito contemporáneo español, al reconocido Miquel Batllori (1909-2003) y al catedrático de Deusto Fernando García de Cortázar. Pero una buena parte de ellos, son y han sido historiadores "domingueros", en expresión de Philippe Ariès; es decir, no han tenido a la historia como su misión principal. La lista aquí podría ser interminable, pero uno de ellos es Martín de Roa.

Los alumnos de los jesuitas (y Martín de Roa lo fue) estudiaban a los clásicos, pero junto con los clásicos se enseñaba también historia y geografía "de las costumbres de los pueblos, de los testimonios de escritores y de cualquier rama del saber" según la Ratio Studiorum de 1599. Por esto, los jesuitas, y sus alumnos, tenían una buena formación en la historia clásica greco-latina y fácilmente de ahí daban el salto a las historias nacionales o locales. A veces el interés era pastoral, sobre todo en los países protestantes, ya que había que reinterpretar la historia polemizando con los no católicos.

Martín de Roa pudo introducirse en esta disciplina en el colegio de Santa Catalina, de Córdoba, donde fue alumno. Por otro lado, cuando entró en la Compañía ya llevaba en su baúl un buen bagaje cultural propio de un hombre renacentista, humanista, de intereses amplios…., todo ello avalado por sus títulos académicos obtenidos en Sevilla y Osuna. Eso le permitió desplegar una gran y variada actividad como profesor de distintas materias, predicador de renombre, confesor experimentado, escritor polifacético, investigador constante, etc. Siendo aún novicio, ya tuvo la lección inaugural de la apertura oficial del colegio de Málaga en 1579. En muchos lugares por los que pasó roturó sus historias locales (Córdoba, Málaga, Écija y Jerez de la Frontera), convirtiéndose, así, en la primera y obligada referencia de los historiadores posteriores, a pesar de las limitaciones que tienen estas obras, sobre todo en sus contenidos de la Edad Antigua. Pero Roa no era un mirlo blanco, pues por aquella época había en Andalucía un grupo de jesuitas interesados por la historia además de él mismo, y siempre los hubo, como son Juan de Santibáñez (1582-1650), Andrés Lucas de Arcones (1592-1658), Francisco de Torres (1612-1678), Francisco de Vílches (1575-1649), por citar sólo algunos jesuitas contemporáneos de Roa. También los hubo en otras Provincias jesuitas españolas, como Luis de Guzmán (1527-1591) o Juan de Mariana (1536-1624), y en otros siglos.

Uno de los primeros datos que yo conocí de Martín de Roa es un tanto luctuoso, pero me quedó grabado y me imprimió la imagen de un hombre honesto, fiel y cumplidor. Una bienhechora del colegio de Málaga fue Francisca Manrique de Aguayo y Salazar, que en un momento de apuros económicos del colegio, en 1612, hizo donación irrevocable intervivos de 1.500 ducados, en cumplimiento de la voluntad de su marido Don Gómez de Coalla, quien pedía ser enterrado en la capilla del, entonces, beato Ignacio, "cum petra, inscriptione nominum et insignibus eius".

Una de las condiciones de la donante era que si su fallecimiento ocurría fuera de Málaga un Padre y un Hermano de la Compañía debían traer sus huesos sin pompa, para sepultarlos junto a los de su marido. Efectivamente, Doña Francisca murió en Córdoba, donde fue enterrada. Y el 1 de Febrero de 1623 el P. Rector Martín de Roa trajo desde la ciudad califal aquellos restos y los colocó en la sepultura del Sr. Gómez de Coalla, su marido, en la capilla de San Ignacio, canonizado el año anterior. Se hizo este traslado con algunos jesuitas presentes "como consta del libro antiguo del prefecto de la sacristía" y se puso una plancha de plomo con los nombres de estas personas sobre la caja de madera que contenía sus restos.

Hay que imaginarse lo que sería viajar en aquellos tiempos para un hombre de unos 65 años, acompañando a unos restos humanos, a lomos de mula probablemente, o con una carreta, y en pleno invierno,… y todo para ser fiel a la voluntad de la

donante. No puedo dejar de evocar el viaje similar del duque de Gandía, futuro San Francisco de Borja (1510-1572), acompañando a Granada los restos de la emperatriz Isabel de Portugal (1503-1539).

Según dijimos, Martín de Roa Francés es uno de los más cumplidos exponentes de la erudición que caracteriza la imagen social (quizás mitificada) de los miembros de la Compañía de Jesús. Se hizo jesuita en 1578, al año de obtener la licenciatura en Artes por la Universidad de Osuna, antes de cumplir los 20 años. En la última revisión del catálogo de sus obras realizado por Jorge Grau, refiere 13 títulos en latín y 29 en castellano, si bien algunos de ellos agrupan varias obras menores como poemas. Fue traducido a otros idiomas, y las fechas de las segundas ediciones de sus trabajos muestran lo rápido y ampliamente que se propagó su fama, llegando las ediciones más recientes hasta 1890.

No entramos en más detalles de su biografía, que ya éste la desarrolla cumplidamente Antonio Martín Pradas. Fue hombre de prestigio (elegido para la Congregación de Procuradores), de gobierno (por los muchos que ejerció), muy activo pastoralmente, con intereses hacia la investigación y la historia y con dotes literarias. Ya lo debieron reconocer como buen historiador, cuando al acabar su rectorado en Málaga, en 1623, el P. General lo anima a que publique los escritos que tenía preparados. También fue encargado de revisar la vida de San Ignacio escrita por Lucas de Arcones.

No es oportuno tratar aquí el interés de los jesuitas por la arqueología, la antigüedad clásica, la historia eclesiástica, la hagiografía, la historia de los concilios, el coleccionismo, las historias nacionales de las que Juan de Mariana es un temprano y paradigmático ejemplo en España, etc., aunque se podría calcular que más de 600 jesuitas han aportado publicaciones valiosas en el campo de la historia.

Pero sí es oportuno referirnos a la promoción de los jesuitas por su propia historia, ya desde sus mismos orígenes. Ignacio de Loyola (1491-1556) y sus compañeros deseaban mantener su unión fraterna, en la dispersión apostólica previsible, dada la orientación que habían dado a la orden religiosa naciente, de una gran movilidad. Para mantenerse informados y unidos concluyeron que deberían enviar informes sobre sus actividades a Roma, para que de allí se redistribuyeran a los demás. Es decir, la primera razón de la narración jesuítica es psico-sociológica: mantener la unidad de sus miembros. Hay que recordar aquí cómo San Francisco Javier (1506-1552) en las lejanas Indias Orientales mantenía esa unión mediante cartas, incluso recortaba las firmas de sus compañeros y se las colgaba en una bolsa, del cuello, para llevarlas cerca del corazón. Una segunda razón de estas crónicas es de tipo ideológico, o religioso-teológico: era mantener una memoria histórica de los dones divinos, pues así interpretaban sus logros apostólicos. Es decir, desde el principio hubo narraciones históricas con el doble objetivo de la comunicación-información y también para "edificarse" unos a otros, difundiendo modelos con los que identificarse y a los que imitar. De ahí que la crítica histórica actual deba usar adecuadamente este tipo de testimonios. Fruto de estas y otras fuentes fue la historia de los años fundacionales, hasta 1556, el Chronicon que compuso Juan Alfonso de Polanco (1517-1576), secretario de la Compañía de 1547 a 1573 y secretario de los tres primeros generales: San Ignacio, Diego Laínez (1512-1565) y San Francisco de Borja.

Nunca se renunció a esta comunicación horizontal mediatizada por Roma. La Congregación General III (1573) encargó al superior general que reexaminara el modo de escribir a la Urbe y publicara una formula scribendi, o plan práctico de los aspectos que se debían tratar en los informes. Con el paso del tiempo, los informes que llegaban al P. General fueron cuatrimestrales, luego semestrales, y finalmente anuales, por razones prácticas. Las cartas anuas se publicaron cada año desde 1581 hasta 1614, y desde 1650 hasta 1654. Por su parte, las primeras cartas cuatrimestrales fueron publicadas en los cuatro volúmenes Litterae Quadrimestres en "Monumenta Historica Societatis Iesu" entre 1894 y 1897.

Dejando de lado la historia en las Misiones, un paso más se dio bajo la dirección del P. General Claudio Aquaviva (1543-1615), cuando encargó una historia oficial de la Compañía de Jesús. En distintos momentos se encargaron de ella Niccolò Orlandini (1553-1606), Francesco Sacchini (1570-1625), Joseph Jouvancy (1643-1719) y Giulio Cesare Cordara (1702-1785). Pero por diversas razones, "La historia oficial de la Compañía de Jesús" fue como un sueño nunca realizado, y a fines del siglo XIX se abandonó en favor de historias regionales. Por otro lado, en 1894 comienza en Madrid el germen de lo que será el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (Roma), con la edición de fuentes en la colección Monumenta Historica Societatis Iesu, la revista semestral Archivum Historicum Societatis Iesu (desde 1932) y la serie de monografías Bibliotheca Instituti Historici Societatis Iesu (desde 1941). Este Instituto promovió la investigación de historias de segmentos geográficos, así como la de menologios. Élesban de Guilhermy (1818-1884) fue el encargado de actualizar el de 1730, realizado por Giuseppe A. Patrignani (1656-1733). Distintos historiadores jesuitas y no jesuitas se han ocupado desde entonces de historiar a la Compañía o alguna de sus regiones, con diverso resultado.

Respecto a las historias más concretas,Aquaviva fue quien encargó redactar las historias particulares de las provincias jesuitas. Siguiendo este mandato, Martín de Roa escribió la "Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús". Una vez acabada, pidió licencia para publicarla, la última vez el 30 de diciembre de 1635, pero el nuevo P. General Muzio Vitelleschi (1563-1645) no se la concedió porque no le parecía una historia relevante, ya que estaba más interesado en una historia general, por lo que se pidió se enviara a Roma lo que hubiera escrito de cada provincia. Así, en 1630, pidió un compendio de lo ocurrido desde 1600 para la historia general "que se va haciendo de la Compañía". Puesto que Roa insistía en publicar la "Historia de la Provincia", el General encarga se le pida "con disimulo" y la revisen tres Padres, para que en nada contradiga a la "Historia General". No sabemos qué ocurrió, pero, de hecho, no llegó a publicarse. Murió dejando el manuscrito inédito con dos copias. El itinerario de este manuscrito y sus copias lo describe Antonio Martín Pradas en su introducción.

Antonio e Inmaculada dedican su trabajo al P. Eduardo Moore (1920-1995), de una familia británico-sevillana, que regaló a la Compañía de Jesús a tres de sus hijos. Dedicó muchos de sus desvelos al Archivo Histórico de la Provincia de Andalucía y a orientar a investigadores como Antonio Martín Pradas.

Nuestros investigadores han optado por transcribir la copia de la Universidad de Sevilla. Será interesante ahora estudiar sus semejanzas con la de Granada, transcrita y

estudiada, pero inédita, por el jesuita Leonardo Molina. La copia de Sevilla tiene 4 libros de 34, 33, 28 y 26 capítulos respectivamente, y de la copia de Granada sólo se han conservado 3 libros: el primero con 39 capítulos, los 7 primeros capítulos del segundo y 36 del cuarto. Por los títulos de los capítulos, parece que el ejemplar de Granada es más amplio, tiene nuevos capítulos añadidos entremezclados, pero está incompleto, al faltarle todo el libro tercero y parte del segundo. Como hipótesis podría pensarse que el de Granada es una segunda versión incompleta y, por lo tanto, posterior al de Sevilla. Pero eso lo dejamos para otro trabajo de estos investigadores o de otros.

Eso es trabajo para el futuro. Por lo pronto, y por ahora, tenemos que felicitarnos por poder utilizar esta fuente primordial para el estudio de la Compañía en Andalucía, y felicitar a sus autores, Antonio Martín Pradas e Inmaculada Carrasco Gómez, por su excelente trabajo, así como animarlos a seguir editando fuentes similares.

Sevilla, julio de 2005.

Wenceslao Soto Artuñedo, S. I.
Doctor en Historia.
Miembro Correspondiente del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús de Roma.

# INTRODUCCIÓN

Dentro del amplio legado documental que se conserva de la Compañía de Jesús repartido entre los distintos archivos nacionales, provinciales y locales, merecen especial atención las historias manuscritas que, de los distintos colegios y fundaciones, fueron escritas por los rectores y padres de los colegios, o bien encargadas por éstos a otros padres jesuitas, algunas de las cuales han sido y son continuas fuentes históricas enmarcadas dentro de la Edad Moderna. Estas historias nos aportan una visión no sólo relativa a la Compañía de Jesús en un determinado marco geográfico, sino que también, nos presentan una visión social, política y económica que en muchos casos no se plasman en otro tipo de fuentes documentales. Por ello, aunque son historias en las que se aprecian errores y algunas incongruencias, tal vez por la toma de datos de cronicones y falsarios anteriores, no deben de ser rechazadas por la historiografía actual, sino que por el contrario hemos de reivindicar su revalorización y debida atención por parte de todos. Son obras que aún no han salido a la luz pública, permaneciendo ocultas desde su creación, lográndose salvar de la destrucción a pesar de la gran cantidad de vicisitudes históricas por las que pasó la Compañía desde que en 1767 Carlos III expulsó la Orden de todos sus reinos. Estas obras se encuentran dispersas en varios archivos y bibliotecas, como el Archivo de la Provincia de Andalucía en la Facultad de Teología de Granada, el Archivo de la Provincia de Toledo de Alcalá de Henares (Madrid), el Archivo de la Real Academia de la Historia, el Archivo Histórico Nacional y también en su Sección Nobleza, el Archivo Histórico Municipal de Sevilla, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, Granada y Salamanca, e incluso en la Biblioteca Nacional de París donde se encuentran un gran número de planos de colegios de las provincias españolas.

Relativas a la provincia jesuítica de Andalucía hemos localizado la Historia del Colegio de la Purísima Concepción de María -vulgo de las Becas— en Sevilla titulada

*"Historia de la fundación y progreso del Colegio de la Concepción de la Compañía de Jesús de Sevilla"*, escrita por el Padre Bernardo de Ocaña, obra que abarca desde 1548 hasta 1634[1]. De gran importancia es la del Colegio de Carmona *"Historia de la fundación y progreso del Colegio de San Teodomiro de la Compañía de Jesús en la ciudad de Carmona"* que comprende desde 1619 hasta prácticamente la expulsión de la Compañía. Relativo a la ciudad de Utrera existe la *"Relación de la fundación del Colegio de la Compañía de Jesús en la villa de Utrera y entrada de los padres de la Compañía en ella el año de 1626"*. En Granada la *"Historia del Colegio de San Pablo de Granada"* que abarca desde 1554 hasta 1765, publicada en 1991. Para el estudio de la Compañía de Jesús en Marchena contamos con la *"Historia del origen y fundación del Colegio de la Compañía de Jesús en la villa de Marchena"*, historia que va desde 1553 hasta 1765. Para Málaga, contamos con la *"Historia del Colegio de Málaga"*, entre otras. Por último hemos de tener en cuenta que cada Colegio tenía la "historia domus" (historia de la casa) donde se narraba desde la entrada de la Compañía de Jesús en la ciudad o villa hasta días o años antes de la expulsión por Carlos III, englobando aspectos y coyunturas sociales, políticas y económicas, así como gran cantidad de aspectos inéditos relativos a cada entorno.

De gran importancia es la Historia escrita por el Padre Martín de Roa, titulada *Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús*, obra que no llegó a publicarse, y que fue utilizada de base para la misma historia que escribió unos años más tarde el Padre Juan de Santibáñez, no sin corregir algunas incongruencias y errores.

El presente trabajo, se centra en la edición, introducción con notas y transcripción de la Historia del Padre Roa. No pretendemos hacer un estudio profundo de la obra ya que no es el objetivo de este trabajo. Por el contrario si hemos intentado hacer una introducción para contextualizar no sólo la obra sino al autor y también a la Compañía de Jesús. Pretendemos dar a conocer una obra inédita que se ha conservado durante siglos en los fondos de la Biblioteca Universitaria de Sevilla. Con ello queremos difundir la importancia de la figura del Padre Martín de Roa, como uno de los mayores intelectuales de su época y que hasta el momento muy pocos reconocen. Además también intentamos con la transcripción de la obra acercar la Historia a todas aquellas ciudades y pueblos que contaron con una fundación jesuítica entre 1553 y 1602, fundaciones que fueron recogidas por este erudito cordobés.

Desde el punto de vista metodológico hemos estructurado el trabajo en varias fases:

*1.- Transcripción íntegra del manuscrito.*

Hemos intentado aplicar las reglas de la Paleografía, conservando en la medida de lo posible la ortografía de la época, optando por usar la actual con signos de puntuación así como las formas verbales con pronombres encliticos, aunque en la mayoría de los casos seguimos a Roa, como en el uso de las mayúsculas, desarrollando las abreviaturas para poder así facilitar su lectura. En ocasiones nos hemos encontrado con pequeños

1. MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada: "Historia de la fundación y progreso del Colegio de la Concepción de la Compañía de Jesús de Sevilla, vulgo de las Becas (1548-1634)". En prensa.

problemas a la hora de transcribir frases o pequeños textos que se insertan en latín, debido a la falta de calidad de la letra y a la dificultad de su lectura.

Hemos respetado algunas palabras que no tienen uso en la actualidad con miras a ser lo más fieles posibles al manuscrito, manteniendo así el contenido del mismo.

Respecto a la numeración de las páginas del manuscrito hemos optado por poner dos barras inclinadas y a continuación el número de la página seguido de r. (recto) o v. (vuelto).

Existen varias páginas que aparecen con pequeñas roturas, siendo imposible transcribir el contenido faltante, por lo que hemos usado la partícula sic entre corchetes [sic].

En la transcripción hemos insertado las anotaciones marginales que añadió con posterioridad el autor y que completan el sentido del texto.

También hemos puesto numeración corrida a los capítulos de los cuatro libros que integran la obra, numeración que se inicia en el capítulo I y termina en el capítulo CXXI inacabado, con el que culmina el libro cuarto.

Por ultimo hemos añadido al inicio de cada uno de los cuatro libros una ilustracion, para hacer la división más exacta de forma visual. Estas ilustraciones no son originales del manuscrito

*2.- Estudio preliminar del manuscrito, donde se recogen varios temas.*

- La Compañía de Jesús en Andalucía.
- El Manuscrito.
- El Autor.
- Martín de Roa y la Compañía de Jesús, datos biográficos.
- Bibliografía del Padre Martín de Roa.
- Contenido del manuscrito. En este apartado hacemos un breve resumen de cada uno de los capítulos que contiene el manuscrito.
- Bibliografía.

Por último hemos de agradecer la colaboración de personas e instituciones sin las cuales no hubiera sido posible la realización de este trabajo. En primer lugar a la Biblioteca del Rectorado de la Universidad de Sevilla, por facilitarnos el acceso al manuscrito así como la microfilmación del mismo y autorización para su estudio y posterior publicación. A la Biblioteca de la Universidad de Granada, especialmente a Ángel Ocón. Nuestro agradecimiento al Padre Eduardo Moore S.J. quien nos apoyó y animó a realizar este trabajo y quien nos introdujo dentro del ámbito de la investigación en el maravilloso mundo de la Compañía de Jesús, desde aquí nuestro sincero recuerdo. También nuestro recuerdo al Padre José Torres S.J. archivero del Archivo de la Provincia de Toledo en el Colegio de San Estanislao de Alcalá de Henares, quien también nos alentó a realizar este trabajo. Hemos de agradecer la generosa disposición del Hermano Wenceslao Soto Artuñedo S.J., y del Padre Leonardo Molina García S.J., quienes nos brindaron su ayuda inconndicional.

Para la publicación agradecemos los esfuerzos y desvelos de Pedro Sánchez

González, a PRODER Campiña-Los Alcores y a la Asociación de Amigos de Écija (Sevilla).

Para finalizar sólo nos queda expresar nuestro agradecimiento a las personas sin cuya ayuda no hubiese sido posible la realización de este trabajo a Isabel Dugo Cobacho por el tratamiento digital de las imágenes y diseño de la cubierta; a Verónica María Oterino Martín, a María del Carmen Rodríguez Oliva, a Adolfo Bardón Martínez, a Isabel Guzmán Guzmán, a Dionisio Luis Jimenez Barrera, a Luisa Fernanda de Juan Santos, a Juan Carlos Hernández Nuñez, a María del Carmen Ladrón de Guevara Sánchez, a Ramón Fernández Baca-Casares, a Elena Vera Cruz, a Juan Méndez Varo, a Carmen Romero Paredes, a Bernardino del Castillo Maza, a Gloria Fernández Rubio, a Juan Antonio Arenillas Torrejón, a José Medina Cruz, a Luis Reina Román, a Isabel Gento Espinal, a Susana Rivera Massé y a Salud Soro Cañas.

## LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN ANDALUCÍA

El 1 de septiembre de 1547 se creó la unidad administrativa denominada Provincia de Hispania, siendo su primer Provincial el Padre Antonio Araoz, contando con 7 casas y 41 jesuitas. En 1552, Ignacio de Loyola decidió dividir la provincia en dos: Castilla y Aragón, división que no llegó a hacerse realidad ya que ambas provincias estaban bajo el mandato de un mismo Provincial.

No será hasta el 7 de enero de 1554 cuando mediante una carta enviada por Ignacio de Loyola al Padre Nadal, se creara la Provincia de Andalucía, ordenándole que estableciera tres nuevas provincias: Aragón, Toledo y Andalucía. Como primer Provincial de Andalucía fue nombrado el Padre Miguel de Torres[2].

La Provincia de Andalucía se limitó a los antiguos reinos de Jaén, Córdoba, Granada y Sevilla, incluyendo los territorios de la comarca de Fregenal de la Sierra al sur de Badajoz y las Islas Canarias, que aunque no se mencionan en los primeros momentos de la historia de esta provincia, quedaron incorporadas como lugares para hacer misiones. La línea divisoria entre la Provincia de Toledo y la de Andalucía estaba tan indefinida que en 1625 no se sabía de cual de las dos dependía la fundación del Colegio de Llerena (Badajoz)[3].

Según el Padre Martín de Roa, en su libro manuscrito titulado *Historia de la provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús* fechado en 1602, la Compañía llegó a Andalucía de la mano de la nobleza más influyente y poderosa: el ingreso en la Orden de Don Antonio Fernández de Córdoba y Figueroa, hijo de los Condes de Feria y Marqueses de Priego, propició el primer asentamiento en la ciudad de Córdoba en 1552, contando con el apoyo de Doña Catalina Fernández de Córdoba. Al constituirse la Provincia de Andalucía sólo se contaba con el Colegio de Córdoba, donde residían ocho sacerdotes y diez hermanos, muchos de ellos estudiantes, creándose la Provincia con la idea de que la Orden se expandiese por el resto del territorio andaluz, donde se estaban negociando una serie de fundaciones[4]. El Colegio de Santa Catalina de

2. SOTO ARTUÑEDO, Wenceslao, S.J.: "Coordenadas Histórico-Geográficas de la Provincia Bética de la Compañía de Jesús". En *El Arte de la Compañía de Jesús en Andalucía* (1554-2004). Córdoba : Caja Sur, 2004, p. 22.
3. *Ibidem.*
4. *Ibidem*, p. 22-23.

Córdoba, fundado en 1553, se convertirá así en el centro a partir del cual se articularán las futuras fundaciones en Andalucía; Sevilla el Colegio de San Hermenegildo en 1554; Granada el Colegio de San Pablo en 1554; en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) en 1554-1556 siendo definitivo en 1627; Montilla el Colegio de la Encarnación en 1558; la Casa del Albaicín de Granada entre 1558 y 1559;Trigueros (Huelva) en 1560; Cádiz el Colegio de Santiago en 1564; Sevilla el Oficio de Indias en 1566; Marchena (Sevilla) en el Colegio de la Encarnación en 1567; Segura de la Sierra (Jaén) en 1570 perteneciente a la provincia Jesuita de Toledo; Baeza (Jaén) el Colegio de Santiago en 1571; Málaga en 1572; Écija (Sevilla) el Colegio de San Fulgencio en 1573, Jerez de la Frontera (Cádiz) en 1575; Córdoba el Seminario de la Asunción en 1577; Sevilla, la Casa Profesa en 1580; Guadix el Colegio de San Torcuato en 1591; Sevilla el Colegio de San Gregorio, vulgo de los Ingleses, en 1592; Úbeda (Jaén) en 1594; Cazorla (Jaén) en 1594; Baeza el Colegio de San Ignacio en 1596; Antequera el Colegio de Nuestra Señora de Loreto en 1599; Fregenal de la Sierra (Badajoz) en 1599[5].

La fundación de estos colegios llegó a formar una red de más de 40 colegios en Andalucía y Canarias, plataformas desde las cuales los jesuítas, educaron y evangelizaron a la juventud y a la población urbana y rural.

En 1573 se contabilizaban en Andalucía más de 200 jesuítas, siendo en 1580 unos 260.Ya en 1590 se contaba con 14 casas, 159 sacerdotes (de ellos 56 profesos), 103 estudiantes, 146 coadjutores temporales y 32 novicios. En los colegios se educaban a 2.650 estudiantes no jesuítas y 1.150 niños que aprendían a leer y escribir[6].

En Sevilla llegó a contar la Compañía con dos casas, la Casa Profesa y el Noviciado de San Luis, y cuatro Colegios, el de San Hermenegildo, el Colegio de San Gregorio para seminaristas ingleses, el Colegio de San Patricio para seminaristas irlandeses, vulgo de los Chiquitos y el Colegio de la Concepción de Nuestra Señora, llamado de las Becas. En Baeza existía el Seminario de San Ignacio y el Colegio de Santiago.

Desde el primer momento la Compañía realizó una actividad incansable en aquellos lugares en los que tomaba asiento y en otros a los que enviaba repetidas misiones, visitando hospitales, cárceles, galeras, barrios ruines, etc., y estando presente en las épocas de epidemias de peste. Estas actividades se completaban con la docencia desarrollada en los distintos colegios.

A lo largo del siglo XVII continuaron las fundaciones de la Compañía de Jesús en Andalucía, con el Colegio de Osuna (Sevilla) en 1615 seguido por los de Antequera (Málaga), Andujar (Jaén), Jaén, Higuera la Real (Badajoz), Carmona, Morón de la Frontera y Utrera (Sevilla), Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), etc. A partir del siglo XVIII se fundaron los de Constantina (Sevilla), Baena (Córdoba), La Laguna (Tenerife), Loja y Motril (Granada), Puerto de Santa María y Arcos de la Frontera (Cádiz), etc.

En sus respectivos Colegios permanecieron hasta la noche del 2 al 3 de abril de 1767, en la que se llevó a cabo el arresto de los jesuitas, procediéndose a la confisca-

5. *Colección General de las Providencias hasta aquí tomadas por el Gobierno sobre el estrañamiento y ocupación de Temporalidades de los Regulares de la Compañía que existían en los dominios de S.M. de España, Indias e Islas Filipinas, a consecuencia del Real decreto de 27 de febrero y pragmática sanción de 2 de abril de este año,* Madrid, 1767, Imprenta Real de la Gaceta.
6. SOTO ARTUÑEDO, Wenceslao, S.J.: "Coordenadas Histórico-Geográficas de la Provincia…". Ob. Cit., p. 24z.

ción de sus bienes, archivos y bibliotecas.

Desde la primera fundación que se realizó en Andalucía, hasta 1602, fecha en la que Martín de Roa escribió su manuscrito, se sucedieron en Andalucía 14 provinciales, que fueron:

1553. El Padre Doctor Miguel de Torres.

1556. El Padre Bartolomé de Bustamante.

1562. El Padre Doctor Juan de la Plaza.

1566. El Padre Doctor Diego de Avellaneda.

1568. El Padre Maestro Juan de Cañas.

1573. El Padre Pedro Bernal.

1580. El Padre García de Alarcón.

1581. El Padre Diego de Acosta.

1585. El Padre Gil González Dávila.

1588. El Padre Luis Guzmán. Sustituido por enfermedad por el Viceprovincial Padre Bartolomé Pérez de Nueros.

1591. El Padre Bartolomé de Nueros.

1594. El Padre Cristóbal Méndez, que murió en 1596 siendo nombrado como sucesor el Padre Pedro Bernal.

1597. El Padre Francisco de Quesada.

1600. El Padre Melchor de Gadea, quien continuaba en 1602 cuando Roa escribió este libro.

## EL MANUSCRITO

El documento que a continuación transcribimos se conserva en la Biblioteca del Rectorado de la Universidad de Sevilla[7]. Se trata de la *"Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús"*, escrita por el Padre Martín de Roa Francés en 1602, fecha que aparece en varias ocasiones a lo largo del libro como referencia a ser el año en que escribió esta obra:

*De esta manera procedieron las cosas de este Colegio y duraron las escuelas de los niños hasta el año pasado de 1601.* (Capítulo XXXIX, fol. 112 r.).

*Para que leyesen Sagrada Escritura, o lección de prima Teología, la cual se continúa desde el año de 1599 hasta el presente de 1602.* (Capítulo LII, fol. 118 v.).

*Tomaron por Patrón y titular del Colegio al Bienaventurado Mártir San Hermenegildo, Rey de Sevilla, debajo de cuyo amparo ha crecido siempre, hasta llegar al punto, que tiene cuando ésto escribimos este año de seiscientos dos.* (Capítulo LXVII, fol. 160v.).

La historia abarca 50 años, ofreciéndose en ella importantes noticias sobre la entra-

7. ROA, Martín de, S.J.: *Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús.* Biblioteca del Rectorado de la Universidad de Sevilla. Manuscrito, sig. 331/23. Transcripción Antonio Martín Pradas e Inmaculada Carrasco Gómez

da de la Compañía de Jesús en Andalucía, así como la fundación de los colegios desde 1552 hasta 1602. Estas noticias se mezclan con acontecimientos importantes acaecidos en las distintas ciudades que contaron con fundaciones jesuíticas, aspectos sociales, políticos y económicos, como inundaciones, rebelión de los moriscos, misiones en África y otros lugares de Andalucía, luchas contra herejes en Sevilla, hambrunas, epidemias de peste, terremotos, inundaciones, situación de las cárceles, ataque de los ingleses a Cádiz, grandes tormentas, etc.

El manuscrito que guarda la biblioteca universitaria sevillana no es el original, al parecer se trata de una copia de la época del autor, con el condicionante de que no está completo. Forma el códice un tomo en cuarto, encuadernado en pergamino en el siglo XIX, y consta de 272 hojas foliadas recto y vuelto, con letra del siglo XVII al parecer de la propia mano del Padre Roa, según una nota del folio primero. Esta foliación fue realizada por Rafael Ramírez de Arellano en 1895. El documento carece de portada, comenzando el texto a la mitad de la primera página con una nota que dice:

*"Esta Historia de la provincia fue escrita por el célebre / escritor Padre Martín de Roa, que murió en Montilla don / de dejó esta y otras dos copias, de las que con licencia / de los superiores, y aplicando al Colegio de Montilla algunos / otros libros de su uso bajo este, y lo aplicó al Colegio / de Écija el Padre José del Hierro, que de Rector de Montilla / pasó a serlo de este Colegio por diciembre de 1795./Jhs. Joseph del Hierro". 272 hojas.*

Tras esta nota comienza la obra del Padre Martín de Roa con un prólogo, sin epígrafe, que comprende sólo el primer folio. El libro está escrito con estilo sencillo, conciso y elegante, explicando en el prólogo lo que el lector va a encontrar, anotando entre otras cosas[8]:

*"la relación de las fun / daciones de casas y colegios de ella, sus principios, /su aumento, estado y bienhechores. Cuento suces /os de tiempos y personas, casos abiesos y desastrados, /afines de gente inquieta, vidas y vicisitudes de varones / señalados, no todas ni de todos los que debiéramos; / culpa, no de los que ahora escribimos, sino de los que no / las dejaron escritas".*

La obra es extensa y se encuentra dividida en cuatro libros. El primero de ellos comienza con el primer capítulo, en el que se trata de las fundaciones de Córdoba, Sevilla, Granada, Montilla (Córdoba) y Albaicín de Granada.

El libro segundo comienza en el folio 82 recto. En este libro se tratan los progresos de los Colegio de Sevilla y Granada, así como las fundaciones de los Colegios de Trigueros (Huelva), Cádiz, Marchena (Sevilla), Baeza (Jaén), Málaga y Jerez de la Frontera (Cádiz). Además las misiones enviadas al Campo del Andévalo (Huelva), a las Almadrabas de Cádiz, rescate de cautivos en Berberia, los alumbrados de Llerena (Badajoz), así como la rebelión de los Moriscos en Granada.

El libro tercero comienza en el folio 161 recto. En este libro se trata de la fundación de la Casa Profesa de Sevilla y de los Colegios de Écija (Sevilla) y Cazorla (Jaén). Al igual que en los dos libros anteriores se recogen vidas y hechos sobresalientes de varios padres y hermanos de la Compañía.

El cuarto y último libro comienza en el folio 214 recto. En él se trata de la Misión a

---

8. RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael. "La Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús del P. Martín de Roa". En *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones nº 61-62, tomos 5-6.* Madrid, 1898-1899, p. 25..

la ciudad de Melilla y de las fundaciones del Colegio de Úbeda (Jaén), el Colegio de los Ingleses en Sevilla, la Casa de Probación en Baeza, el Colegio de Fregenal de la Sierra (Badajoz), el Colegio de Guadix (Granada), la Casa de Antequera, haciendo referencia también a las vidas de algunos padres y hermanos de la Compañía de Jesús. El libro termina con el enunciado de un capítulo denominado: *"Del Padre Antonio Cor / deses, antiguo y a / postólico varón / de la Compañía"*.

Al final del libro existen varias hojas en las que aparecen cuatro anotaciones con diferente caligrafía y distinta época.

*"Este libro por muy particular lo dio / a la librería del Colegio de San / Acacio de la ciudad de Sevilla / El Br. Dn. Juan Josef Ortiz y / Corchón Vallejo, Presbítero / natural y vecino de la ciudad de Éci / ja; siendo Rector del dicho Cole / gio el M. Rdo. Pe. Maestro Fray / Antonio Ruiz, Examinador / Sinodal de este Arzobispado / hijo de la dicha ciudad de Écija. / Juan Josef Ortiz / y Corchón Vallejo.*

Gracias a la nota inicial del libro y a esta última, tenemos constancia de que el manuscrito estuvo en el Colegio de Montilla, donde murió el Padre Martín de Roa, en el que dejó el original y dos copias. En 1751 el Padre Joseph del Hierro lo trasladó al Colegio de Écija, de donde fue nuevamente trasladado por el Bachiller Juan Joseph Ortiz y Corchón, posiblemente tras la expulsión de los Jesuítas, al Colegio de San Acacio de Sevilla. Tras la desamortización el manuscrito pasó a formar parte de los fondos de la Universidad de Sevilla.

La segunda anotación, sin firma, y que podría ser del Padre Maestro Fray Antonio Ruiz, Rector del Colegio de San Acacio, dice así:

*"Hablando el Padre Pedro de Ribade /neira del Padre Martín de Roa en /su obra "Biblioteca scriptorum / Societatis Jesu", continuada por el / Padre Felipe Alegambe (Roma. Lazza / reis, 1676, Columna 1ª página 592) dice: / "Requit deinde praelo aptam, His / toriam provinciae Baetica societatis Jesu".*

Las dos últimas anotaciones están firmadas por el bibliotecario de la Universidad Don Juan José Bueno, anotaciones que están relacionadas directamente con la búsqueda de los otros dos manuscritos que dejó Roa junto a éste en Montilla cuando murió:

*"Otra copia de esta Historia ma / nuscrita y firmada por el Padre Roa / al final del prólogo que en / cabeza : Razón de la Historia, / existe en poder de los Padres Jesuí / tas de Sevilla. Termina en / el capítulo, cuyo epígrafe es: De la humildad, pobreza y paciencia y obediencia / del Padre Anto // nio Sánchez.*

*Lo incompleto de ambos / códices hace presumir que el / Padre Roa no llegó a terminar / su libro.*

*Juan José Bueno".*

Este bibliotecario llegó a localizar la tercera copia del manuscrito:

*"En poder de los mismos Padres / existe otra copia más completa / que ésta y de la que hace men / ción anteriormente; pues consta de tres capítulos más compren / didos en cinco hojas.*

*J. J. Bueno".*

Podemos decir que de las tres copias que se conservaban de la obra de Roa ninguna llegó a estar completa, aunque con claras diferencias entre ellas de dos o tres capítulos, por lo que deducimos que el autor dejó su obra inacabada.

Carlos Cañal y Migolla en un artículo que escribió en 1899 para el *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*, al referirse a esta obra de

Roa menciona que las dos copias que tenían en su poder los Padres de la Compañía de Jesús de Sevilla se encontraban en ese año en Málaga, haciendo hincapié en que no sabe si son las otras dos obras que dejó Roa en Montilla o son simples copias de la existente en la Universidad de Sevilla, asegurando que no las ha podido ver[9].

En la Biblioteca de la Universidad de Granada se conserva un manuscrito que se titula: *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Andalucía*, perteneciente a la Colección del Padre Pedro de Montenegro de la Compañía de Jesús, que los recogió en un tomo el año de 1661[10]. Este manuscrito que consta de 267 páginas (221 y 247 en blanco), parece un borrador escrito a dos columnas, donde se recogen los cuatro libros que forman la Historia de la Compañía de Martín de Roa. En la página 228 recto, se inicia una relación con apuntes al dorso de los distintos capítulos que hay que corregir o cambiar ciertas fechas o contenidos. Creemos que estas anotaciones son las que realizó el Padre Juan de Santibáñez para escribir su obra que lleva el mismo título que la de Roa. Por ejemplo en el capítulo 29 se anota: *No dice el Padre Roa donde murió el Padre Diego Sánchez*. O como el caso del capítulo 40: *Murió el Hermano Domingo de Oñate en Cazorla el 4 de octubre de 96, no / especifica ésto el Padre Roa que fue el primero que allí se enterró*.

También al referirse a la fundación del Colegio de Écija anota: *"Primeramente el año de 573 - no paresce / creible que habiendo tanto tiempo antes colegios en Córdoba, Montilla y Marchena, y estando Écija tan vecina a estos lugares, dejasen de haber / hecho aquí alguna misión aquellos Padres"*.

En la Biblioteca de la Universidad de Granada dentro de la colección de documentos del Padre Pedro de Montenegro, se conserva un pequeño manuscrito inserto en un volumen que se titula *"Relación de capítulos y notas de Santibáñez a su Historia sobre Martín de Roa"*, llamado también: *Notas a la Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Andalucía*.

El propio Juan de Santibáñez afirma en varias partes de su obra haber utilizado el manuscrito de Roa para escribir su *Historia de la provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús*, anotando:

*"Los archivos de ella [la Provincia] donde los originales suelen guardarse por muchos años (más de treinta) revolvió, examinó y apuró con más que exacto cuidado el Padre Martín de Roa, cuyas letras en lo divino y humano, erudición singular, historias y otros muchos y muy lúcidos trabajos, porque andan impresos y en manos de todos sin que de las bocas eruditas y afectas a verdad caigan los elogios justos y tan debidos aplausos, no encareceré ahora. Confieso deber a sus desvelos, a su pluma, a su buen juicio en la elección de cosas, estilo de escribir tan suave, tan docto, ton conciso, si algo en esta Historia pareciese estimable. Préciome de haber sido su discípulo en el primer conocimiento de las sagradas letras. Y conocí de su vivo y maduro ingenio que, si desde los años de su juventud (que ocupó muchos en leer retórica) hubiera seguido este rumbo, fuera asombro de los doctos y no el último entre los primarios maestros de esta facultad*[11].

---

9. CAÑAL Y MIGOLLA, Carlos. "Apuntes Biobibliográficos acerca del Padre Martín de Roa". En *Homenaje a Menéndez y Pelayo, en el año vigésimo de su profesorado*. Madrid : Librería General de Victoriano Suárez, 1899, p. 535-536.
10. Biblioteca de la Universidad de Granada, Manuscrito Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia de Andalucía, Caja A-44.
11. OLIVARES, Estanislao, S.J.: "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía. Escritos". En *Archivo Teológico granadino nº 57*. Granada, 1994, p. 198.

Martín de Roa en su Libro titulado *Écija, sus santos y su antigüedad eclesiástica y seglar* publicado en 1629, en el capítulo VIII del Libro III dedicado a los "Conventos de religiosos que hay en esta ciudad", al referirse al Colegio de la Compañía de Jesús para ampliar datos reenvía al lector a este manuscrito: *"Mas en este Colegio con grandes ventajas, como he dicho en la <Historia de esta Provincia>"*[12].

## EL AUTOR

Destacado intelectual de su época, el Padre Martín de Roa compaginó su labor como docente, Profesor de Retórica, Catedrático de Escritura, Orador y Predicador de la Compañía de Jesús, con la de Investigador, Historiador, Músico, Poeta y Escritor de asuntos profanos y divinos[13], obras de devoción, algunos *exempla* de nobles señoras, censura de obras impresas. Fue así mismo traductor del italiano, conocedor de las lenguas clásicas y de la hebráica[14], etc., por lo que hoy día se le considera como un miembro indiscutible del grupo de destacados intelectuales de su época, llegando no sólo a firmar con su nombre sino también con el de Don Andrés de Morales[15].

Fue un incansable propagador de la Compañía de Jesús en la Provincia de Andalucía *"maestro doctísimo, cuyas enseñanzas fueron siempre recibidas con admiración y respeto, y digno, por tanto, de que las generaciones posteriores enaltezcan su memoria y pongan de relieve sus indiscutibles méritos"*[16]. Hombre bondadoso, sus cualidades personales fueron resaltadas por sus contemporáneos.

Su producción bibliográfica fue muy extensa, destacando la importancia que han tenido sus libros acerca de la historia de Málaga, Córdoba, Écija y Jerez. Historias que realizó de aquellas ciudades de las que fue Rector de los colegios que la Compañía de Jesús tenía en ellas, libros muy apreciados por los que se dedican a la geografía histórica así como para los historiadores e investigadores contemporáneos.

## MARTÍN DE ROA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS, DATOS BIOGRÁFICOS.

Pocas noticias se conservan de los primeros años de la vida de Martín de Roa, aunque nos consta que nació en Córdoba, ciudad que figura como su lugar de nacimiento en todos los documentos y catálogos que existen de la Compañía de Jesús de Andalucía, además de que en los títulos de algunas de sus obras se le llama *cordubensis*[17].

Ingresó en la orden en 1578, después de haber sido educado en el Colegio de la Compañía de Jesús de Córdoba, cuyas actividades docentes se habían inaugurado el 13 de diciembre de 1553. Con posterioridad realizó sus estudios de Artes y Filosofía en el Colegio Mayor de Santa María de Jesús de Sevilla, donde obtuvo el grado de Bachiller. Tras

---

12. ROA, Martín de, S.J.: *Écija, sus santos y su antigüedad eclesiástica y seglar*. Écija : Imprenta de Juan de los Reyes, 1890, p. 288.
13. MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada: "Datos biográficos inéditos sobre el padre Martín de Roa". En *Actas del IV Congreso de Écija: Luis Vélez de Guevara y su época*. Sevilla : Ayuntamiento; Et al, 1996, p. 379.
14. ORDÓÑEZ AGULLA, Salvador: "El P. Martín de Roa y la historia antigua de Écija". En *Actas del IV Congreso de Écija: Luis Vélez de Guevara y su época.* Sevilla : Ayuntamiento; Et al, 1996, p. 404.
15. http://www.uma.es/Servicios/Biblioteca/expoDESCRIPCIONES.htm
16. CAÑAL Y MIGOLLA, Carlos: "Apuntes acerca del Padre Martín de Roa... Ob. Cit., p. 527 y ss.
17. OLIVARES, Estanislao, S.J.: "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía...". Ob. Cit., p. 139.

finalizar sus estudios en Sevilla se trasladó a la Universidad de Osuna, donde alcanzó el título de Licenciado en Artes.

Con sólo 15 años expresó su deseo de ingresar en la Compañía de Jesús, deseo que comunicó al Padre Pedro Bernal, Provincial de Andalucía, quien lo envió al Noviciado de Montilla (Córdoba), donde residió durante sus primeros años de estancia en la Compañía, iniciando sus estudios de Teología y perfeccionando su formación en Filosofía y Letras.

En 1583, a la edad de 23 años, llevaba cinco años en la Compañía de Jesús, por lo que su ingreso debió de efectuarse cuando Roa contaba con 18 años. Éste figura ya como Hermano de la Orden, siendo Escolar con Votos simples (pobreza, obediencia y castidad). Respecto a los estudios es Licenciado en Artes, estudiando en estos momentos el tercer año de Teología y *"lector de latinidad"*. En lo referente a su salud es mediana[18].

Dos años más tarde lo encontramos en el Colegio de Baeza (Jaén) (1585-1587), tras haber finalizado sus estudios de Teología. Posee tres años de Artes y cuatro años de Teología además de la ya mencionada Licenciatura en Artes, observándose que cuenta con el Voto Bienio. En este Colegio desempeñó la función de Maestro del Seminario de San Ignacio, intercalando esta labor docente con las actividades de confesor y predicador[19].

En 1587, a la edad de 27 años y nueve años de estancia en la Orden, fue trasladado al Colegio de Córdoba (1587-1600), donde se dedicaba a la enseñanza de Retórica, en lo que llevaba cinco años como Profesor.

En 1590, continúa siendo Maestro de Retórica, y lleva contabilizados dos años de Seminario, dedicándose paralelamente a la predicación. Desconocemos el Colegio en el que se encuentra durante estos años ya que no queda especificado en el documento, pero es de suponer que se encontraba en Baeza o en Sevilla, debido a que son estas las localidades que para esta época contaban con seminarios. Un año después se traslada como residente al Colegio de Córdoba donde estará hasta el año de 1600, dedicándose a la enseñanza: *"Maestro de Retórica, confiesa algunos hombres y predica algunas veces"*[20].

En 1593, a la edad de 33 años y medio, lleva en la Compañía de Jesús 15 años y tres meses, habiendo ejercido durante 10 años como Maestro de Retórica, continuando con Votos simples. Lleva de profesor de la Anunciata (Colegio de la Asunción) de Córdoba por un periodo de cuatro años, continuando con los Votos simples de dos años[21].

El 25 de julio de 1594, continúa en el Colegio de Córdoba. Gracias a su demostrada obediencia y sumisión a sus superiores y a la Orden, fue premiado con la profesión del cuarto voto que le fue entregado de manos del Padre Cristóbal Méndez, dedicándose durante 16 años en su ciudad natal a ostentar el cargo de la Cátedra de Retórica, cargo que compaginó con la Cátedra de Escritura, Profesor de Estudios Menores, Ministro y Consultor[22]. En 1600 es nombrado *Prefecto de escuelas menores, consultor y confiesa aunque poco*[23].

---

18. Catalogi Triennales (et Breves), BAET nº 8, Archivo S.J., Facultad de Teología de Granada, año 1583, p. 6 r.
19. BAET nº 8, Archivo S.J., Facultad de Teología de Granada, año 1585, p. 23 r.
20. *Ibidem*, año 1591, p. 70 r.
21. *Ibidem*, año 1593, p. 112 v.
22. *Ibidem*, año 1597, p. 112 v.; año 1599, p. 136 v.; año 1600, p. 160 v.
23. *Ibidem*, año 1600, p. 160.

En 1603, a la edad de 43 años, y de 26 años de permanencia en la Compañía de Jesús, se encontraba en el Colegio de San Fulgencio de Écija (Sevilla) (1601-1604), donde ejercía como Maestro de Retórica. En 1604 fue elegido Rector del Colegio de Jerez de la Frontera (Cádiz) (1604-1607), desde donde asistió a once Congregaciones Provinciales, siendo elegido en seis ocasiones como Secretario.

Entre 1607 y 1609 se encuentra en el Colegio de Córdoba impartiendo clases de Sagradas Escrituras[24].

Cuando contaba con 50 años, y llevando ya 33 años en la Orden, fue nombrado en 1611 Rector del Colegio de San Fulgencio de Écija (1609-1612), donde se dedica a leer Retórica y se le contabilizan nueve años enseñando Sagradas Escrituras, además de confesar y predicar[25].

Siendo Rector del Colegio de Écija asistió a la Congregación Provincial celebrada en Sevilla el 17 de abril de 1611, a la que acudieron los Padres venidos de toda Andalucía, figurando con el número 26 el Padre Martín de Roa, el cual, en la primera sesión, fue elegido como Secretario, y por Diputados el Padre Alonso Rodríguez y el Padre Melchor de Gadea. Dos días después fue nombrado Procurador para representar a la Provincia de Andalucía en la duodécima Congregación de Procuradores, que tendría lugar los días 16 al 19 de noviembre en Roma. Durante su estancia en Roma volvió a ejercer su actividad de escritor, acabando de redactar su libro *De Cordubae in Hispania Betica Principiatu*[26]. Tras volver de Roma y al encontrar un nuevo Rector en el Colegio de Écija, Roa volvió al Colegio de Córdoba.

En 1614, siendo Rector del Colegio de San Hermenegildo de Sevilla, asistió a la Congregación Provincial celebrada en la misma ciudad, presentándose con el número 25 y siendo elegido de nuevo como Secretario y por compañero al Padre Francisco Ruiz, y por Diputados el Padre Francisco de Quesada y el Padre Diego Ruiz[27].

En 1615 se encuentra de Rector en el Colegio de San Hermenegildo de Sevilla (1614-1617). Cuenta con 54 años, una salud mediana y lleva 38 años en la Orden[28].

En 1619 ejerce el cargo de Rector de la Casa Profesa de Sevilla[29] (1617-1619). Tres años más tarde aparece como rector del *"Colegium Malacitanum"* (1619-1623), contando en estos momentos con 61 años de edad y lleva 44 años en la Compañía, aclarándose que lleva desempeñando el cargo de Rector en distintos colegios de la orden en Andalucía desde doce años atrás[30].

Seis años más tarde se encuentra de nuevo en la casa Profesa de Sevilla (1623-1625), donde ejerce el cargo de Viceprovincial de Andalucía, compaginando esta labor con múltiples actividades, además de enseñar Filosofía y Teología[31].

En 1628, a la edad de 67 años y de 50 de permanencia en la Orden, figura como Rector del Colegio de Córdoba (1625-1629), siendo elegido un año antes *"por único del Colegio de la Asunción de Córdoba, honor que tuvo antes que nadie el Padre Roa"*.

---

24. OLIVARES, Estanislao, S.J.: "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía... Ob. Cit., p. 155.
25. BAET nº 8, Archivo S.J., Facultad de Teología de Granada, año 1611, p. 204 v.
26. OLIVARES, Estanislao, S.J.: "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía... Ob. Cit., p. 158-159.
27. MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada: "Datos biográficos inéditos sobre el padre... Ob. Cit., p. 380.
28. BAET nº 8, Archivo S.J., Facultad de Teología de Granada, año 1615, p. 269.
29. *Ibidem*, año 1619, p. 301 v.
30. *Ibidem*, año 1622, p. 339.
31. BAET nº 9, Archivo S.J. Facultad de Teología de Granada, año 1625, p. 1 r.

Sigue siendo consultor y viceprovincial[32]. En 1631 figura como Vicerrector del Colegio de Córdoba, cargo que desempeñó hasta mediados del año siguiente cuando fue nombrado el Padre Juan de Casarrubios. En abril de 1633 se celebró en la Casa Profesa de Sevilla la Congregación Provincial que debía elegir un representante para la 17ª Congregación de Procuradores que se celebraría en Roma los días 16 al 19 de noviembre de ese mismo año, siendo nombrado Viceprepósito de la Casa Profesa de Sevilla (1633-1634)[33].

Cinco años más tarde, cuando contaba con 71 años de edad y la salud quebrada, sigue ejerciendo múltiples cargos: Rector del Colegio de Córdoba, *Consultor Provinciebis y Viceprovincial*[34]. En 1636 se encuentra como residente del Colegio de Montilla, su salud es débil tras los 58 años que lleva en la Compañía, donde continúa con las actividades propias de su cargo[35].

El 5 de abril de 1637, murió en Montilla el Padre Martín de Roa[36], *"uno de los varones más insignes de nuestro siglo... No le faltaron constantes ocasiones a / el sufrimiento en los acerbísimos dolores con que le dispuso el Señor en los / últimos días, con que lleno de días y merecimientos reposó en paz..."*.

*"A su entierro acudió todo el pueblo de Montilla a recoger reliquias del difunto que creían Santo. El cadáver se llevó al descubierto y asistieron a su funeral la Orden de San Agustín y de San Francisco, así como los marqueses de Priego. Según su sobrino Díaz de Rivas, sacaron el cuerpo al descubierto, con una palma en la mano en señal de virginidad, y la gente acudía a porfía a besarle manos, pies y ropa. Poseía con perfección el latín, el griego y el hebreo, y además estuvo reputado por uno de los mejores hablistas españoles"*[37].

Al estudiar la figura del Padre Martín de Roa nos enfrentamos al problema de su fecha de nacimiento, ya que diversos autores difieren en cuanto a esta fecha. Para Juan de Santibáñez murió el 5 de abril de 1637 a la edad de 82 años, llevando en la Compañía de Jesús 60 años. Algunos autores posteriores se han dejado guiar por estos datos, lo que llevó a Carlos Cañal y Migolla a situar su fecha de nacimiento en torno a 1555. Rafael Ramírez de Arellano afirma que nació en Córdoba en 1563 y que murió en Montilla a la edad de 74 años. Para Sommervogel, Roa nació en Córdoba en 1561 y murió en Montilla a la edad de 76 años. Para el Padre Estanislao Olivares nació en Córdoba a finales de 1559 o principios de 1560, muriendo en Montilla en 1637. Tras revisar detalladamente la documentación de archivo que hemos localizado, concretamente los *Catalogi Triennales (et Breves)*, afirmamos que nació en Córdoba a finales de 1559 o principios de 1560 y que murió en Montilla en 1637 cuando aún no había cumplido los 77 años[38].

Juan de Santibáñez en su libro *Centurias* escrito en torno a 1647 se refiere al padre Martín de Roa de la siguiente manera: *"En Montilla en 5 de abril del año 1637, fue el tránsito a mejor vida de / el Padre Martín de Roa, uno de los varones más ilustres de este siglo, ho / nor de esta Provincia como de Córdoba, su patria. Cumplió de su*

---

32. *Ibidem*, año 1628, p. 50 v.
33. OLIVARES, Estanislao, S.J.: "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía... Ob. Cit., p. 187.
34. BAET nº 9, Archivo S.J. Facultad de Teología de Granada, año 1633, p. 123 v.
35. *Ibidem,* año 1636, p. 170 r.
36. *Ibidem,* año 1637, p. 197.
37. MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada: "Datos biográficos inéditos sobre el padre... Ob. Cit., p. 380.
38. *Ibidem.*

*edad 82, / en la Religión 60, y de profeso de 4 votos 43. Sus muchos escritos en ambas //23 lenguas latina y española le han granjeado con los doctos nombre de doctísimo. / Su mucha religión con los que le trataron de religiosísimo. Por uno y otro / título (que acompañaron prudencia y agrado) lo buscaban los mayores príncipes, fiaban de un consejo sus aciertos y aprovechaban con su trato. Ocupó lo más / del tiempo en la Cátedra de Retórica y de Sagrada Escritura, y en el gobierno / de muchos colegios. Cuidó de la Provincia de Andalucía por un año. / Su gobierno siempre fue de Padre, sus entrañas para todos abiertas, y / que pudo con verdad decir, como dijo cercano ya a su muerte: Nunca ofendí a persona en mi vida. No tuvo lengua sino para estimar a todos y / Hablar bien de sus cosas con los enfermos y achacosos. Tuvo extremos en caridad, / como su humildad en ejercer por sí los más bajos oficios. Porque no perdiere / de crédito su religión, se opuso con valor a uno de los mayores príncipes de / España. El cual reconociendo a la sazón sus sentimientos convirtió despu / és en mayor estima de este sujeto. No le faltaron contratos y ocasiones a / el sufrimiento en los acerbísimos dolores, con que le dispuso el Señor en los últimos días, con que lleno de días y de merecimientos reposó en paz. La Casa de Priego en honor a el difunto hizo cuanto pudo, con que lo dice todo".*

## BIBLIOGRAFÍA DEL PADRE MARTÍN DE ROA

Unida a la extensa obra del Padre Martín de Roa se encuentra la literatura y el pensamiento de la época. Roa publicó muchos libros y folletos, algunos de los cuales son poco conocidos hoy día, a pesar de que en su tiempo tuvieron gran aceptación tanto en España como en Europa, como lo demuestran las traducciones que de algunos de sus libros se hicieron del latín al castellano y de éste a otros idiomas como francés, alemán, italiano, portugués y bohemio[39].

Para aglutinar la obra de Roa vamos a tomar como referencia la publicación de Carlos Cañal y Migolla y la del Padre Estanislao Olivares, a la vez que cotejaremos la información con las búsquedas en las bibliotecas universitarias de Andalucía y Biblioteca Nacional, todo ello con miras a dar una visión lo más real posible sobre su producción.

- ***Oratio ad D. Franciscum de Reinoso, episcopum cordubensem.***
  Córdoba :Andrés Barrera, 1598.
  Son siete hojas en cuarto y el comienzo de sus abundantes publicaciones.
- ***Martini de Roa Cordubensis ex Societate Iesu. Singularium locorum ac rerum libri V.*** **In quibus cum ex sacris tum ex humanis litteris multa ex gentium Hebraerorunque moribus explicantur. Ad D. Petrum Fernandez de Corduba, Marchionem de Priego.** Córdoba : ex officina Andrae Barrera, 1600. Este libro está dedicado a D. Pedro Fernández de Córdoba, Marqués de Priego.
  De este libro hay otra edición de Lugduni : Sumptibus Horatii Cardon, 1604.
- ***Martín de Roa Cordubensis ex Societate Iesu. De die Natali sacro et profano unus, alter Singularium item locorum liber VI.*** Córdoba : Francisco de Cea, 1600.
  Este libro está dedicado a D. Juan Bautista Centurión, Marqués de Estepa.

39. CAÑAL Y MIGOLLA, Carlos: "Apuntes acerca del Padre Martín de Roa... Ob. Cit., p. 532.

- ***Singularium locorum ac rerum libri V, quibus insuper duo alii eiusdem auctris libri adiuncti sunt. De die Natali sacro et profano unus, alter Singularium item locorum liber VI...*** Lugduni : Sumptibus Horatii Cardon, 1604.
  Esta edición aglutina los dos libros anteriores: el libro V y libro VI.

- ***De Antiquitate et autoritate Sanctorum Martyrum Cordubensium, et Breviario Corduebnsi Tractatio.*** Córdoba : Gabriel Ramos, 1601.

- ***Vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria y después monja en el monasterio de Santa Clara de Montilla.*** Córdoba : Casa de la viuda de Andrés Barrera, 1604.
  El Prólogo de este libro está dirigido a D. Pedro Fernández de Córdoba, Marqués de Priego, nieto de la biografiada.
  Publicado en 2 microfichas (135 fotogramas) 11 x 15 cm., en Granada : Diputación Provincial de Badajoz, [s.a].

- ***Vida, santidad y milagros de Santa Francisca Romana ó de Ponciani.*** Esta obra fue escrita por Julio Orsino e impresa en Venecia en 1610. Fue traducida al castellano por el Padre Martín de Roa y publicada en Sevilla : Alonso Rodríguez Gamarra, 1615.
  Esta obra la dedicó Roa *"A Doña Francisca de Mesa, mi hermana, monja en el Convento de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora de Córdoba"*.

- ***Flos Sanctorum. Fiestas i Santos naturales de la ciudad de Cordova. Algunos de Sevilla, Toledo, Granada, Xerez, Écija, Guadix, i otras ciudades, i lugares de Andaluzia, Castilla i Portugal. Con la vida de Doña Sancha Carrillo, i la de Doña Ana Ponce de León Condesa de Feria: revisada y acrecentada por el P. Martín de Roa, de la compañía de Jesús.*** Sevilla : Alonso Rodríguez Gamarra, 1615.
  En este libro se encuentran insertas dos biografías que ya tenía escritas con anterioridad. Estas biografías fueron publicadas por separado en 1883 en Madrid por la imprenta de José Rojas.

- ***Vida i maravillosas virtudes de Doña Sancha Carrillo.*** A Don Diego Fernández de Cordova, Marques de Guadalcaçar, Virrey i Capitán general de las Provincias de Nueva España. Sevilla : Alonso Rodríguez Gamarra, 1615. Contiene al folio 52: ***Vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria y después monja en el monasterio de Santa Clara de Montilla, Con una breve relación de la del Conde Don Pedro su marido i de doña Catalina Fernandez de Cordova, Marquesa de Priego, su hija.*** Sevilla : Alonso Rodríguez Gamarra, 1615.
  De estas dos biografías existe otra edición en Madrid de 1883. De Doña Sancha Carrillo existe una edición en alemán, Hantwerpen : Werdume van tan Crobbaert, 1639.
  De Doña Ana Ponce de León la que hemos mencionado antes de 1604 y otra italiana de Roma fechada en 1666.

- ***De Cordubae in Hispania Betica principatu liber unus. Liber alter, ad eclesial cordubensis senatum***. Lvgdvni : Sumptibus Horatii Cardon, 1617.
  En el mismo volumen: ***De Antiquitate et auctoritate SS. Martyrum Cordubensis. Ac de breviario cordubensi liber alter*** … Se incluyen al final varios himnos dedicados a algunos mártires.
  Este libro fue traducido al castellano por el propio autor.

- ***Santos Honorio, Eutichio, Estevan, patronos de Xerez de la Frontera; Nombre, sitio, antigüedad de la ciudad, valor de sus ciudadanos.*** Sevilla : Alonso Rodríguez Gamarra, 1617.
  Texto con apostillas marginales.

- ***Estado de las almas de purgatorio. Correspondencia que hazen los bienhechores: Meditaciones i varios Ejemplos á este proposito.*** Sevilla : Matías Clavijo, 1619. Tuvo una segunda edición el mismo años de su publicación.
  Es la obra más editada, dándose incluso ediciones anónimas como las de Sevilla de cuarta edición en 1623, quinta en 1626 y séptima en 1628. Posteriormente apareció impresa en Lisboa en 1624 y 1627; Barcelona 1630.
  Fue traducida a muchas lenguas, italiano, francés, alemán, polaco, latín, portugués, húngaro y checo.

- ***Relación, origen i milagros del S. Cristo i nuestra señora de la Caridad que estan en la Iglesia de Carmelitas descalzos, en la villa de Guadalcázar.*** Málaga : Juan René, 1621.

- ***Málaga su fundación, su antigüedad eclesiástica, i seglar. Sus santos Ciriaco y Paula Mártires: San Luis Obispo, Sus Patronos.*** *Málaga : Juan Rene,* 1622.
  Texto enmarcado con apostillas marginales.
  Existe una reedición facsimil en Málaga: El Guadalhorce, 1960. [Ed. Facs.].

- ***Antiguedad, veneracion y fruto de las Sagradas Imágenes i reliquias. Historias y ejemplos a este proposito.*** Sevilla : Gabriel Ramos Bejarano, 1623.
  Esta obra está dedicada a doña Mariana de Guzmán, Marquesa de l'Aula.

- ***Del Estado de los Bienaventurados en el cielo, de los niños en el limbo. De las Almas en el Purgatorio. De los condenados en el infierno. Y de todo este Universo, después de la resurrección y Juicio universal.*** *Con diversos ejemplos e Historias.* Sevilla : Fedro Bluson, 1628.
  Este libro fue impreso por primera vez en Sevilla por Francisco de Lyra en 1624. Siguieron otras ediciones en Sevilla en 1626, luego en Gerona en 1627; Lisboa, traducido al portugués en 1630; Barcelona en 1631; Alcalá de Henares en 1663; Madrid en 1653; Orvieto, traducido al italiano en 1626; Lyon, traducido al francés en 1631; y en Venecia en 1643. Traducido a varios idiomas, fue uno de los libros de mayor éxito de Roa.

- ***Écija, sus santos, su antigüedad eclesiástica y seglar.*** Sevilla : Manuel Sande, 1629.
  Este libro lo dedicó Roa a la ciudad de Écija.
  El título que aparece en la aprobación es: ***Historia de la mui antigua i noble ciudad de Écija.***
  Se conserva otra edición publicada en Écija en 1890 por la Imprenta de Juan de los Reyes.
  Esta obra fue continuada por el Licenciado Andrés Florindo bajo el título: ***Adición a libro Écija y sus Santos***, publicada en Écija en 1632, y reeditada en 1893 por la Imprenta de Juan de los Reyes.
  Existe una reedición actualizada por Ramón Freire Gálvez, con prólogo de Antonio Martín Pradas. Sevilla: Caja Rural de Sevilla, 2001.

- ***La instrucción y regla del Beato San Leandro, Arçobispo de Sevilla y su ermana Santa Florentina.*** Traducida de latín en castellano por el P. Martín de Roa. Sevilla : Matías Clavijo, 1629.
  Libro dedicado *al religioso convento, priora y monjas de S. Leandro de Sevilla, y de Santa Florentina de Écija.*
  En el folio 1 r. aparece el título: *Instruccion de las virgines del B. S. Leâdro Arzobispo de Sevilla para su ermana S. Florentina.*
  Existe otra edición anónima, Sevilla: Francisco de Lyra, 1630.
  Algunos insisten en que Roa sólo efectuó la traducción del latín al castellano de este libro, por lo que no lo consideran como su autor.

- ***Monasterio antiguo de San Cristóbal en Cordova.*** Ilustrado por el Padre Martín de Roa. Sevilla : Francisco de Lyra, 1629.
  Contiene además: ***Iglesia antigua del glorioso San Acisclo, patrón de la ciudad de Cordova, donde estuvo sepultado su santo cuerpo, qual fue, i donde esté de presente.*** Folios 16-19 r.
  Y: ***Ylipa, Elepla, Ylipula, que lugares sean, i fueron antiguamente.*** Folios 19 v.-22 v. ***Beneficios del Santo Ángel de Nuestra Guarda.*** Lisboa : Antonio Alvarez, 1634. Este libro está dedicado a Doña Juana Enríquez, Marquesa de Priego.
  La primera edición es de Córdoba: Salvador de Cea Tesa, y otra de Roma de 1671.

- ***Antiguo principado de Córdoba en la España Ulterior o Andaluz. Traducido del latino y aumentado en Eclesiásticas y seglares por su autor.*** Córdoba : Salvador de Cea Tesa, 1636.
  Es la publicación en castellano de su libro publicado en 1617.

- ***Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Andalucia; la relación de las fundaciones de casas y colegios de ella, sus principios, su augmento, estado y vienhechores.*** Sin publicar, el manuscrito se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.
  Esta obra no fue publicada por la negativa del Padre Provincial con fecha de 24 de julio de 1636, alegando que difiere muy poco de la Historia General de la Compañía de Jesús.

Además Marín de Roa dejó una serie de escritos, algunos de ellos publicados, pequeñas obras, cartas necrológicas y poesías, que no trataremos en este apartado, remitiendo al lector a las obras citadas del Padre Estanislao Olivares y de Carlos Cañal y Migolla.

## CONTENIDO DEL MANUSCRITO

A continuación presentamos un breve resumen de cada uno de los capítulos que forman los cuatro libros que componen este manuscrito, siguiendo el extracto que realizó en 1885 Rafael Ramírez de Arellano, corrigiendo algunos errores y omisiones.

# LIBRO PRIMERO

### Introducción

Justifica porqué escribe la Historia y el contenido en líneas generales de lo que podemos encontrar en ella.

### Capítulo I

**Breve descripción y noticia de la Provincia y la primera ocasión que tuvo de entrar en ella la Compañía.**

Describe detalladamente los límites de la Andalucía que fueron los mismos que la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús, nombrando algunas ciudades importantes del reino de Sevilla, sus ríos, sierras y sus tierras vecinas. Al final apunta que Córdoba fue la primera ciudad donde fundó un colegio la Compañía en el año de 1552, siendo rey de España Carlos V y Papa Julio III.

### Capítulo II

**Principios de la fundación del Colegio de Córdoba.**

Se fundó Colegio gracias a la propuesta que D. Antonio Fernández de Córdoba hizo a su madre Doña Catalina Fernández de Córdoba, Condesa de Feria y Marquesa de Priego. La Marquesa recibió y aceptó con agrado la propuesta de su hijo. Acto seguido se consultó al Padre General Ignacio, y éste ordenó al Padre Jerónimo Nadal que enviara al Padre Francisco de Villanueva con un compañero para dar asiento a la fundación.

El Padre Villanueva se trasladó junto a su compañero desde Alcalá de Henares hasta

Montilla, donde residía la marquesa, a finales de 1552. Fueron hospedados en una casa cercana a la suya, determinando que la fundación se realizase en Córdoba por ser una ciudad más populosa que Montilla, donde tendrían más frutos con la juventud, pudiendo asistir a su Colegio jóvenes procedentes de otros lugares vecinos.

Para la fundación les ofreció unas casas que tenía en Córdoba, llamadas del agua, en el barrio del Alcázar viejo. Tras hacerles la donación les envió a Córdoba con unas cartas para que se presentaran al Deán D. Juan Fernández de Córdoba.

## Capítulo III

**Primero asiento y población del Colegio de Córdoba e institución de escuelas.**

La Marquesa de Priego, mientras tanto, mandó preparar las casas del agua. Ella y el Padre Villanueva escribieron al Padre Nadal, que estaba en Alcalá de Henares, rogándole que enviase a los Padres Francisco de Borja y D. Antonio de Córdoba, que estaban en Medina del Campo, a quienes se les dio orden de ir a Andalucía, concretamente a Montilla con el Padre Juan de la Plaza, Colegial de Sigüenza y hermano del primer Obispo de Valladolid, además de dos hermanos, un estudiante y un coadjutor, para que les ayudasen. El Padre que acompañó a Villanueva se llamaba Laso López. Después de saludar a la Marquesa fueron todos a Córdoba, donde se les aficionaron pronto la nobleza y autoridades, resolviendo entre todos la fundación del colegio y escuelas.

El Cabildo de la ciudad acordó costear estos establecimientos y en la sesión de 25 de enero de 1553 determinó aplicar a las obras el dinero sobrante del encabezamiento general del reino, tercias y alcábalas. También se acordó que se pidiese para las obras, real cédula y facultad al rey, haciéndose depósito de todo en el Veinticuatro Juan Pérez de Saavedra.

La ciudad escribió a la Marquesa ofreciéndole el dinero que se necesitara, y en 18 de marzo de 1553 al Padre Juan de Ávila, que estaba en Montilla, para que gestionara con la marquesa lo que le pareciese con el fin de hacer pronto la fundación del colegio. Después la ciudad comisionó a Juan de Valenzuela y Pedro Núñez de Godoy, Veinticuatros, para pasar a Montilla y tratar con la marquesa. En abril de 1553 fueron recibidos por esta señora en Montilla, quien agradeció el ofrecimiento del Cabildo de labrar a su costa el colegio y escuelas, prometiendo que su hijo D. Antonio de Córdoba solicitaría del Papa la unión de los beneficios eclesiásticos que gozaba para rentas del colegio.

La ciudad acordó comenzar las obras, comisionando a D. Juan de Cárdenas y D. Diego Fernández de Córdoba, con otros tres caballeros Veinticuatros y dos jurados para hacerlas, autorizándolos a que gastaran en el colegio y escuelas los maravedíes que fueran necesarios.

Paralelamente el Deán D. Juan Fernández de Córdoba, donó las casas de su morada a la Compañía de Jesús. Estas casas fueron bien acogidas pero se continuaron las obras en las casas del agua.

Al Cabildo de la ciudad en 3 de noviembre de 1553, se presentaron los padres Francisco de Borja y Antonio de Córdoba para dar las gracias por haber costeado las escuelas. Éstas fueron abiertas el 13 de diciembre, celebrándolo la ciudad con gran con-

curso de nobleza y ambos cabildos y la Compañía con oraciones.

Al día siguiente se repartieron los estudiantes en cinco generales, donde se había de leer Gramática y Retórica, añadiéndose otras dos lecciones de casos de conciencia, cuyos lectores fueron el Padre Doctor Juan de la Plaza y el Padre Doctor Miguel de Torres, primer Provincial de Andalucía.

Pocos días después les hizo el Deán la donación efectiva de sus casas, con ornamentos preciosos y joyas de oro y plata que tenía para el servicio de la iglesia, señalándoles la renta que pudo para la fundación del colegio. El 24 de enero de 1554 se firmó la escritura en la que pusieron sus nombres los Padres Comisarios, D. Antonio de Córdoba y Francisco de Borja, obligándose ambas partes a suplicar al Papa la creación de una Universidad para el estudio de todas las ciencias.

## Capítulo IV

**Breve memoria de los hechos de Don Juan Fernández de Córdoba, fundador de este colegio.**

Martín de Roa elogia las virtudes del Deán sin ocultar sus excesos de juventud, dando a entender que era un enemigo aférrimo de la Compañía antes de convertirse en un ferviente devoto, refiriéndose también a algunos actos de piedad. Los tres hechos que menciona están relatados en otros libros, ofreciendo poco interés.

## Capítulo V

**Cómo se tomó posesión de las casas del fundador y de las escuelas, que labró la ciudad, y cómo se puso la primera Probación y Noviciado de la provincia, y le aplicó el Padre Don Antonio casi 1.000 ducados de renta al Colegio.**

La Compañía tomó posesión de las casas del Deán el día 24 de junio de 1555, para lo que fueron en procesión desde las casas del agua los dos cabildos, inquisición, nobleza, clerecía y religiones. Tras tomar posesión pasaron a la iglesia donde se cantaron vísperas y predicó el Padre Maestro Juan de Ávila. Al día siguiente dijo la misa el Deán, siendo ayudado por sus dos sobrinos D. Francisco Pacheco, que fue obispo de Málaga y Córdoba, y D. Luis de Córdoba, encargándose de predicar el Padre Fray Pedro de San Juan, de la orden de Santo Domingo. Aquella tarde los estudiantes representaron una comedia de asunto cristiano.

Tras esto se abrieron las escuelas que labró la ciudad, en las que gastó 6.000 ducados.

El Deán hizo muchas donaciones al colegio, entre otras 28.600 ducados en piezas de oro y plata, libros, censos, casas y heredades; los sustentó durante doce años de trigo, dándoles además 600 ducados al año. Instituyó el mayorazgo en su hijo y si no hubiera línea directa de varón, nombraba heredera a la Compañía. El mayorazgo valía 2.500 ducados de renta.

En poco tiempo ingresaron en la Compañía personas principales y distinguidas. Entre los estudiantes fueron muchos los que quisieron ingresar y al no haber casa de probación fue necesario habilitar un noviciado del que se encargó el padre Plaza, ayu-

dando el colegio al sustento de los novicios, pero no bastando las rentas para tanto, vino el colegio a la pobreza.

Al observar estas necesidades D.Antonio de Córdoba, que aún no era profeso y gozaba de beneficios eclesiásticos, entre ellos el de San Lorenzo de Córdoba, con cuyas rentas pudo dar 4.000 ducados, consiguiendo del Papa que se unieran estos beneficios al colegio, aumentándose su renta en 1.000 ducados.

## Capítulo VI

**De las ocupaciones y ejercicios de este Colegio y del fruto de ellos.**

El Padre Juan de Ávila persuadió al Doctor Pedro López, médico de Carlos V, que fundase en Córdoba un colegio regido por la Compañía, donde se hiciesen estudios seglares. En 1577 se consiguió la Bula del papa Gregorio XIII para dicha fundación, bajo el nombre de Asunción de Nuestra Señora. En este colegio tenía plena libertad La Compañía a nombrar rector y patrón que les pareciese mejor.

## Capítulo VII

**Del celo y santos ejemplos del Padre Alonso de Zárate, 2º Rector de este Colegio.**

En la ciudad de Córdoba había poco agua por haberse perdido los acueductos romanos y árabes, a pesar de que el Corregidor D. Francisco Zapata, que después fue Conde de Barajas, trajo agua de Sierra Morena en 1578 y puso fuentes en las plazas. En la cárcel no había agua, por lo que el Padre Alonso de Zárate con otros padres y devotos, llevaron agua en cántaros a los presos. De este ejemplo de humildad nació una Cofradía encargada de éste y otros menesteres.

Tras esto Martín de Roa narra la humildad del Padre Alonso de Zárate, llevando por las calles cargas de estiércol, ayudando a cargar a los leñadores y llevando a hombros a los pobres enfermos al hospital. En su tiempo hubo un gran incendio en el Convento de San Francisco acudiendo todos los padres que ayudaron a su extinción. En 1564 hubo en Córdoba una gran sequía.

## Capítulo VIII

**De los insignes bienhechores del Colegio de Córdoba.**

El Cardenal Contaceno, informado de los progresos del colegio por el Padre Maestro Toledo, predicador del sacro Palacio y después Cardenal, resignó en el colegio el beneficio del Puerto de Santa María y el medio pontifical de Benalcázar con 40.000 ducados.

El Obispo D.Antonio de Pazos que hacía ejercicios en el colegio dio para la fábrica de la iglesia 1.600 ducados. Éste fue el primer patrón del colegio de la Asunción dando 50 ducados anuales para el servicio de la capilla que labró a su costa a cambio de ser enterrado en ella, aunque murió sin poder realizar sus propósitos.

El Obispo D. Francisco Pacheco dio de limosna al colegio 4.300 ducados y costeó el retablo que pintó Pablo Céspedes, de quien Roa hace un gran elogio.

El padre Alonso de Molina dio durante quince años 50 ducados para la nueva iglesia

y una vez acabada ofreció 600 ducados y a su muerte toda su renta que eran unas casas valoradas en 600 ducados y 3.500 en censos.

Doña Francisca de Córdoba, fundadora del colegio de Écija, dio para acabar los retablos de los dos altares de la capilla mayor del colegio de Córdoba 300 ducados.

Constancia Rodríguez y Esperanza de Santisteban dieron a la iglesia ricos ornamentos bordados por ellas, cuya obra se estima en 2.000 ducados.

## Capítulo IX

**Del insigne templo que en este Colegio tiene la Compañía y todo lo que acerca de él ha sucedido.**

La ciudad de Córdoba dio primero para la obra 1.000 ducados, 500 dieron los mercaderes y más de 24.000 particulares, cantidades que se cobraron cuando comenzó la obra en 1564 hasta que finalizó en 1588.

La primera piedra se puso el 25 de noviembre de 1564, intitulándose el templo de Santa Catalina. Ésta fue puesta por el Obispo Cristóbal de Rojas Sandoval, acompañado de ambos cabildos, con predicaciones paralelas en la iglesia y escuelas.

El uno de enero de 1589 fue bendecido el templo por el Obispo Francisco Pacheco, siendo trasladado el Santísimo trece días después de reyes.

El 21 de septiembre de 1589 por la tarde hubo una tempestad seguida de un temblor de tierra, llevándose la torre y las campanas de la nueva iglesia del colegio que cayeron sobre las bóvedas del templo. Ante esta catástrofe muchos particulares ofrecieron dinero ascendiendo la cifra a 1.500 ducados con los que se hicieron los reparos oportunos.

## Capítulo X

**De los principios de la fundación del Colegio de Sevilla a donde sucedió la Casa Profesa.**

La fundación en Sevilla fue en 1554 de manos de Alonso de Ávila cuyo nombre en la Compañía era del Padre Basilio. Sus padres al entrar en la Compañía pidieron al Padre General que era Ignacio de Loyola, que enviara a Sevilla a su hijo, y este así lo hizo, siendo acompañado por el Padre Salamanca y el Padre González. En Sevilla no quiso el Padre Ávila hospedarse en casa de sus padres y anduvieron pidiendo limosnas, intentando refugiarse durante la noche en el Hospital del Amor de Dios, donde no lo consiguieron por no abrir sus puertas durante la noche. Un condiscípulo los reconoció y avisó a los padres de Ávila quienes fueron y los llevaron a su casa. El padre del Padre Basilio se llamaba Francisco Fernández de Pineda.

En este tiempo era Comisario General de España el Padre Francisco de Borja, quien pensó en crear un colegio en Sevilla, para lo que envió al Padre Juan Suárez, Rector del Colegio de Salamanca.

En cuanto el Padre Basilio supo de la llegada del Padre Juan Suárez a Sevilla le buscó y llevó a su casa, donde se reunió con ellos el Padre Francisco de Plasencia, el Padre Bartolomé de Bustamante, el Padre Paulo Fernández y el actual, primer provincial Padre

Doctor Miguel de Torres y el mismo Padre Francisco de Borja, todos juntos trataron de la fundación del nuevo colegio.

El primer jesuita que predicó en la catedral de Sevilla fue el Padre Francisco de Borja.

## Capítulo XI

**Cómo se hicieron algunos recibos de gente señalada y de lo que sucedió en estos principios.**

Uno de los primeros que entraron en la Compañía en Sevilla fue el Padre Juan de Acebedo, gran religioso y escritor.

Hernando Ponce de León, caballero principal, les ofreció sus casas, que no fueron aceptadas por el Padre Borja por ser demasiado grandes. Sin embargo residieron en ellas unos días, después pasaron a otras menos acomodadas, frente a Santa María de Gracia, donde estuvieron tres años pagando Francisco Fernández de Pineda 200 ducados de alquiler. En ellas pasaron muchas necesidades hasta el punto de no tener algunos días ni pan a la hora de comer.

## Capítulo XII

**De las persecuciones que contra la Compañía levantaron algunos clérigos herejes en Sevilla.**

Vivía en Sevilla el Doctor Constantino, canónigo de la Catedral, heresiarca y predicador famoso. Éste había acompañado al Emperador en la guerra contra Alemania, donde adquirió sus doctrinas heréticas que dispersó por Sevilla conquistando al pueblo y a personajes importantes tanto civiles como religiosos, declarándose enemigos de la Compañía de Jesús.

Al llegar los jesuítas a Sevilla comenzó a darse cierto enfrentamiento entre las predicaciones de los Padres Baptista y Gonzalo González, haciéndose la guerra descarada con engaños y tergiversaciones por parte del canónigo de la Catedral.

## Capítulo XIII

**Cómo libró Nuestro Señor de esta calumnia a los nuestros y del fin que tuvo este religioso.**

Los Padres de la Compañía habían permanecido mudos ante esta guerra injusta que le tenía declarada Constantino, pero llegado el momento creyeron que debían de defenderse. Para ello se dispuso el Padre Gonzalo González quien tras predicar se dirigió a hablar directamente con el susodicho. Tras intercambiar varias arengas dieron por zanjado el asunto, siempre con la predominancia en verbo de la Compañía.

Unos años más tarde Constantino fue hecho preso por la Inquisición y condenado por hereje en acto público, predicando en el auto un Padre de la Compañía.

## Capítulo XIV

**Cómo se dio principio a la fundación del Colegio de Granada y de lo sucedido en este tiempo.**

En 1554 el Padre Diego de Santa Cruz fue a vivir a Granada, su ciudad natal, por motivos de enfermedad. Una vez allí convenció a uno de sus hermanos para que cediese sus casas para iniciar un asentamiento de la Compañía. Éste, movido por el deseo de hacer realidad la idea de su religioso hermano se trasladó a Córdoba para entrevistarse con el Padre Provincial el Doctor Miguel de Torres, quien aceptó el ofrecimiento de las casas, que estaban situadas en la calle Nueva que antes se llamaban de Avenamar.

Al poco tiempo comenzaron las donaciones, entre ellos el mercader Antón de Jerez ofreció 10.000 maravedíes, seguido del D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, quien entregó mucho caudal a la Compañía.

## Capítulo XV

**Cómo se puso la casa en forma de Colegio con Rector y oficiales, y comenzó a predicar el Padre Basilio con extraordinario fruto y aplauso.**

El Padre Francisco de Borja, Comisario General de España, envió a que se hiciera cargo de los Padres y Hermanos que estaban en Granada al Padre Alonso Ruiz, natural de Córdoba.

En julio de 1555 llegó a Granada el Provincial de Andalucía, el Padre Doctor Miguel de Torres, acompañado del Padre Basilio de Ávila, como primer Rector del Colegio.

El resto del capítulo se dedica a elogiar la figura y persona del Padre Basilio y sobre todo su rara elocuencia que le valió para que le llamaran el nuevo San Juan Crisóstomo.

## Capítulo XVI

**De la mudanza de vida que algunos varones señalados hicieron en este tiempo con los sermones del Padre Basilio.**

Fruto de las predicaciones del Padre Basilio, entraron en la Compañía una serie de personas importantes y otras humildes. Entre ellos se encontraba el Padre Doctor Madrid, natural de Vejer de la Miel (Cádiz). Éste había sido Colegial de Salamanca, ostentando la Cátedra de Teología en la Universidad de Granada. Roa nos hace un gran elogio de su sabiduría y humildad.

Además añade una serie de elogios de los Padres que entraron en la Compañía gracias a las predicaciones del Padre Basilio: Padre Francisco de la Torre; Diego de Bracamonte; Padre Licenciado Pedro Bernal; Doctor Martínez.

## Capítulo XVII

**Desocúpase el Padre Basilio del gobierno del Colegio y sucede en su lugar el Padre Doctor Plaza, y trasládase la casa de aprobación a Granada y sus ejercicios.**

En 1556 fue de Rector a Granada el Padre Juan de la Plaza, trasladándose el novicia-

do de Córdoba a Granada, porque en Córdoba había más gente de la que cabía. Al poco tiempo la casa de Granada fue dividida en dos locales: el antiguo y una casa junto a la Encarnación (casas y noviciado), cuyo alquiler pagaba el Arzobispo.

Por estas fechas el padre Provincial Doctor Miguel de Torres fue requerido a Portugal por la reina doña Juana, abuela del rey D. Sebastián, para que fuera su confesor, nombrándose como nuevo Provincial al padre Bartolomé de Bustamante.

Roa en este apartado se refiere a la casa de Probación y sus novicios, reconociendo que fue la mejor casa de Andalucía por la concurrencia, importancia de los escolares y cumplimento de los deberes.

## Capítulo XVIII

**Ejemplos de la obediencia y oración de estos tiempos.**

Trata de varios ejemplos que ponen de manifiesto la obediencia, celo y humildad de los Hermanos y Padres de la Compañía por este tiempo.

## Capítulo XIX

**Milagrosa muerte del Padre Basilio y de los jueces que él emplazó en una ocasión.**

Tras verse librado el padre Basilio de la carga del rectorado del Colegio de Granada, decidió viajar y predicar, acompañado de otros Padres, por la provincia para adquirir adeptos a la Compañía. Visitaron y predicaron en Loja y en Alhama de Granada.

También se refiere Roa a cómo el padre Basilio no pudo liberar de la horca a un religioso, que no había sido degradado, de la Orden de la Merced. Por último finaliza con la muerte del Padre Basilio y de algunos de los jueces que condenaron al religioso.

## Capítulo XX

**De la vocación del Padre Basilio a la Compañía y de los encuentros que en ella venció.**

El Padre Basilio fue hijo de Francisco Fernández de Pineda, prior del Consulado de la Contratación de Sevilla y de doña Inés Fernández de Ávila, gente de buena posición. Se llamó primero Alonso de Ávila, cambiando el nombre por el de Basilio en honor del Santo Arzobispo de Granada. Estudió gramática en Sevilla. Con trece años de edad era oyente de Artes y Filosofía, graduándose en ellas a los 16 años. Con posterioridad estudió Teología en Salamanca. Se describe cómo entró en la Compañía y de algunas virtudes que Dios le dio.

## Capítulo XXI

**De las grandes virtudes del Padre Basilio.**

El Padre Basilio murió el 12 de octubre de 1556, el mismo año que murió el Padre Ignacio de Loyola. El primero fue enterrado en la Encarnación por no estar concluida la iglesia del Colegio de Granada, al tiempo las monjas sacaron su calavera para vene-

rarla; cuando los jesuítas se enteraron la llevaron a un lugar más digno y le pusieron un epitafio digno del Padre Basilio. Se exaltan sus virtudes.

## Capítulo XXII

**Venida del Padre Doctor Ramírez y lo que aquí le sucedió.**

Para sustituir como predicador el padre Basilio, se trasladó a Granada el Padre Juan Ramírez, quien con su oratoria comenzó a alarmar a la población, siendo achacado por otros Padres de otras ordenes como sospechoso. A todo esto puso fin la autoridad del Arzobispo don Pedro Guerrero, quien desde el púlpito defendió la sana doctrina de este Padre de la Compañía. Este hecho hizo que creciera el número de adeptos a los jesuítas, teniéndose que mudar de casa, hasta que la ciudad les dio un trozo de muralla con sus torres y barbacana donde edificaron definitivamente casa e iglesia.

## Capítulo XXIII

**Lo que los herejes intentaban por este tiempo en Sevilla y la resistencia que les hicieron los nuestros.**

Mientras que en Granada todo iba a pedir de boca, en Sevilla la Compañía padecía los tormentos de las persecuciones de los herejes. Constantino y sus seguidores no dejaban de desacreditar a la Compañía y predicaba en contra de las doctrinas de ésta y de la frecuencia de los sacramentos. El Padre Baptista desenmascaró desde el púlpito a Constantino, aunque sin nombrarle, poniendo de manifiesto sus errores.

Siguieron predicando contra Constantino el Padre Salas y el Padre Burgos, ambos de la orden de Santo Domingo. Un día tras predicar Constantino, un personaje destacado de la sociedad sevillana, el escritor Pedro Mexía, exclamó que lo que oía de la doctrina de Constantino no era bueno. Esto hizo que se difundiera su opinión, haciendo que mucha gente tomara a Constantino por hereje, apartándose de él muchos que antes lo seguían, e incluso dando algunos parte a la Inquisición. Los inquisidores llamaron a Constantino varias veces al castillo de San Jorge en Triana.

## Capítulo XXIV

**Cómo Constantino pretendió entrar en la Compañía y Nuestro Señor la libró de esta peste e infamia.**

Los seguidores de Constantino comenzaron a darle de lado para no verse involucrados con la Inquisición. Éste pensó ausentarse de Sevilla, pero al ser tan conocido no haría otra cosa que hacer ciertas las sospechas. Un día visitó al Padre Provincial Bartolomé de Bustamante, a quien confesó su deseo de ingresar en la Compañía, mostrando su vergüenza por haber atacado a los jesuítas. Transcurrió un tiempo sin que los padres tomaran una decisión, aumentando las visitas de Constantino al Padre Bustamante para hacer efectiva su inclusión en la Compañía. Esto llegó a los oídos del licenciado D. Francisco del Carpio, inquisidor de Sevilla, quien sabía que Constantino estaba punto de ser prendido por la inquisición, al tiempo que no podía romper su secreto profesional y comunicárselo a los miembros de la Compañía.

## Capítulo XXV

**Cómo libró Nuestro Señor la Compañía de este peligro y el fin que tuvo Constantino.**

El licenciado D. Francisco del Carpio, inquisidor de Sevilla, encontró la forma de hablar sin romper el secreto, y para ello invitó a comer al Padre Juan Suárez. En la sobremesa hablaron de las pretensiones de Constantino de ingresar en la Compañía, de tal forma que el licenciado le comentó que no veía con agrado dicho ingreso, por lo que el Padre Suárez comenzó a sospechar de que el inquisidor sabía algo más de lo que le comunicaba. Al regresar al colegio comentó su conversación al Padre Bartolomé de Bustamante, quien le comentó que le había rogado a Constantino que no lo visitase tan frecuentemente. Varios días después Constantino fue hecho preso por la Inquisición de Sevilla.

## Capítulo XXVI

**De algunos insignes benefactores que en este tiempo tuvo el Colegio de Sevilla.**

Nombra una serie de benefactores que tuvo el Colegio de Sevilla, entre ellos: Doña Isabel Galindo y su hija Doña Leonor de Saavedra, Doña Ana de Barrera, Doña María de Arazus y su hija Doña Beatriz de Arazus, que a su muerte dejó a la Compañía 1.500 ducados, Don Francisco Fernández de Pineda, y Doña Benita Suárez, quien dio varias cosas a la iglesia entre las cuales figuraba un frontal de altar y la cruz grande de plata.

En 1564 el Papa Pío IV unió al Colegio, el beneficio de la villa de El Pedroso (Sevilla), con renta anual de 140 escudos.

En 1561, unió el mismo Papa al Colegio, el beneficio de San Marcos de Jerez de la Frontera (Cádiz).

En 1566 el Papa Pío V les dio la prestamera de la Iglesia parroquial del Salvador de Carmona (Sevilla) y la cuarta parte de la prestamera de la Iglesia parroquial de San Gil de Écija (Sevilla), reservando otras tres partes para el Colegio de Gandía.

Por último, en 1572, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Sevilla, dio la mitad de un beneficio de la Iglesia parroquial de San Juan de Écija.

## Capítulo XXVII

**Cómo se dio principio a la fundación del Colegio de Montilla.**

En 1558 se fundó el Colegio de Montilla (Córdoba), en el castillo y palacio de la Marquesa de Priego. La fundación fue acordada en 1555 entre Doña Catalina Fernández de Córdoba y Aguilar y el Padre Francisco de Borja. La Marquesa dio al Colegio el propio palacio y el Hospital de la Encarnación que se encontraba lindero, del que tomó el nombre el Colegio, además compró otras casas para agrandar el lugar. Por último se comprometió a labrar otro hospital donde estaba la ermita de Santa Catalina.

## Capítulo XXVIII

**Cómo se pobló el Colegio, fruto de sus ministerios y muerte del Padre Alonso López, su Rector.**

Las obras del nuevo Colegio terminaron a finales de 1557, siendo ocupadas a principios del año siguiente. Por estas fechas era Vicario General del Padre Laynez y Provincial de Andalucía el Padre Bartolomé de Bustamante, nombrándose como primer Rector del Colegio de Montilla al padre Alonso López, hombre docto y de mucha virtud, quien murió a principios de 1560, siendo nombrado para sucederle el Padre Juan Alayde, natural de Lucena (Córdoba).

La Marquesa de Priego señaló de renta del Colegio dos juros sobre las tercias de Córdoba y Écija, uno de 54.830 maravedíes y el otro de 100.300 maravedíes cada año. Dio además un molino que rentaba 300 fanegas de trigo y la huerta del Colegio. Su hijo el Padre Antonio de Córdoba acrecentó la renta con 300 ducados, cediendo el licenciado Casarrubios un beneficio simple de la Iglesia de Priego.

## Capítulo XXIX

**El estado del Colegio de Sevilla y Granada por este tiempo y del espíritu y fruto del Padre Baptista.**

Tras ser encarcelados los herejes que habían atacado a la Compañía en Sevilla, se pudo mejorar la situación de los jesuítas. El hidalgo Lope de Mendieta les entregó 2.000 ducados, y otro particular cuyo nombre se omite otros dos mil que unidos a otros donativos ascendieron a la cantidad de 8.000 ducados. Con este dinero se compraron las casas que pertenecían al Capitán Hernán Suárez del Alcázar, antiguo solar de los Duques de Medinaceli, labrándose en dicho lugar la Casa Profesa.

Por este tiempo predicaba en Granada el Padre Baptista, refiriéndose Roa a algunas de las conversiones que realizó en aquella ciudad.

## Capítulo XXX

**De algunos varones señalados que por su predicación dejaron el mundo y entraron en la Compañía y florecieron en ella, especialmente el Padre Albotodo.**

El Padre Maestro Juan de Albotodo fue uno de los que se sintieron atraídos hacia la Compañía por las predicaciones que realizó en Granada el Padre Baptista. Era morisco, estudió Teología costeado por el Arzobispo Don Pedro Guerrero, entrando en la orden siendo ya maestro. Este capítulo se dedica por completo a narrar las virtudes y milagros que obró este Padre.

## Capítulo XXXI

**Cómo entraron en la Compañía otros sujetos muy importantes y la ilustraron con sus virtudes.**

La primera parte se refiere a la conversión y entrada en la Compañía del licenciado

Gabriel Puerto, natural de Baeza, atraído por los sermones del Padre Baptista. Éste fue luego misionero en Berbería.

Por la misma causa que el anterior entraron en la orden en Granada el licenciado Lorenzo de Valverde, natural de Chillón; el Padre Julián de Oviedo, natural de Almagro; el hermano Luis de Soria y el hermano Gaspar López, natural de Granada.

## Capítulo XXXII

**De obras y virtudes maravillosas del Padre Baptista.**

Roa nos narra en este capítulo el fruto que dio la predicación del Padre Baptista, y de cómo convenció a dos religiosos, uno agustino y otro trinitario de los beneficios que la Compañía aportaba a los pobres que estaban en los hospitales de Granada.

## Capítulo XXXIII

**De la humildad y oración del Padre Baptista y de su dichosa muerte.**

Continúa exaltando la vida y obra del Padre Baptista. Hizo profesión de cuatro votos en 1560 de manos del Padre Doctor Plaza, Rector del Colegio de Granada. Fue llamado a Roma por el Padre Francisco de Borja, donde murió.

## Capítulo XXXIV

**Fundación de la Casa del Albaicín en Granada, y provecho que con ella se hizo en los naturales.**

En 1559 se trasladó un pequeño grupo de jesuitas del Colegio de Granada al Albaicín con miras a cuidar a los recién convertidos al cristianismo.

El Albaicín es un barrio al septentrión de la ciudad, fundado por los moros de Baeza, donde se asentaron tras tener que huir de su ciudad al ser conquistada. Tras la toma de la ciudad por los Reyes Católicos, los moros que se quedaron en la ciudad se fueron a vivir al Albaicín, quienes tras la primera rebelión morisca tuvieron que bautizarse o exiliarse a Berberia. La mayoría optaron por emigrar a África, pero fueron muchos los que decidieron quedarse, bien por amor a su patria o amor a su hacienda, quienes aunque bautizados seguían practicando en secreto su religión. El Arzobispo Don Pedro Guerrero, intentó convertirlos, solicitando la creación de una Casa de la Compañía de Jesús en dicho barrio. Esta solicitud fue aceptada por el Padre Laynez, Vicario General, tomándose a principios de 1559 una casa alquilada junto a la Iglesia de San Bartolomé, siendo ocupada por cuatro padres y cinco hermanos, haciendo de superior el Padre Sancho de Castilla, que después se llamó Padre Ambrosio.

Lo primero que hicieron fue abrir escuelas gratuitas, donde enseñaban a los niños moriscos a leer y escribir en castellano además de la doctrina cristiana, procurando por este medio desarraigarles de la musulmana. Se les decía la doctrina dos veces al día y antes de entrar en la escuela iban dos hermanos a decirla por las parroquias del Albaicín.

De acuerdo con el Arzobispo salieron tres padres a predicar por las Alpujarras, donde había muchas poblaciones de moriscos. Con estas predicaciones el Padre Albotodo se

trajo algunos mozos de buenas esperanzas, quienes dieron muy buen resultado, siendo utilizados en ocasiones como traductores y difusores de la fe en lengua árabe.

Los padres buscaron también dos mujeres de conocida reputación, quienes enseñasen a leer y escribir en romance y latín, a coser y lavar a las niñas moriscas. En poco tiempo reunieron gran multitud de muchachas. Los padres las visitaban una vez por semana para hacerles pláticas de la doctrina cristiana, haciéndose algunas monjas, costeándoles las dotes el Arzobispo de Granada. Por último crearon una cofradía con el título de la Concepción de Nuestra Señora, en la que entró la gente más honrada del barrio.

Además se narra en este capítulo la conversión de un mancebo hecha por el Padre Ambrosio de Castilla, y se relatan los terremotos que hubo en este tiempo (1559) en Granada.

# LIBRO SEGUNDO

## Capítulo XXXV

**Libro segundo del fin que tuvo Constantino, perseguidor de la Compañía y de otros varios sucesos de este tiempo con el acrecentamiento del Colegio de Sevilla.**

A partir del año 1560 la Compañía empezó a crecer y extenderse en todos los países. En Sevilla, presos Constantino y un considerado número de sus seguidores, se vio como éste había engañado a muchos sevillanos. De éstos, algunos huyeron de las cárceles donde estaban presos, otros de sus casas, en las que no se creían seguros y el resto fueron castigados por la Inquisición. En el Auto de Fe de 1560 participaron una serie de oradores para intentar convencer a los herejes, en este Auto fueron quemados los huesos de Constantino.

Pasado este acontecimiento, los padres de la Compañía predicaron en Sevilla desahogadamente y los inquisidores iban en forma de tribunal a oír los sermones, especialmente los del Padre Doctor Madrid, predicador de gran fama. A partir de este momento, los nobles sevillanos propusieron a la Compañía la creación de escuelas para seglares como las de Córdoba, ofreciendo la ciudad para tal fin la cantidad de 2.000 ducados, que junto con otros donativos ayudaron a que se abrieran escuelas con enseñanza de Gramática, llegando en 1594 a contar con 900 alumnos. Más tarde se abrieron otros cursos como el General de Letras Humanas y un curso de Artes y Filosofía, del que fue el primer maestro el Padre Gaspar de Castro. En diciembre de dicho año se abrió la segunda lección de Teología y en 1585 se añadieron las de Escrituras y letras sagradas.

Se narra cómo en el Convento de San Isidoro del Campo entraron las herejías de

Constantino, siendo aleccionados por la Inquisición, donde llegaron a ser juzgados y quemados tres sacerdotes y un lego, y liberados seis o siete que huyeron a Ginebra.

## Capítulo XXXVI

**Trasládase el Noviciado de Granada a Sevilla. Viene Visitador General, y señala 3º Provincial. Aumento y Benefactores del Colegio de Granada.**

El Padre Bartolomé de Bustamante, Provincial, intentó desahogar de gente y gastos el Colegio de Granada, que en estas fechas labraba sus casas, trasladando a Sevilla parte del noviciado en 1561. Un año más tarde trasladó la Casa de Aprobación también a Sevilla pasando a Montilla en 1569, donde continuaba cuando Roa escribía su Historia.

Era Visitador de España el Padre Jerónimo Nadal, quien al no poder visitar todas las casas de España, reunió a los provinciales y rectores en Alcalá de Henares, donde le presentaron los memoriales. Éste nombró Provincial de Andalucía al Padre Doctor Plaza, que era Rector del Colegio de Granada, destinando como su sucesor al Padre Gonzalo González.

El 25 de enero de 1562 se ocupó la nueva Casa de Granada con solemne fiesta. Para la nueva Iglesia dio el Arzobispo Don Pedro Guerrero 500 ducados de renta, encargándose él mismo de poner la primera piedra el 26 de marzo de 1575, denominándose el nuevo templo bajo la advocación de San Pablo. La Iglesia fue bendecida con traslado del sacramento en 1589. Debido a las grandes donaciones y por orden del Padre Everardo Mercuriano, fue nombrado patrón del Colegio de Granada al Arzobispo Don Pedro Guerrero.

Entre los bienhechores del Colegio se cita en primer lugar los frailes de San Jerónimo, quienes cada semana enviaban dos fanegas de pan amasado y algunas veces carneros, tocinos, etc.

Otro fue el Licenciado Aranda, oidor de la Chancillería y su mujer Doña Juana de Barahona, quienes dejaron al Colegio por heredero de su hacienda en torno a 14.000 ducados. También Gonzalo de Ribera, Procurador de la cárcel, dejó al Colegio una buena heredad en la localidad de Atarfe y las casas de su morada.

También cita a Doña Ana de Peñalosa que dio ornamentos y joyas, además de 1.000 ducados y 100 más de renta anual para el mantenimiento de los maestros.

El más notable de los donativos fue el que realizó Pedro del Águila, venido de Indias dejó por heredero al Colegio con una hacienda valorada en más de 6.300 ducados.

## Capítulo XXXVII

**Fundación y asiento del Colegio de Trigueros.**

Poco después de tomar posesión de su plaza como Provincial el Padre Plaza (1562), se fundó el Colegio de Trigueros (Huelva), villa del Duque de Medina Sidonia en el Campo del Andévalo. La fundación corrió a cargo de Francisco de Palma, hombre rico y devoto, natural de esta tierra y aficionado a la Compañía. Éste se trasladó a Sevilla para consultar su intención con el licenciado Don Miguel del Carpio, inquisidor. Ambos visitaron en 1561 al Padre Bartolomé de Bustamente y al Padre Gonzalo González, rector

del Colegio de Sevilla. Éstos y el Padre Laynez pusieron ciertas dificultades a la fundación, pero Francisco de Palma insistió consiguiendo su propósito tras dar a la Compañía 450 ducados de renta y 1.200 para la expedición de la Bula.

Después entregó una casa y 800 ducados más de renta, reservándose sólo 100 ducados para vivir. Ya establecidos en la nueva casa, Doña Catalina de Zúñiga y Sotomayor, Condesa de Niebla, dio al Colegio 60.000 maravedíes, 400 ducados de renta y la orden al Padre Bustamante de que a su costa se construiría la nueva casa e iglesia. En 1563 se abrieron las escuelas de leer y escribir.

## Capítulo XXXVIII

**Misión del Campo del Andévalo y Bienhechores de este Colegio.**

En el Campo del Andévalo y la serranía los moradores eran ignorantes, pobres y muy miserables, comiendo ordinariamente bellotas para su manutención, teniendo el pan de trigo como un manjar y un elevado regalo.

El patronato del Colegio de Trigueros lo dieron al Duque de Medina Sidonia, quien agradeció el nombramiento con grandes donativos y regalos.

La Casa de Trigueros se labró en una huerta con posada de colmenas que dejó a la Compañía Alonso de Sepúlveda, vecino de Niebla.

## Capítulo XXXIX

**De algunos Padres y Hermanos que por este tiempo murieron santamente, y en particular los enfermos de las galeras en Sevilla.**

En este capítulo se narra la muerte y vida de varios padres y hermanos, destacando, la muerte del Hermano Miguel Galar el 1 de octubre de 1560.

En 1563 atracaron las galeras en Sevilla con un gran número de enfermos, acudiendo la Compañía a auxiliarles y remediarles sus males, algunos padres y hermanos enfermaron de la epidemia que portaban los barcos.

El 25 de enero de 1563 murió en Granada el Hermano Diego de Longarte, natural de Guadix, oficial de cantería, quien trabajó mucho en la construcción de los edificios del Colegio de Granada.

## Capítulo XL

**Principio y origen de la fundación y aumento del Colegio de Cádiz y misión de las Almadrabas.**

Las Almadrabas eran las pesquerías de atunes que existían y existen entre Tarifa y Cádiz. Entre ellas había una fortaleza, antes del cabo de Plata, llamada Jadraza, donde vivían el capitán y justicia mayor con otros oficiales y criados del Duque de Medina Sidonia, dueño de las pesquerías. Junto al castillo se encontraban las casas, tabernas y bodegones, además de otras tiendas que en parte ocupaban los soldados de la guarnición y los mercaderes que de todo el reino acudían a comprar los atunes. Junto a estas edificaciones convivían muchas chozas que denominaban Chancas, donde se alojaban

los jabegueros, pillos, pícaros, hombres perdidos, rufianes, etc. y gente de las pesquerías venidas de muchas regiones del reino: Andalucía, Castilla y otras provincias. La Condesa de Niebla, estaba informada de la clase de gente que se juntaba en torno a las Almadrabas, por lo que optó por enviar allí a los padres de la Compañía, previa solicitud al provincial, que era el Padre Bartolomé de Bustamante, quien envió en 1558 a dos padres que confesaron y rectificaron a muchos de sus habitantes.

## Capítulo XLI

### Fundación y asiento del Colegio de Cádiz.

Para ir a la misión de las Almadrabas, los padres de la Compañía que eran enviados se presentaban al Obispo de Cádiz para tomar licencia. Los padres Diego López y Gregorio de Mata, al llegar a Cádiz se enteraron de que el Obispo Don Jerónimo Teodoro se encontraba en Roma, estando desatendida la plaza desde hacía más de treinta años. Por este motivo determinaron detenerse algunos días en dicha ciudad y predicar, con tal fruto que el Provincial decidió enviar misioneros de cuando en cuando. No había entonces en Cádiz ningún convento, determinando el regimiento de la ciudad establecer uno que fuera de la Compañía, por haber visto mucho provecho que en el mejoramiento de las costumbres daban las misiones.

Para tal fin se desplazó a Sevilla el regidor Don Pedro del Castillo, ofreciendo en nombre de ambos cabildos al Provincial un sitio y limosnas para el nuevo Colegio. Tras aceptar el ofrecimiento, el Provincial, se desplazó a Cádiz para iniciar la fundación, acompañándole los padres Diego López y el Padre Ambrosio. La ciudad ofreció 400 ducados de renta anual, siendo concedida la cédula de Felipe II para la fundación, el 22 de diciembre de 1564. El Deán y Cabildo de la Catedral ofrecieron de renta 100 ducados al año, cuya promesa confirmó el nuevo Obispo don García de Haro, quien además dio la ermita y el templo de Santiago y les unió la Cátedra de Gramática que poseía el Doctor Lozano de Quirós, canónigo de aquella iglesia.

## Capítulo XLII

### Ocupaciones de la Compañía en Cádiz y el fruto de ellas.

En 1566 pasó por Cádiz para su destino Don Bartolomé de Torres, Obispo electo de Canarias queriéndose llevar al Padre López. Pidió el debido permiso al Padre Diego de Avellaneda, Provincial, aumentando el acompañamiento con el Padre Lorenzo Gómez y los Hermanos Luis Ruiz y Alonso Jiménez. Una vez allí iniciaron el proceso de fundar una Casa, pero tras morir el Obispo sin haberse acabado la fundación, los religiosos decidieron volver a Cádiz.

El Padre López fue de los primeros que pasaron a México en 1572 y el primer Rector de aquel Colegio.

## Capítulo XLIII

**Cómo se pusieron escuelas y estudios y se hicieron otras insignes obras de piedad.**

Tras la marcha a Canarias del Padre López, fue nombrado rector del Colegio de Cádiz el Padre Pedro Bernal.

Las obras de las escuelas finalizaron en noviembre de 1568, siendo el primer Maestro de escritura el hermano Alonso Soto, y el primero en lectura el Padre Ambrosio de Castilla.

En 1569 se abrió la Cátedra de Gramática, teniéndose que doblar el número de maestros transcurrido un mes, debido a la afluencia de un gran número de estudiantes. Esta situación se vio truncada al poco tiempo por falta de renta para costear al profesorado, quedando todo interrumpido hasta 1597, año en que el Obispo Don García de Haro les incorporó la Cátedra de Gramática del Doctor Lozano de Quirós, reabriéndose de nuevo las clases con renta suficiente para su sostenimiento.

## Capítulo XLIV

**Benefactores del Colegio de Cádiz.**

Entre los benefactores de este Colegio se menciona en primer lugar al regidor Don Pedro del Castillo y su hermana Doña Mariana del Castillo.

Doña Leonor de Mendoza donó unas casas que estaban tasadas en 4.000 ducados, sobre cuya posesión puso pleito un heredero, ganándolo la Compañía.

Fernando Delgado pensó dejar su hacienda a la Compañía, y habiendo muerto sin hacer testamento, siendo heredera su hermana Catalina Delgado, quien sabedora de su voluntad, dio al Colegio 2.500 ducados.

Doña Francisca de Stupiñan, dejó para el Colegio en su testamento la cantidad de 2.000 ducados.

## Capítulo XLV

**Primera Congregación Provincial y estado de la Provincia hasta el año de sesenta y nueve con sus misiones.**

En 1565 murió el Padre Laynez, reuniéndose la Congregación Provincial en Granada para enviar electores a la Congregación General, reunión que convocó el Padre Doctor Plaza. Para desplazarse a Roma fueron elegidos el Padre Bartolomé de Bustamante, el Padre Baptista y el propio Provincial, quien fue sustituido por el Padre Diego de Avellaneda.

En 1566 volvieron de Roma tras elegir como General al Padre Francisco de Borja, quien confirmó el cargo de Provincial de Andalucía al Padre Avellaneda, nombrado cuarto Provincial de Andalucía.

Las misiones estaban divididas en tres casas, la de Sevilla se encargaba de las Almadrabas y del Aljarafe; la de Córdoba se encargaba de la Campiña y de Sierra Morena; la de Granada se encargaba de las Alpujarras, destinándose para la casa de Guadix las misiones a la Hoya de Baza y el marquesado del Cenete.

Las misiones a Indias no partían de una casa determinada, la primera no pasó de Canarias como se ha referido con anterioridad. La segunda tuvo por destino Florida en 1566. En 1567 fueron a Perú donde realizaron la primera fundación que se hizo en América.

## Capítulo XLVI

**La vida y muerte de los padres Juan de León que llamaban el Cordero y del Padre Maestro Martín Gómez.**

Hace relación de la vida y de cómo entraron en la Compañía ambos padres.

## Capítulo XLVII

**Cómo se quitó en estos reinos el abuso de no dar la comunión a los condenados a muerte.**

El Papa Pío V a petición del Arzobispo de Granada Don Pedro Guerrero, dio el 25 de enero de 1568 un decreto por el cual en toda la cristiandad se debía de dar la comunión a los sentenciados a muerte. Felipe II, en cumplimiento del mismo, ordenó que en las cárceles se edificase una capilla y hubiese un lugar decente para esta ceremonia.

## Capítulo XLVIII

**Fundación, aumento y estado del Colegio de Marchena.**

El Colegio de Marchena (Sevilla) se pobló en 1567, siendo su fundador el Duque de Arcos, corriendo todo a cargo de la Duquesa Doña María de Toledo, hija de los marqueses de Priego, quien edificó las casas e iglesia.

## Capítulo XLIX

**Tómase posesión, y puéblase el Colegio. Pónense escuelas de niños y estudios y acreciéntase en otras casas.**

El 18 de diciembre de 1566 se tomó posesión del Colegio de Marchena, poblándose el 16 de enero de 1567, por el Padre Gaspar de Salazar, su primer Rector, acompañado del Padre Francisco de Barzana y otros padres y hermanos. El templo estaba dedicado a la Encarnación, celebrándose sus fiestas. Aunque no figuraban en la escritura de fundación, se labraron escuelas para niños, y al año siguiente se pusieron maestros de leer y escribir.

La enseñanza se interrumpió en 1571 para aplicar los fondos para la terminación de la casa e Iglesia, volviéndose a abrir las escuelas en 1579 gracias al ofrecimiento que realizó la Duquesa de Arcos, Doña Teresa de Zúñiga, de 150 ducados de renta.

En 1601 se cambiaron las escuelas de niños en estudios de Gramática, gracias a los 400 ducados de renta que ofreció el licenciado Gonzalo Fernández, el Consejo de la villa y algunos particulares.

## Capítulo L

**Cómo se deshizo la Casa del Albaicín de Granada por causa de la segunda rebelión de los Moriscos de aquel reino y lo que en esta ocasión hizo la Compañía.**

En 1568 se produjo la segunda rebelión de los Moriscos. La casa del Albaicín funcionaba muy bien, con educación para niños y niñas. Por estas fechas se publicó la pragmática de Felipe II, a instancias del arzobispo de Granada Don Pedro Guerrero y del Concilio provincial, por la que se prohibía a los moriscos el uso de su traje y de su idioma, se les prohibían algunas ceremonias y se les obligaba a tener abiertas sus casas y tiendas los viernes, día santo para ellos. Estas medidas provocaron que los moriscos acudieran a las armas, poniéndose de acuerdo con los del norte de África decidiendo apoderarse del Albaicín y desde allí hacer la guerra a Granada.

Se levantaron después muchos pueblos, llegando gente desde Berberia. El Marqués de Mondéjar, que gobernaba la ciudad, tuvo que acudir al campo con soldados y tropa para castigar a los moriscos.

La Casa del Albaicín la abandonaron los padres de la Compañía en julio de 1569, con el sentimiento de haber perdido el trabajo de varios años.

Acabada la guerra quedaron despobladas las Alpujarras y otros lugares, viniendo a poblarlas gallegos y sorianos y otros pobres y desvalidos, quedando los pueblos miserables, los templos ruinosos y los sacerdotes pocos e ignorantes. La Compañía comenzó a hacer misiones encontrando sólo para comer pan y alguna fruta y para dormir un pedazo de estera.

También en Sevilla la Compañía tuvo que socorrer a los moriscos pues llegaron allí las galeras de España atestadas de ellos, hasta el extremo que se morían de hambre y de miseria.

## Capítulo LI

**Cómo entró en el oficio de Provincial el Padre Maestro Juan de Cañas, y de las cosas que en su tiempo sucedieron.**

En 1568 llegó como Visitador el Padre Bartolomé de Bustamente, celebrándose la Congregación Provincial en Granada. Fue elegido de Procurador en Roma el Padre Alonso de Zárate y Provincial al Padre Maestro Juan de Cañas en lugar del Padre Avellaneda que cesó en su cargo.

Este nuevo Provincial fue el que dispuso que la Casa de Probación pasase a Montilla a causa de la epidemia que se padecía en Sevilla. La epidemia comenzó en 1568 durando un año y causando grandes estragos en toda clase de gente.

## Capítulo LII

**Cómo se fundó en Baeza un Colegio de la Compañía de Jesús.**

Doña Elvira de Ávila, viuda del licenciado Bástulo Sánchez, murió en Granada el 22 de junio de 1566, dejando por heredera de toda su hacienda a la Compañía siempre que fundara un Colegio en Baeza, que era su patria. El provincial de Andalucía informó al

Padre Francisco de Borja, quien aceptó la fundación el 7 de marzo de 1570. La herencia ascendía a la cantidad de 1.000 ducados pero después de pagar varias mandas se redujo a 600.

El Provincial envió a Baeza de superior al Padre Licenciado Gonzalo Meléndez, acompañado de otros padres y hermanos, quienes tras tomar licencia del Obispo de Jaén, se establecieron en una casa alquilada donde permanecieron desde el 17 de julio de 1570 hasta el mismo día del año siguiente, día en que tomaron posesión del Colegio de Santiago.

El Colegio tenía una renta de 500 ducados, algunas posesiones y un beneficio en Iznatoraf, siendo sus patronos el Doctor Bernardino de Sandoval, el Doctor Diego Pérez, Luis Castillo de Carvajal y Alonso Sánchez Chacón, los que alcanzaron de Pío V un Breve para incorporar el Colegio de Santiago a la Compañía. La fundación fue aprobada por el Papa en 1567 y la incorporación el 7 de mayo de 1571.

En 1593 comenzó la obra de la nueva casa para lo que la ciudad dio una calle que atravesaba el sitio donde se iba a construir, además de una torre de la muralla y permiso para apoyar en el muro de la ciudad el edifico del templo. Los padres habitaron la nueva casa el 4 de junio de 1595. Las escuelas se aumentaron con clases de Teología y escritura que empezaron en 1599.

## Capítulo LIII

**De lo que sirvieron los de la Compañía a Dios Nuestro Señor y a la ciudad de Cádiz en la peste del año de 1570 y 1571. Y los que murieron en ella curando y administrando los sacramentos a los enfermos.**

En 1570 se extendió por Cádiz una epidemia muy fuerte, con rápida y gran mortandad de personas. Esto provocó mucho pánico huyendo el Obispo, la clerecía, la justicia, el regimiento y la gente rica y adinerada, quedando en la ciudad sólo los pobres y desamparados. Ante la falta de justicia los robos y otras acciones ilegales se incrementaron. Tras regresar el Rector del Colegio de la Congregación que se había celebrado en Sevilla, reunió a algunos regidores que habían regresado y los animó a que hicieran algo positivo, indicando que debía de establecerse un hospital y se pidieran médicos a Sevilla. El Padre Bernal dirigía mientras la ciudad, comprando camisas y vestidos para los convalecientes y medicinas para los enfermos. La carestía fue tan grande que llegó a valer una granada un real.

## Capítulo LIV

**Dichoso tránsito del Padre Sotomayor y su compañero.**

En 1571 continuó la epidemia haciendo estragos en Cádiz, muriendo muchos padres y hermanos de la Compañía. Entre ellos cabe destacar el Padre Sotomayor, natural de Sevilla.

En 1573 llegaron a Cádiz las galeras españolas con 4.000 soldados que pasaban a Italia, al atracar en Cádiz se observó que traían una epidemia de la que enfermaron más de 1.000 en pocos días, muriendo muchos por falta de sanidad y asistencia en los bar-

cos. La Compañía acudió pidiendo dinero a la ciudad quien entregó 450 ducados.

Los padres habilitaron 80 camas en el Hospital de la Misericordia y 40 en una enfermería que sustentaba y cuidaba Doña María del Castillo. La epidemia se extendió de los barcos a la ciudad, muriendo algunos padres y otros enfermaron, teniendo que ser sustituidos por otros traídos de otras casas.

## Capítulo LV

**De algunos varones señalados en santidad que este año pasaron de la tierra al cielo.**

El 19 de abril de 1570 murió, aunque Roa no dice donde pero parece ser que en Granada, el Padre Diego Téllez, natural de Sevilla. Ese mismo día murió en opinión de santo el Padre Luis de Montalbán, natural de Chillón. Ambos padres entraron en la Compañía el mismo día, juntos salieron a varias misiones, muriendo el mismo día.

El 21 de junio de 1570 en el Colegio de Trigueros (Huelva), murió el Padre Bartolomé de Bustamante. Arquitecto de la Compañía, además de Provincial y Visitador de Andalucía y Toledo. En su vejez se retiró al Colegio de Trigueros, cuya casa e Iglesia había edificado.

El 8 de agosto del mismo año murió el Hermano Miguel Hazañón, de Cuenca, sastre y ropero de la Compañía durante muchos años.

Un año después falleció el Padre Juan Baptista, natural de Córdoba, cuando acababa de ordenarse sacerdote y antes de decir su primera misa.

El 8 de agosto de 1572 murió el Hermano Pedro Jiménez, natural de Córdoba y el 4 de diciembre de ese mismo año dejó esta vida el Padre Pedro Núñez, natural de Alcalá de Henares, profeso de cuatro votos.

## Capítulo LVI

**Principios del Colegio de Málaga.**

En la última junta del Concilio de Trento, celebrada en 1562, el entonces Obispo de Orense Don Francisco Blanco se relacionó directamente con el Padre Laynez, sintiéndose atraído por la Compañía. En 1567 fue nombrado Obispo de Málaga, tomando la decisión de fundar un Colegio en dicha ciudad.

Escribió el Obispo su propósito al Padre Francisco de Borja, que estaba en España, quien envió a Málaga al provincial que era el Padre Juan de Cañas acompañado del Padre Gonzalo Meléndez, con quienes trató el Obispo sobre la nueva fundación. Éste les entregó 500 ducados de renta del almojarifazgo de Sevilla, además les compró unas casas junto a la ermita de San Sebastián en 600 ducados. En dicha casa se recogieron los padres y el obispo solicitó al rey les cediera la ermita de San Sebastián. A esto se opusieron los escribanos que tenían en la ermita su cofradía. Tras abrirse una serie de diligencias se vio que la ermita era de patronato real, siéndoles cedida por el rey el 10 de octubre de 1572.

Años después el Obispo fue ascendido a Arzobispo de Santiago de Compostela, cediéndole a la Compañía 500 ducados de renta, su librería y gran parte de sus muebles y provisión de trigo para un año. Desde Madrid les envió 2.800 ducados con los que se compró un cortijo que rentaba 200 fanegas de trigo y 30 de cebada.

Favorecieron mucho a este Colegio Don Luis de Torres, Arzobispo de Monreal, que por estas fechas residía en Málaga. También Doña Ana Pacheco de Alarcón, mujer de Pedro Verdugo, quien reunió una serie de limosnas con las que se compraron unas casas para poder ampliar la residencia. A la compra de estas casas acudió también el Arzobispo de Santiago con 1.000 ducados.

En 1578 el Padre Bartolomé de Santofimia, Rector, determinó poner escuelas de latinidad, las cuales acabaron en 1579.

## Capítulo LVII

**Tercera y cuarta Congregación Provincial con los sucesos de éstas y otras cosas de este tiempo.**

El Padre Cañas reunió en 1571 la Congregación Provincial en Granada, siendo designado en ella para ir a Roma el Padre Francisco Vázquez. Éste se volvió sin resolver nada ya que el padre Francisco de Borja estaba en España tratando con el rey endurecer la liga contra los infieles.

A finales de septiembre de 1572 murió en Roma el Padre Francisco de Borja, siendo convocada una Congregación General por el Padre Maestro Polanco. El Padre Cañas juntó de nuevo a la Congregación Provincial de Andalucía, enviándose a Roma por electores al Padre Doctor Plaza, el Padre Licenciado Pedro Bernal y el Padre Gregorio de Mata. Llegaron a Roma en 1573, donde fue elegido como Prepósito General el Padre Everardo Mercuriano, y éste señaló para la Provincia de Andalucía como Provincial al Padre Pedro Bernal y como Visitador del Perú y de Nueva España al Padre Plaza. El capítulo finaliza con un gran elogio del Padre Alonso Ruiz.

## Capítulo LVIII

**De otras excelentes virtudes del Padre Pedro Bernal.**

Este capítulo se centra en elogiar la figura del Padre Pedro Bernal, su vida, sus milagros, estancia en al Compañía, etc.

## Capítulo LIX

**Del estado y sucesos de la Provincia en este tiempo.**

A principios del verano del año 1573 se produjo en el Convento de Padres Agustinos de Sevilla una epidemia ocasionada por la corrupción de las aguas del Tagarete que pasa cerca del edificio conventual, durando varios meses. Esto provocó que enfermaran todos los padres y habitantes del convento, ante cuya situación pidieron al Colegio de la Compañía que les ayudasen algunos estudiantes para así poder atender todas las obligaciones del convento. El Padre Juan de Castañeda, Rector, les envió a los hermanos Francisco Pelayo, Jerónimo de Zaragoza, Luis de Escobar, Juan de Fuensalida y Martín Fernández, a quienes el prior de San Agustín no quiso admitir ya que lo que necesitaba eran estudiantes que se encargaran de la sacristía, cocina, enfermería, etc. Tras volver los hermanos, el Padre Rector, los vistió de seglares y los volvió a enviar al convento, sien-

do admitidos. También enfermaron los de la Compañía, pero a medida que uno caía, era sustituido por otro, hasta que acabó la epidemia.

Unos años después se repitió el caso haciéndose cargo de igual forma la Compañía de Jesús.

## Capítulo LX

**La vida del Padre Hernando Guillén, hombre verdaderamente apostólico.**

En 1574 murió en el Colegio de Trigueros (Huelva) el Padre Hernando Guillén, gran predicador, distinguiéndose en su lucha contra el hereje Constantino y en las misiones del Campo del Andévalo.

## Capítulo LXI

**Desastrado fin de unos novicios que salieron de la Compañía, y maravilloso remedio de otros tentados.**

Roa narra en este capítulo cómo al abandonar la Compañía varios mozos de familia adinerada encontraron la muerte por diversas causas.

## Capítulo LXII

**De algunos insignes varones, que por este tiempo fallecieron en la Provincia.**

El Hermano Diego Dios, natural de Jerez de la Frontera, murió tísico el día del natalicio de la Virgen en septiembre de 1574. El coadjutor, Hermano Pedro Delgado, murió en Baeza ese mismo año, quien enseñó durante algunos años la doctrina a los niños moriscos del Albaicín de Granada.

Un año después murió el Padre Gonzalo de Esquivel, natural de Sevilla. Antes de entrar en la Compañía fue letrado y relator de la Audiencia de Sevilla.

## Capítulo LXIII

**Principios, aumento y bienhechores del Colegio de Jerez de la Frontera.**

La primera misión que la Compañía hizo a Jerez de la Frontera fue en 1567, de manos de los padres Jerónimo del Portillo y Jorge Álvarez. Aunque no dice el año, en la segunda misión fueron los padres Juan Germano y Gonzalo de Esquivel.

Fruto de estas misiones fue el deseo de nobles jerezanos a tener una casa de la Compañía en su ciudad. Las gestiones facilitaron obtener una residencia en la ciudad dirigida por el Padre Juan de Frías acompañado del Padre Lorenzo Alonso y un Hermano, quienes se alojaron en una casa alquilada en noviembre de 1575.

En dicha casa estuvieron hasta 1580, año en que se aprobó la creación de un Colegio. En 1583 el Superior de la residencia era el Padre Francisco Suárez, quien compró unas casas en 3.690 ducados, donde acomodó habitaciones e iglesia, ayudando a la fundación Gómez Hurtado con 240 ducados de renta perpetua, 3.500 en casas y viñas y de 300 a 400 en la renta de un tejar.

Doña Teresa de Villacreces les dejó su hacienda con un valor de 13.000 a 14.000 ducados, pero la renta sólo se cobró un año por pleitos con herederos.

Doña Isabel de la Cueva les dejó 110 aranzadas de tierra; Doña Beatriz Mirabal dejó 400 ducados de principal en un censo, y Pablo Núñez de Villavicencia en su testamento les dejó un cahíz de trigo de renta anual perpetua.

En 1593 la ciudad les dio 500 ducados para el reparo de la Iglesia, consiguiendo que el Arzobispo de Sevilla les diera la Iglesia de San José y aplicase al Colegio la Cátedra de Gramática.

En 1586 se abrieron las escuelas y los estudios de latinidad.

## Capítulo LXIV

**Vida del insigne varón el Padre Licenciado Francisco Gómez.**

En este capítulo Martín de Roa hace un elogio de la vida del Padre Licenciado Francisco Gómez y de la importancia que tuvo su obra en la Compañía de Jesús.

Nació en Fregenal de la Sierra en 1524 y fue discípulo del Padre Maestro Juan de Ávila, quien le ordenó que abriese en Córdoba escuelas de Artes y Teología. Éste las abrió en la Iglesia parroquial de Santo Domingo de Silos. Entró en la Compañía en 1559 a la edad de 35 años. Fue un hombre doctísimo y de gran autoridad. Murió en Córdoba el 21 de diciembre de 1576.

## Capítulo LXV

**Cómo fueron enviados algunos de la Compañía a rescatar cautivos y cuidar a sus almas en Berberia.**

Por estas fechas se enviaron a varios padres y hermanos a África para redimir a los cautivos y confesar y administrarles los sacramentos. Los primeros fueron el Padre Gabriel del Puerto y el Hermano Gaspar López, ambos fueron a Marruecos y portaban mucho dinero que les había dado Doña María de Ulloa, mujer de Don Luis Quixada, presidente del Consejo de Indias y del Consejo del Estado de Felipe II.

Los cautivos se encontraban en una situación muy miserable, con trabajos diarios muy inhumanos siendo encerrados durante la noche en mazmorras donde se hacinaban más de los que cabían, teniendo muchos que pasar la noche de pie, siendo mal alimentados.

En un primer lugar los de la compañía intentaron mejorar la situación liberando a un elevado número de ellos, eligiendo a los más enfermos como casos prioritarios. También cuidaban de rescatar a las mujeres y a los niños, ya que eran más frágiles de convertir al Islam.

El hermano Gaspar López se dedicó también a convertir a renegados, llegando a tener bastante fruto, pero tuvo que dejar Marruecos debido a la empresa de África que había preparado el rey Don Sebastián de Portugal.

## Capítulo LXVI

**Rumores falsos que algunos esparcieron contra la Compañía cuando castigó el Santo Oficio a los Alumbrados de Llerena y el suceso de ello.**

Por este tiempo andaban por el Obispado de Badajoz unos clérigos seglares confesando y predicando, a imitación de las misiones que realizaba la Compañía de Jesús. El traje y vestido era similar a los de la Compañía al igual que todas sus acciones buenas. Eran venerados por santos, favorecidos por la gente noble, seguidos y regalados por muchos y mujercillas amigas de la ociosidad. Esto les llevó a la relajación de sus vidas, tendiendo hacia el alejamiento de la vida religiosa paulatinamente. Hicieron de los confesores sus maridos y de los templos sagrados zahúrdas de Venus, cubriéndose sus torpezas con la capa de adoración y virtud. Ante tal situación fueron prendidos por el Santo Oficio de la Inquisición de Llerena, y examinadas sus causas y sus delitos fueron condenados a galeras. Tras esto fueron llevados a Sevilla, donde al verlos la gente con igual vestimenta que los de la Compañía, se extendió el rumor que pertenecían a ella, provocando gran alboroto contra la Compañía de Jesús.

Algunos prelados, especialmente el Arzobispo de Sevilla don Cristóbal de Rojas y Sandoval, ordenaron a los clérigos que desde el púlpito aclararan la situación diciendo que no pertenecían a la Compañía.

El Padre Juan de Frías y un compañero fueron a predicar a Llerena, donde fueron muy mal recibidos, no queriendo las gentes honradas que sus hijas y mujeres se confesaran con ellos. Lo mismo sucedió años más tarde con los padres Pedro de León y Pedro Tercero que fueron a Montijo, Loboa, La Puebla y Mérida.

## Capítulo LXVII

**División del Colegio y Casa Profesa de Sevilla.**

En mayo de 1579 convocó el Padre Provincial Pedro Bernal la quinta Congregación provincial en el Colegio de Marchena (Sevilla), de ella salió nombrado como Procurador en Roma el Padre Ignacio del Castillo.

Tras esto se unieron en Sevilla el Provincial con el Visitador General que era el Padre García de Alarcón, ambos trataron con el Rector del Colegio de Sevilla, que era el Padre Diego de Acosta, de trasladar el Colegio a otro lugar de la ciudad, dejando la casa actual como Casa Profesa. El Cabildo de la ciudad al enterarse de las intenciones de la Compañía, decidió fundar un nuevo Colegio, construirles la casa y dotarlo de renta. Para ello compró dos pares de casas en 5.000 ducados, frente a la Iglesia parroquial de San Miguel, en el barrio del Duque de Medina Sidonia. A estas casas fue trasladado el Colegio el 19 de septiembre de 1580, con estudiantes y maestros. El nombre del Colegio se puso bajo la advocación de San Hermenegildo. Con posterioridad se compraron otras casas del Duque que lindaban con el colegio, permitiendo agrandar el espacio.

La primera piedra de la Iglesia de la casa Profesa la puso en 1565 el Obispo de Canarias Don Bartolomé de Torres, siendo trasladado el sacramento tras su finalización el 26 de diciembre de 1579.

# LIBRO TERCERO

## Capítulo LXVIII

**De la Historia de la Provincia de Andalucía. Como tomó el oficio de Provincial el Padre García de Alarcón y de los que en este tiempo sucedió, mayormente en la fundación de la Casa Profesa.**

Cuando el Padre Ignacio del Castillo volvió de Roma, trajo entre otros nombramientos el de Provincial de Andalucía para el Padre García de Alarcón, quien continuó la visita de la provincia. Tras la muerte del General Padre Everardo Mercuriano, se juntó en Sevilla la Congregación Provincial, siendo nombrados como electores el Padre Doctor Diego de Acosta, Prepósito de la Casa Profesa, y el Doctor Saelices, Superior del Colegio de Sevilla. Como sustituto del Provincial fue nombrado el Padre Maestro Juan de Cañas, siendo elegido en la Congregación General de Roma el Padre Claudio Aquaviva. El Padre Alarcón se quedó en Roma como asistente de España y en su lugar se nombró como Provincial de Andalucía al Padre Diego de Acosta en 1581.

En la Casa profesa vivían normalmente unos sesenta padres que vivían de limosna, siendo ésta tan abundante que desde 1582 hasta 1599 produjo 112.000 ducados y cada semana de 800 a 900 reales.

El cargo de Prepósito de la casa Profesa era trienal y desde la fundación hasta el año de 1602 en que Roa escribió este libro se sucedieron los siguientes: El Padre Antonio Cordeses, Padre Doctor Esteban de Ojeda, Padre Antonio Cordeses (segunda vez), Padre Pedro Bernal, Padre Ildefonso Castro y el Padre Maestro Melchor de San Juan.

## Capítulo LXIX

**Ministerios de la Casa Profesa y fruto de ellos.**

Entre los quehaceres que tenían los padres de la Casa Profesa destacaba el conseguir que ciertas mujeres dejaran la mala vida y se volvieran honestas. Los padres de la Compañía iban a predicar y sermonear a las mujeres que vivían en lugares públicos haciendo que la justicia persiguiese a aquellas que vivían en lugares ocultos, logrando de esta forma que muchas abandonaran el pecado. A las arrepentidas las trasladaban a unos establecimientos creados para este fin, donde permanecían hasta que se consideraban corregidas del todo y se casaban o encontraban casas decentes donde servir como criadas.

## Capítulo LXX

**Cuidado y provecho de las cárceles y congregaciones.**

Normalmente se contabilizaba en las cárceles de Sevilla más de mil presos. Las causas de muchos estaban paradas por falta de dinero para moverlas por lo que nunca llegaban al tribunal de justicia. Para remediar dicha situación los padres de la compañía crearon una Congregación de 30 caballeros principales que repartidos de dos en dos visitaban las cárceles semanalmente: solicitaban las causas de los pobres, acudían a los enfermos, componían sus pleitos, pagaban a los acreedores, etc.

## Capítulo LXXI

**De los insignes bienhechores de la Casa Profesa.**

Este capítulo está dedicado a nombrar a personas y los donativos que realizaron para la casa Profesa de Sevilla. En primer lugar Doña Juana de Aranda, ocupó toda su vida en hacer donativos a la casa, haciendo además con sus doncellas ornamentos para la Iglesia, donó frontales para los altares. Además entraron en la Compañía tres de sus hijos: El Padre Alonso de Castro, El Padre Gaspar de Castro y El Padre Melchor de Castro, de los que se hace un pequeño elogio. Otro de sus hijos Don Juan Fernández de Castro al morir sin herederos dejó toda su fortuna a la Compañía, al igual que Doña Luisa de Medina, su mujer, que fue despojándose de sus bienes para hacer realidad la fundación de una Casa de Probación para Novicios en Sevilla.

Juan Ortiz y Francisco Alemán donaron toda su hacienda a la Orden al ser aceptada su entrada en la Compañía.

El rey Felipe II entregó a esta casa los años 1594 y 1598, 2.000 ducados del feble de la Casa de la Moneda.

Gaspar de Araujo, Veinticuatro de la ciudad de Sevilla, donaba 40 ducados de limosna al año, entregó 2.000 ducados para afrontar las necesidades de la casa. Doña Petronila, su mujer, acrecentaba las limosnas de su marido. También Don Juan de Araujo, veinticuatro de esta ciudad, hijo de los anteriores, hacía limosnas generosas anuales.

Gaspar Pérez de Molina, fue un hombre muy generoso que supo en todo momento saciar las necesidades que padecía la casa.

El Doctor Celedonio de Acoca, Canónigo de la Catedral y administrador perpetuo del Hospital de la Sangre, socorrió los principios del edificio de esta casa.

Doña Francisca Carrasco donó 5.000 ducados; Agustín de Salamanca 2.200 ducados; Doña Luisa Haro de la Cerda entregó 2.000 ducados; Doña Teresa Gallegos con 1.000 ducados; Doña Leonor Virues con 1.200; El Doctor Juan de Castañeda donó 1.000 ducados, dejando por heredero de su hacienda valorada en 4.000 ducados al Colegio de esta ciudad.

## Capítulo LXXII

**Cómo libró Nuestro Señor a un religioso de una falsa acusación milagrosamente.**

Relata un hecho en que un religioso es acusado de tener un trato amoroso con una mujer, y que otro para defenderlo pone la mano en la llama de una vela, sin quemarse, librándolo así de la calumnia que pesaba sobre él.

## Capítulo LXXIII

**De muchos y grandes siervos de Dios que estos años pasaron de esta vida a la otra.**

El 8 de junio de 1578 murió el Padre Luis Fernández, rector del Colegio de Trigueros (Huelva), hombre de letras y de gran humildad. El 8 de febrero de 1579 le llegó su hora al Padre Juan Manuel, rector del Colegio de Granada. El 6 de noviembre de este mismo año falleció el Padre Juan de Navarrete, que había sido canónigo de la Catedral de Jaén. El 25 de abril de 1579 murió en Jerez de la Frontera (Cádiz) el Padre Doctor Tomás de Santisteban, hombre santo y señalado en letras, fue Rector del Colegio de Cádiz. El 26 de septiembre de 1580 murió el Padre Pedro Navarro, fundador de la Casa de Granada y Superior de la misma muchas veces.

## Capítulo LXXIV

**Del Hermano Diego de Yevenes, Coadjutor temporal.**

El hermano Diego Yevenes era natural de Yevenes. Antes de entrar en la compañía estuvo como hospitalario en el Hospital de San Juan de Dios de Granada. En la compañía desempeñó el cargo de cocinero en la casa del Albaicín de Granada, murió el 22 de enero de 1581.

## Capítulo LXXV

**Del Padre Diego de Perea y del Hermano Francisco Rodríguez.**

El Padre Diego de Perea era natural de Carmona (Sevilla). En 1581 estuvo asistiendo a los apestados en la epidemia que se desató en Sevilla, trabajo del que salió enfermo. Murió tísico en Jerez de la Frontera (Cádiz) el 13 de junio de 1582.

## Capítulo LXXVI

**Del Hermano Rodrigo de Flores.**

Este Hermano fue coadjutor temporal, murió en 1584, aunque Roa no especifica el lugar.

## Capítulo LXXVII

**Vida y hechos del Apostólico varón el Padre Jorge Álvarez.**

Fue natural de Úbeda (Jaén) y murió el 24 de diciembre de 1584.

## Capítulo LXXVIII

**Ejemplos del maravilloso celo del Padre Jorge Álvarez y del imperio y fuerza de su palabra.**

Este capítulo lo dedica Martín de Roa a exaltar la vida y milagros del Padre Jorge Álvarez.

## Capítulo LXXIX

**De otras excelentes virtudes del Padre Jorge Álvarez, especialmente de su ferventísima caridad con los pobres, etc.**

Continúa exaltando la vida de este insigne Padre de la Compañía.

## Capítulo LXXX

**De la grande paciencia, humildad y mortificación del Padre Jorge Álvarez.**

En este capítulo detalla Roa la larga enfermedad, muerte y entierro del Padre Jorge Álvarez y algunos de sus milagros.

## Capítulo LXXXI

**Principios de la fundación del Colegio de Écija.**

En 1573 la ciudad de Écija contaba con más de 6.000 vecinos, abundante nobleza y muchos conventos. La Compañía la dio a conocer en esta ciudad el Padre Juan de Frías a instancias de la ciudad y del corregidor Don Alonso de Villasante. En 1582 el Padre Juan de Frías volvió por petición del Ayuntamiento. Este año hubo una gran epidemia en la ciudad que no respetó a ningún género de personas. Asoló muchas familias, se multiplicaron los entierros en la ciudad y en el campo, muriendo en pocos días más de 30.000 personas. Llaman a este año el de la gran peste. De la peste murió el bachiller Juan Fernández de Córdoba, clérigo rico que dejó por herederos a la Compañía de Jesús, con 150 ducados de juros cada año, dos pares de casas, muebles y sus alhajas.

Acabada la peste, el Ayuntamiento pidió al Padre Diego de Acosta, les enviase un predicador para el Adviento y la Cuaresma de 1583, enviando el Provincial al Padre Baltasar de Santofimia, quien obtuvo mucho fruto con su predicación. En vista de los logros el Ayuntamiento acordó dar a la Compañía la renta de sus dehesas con tal de que ésta se estableciera en la ciudad. Se pidió autorización al rey Felipe II, quien concedió el permiso oportuno y la Compañía entró en Écija a principios de mayo de 1584, celebrándose la fiesta del nombre de Jesús en la Iglesia parroquial de Santa María de la Asunción, donde los primeros jesuitas residieron hasta 1588, año en que se trasladaron a su nueva Iglesia con la advocación de San Fulgencio.

## Capítulo LXXXII

**Del asiento de las escuelas, bienhechores y fundación del Colegio de Écija.**

El día después de la Purificación de la Virgen del año 1590, se abrieron las escuelas de Gramática con tres maestros. Para aumentar los fondos se aplicaron a ellas 300 ducados de renta anual de la cátedra que poseía Don Alonso Chico de Molina, Colegial de San Bartolomé de Salamanca y Vicario de Écija, que después sería Deán de la Catedral de México.

La Casa de Écija pasó por Residencia hasta 1594, que fue nombrado rector del Colegio el Padre Simón de Esquivel, comenzando este mismo año el primer curso de Artes.

Como bienhechores Roa menciona al noble caballero Hernando de Aguilar; Juan Fernández Galindo, quien dio en su testamento 1.000 ducados; Isabel de Navarrete les donó un gran olivar, y el clérigo Gonzalo de Eslava les socorrió con 1.500 ducados.

En 1598 se dieron los títulos de fundador y patrono, el primero a Doña Francisca de Córdoba y Aguilar y su sobrina Doña Beatriz de Monsalve y Venegas, naturales de Córdoba, quienes hicieron un donativo de 24.000 ducados; el cargo de patrono cayó sobre su sobrino Don Antonio González de Aguilar.

## Capítulo LXXXIII

**Cómo tomó el oficio de Provincial el Padre Gil González de Ávila y de algunas cosas de este tiempo especialmente de la muerte del Padre Gonzalo del Álamo.**

En el mes de mayo de 1584 el Provincial Padre Diego de Acosta reunió la Congregación provincial en el Colegio de Marchena (Sevilla), en ella se eligió como compañero del Provincial para ir a Roma al Padre Ildefonso de Castro. Tras su regreso, en abril de 1585, aplicaron el nombramiento de nuevo Provincial de Andalucía al Padre Gil González Dávila.

El Padre Diego de Acosta se fue a la Provincia de Castilla y en el viaje se agravó su enfermedad, muriendo en Ciudad Real el 21 de junio, siendo enterrado en la Iglesia de Santa María del Prado.

En 1586 partió la "Armada Invencible" para Inglaterra, con un gran número de navíos y de gente, y volvió destrozada por la fuerza de las olas y de recios temporales sin poder hacer fuerza contra los enemigos. En ella viajaban los padres de la Compañía para exhortar a los soldados. Entre otros viajaba el Padre Gonzalo del Álamo, natural de Córdoba, que viajaba en el Galeón San Marcos. El barco se anegó y desde las otras embarcaciones vieron a saldados y tripulantes formando un gran grupo, con las manos en alto, implorando perdón a voces y en medio de ellos el Padre Álamo bendiciéndoles mientras las grandes olas se tragaron el galeón, pereciendo todos.

## Capítulo LXXXIV

**Del Hermano Hernando de Torres y de otras cosas de este tiempo.**

En el mismo galeón San Marcos murió el Hermano Hernando de Torres. Era natural de Portugal y casado. Durante la peste de Sevilla de 1569 ayudó mucho a curar a los enfermos, muriendo su mujer por contagio. Tras este suceso pidió entrar en la Compañía, donde se le aceptó.

En 1581 el Cabildo de la ciudad de Sevilla dio al Colegio la cantidad de 16.900 ducados para finalizar el edificio de las escuelas, a esta cantidad el Colegio añadió 5.000 ducados de sus rentas. Las obras comenzaron el 22 de septiembre de 1587, haciéndose el patio con los corredores altos y bajos, doce generales, una capilla capaz para Iglesia, una escalera grande y de vistosa traza y otras dependencias, además de habitación para albergar a sesenta individuos.

## Capítulo LXXXV

**Ejemplares sucesos de algunos que por este tiempo salieron de la Compañía.**

Sin nombrar personas ni lugares, Roa, se refiere a la mala fortuna, desdichas y muerte violenta que tuvieron algunos que tras entrar en la Compañía decidieron salirse de ella.

## Capítulo LXXXVI

**De la santa vida y ejercicios del Padre Rodrigo Álvarez.**

El Padre Rodrigo Álvarez nació en una de las ciudades que Portugal poseía en África, en septiembre de 1523. Tras el abandono de aquellas posesiones por los portugueses, la familia de Álvarez pasó a España, estableciéndose en Lebrija (Sevilla). En el viaje el niño perdió un ojo, pero eso no fue un obstáculo para realizar sus estudios. En Alcalá de Henares se especializó en Artes y teología, volviendo a Lebrija en noviembre de 1543. Tras la muerte de sus padres repartió toda su fortuna entre los pobres y para subsistir montó una academia de Gramática. En noviembre de 1552 se ordenó sacerdote en Sevilla.

## Capítulo LXXXVII

**De la vocación del Padre Rodrigo Álvarez a la Compañía y algunas de sus virtudes.**

En diferentes ocasiones se le aparecieron al Padre Álvarez Jesucristo y la Virgen, quienes le ordenaron que entrase en la Compañía de Jesús. Tras esto se presentó en Sevilla al Padre Doctor Diego de Avellaneda, que era el Provincial, quien lo recibió junto con el Padre Ignacio de Fonseca. Tras oírle ambos resolvieron aceptarle en la Compañía, haciéndose efectivo el 12 de agosto de 1566.

## Capítulo LXXXVIII

**Cómo llevaba el Padre Rodrigo Álvarez los trabajos y cuanto amaba y estimaba la fe.**

En este capítulo Roa narra la protesta de fe hecha por el mismo Padre y firmada el 6 de enero de 1582, para que tomaran por actos de locura las frases contrarias a la Religión que pudieran arrancarle los grandes dolores causados por el mal de la piedra que padecía.

## Capítulo LXXXIX

**De la mucha caridad del Padre Rodrigo Álvarez para con Dios y para con los prójimos y de la eficacia de su oración.**

Aquí Martín de Roa narra la vida ejemplar y los milagros acaecidos por el Padre Rodrigo Álvarez.

## Capítulo XC

**De la discreción de espíritu que Nuestro Señor le comunicó. El fruto que con ella hizo y el aborrecimiento que por ella le tuvieron los demonios.**

Continúa la relación de los milagros y de la vida de este Padre.

## Capítulo XCI

**Del don de consejo y profecía que tuvo el Padre Rodrigo Álvarez y del fruto que con ellos hizo en los prójimos.**

Continúa la relación de milagros del Padre Rodrigo.

## Capítulo XCII

**De los particulares favores y regalos que Nuestro Señor hizo a este su siervo en la oración y otros santos ejercicios, mayormente en la muerte y después.**

Siguen los milagros para continuar hablando de la muerte del Padre Rodrigo Álvarez, ocurrida en 1587 a los 64 años y a los 28 años de haber ingresado en la Compañía de Jesús.

## Capítulo XCIII

**Maravillosa oración, vida y muerte del Padre Rector Diego Sánchez.**

El Padre Diego Sánchez murió en la Casa Profesa de Sevilla el 19 de enero de 1588. Era natural de Salteras (Sevilla), estudió cánones y leyes y se graduó de doctor. Durante su estancia en Roma, le comunicaron que el Padre Edmundo Campiano se dirigía a Inglaterra para predicar a los herejes. Esto le indujo a pedir al Papa Gregorio XIII que le enviase a tal misión, a lo que el Papa le dijo que debía antes de partir decidirse y entrar en una comunidad religiosa. La decisión fue por la Compañía de Jesús, donde fue aceptado. Tras esto volvió a pedir al General le enviasen a Inglaterra, pero vieron mejor mandarle a Flandes, donde acompañó al Príncipe de Parma en su guerra contra los herejes. Durante la campaña se quedó sordo, enviándole el General de la Compañía a España, acompañando hasta Toledo el cuerpo de Santa Leocadia, que por orden de Felipe II trajo desde Flandes el Padre Miguel Fernández. De Toledo pasó a la Casa Profesa de Sevilla, donde vivió los dos años que le restaban de vida.

## Capítulo XCIV

**De la octava Congregación Provincial y principios del Colegio de Cazorla.**

El Padre Provincial Gil González Dávila, celebró la Congregación Provincial en mayo de 1587, de la que salió elegido para ir a Roma el Padre Juan de Sigüenza, rector del Colegio de Sevilla. Al año siguiente volvió de Roma con una serie de nuevos nombramientos, por Provincial al Padre Luis de Guzmán, que era rector del Colegio de Alcalá de Henares. Éste se encontraba enfermo de gota y pidió el descargo del gobierno, deján-

dolo en manos del Padre Bartolomé Pérez de Nueros. Este Padre vivía cuando Roa escribía este libro (1602) en Roma como asistente del General de la Compañía por España. Tomó posesión de su nuevo cargo de Provincial de Andalucía en 1589 hasta 1593.

Por este tiempo se fundó el Colegio de Cazorla (Jaén), villa de 2.500 vecinos. Dio a conocer la Compañía a la ciudad de Cazorla el Padre Baltasar de Santofimia en 1576, cuando volvía de Baeza. Este Padre convirtió a Don Rodrigo Oballe, Arcipreste de Quesada y Tesorero de la Iglesia de Úbeda, que vivía como profano. Además hizo lo mismo con el Doctor Francisco de Carrascosa, quien contribuyó económicamente para la fundación del nuevo Colegio. El tesorero Oballe murió en 1580 dejando por heredera a la Compañía con una hacienda cuyo valor ascendía a la cantidad de 9.000 ducados, con la finalidad de que edificaran un Colegio en Cazorla. El Colegio se fundó en 1589.

## Capítulo XCV

**Fundación, aumento y bienhechores del Colegio de Cazorla.**

El Doctor Francisco de Carrascosa se decidió por la fundación del Colegio de Cazorla, pero no pudiendo conseguirla con su único esfuerzo, fue a Madrid e informó a la Marquesa de Camarasa, Doña Ana Feliz de Guzmán, quien pidió permiso a su marido para aplicar a esta obra sus bienes. Éste aceptó y encomendaron al Conde de Oivares, embajador en Roma, que tratara la fundación con el Padre General Claudio de Aquaviva, quien aceptó el ofrecimiento. La Marquesa dio de renta al nuevo Colegio la cantidad de 1.140 ducados, y los Consejos de Baeza, Úbeda, Cazorla y otros cercanos dieron una dehesa de cien fanegas de tierra.

Las escrituras de fundación se otorgaron en 1589, haciendo en ellas las veces de General el Padre Provincial Bartolomé Pérez de Nueros, con la condición de que no se poblase el colegio ni se pusieran escuelas hasta 1593 para poder llenar la casa con todo lo necesario con el fruto de las rentas. Mientras la marquesa dio el dinero suficiente para mantener a cuatro sacerdotes en la casa con el fin de no tocar el fruto de las rentas, además de hacer una serie de donaciones para el altar de la Iglesia.

En 1591 a instancias de la villa se pusieron escuelas para leer y escribir. Para esto dio el Consejo 22.000 maravedíes de renta y la posesión de un Colegio que fundó años antes el Doctor Ayala, discípulo del Padre Juan de Ávila.

En 1593 se edificaron las escuelas, dándose principio a las lecciones de gramática, actuando como maestros los padres Andrés de Atienza y Francisco de Cabrera.

En 1595 se creó y en 1599 se aumentó la Congregación de Nuestra Señora de la Anunciata, agregada a la primaria de Roma por Bula del Papa.

# LIBRO CUARTO

## Capítulo XCVI

**Misión en África a la ciudad de Melilla y el suceso de ella.**

En 1590 salieron de Málaga para Melilla los padres José de Quadros y Pedro de Angulo. La ciudad contaba con 600 vecinos y hacía más de catorce años que no oían la palabra divina. Se confesaron y confirmaron muchos, ya que con la vecindad de los árabes andaban mal avenidos al catolicismo.

Narra alguna conversión, como la de una niña del poblado de Benisicar.

## Capítulo XCVII

**De la nona Congregación Provincial y de algunos casos maravillosos que por este tiempo sucedieron en la Provincia.**

En abril de 1590 se celebró en Marchena (Sevilla) la novena Congregación Provincial, siendo enviado a Roma el Padre Melchor de Castro. Éste al volver al año siguiente trajo como nombramiento del Provincial al Padre Bartolomé Pérez de Nueros, que ostentaba ya este cargo.

Este mismo año se reunieron gran número de galeotes en la cárcel de Málaga, padeciéndose mucha hambre y enfermando de tabardillos. La Compañía acudió a socorrerlos, muriendo en la epidemia algunos de ellos, como el Padre Antonio Pérez, que era natural de Cabra (Córdoba). Roa narra la vida ejemplar de este Padre.

## Capítulo XCVIII

**Cómo se fundó el Colegio de Úbeda.**

Roa nos habla de la antigüedad de Úbeda, narrando a colación que al construirse las Casas Consistoriales de Córdoba se encontraron algunas monedas de Constantino que él mismo recogió.

En 1572 se le ofreció a la Compañía la fundación de un Colegio en Úbeda, que no fue aceptada. Pero un año más tarde se vio un buen momento para efectuar la fundación, ya que Doña Luisa de Mendoza, hija del Conde de Priego y esposa de Juan Vázquez de Molina, secretario de Felipe II, ofreció un huerto junto al muro de la ciudad con casa y capilla con alhajas, dos juros, uno de 26.000 maravedíes sobre las rentas de Úbeda, y

otro de 10.000 sobre las de Porcuna y Priorato de la encomienda de Santiago. Este ofrecimiento era para que los padres que iban a las misiones tuviesen casa donde alojarse.

A esto añadió Juan Gutiérrez Mariscal y Hernando de Achuelos la hacienda que tenían para fundar un emparedamiento de mujeres recogidas, pero como el Obispo no daba la licencia oportuna eran libres de aplicarla a otra fundación. Ellos determinaron entregársela a la Compañía, recibiendo unas casas, una parte de olivar y viñas, seis fanegas de tierra para sembrar y 624.000 maravedíes en censos. También Doña Ana de Chirinos les dio 500 ducados.

El Obispo de Jaén obtuvo la donación de la ermita, casa y cementerio de la cofradía de Santa Catalina para la compañía. La ciudad les vendió una casa que servía de pósito, rebajándoles el precio por vía de donativo a 400 ducados.

La licencia del Padre General hizo que se tomase posesión de la Iglesia de Santa Catalina con una gran fiesta, en la que predicó el Obispo, éste dio de renta 50 fanegas de trigo y 50.000 maravedíes.

En 1593 se volvió a poblar el Colegio en forma de residencia, nombrándose como primer Rector al Padre Juan de Casarrubias.

Miguel del Águila, caballero principal, dio al Colegio 400 ducados. Juan Gutiérrez de Mariscal lo dejó por heredero de su hacienda que ascendía a 1.200 ducados. María Núñez, religiosa, donó la cantidad de 1.000 ducados por donación de intervivos.

Con todas estas limosnas se puso la primera piedra de la nueva Iglesia en 1597, siendo rector el Padre Francisco de la Puebla.

## Capítulo XCIX

**Del Hermano Gonzalo de Valencia, que por este tiempo pasó de esta vida a la eterna.**

El Hermano Gonzalo de Valencia era natural de Córdoba, murió siendo joven y tísico en Granada el 14 de octubre de 1591, a los cuatro años y nueve meses de entrar en la Compañía de Jesús.

## Capítulo C

**Acaecimientos varios de personas que por este tiempo salieron de la Compañía.**

Sin dar nombres, Roa, se dedica a narrar los sucesos y muertes que tuvieron varios hombres que tras entrar en la Compañía decidieron salirse de ella.

## Capítulo CI

**Fundación, estado y fruto del Colegio de los Ingleses que está a cargo y Gobierno de la Compañía en Sevilla.**

En 1590 la Compañía tuvo el deseo de contar con un Colegio para los ingleses, ya que se trasladaron desde Valladolid a Sevilla un grupo de doce sacerdotes ingleses, que volvían a su país por orden del Padre Roberto Personio, a quien se confió el gobierno de los seminarios de los ingleses.

Éstos pasaron por Sevilla dirección a Sanlúcar de Barrameda para embarcarse a Inglaterra. En Sevilla coincidieron con el deseo de tener en esta ciudad un seminario para ingleses.

El 29 de abril de 1591 los mercaderes ingleses de Sanlúcar de Barrameda entregaron la Iglesia y Casa de San Gregorio a la Compañía para asentar la Residencia de ingleses en esta ciudad. El Padre Personio dejó por rector de la residencia al Padre Thomas Stelington, Doctor en teología. Éste regresó a Valladolid consiguiendo de Felipe II 2.000 ducados para reparar la Iglesia, solicitando que el Duque de Medina Sidonia les diese el favor para el sustento de la residencia que estaba en sus dominios.

En 1592 volvió el Padre Personio a Sevilla decidido a establecer el seminario. Traía cartas de Felipe II para la ciudad y autoridades, con la finalidad de que ayudasen en lo posible. Todos respondieron favorablemente, e incluso el Arzobispo de Sevilla Don Rodrigo de Castro, los Duques de Arcos y Sesa, La Marquesa de Tarifa y Alcalá, etc.

Se alquiló una casa en la plaza de San Lorenzo, habitándose el 25 de noviembre, figurando como primer rector el Padre Francisco de Peralta. Los sevillanos quedaron admirados de ver el gran número de jóvenes ingleses que acudía allí, viéndose la necesidad de comprar otra casa que fuera más amplia en la calle de las Armas (Actual Alfonso XII). El 14 de mayo de 1594 se pidieron al Papa Clemente VIII las Bulas correspondientes de confirmación del Seminario.

En 1595 se compraron otras casas de Doña María de Sandoval en 7.000 ducados que se unieron a otras, gastándose en las obras más de 5.000 ducados. Las obras de la Iglesia se consiguieron gracias al donativo de 7.000 ducados que hizo Ana de Espinosa, viuda de Álvaro Flores, General de la flota de Indias. Otros 7.000 dieron los hermanos Pedro de Latorre y Juan Castellanos, reservándose el derecho de enterramiento en el nuevo templo.

Hasta 1602 se habían criado en el seminario 142 mancebos nobles y 40 sacerdotes, de los que muchos fueron martirizados en Inglaterra.

## Capítulo CII

### De la décima Congregación Provincial, sucesos de ella y de este tiempo.

En 1593 el Provincial Padre Bartolomé Pérez de Nueros reunió a la Congregación en Marchena (Sevilla), donde se eligieron para acompañarlo a Roma al Padre Alonso Rodríguez, Rector y Maestro de Novicios en Montilla y el Padre Francisco Arias, profeso de los más antiguos de Andalucía. Quedó como Viceprovincial el Padre Cristóbal Méndez. Ésos volvieron de Roma a finales de junio de 1594, portando el nombramiento de Provincial para el Padre Cristóbal Méndez.

En 1595 entraron los ingleses en Cádiz robando la plata y los ornamentos de la Iglesia de la Compañía, quemando la librería y haciendo grandes destrozos.

Este mismo año se produjo el descubrimiento de las reliquias en el monte que los granadinos llaman de Valparaiso y que desde entonces llaman Monte Santo.

Cavando un forastero en busca de un tesoro halló varias láminas de bronce escritas en latín. Tras dar parte a las autoridades pertinentes declararon ser San

Mesitón mártir, San Thesifón, San Hiscio, Panuncio, Maronio y Centulio, que padecieron martirio de fuego en la persecución de Nerón.

A finales de julio de 1596 murió en Baeza el Padre Provincial Cristóbal Méndez, siendo sustituido por el Padre Pedro Bernal, Prepósito de la casa Profesa de Sevilla.

## Capítulo CIII

**De algunos varones señalados que por este tiempo murieron en la Provincia, especialmente de los padres Baltasar de Santofimia y Alonso de la Cámara.**

El Padre Baltasar de Santofimia era natural de Sevilla, profeso de cuatro votos y consultor de las provincias. Entró en la Compañía a los 19 años, acabados los estudios de Artes y Teología y siendo lector de Filosofía en la Universidad de Maese Rodrigo. Murió el 9 de febrero de 1594.

El Padre Alonso de la Cámara era de Yaguas, residió durante 25 años en el Colegio de Marchena y murió de gota en 1595.

## Capítulo CIV

**De los hermanos Gaspar de Caballar y Domingo de Oñate y de los padres Juan de Cañas, Francisco Ramírez y Diego de Salazar.**

El Hermano Gaspar de Caballar era natural de Segovia, llegó a Córdoba tres años después de haberse fundado el Colegio de la Compañía. Ingresó en esta orden en 1556. Vaciaba medallas de estaño con la imagen de la Concepción que repartía a los pobres, así como rosarios que hacía de naranjillas. Enseñó a leer a los niños durante 34 años, muriendo el 14 de mayo de 1596, cuando llevaba 40 años de religión.

El Hermano Domingo de Oñate era de Guipúzcoa, murió en 1596 en Granada.

El Padre Maestro Juan de Cañas, fue el V Provincial de Andalucía, murió en Málaga el 8 de junio de 1596.

El Padre Francisco Ramírez, era de Úbeda. Fue nombrado para ir acompañando a la Armada Invencible, embarcándose en Lisboa. Tras volver los restos de la Armada a La Coruña, murió este Padre debido al cansancio y los males sufridos durante la navegación, tan solo contaba con 36 años de edad.

## Capítulo CV

**Principio de la Casa de Probación de Baeza, undécima Congregación y sucesos de ella y del tiempo.**

Don Antonio de Raya, natural de Baeza y Obispo del Cuzco, fundó en su patria, en 1596, una casa de Probación para criar novicios que fueran luego al Perú a convertir a indígenas. Para tal fin entregó a la Compañía un solar en la Iglesia parroquial de San Juan, además de 4.000 ducados de oro, 4.000 para comprar solares para acrecentar las casas, y 36.000 para que fuesen construyendo la casa y templo bajo la advocación de San Lorenzo. Las escrituras fueron otorgadas el 26 de junio de 1596.

En abril de 1597 el Padre Pedro Bernal, provincial, reunió la Congregación provin-

cial, señalándose para ir a Roma al Padre Doctor Esteban Ojeda, que regresó como Visitador de Toledo, siendo el cargo de Provincial para el Padre Francisco de Quesada.

## Capítulo CVI

**De algunos padres que ofrecieron a Dios sus vidas, confesando los heridos de peste que estos años hubo en la Provincia y de la última Congregación de este tiempo.**

Desde 1599 hasta 1602 no han faltado las epidemias de peste en Andalucía, en algunos sitios muy cruentas, muriendo gran cantidad de personas. En Sevilla se inició en 1599 continuando hasta 1601, creciendo y menguando en función del tiempo que varía la disposición de los cuerpos. Abrió la ciudad hospitales donde acudieron a dar los sacramentos los frailes dominicos, franciscanos y padres de la Compañía.

Primero murió el Padre Ecijano, natural de La Rambla en 1599, seguido del Padre Martín Guerra, natural de Encinasola. Éstos fueron sustituidos por los padres Antonio Gallegos y Fernando Núñez.

Cuando disminuyó la epidemia el Padre Provincial Francisco de Quesada convocó la Congregación Provincial en el Colegio de Córdoba en octubre de 1599. De ella salió elegido para ir a Roma el Padre Melchor de Gadea, quien volvió al año siguiente con el cargo de Provincial.

## Capítulo CVII

**Fundación, aumento y estado del Colegio de Fregenal.**

Fregenal cuenta con 1.500 casas, encontrándose gran parte despoblada debido a la peste que asoló la comarca hace 32 años.

Murió en 1597 Alonso de la Paz, quien dejó en su testamento su fortuna que ascendía a 40.000 ducados para que se fundase un Colegio de la Compañía donde se enseñase desde Gramática hasta Teología. Se hicieron las debidas escrituras en agosto de 1598.

A esta fundación se opuso una ley que dictó Felipe II donde se prohibía todo tipo de fundación que no fuera aprobada por su Consejo. Acto seguido se pidió la licencia, informando favorablemente el Obispo de Badajoz y el teniente de Sevilla, por lo que se obtuvo el permiso deseado.

En primer lugar se dedicaron a buscar una casa capaz y sitio para edificar el Colegio, escogiendo dos calles que la ciudad les ofreció, con más de 1.000 pies de solar. El 3 de abril de 1599 se dijo la primera misa en una Iglesia que acomodaron decentemente, abriéndose en septiembre las escuelas con dos maestros de Gramática. El primer curso de Artes y Filosofía comenzó en 1601 con 40 oyentes de la comarca. El Padre General aceptó la fundación el 5 de marzo de 1600, nombrando como primer Rector al Padre Alonso Díaz.

## Capítulo CVIII

**Fundación del Colegio de Guadix.**

La ciudad de Guadix quedó reducida con la segunda rebelión de los moriscos a 1.500 vecinos. Esta ciudad fue elegida para fundar un Colegio gracias a la facilidad de

hacer desde ella las misiones a las Alpujarras, río Almanzora, marquesado de Cenete y montes de todo el obispado de Almería.

Por estas fechas fue muy aficionado a la Compañía Perafán de Ribera, Canónigo y Arcediano que hospedaba a los padres cuando iban de misiones. Por su consejo entró en la Compañía Cristóbal de Velásquez, mozo rico, que fue uno de los instrumentos para la fundación. También fue importante el Canónigo Juan Ortega Grijalva, sobrino del Obispo Don Melchor Álvarez de Vozmediana, que dio sus casas con menaje y librería para que los padres estuvieran tres años como misión o residencia en dicha ciudad, desde 1596 a 1599 en que se fundó el Colegio.

Cristóbal Velásquez solicitó la fundación en Madrid, hablando con el confesor de la Marquesa de Camarasa, la cual quería invertir 500 ducados en una fundación. También ofreció Doña Leonor de Toledo, Marquesa de Santisteban un juro de 1.000 ducados para sustentar un maestro de leer y escribir. La marquesa añadió lo necesario para comprar 1.500 ducados de renta. El Padre General Aquaviva aceptó la fundación con la condición de esperar cuatro años para abrir los estudios a fin de habilitar casa, alhajas y habitación. El hermano Velásquez compró 2.000 ducados de renta, añadiendo otros 2.000 Ambrosio Espínola, rico genovés residente en Madrid.

Tras superar las dificultades se opusieron a la fundación los cabildos eclesiástico y seglar de Guadix, teniéndose que recurrir al rey. El asunto lo tomó en sus manos el Obispo Don Juan de Fonseca, quien consiguió la real cédula. El 9 de febrero de 1599 se tomó posesión de las casas del Canónigo Grijalba, siendo superior el Padre Montes, el Colegio se denominó con la advocación de San Torcuato.

Con la muerte de Felipe II el Gobernador de Guadix se opuso a la apertura del Colegio, teniéndose que recurrir a la Chancillería de Granada, donde se dictó sentencia a favor de los padres de la Compañía, quienes tomaron pacífica posesión de su casa.

El canónigo Grijalba dejó en su testamento al Colegio 100 ducados de renta; Doña Lucrecia de Calvache mujer del Licenciado Solorzano, 5.000 ducados; Agustín del Halla dio 1.500; Diego de Harana en su testamento dejó 1.200 y su mujer Doña Catalina de Lujandino una heredad cuyo coste ascendía a 600 ducados. Por último el Hermano Cristóbal Velásquez entregó 1.200 ducados y con todos los donativos se acomodaron casas y habitación.

## Capítulo CIX

### Principio de la Casa de Antequera.

Varios padres de la compañía naturales de la ciudad de Antequera manifestaron en 1597 al Doctor Don Francisco de Padilla, tesorero y Canónigo de la catedral de Málaga y natural de Antequera, el deseo de fundar en dicha ciudad una casa de la Compañía. El tesorero los apoyó entregándole 500 ducados con la condición de que se le llamase con la advocación de Nuestra Señora de Loreto. Gracias a ese donativo se asentaron en la ciudad a modo de misión o residencia hasta el año 1599, año en que el Doctor Don Domingo Lezo, Canónigo de la Colegial de Antequera, ajustó en 1.000 ducados unas casas para la Compañía. Tomó posesión de las casas el Padre José de Quadros, se acomodaron la casa y capilla y los maestros entraron en ella en noviembre de 1599.

En febrero de 1602, por acuerdo del Padre Melchor de Gadea, Provincial, se tomó nuevo sitio, dándoles la ciudad una calle que dividía el solar, además de una paja de agua y 500 ducados para poder edificar la Iglesia. Para el nuevo templo recibieron más donativos, Don Francisco de Padilla les entregó 1.600 ducados y otras limosnas de particulares que sumaron la cantidad de 6.000 ducados.

## Capítulo CX

**De los varones más señalados que por estos últimos años pasaron de esta vida a la eterna, especialmente del Padre Simón de Esquivel.**

Roa anota *"Daré fin a esta Historia con el dichoso fin de muchos varones de excelente santidad y virtud".*

El Padre Simón de Esquivel era natural de Jerez de la Frontera, entró en la Compañía a la edad de 24 años en 1579 y murió el 13 de febrero de 1597.

## Capítulo CXI

**Del Padre Juan de Frías, grande y apostólico predicador de la Compañía.**

Este Padre era natural de Arenas (Toledo). Fue un magnífico predicador, encontrándose presente en las fundaciones de Baeza, Úbeda, Málaga, Jerez de la Frontera y Écija. Roa no menciona ni el año ni el lugar de su muerte.

## Capítulo CXII

**Del Hermano Blasco y del Padre Alonso de Ávila.**

El Hermano Blasco era natural de Iznallóz (Granada), entró en la Compañía en el Colegio de Trigueros en 1564 trabajando en las obras del edificio, murió en 1598.

El Padre Alonso de Ávila era natural de Málaga. Entró en la Compañía a los 22 años, murió el 21 de mayo de 1598 a la edad de 40 años.

## Capítulo CXIII

**Del humilde y penitente varón el Padre Pedro de Monroy.**

Este Padre era natural de El Pedroso (Sevilla), de noble cuna. Fue muy díscolo durante su juventud. En Sevilla cambió de forma de vida y se dedicó a estudiar gramática, reformando todas sus costumbres gracias a un sermón del Padre Baptista que oyó en la Iglesia de la Compañía. Desde este momento ayudó mucho a los padres en multitud de trabajos, incluso asistiendo a los apestados de las galeras.

## Capítulo CXIV

**Cómo le llamó Dios a la Religión y de las tentaciones en que venció al demonio en sus principios.**

Pedro de Monroy fue recibido en la Compañía por el Padre Bartolomé de Bustamente. Este Padre era poeta.

## Capítulo CXV

**De las excelentes virtudes de este santo varón, especialmente de su extremada humildad y pobreza.**

Roa exalta la vida de este Padre. Estuvo un año de coadjutor en el Colegio de Trigueros y fue ministro del Colegio de Sevilla durante cinco años.

## Capítulo CXVI

**Del ejercicio práctico, de la mortificación y otras virtudes, con que andaba entre día y de su divino tránsito.**

Vuelve a exaltar la vida de este Padre, añadiendo poesías suyas. Murió en 1598.

## Capítulo CXVII

**De algunos padres que murieron en la ciudad de Granada al año de mil y seiscientos, confesando heridos de peste.**

En 1600 se desarrolló una epidemia de peste en la ciudad de Granada. En ayuda de los afectados acudió la Compañía, para confesar y dar los sacramentos. Entre los padres se encontraba el Padre Pedro de Molina, natural de Motril (Granada), el Padre Antonio Fernández, natural de Córdoba y el Hermano Miguel de Valdivia. Los tres enfermaron y murieron a los tres días de llevar trabajando. Éstos fueron sustituidos por el Padre Marco Antonio, natural de Vizcaya y el Padre Francisco de Cuellar, natural de Baena (Córdoba), que fallecieron pocos días después. Estos a su vez fueron de nuevo sustituidos por el Padre Juan Fernández, natural de Córdoba y otros. También acudieron en socorro de los apestados algunos frailes dominicos y franciscanos.

## Capítulo CXVIII

**Del Padre Antonio Sánchez, fiel obrero de la Compañía.**

Este Padre era natural de Sierra de Yeguas, tierras del marquesado de Estepa. Estudió en la Universidad de Osuna donde obtuvo el grado de Maestro. A los 30 años entró en la Compañía en Sevilla, pasando luego al Colegio de Montilla.

## Capítulo CXIX

**De las muchas virtudes del Padre Maestro Antonio Sánchez, especialmente de su oración, devoción y mortificación.**

Roa exalta la vida y virtudes de este Padre. Compuso algunos himnos devotos.

## Capítulo CXX

**De la humildad, pobreza, paciencia y obediencia del Padre Antonio Sánchez.**

Continúa exaltando la vida de esta Padre, hasta su muerte acaecida en Jerez de la Frontera durante una epidemia de peste el 18 de abril de 1601, a la edad de 50 años y 27 años de estancia en la Compañía.

## Capítulo CXXI

**Del Padre Antonio Cordeses, antiguo y apostólico varón de la Compañía.**

Este capítulo se presenta sólo con el título, carece de texto, es donde el Padre Martín de Roa dejó de escribir esta Historia en 1602.

# BIBLIOGRAFÍA


- CAÑAL Y MIGOLLA, Carlos. "Apuntes Biobibliográficos acerca del Padre Martín de Roa". En *Homenaje a Menéndez y Pelayo, en el año vigésimo de su profesorado*. Madrid : Librería General de Victoriano Suárez, 1899.

- *COLECCIÓN General de las Providencias hasta aquí tomadas por el Gobierno sobre el estrañamiento y ocupación de Temporalidades de los Regulares de la Compañía que existían en los dominios de S.M. de España, Indias e Islas Filipinas, a consecuencia del Real decreto de 27 de febrero y pragmática sanción de 2 de abril de este año*. Madrid : Imprenta Real de la Gaceta, 1767.

- *EL ARTE de la Compañía de Jesús en Andalucía (1554-2004)*. Córdoba : Caja Sur, 2004.

- *ENCICLOPEDIA Universal Ilustrada Euro-Americana Espasa-Calpe*. Tomo LI. Madrid : Espasa Calpe, 1991.

- FLORINDO, Andrés. *Adición al libro Écija y sus santos*. Écija : Imprenta de Juan de los Reyes, 1893.

- *HISTORIA de la fundación y progreso del Colegio de San Teodomiro de la Compañía de Jesús en la ciudad de Carmona*. Facultad de Teología de Granada. Códices 58b.

- *HISTORIA del Colegio de San Pablo de Granada 1554-1765*. Transcripción de Joaquín de Béthencourt S.J. Revisión y notas de Estanislao Olivares S.J. Granada : Facultad de Teología, 1991.

- LEÓN, Pedro de (S.J.): *Grandeza y miseria en Andalucía. Testimonio de una encrucijada histórica (1578-1616)*. Edición, introducción y notas de Pedro Herrera Puga S.J. Granada : Facultad de Teología, 1981.

- LOZANO NAVARRO, Julián José: *La Compañía de Jesús en el Estado de los Duques de Arcos. El Colegio de Marchena. (Siglos XVI-XVIII)*. Granada : Universidad, et al., 2002.

- MARTÍN PRADAS, Antonio. "Inicios y fundación del Colegio de San Fulgencio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Écija". En *Boletín nº 2 de la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras Luis Vélez de Guevara*. Écija : Gráficas Sol, 1998.

- MARTÍN PRADAS, Antonio."Notas para el estudio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Écija". En *Boletín nº 4 de la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras Luis Vélez de Guevara*. Écija : Gráficas Sol, 1999/2000.

- MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada:"Datos biográficos inéditos sobre el Padre Martín de Roa". En *Actas del IV Congreso de Écija : Luis Vélez de Guevara y su época*. Sevilla : Ayuntamiento; Et al, 1996.

- MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada. "La expulsión de la Compañía de Jesús de Écija. El catálogo de pinturas del Colegio de San Fulgencio". En prensa.

- MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada. "La Iglesia del Colegio de San Teodomiro de la Compañía de Jesús en la ciudad de Carmona: 1619-1754". En *Laboratorio de Arte nº 11*. Sevilla : Universidad, 1998, p. 521-538.

- MARTÍN PRADAS, Antonio y CARRASCO GÓMEZ, Inmaculada. "Planos para el Colegio de San Fulgencio de la Compañía de Jesús de Écija (1607-1627). En *Boletín nº 3 de la Real Academia de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras Luis Vélez de Guevara.* Écija : Gráficas Sol, 1999.

- OLIVARES, Estanislao. "Martín de Roa S.J. (1559-1637) Biografía. Escritos". En *Archivo Teológico granadino nº 57*. Granada, 1994.

- ORDÓÑEZ AGULLA, Salvador. "El P. Martín de Roa y la historia antigua de Écija". En *Actas del IV Congreso de Écija: Luis Vélez de Guevara y su época*. Sevilla :Ayuntamiento; Et al, 1996.

- RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael. *Ensayo de un Catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*. 2 Tomos. Madrid, 1921.

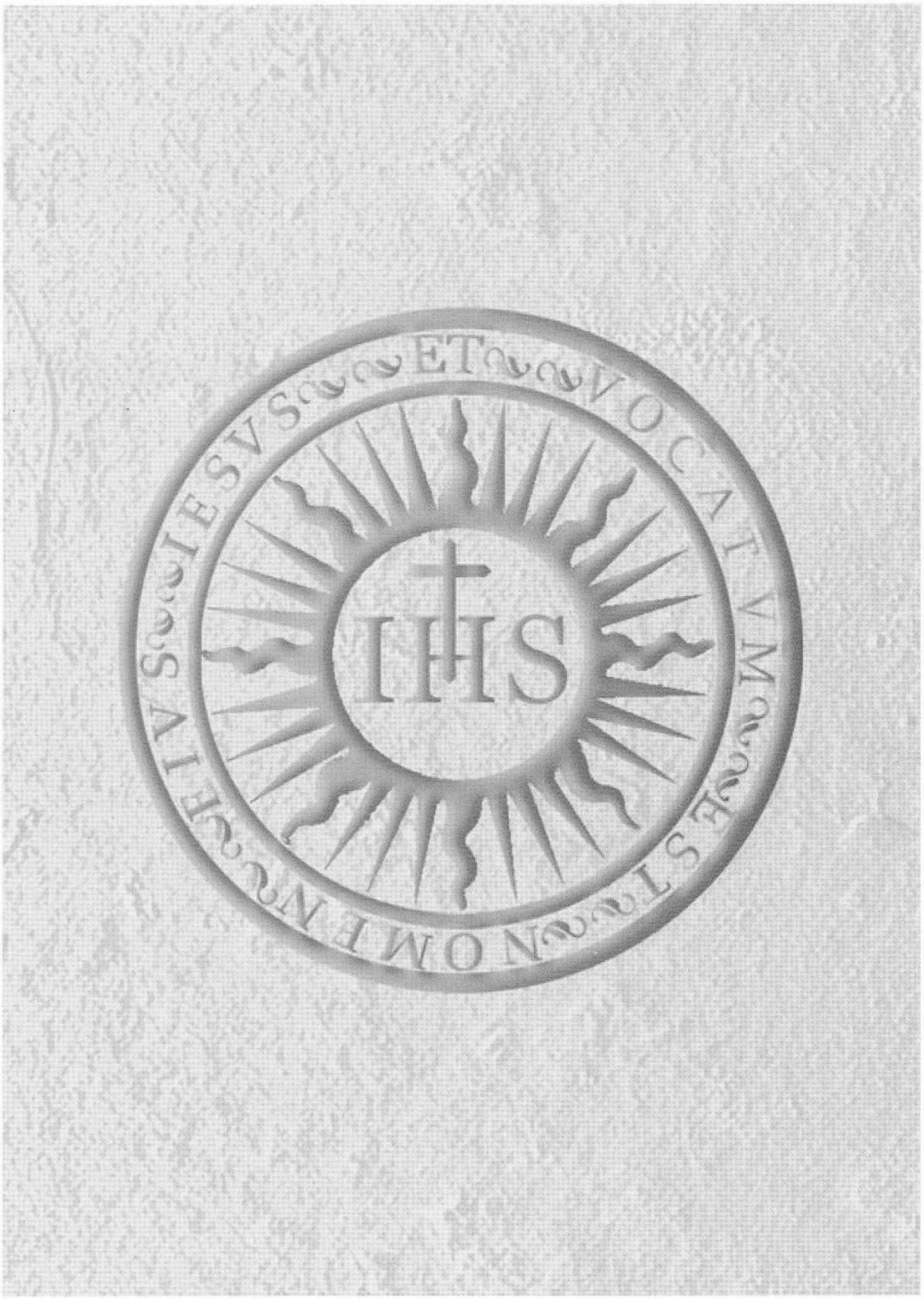
- RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael. "La Historia de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús del P. Martín de Roa". En *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones nº 61-62, tomos 5-6*. Madrid 1898-1899.

- ROA, Martín de (S.J.). *Écija, sus santos y su antigüedad eclesiástica y seglar*. Écija : Imprenta de Juan de los Reyes, 1890.

- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, Alfonso (S.J.). *Bartolomé de Bustamante y los orígenes de la arquitectura jesuítica en España*. Roma : Biblioteca Instituti Historici S.J., 1967.

- SANTIBÁÑEZ, Juan de (S.J.). *Varones ilustres de la Provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús. Centurias.* Ms. 28/2. Archivo de la Compañía de Jesús de Andalucía. Facultad de Teología de Granada.

- SOTO ARTUÑEDO, Wenceslao (S.J.). "Introducción: Coordenadas Histórico-Geográficas de la Provincia Bética de la Compañía de Jesús". En *El Arte de la Compañía de Jesús en Andalucía (1554-2004)*. Córdoba : Caja Sur, 2004, p. 15-56.




Emblema de la Compañía de Jesús: IHS. Tomado del que se conserva en las habitaciones de San Ignacio de Loyola, en Roma.

# HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ANDALUCÍA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

## MARTÍN DE ROA, S.J.

Escribo la historia de esta provincia de la Compañía de Jesús de la Andalucía, la relación de las fundaciones de casas y colegios de ella, sus principios, su aumento, estado y bienhechores. Cuento sucesos de tiempos y personas, casos abiesos y desastrados, fines de gente inquieta, vidas y vicisitudes de varones señalados, no todas ni de todos los que debiéramos; culpa, no de los que ahora escribimos, sino de los que no las dejaron escritas. Verdad es que los pasados tuvieron más cuidado de hacer cosas dignas de escribirse que de escribirlas. Enseñanza muy propia de la Compañía, donde a la par se aprende a plantar virtudes y cubrirlas, desarraigar vicios y descubrirlos, //1v. crecen así aquellas y conservan su verdor, como la semilla debajo de la tierra desmedían en otras y sécanse como la planta que tiene sus raíces sobre ella.

Pudieran los primeros dejarnos los vivos ejemplos de perfección que vieron unos en otros, y aun debieran hacerlo así, mas los celosos de aprovecharse ocupábanse todos en imitarlos: los tibios olvidábanlos por huir de la obligación que les ponían de seguirlos, otros reparaban en ellos. Vence en la religión milagrosas virtudes, valen poco en los ojos de quien no las tienen, si bien por hallarse allí tan a mano y verse cada día, y mucho más porque no saben el trabajo con que se alcanza, nace también de aquí el olvidarlas.

Decir de los vivos (aunque todos sean tan religiosos y cuerdos que ni envidien las alabanzas ajenas, ni echen menos las propias) vedada cosa es por el Espíritu Santo. Dice de los muertos lo que han depuesto testigos abonados de vista, y lo que hallé escrito en las memorias o libros de los difuntos de quien han quedado grande fama de muchos hechos y mucho olvido de ellos. Para lo demás, sigo las escrituras originales de los archivos con la llaneza y verdad que ellos se hicieron y pasaron las cosas sin afeites ni encarecimientos, escusados en lo que por sí tiene su precio y estima. Tales son las obras de Dios en la fundación y conservación de las religiones, tales las virtudes y perfecciones de los que serían en ellos. Esto es lo que he deseado hacer, lo que he hecho bien a menester excusa de muchos hierros, y aunque pudiera tenerla en la poca ayuda de papeles y confusión de memoriales, no me quiero valer si no de sólo el fin de este trabajo que es la mayor gloria de Nuestro Señor, maravilloso en sus Santos y una sencilla muestra de lo que en esta provincia le ha servido la Compañía. //2r.

# LIBRO PRIMERO

## CAPÍTULO I

### BREVE DESCRIPCIÓN Y NOTICIA DE LA PROVINCIA Y LA PRIMERA OCASIÓN QUE TUVO DE ENTRAR EN ELLA LA COMPAÑÍA.

Comenzaba ya esta nueva vid y planta de la Compañía a extenderse y crecer en España haciendo tan sabroso el fruto de sus santas ocupaciones, que al paso que era conocida, era justamente amada y apetecida de Príncipes y Ciudades: a quien parecía que darles lugar en su tierra era por lo menos acrecentar el suyo en el cielo; y aunque en el Reino de Toledo y Castilla tuvo asiento en lugares muy principales, no halló ni menos voluntad en los ánimos ni menos comodidad de sitios en la Andalucía, Provincia antiguamente noble por fama, celebrada de los escritores por la felicidad del cielo y suelo, por la abundancia de minas y fineza de metales, mayormente de oro y plata y piedras preciosas, cuya codicia no solo a los Fenicios, Cartagineses y Romanos, más aun muchas otras naciones sacó de sus naturales y obligó a probar armas y ventura en su conquista.

Llamáronla Bética los antiguos y los romanos la Ulterior España, repartidas después en dos provincias de Andalucía y Portugal, que entonces comprendía la región de Extremadura. Los términos de ahora no son tan al gusto de los antiguos, por la parte del oriente hacia mediodía comienza en la región de los Oretanos, donde //2v. está la villa y colegio de Cazorla, Úbeda, Baeza, Jaén y su Reino, extiéndese por las tierras de Baza, cabezas de los Bastetanos o Bátulos, Guadix y la costa de nuestro mar Mediterráneo, desde la villa de Vera, cabo de Agatas o promontorio Chavidemo que corrompido el vocablo llaman ahora cabo de Gata, y puerto Carbonero. Continúase por el río y la ciudad de Almería, campo de Nicia y reino de Granada hasta Málaga, Gibraltar y montes de Tarifa y columnas de Hércules por donde se divide de la África. Desde aquí tuerce un poco y se aumentan las riberas de la tierra del mediodía hacia el poniente sobre el mar Océano hasta la isla de Cádiz, Puerto de Santa María y Sanlúcar o como los antiguos decían de Menesteo y del lucero por el insigne templo que allí había de este título. Aquí viene al mar el gran río Betis, que dio nombre a toda la Bética, y veinte y dos leguas adelante, junto a la villa y marquesado de Ayamonte entra también en el mar el río Guadiana, el mayor término de Lusitania. Desde aquí corre el Andalucía por la Sierra Morèna o montes Marianos entre poniente y septentrión por medio de los ríos Betis y Guadiana cogiendo ambas vertientes de los montes, y las dos orillas del Guadalquivir.

Las ciudades de Jerez de la Frontera, y su comarca, reinos de Sevilla, Écija y Córdoba con la región antigua de Beturia de los Túrdulos andaluces, Fregenal, Constantina y Pedroches, pueblos del convento o Chancillería de Córdoba, colonia patricia, y primera de los romanos. En la España Ulterior hasta tomar a Guadiana poco encima del cabo donde está Villanueva de la Serena, frontero donde también fenece la Lusitania, en la otra parte del agua tiene muchas y muy grandes ciudades y poblaciones antiguas y nuevas, //3r. cuatro Universidades, en Osuna, honrada y única villa del Duque de este título, llamada antiguamente Bisaona o Bisao, y en las ciudades de Sevilla, Granada y Baeza, de quien trataremos en sus lugares.

Fue cabeza de esta provincia la antiquísima ciudad de Córdoba, de quien hay tanta mención en todo género de escritores y como en tiempo de los romanos había sido su primera colonia, también lo fue en los nuestros de la Compañía. Tuvo en ella el primer asiento el año del nacimiento de nuestro Salvador de 1552 y del generalato de N. B. P. Ignacio el undécimo, presidía en la Cátedra de Roma el Papa Julio III, y tenía la silla del imperio en España el Emperador Carlos V, honra de la nación y terror de los enemigos.

## CAPÍTULO II

## PRINCIPIOS DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE CÓRDOBA.

Dio principio a la fundación de este colegio la entrada en la Compañía de don Antonio de Córdoba, hijo de don Lorenzo de Figueroa y de doña Catalina Fernández de Córdoba, Condes de Feria y Marqueses de Priego, era Maestre Escuela en aquel tiempo de la Catedral de Córdoba y Rector de la Universidad de Salamanca, cerró los ojos a las grandezas del mundo y atropelló todas estas esperanzas. Entrose en la Compañía y procuró dar noticia de ella a los que no la tenían en especial a la Marquesa, su madre, mujer de grande pecho, celo y prudencia y muy aficionada a toda religión y virtud. Determinó pues introducir la Compañía en Córdoba como en Patria suya y valiose para esto de los brazos y poder de los de su casa, que en esta ciudad son grandes señores y para todo muy poderosos. Escribió cartas en esta razón a su madre, pidiéndole que tomase este negocio por suyo, y con la respuesta y buenas //3v. esperanzas que ella prometió se hizo relación a N. B. P. S. Ignacio, el cual ordenó al Padre Jerónimo Nadal, su Comisario en España, despachase al Padre Francisco de Villanueva, hombre de gran espíritu y discreción, con un compañero para dar asiento a la fundación del Colegio. Partieron de Alcalá con cartas del P. don Antonio (que así se llamaba en aquel tiempo) para la marquesa, su madre. Llegaron a Montilla, villa principal del Marquesado de Priego, y Palacio de los señores de él, por fin del año 1552, recibiolos la marquesa con grande contentamiento, hospedolos en casa particular vecina a la suya, tratolos con todo el amor y regalo posible y habiendo tomado noticia del instituto, costumbres y ocupaciones de la Compañía, cobrole tanta afición que desde luego comenzó a desearla aumentar y favorecer y darles casas y rentas, con que pudiesen avecindarse en su tierra. Mas como tan madre de la ciudad de Córdoba, patria suya, quiso más señalar en ella el primero asiento a la Compañía, pareciéndole que su grandeza, frecuencia y nobleza de ciudadanos, ingenios e inclinaciones de los naturales eran más a propósito para los ministerios en que ella se ocupaba. Consideraba también que abriéndose escuelas y poniéndose estudios genera-

les en la ciudad, grande parte de este bien redundaría en los lugares y villas comarcanas, pues tendrían los moradores de ellas donde con menos gasto que en otras partes y con más recogimiento y provecho pudiesen sustentar a sus hijos en los estudios, primero escalón para desterrar la ignorancia de aquellos tiempos y acertado acuerdo para enfrentar la libertad de los mancebos, que con el ocio y falta de enseñanza perdían tiempo y no ganaban virtud como convenía. Determinose de fundarles un colegio en aquella ciudad y labrarlo en unas casas, //4r. que por ser las primeras que en aquel barrio tuvieron agua corriente, se llaman las casas del agua; caían en el barrio del Alcázar viejo, parroquia de Santa María, titular de la Iglesia Mayor y junto a la plaza, que por haber sido en tiempo de moros habitado de los judíos quedó con el nombre de judería. Dio lugar a los Padres que se partiesen a Córdoba y escribió con ellos este pensamiento a don Juan de Córdoba, Deán y canónigo de aquella iglesia, abad y señor de las villas de Rute y Zambra, que con su autoridad amparase aquellos Padres y en el ínterin que ella los acomodaba de casa los recibiese por huéspedes en la suya. Era este caballero hijo de don Diego Fernández de Córdoba, quinto señor de la casa de Baena, ducado ya del estado de Sesa y tercer Conde de Cabra, y de doña Francisca de Zúñiga y de la Cerda, respetado no más por la nobleza de su sangre que amado por sus buenas obras y poderoso por sus riquezas, y por lo uno y lo otro de grande mano en la República para todo género de negocios. Recibió el recaudo de la marquesa con más pesadumbre que gusto, porque sin haber visto hombres de la Compañía tenía de ellos siniestra información. Mas no pudiendo excusarse, como supo que dos Padres habían venido a Córdoba, mandolos buscar y convidar a comer, más (como él confesó después) con intención de inquirir y saber sus cosas por ver si eran conforme a su opinión, que con pensamiento de favorecerlos, hospedolos en su casa donde curiosamente los miraba y estando con ellos sacábalos a plaza en muchas materias, pensando y examinando sus palabras, y cuando estaban solos acechándolos secretamente de día y de noche por ver qué hablaban y hacían, en qué se ocupaban y cómo vivían, oyó y vio tantos ejemplos de santidad en los Padres que comenzó a desengañarse //4v. de la mala opinión en que los tenía, mas no faltó (que en el corazón de los hombres la calumnia sigue como sombra a la virtud) quien les favoreciese su partido poniendo mancha en su vida. Persuadieron a don Juan que llegaba el negocio a tanto rompimiento, que de noche salían de sus casas. Resucitaron con esto en el corazón de don Juan las sospechas que los Padres casi habían apagado con el buen ejemplo de sus costumbres. Tomaron los calumniadores ocasión de una buena obra que los padres habían hecho una cierta noche para hacerles una tan mala. Porque habiendo llegado a punto de muerte un personaje noble por sangre y tan conocido por sus vicios que le llamaban el malo, viendo sus amigos que el peligro y dificultad del trance de la muerte no habían en él mudanza, acudieron al Padre Villanueva, cuya santidad y fuerza de espíritu en otras ocasiones habían experimentado, y habiéndole llevado al enfermo, él le trató con tanta suavidad y eficacia de razones que al fin lo redujo a conocimiento de Dios y dolor y penitencia de sus culpas y habiéndolas confesado con el debido sentimiento, acabó en manos del padre con grande confianza de su remedio. Estos fueron los pasos en que los Padres anduvieron de noche mal contados del envidioso malsin, materia de su calumnia y de su confusión. Porque viniendo un día unos caballeros que en aquel caso se habían hallado a visitar como solían al Abad don Juan y metiendo plática de los Padres como cosa nueva y de que todos así

amigos como enemigos estaban en gracia de //4r.bis. esperanza deber en que paraban, él les descubrió su sospecha y dio por causa de ella la salida de noche, de que ellos como testigos de vista le desengañaron y él quedó admirado juntamente y confuso de manera, que todo el odio y mala voluntad que antes parecía tenerles se lo trocó Dios en verdadero amor. Comenzó de allí adelante a hablar con estima de aquellos Padres, encarecía su buen celo su destreza y gracia para ganar almas, su espíritu y fuerzas para moverlas y movíanse cada día muchas personas graves y de toda suerte de gentes a frecuentar su conversación y comunicarles los negocios de su conciencia. Hallaban estorbo para hacerlo en la casa de don Juan, plebeyos y nobles, a los unos el encogimiento los retenía, a los otros la vanidad rehusaban de venir a tratar de sus almas a casa de caballero y seglar los que también lo eran (puntos de mundo) y los Padres deseaban lugar sin achaque común para todos y de donde nadie pudiese con razón excusarse.

## CAPÍTULO III

## PRIMERO ASIENTO Y POBLACIÓN DEL COLEGIO DE CÓRDOBA E INSTITUCIÓN DE ESCUELAS.

La marquesa de Priego, que por el grande amor que había cobrado a la Compañía trataba este negocio por suyo y con el valor y grandeza de ánimo propia de su cristianísimo pecho, solicitaba la fundación del colegio. Desocupó sus casas del agua y acomodolos de habitación y alhajas //4v.bis. lo mejor que la prisa y brevedad del tiempo lo permitían. Estaba en esta sazón en la villa de Alcalá el Padre Maestro Jerónimo Nadal, Comisario General de la Compañía en España, diole aviso el Padre Villanueva de lo que en Córdoba se trataba representole la importancia y necesidad de la presencia de los dos Padres Francisco de Borja y don Antonio de Córdoba, el deseo de la marquesa y de otros señores de Andalucía con quien ellos tenían autoridad y mano para dar buen suceso a los negocios que se comenzaban. Escribieron este aviso a los Padres que por este tiempo se hallaban en Medina del Campo, llegaron juntamente los que sobre lo mismo le escribían al Padre Francisco, la marquesa de Priego y su hija la duquesa de Arcos y la de Medina Sidonia, tía del mismo Padre. Pusiéronse luego en camino, vinieron a Montilla donde habiendo satisfecho al deseo de la marquesa con el buen gusto de su santa conversación y con el maravilloso ejemplo de su vida, ella se resolvió de fundar el colegio de Córdoba. Para este efecto envió el Padre Jerónimo Nadal de más de los Padres de Villanueva y a Laso López, al Padre doctor Juan de la Plaza, colegial de Sigüenza, insigne varón en letras y santidad, hermano mayor del Doctor Plaza, primero obispo de Valladolid, corte en estos tiempos de los Reyes de España; envió también otros dos hermanos que le ayudasen, un estudiante y un coadjutor; visitaron todos a la marquesa de Priego y con sus ídem se partieron a Córdoba y se recogieron en las casas del agua, donde ella les proveyó de todo lo necesario hasta que se fundó el colegio y le entregaron casas y rentas. //5r.

Con la nueva comodidad de casa y sustento, pudieron más libremente los Padres servir a la República y hacer bien a los prójimos, ocupándose con edificación y provecho

en la salud de las almas y como es propio de la virtud aficionar corazones, de tal manera se aficionaron en pocos días toda suerte de gentes, especialmente las personas públicas y gobernadores de la ciudad, que juntos voluntariamente en cabildo trataron de labrar colegios y escuelas donde se criase la juventud, único remedio para la reformación y reparo de las repúblicas. Dieron petición los comisarios de la ciudad para que las sobras del encabezamiento general del reino, tercias y alcabalas se convirtiesen en esta obra, proveyose que se suplicase a su Majestad, diese para ello su Real Cédula y facultad e hicieron depósito de ellas en Juan Pérez de Saavedra, caballero muy principal y Veinticuatro de la ciudad, la brevedad en este negocio era lo que más deseaban. Acordaron de escribir a la marquesa de Priego pidiéndole que diese prisa en lo comunicado y ofreciendo de su parte los maravedís señalados del encabezamiento del reino, y más lo que su posibilidad alcanzase. Escribieron sobre lo mismo al Padre Maestro Juan de Ávila, y diéronle su poder bastante y cumplido para que en razón de esto capitulase con la marquesa lo mejor que le pareciese, de manera que surtiese luego efecto la fundación del colegio como deseaba. Dadas estas cartas, y recibida respuesta envió la ciudad a Juan de Valenzuela y a don Pedro Núñez de Godoy, de los Veinticuatro caballeros de su gobierno, para que en su nombre fuesen a Montilla y trataran a boca de este negocio con la marquesa. Recibiolos ella con mucho gusto y agra //5v. decimiento, tanto por la visita de aquellos caballeros como por la ocasión y fin a que la hacían. Autó el ofrecimiento del cabildo cuanto a la obligación que suponía labrar el colegio y escuelas, y tomó a su cargo hacer que el Padre Don Antonio, su hijo, alcanzase del Papa la unión de sus beneficios para réditos del colegio; con esta respuesta señaló el Ayuntamiento por diputados de la fábrica y obra pública a don Juan de Cárdenas y a don Diego Fernández de Córdoba con otros tres caballeros Veinticuatro y dos jurados, a quienes dieron su poder y veces, para gastar y distribuir en el edificio de las escuelas y colegio como en obra, que legítimamente pertenecía al bien público, todos los maravedís que fuesen necesarios del encabezamiento general sin alguna limitación.

Estando en este punto las cosas, desveló una noche a Don Juan un nuevo cuidado de que sería agradable sacrificio a Dios y de grande ínterin a su patria, salirse de sus casas para que entrasen en ellas la Compañía, y con más comodidad se emplease en el bien de sus ciudadanos. Y como estas y otras nuevas noches le asaltase este pensamiento, sin dejarse tomar algún reposo, dio parte de él a Don Pedro de Córdoba, señor de Guadalcázar, villa conocida a cuatro leguas de Córdoba, y por el respeto y estima que tenían de Doña María de Córdoba, su hermana mayor, mujer de Don Francisco Pacheco, todos nobleza de Córdoba de su casa y descendencia, comunicolo también con ella y de común acuerdo de ambos se resolvió de hacerlo. Con esta nueva resolución de Don Juan, acordó la ciudad enviar a Montilla a Martín de Caicedo, caballero Veinticuatro //6r. con una carta y recado para la marquesa, dándole razón del beneficio que Don Juan quería hacer a su ciudad y suplicándole, que como madre de él y de la Compañía pusiese las manos en este negocio para que él quedase honrado y toda la Provincia comenzase a gozar el fruto de sus buenas esperanzas con el buen asiento del colegio que se fundaba.

Llevó Martín de Caicedo las cartas, visitó a la marquesa, y a los Padres Francisco de Borja y Don Antonio de Córdoba que a la sazón estaban en aquella villa. Recibió de ellos

el despacho que deseaba y vuelto a Córdoba hizo relación al cabildo del buen gusto con que la marquesa y los Padres acudían a su deseo.

Era ya los 3 de noviembre de 1553 cuando esto pasaba y en este mismo día entraron en el Ayuntamiento los Padres Francisco y Don Antonio que ya se habían venido de Montilla y dieron las gracias a la ciudad por la merced que les hacía. Ofrecieron de poner luego las escuelas que se pedían, y abriéndolas en 13 de diciembre del mismo año de 1553, celebró este día la ciudad con gran concurso de la nobleza y ambos cabildos. Y los nuestros con dos oraciones doctas y graves, con que el Padre Benedicto, Maestro de los menores y famoso predicador del Evangelio, y el hermano Marcelo, gran Maestro de Retórica dieron bastantes muestras de su doctrina y muchas esperanzas del fruto que en esta ciudad habían de sacar con el riego y labor de su enseñanza.

Repartiéronse el día siguiente los estudiantes en cinco generales donde se les había de leer la Gramática y Retórica y añadieron otras dos lecciones de casos de conciencia, cuyos lectores fueron el Padre Doctor Juan de la Plaza y el Padre Doctor Miguel de Torres, primero Provincial en Andalucía. De más de esto leía lengua griega //6v. el Padre Maestro Juan de Jaén, varón verdaderamente perfecto en toda virtud, mayormente en obediencia, mortificación y humildad, gran perseguidor de sí mismo y de extremada pureza y puntual observancia de su instituto. Vino de Gandía por primero Prefecto de los estudios y había sido antes Catedrático de Griego en la Universidad de Alcalá.

Dentro de pocos días habiendo venido a Córdoba el Comisario General, hizo el Abad don Juan donación a los nuestros de las casas de su morada, que son muy grandes y suntuosas y con ellas les dio ornamentos preciosos y piezas de oro y plata, que el tenía en gran número para el servicio de la iglesia, señalándoles la renta que pudo para la fundación del colegio, con tanta voluntad y afición que según él decía, ni podía dormir, ni velar, ni hacer otra cosa, sino pensar en el colegio; fue grande el espanto que en todos causó la mudanza así de su vida como de su voluntad y opinión para con nosotros, porque ni él había encubierto la poca que nos tenía, ni lo que después hizo pudo ser secreto por la grandeza y autoridad de su persona. Tratose de hacer escrituras y para que la solemnidad de ellas fuese mayor, halláronse a firmarlas el Padre Francisco de Borja y el Padre Antonio primero Rector del colegio y junto con el Padre Comisario se otorgaron para ambas partes el día de San Timoteo 24 de enero de 1554. Los señores de Córdoba y Don Juan se obligaron de suplicar a su Santidad y a su Majestad hiciesen a aquel colegio Universidad General de todas Ciencias. Pondré aquí las palabras de la escritura, para que se vea la mucha voluntad con que estas cosas se recibían y trataban.

*"Item por cuanto los muy ilustres Señores del Consejo y Regimiento de la dicha ciudad de Córdoba viendo y conociendo que la obra y santa y justa y redunda en servicio de Dios Nuestro Señor y en provecho u honra de los moradores y vecinos de dicha ciudad, tiene acordado de suplicar a su Santidad y a su Majestad el Príncipe Nuestro Señor, sean* //7r. *servidos de erigir en esta ciudad Universidad de estudio General en todas Ciencias y facultades. La cual será de la dicha Compañía de Jesús según su poder y altura la concedieren, otorgo y prometo yo el dicho Don Juan de me juntar con los dichos señores de Córdoba a hacer la dicha suplicación,"* etc.

## CAPÍTULO IV

## BREVE MEMORIA DE LOS HECHOS DE DON JUAN FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, FUNDADOR DE ESTE COLEGIO.

No es razón pasemos de aquí sin hacer memoria de algunas insignes virtudes y hechos ilustres de este caballero, grande verdaderamente en sangre y en obras, y mayor en ánimo y merecimientos. Porque si bien el poder y lozanía de juventud y fuerzas de ocasiones que siempre las siguen, algún tiempo le vencieron e hicieron mostrarse flaco en vicios de mancebo, remedió después con tantas y tan honradas limosnas sus pecados, que podemos decir de él que sobró la gran son de la culpa. Cupieron en su corazón chicos y grandes, ricos y pobres, humildes y poderosos, y toda suerte de gentes le hallaron a mano en todas sus ocasiones. El fue tesorero de pobres y su casa acogida de huérfanos y desamparados; en ella hallaron socorro los necesitados, amparo las viudas, madre los niños, a quien la impiedad de los suyos echó a puertas ajenas. Llegaron a ciento treinta y cinco los que por su orden y a su costa se criaron, según la suma que muerto él se sacó de sus libros, aunque faltó uno de ellos y por el número de los que fueron más. Despertó en este caballero esta piedad (si bien su natural y generosa condición hecha para hacer bien) una fiereza también que puercos ejecutaron //7v. en uno de estos niños expuestos, porque yendo por su devoción a los Maitines que en la iglesia de Córdoba se decían de noche, oyó los gemidos de un niño arrojado a la puerta y no reparando entonces en recogerlo hallolo a la vuelta comido de puercos, (cruel y fiero espectáculo, digno sólo de los ojos de aquella que tuvo ánimo para ponerlo en aquel peligro) enterneciose tanto el cristiano pecho de aquí este piadoso caballero con tan triste acaecimiento, que hizo firme determinación de jamás desamparar niño de los que viese.

Estando un día con el Padre Alonso de Zárate Rector de su colegio, hombre verdaderamente humilde, sencillo y afable de condición y de prudente gobierno y celo de las almas, entró un pobre a pedirle limosna, tan mal parado, que apenas cubría sus carnes, mandósele dar (que nunca le negó a quien se la pidiese) mas por falta de la vista como no reparase en su desnudez, dijo el Padre, ponga vuestra merced esos anteojos y considere en este pobre a Cristo y mírele cual está, e hízolo así y viéndole mandole vestir cumplidísimamente. Fue singular y de mucha admiración, mayormente a los que antes le conocieron, lo que en este género le pasó una vez y fue que estando el dicho Padre a quien él tenía en grande veneración en su recámara bien de noche, le dijo: es de sufrir que esté vuestra merced entre sábanas de Holanda, en cama con pabellón de seda, paredes entapizadas y un sacerdote de Cristo que yo vengo ahora de confesar, muy enfermo, no tenga abrigo ninguno, ni en qué recostarse; oyolo con gran sentimiento y rogándole al Padre que se recogiese a descansar, dándole palabra de remediarlo. Apenas el Padre había salido de su recámara, cuando él se puso en pie y tomando su misma cama en los hombros, comenzó a llevársela al sacerdote, mas al bajar una escalera con el peso y prisa, se le fue el pie de manera que él y la carga vinieron abajo, sirviéndole por merced de Nuestro Señor el colchón de defensa y reparo de los golpes de los escalones. Al //8r. ruido acudieron criados y le ayudaron, disimuló su humildad y enviole con ellos su cama al enfermo y con ella muchos regalos.

No fue menos admirable su piedad en lo que se sigue: tenía un hombre de poca suer-

te a su mujer presa por adúltera, condenada por el juez a la ejecución de la ley del reino, esto es a morir degollada a sus manos junto con el cómplice del delito, convidole a comer, hízole mil regalos y ofertas que no fueron bastantes para mitigar su justa indignación; hízose el cadabalso en la plaza y estando el hombre con el cuchillo en la mano para ejecutar el rigor de la justicia en los reos y la ciudad a la mira en tan raro y triste espectáculo, entró en ella el señor Don Juan y arrodillado a los pies del ejecutor con muy cristianas y tiernas razones le persuadió el perdón. Venció su porfía con esta humildad, cedió el agraviado al derecho de su venganza con que la mujer se encerrase en un monasterio, y el mismo Don Juan llevándola en ancas en su mula la depositó en él con admiración, agradecimiento y aplauso de la ciudad. Fue grande la generosidad de su pecho, tan tierna su devoción desde que se hizo al trato de los de la Compañía, que muchos ratos gastaba en oración y dulces coloquios con Nuestro Señor, especialmente delante de un devoto crucifijo a quien a sus solas y en voces altas pedía perdón de los hierros pasados con entrañable afecto y ardor de su alma, el cual le duró hasta el fin de su vida y pasó de ella lleno de días y merecimientos a la gloria que esperaba.

## CAPÍTULO V

## CÓMO SE TOMO POSESIÓN DE LAS CASAS DEL FUNDADOR Y DE LAS ESCUELAS, QUE LABRÓ LA CIUDAD, Y CÓMO SE PUSO LA PRIMERA PROBACIÓN Y NOVICIADO DE LA PROVINCIA, Y LE APLICÓ EL PADRE DON ANTONIO CASI 1.000 DUCADOS DE RENTA AL COLEGIO.

No se olvidaba entre tan heroicas obras de la que él tenía tan por suya, que en ella ocupaba sus pensamientos, haciéndosele años las horas, mientras //8v. los nuestros no tomaban la posesión de sus casas que él había señalado para el día de San Juan de 1555, en el cual se ordenaron las casas de manera por su buena industria, que aderezada la iglesia y casa, juntos los dos Cabildos Eclesiástico y Seglar con la Inquisición y toda la nobleza de Córdoba, clerecía y religiones, trajeron en procesión los Padres al Provincial, que entonces era el Padre Doctor Miguel de Torres y fue el primero en Andalucía en medio de los inquisidores y de Don Leopoldo de Austria, tío del Emperador y Obispo de Córdoba, grande amigo y bienhechor de los nuestros. A los demás conforme a su dignidad al lado de la gente más principal hasta sus casas, donde con honrado acompañamiento los esperaba el señor Don Juan, el cual arrojado de rodillas a los pies del Padre Provincial (que no pudiendo estorbarlo hizo otro tanto) con lágrimas de ternura y devoción le hizo dueño de las casas y de la hacienda, que a Dios y a él en su nombre ofrecía, agradeciendo a Nuestro Señor la merced que le hacía en aceptarlas. Hecho esto vinieron todos para la iglesia y hecha oración los metió en posesión de sus casas, y los cantores entonaron las vísperas haciendo él mismo el oficio; y después de ellas predicó el Padre Maestro Juan de Ávila, conocido por su santidad y llamado por sus méritos Apóstol de Andalucía. La mañana siguiente dijo la misa el señor Don Juan y predicó en ella Fray Pedro de San Juan de la orden de Santo Domingo, grande amigo suyo y estimado de todos por sus muchas prendas; celebró este día convidando la gente más principal, que se halló en la fiesta sirviendo a la mesa por su devoción algunos caballeros muy nobles, y entre ellos Don Francisco Pacheco, que después fue Obispo de Córdoba e

insigne bienhechor de este colegio y Don Luis de Córdoba, su sobrino. A la tarde representaron los estudiantes una comedia de argumento y sentencias tan cristianas que tuvo vez y fruto de sermón, pues causó grande sentimiento en los ánimos de los oyentes y sacó reformación a las costumbres.

Abriéronse las escuelas, que labró la ciudad con gasto de 6.000 //9r. ducados repartidos en seis generales, tres altos con otros tantos bajos, reservando sólo para sí el señorío y uso de éstos para poner de su mano maestros cuando la Compañía no gustase de proseguir las escuelas.

Creció con la comodidad de casa y necesidad de gente para acudir a los ministerios y ocupaciones de la religión el número de sujetos y con ellos la caridad y merced del señor Don Juan que en veces donó al colegio más de 28.600 ducados en piezas de oro y plata, en libros, en censos, casas y heredades y lo sustentó doce años continuos dándoles el trigo necesario y más 600 ducados en cada un año; quisiera de más de esto dejarles todos los bienes de que fundó Don Juan de Córdoba su hijo el mayorazgo, y no consintiéndolo en ello la Compañía la nombró por heredera a falta de legítima sucesión por línea recta de varón. Vale de presente 2.500 ducados de renta.

No había en este tiempo casa de Probación para crianza de los novicios, que la novedad y fervor de la religión agravia a muchos, de muy buenas partes como diremos, entre ellos el Padre Licenciado Francisco Gómez, discípulo del Padre Maestro Ávila, que por su orden leía en Córdoba la Sagrada Teología, cuya memoria tendrá su lugar en esta historia, y el Padre Fernán Pérez, discípulo y maestro también de Teología muchos años en Portugal con grande aprobación y estima de todo el reino, y algunos otros, de quien después se sirvió Nuestro Señor para su gloria y acrecentamiento a su Compañía; fue forzoso encargarle al Padre Doctor Plaza la enseñanza de estos novicios y cargara este colegio de su sustento. Con esto y con la ordinaria labor que para acomodar la casa se traía, vinieron los nuestros en tanta necesidad y pobreza que por no dar cuidado al señor Don Juan y pesadumbre a los prójimos añadiendo su demanda a las ordinarias de la ciudad, pasaban muchos días sin tener otra vianda que unos garbanzos.

Favoreció en tan apretada necesidad a este colegio el Padre Don //9v. Antonio con más de 4.000 ducados, que en veces dio de los frutos de un beneficio que él tenía en San Lorenzo de Córdoba y de otras prestameras y beneficios de que aun pagaba en aquel tiempo por no ser entonces profesor de la Compañía, y después alcanzó de la Santidad de Pío IV la unión de ellos a este colegio el año de 1560 a 19 de diciembre y con ellos quedó acrecentado en mil ducados de renta.

## CAPÍTULO VI
## DE LAS OCUPACIONES Y EJERCICIOS DE ESTE COLEGIO Y DEL FRUTO DE ELLOS.

A tantas mercedes como Nuestro Señor cada día hacía en esta ciudad, a los Padres correspondía en ellos con ordinarios servicios, con igual ejemplo y fruto de las almas, tan conocido que aun los que con menos voluntad y más de lejos los miraban vencidos de la verdad, cuando no lo engrandecían lo confesaban, los demás crecían igualmente en afición y devoción y tantos pregoneros tenía la Compañía del santo empleo de sus ministerios como cuantos testigos y particioneros de sus buenas obras.

La primera en trabajo particular de los nuestros y universal provecho de la ciudad

en la crianza de los mancebos, sazonada sementera para todos frutos de vicios o virtudes, de cuya labor por los continuos ejercicios de letras y uso de sacramentos, ayudando también los buenos naturales e ingenios que siempre esta tierra produce, tan honrada cosecha han cogido primeramente las Religiones y clerecía, las unas en recibos señalados, las otras en sacerdotes y ejemplares, en que mucho se han aventajado las iglesias de esta comarca como todos lo confiesan y experimentan. Bastante abono de ésto es lo que el Padre Maestro Ávila hizo movido de estos ejemplos, pues estimando (como varón santo y que tenía a don de consejo) el provecho que por este medio los Padres habían persuadido al Doctor Pedro López //10r. médico del Emperador Carlos V que de su hacienda fundase un colegio, donde a sombra y gobierno de la Compañía se criasen los estudiantes seglares para obreros de la iglesia e hízolo así y el año de 1577 en 15 de agosto alcanzó la bula de la Santidad del Papa Gregorio XIII para fundarlo, con título de la Asunción de Nuestra Señora y el Padre Gerardo Mercuriano, General entonces de la Compañía a instancia suya, consiguió que el Provincial y rectores de Córdoba y Montilla que por tiempo fuesen, pusiesen el Rector y Patrón que les pareciese decretar, bien se hizo mención en el Breve del Sumo Pontífice que dando libertad a la Compañía de usar de este derecho o dejarlo como quisiese. No salieron vanas las esperanzas del Padre Maestro Ávila en la fundación de este colegio pues en los pocos años que tiene han salido de él grandes teólogos, insignes lectores y predicadores para luz de Andalucía y se han criado en él hombres señalados en virtud y letras que hoy día florecen en las Religiones y colegios honrados de esta provincia y fuera de ellos en Alcalá y Salamanca.

Visitábanse a menudo las escuelas de los niños que enseñados de los Padres con su habilidad y regalo con las primeras letras embebían la doctrina cristiana y desterrando feos cantares (fuego de corazones mal advertidos) la cantaban por las calles, daban vuelta a los hospitales y cárceles remediando necesidades de ánimas y también de cuerpos, cuando la ocasión lo pedía ocupaciones en religiosos (tomadas tan de propósito) nuevas y por esto admirables y amables añadidas a las comunes de predicar //10v. y confesar, que aunque usadas en otros tiempos no tan frecuentados como en el colegio o bien por la buena solicitud y diligencia de aquellos Padres que ninguna ocasión dejaban de las que se les ofrecían o faltándoles, las buscaban y con grande celo y fervor de espíritu exhortaban a todos a mejorarse, o bien porque movidos unos con el ejemplo de los otros y despertados con la novedad de la obra (que todo ayuda) deseaban experimentar unos lo que otros alababan, o ya la principal porque el Señor, cuya era esta obra, ponía fuerza en las palabras de los obreros y bullía con su gracia los corazones de la gente y con suavidad y eficacia los traía. Fue muy grande y muy conocida la reformación de costumbres ejemplares, las mudanzas de vida y mayores los reparos de años secretos tanto más seguros, cuanto menos expuestos a los torbellinos de la vanidad. Parecía la casa una feria de mercaderías del cielo, veíanse por los claustros, iglesias y confesionarios ordinaria contratación sobre los negocios de la salvación de las almas, el caballero, el mercader, el regidor, el fiscal, el juez, los padres de familia y todos acudían a tratar materias concernientes a sus oficios, resolución de las dudas y casos importantes a la justificación de sus tratos o consejos tocantes a la gobernación de sus casas. No eran muchos los obreros aunque la miel era tanta, eran los que había hacendosos y diligentes, tan a la mano los hallaban los pobres como los ricos para cualquier cosa en que los habían menester; para todos trabajaban, y para todos parecía que //11r. habían naci-

do según la voluntad con que trataban el beneficio de todos y común al fin hombres y sujetos a cansarse, y recibir importunidad algún día de negocios, no solamente ajenos, pero suyos. Nunca venían de predicar tan cansados que rehusasen confesar a nadie, ni de estar todo el día en un confesionario, escapaban tan importunados a la noche, que no fuesen de muy buena gana a velar con los que se estaban muriendo. Ayudaron a todo algunas muestras públicas de humildad y caridad con los prójimos, que hermanadas roban corazones aun rebeldes, los cuales el amador de espíritu junto con la sencillez de los ojos a quien se representan y ofrecen. A veces permite en semejantes principios aunque los gustos ya extraviados con el uso de los vicios desaficionando las voluntades, han permitido los juicios y enfados de que les pongan a vista la condenación de su hinchazón y soberbia, censuran por vanidad las obras humildes, por poca prudencia la mortificación, por presunción el desprecio de sí y del mundo.

## CAPÍTULO VII

## DEL CELO Y SANTOS EJEMPLOS DEL PADRE ALONSO DE ZÁRATE 2º RECTOR DE ESTE COLEGIO.

Estaba en estos tiempos esta ciudad poco abastecida de aguas, porque perdidos con el tiempo y poca curiosidad de nuestro siglo los acueductos antiguos de romanos y moros (de que hasta hoy se ven durar insignes memorias), aunque dentro y fuera de ella había algunas fuentes, las unas no eran bastantes para //11v. la anchura del sitio y grandeza de la ciudad, las otras tenían poca comodidad por estar extramuros, bien que después el año 1578 Don Francisco Zapata, Corregidor de Córdoba que después fue Conde de Barajas y Presidente del Consejo Real, la ennobleció abriendo en todas las plazas y lugares más celebrados de gente muchas y muy hermosas fuentes, trayendo agua de Sierra Morena, que se llamaron antiguamente Montes Marianos, y en aguas y fertilidad de suelo son celebrados en España. Padecían a causa de ésto grande necesidad los pobres de la cárcel y teniendo poco remedio halláronlo en que los nuestros, que como antes dije tomaron desde aquellos principios por ocupación propia consolar a los presos y confesarlos. Salió el Padre Alonso de Zárate, Rector del colegio, varón santo y despreciador de sí mismo, con algunos otros de la casa en cuerpo y con cántaros en las manos y por muchos días los proveyeron de agua, ayudándoles también algunos seglares devotos y honrados, mayormente de los que aprendían en nuestras escuelas, a quien su devoción y el ejemplo de tales personas obligaba a romper con la vergüenza del mundo. Para esto y otras muchas necesidades que el encerramiento y desamparo de la cárcel tiene consigo, instituyeron los Padres una Cofradía, que hasta hoy se continúa prosiguiendo los que le sucedieron en este colegio con particular provecho de las almas y gloria de Nuestro Señor y edificación de los ciudadanos, lo que sanamente los primeros comenzaron había precedido con raro ejemplo de menosprecio suyo y de la honra mundana el Padre Don Antonio, el cual, siendo quien era por su naci //12r. miento y primer rector de este colegio, hizo grande instancia con el Comisario General para descargarse de este oficio en que tan violentado estaba, y habiéndolo alcanzado, se

entró a leer una clase de Gramática con tantas veras como si no tuviera caudal para otra cosa, con tanta afición y cuidado como si para ello hubiera nacido. Estando un día en lección, ejercitando sólo aquestas primeras letras a sus muchachos, un hermano que hacía oficio de comprador, que otros llaman despensero, con orden del rector entró en su general y para probar su humildad y obediencia (osada cosa de los Padres antiguos) le llamó, y poniéndole al hombro una espuerta le dijo que le siguiese al rastro donde para ejercitar con las otras virtudes su paciencia, le dio una asadura para que la vendiese no menos que en seis reales, precio excesivo y ocasionado a burla de todos y a mucha y larga mortificación de quien la vendía. Cargole después un cordero que compró y él lo llevó a cuestas por las calles más conocidas, conocido él tanto por su santidad como por su nobleza con grande admiración de los que le veían. Había entonces menos malicia en el vulgo y no tanta demasía y libertad como ahora en los demás en juzgar intenciones. Y era el Padre tan obediente que cogiéndole la voz de la obediencia o la campanilla, aunque con gente de grande respeto, al momento se despedía cortando con buen comedimiento la plática y aun dejando comenzada la razón y palabra, efectos del mucho y muy ordinario trato que él tenía con Dios en la oración, de que dan bastante testimonio sus obras y de todo el Padre Fray Luis de Granada en la vida que escribió del Padre Maestro Ávila. //12v.

Caminaba por estos mismos pasos el Padre Alonso de Zárate llevando por las calles cargas de estiércol, que aunque ya los más entendían que era ejercicio de mortificación, algunos sospechaban que era penitencia pública y por eso de alguna gran culpa. Si yendo él por la calle encontraba con algún leñador u hombre de cargas que hubiese menester ayuda para cargarla él se la daba y con ella algun buen consejo para el bien de su alma. Prendió una vez fuego en el convento de San Francisco y ya con el viento, ya con la turbación y con la poca manera de los que pretendían atajarlo extendíase la llama y cobrando fuerzas arrebataba los edificios con tanta prisa, que aunque de lejos pudieron verlo los nuestros acudieron allá todos y arrojando uno de ellos con grande fe un agua en medio del fuego y socorriendo todos con buena diligencia, al fin lo apagaron, quedando el edificio con menos daños del que amenazaba, y los Padres muy agradecidos a la caridad y buena industria de la Compañía. Favorecía Nuestro Señor el celo y amor con que el buen Padre Alonso de Zárate se ocupaba de hacer bien a los prójimos y mostraba a veces, cuan agradables le eran sus oraciones y ocupaciones en esto condescendiendo con ellos, fue el año de 1564 la falta del agua tan grande que corrían peligro las mieses, obligó a la clerecía y Religiones a continuas plegarias y procesiones con que Nuestro Señor se hizo propicia, aunque reservó el mostrarlo para el día en que la Compañía, a instancias del señor Don Juan, salió de su casa a la Iglesia Mayor, donde celebrando el dicho Padre Zárate la misa con la fe y devoción que solía en semejantes ocasiones, el cielo, que hasta entonces había estado sereno comenzó a //13r. turbarse y cubrirse de nubes que descargando en agua apenas dieron lugar a la gente para volverse a sus casas. Aconteciole llevar en hombros los pobres al hospital tanto era el fervor de su castidad.

## CAPÍTULO VIII

## DE LOS INSIGNES BIENHECHORES DEL COLEGIO DE CÓRDOBA.

Este era el empleo de nuestros Padres y con el fruto crecía cada día el consuelo, así de estudiantes como de otros seglares, a nuestra casa y escuelas y con él la obligación de alimentar los obreros y con ellos la devoción del pueblo y número de bienhechores. Cuento en primer lugar al Cardenal Contareno, pues aunque ausente y teniendo de cerca a quien hacer merced informado por el Padre Maestro Toledo, predicador entonces del sacro palacio y después Cardenal de la Iglesia Romana, de lo mucho que Nuestro Señor se servía de este colegio, resignó en él el beneficio del Puerto de Santa María y el medio Pontifical de Benalcázar, Diócesis de Sevilla, 40.000 ducados y porque tenía huéspedes su santidad para poder nombrar persona que después de sus días gozase de estos frutos, contentose que por diez años siguientes que corriesen hasta el 1595 se diesen al colegio de Tibuli 600 escudos de oro, que puso de pensión en estas piezas en gratificación del regalo que pasando por allí enfermo //13v. recibió de la Compañía; aumentó de más de esto el Cardenal Toledo otros 1.000 ducados de renta, alcanzando de la Santidad de Gregorio XIII la unión del beneficio de Benalcázar, Diócesis de Córdoba que tiene de réditos 400 ducados y el de las Cabezas, lugar del Arzobispado de Sevilla que rinde 600 y todo gratis, de manera que hizo de gracias 1.000 escudos que costara la expedición de las bulas.

Amparó este colegio con su autoridad grandemente y honró con la estima que de los nuestros tuvo y el testimonio que en todas ocasiones daba de sus letras y religión Don Antonio de Pazos, Obispo de esta ciudad y antes Presidente del Consejo Real de Castilla, antes que se encargara de este obispado había tenido algún trato con la Compañía, mas luego que entró en Córdoba y visitó las escuelas y reconoció sus ovejas, mayormente la clerecía y vio el gran fruto que con sus ministerios hacían los Padres y la mucha ayuda que tenía en ellos para el cumplimiento del suyo, cobroles tan entrañable amor y estima que jamás emprendió cosa sin su consejo. Veníase a menudo al colegio, trataba con ellos como uno de ellos, recogíase por algunos días en un aposento a hacer ejercicios espirituales (los cuales tuvo en grande veneración), quedándose con sólo un criado de cámara para su servicio y no atendiendo negocios, ayudábalos con ordinarias limosnas y acrecentó //14r. la fábrica de la iglesia con 1.700 ducados, favoreció la congregación de Nuestra Señora de la Anunciata que comenzó en su tiempo a fundarse e incorporada después con la primaria de Roma, ha dado gran cosecha de religiosos y clérigos ejemplares y doctos, que hoy día discurriendo por el obispado hacen gran provecho en las almas con su doctrina y ejemplos. Fue el señor Obispo su primer patrón, ofreció 50 ducados en cada un año para el servicio de su capilla y había determinado labrarla después a su costa y aun enterrarse en ella, por honrar este colegio en su muerte, como lo había hecho en su vida, mas fue tan temprana (poco más de tres años después que tomó la posesión de su iglesia), que cortó el hilo a todas estas esperanzas y dejó perpetua memoria en esta ciudad y eterno deseo en el corazón de todos los ciudadanos que hoy día veneran su nombre, pregonan sus limosnas y adoran su santidad; mayormente gran número de gente noble y honrada a quien sin hacer ostentación del bien que hacía en secreto, socorría su pobreza y los sustentaba conforme a su estado.

Sucediole en la silla y costumbre Don Francisco Pacheco de Córdoba, natural de ella y sobrino del señor Don Juan de Córdoba, fundador de este colegio, varón, gran doctor y santo y que siendo antes Obispo de Málaga en una gran peste que allí hubo el año de 1583, no contento con dar de limosna cuanta renta tenía, vendió su plata y ta //14v. picería y con el precio remedió a los pobres enfermos visitando él a menudo la ciudad por su misma persona, sirviose de la Compañía y favoreciola como su predecesor con amor y estima, muy como padre y amigo. Dio de limosna más de 4.300 ducados, que por demás de las que algunas veces hizo, mandó comenzar el retablo que hoy tiene la iglesia y ordenó en su testamento que se acabase a su gasto y porque saliese como ahora se goza, quiso que fuese de mano de Pablo Céspedes, racionero de su Iglesia Catedral, hombre docto en todas buenas letras y de tan insigne pincel como lo ha tenido España, o visto el cual, por el amor que siempre tuvo a la Compañía y estima de sus cosas sacó esta pintura de su mano tal que es honra de la ciudad, patria suya y estación de todos los forasteros del reino y de los extraños. Fue además de los dichos muy señalado bienhechor de este colegio el Padre Alonso de Molina, presbítero y discípulo del Padre Maestro Ávila, y por cuyo consejo siendo novicio de la Compañía se salió de ella, porque le dijo que fuera de la religión Nuestro Señor se servía más de él, como en efecto lo mostró, porque dejando aparte el santo empleo que en vida y muerte, hizo de toda su hacienda en socorro de pobres y religiosos. Las almas que por su industria se ofrecieron a Dios fueron muchas y este colegio le quedó en perpetua obligación como a uno de los más insignes benefactores, porque demás de las ordinarias limosnas de ropa de lienzo y lana, regalos para enfermos y dineros que con //15r. abundancia enviaba, dio por quince años continuos 50 ducados de renta para la fábrica de la iglesia, y ésta acabada hizo donación de los 700 ducados de principal y en su muerte dejó por heredero al colegio del resto de su hacienda, que eran unas casas valor de 600 ducados y 3.500 empleados en censos. Persuadió a doña Beatriz de Góngora, señora muy noble y principal, cuya conciencia él gobernaba que aumentase con su hacienda este colegio, pues se aumentaría con ella la gloria de Nuestro Señor y bien de las almas, única empresa de los que se crían en él. Dejole 7.000 ducados que ella valía. Acabó también su hermano Francisco de Molina, que dejase a la Compañía el remanente de sus bienes, que llegaron a 3.000 ducados y con estas y otras limosnas que se juntaron, se compraron entonces el año de 1583 unas tierras de sementera que tienen en el pago que llaman la Guijarrosa, término de la Rambla, grande y rica villa, jurisdicción de Córdoba y distante de ella cinco leguas. Murió este santo varón el año de 1595, y así por ser él de tan conocida santidad, como por serlo también la obligación y deuda de amor y agradecimiento en que le estaba la Compañía, le enterró en su templo y en la misma sepultura de los de casa y al nono día celebró sus exequias y predicó en ellas el Padre Cristóbal Méndez, Provincial, honrando sus virtudes y escribiéndolas en la memoria de todos los que le oían. Tiene su debido lugar en esta historia y en la memoria y agradecimiento de la Compañía y oraciones de todos los suyos. Doña Francisca de Córdoba fundadora del colegio de Écija y particular bienhechora de este de Córdoba, porque demás de las //15v. continuas dádivas con que siempre ayudó la fábrica de la iglesia y sustento de los de casa, les hizo donación de 300 ducados de renta por 4.200 de principal y para acabar los retablos de los dos altares de la capilla mayor ofreció 300 ducados.

Entra en este mismo número el Doctor Pedro Fernández de Inquinina, médico noble y de gran fama en esta ciudad, el cual dejó a su hija doña María Velasco, mujer de Pedro

de Medina Velasco por herencia y a falta de legítimos sucesores, a este colegio y no los habiendo tenido entró la Compañía en su lugar, y la dicha doña María Velasco aunque en vida jamás trató con los nuestros no contenta con haber observado sin menoscabo las posesiones y otros 4.000 ducados que de su padre recibió con la carga, que he dicho, y pudiendo en muerte hacer su testamento de otra manera a persuasión de sus deudos que pretendían cierto derecho (sobre que después se trajo pleito en la Chancillería de Granada y se convinieron con la Compañía quitando ciertas obligaciones, que el doctor había impuesto sobre su manda), ella nos dejó por herederos universales de la hacienda de su padre, que pagados los acreedores quedó en 6.000 ducados y más de otras 360 que de nuevo añadió de la suya. Si se pondera el ánimo y la liberalidad con que Pedro Rodríguez de Córdoba y su mujer Beatriz Gutiérrez han acudido en vida y muerte con sus limosnas a este colegio, a muchos deben ser preferidos porque últimamente le donaron entre vivos todo lo que poseían 320 ducados de renta, reservando el usufructo de ellos por sus obras y de sus hijas María de Santisteban, Constancia Rodríguez y Esperanza de Santisteban, que con voto de virginidad consagraron a Dios sus cuerpos y sus manos en perpetua labor de bordados //16r. para la iglesia, cuya obra se estima hasta hoy en más de 2.000 ducados.

No es justo pasar en silencio el nombre de Victoria de Santís, monja en el convento de Santa María de Gracia, de esta ciudad, de obediencia al Obispo aunque con regla de San Benito y orden del Císter, por cuya diligencia su padre nombró a este colegio por heredero igualmente como uno de sus hijos: y le dejó de parte 4.000 ducados y entre ella y otra hermana suya añadieron 800.

Dejo de contar otros muchos bienhechores, cuyos nombres y limosnas, aunque aquí no se escriban, están escritos en el libro de la vida y a cuenta de Nuestro Señor, por quien ellos nos hicieron bien el pagarlos. Y han sido bien menester la caridad y limosnas que hemos referido para sustentar los grandes gastos, que en este colegio, como en el primero y mayor de la provincia se han hecho en el sustento de los estudiantes que en él solamente se criaron hasta el año 1584, en el cual se pusieron en el de Sevilla estudio de Teología; llegó a tener de más de los criados de servicio de casa y campo noventa y más moradores.

## CAPÍTULO IX

## DEL INSIGNE TEMPLO QUE EN ESTE COLEGIO TIENE LA COMPAÑÍA Y TODO LO QUE ACERCA DE ÉL HA SUCEDIDO.

Demás de esto han sido insignes las limosnas que para el edificio del templo de la Compañía se han hecho, cuya memoria durará a par de las piedras, que en él se puso de la liberalidad de esta ciudad y sus ciudadanos. Dio el Cabildo en su principio 1.000 escudos, 500 los mercaderes y entre los particulares más de 24.000, que se fueron cobrando desde el año 1564 que se comenzó hasta el de 88, que tantos duró su labor interrumpida por algunos años. Púsose la primera piedra el día de //16v. santa Caterina Virgen y Mártir, 25 de noviembre de 1564, de donde quedó con el nombre y título que hoy tiene. Púsola Don Cristóbal de Rojas Sandoval, Obispo de Córdoba, acompañado de

los dos Cabildos, seglar y eclesiástico, predicó en casa el señor Don Pedro de Córdoba, hijo del señor de Guadalcázar, y al mismo tiempo en las escuelas uno de la Compañía, por haber sido el concurso de gente tan grande que ni la anchura de la iglesia y claustro, ni la excelencia y voz del predicador pudo bastarle. Bendijo el nuevo templo el Obispo Don Francisco Pacheco de Córdoba el año de 1589, principio de enero y a los trece del día de los reyes se trasladó el Santísimo Sacramento con igual pompa y regocijo de todo el pueblo. El día siguiente dijo la primera misa el Obispo y predicó a la mayor y publicó un jubileo plenísimo que la Santidad de Gregorio XIII concedió a todos los que visitasen la iglesia, por los ocho días primeros en que con justa literaria y varios sermones y extraordinaria frecuencia de sacramentos se celebró la dedicación.

A pocos meses después que el Santísimo Sacramento se trasladó a la iglesia nueva, se vio en grande peligro de arruinarse con una recia tempestad que se levantó a los 21 de septiembre del año 1589, moviose aquella tarde un viento de la parte de levante que declinaba a mediodía, levantó nubes, las cuales descargaron en agua con algunos truenos y relámpagos hasta las diez de la noche; avivó en este tiempo el viento con tanta furia, que sacudía los edificios. Rompíanse las nubes con tan espantosos truenos y abríanse tan horribles relámpagos, y tan continuados, como si lloviera fuego, siguiose un temblor de tierra que estremeció los edificios, cayó gran golpe de agua y piedra muy gruesa, el viento era tan furioso, que barrió los tejados, voló las tejas //17r. vidrieras de los templos, algunas torres, humeros, chapiteles y campanas, abrió puertas y ventanas, quebrando cerrojos de hierro gruesos y fuertes, derribó casas, arrancó de raíces los árboles y llevolos por el aire largo trecho, el agua y piedra fue tanta que hizo gran daño en las huertas, en las plantas y en los animales, de los cuales mató muchos y el día siguiente se trajeron a cargas los conejos que vinieron a valer a seis y a cuatro maravedís, los ganados se venían a guarecer a los caseríos y cortijos sin poder detenerlos pastores, los perros, las gallinas y otros animales caseros y domésticos, se venían a los aposentos donde había gente para ampararse de ella, vaciáronse bodegas de vino y aceite y fue tan grande el daño del campo y ciudad, que se apreció en más de 300.000 ducados, viose de lejos un grandísimo fuego sobre toda la ciudad tan cerca de los techos que por encima de él se parecía el cielo claro y estrellado, oyéronse voces y gritos por el aire y otras cosas semejantes que si no era por mano de ángeles o demonios era imposible hacerse. Cupó a nuestro templo no pequeña parte del daño de esta borrasca, porque se llevó la torre de las campanas del reloj y dio con ellas sobre la bóveda primera de la iglesia y la cortó en redondo y todo junto vino al suelo y rompió una sepultura gruesa y en ella se enterraron las campanas hechas pedazos. Lastimó mucho este acontecimiento a toda la ciudad, la cual con su acostumbrada largueza y liberalidad acudió a su reparo con más de //17v. 1.500 ducados que particulares de ella ofrecieron y con ello se restituyó el templo a su primera hermosura, quedando los nuestros con nuevas prendas de la mucha voluntad que siempre ha tenido esta ciudad y con más particular obligación de acordarse de ella en sus oraciones y sacrificios.

## CAPÍTULO X
## DE LOS PRINCIPIOS DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE SEVILLA A DONDE SUCEDIÓ LA CASA PROFESA.

Habiéndose dado asiento a las cosas del colegio de Córdoba, principio de enero de 1554, que era el trece del gobierno de nuestro Venerable Padre Ignacio y el segundo de la entrada de los nuestros en aquella ciudad, poco después por mayo del mismo año abrió puerta Nuestro Señor a la fundación del de Sevilla, que aunque de muy pequeños principios y combatido de muchas tempestades avivó al fin al estado que hoy tiene con igual gloria de Dios Nuestro Señor y bien de tan rica y poderosa ciudad, noble por antigüedad de fundación y potencia de sus moradores y conocida en el mundo por el comercio y trato de varias naciones, aun mucho antes que los romanos enseñorearan a España y la hicieran de ella colonia suya con nombre y título honroso de su primer Rey fundador Rómulo, porque como escogió su Majestad los soldados de esta nueva Compañía en tiempo que se levan //18r. taban nuevos escuadrones de enemigos de la fe, para que con su doctrina y ejemplo le hiciesen rostro y la estableciesen con su sangre cuando la ocasión obligase. Quiso en ésta darle asiento en Sevilla, donde algunos herejes minaban de secreto la enseñanza cristiana con tanto ardid, que ardiendo en fuego de herejías gran parte de gente noble y honrada en hábito y profesión y letras y santidad aun no lo sentían. Sirviose Nuestro Señor para su traza de un medio fácil y suave, como son todos los de su divina providencia.

Había en Salamanca un mancebo natural de Sevilla, hijo de padres honrados y ricos, de nombre Alonso de Ávila, y él por su persona, ingenio y letras tan estimado, que acabados sus estudios la universidad le había señalado por uno de los conciliarios de su claustro, al abrir de las esperanzas que la fama del letrado valor y prudencia le prometían, buen suceso de pretensiones, oyó la voz del Señor y dio el nombre a la milicia de Jesucristo, entrando en su Compañía el año de 1550. Hicieron sentimiento sus padres y deseando mitigarlo con su presencia escribieron al Venerable Padre S. Ignacio pidiéndoselo, concediolo fácilmente como quien con luz del cielo ya veía interiormente la gran cosecha de tan pequeña sementera.

Partió de Salamanca con su orden el Padre Gonzalo González en compañía del Padre Basilio, que así se llamó después el Padre Alonso de Ávila, y llegados a Sevilla, no queriendo el Padre Basilio hospedarse en casa de su padre, pidieron limosna lo que restaba de la tarde y no habiendo juntado más que unos mendrugos de pan y alguna fruta y en dineros 10 maravedís, se cogieron a la noche al Hospital de Amor de Dios, y hallando cerradas las puertas pasaron la noche sobre unas piedras, porque sus estatutos vedaban abrirse a tales horas. El día siguiente avisado el padre de Basilio de su venida por uno de sus condiscípulos que en el hospital le había conocido, buscó los Padres y acogiolos a su casa //18v. con igual gozo y admiración de lo que en ambos resplandecía de virtud y perfección evangélica, con ésto acomodados ya de casa pudieron acudir a la salvación de las almas y empleo de su instituto y encomienda particular del venerable Padre S. Ignacio, que para este efecto lo enviaba. Comenzaron a hacer las pláticas espirituales en casa de Basilio, donde junto con los parientes concurrían amigos y otra mucha gente honrada, a quien traía la fuerza de sus palabras o la novedad convidaba. Era materia de sus conversaciones aborrecimiento de pecados, amor de Dios y enmien-

da de vidas, llenábanse los ojos con la modestia del semblante y personas, prendaban los corazones con la vanidad y eficacia de razones mejor obradas que dichas, esforzábanlos el espíritu, que los encendía en el pecho de aquellos santos varones y aunque con sencillas palabras prendían fuego en las almas. Dio él sus muestras en las obras porque muchos de los oyentes reformaron sus personas dando de mano a los trajes y galas y poniendo freno a la libertad de costumbres con tanto ejemplo de la ciudad, que para la mies que cada día les venía a las manos no tenían tiempo ni fuerza los dos obreros.

Dio Nuestro Señor en esta coyuntura un vivo y encendido deseo al Padre Francisco de Borja, que entonces era Comisario General en España, de enviar gente de la Compañía a Sevilla y de procurar que en ella se fundase un colegio, no le dejaba sosegar este cuidado, tanta era la solicitud y ansia de su ánimo y las veras con que de esto hablaba, tan grandes que los de la Compañía con quien él lo trataba, entendían que para ello tenía particular impulso e instinto del Señor, y después considerando el tiempo y el suceso se confirmaron más en ello. Para esto pues ordenó al Padre Juan Suárez (que a la sazón era Rector del Colegio de Salamanca y estaba bien enfermo), que fuese a Sevilla y buscara en ella alguna casa donde cupiese una docena de //19r. Padres y las alhajas que para ellos fuesen menester y que teniendo las cosas a punto le avisase, porque él mismo quería ir a dar principio a aquel colegio, por lo mucho que de él se prometía para servicio y gloria de Nuestro Señor; fue el Padre Juan Suárez, llegó a Sevilla en noviembre de este mismo año de 1554, presentose al provisor del Arzobispo que era el Licenciado Cervantes de Salazar (Cardenal después y Arzobispo de Tarragona), para tomar licencia de confesar y predicar pidiole las bulas y privilegios de la Sede Apostólica, mostróselas aunque en sencillo traslado sin otra autoridad ni firmeza de sello o registro. Convenciose con la prudencia y santidad que reconocía en el Padre, e informado bien del instituto de la Compañía quedole desde allí muy aficionado y devoto y fuele en adelante grande amigo y bienhechor de su Religión.

Con la licencia que tuvo el Padre Juan Suárez comenzó a confesar y predicar y visitar cárceles y hospitales, estando y durmiendo donde como a pobre le recogían, hacía las pláticas en retorno del hospedaje, administrábales los sacramentos y curaba los llagados y enfermos. Pasó muchos trabajos y falta de lo necesario para el sustento y reparo de su salud, cuya quiebra sólo Nuestro Señor con su acostumbrada misericordia no con otro regalo que con lo que por su amor padecía, y sanó el Padre con la fatiga de las enfermedades largas y envejecidas que cuando vino tenía. Supo Basilio como el Padre Juan Suárez estaba en Sevilla, dio aviso a su padre y él lo trajo a su casa, donde en compañía de los demás seguían la empresa de su instituto. Partió el Padre Francisco de Plasencia para Sevilla con el Padre Bartolomé de Bustamante (que después fue Segundo Provincial de Andalucía) y con el Padre Pablo Fernández, hombre de buenas letras y ejemplo de //19v. vida inculpada. Hospedáronse en casa de Francisco Fernández de Pineda, padre de Basilio, insigne bienhechor de la Compañía, y de allí pasó en breve el Padre Francisco a Sanlúcar y dio la vuelta a Sevilla donde halló luego al Padre Don Miguel de Torres, Provincial entonces de esta provincia. Juntos comenzaron a tratar de la fundación del colegio y a dar muestras de lo que su Religión profesaba. Estrenó el púlpito de la Catedral de Sevilla el Padre Francisco, y para gozarlo mejor aquellos señores y para que le gozase la muchedumbre de gente que no cabía, mudaron el púlpito a la puerta del coro de los canónigos y acabado el sermón lo volvieron a su lugar. Hicieron

reseña los compañeros en otras iglesias y comenzaron los ciudadanos a conocerlos y a fiarles sus almas, retirándose algunos a tratar con Dios a solas del remedio de ellas y las que se ganaron entonces fueron tantas y tan extraordinarias sus conversiones, que no se podía encubrir la mano y poder del Altísimo que por medio de sus ministros obraba en los corazones.

## CAPÍTULO XI

## CÓMO SE HICIERON ALGUNOS RECIBOS DE GENTE SEÑALADA Y DE LO QUE SUCEDIÓ EN ESTOS PRINCIPIOS.

Consagráronse algunos a su servicio en la Compañía y entre ellos uno que sería culpa olvidarlo el Padre Juan de Acebedo, hombre manso y humilde de corazón, insigne por letras en la Compañía y más por el menosprecio de sí mismo, en que fue dechado de varones perfectos. Era buen teólogo y predicador evangélico, pudiera seguir púlpito en provecho y aplauso de los oyentes de que muchas veces dio muestras y cogió fruto. De //20r. jolo todo por emplearse en la enseñanza de los mancebos, fundamento de la formación pública y que él escogió por único remedio para mejorar costumbres y desterrar vicios de la República. Fue Maestro de Retórica más de veinte años en las escuelas de Córdoba, Sevilla, Madrid; crió la juventud con tanta mansedumbre y gravedad que todos le amaban como Padre y respetaban como a maestro y juntamente aprendían letras de su doctrina y virtud de su ejemplo; llevó la palma en el siglo en saber juntar lo dulce con lo provechoso, hizo mil ensayos para hacer sabrosa la virtud a los mozos, y en estilo y nombre de comedias enseñó al pueblo a reconocer sus vicios en personas ajenas y remediarlos en las suyas propias, trocó los teatros en púlpitos y despidió a los hombres de sus representaciones más corregidos y contritos, que los excelentes predicadores de sus sermones; era el argumento y materia dada en las tragedias del mundo y los desastrados fines de su vanidad y era el fin de ellas no engañar de entretener el tiempo, sino desengañar las almas y remediarlas, no reír culpas (vicio común de los que en el mundo se usan) sino llorarlas. El intento del Padre y de la Compañía en hacerlas el mismo que de Cristo en sus parábolas y el que algunos Padres de la Iglesia Griega y Latina tuvieron en escribirlas y para el que ellas primero se inventaron; condenan los abusos del mundo y envolver en el gusto de la representación la aspereza de la reprehensión de sus costumbres, el remedio de sus vicios, el desengaño de sus errores. Salieron por este medio muchas almas del pecado, enmendaron la vida muchos y aun mudaron estado entrándose en religión y hoy día viven testigos en algunas de estas heroicas obras y de la gracia y santidad de su autor. //20v.

Estudiaba en la mortificación de sus pasiones, como otros en satisfacer a sus apetitos y teníalas tan a raya que jamás se vieron en él de ninguna manera primeros ímpetus; aborreció la honra de manera que aun ofrecida jamás la quiso admitir; raro ejemplo de honestidad y pureza de vida, persuadíala y amábala en los mancebos, por su industria hubieron muchos del siglo a la Religión para seguirle; hechura de la obediencia, tan a mano le tenía el suplicar para hacer de él lo que le parecía y tan lejos el de tener un parecer diferente. Mostró tan grande paciencia y magnanimidad en sufrir a los principios las libertades y demasías de algunos preceptores de Gramática, los cuales desver-

gonzadamente, procuraban desacreditar sus letras por el interés que perdían, oyendo sus discípulos a los maestros de la Compañía y con ser hombre tan aventajado en su facultad, nunca consentía ser alabado de nadie, haciendo cosas muy dignas de alabanzas, antes en sólo esto se mostraba severo y grave, siendo por el contrario muy honrador de otros y no permitiendo jamás que en su presencia deshonrase nadie la honra de alguno, aunque en materias muy leves. Era ya tiempo que los de la Compañía viviesen en Sevilla no como extraños, sino como vecinos y naturales y habíanse ellos portado de tal manera en ella que entre mucha gente grave y principal, que se les aficionó muy de veras uno fue Hernando Ponce de León, caballero de la ilustrísima familia de su nombre, el cual les ofreció sus casas principales y suntuosas, solicitando este negocio muy como suyo Francisco Fernández de Pineda, padre de Basilio, por cuya industria se hicieron las casas de alhajas y menajes necesarios. Cuando esto supo el Padre Francisco, sintiolo mucho y aun reprendió al padre Juan Suárez, superior entonces de los Padres que en Sevilla estaban, pareciéndole que para el número que había y pobreza que ellos profesaban, era sobrada la grandeza y edificio de las casas, deseaba él lo que raras veces se alcanza de los hombres que tan //21r. desnudos estuviesen los de la Compañía de todas las cosas humanas que los que los hubiesen de tratar, no tuviesen en qué poner los ojos, sino sólo en la virtud. Duraron pocos días en estas casas y de ella se pasaron a otra menos acomodada frente a Santa María de Gracia, Monasterio de monjas de la Orden de Santo Domingo, donde residieron como tres años y medio, pagando Francisco Fernández de Pineda 200 ducados en cada un año de arrendamiento, pasaron mucha necesidad y pobreza los Padres en estos principios, así porque ellos con el deseo de padecer la disimulaban como porque aún no eran de la gente bien conocidos; mas del tiempo de la mayor falta no dejaba el Señor de socorrerlos. Un día entre otros siendo ya muy tarde, no había en casa pan, ni otra cosa para comer, ni dineros para comprarle y el mismo día habían llegado otros Padres que venían de fuera, siendo ya hora de tañer a la mesa, fuese el Padre Juan Suárez, que entonces era Rector al Padre Francisco y díjole la falta, que había en casa y preguntole si tañerían la campana para comer porque era ya hora, el Padre Francisco se recogió un poco y luego miró al Padre Rector y le dijo con un semblante alegre, tocad Padre una campana, pues hora de fiad de Dios.Al mismo punto que el Rector tocaba la campana llegó a la portería un escudero honrado de Doña Isabel Galindo, que traía consigo otro hombre cargado de una gran canasta cubierta, en la cual venía todo lo que era menester para la comida de todos los Padres, tan abundantemente que sobró para otros pobres, en sabiéndolo el Padre Francisco dijo: estas son limosnas que Dios Nuestro Señor nos da, para que aprendamos a confiar en él y sepamos que buscando nosotros su gloria, ninguna cosa, ni para el cuerpo ni para el alma nos faltará.

## CAPÍTULO XII

## DE LAS PERSECUCIONES QUE CONTRA LA COMPAÑÍA LEVANTARON ALGUNOS CLÉRIGOS HEREJES EN SEVILLA.

//21v. A la fama y experiencia de lo que Dios obraba por estos sus siervos, si bien la gente sencilla y deseosa de su salvación se les allegaba, no faltaban también maliciosos que con curiosidad los miraban y de secreto calumniaban sus obras y palabras.

Había en esta sazón en Sevilla un famoso heresiarca el Doctor Constantino, Canónigo de la Catedral de esta ciudad, hombre sagaz y mañoso en su trato, predicador de fama y que había seguido la corte del Emperador en las guerras de Alemania con los gajes de este oficio, de donde trajo el fuego que en Sevilla prendió, aventajado en donaire y gracia de lengua y con tanto crédito de doctrina y opinión de buena vida y costumbres que pudo fácilmente persuadir sus errores, no sólo al vulgo ignorante y mujeres sencillas, más aun de gente honrada y de cuenta y aun religiosa, los cuales ya tenían alianza y con la fe habían también dado de mano a la virtud y pureza de vida y admirábanse de la que veían en los de la Compañía, y midiendo con su flaqueza el brazo y misericordia del Señor, que en ella los sustentaba, persuadían al pueblo que era imposible y fingida y como a condenación de sus costumbres aborrecían las nuestras. Vendían al vulgo por verdades sus imaginaciones y cuántas el odio levantaba en sus corazones, tantas sembraban sus lenguas poniendo mácula en la doctrina de la Compañía y haciendo sospechosa la oración que enseñaba y los e//22r. jercicios en que se aprendía. Calificaba nuestro instituto por secta de herejes arrumbiados, mofaban de la modestia y buena compostura que en semblante y trato guardaban los Padres y persuadían que con artificio sacaban de quicio los rostros para traerlos macilentos y descoloridos y no dejaban piedra que no moviesen para desacreditar su nombre y fama.

Predicaba en esta sazón de los nuestros el Padre Baptista, varón apostólico de santidad y fuerza de espíritu, conocido en España de cuya vida y hechos hará justa memoria esta historia. Fueron grandes y maravillosas las conversiones que hizo de almas, que heridas de sus palabras en los sermones mudaron la vida y muchos los amigos que con esto y su santa conversación ganó para la Compañía, hombres de cuenta y muy calificados. Ofendía la luz de su doctrina la ceguedad y malicia de Constantino y de sus seguidores, y comenzaron a temer que a par de ella se descubriesen las tinieblas y su mala vida y con ella perdiesen el crédito y honra que tan a costa de la fe sustentaban, y de que se valían para los intereses de sus gustos y cumplimiento de sus antojos. No podían sufrir la buena opinión, que con el fruto de estos sermones y santas conversaciones de estos Padres cobraba la Compañía; porque hubo hombre principal y no menos vicioso que hacendado, el cual de una plática del Padre Gonzalo González, salió tan herido de Dios cual punto se resolvió de romper con sus vicios y él mis //22v. mo persuadió a ciertas mujeres con quien trataba se recogiesen a mejor vida, mejorando él primero la suya con la dirección de su confesor, comunicole a Nuestro Señor particular sentimiento de la merced, que por medio de los instrumentos había recibido de su mano y lleno de grandísimo gozo y justo agradecimiento fuese a gradas, donde es el mayor concurso de la ciudad, y a grandes voces comenzó a decir un encarecimiento escusado, que no era cristiano el que no trataba con los de la Compañía, hizo mal gusto a los envidiosos

este hecho y la buena fama, que con él ganaban los que ellos aborrecían, acordaron de oscurecerla con su autoridad y tomando la mano en esto, Constantino, subiose un día al púlpito y tratando el Evangelio de los falsos profesos (de que muchos envidiosos se han servido para perseguir los verdaderos), aunque debajo de cifras y artificios habló tan a la clara contra la Compañía y los que de ella se fiaban, que por todos aquellos días ninguna cosa se oía ni trataba en los corrillos y conversaciones del pueblo. Dijo entre otras cosas: *¿de dónde ha salido ahora la cantera de la nueva hipocresía, diréis que son humildes y lo parecen?; así que ¿os parecen humildes?, muy grandes ojos tenéis, aguda vista alcanzáis; es la humildad tamanita como podéis verla vosotros; asperezos os predican extraordinarias, andad, que ya ha dado la que de la ley, y así se deben tomar por armas perdidas* y de esta manera prosiguió con estas razones no menos sospechosas que escandalosas, con las cuales causó grande alboroto en el pueblo. Supo Constantino el escándalo que con su sermón había cau //23r. sado, y por disimularlo, y asegurarnos, escusolo diciendo que no habló por la Compañía y de secreto esforzó la voz para desacreditarla ayudándose de algunos religiosos amigos suyos y parciales de sus errores, uno de los cuales hizo predicando un largo discurso de muchos, que de buenos principios acabaron en malos fines, motejando tan a la clara a los Padres, que todos entendieron, por quién lo decía y aunque la desemejanza de la vida, era quien más le desesperaba a hacer guerra a la Compañía, tomó esta vez ocasión de que habiendo el Duque de Arcos venido a Sevilla a la muerte del señor Don Lorenzo, su tío, encomendó el sermón de honras al padre Baptista, lleváronlo y él y los suyos pesadamente, y aunque hicieron gran fuerza por quitárselo al Padre, nunca ésto se pudo acabar con el Duque al cual enfadó y lastimó mucho la desenvoltura de este religioso (que tan de antiguo heredaron los señores de esta casa la devoción con la sangre con que en todas ocasiones honrado y defendido, y cada día hacen merced a la Compañía), diole por su persona quejas al religioso, y él dio otras tantas excusas replicó él, que pues tenía satisfacción del instituto y profesión de los Padres y afirmaba no haber pretendido ofenderlos, ni aun acordándose de ellos en su sermón lo significase al pueblo, escandalizado respondió apurado con resolución, que había hecho su oficio hablando en general sin tocar a personas, que cada uno toman para sí lo que más al caso le hiciese. Mas pocos años después descubrió Nuestro Señor la envidia que él encubría con celo de la verdad, cuando fue preso y castigado por el Santo Oficio de la Inquisición. Cobraron a los enemigos y no ya por cifras como hasta aquí, sino quitada la máscara y muy al descubierto en todas conversaciones, tomaban por deporte mofar de los Padres y hacerlos odi //23v. osos a sus devotos; hacían donaire de sus personas y con chistes y cuentos hechos a mano y fingidos para su intento, daban materia a los ignorantes para hacer entretenimiento y risa de sus cosas, y últimamente atemorizaban a los más cuerdos con el peligro de lo que más estimaban, diciéndoles, que mirasen bien por su honra que estaban muy a riesgo de perderla tratando con hombres hipócritas, engañosos y que al fin el tiempo los descubriría por enemigos de la iglesia; y dado que en ello no viesen cosa por donde ellos mal les pareciese, que más cordura era jugar al seguro, ayudándose de los religiosos de otras ordenes autorizadas ya con antigüedad y común opinión del mundo, y no dejar lo cierto por lo dudoso, andando tras gente nueva y desconocida.

No dejaron de hacer mella estos golpes en los ánimos de muchos, a quien su sencillez y llaneza hacía creíbles estos dobleces y malicias cubiertas y disimuladas con traje y apariencia de celo de cuidado de su honra, cosa que tanto estiman los hombres, reti-

rábanse algunos de pisar los umbrales de nuestro colegio, y hurtábanse a las ocasiones de saludarnos en público, aun los que antes con más amistad nos trataban, otros más engañados tenían a los Padres por engañosos y como a gente sospechosa señalaban con el dedo. Cobraron a los enemigos y pareciéndoles que las cosas iban ya de manera, que muy a su salvo podían hacer suerte en los nuestros, tomó la mano un religioso de los que seguían la parcialidad de Constantino y quitado el rebozo con que los demás habían hablado, subiose al púlpito y con extraña libertad y ejemplo amonestó al pueblo, que huyesen de los religiosos de la Compañía, nombrándolos con palabras de risas y escarnios y afirmando que eran precursores de anticristo con tantas veras, que no quedó autor sagrado no profano a quien no hiciese testigo de su error, torciendo las palabras y trayendo //24r. las forzadas a sus sentidos y metido ya en cólera tanto se incendió que volviendo la plática contra los que nos trataban los llamó vulgo novelero, gente baja y enemigos descubiertos de la fe, cuya sinceridad ellos amancillaban, siguiendo gente cuyas costumbres tanto desdecían de ella, como las nuestras.

## CAPÍTULO XIII

## CÓMO LIBRÓ NUESTRO SEÑOR DE ESTA CALUMNIA A LOS NUESTROS Y DEL FIN QUE TUVO ESTE RELIGIOSO.

Los de la Compañía que hasta aquí ninguna otra respuesta habían dado a todas estas calumnias que humildad y silencio sin decir cosa alguna contra los que así los perseguían, antes excusando con modestia su incitación lastimados ya gravemente con este último golpe, como tan recio y sobre tantos y tan rigurosos, no pudo dejar de refrescarles y hacer de nuevo muy honda herida, determináronse de responder por si no para vengar su injuria, sino para manifestar su inocencia, mayormente siendo la calumnia de linaje que no sufre descuido y se aumenta sufriéndola y pide respuesta con fuerza y brevedad como enseñan los santos. El mismo día por la tarde el Padre Gonzalo González, que a la sazón era superior del Colegio, fue a verse con el Padre predicador y habiéndole saludado como es costumbre, le habló en esta forma: *Si en los que de nosotros usted Padre y otros dicen sólo corriera riesgo en nuestra honra, no era mucho la perdieran de ganar los que por huirla y seguir la humildad de Cristo se retiraron del siglo a la Religión, mas como va en esto la gloria de Dios, a quien la Compañía minó y nos obligó la profesión de religiosos, lastimarnos mucho el estorbo que a su aumento se pone con estas calumnias y escándalos de los flacos y el estrago que en las conciencias de los seglares hacen los disgustos y diferencias entre gente religiosa, pues autorizan con ellos sus odios y ene //24v. mistades. Si los que debajo de una misma bandera de Cristo militamos, volvemos las armas de su divina palabra contra nosotros mismos, qué podemos esperar sino que los enemigos, contra quien las habíamos de fugar se hagan atrevidos y alcancen la victoria, riéndose hasta de nuestra sangre y nosotros nos acabemos y se acaben con nosotros los que nos siguen. Si nos condenaran por viciosos, por ventura nuestras costumbres nos defendieran, pues son el mejor abono de la vida de cada uno, califica nuestra doctrina, no por lo que enseñamos, sino por lo que imaginan que hay de mal escondido en*

*ella o querrían que hubiese por la poca voluntad, con que miran nuestras cosas y la mucha pasión que las finge toda y a gusto de su calumnia, quitarnos la posesión de fieles, despojarnos del nombre de Católicos, publicarnos por enemigos de la virtud, de la fe de la iglesia y atreverse a pronunciar esta sentencia sin oír nuestra causa y sin examinar siquiera a los que injustamente tienen por culpados. Si huyen de nosotros como de herejes, qué defensa nos queda pues en el hereje, lo bueno y lo malo se tiene sin diferencia por sospechoso. Si en algo ha ofendido la Compañía a usted Padre hagamos cargo de ello que dispuestos estamos a dar toda satisfacción, mas si lo que yo entiendo de tan cristiano pecho como el de usted Padre no es interés particular, el que le mueva perseguirnos, sino celo del bien común y le desagradan nuestras costumbres, como a Padre y ministros del Evangelio de Cristo le oíremos de buena gana y de buena las enmendaremos y si acaso teme no seamos herejes de secreto y sembremos cizaña entre las mieses de Dios, examínense nuestras palabras, hágase pesquisa de nuestra doctrina, no quede diligencia que no se haga para apurar la verdad que espero en Dios nos ha de hallar libres de esa ponzoña, pues no dicen con ella predicar aborrecimiento y penitencia de pecados y frecuencia de sacramentos y reverenciar tanto la silla de San Pedro a quien por especial uso de obediencia se consagraron instituto //25r. y reconoce con más estrecha obligación por su cabeza, y del vicario de Cristo que en ella preside tenemos no una sino muchas y muy grandes aprobaciones de nuestra profesión, doctrina y costumbres, véase si justamente pueden tenerse por sospechosos en la fe los que esto profesan y esto enseñan si con más razón deben ser tenidos por tales. Los que como de herejes nos persiguen y aprovechándose del buen celo de usted Padre, con falsedades y calumnias ponen mácula en nuestro instituto y procuran desacreditar nuestra doctrina con el pueblo y desautorizar nuestras personas con tan manifiesto riesgo de su alma y daño de tantas otras en cuyo remedio y salud los de la Compañía nos empleamos, en manos de usted Padre pongo esta causa para que como tan religioso la juzgue y como quien tanta mano tiene para hacerlo defienda con los que se han escandalizado nuestra inocencia.* Oyó esto el religioso y ciego de la pasión respondió con mucha libertad, que no le agradaban novedades y habiendo hablado agria y pesadamente de las cosas de la Compañía concluyó con que él entendía ser gloria de Dios hacernos la resistencia que pudiese. Reportose un poco el Padre Gonzalo González y habiendo encomendado a Nuestro Señor la respuesta le dijo: *advierta usted Padre, que hay trueque y mudanza en las cosas humanas y podrá ser que algún tiempo tenga necesidad de los que ahora desprecia. Harto más seguro y honroso le sería mandar parecer y si no lo hiciese esté cierto que Dios defenderá nuestro partido y saldrá a la causa, pues es suya, y al fin como juez de vivos y muertos algún día juzgará la de entre ambos* y despidiose.

No cayó en vano esta amenaza suya sin duda con particular instinto del cielo. Porque muy pocos años después fue preso este //25v. religioso por la Inquisición y condenado por hereje en auto público en el cual predicó uno de la Compañía por orden de aquellos señores y le dispuso para recibir con paciencia el castigo. Portábanse con esta modestia los de la Compañía, fiados de Dios que les hacía sus agravios y descubrirían los engaños de sus perseguidores y los defendía de sus calumnias, como lo hizo entonces por medio de las personas más graves y calificadas que había en Sevilla, porque pri-

meramente el Licenciado Carpio y el Licenciado García, inquisidores en esta sazón del Santo Oficio de la ciudad y su distrito, hombres de grandes prendas y amigos de corazón de la Compañía tomaron el negocio por suyo como cosa tocante a su oficio lo intimaron, que cesase de hablar mal de la Compañía so pena, que se procedería contra él por vía de aquel santo tribunal si no obedecía. Púsole también freno el Licenciado Cervantes de Salazar de quien arriba dijimos, amenazándole que además de quitarle el púlpito le castigaría con otras penas de hecho y derecho. Salieron de más de estos a nuestra defensa los Padres Maestros Salas y Burgos, de la orden de Santo Domingo, hombres en aquel tiempo insignes en letras y en santidad y con la autoridad y mano, que con todos tenían en sermones públicos, en lecciones y conversaciones particulares acreditaron mucho a la Compañía y dieron muy honrado testimonio de sus cosas.

Duró casi un año esta borrasca hasta que con la ayuda de Nuestro Señor y buena diligencia de las personas tan grandes como dijimos, tras la noche de la adversidad comenzó a mostrarse claro el día del favor de su Majestad y se dio a conocer paternal providencia con que cuida de sus escogidos. //26r. Comenzaron los Padres a respirar de los trabajos pasados y a levantar la cabeza oprimida hasta este tiempo con tan largas y tan pesadas persecuciones, los amigos que en estas ocasiones o engañados o temerosos de los pronósticos de los herejes habían desfallecido de nuestra amistad y vuéltonos las espaldas volvían tan confusos de su poca firmeza como alegres de nuestra constancia y confirmados en su primera opinión con nuestra victoria. Y aun no faltaron de los enemigos y perseguidores, algunos que habiendo mirado mejor las cosas cobraron amor a los que antes aborrecían y lo conservaron en adelante como amigos muy fieles. Los demás quedaron corridos de ver cuanto más valor tenían los Padres para rebatir con su paciencia los golpes de sus asechanzas que atrevimiento ellos para combatirlos; y aunque de secreto procuraban nuestro daño disimulándolo en público y fingían respeto en lo de fuera teniendo arraigo en las entrañas el odio y menosprecio de nuestras cosas.

## CAPÍTULO XIV

## CÓMO SE DIO PRINCIPIO A LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE GRANADA Y DE LO SUCEDIDO EN ESTE TIEMPO.

Al tiempo que en Sevilla eran combatidos es //26v. ta tempestad, los de la Compañía, cuando la malicia de los herejes en particular y en público más esforzaban el odio y enemistad del vulgo ignorante contra sus cosas y personas, los ciudadanos de Granada despertados con la fama (que todo lo engrandece) y de las mejorías que en letras y virtud había recibido la ciudad de Córdoba por la industria de la Compañía y el mucho fruto que por este medio Nuestro Señor hacía en Sevilla; codiciosos de experimentar lo que otros les decían tomaron ocasión de hacerlo de la venida del Padre Diego de Santa Cruz en aquella ciudad, el cual a título de salud había sido enviado a ella por ser su patria en el año de 1554. Es esta ciudad grande y populosa no lejos de la famosa ciudad de Eliveri, de donde hoy día se llaman la sierra y calle Elvira, cabeza del reino que dicen de Granada, el cual está a la parte meridional del España y tiene al oriente el reino de Murcia, al mediodía el mar Mediterráneo, al occidente el Andalucía, al septemtrión la

Mancha y tierras comarcanas al reino de Toledo. Ennoblecida con los insignes tribunales de la Santa Inquisición y Chancillería Real, con Universidad y colegios y Capilla Real e Iglesia Metropolitana de aquel reino, a cuyo Arzobispo //27r. reconocen los Obispos de Guadix y Almería; y por tanto de gran concurso de naturales y forasteros y muy a propósito para los ministerios y ocupaciones en que se emplea la Compañía. Despertó pues al Padre Diego de Santa Cruz la mucha mies que aquí se podía coger para el cielo, y comenzó a tratar con un hermano suyo gran siervo de Dios que abriese camino para una tan grande obra como esta, dando sus casas para morada de los obreros del Señor pues con su ejemplo muchos otros se arrimarían a proseguir lo que él comenzase y a él como primero autor de tan grande beneficio como a su patria haría, le reconocerían obligación perpetua sus ciudadanos y Dios le haría parte de los merecimientos de tantas buenas obras, como por su medio allí se haría a mucha gloria suya y provecho de esta República. Persuadieron estas razones al siervo de Dios, de manera que él mismo se puso en camino y fue a Córdoba donde a la sazón estaba el Padre Doctor Miguel de Torres, Provincial del Andalucía, y habiéndole dado cuenta de lo concertado entre él y su hermano el Padre Diego de Santa Cruz, el Padre Provincial aceptó su ofrecimiento y envió luego a Granada al Padre Pedro Drabaro, varón espiritual manso, y callado de rara virtud y calificación, a quien el Padre Diego de Santa Cruz y su hermano hicieron donación de las casas que tenían en la calle Nueva, que antes se llamó de Avenamar, y él tomó las posesiones de ellos el año de 1564, y habiendo comenzado a ejercitar sus oficios visitando cárceles y hospitales con ayuda espiritual y aun temporal //27v. de los pobres presos y enfermos, y haciendo pláticas en las plazas y enseñando la doctrina cristiana por las calles (cosa muy nueva de esta ciudad), comenzó la gente a seguir a los Padres y hacerles mucha limosna, en especial un mercader rico y honrado, Antón de Jerez, les donó un censo de 50.000 maravedís, y otros particulares los acomodaron aunque pobremente de alhajas necesarias para la casa.

Tenía por este tiempo la silla arzobispal de la iglesia de esta ciudad Don Pedro Guerrero, uno de los más insignes prelados que en estos tiempos ha conocido la iglesia, tenido por hombre de gran santidad y de las mejores letras de España, de todo lo cual dio señalados testimonios en el Concilio Tridentino, donde fue estimado por gran hijo de la iglesia y oído y reverenciado su parecer con grande aplauso y aprobación de todos los Padres y varones doctos que allí se hallaron. Era de corazón aficionado a la virtud y apasionado factor de aquellos en cuya vida y hechos resplandecía, viendo este Santo Prelado el mucho fruto que hacía en sus cosas la Compañía y cuan sin interés se ocupaba en el bien de las almas cobroles un grande amor y afición, que se encargó de favorecerla y ampararla como un padre a sus hijos, socorríala en sus necesidades con muy largas limosnas, y en las persecuciones de algunos envidiosos (que nunca faltan a la santidad y virtud), con su autoridad y doctrina y era tanta esta estima que de ella tenía que las palabras ordinarias con que declaraba su parecer y sentimiento acerca de los ministros de ella eran diciendo *Castra Dei sunt istos*; estos son los reales de Dios con que en estos tiempos se ha servido su Majestad de hacer guerra al mundo, demonio y //28r. carne, estos los escuadrones con que hace rostro a las herejías y el ejército con que conquista la gentilidad para el cielo, con este favor y con

otros muchos que en particular y en público en sermones y conversaciones el Santo Arzobispo hacía de ordinario a los nuevos obreros de la viña del Señor, cobraron calor aquellos pequeños principios para lo mucho que después se aumentaron y la gente concibió tanta opinión de los Padres que de toda suerte concurrían a ellos mercaderes, oficiales, gente de pueblo y audiencia, caballeros y eclesiásticos y todos les fiaban sus almas y les pedían reformación y gobierno de sus conciencias.

## CAPÍTULO XV

## CÓMO SE PUSO LA CASA EN FORMA DE COLEGIO CON RECTOR Y OFICIALES Y COMENZÓ A PREDICAR EL PADRE BASILIO CON EXTRAORDINARIO FRUTO Y APLAUSO.

Estaban en esta ocasión en Granada seis de los nuestros, tres de ellos sacerdotes y tres hermanos, a quien poco después se añadió el Padre Alonso Ruiz, natural de Córdoba, hombre de grandes partes de virtud y letras y particular gracia para aficionar voluntades y llevar con gusto a los hombres por el camino de la salvación, fue después maestro de novicios de la casa Romana muchos años, y Provincial de aquella provincia donde volvio a España por Rector de este colegio, muy amado y estimado de todos por sus grandes virtudes y últimamente pasó a las Indias occidentales donde con sus heroicas obras, ha dado mucha gloria a Nuestro Señor y mucho lustre a la Compañía, enviole el Padre Francisco de Borja, Comisario General en España, pareciéndole a propósito para //28v. el trato de aquella ciudad, en la cual ocupó su talento con mucha gloria de Dios y provecho de los que a él se llegasen, y especialmente con gran satisfacción y consuelo del Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero, que siempre estaba a la mira de sus palabras y obras. De esta manera pasaron hasta julio del año siguiente de 1555 en el cual vino a esta ciudad el Padre Doctor Torres, Provincial del Andalucía, con el Padre Basilio de Ávila, nombrado por primero Rector del nuevo colegio, comenzó el Padre Basilio a ejercitar el oficio de rector dentro de la casa y fuera el de predicador apostólico, daba en el uno muestras de caridad fervorosa y profunda humildad, y en el otro del grande celo de la honra de Dios y salvación de las almas, y de la maravillosa fuerza de sus palabras, con la cual quebrantaba y rendía los corazones más obstinados y rebeldes y los hacía reconocer sus culpas y dejar los caminos errados y volverse muy de veras a Dios, seguíale toda suerte de gente a pendón herido, eclesiásticos y seglares, plebeyos y nobles y muy de ordinario el Santo Arzobispo y muchos religiosos admirados del raro talento que Nuestro Señor le había dado de púlpito, y llevados del caudal de espíritu que en sus palabras obraba. Predicaba también con el semblante como con ellas y era él de buen cuerpo, casi aguileño, ojos grandes y con Majestad, nariz algo larga y todo el rostro grave, y con una severidad tan agradable y devota, que muchas personas de consideración solían decir que les bastaba mirarle el rostro para quedar compuestos y con devoción, y que a veces no osaban mirarle ni aun ponerse delante //29r. de él por la reverencia que le tenían y por la nueva opinión de su santidad y pureza. Tenía voz grande y un grito sonoro, un abrir de brazos y levantar los ojos al cielo con tanta fuerza y sentimiento, que parecía hacer temblar las columnas de la iglesia y abrazar los corazo-

nes. Baste por testimonio de la dicha lo que aun muerto el Padre Basilio le aconteció a un caballero muy principal de Antequera mirando su calavera en Granada, donde para memoria de lo que fue este varón apostólico y de lo que todos hemos de ser, la tenían los Padres de aquel colegio puesta en lugar decente en su librería. Entrando en ella este caballero preguntó de quien era la calavera y habiéndole respondido, que del Padre Basilio, elevose mirándola y perdido el aliento cayó desmayado en el suelo; mas vuelto en sí con algunos remedios fáciles después de un cuarto de hora, dijo a los que de casa le acompañaban: *Padres no es este desmayo falta de ánimo, sino obra de admiración y asombro de ver aquella boca de ángel por donde salían llamas y fuego del cielo, que abrasaba las almas con amor de Dios y las derretía en lágrimas de penitencia, y que me encendió esta mía y me dio a entender lo que yo era.* Decíase comúnmente que de él era obra San Juan Crisóstomo en el púlpito, mas era sobre todo esto tan humilde, que teniendo tantas letras y tan conocida prudencia con su razonar, y siendo superior del colegio, con todo eso las vísperas de sermón en la noche hacía, que nadie faltase a la mesa y en ella les repetía cuanto el día siguiente pensaba decir, dadas las gracias, íbase con los Padres al lugar de la recreación y les pedía le admitiesen lo que cada uno hubiese notado en las cosas y palabras o en el modo de decirlas con toda sencillez y verdad, y conforme le aconsejaban quitaba o ponía o enmendaba y corregía lo que //29v. por parecer de ellos juzgaba ser conveniente con tanta humildad y rendimiento, como si fuera un novicio de pocos días, después dábales las gracias por los buenos avisos que de ellos había recibido; ni se desdeñaba otras veces de comunicar su sermón con un hermano lego y novicio, aunque hombre espiritual y de grande oración, holgándose de ser enseñado de todos, y de aquellos más, que más trataban con Dios y por eso tenían más luz y mayor enseñanza del cielo, ejemplos, que si muchos imitasen harían menos hierros y más provecho en las almas con igual seguridad y merecimiento suyo.

## CAPÍTULO XVI

### DE LA MUDANZA DE VIDA QUE ALGUNOS VARONES SEÑALADOS HICIERON EN ESTE TIEMPO CON LOS SERMONES DEL PADRE BASILIO.

Cuanto más el Padre Basilio se deshacía humillándose, tanto mayores cosas Dios hacía por él, y tanto más poderosas eran sus palabras para herir corazones y aficionarlos a la virtud. Trocó en otros varones a muchos hombres señalados y trájolos al mundo de la Religión, donde se hicieron instrumentos idóneos para sacar muchas almas de pecado y ponerlas en estado de salvación, y aunque en otras Religiones entraron en este tiempo muchos hombres de consideración tocados de la mano del Señor por medio de los sermones del Padre Basilio. A la Compañía cupieron algunos sujetos insignes en lo que luce en los ojos del mundo y que vale para el servicio y honra de Dios. El primero fue el Padre Doctor Madrid, natural de Vejer de la Miel, una de las dos antiguas me //30r. larias junto del estrecho de Gibraltar en el océano, Diócesis de Cádiz, hijo de padres ricos y nobles, hombre consumado en letras y que por ellas alcanzó beca en el colegio de San Bartolomé de Salamanca y entonces leía Cátedra de Teología en la Universidad

de Granada y era capellán del Rey en la Capilla Real de esta misma ciudad; llamole Dios para honrarle en su casa y hacerle uno de los grandes de ella, y para hacer gente para el cielo y acreditar con sus buenas prendas la nueva Religión que fundaba en su iglesia, fue varón santo, celoso de la honra de Dios y gran despreciador de la suya. Poco después de recibido en la Compañía, hizo gran prueba de su humildad y obediencia porque mandándole el superior que fuese en cuerpo a la plaza e hinchase un barnero de agua en la fuente, él le obedeció con toda prisa y anduvo por todas aquellas calles y plazas, donde poco antes paseaba con grande autoridad y acompañamiento de criados, con tanta modestia y desprecio de sí mismo que algunos ignorantes tomaron ocasión de pensar y decir que se había tornado loco, y aún no faltaron más atrevidos que mirando el hecho con ojos de carne y calificándola por locura con razones humanas, al fin como hombres, sin gusto ni conocimiento después reían y se burlaban de él con palabras a sus oídos y en su presencia. Todo lo cual llevó al Santo Novicio con tanta paz y alegría de su alma, con tanta modestia y humildad y semblante que bastó para reportar y poner arrepentimiento a los descomedidos. Ensayose en esta ocasión para la que en Córdoba le esperaba, donde yendo un día a predicar a la iglesia de Santiago pasando por la plaza de San Pedro, cuyo púlpito esperaba aquel día al Padre Doctor Juan de la Plaza, entendieron él y su compañía que era la de Santiago, por quien ellos habían preguntado a los que encontraban y les habían respondido que adelante le hallarían, quisieron entrar //30v. en ella mas estaba tan llena de gente que fue necesario apellidar los que le acompañaban, que era el predicador para que le hiciesen lugar, y con mucho trabajo por encima de un banco pudieron pasar hasta la sacristía, donde un clérigo le preguntó si venía a predicar, y él le respondió que sí y mirole el clérigo después la cabeza y viéndole flaco y macilento de rostro, la sotana vieja y muy corta, juzgándole por aquella presencia exterior le replicó nosotros esperamos al Padre Plaza, como viene usted reverendo a predicar habíale salteado en el camino la vanagloria, representando que ya su fama debía de haberse publicado por la ciudad pues había concurrido tanta gente al sermón. Mas con la respuesta del clérigo desengañado ya de este pensamiento preguntó de quién era aquella iglesia y diciéndole que de San Pedro con rara igualdad de camino y sin trocar semblante bajó los ojos y dando en lo secreto de su alma gracias a Nuestro Señor por la merced que le hacía, se salió de la sacristía y atravesó por medio de la iglesia, por donde poco antes había sido recibido con tanto aplauso, y pasó a la de Santiago con particular alegría de verse despreciado por Jesucristo. Pruebas son estas que no las hace Dios sino en aquellos que cría para grandes cosas, a quien para engolosinarlos al trabajo de la mortificación y hacerlos a la imitación de Jesucristo, su hijo, les da gusto en el padecer. Mas aunque esta vez quiso su Majestad que su siervo pasase a la estima del vulgo ignorante por lámpara desechada; poco después fue puesto sobre el blandón como antorcha resplandeciente y dio tanta luz en la iglesia con su doctrina que pocos le igualaron en nuestro siglo, y con el sermón que luego predicó en la iglesia de Santiago ganó grande nombre galardonando honra de su humildad, con la mucha gracia y fuerza de espíritu que aquel día le comunicó el merecimiento de su grande humildad, logró su talento la sazón que le duró la vida en muchos lugares de Andalucía y reino de Toledo, con igual admiración //31r. y provecho de los oyentes. Mayormente en Sevilla donde la malicia de Constantino Exidio habían sembrado la cizaña de las herejías entre

las mieses del Señor, y redujo a muchos en sus sermones al conocimiento de sus errores y de la fe verdadera de Jesucristo y obediencia de la Santa Iglesia. Oíanle muy de ordinario los señores inquisidores en forma de tribunal y solía decir uno de ellos el Licenciado Gasca, hombre de mucho valor y gran seso cuando le oía: A Padre Madrid; por nuestro mal te perderemos cuando te perdamos tanta fue la ayuda que aquel santo tribunal halló en su doctrina para remedio de los herrados y tan grande el servicio que a Dios hacía en la conversión de las almas. Tenía grande aborrecimiento al pecado y muy tierna compasión de los pecadores, a los cuales hería con vivas razones envueltas en tantas lágrimas y con palabras tan llenas de amor y ternura junto con una voz tan dulce, compasiva que sin sentir les penetraba los corazones, regalaba su dureza y aun parecía enternecer las piedras, tal vez hubo en Sevilla que con sólo con mirar de ojos rasgados en lágrimas hizo tal efecto en almas endurecidas en sus pecados cual nunca se ha visto. Trajeron a su sermón más de cincuenta mujeres de las que junto con la honestidad pierden la vergüenza a Dios y a las gentes y están vendidas al antojo del vulgo. Mandolas poner cercadas al púlpito sin que con ellas se mezclasen mujeres de otro jaez, subió a predicar su sermón //31v. y fijando en ellas los ojos comenzó a mirarlas todas y cada una de por sí con un semblante tan tierno y tan doloroso que bastaba romper unas peñas, díjoles, *venía yo por esas calles mirando a cada uno en su oficio buscando por medio de la comida, y vosotras ¿qué oficio tenéis en la República y de qué vivís en ella?, ¿de ofender a Dios? ¿de ofender a Dios?*, diole Nuestro Señor tan vivo y tan extraño sentimiento de la predicación de aquellas almas que sin poder hallar ni una sola palabra comenzaron sus ojos a destilar como fuentes hilo a hilo, lágrimas en medio de un profundo silencio suyo y de los oyentes; el cual por un buen espacio no se interrumpió sino con algunos tiernos suspiros que la fuerza del dolor levantaba del santo predicador. Consideraba aquellas almas que habían sido por lo menos en el bautismo templo del espíritu santo hechas establos de mil abominaciones. Lastimábase de ver hechas esclavas del demonio las que habían sido rescatadas por la sangre de Jesucristo. Asombrábale la fealdad del pecado y el estrago que en aquella hacienda de Dios había hecho y acrecentaba su dolor la insensibilidad de aquellas miserables, que estando hechas harneros no sentían las heridas de que morían ni les atemorizaba el sepulcro del infierno que tenían abierto entre sus ojos, volvíase algunas veces a Dios y con voces mudas de su corazón le decía: *Señor y Padre nuestro reconoced estas almas que aunque malas y desleales hijas son vuestras, bien que por sus traiciones han perdido este nombre, vuestra sangre os costaron ardid las fuentes de vuestra misericordia dad lugar a las corrientes de vuestra divina* //32r. *clemencia para que llegue y regale la obstinación de otros corazones hasta que conozcan sus hierros, y con la penitencia alcancen de vos el perdón de sus pecados.* Estuvo el auditorio suspenso por un gran rato por este espectáculo hasta que dando lugar la admiración al sentimiento, las mujeres de quien él se dolía comenzaron a dolerse y derramar muchas lágrimas, las cuales acompañaron a los oyentes que era gran número con las suyas, y todos levantaron grande alarido hasta que obrando la mano de Dios en aquellas mujeres, por medio de las oraciones y lágrimas de su predicador ellas se convirtieron y él se bajó del púlpito sin haber hablado palabra dando mil gracias a Nuestro Señor por la medicina, que había puesto en almas tan desesperadas de su remedio. No era nuevo en este sentimiento por-

que se lo había dado Nuestro Señor, tan grande de lo que es un pecado mortal y tan fuerte aborrecimiento de él, que no podía tratar ni oír hablar de él sin que oyendo su nombre no se le alborotase el corazón y los ojos derramasen mucha abundancia de lágrimas, tanto era el amor de Dios, que poseía su alma, tanto era el dolor que recibía no sólo con sus ofensas mas aún con la imaginación sola de ellas. Era grande su devoción, extremada su obediencia, aun para rezar las horas pedía licencia para gozar el mérito de ellas. Incansable en el trabajo de buscar almas para su criador y perfecto en todas las virtudes. Guardole Dios milagrosamente de algunos peligros, especialmente una vez, que habiéndose salido a descansar un rato a orillas del mar con otro compañero descubrieron una celada de Moros, que había saltado en tierra, y viéndolos venir en su seguimiento el bendito Padre se puso en oración de rodillas y los ojos y manos levantadas al cielo suplicó a Nuestro Señor lo librase de aquel peligro. Oyó el Señor su devota oración y concedió lo que su siervo pedía, porque pasando junto a ellos los Moros no los //32v. vieron y ellos quedaron libres rindiendo a Nuestro Señor las gracias de tan señalada merced. El segundo de los que por las oraciones del Padre Basilio dejaron el siglo y entraron en la Compañía fue el Padre Francisco de la Torre, cuya conversión decían en Granada que había sido la resurrección de Lázaro. Era hijo de padres muy honrados y poderosos grandemente y hacendados, y que sustentaban casa con gran prosperidad y pujanza de riqueza, aparato y criados; y criado él en mucho regalo y hecho a la libertad y señorío, que la sombra de dinero y bienes de esta vida traen consigo. Era Canónigo de la Catedral de Granada brioso, de natural amigo de Fausto, por extremo aficionado a la caza en la que gastaba mucho tiempo y hacienda, porque la seguía con tantos criados de pie y de caballo, con tantos perros y volatería como pudiera un hijo de un grande. Finalmente por esta y otras cosas semejantes era muy conocido de todos y andaba en los ojos de la ciudad, fue por esto su mudanza de vida y estado tanto de mayor ejemplo para todos cuanto menos pensaba de ninguno. Tocole Dios en los sermones del Padre Basilio y trocole de manera que con grandeza y valor de ánimo se desnudó de todo lo que poseía y esperaba poseer por seguir a Cristo desnudo, y abrazar la humildad y pobreza evangélica. Viéronle hecho pobre de espíritu y humilde de corazón pasear por las calles con vestidos viles, despreciados, y cual vez tras de un jumento cargado condenando la vanidad de su vida pasada, y haciendo llevadera la cruz de Cristo. Empleose muchos días en la residencia de Albaicín en el oficio de maestro de escuela, enseñando a escribir a los niños moriscos que a nuestra casa venían, con y cual consuelo suyo y edificación de la ciudad y provecho de la nación. Ejercitó después los ministerios del púlpito y confesionario, con fruto de aquellos con quien trataba, y ejercitole Nuestro Señor con grandes y pesadas //33r. enfermedades para acrecentar la Corona que le labraba en el cielo con los méritos de su paciencia, la cual recibió él saliendo de esta vida en febrero de 1582 tan gloriosa como habían sido los empleos de su santa vida por más de veintisiete años de religión.

Entró también por este tiempo en la Compañía otro mozo noble y galán, con no menos ejemplo y admiración que el pasado, llamábase Diego de Bracamonte, y era hijo de un Alcalde de Corte de aquella ciudad y después Fiscal del Consejo Real. Brioso y gallardo y muy entretenido en vanidades del mundo, en galas, en criados y caballos, en pascos y juegos; y tan lejos al parecer de todos de escoger tan estrecha manera de vida,

que cuando en ella le vieron apenas se les hacía creíble. Comenzó a tomar gusto de las cosas de Dios con la doctrina del Padre Basilio, y poco a poco, se fue desaficionando tanto a los placeres y ocupaciones del mundo, en que el gastaba su juventud que al fin les dio de mano y abrazó la Religión de la Compañía. Vivió en ella algunos años con gran consuelo y gusto de su alma en estado humilde de coadjutor, hasta que viendo los superiores las buenas partes y talentos que Nuestro Señor la había comunicado, juzgando de cuánto provecho podía ser a la iglesia, si el caudal de su natural añadiese letras y grado de sacerdote le ordenaron que se dispusiese para lo uno y lo otro, y habiéndolo alcanzado sirvió a la Compañía muchos años en el gobierno de ella con mucha prudencia, mansedumbre y humildad, y a la Religión Cristiana en la conversión de las Indias, en cuya historia se unen las heroicas virtudes, y la vida y mayormente de este maravilloso varón, como muestran los hechos y méritos, del Padre Licenciado Pedro //33v. Bernal, fruto también de los sermones del Padre Basilio entró entonces en la Compañía siendo abogado de fama en aquella Chancillería, y Catedrático de cánones en la universidad y después de esto Provincial del Andalucía. Estudiaba también en la universidad de Granada otro mancebo galán de corazón, conocido en la ciudad por su buen trato y conversación y particularmente por los trajes y aseo de su persona. Determinose oyendo los sermones del Padre Basilio de dejar el mundo y entrarse en Religión. No en la Compañía, porque como él era tan aficionado a las galas desagradábale mucho la pobreza y remiendos que veía en los de ella, escogió la Cartuja y despidiéndose para ir a tomar el hábito del Arzobispo Don Pedro Guerrero, él le persuadió que se recogiese primero por algunos días a hacer los ejercicios espirituales en la Compañía siquiera para enseñarse a tener en oración único alivio de la soledad y clausura. Resistió mucho, pero al fin instando el Arzobispo no pudo dejar de hacerlo. Meditando un día en el paso de la columna fue tanto el sentimiento que Nuestro Señor le dio de ver a Cristo desnudo, y tanta la confusión y vergüenza del cuidado y curiosidad que él ponía en los vestidos, que como si estuviera fuera de sí con el pensamiento de vengar la culpa pasada, se desnudó de todo punto y se entró así en el refectorio donde estaban los de casa comiendo y aun quería salirse por las calles de la ciudad si un Padre que acaso le vio a la puerta no le estorbara, lleváronle a su aposento temiendo que hubiese perdido el seso mas desengañados muy presto con la razón y pidió con ahínco le recibiesen por religioso en la Compañía. Recibido bien //34r. en ella dos años con ejemplo y fervor, que permitían estos principios y al cabo de ellos *consummatus in brevi* pasó de esta vida a la eterna. Cierro este número (aunque mucho mayor) con el recibo del Doctor Martínez, sobrino del Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero, Colegial Real y Catedrático de Filosofía en la misma universidad, el cual fue tan dado a la mortificación y desprecio de sí mismo y de toda la honra del mundo, que muy ordinario se ejercitaba en salir en público mal vestido y acarreando basura para cansarse en profunda humildad y hollar la honra vana, de joven se había dejado llevar en el siglo. Llegó este negocio a tanto que algunas personas graves reparando en ello pareciéndoles que tantos ejercicios humildes desdecían del punto y decoro de un sobrino del Arzobispo. Y con este buen celo advirtieron de ello a su tío, el cual luego que los oyó elevando las manos y ojos al cielo dijo: *Bendito sea Dios que así se quiere servir de cosas mías en su casa sin merecerle más ni yo*. Con esta respuesta quedaron los mensajeros igualmente confusos y satis-

fechos, y el Santo Prelado enseñó con esto su sentimiento y razones, que no hay oficio ni ocupación, que baja sea en la casa de Dios y que antes la nobleza mal empleada en libertades y vicios se debe tener en los hombres cuerdos y cristianos por ignonimia y bajeza.

## CAPÍTULO XVII

## DESOCÚPASE EL PADRE BASILIO DEL GOBIERNO DEL COLEGIO Y SUCEDE EN SU LUGAR EL PADRE DOCTOR PLAZA Y TRASLÁDASE LA CASA DE APROBACIÓN A GRANADA Y SUS EJERCICIOS.

Tan grandes eran los efectos y tan maravilloso el fruto de los sermones del Padre Basilio, y para que él pudiese proseguirlos con más descuido de las cosas de casa y más ayuda de tiempo y estudio y con algún alivio de su salud, apurada con tan continuos y provechosos trabajos, acordaron los superiores de desocuparlo del gobierno del colegio y en común dáronselo al Padre Doctor Juan de la Plaza, que a la sazón residía en Córdoba y tenía a su cargo la enseñanza de los novicios. Estaba entonces aquel colegio de Córdoba con más número de religiosos de los que podía sustentar según su posible. Porque además de ser único seminario de los estudios en la provincia, criábanse también allí los novicios de toda ella. Pareció necesario a los Padres trasladar la Aprobación a otra casa más descansada y de mayor quietud, para el recogimiento y ejercicios del noviciado. Tal les pareció el de Granada, que aunque con poca renta estaba a la sombra del Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero, el cual por su parte nos ayudaba con largas y ordinarias limosnas y despertaba con su ejemplo y amonestaciones a muchos de la ciudad para que nos ayudasen en otras. Determinaron mudar sitio buscando mayor anchura y capacidad, así para los que allí vivian como para los que esperaban. Hallose a propósito en dos pares de casas junto a la e[sic]mación y pasáronse a ellas poco después de cuaresma del año de 1556, pagan //35r. do el alquiler de ellas como hasta allí lo había hecho el Santo Arzobispo. En este tiempo partió de Andalucía para Portugal el Padre Doctor Miguel de Torres, Provincial, a instancia de la reina Doña Juana, abuela del Rey Don Sebastián, por su confesor y entró en su lugar el Padre Bartolomé de Bustamante, hombre prudente en el gobierno, santo en la vida, recto en las obras de nuestra mortificación, mucha oración, mucha devoción y digno ciertamente de que en esta historia hagamos particular mención de su santa vida y costumbre, como en su lugar lo haremos por no dejar ahora las cosas de este colegio pendientes tan en sus principios. Acomodadas las cosas, vino el Padre Doctor Plaza con el oficio de Rector y Maestro de novicios y trajo consigo la Probación a cuyo gobiernó comenzó a ayudarle el Padre Alonso Ruiz, hombre muy docto y muy espiritual. Fue la Aprobación de Granada la más lucida que jamás ha tenido la Compañía en esta provincia, en número y cualidad de novicios, muchas letras y mucha nobleza, con profunda humildad y admirable labor en la vida espiritual y ejercicio de las virtudes, extremada caridad y unión de las voluntades y en grados y personas desiguales maravillosa igualdad en los corazones y en el trato común de chicos y grandes y mayor en el estudio de la mortificación y rendimiento de las pasiones, rara puntualidad de obediencia, particularmente en el levantarse por las mañanas a dar gracias, a alabar a Dios en la oración, y tan fieles en ésta que a quien alguna obediencia o cualquiera otra necesidad forzosa le había quitado el lugar de la hora

común a todos de la mañana o la tenía en otras de aquel día o el día siguiente la pagaba doblada sin perdonarse plazo ninguno. La guarda del silencio con tanto rigor, sin haberlo de parte de los superiores en obligar a ello en penitencias, que a quien lo mira //35v. re con menos luz de la que entonces tenían, parecieran extremos inconsiderados. Fuera de los tiempos señalados de su oración no se hablaba palabra y para las cosas necesarias había quien (por ausencia del superior que esto hacía) servía como de lengua para decirlas, con tanto cuidado y gusto se portaban en esto que al cabo de la semana no se hablaba con palabra perdida, ni aun dicha fuera de confesión o con otra que con su maestro para ser regidos en sus costumbres. Tan azados eran entonces en lo que ahora los tibios somos tan pródigos, como si no fuesen los labios porteros del corazón y estuviese en este el calor y la vida espiritual, que por ellos a veces se entibia y a veces se apaga. Excusar los hierros mayormente reprehendidos, teníase por crimen de religión y acusarse de ellos en público dando licencia el superior por honra del estado que profesaban. Los vestidos más rotos y viles eran los más preciosos y apetecidos de todos, los oficios más bajos y humildes los más pedidos y mayor recibidos y con más alegría ejercitados: mortificaciones públicas y secretas muy ordinarias y hechas con grande fervor de espíritu y deseo de vencerse en las mayores dificultades, para hacer instrumentos idóneos de la conversión de las almas, en quien si bien valen las palabras mucho más obra el ejemplo de la vida imitadora de Cristo. La pureza de intención era tan amada y ejercitada en las obras, pretendiendo en todas ellas la mayor gloria de Dios y cumplimiento de su santísima voluntad, que para refrescar la memoria y despertar a todos que enderezasen sus obras y pensamientos a Dios, había señalado a quien después de la oración de la misa y de los demás ejercicios, en voz alta dijese examen y era como advertirle que mirasen con que intención habían hecho la obra pasada y la continuasen o corrigiesen //36r. en la que habían comenzado. No escribo la firmeza de la demás virtudes que en aquellos tiempos se usaron, porque de lo dicho se pudiera entender lo que se pudiera decir y aun excusará lo poco que de las otras escribo, si la razón no me obligara a dejar a los venideros algún ejemplo de los pasados. Por lo cual sólo referí aquí dos de los más señalados que en aquellos tiempos se vieron y en que bastantemente se podrá ver la sencillez y prontitud de la obediencia, el fervor y espíritu que en ellos había.

## CAPÍTULO XVIII

### EJEMPLOS DE LA OBEDIENCIA Y ORACIÓN DE ESTOS TIEMPOS.

Estando el Padre Bartolomé de Bustamante poco antes de que dejara el oficio de Provincial visitando el colegio de Granada, llegó un hermano a su aposento para hablarle, el Padre le dijo que por estar entonces precisamente ocupado se entretuviese un poco paseando en el corredor que luego lo llamaría. Cumplió el hermano su obediencia a la letra, saliose al corredor y comenzó a pasearse, tañeron al examen de la noche (que era tan tarde) y luego a acostarse, vino el visitador de las lumbres y pensando que por orden del Padre Provincial aguardaba cerró la puerta del corredor y dejolo. Él continuó su paseo con tanta sencillez y verdad de obediencia que no pudo el enemigo común del género humano disimular de coraje que contra él había concebido. Por este //36v. hecho apareciose a media noche el demonio visiblemente en figura de hermano,

que solía visitar a la noche y habiéndole preguntado qué hacía allí y por qué no se recogía a su celda y sin aguardar respuesta le maltrató de palabra y echando mano de él intentó arrojarlo por las barandas abajo, mas quiso Dios probar y no afligir a su siervo. No dio lugar al demonio para que hartase su ira, dejola al momento y queriendo el hermano satisfacerse volvió las espaldas, y siguiéndole él hasta la puerta del corredor se le desapareció de los ojos dejando (como antes también estaba) cerrada la puerta sin que el hermano pudiese ver ni entender por dónde había entrado o salido. No le causó turbación alguna en este caso, ni le mudó de propósito, antes perseverando en la intención con que se paseaba (que era el cumplimiento de la voluntad de Dios declarada por el superior). Perseveró también en pararse hasta la mañana sin pesadumbre del ánimo ni cansancio del cuerpo. Al amanecer abrió el Provincial la ventana de su celda que caía en el corredor y viendo pasar al hermano le preguntó qué hacía allí tan de mañana. Aguardo, respondió él, que vuestro reverendo me llame como anoche me lo mandó; acordose el Provincial y admirado de ver una obediencia tan puntual y perfecta recibiole en su celda con muestras de mucha caridad y benevolencia. Oyole despacio y pidiole cuenta de cómo había pasado la noche, refiriole él con grande simplicidad sin entender querer a embuste del demonio, antes echándolo a la mejor parte y dudando sólo había hecho con orden del superior, hizo información de este caso al Provincial y halló que en aquella hora estaban todos los de la casa recogidos en sus aposentos y en el //37r. reposo de la media noche y así se entendió que había sido invención y ensayo del demonio, que corroído de ver tan raro vencimiento y triunfo de obediencia en un hombre procuró quitarle si pudiera la palma de las manos, fatigándole y haciendo suertes en su paciencia. Tanto era el rendimiento de voluntad y juicio con que en aquellos tiempos se obedecía.

Poco antes habían dado algunos religiosos en Córdoba semejantes ejemplos, porque enviando el Rector dos hermanos al convento de Valparaiso de la Orden de San Jerónimo, tres millas de Córdoba en la Sierra Morena, mandó a uno de ellos que mientras el compañero negociaba le aguardase en lo llano, tardose aquel, pidiéndolo así los negocios hasta el día siguiente, pensando que su compañero se recogería al cerrarse la noche en la ciudad y daría razón de lo que pasaba al superior. Mas el otro cumpliendo con obediencia ciega lo que le había sido mandado, perseveró toda la noche en el campo descubierto al hielo del tiempo y escarcha de la mañana en el invierno, defendiéndole Nuestro Señor del daño que de la inclemencia del hielo pudiera recibir por los méritos de su maravillosa obediencia. Con la misma puntualidad y sujeción del atendimiento obedeció también otro hermano estudiante en el mismo tiempo y colegio, donde mandado del superior que fuese a tener oración delante del Santísimo Sacramento hasta que otra cosa le ordenasen, ello hizo así y olvidándose de enviarlo llamar pasó allí toda la noche, hasta que a la mañana del otro día advertido el superior le envió licencia para volver a sus ministerios. No era menor el don del cielo para la oración y contemplación que a muchos comunicaba Nuestro Señor, y el ansia que inducía con que aquellos religiosos se iban tras él para gozar de su divina presencia y amorosa conversación //37v. Señalose por este tiempo un hermano coadjutor en este santo ejercicio, que a los pequeños revela Dios los secretos que no alcanzan los sabios del mundo y a los humildes reparte con mayor colmo los regalos de su dulzura, tal era este hermano, llamábase Bernabé, hombre de rara virtud, amigo del trabajo y por extremo aborre-

cedor de la ociosidad. Seguro y prenda de la perseverancia en la virtud de los que en este estado sirven a Dios. Nadie le vio jamás ocioso, sino siempre orando o leyendo o contemplando o sirviendo, ocupose mucho tiempo en traer leña del monte con dos bestias para el gasto de la casa, tan incansablemente como si fuera un esclavo comprado y de hierro, tan alegremente como si cogiera flores e hiciera ramilletes en un fardo, que para quien lo uno y lo otro hace por amor de Dios y por sola voluntad suya, tanto monta. Era respetado y amado de los hombres del campo, que aunque rudos reconocieron en él buen hermano, más grandeza que la que su oficio y traje representaba. No deja detrás lucirse el sol, aunque debajo de las nubes, ni deja de mostrarse la gracia y santidad aunque entren viles vestidos y rústicos ejercicios, con esto hacía de un camino muchos mandados porque traía leña para casa y nuevos criados para la de Dios, exhortando a los labradores y leñadores con pláticas santas y palabras sencillas y devotos al dolor de sus pecados y a confesarlos, que puede a veces más aun en los ánimos muy altivos la humilde simplicidad para sujetarlos al yugo de la ley de Dios, que la vana sabiduría de los prudentes del mundo y si bien era Marta en la solicitud y cuidado de la vida activa y de los ejercicios de ella, también era María a los pies de Cristo, oyéndole y hablándole, porque en todos sus caminos y ocupaciones siempre lo tenía presente, no perdía rato que la obligación de su trabajo le diese, el cual no lo ocupase con Dios, ya en el campo, ya en casa, ya por los caminos //38r. con todo no le hartaban su sed estos tragos. Deseaba ocasión de beber sin taza de la fuente de la suavidad eterna, siquiera por algún buen espacio de tiempo. Quiso aprovecharse de tres días de fiesta que concurrieron juntos. Pidió licencia al superior para hacerlo con bendición y habiéndole alcanzado confesó y comulgó el primer día y oyó misa. Encerrose luego debajo del altar de una capilla dentro de la casa, pareciéndole que allí estaría con más quietud y los de la casa menos ocasionados (no viéndole) para sacarle de su reposo, y como quien toma el sueño a deseo después de un grande trabajo y cansancio o como quien fatigado de un gran sol en verano después de un largo y trabajoso camino en el fervor del día y fuerza del sol se halla a mano una fuente de agua clara y fría, con ansia se arroja y bebe sin razón como si nunca hubiese bebido en su vida, ni hubiera de tener ocasión en ella de beber otra vez. Bien así el bendito hermano se arrojó en el mar de los beneficios y misericordias del santo, y se entregó en el arrebato de una dulce contemplación y éxtasis soberano. Duró en ella tres días y tres noches continuas, sin comer ni beber ni sentir alguna otra necesidad corporal, ni ser visto ni sentido de alguno de casa. Echáronle de menos aquel mismo día que comenzó su oración, buscáronle para llamarle a la mesa, mas no pudiendo hallarle cada uno juzgaba su caso según el color de su voluntad que este toman de ordinario y con este salen los juicios del entendimiento a quien ella sirve, como dijo el sabio de hechicera. Sólo el superior, que tenía más prenda de la santidad del hermano, no permitió hacer más diligencias para buscarlo, ni se inquietó ni entendió que la causa de su ausencia fuese menos que muy santa y muy religiosa. Pasados tres días el hermano volvió en sí de su éxtasis al tiempo que el Maestro de //38v. Novicios se vestía para decir misa en aquella capilla donde él estaba. Sintiolo el ministro y avisó de ello al Maestro, el cual dijo que lo dejase. Hízolo así y acabada la misa el hermano salió con el corazón alegre y alentado sin muestra de sentimiento de alguna flaqueza natural y preguntó al Padre si habían tañido a examen de la mañana, que sólo aquella pensó el haber estado en aquel lugar y ser la del primero día que allí se escondió, disi-

muló el Padre y respondiole: vaya hermano que ya están comiendo, partiose de allí muy consolado y prosiguió en la Compañía los santos ejercicios que arriba dijimos por treinta años continuos que vivió en ella. Fue manso, humilde, agradable a Dios y a los hombres, obediente y caritativo. Deseoso de hacer bien a todos en todo cuanto podía y a sí mismo, recibió de Nuestro Señor en esta vida grandes mercedes y el don de la perseverancia en su santo servicio hasta la muerte, en la cual tuvo gran paz y serenidad de conciencia con mucho gozo de verse ya cercano a la vida de aquel Señor a quien con tanto amor había servido y de quien tantas prendas tenía para esperar la gloria, de que ya goza. En el mismo tiempo y en el mismo colegio de Granada, se puso de rodillas otro hermano novicio en un corredor a hacer el examen de su conciencia a la noche y tanto se le comunicó Nuestro Señor en él que allí le amaneció en oración. Hallole en ella el despertador de la mañana y admirado le preguntó qué hacía allí, respondiole bien ajeno de pensar que se hubiera pasado la noche, ¿han tañido a acostar?, a levantar han tañido, respondió el otro, levantose luego el hermano y con deseo de que no se publicase el favor que de Nuestro Señor había recibido, se recogió a su aposento.

## CAPÍTULO XIX

### MILAGROSA MUERTE DEL PADRE BASILIO Y DE LOS JUECES QUE ÉL EMPLAZÓ EN UNA OCASIÓN. //39r.

Y descargado ya el Padre Basilio del cuidado y gobierno de la casa, diose todo a la oración, de la cual salía grandemente encendido y fervoroso para ocuparse en el bien de las almas y tan sediento de su remedio, que no contento con el mucho fruto que hacía en Granada, determinó salir por los pueblos de la comarca, fue a la ciudad de Loja a instancia del Arzobispo, donde los días que allí estuvo fue como un rayo que todo lo abriga. Rindió mil corazones a Dios, reformó mil abusos, introdujo mejores costumbres, desmarañó conciencias, quitó muchas ocasiones de pecados y encendió en los hombres amor y deseo de las virtudes y finalmente dejó la ciudad tan trocada y tan aficionada a su santa doctrina, que hoy día duran los efectos de ella y la misericordia de su santidad y buen celo. De aquí pasó a Alhama, lugar conocido y nombrado en España y frecuentado de sus enfermos por la comodidad de los baños que en él hay y la opinión que siempre han tenido de saludables, confirmado con los buenos y nuevos que la experiencia y el tiempo han mostrado. La mañana que llegó hizo tañer a sermón y en el ínterin sentáronse a confesar él y su compañero. A su hora hizo un sermón con tanta fuerza y espíritu, que dejó asombrados y movidos a los oyentes. Bajose del púlpito y volviose al confesionario, donde prosiguió el oír penitentes hasta el mediodía y algo después, fuese poco a poco la gente y ellos quedáronse solos en la iglesia. Permitiendo Nuestro Señor que unos y otros los olvidasen y nadie les ofreciese ni aun un mendrugo //39v. de pan, despidiolos el sacristán y cerró su iglesia. Bajáronse ellos a orillas del río que corre junto al lugar y puestos a la sombra de un árbol comenzaron con gran consuelo y confianza en Nuestro Señor a rezar las horas y alabar a su Majestad. Era ya la hora de vísperas y los buenos obreros, aunque si bien necesitados de refrigerio, no se habían desayunado, cuando volviendo un poco la cabeza hacia el árbol vieron venir por entre los árboles un hombre de venerable edad y apacible semblante, el cual llegándose a ellos los salu-

dó cortésmente y amorosamente y les puso en las manos una cestilla y sin decirles otra palabra volvió las espaldas y nunca más apareció. Venían en la cestilla unos panecillos blancos y otras cosas de comer con que satisficieron su necesidad y dieron gracias a Dios, que tal providencia y todo paternal cuidado tuvo de ellos cuando todos los olvidaron. Detúvose aquí tres o cuatro días y habiendo hecho al lugar tanto bien, cuanto aun hoy celebran sus moradores, dio la vuelta a Granada.

Queríale Dios premiar en buena sus grandes trabajos y también logrados talentos en tan pocos años de edad. Ofreciole una ocasión de mucha gloria suya y para grande calificación de la santidad de su siervo; prendieron en aquellos días los Alcaldes de Corte, un hombre de quien se averiguó después ser religioso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, ya sacerdote y que había celebrado algunas veces misa en una casa de campo de uno de los jueces de su causa, condenáronle a muerte sin respeto a leyes divinas y humanas, rompiendo con los cánones sagrados, con las censuras y penas eclesiásticas, con las amonestaciones y consejos de per //40r. sonas graves y doctos, principalmente el Padre Basilio y el Padre Bustamante, Provincial de la Compañía, que en esta ocasión se hallaba en Granada, y tomaron este negocio pesadamente y como suyo, hablaron a los jueces, probándoles que no eran legítimos de la causa, favoreciéronse de los oficiales eclesiásticos, los cuales pusieron entre dicho en las iglesias y les apretaron con las penas del derecho a que largasen el preso, mas ninguna diligencia pudo acabar en ellos que lo hiciesen, antes añadiendo fuerza a fuerza y rigor a rigor sin dar lugar a que su prelado le degradase, como en los condenados a muerte y rebajados al brazo seglar lo vea la iglesia; lo sacaron de la cárcel para la horca en traje de un ganapan sin la túnica ni otra insignia de condenados, cargado de prisiones con muchos arcabuceros y ballesteros de guarda y un garrote a la garganta y el verdugo para él, para que si de la iglesia quisiesen salir algunos a defenderlo pudiese luego torcer el garrote y quitarle antes la vida, que los otros pudiesen quitárselo. Sintió Basilio el agravio que a la iglesia se hacía, como tan hijo de ella y viendo que el deshacerlo estando ya el atrevimiento de los jueces tan adelante no estaba en su mano, determinose a lo que podía aunque no sin riesgo de su persona; y saliendo de casa rompió por medio de la gente y arcabuceros para ayudar si quiera en aquel trance a morir bien al pobre religioso. Tenían la horca en una torre, donde llegando ya el Padre Basilio y bajando la cabeza para entrar, uno de los ministros de la justicia que la guardaban estuvo tan descomedido que le descargó un pescozón, con que le hizo arrodillar en el suelo; levantose el Padre sin ninguna turbación y con el rostro alegre le dijo, *perdonadme hermano que yo os perdono y ya que me habéis dado dejadme entrar.* Avergonzose //40v. el bárbaro de su desvergüenza y admirado de tan grande mansedumbre y paciencia le dio lugar a que entrase. Llegó a fin cerca de los ministros y ejecutores de la sentencia y con mucha libertad comenzó a reprehenderles, a mitigarles de nuevo las censuras en que incurrían, en el ínterin pudo el Padre Pedro Navarro, que le acompañaba aunque con dificultad, llegar a la horca y reconciliar al condenado, en quien luego se ejecutó la sentencia poniéndole en la horca, con extraño ruido y alboroto del pueblo y no menos gritería y voces de los ministros de la justicia. Abrazó el celo de la honra de Dios el corazón de Basilio y encendido de un nuevo espíritu de Elías a grandes clamores, la voz en vuelo, apellidó la justicia de Dios, hizo testigos a la tierra y cielo, a los Ángeles y a los hombres de tan indigno espectáculo y levantando los ojos al cielo con semblante y voz que parecían arrojar de sí lla-

mas y no sin particular impulso y fuerza del cielo, gritó y emplazó para delante del tribunal soberano, los jueces que sentenciaron. La causa para que junto con él pareciesen ante el mismo Dios, juez de vivos y muertos, a dar cuenta de tan enorme hecho, fue grande el asombro y temor que cayó en todo el pueblo y en los ministros de la justicia con estas razones y más con el ardor y extraordinaria fuerza de voz y espíritu con que las dijo, mas no se satisfizo con esto el celoso siervo de Dios, sino que el domingo siguiente predicando en la Iglesia Mayor, comenzó con sentimiento y lágrimas a admirarse que el templo y sacerdotes no estuviesen todos en aquel día cubiertos de luto, habiendo visto tan poco antes en la horca al ungido de Dios. Exageró el caso con palabras de mucha ponderación y volviéndose a los jueces dijo //41r. no ahorcasteis un hombre, a Cristo ahorcasteis, cuya persona y veces él tenía en la tierra, pues en ella no hay castigo que iguale vuestro delito y os cito y emplazo delante del juicio de Dios, donde ya mismo quien aquí fue consejero de la enmienda, allí será el fiscal de vuestro proceso. Cumplió Dios en el cielo lo que su siervo había puesto en la tierra. Pocos días después murió de su enfermedad el Padre Basilio y la misma noche partió de esta vida uno de los jueces, el principal autor de la condenación y muerte de aquel pobre religioso y poco después fue el segundo a dar cuanta a Dios, sólo el tercero escapó, el cual no había querido firmar la sentencia, y visto el suceso de los demás no se hartaba de dar gracias a Dios por la merced que le había hecho en este particular. No pasó en esto el castigo de Dios, también se extendió a sus casas y hijos y a sus ministros, porque sus casas y viviendas se perdieron y sus mujeres y hijos vivieron en tanta pobreza y miseria que de limosnas se sustentaban y los ministros que ejecutaron la sentencia casi todos murieron en breves días. Justo escarmiento de los que se atreven a la caza de Dios y a sus escogidos.

## CAPÍTULO XX

## DE LA VOCACIÓN DEL PADRE BASILIO A LA COMPAÑÍA Y DE LOS ENCUENTROS QUE EN ELLA VENCIÓ.

De esta manera fue arrebatado este santo varón, no lleno de Dios, pues apenas pasaron treinta años sino de merecimientos granjeados desde su primera niñez, acrecentados en su juventud y colmados en su muerte. Fue hijo de Francisco Fernández de Pineda, Prior del Consulado de la Contratación de Sevilla y de Doña Inés Fernández de Ávila, gente muy rica y honrada. Llamose primero Alonso de Ávila //41v. y después de haber entrado en la Compañía tomó el nombre de Basilio a contemplación del Santo Arzobispo de Granada, gran fautor de sus obras y apreciador de su santidad, la cual él quiso significar en el nuevo nombre que le ponía. Estudió la gramática en Sevilla y siendo de trece años oyó las artes y filosofía y graduose de maestro en ella a los dieciséis. Después aprendió Teología en la Universidad de Salamanca, donde con las buenas muestras que dio de su ingenio cobró opinión de letrado y con ella pensamientos de pretender cátedras y prebendas, determinó de tomar el grado de Doctor para facilitar sus intentos, añadiendo esta calidad a sus letras. Habíase comenzado a fundar en aquella ciudad poco antes un colegio de la Compañía con el calor de Don Francisco de Mendoza,

Obispo de Coria y Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, y sosegadas algunas tempestades que la envidia de algunos émulos había levantado contra los nuestros, ellos con su buen trato y ejemplo aficionaron extrañamente los corazones de todos, puso en ellos los ojos este bendito Padre y mudando pensamientos primeros en otros más acertados de dejar la honra mundana y abrazarse con la cruz y humildad de Jesucristo. Puesto ya en la Compañía (y no con poca admiración de toda aquella Universidad ni con pequeño sentimiento de muchos estudiantes pobres a quienes él ayudaba liberalmente para continuar sus estudios), parece que con el nuevo hábito y estado le dio Nuestro Señor otro nuevo vestido al alma de virtudes y gracias del cielo, que en breve tiempo le hicieron igualmente amable y admirable a los que le conocieron o tuvieron fama de sus heroicas empresas. Despojose luego de lo viejo y ni aun las alhajas que en el siglo tenía quiso dejar consigo, sino que las envió todas a sus padres, vestidos, aderezos de casa ricos, en particular dos joyas que su madre la había dado a la partida para Salamanca, un hermoso anillo con una //42r. preciosa esmeralda, una poma de finísimo ámbar cubierto de oro; todo entero quiso renovarse conforme a la voluntad de Dios y sus leyes, por hallarse así ya no en sí sino en Dios que interiormente le aprisionaba el corazón con gustos del cielo y sentimientos de las cosas divinas, sintieron con extremo sus padres su mudanza de vida y más cuando vieron los despojos de su casa y persona como otros padres de José, con la túnica rota y manchada de su hijo comenzaron muy de veras a dolerse y llorarlo por muerto. Creció su pesar con una carta que en Salamanca les escribieron en esta forma: *Aquí se entró vuestro hijo a vivir en Salamanca con unos clérigos que ni se sabe quien son ni que iden tienen. Y por medio de las escuelas donde él era tan conocido le vieron atravesar con una sotana hecha mil pedazos y con una cesta al hombro y dentro de ella un vientre de carnero que lo llevaba a vender.* Causaron estas razones gran turbación y pena en sus padres y ya no solo se dolían de la pérdida de su hijo sino mucho más del riesgo que corría su honra, si la gente a quien se había allegado era sospechosa como la carta significaba y poco antes habían publicado sus perseguidores en Salamanca. Enviaron al punto a Salamanca un escudero antiguo de su casa, natural de aquella ciudad, con orden de que le tratase de la Compañía y en caso que su resolución fuese //42v. de ser religioso le persuadiese a tomar el hábito en algunas de las Religiones aprobadas y antiguas. Mas como esta diligencia no les sucediesen como pensaban y el escudero se volviese admirado de su constancia, y poco enterado en la profesión y manera de vivir en la Compañía, tratáronlo con un tío suyo religioso de Santo Domingo, varón grave y temeroso de Dios, que se llamaba Fray Martín de Zamora, el cual tomó este negocio a su cargo y puesto en camino llegó a Salamanca donde informándose del instituto de la Compañía y sabiendo que era aprobado por la Seda Apostólica, habló al padre Basilio y quedó tan satisfecho de sus razones y del buen espíritu de ellos que en lugar de moverle de su propósito le confirmó muy de veras en él, y vuelto a Sevilla satisfizo a sus padres y ellos convirtieron la pena y temor en contento y deseo de ver a Basilio y conocer a la Compañía, a la cual después amaron, regalaron y favorecieron como padres de ella con sus personas, casa y hacienda.

## CAPÍTULO XXI
## DE LAS GRANDES VIRTUDES DEL PADRE BASILIO

Quedó Basilio con el suceso de esta ocasión por extremo alertado y brioso, firme en su propósito con odio del mundo y su vanidad, con amor a la humanidad y aspereza de la religión, la cual abrazaba tan de veras que bien mostraba la pieza con que la mano del Señor labraba en el corazón de su siervo, templo y casa de su morada. Envidió el demonio y recibió pesar de ver tantas ventajas //43r. de santidad en tan pocos días, procuró ponerle en condición de perderlas refrescándole en la memoria de sus pretensiones pasadas, haciéndole presentes los fines de sus esperanzas y dándole en el pensamiento y obsesión de las cosas más deseadas de él en el siglo, como si las tuviera en la mano, de lucidas oposiciones, de actos de letras muy bien logradas, de cátedras obtenidas con ventajas de otros y calidades del aplauso y para bien de las escuelas, paseos, máscaras y acompañamientos en que días antes andaba embebido. Con esta tentación peleó valiosamente Basilio y como el otro dijo de cesar, que era mejor partido ser vencido de él que vencer a otros, así él consideraba y se persuadía, que era sin comparación mayor gloria suya dejarse vencer de Cristo alcanzando victoria del mundo que triunfar de otros vencido de su vanidad. Y para no olvidarse de esta verdad y dar a Dios la honra de haberle vencido, llenó las paredes de su celda y registros del Breviario de los elogios que suelen escribirse por los cantillos en semejantes oposiciones y en lugar de poner *Basilio Victor*, puso él lo mejor, *Iesus Cristus Victor; Iesus Cristus Victor*. Cavaron mucho en él estas palabras, como en hombre de tan buen entendimiento y más ilustrado del cielo, leíalas a menudo y decía, *del vencedor es dar leyes al vencido, mandar y hacer de él y de su hacienda a su voluntad; del vencido, sujetarse, obedecer, entregar su persona y bienes, dejarse ir tras el gusto de su señor, vencido soy y esclavo de Dios; reverenciar quiero sus leyes, cumplir sus mandamientos, deshacerme de mis quereres, ajustarme a su voluntad, despojarme de mi mismo y ponerme todo en sus manos para ser poseído de él.* Así lo decía y así lo cumplía, dábase por extremo a los extremos de penitencia y rigor con su persona, no perdonaba //43v. aspereza que le fuese permitida del superior. Castigaba su cuerpo con disciplinas hasta derramar sangre, lo cual él aguardaba inviolablemente. Antes de ponerse a estudiar los sermones y predicarlos, daba él de muy buena gana su sangre porque la de Jesucristo obrase salud en las almas a quien predicaba. De esta sementera cogió él la cosecha que llenó los graneros de las Religiones y aun los del cielo. Su vestido era vil y aun desechado, su celda aun siendo superior la menos acomodada y más sujeta a las inclemencias del tiempo; su cama unas tablas, hasta que los superiores se lo vedaron; el sueño poco; la oración larga; mayormente la noche antes de predicar. Tratábase tan mal que algunos Padres, vecinos de su celda, desvelados una noche con el ruido de su disciplina y los gemidos de su prolija y profunda oración, se lastimaron grandemente y se entraron por su celda donde lo hallaron de rodillas tan lloroso y lleno de sangre que le dijeron: acabe ya vuestra reverencia con ese hombre Padre Basilio, mire que ha de predicar mañana, descanse siquiera el poco espacio que resta de la noche. Buscaba ocasiones de padecer, en medio del invierno en lugar de quebrantar el frío de la camisa, la ponía al sereno para vestírsela; y estando al cabo de su vida con la candela en la mano, ponía los dedos en la llama y preguntando por qué lo hacía respondió, por padecer más esto poco que me

queda por Jesucristo. Era fervoroso y puntual en los ejercicios espirituales y con su ejemplo despertaba a los demás que lo fuesen. Traía muy de ordinario en la boca aquellas palabras: *hic et nunc*, y con ellas animaba a sus súbditos a no perder punto en el servicio de Dios, y decía, ahora que podemos hagamos lo que pudiéremos por agradar y servir al Señor, no lo dilatemos para mañana, *hic et nunc*. Tanto valieron estas palabras para //44r. desterrar toda tibieza en los religiosos, que andaba entre ellos como provecho el *hic et nunc* del Padre Basilio. Ejercitó siempre mucha caridad con todos, principalmente con los pobres y enfermos, y procurándoles regalo y remedio cuando él no podía visitarlos y servirlos por su persona, enviábale sus amigos y devotos que les llevaban medicinas, dineros, ropa blanca, les servían a la mesa, les hacían las camas, les barrían las enfermerías con mucha edificación. Sentía del oficio de la predicación altamente sanadores, decía el son de las almas: y así lo llamó Dios por su Profeta y servidores de Cristo en la conversión del mundo. Tenía sus hombros por muy flacos para esta carga y así por indigno de tanta honra, confesábalo así en público y en secreto lo lloraba a sus solas. Pidiole la Princesa Doña Juana de Austria, reina de Portugal, por su confesor y predicador de su Corte, resistiole una y dos veces valiéndose para ello de la intersección del Arzobispo Don Pedro Guerrero, que podía mucho con su Majestad. Y él pidió a Nuestro Señor le diese antes alguna grave enfermedad que él se viese en semejante ocasión, y suele serlo muchas veces que de no agradar a Dios o desagradar a los príncipes, cuyas voluntades son vehementes y llevan tras sí aun a los varones más constantes y enteros. Oyó Dios la oración de su siervo y en lugar de la honra que le hacían los reyes, trasladó a su Corte y metiolo en posesión eterna de sí mismo con tanta gloria y bienaventuranza cuanta nos promete su divina misericordia y las santas obras de su fiel siervo. Adoleció peligrosamente de un tumor y postema tras la oreja, acompañada de una recia calentura que le acabaron en pocos días. Dijéronle los médicos el peligro en que estaba de muerte, mas él lo tuvo por seguro puerto de sus trabajos y por puerta de eterno descanso, que esperaba por los //44v. merecimientos de la sangre de Jesucristo. Apercibió luego de los divinos sacramentos, universales armas para el último trance y a más del eterno desposorio de las almas con Jesucristo. Importunáronle los Padres que les dijese por la despedida alguna cosa para alentarse en la vida espiritual y díjoles: *Pidiera a Dios Padre, que esta lengua que en predicar se ha ejercitado hubiera servido de estropajo en la cocina,* tanto con el aprecio que del oficio y su obligación tenía, tanto el amor con que se iba tras la humildad. Y es así que vez hubo que hallando sucio cierto lugar y no sabiendo el autor del descuido o no queriéndose declarar, él mismo lo limpió con su lengua dejando en todos extraña admiración de su santidad. Visitole a menudo en su enfermedad el Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero, que siempre le había tenido por padre y gobierno de su conciencia, por confesor y por consultor de todos sus consejos y acuerdos, estando en visita el último de su vida entró el médico, tomole el pulso y calló; mostrole el Padre que le dijese lo que le quedaba de vida, rehusó hacerlo, mas viendo el contento que en ello le daba le dijo: que como cuatro horas. Alegrose tanto con esta nueva que como si estuviera sano y fuerte al punto se sentó en la cama y le asió las manos al médico y se las besó diciéndole: buenas nuevas de Dios a vuestra merced que tan buenas me las ha dado; y volviéndose al Arzobispo la pidió su bendición, diósela el Arzobispo y recibida con muchas lágrimas de todos los circundantes y particular sentimiento suyo por la pérdida de tal Padre, de quien con

admiración dijo entonces: buena cuenta tenía quien tanto se holgaba de no dar cuenta. Dio su alma al Señor en 12 de octubre año de 1556. Fue su muerte sentida y llorada universalmente de toda //45r. suerte de gentes, y honraron su entierro nobles y plebeyos, seculares y religiosos, cabildos de iglesia y ciudad y el Santo Arzobispo, el cual decía después: que en esta ocasión había hecho Dios lo que un gran señor, el cual viendo en alguna de sus piezas un par de antorchas encendidas sin que a nadie aprovechen dice a sus criados: que hacen aquí estas lumbres apagadlas pues no hay quien de ellas se sirva. Parecíale al varón apostólico que se aprovechaba poco de su doctrina, tanto era el celo que él tenía del provecho de sus ovejas. Sabida su muerte dijo el Padre Maestro Laínez, Vicario General que entonces era de la Compañía, por muerte de Nuestro Venerable Padre Ignacio que había pasado a mejor vida el último de julio del mismo año de 1556, *Yll Padre Bassilio e morto quioneno ma a fato a say*. Depositaron su cuerpo en la Encarnación por no estar labrada la iglesia del colegio; algunos días después las monjas de aquel convento hicieron sacar su calavera ya despojada de carne y la tuvieron en grande veneración hasta que sabiéndolo en el colegio hicieron todas sus diligencias y la sacaron y la colocaron en un lugar decente con un epitafio latino que dice así:

En tibi Bassily sesuite forma preconis,
terra legit corpus, spiritus asta tenet.
Terreat aspectu divinis fulmine vocis
olim, qui magnan terruit yllipulam
Cui tacet? humano loquebatur grinate quondam
At nunc Angelico fungitur elloquio.

## CAPÍTULO XXII

### VENIDA DEL PADRE DOCTOR RAMÍREZ Y LO QUE AQUÍ LE SUCEDIÓ

Quedó la ciudad en gran soledad y tristeza por la muerte del Padre Basilio y grandemente atemorizada con el suceso de los jueces de aquella causa del religioso. Confirmáronse en la opinión //45v. de su santidad y cobraron temor y respeto a las censuras eclesiásticas, moderó este sentimiento la venida del Padre Doctor Don Juan Ramírez, predicador verdaderamente apostólico de raro talento y fama y singular celo de la honra de Dios y conversión de las almas, las cuales él buscaba con tanto cuidado que no dejaba camino por donde no se siguiese, por las iglesias, cárceles, hospitales, escuelas, estudios y aun por las calles y casas donde hallaba la gente más necesitada de doctrina. No pudo sufrir el demonio tanto bien de los hombres con tanto daño suyo, determinó hacerle guerra por mano de los hombres graves de su profesión, religiosos y predicadores, y tomaron ellos ocasión para ello de que predicando un día de fiesta principal en ciertas iglesias vecinas a la Plaza Nueva, salieron al mismo tiempo cuatro de la Compañía y poniéndose en las entradas de las cuatro calles más frecuentadas de la plaza comenzaron a predicar a la gente, la cual convidados en la novedad de la obra tan poco

usada en aquellos tiempos, acudieron con tanto gusto y frecuencia que pasados ellos a sus iglesias y hallándolas con menos auditorio del que ellos quisieran, habiendo tanto gentío y silencio en la plaza, recibieron pesadumbre y aun la mostraron. El mismo día predicó el Padre Ramírez en Santiago de los Inquisidores y ofreciéndose lugar trató en el sermón de las confesiones y cuándo era lícito descubrir los cómplices de pecado y cuándo no, doctrina aunque bien escusada en los púlpitos, necesaria por entonces por ocasiones que la pedían. Aprovecháronse del caso los predicadores para vengar su disgusto so capa de celo de la verdad y de acuerdo se suben un mismo día en los púlpitos y repitiendo la doctrina del Padre Ramírez, califican y condenáronla por sospechosa y digna de la censura del santo oficio, no obstante que el Padre había predicado estando presente los señores de aquel tri //46r. bunal causó grande escándalo en la ciudad tan libre calificación, levantáronse rumores varios entre las gentes juzgando mal de la Compañía y teniendo su trato y comunicación por poco segura y retirándose algunos de ella hasta ver en que paraba el negocio; dio razón en el púlpito el Padre Ramírez de su doctrina y salió a su defensa el Santo Arzobispo don Pedro Guerrero, el cual tomando por suya esta causa mostró en particulares pláticas, mas aun en sermones públicos la defendía, mayormente una vez que predicando a su pueblo repitió las palabras del Padre Ramírez y les dijo: *mirad hermanos que la doctrina que el Padre Doctor Ramírez de la Compañía de Jesús os ha predicado es la verdadera y católica y la que habéis de seguir y guardar.* Puso silencio con esto a los perseguidores, los cuales dejando este punto vinieron a darle quejas de las novedades que intentaba la Compañía saliendo a predicar la palabra de Dios en las plazas y que no era razón que su Señoría lo consintiese, siendo en menoscabo de la autoridad y estima de la palabra de Dios. El Arzobispo les respondió con mucha severidad que se espantaba mucho de esa gente tan docta como a ellos se les hiciese cosa nueva lo que Cristo y sus Apóstoles habían hecho en el mundo y habían imitado los Santos especialmente los religiosos de la orden de Santo Domingo, cuyos púlpitos en sus principios muchas veces solían ser las plazas, las calles, los campos y caminos donde no se hacían menos suertes en el remedio de las almas que en las iglesias. Encogiéronse los Padres con esta respuesta y más con la justificación de ella y así cesaron de sus porfías sin atreverse a lo menos en público a hablar mal de la Compañía.

Con el buen suceso de este negocio los nuestros quedaron muy animados a poner fervor en su ministerio y los ciudadanos más confiados de la fidelidad con que los ejercitaban, fue tanto el concurso de toda gente que fue necesario mudarse en dos años por dos veces a casas diferentes buscando anchura bastante para recibirles haciendo al fin asiento en las que ahora tienen, para cuya comodidad les hizo merced la ciudad con licencia del Rey de un lienzo de muro con su torre y barbacana atravesado por medio del sitio, donde labraron casa e iglesia. Ejercitaba en este tiempo Nuestro Señor a los nuestros enseñándoles a buscar el reino de los cielos y fiar de su divina providencia en las más apretadas ocasiones y falta de lo necesario para el sustento de la vida; experimentaban ellos la misericordia de Dios y aprovechábanse de la mortificación y penitencia de la Compañía, la cual en este colegio era entonces de manera que con trabajar los nuestros de noche y de día, dentro y fuera de casa, en oír confesiones de sanos y enfermos, en consolar presos, remediar necesitados, en hacer sermones y concertar amistades y en muchas obras pías de mucho servicio de Nuestro Señor y beneficio de los pró-

jimos, de más de la oración ordinaria y ejercicio de ella, la comida venía a ser pan y unas calabazas enfermizas cocidas sin otro antes ni pos y con eso andaban tan alentados y contentos como si tuvieran todos los regalos y sardinetes del mundo. Tal vez hubo que en casa ni había pan ni otra vianda para comer, ni dineros para comprarlos y siendo ya la hora de tañer a comer y estando los superiores cuidadosos de cómo remediar aquella necesidad encomendándola a //47r. Nuestro Señor llegaron a la puerta ciertos criados de una señora principal, quien sin haber sabido por ninguna vía lo que pasaba, movida de Nuestro Señor enviaba la comida guisada para toda la casa y de estos sucedieron en este tiempo muchos ejemplos los que por ser tan parecidos al que hemos dicho los damos por referidos. No una sino muchas veces ha acaecido faltarles el dinero para comprar lo necesario para los enfermos y traérselo de limosna al punto cuando no haber carne o pan para la mesa y estando sentados a ella enviárselos el Señor por manos de algunos siervos suyos a quien inspiraba en estos tiempos para remediar nuestras necesidades.

## CAPÍTULO XXIII

### LO QUE LOS HEREJES INTENTABAN POR ESTE TIEMPO EN SEVILLA Y LA RESISTENCIA QUE LES HICIERON LOS NUESTROS.

En el ínterin que las cosas de esta provincia corrían en Granada con la bonanza que escribimos, en Sevilla padecían tormenta y los de la Compañía eran perseguidos de los herejes, tanto más cruel y peligrosamente cuanto la guerra que les hacían era más secreta, los golpes más rigurosos y con menos defensa por no verse la mano que los daba. Servíanse de la inconstancia y credulidad del vulgo novelero, esparcían mil mentiras, sembraban rumores falsos contra la buena opinión y fama de los nuestros, //47v. hacían presos a los ausentes por el Santo Oficio de la Inquisición y aun condenados al fuego. A los presentes tenían y publicaban por sospechosos y con muchos temores y asombros solicitaban los ánimos de la gente honrada, amigos de la Compañía, para ni frecuentasen su casa ni oyesen su doctrina ni aun los tratasen. Sólo Constantino como más astuto deseando sacar este negocio más de raíz y penetrar hasta donde llegaba la virtud de aquellos Padres y si los fines decían con los principios o eran fervores que hecho asiento descubrirían poca sustancia de religión y él y los suyos ganarían opinión de los celosos y cautos por haberlos perseguido, echó de manga los más advertidos y diligentes de sus parciales, los cuales con particular estudio los miraban a las manos, les cantaban los pasos y aun las palabras, inquiriéndose en sus conversaciones y en las de sus amigos para ver cómo deseaban su manera de vivir y su enseñanza. Hecha esta diligencia volvieron a Constantino y dijéronle que ellos habían mirado con muchos ojos a aquellos Padres y habían sido testigos de sus obras y examinado su vida y costumbres, estudiado en su doctrina y escudriñado su vida y costumbres, su trato y conversaciones y hallaban que eran hombres sin vicios, humildes, celosos del bien de los prójimos, dados a la razón y ajenos de conversación y trato de mujeres si no era para oírlas sus confesiones y curar sus conciencias. No digáis más (respondió Constantino) que si ellos son hombres de oración y no amigos de familiaridad con mujeres ellos perseveran en lo comenzado, tanta es la fuerza de la verdad que aun de los enemigos sacase testimo-

nio de abono. Mas todo ésto traía más temeroso y solícito a Constantino porque juzgaba que a la luz de la verdad que los de la Compañía predicaban y enseñaban al pueblo no podría mucho tiempo encubrirse a la sombra de sus embustes y falsedades, trasfor //48r mábase a veces en un ángel de luz y mostraba agrado de lo que aborrecía por no hallar camino para destruirlo, otras daba a entender que había poco caudal de los Padres y mordiéndolos con palabras artificiosas y que hacía a dos luces les movía de secreto guerra a fuego y a sangre y de esta manera predicó algunas veces en los sermones con artificios y manos diabólicas, destruyendo la doctrina fiel y sincera que los nuestros predicaban y sembrando sus errores mayormente contra la confesión sacramental y penitencia de los pecados, cuya frecuencia habían resucitado los de la Compañía. No pudo un día el Padre Baptista sufrir el atrevimiento de Constantino y menos el daño que con tan aviesa enseñanza había en el rebaño de Cristo, cuyo menoscabo él lloraba y sentía cristianamente y así después de haber predicado Constantino por la mañana se subió en el mismo púlpito por la tarde y como hijo de la iglesia y predicador apostólico desenmarañó los errores y descubrió los engaños de Constantino y de su doctrina, sin tocar al autor con tanta fuerza y ardor de espíritu y voz que parecía hablar Dios por su boca. Causó con este sermón asombro juntamente y recelo en los oyentes y cobardía en los enemigos.Aumentáronla los Maestros Salas que llaman el Canario y Burguón de la sagrada orden de Santo Domingo con algunos otros religiosos y gente docta, a quien daba mucho que pensar las novedades de los herejes. Eran sus palabras lúbricas de muchas haces, podíanse torcer a varios sentidos, los términos de decir si bien //48v. galanes y dulces también profanos y libres. El blanco de ellos a lo que se traslucía era deshacer la piedad, introducir el regalo cosa propia de los luteranos de aquel tiempo, cuya secta ellos profesaban. Hacían ésto con tanta sutileza y ardid, que al principio apenas advertían en ello sino los que ellos de secreto tenían pervertidos; el vulgo y gente más llana con el gusto de su lenguaje y palabras sabrosas, íbase tras ellos como tras los cantares de las sirenas, los más advertidos comenzaron a temer y examinar de propósito sus palabras y obras.

Sucedió un día entre otros que acabando de predicar Constantino, Pedro Mejías, hombre por sus buenas letras y escritos conocido sabiendo de la iglesia dijo: vive el Señor que no es esta doctrina buena, ni esto es lo que nos enseñaron nuestros padres; causó no poco alboroto esta razón dicha de un hombre tan grave y estimado y dio atrevimiento para que algunos se resolviesen a manifestar las sospechas que tenían en su pecho de que Constantino era hereje. Comenzaron a faltarle los más amigos y a dar parte a la Inquisición de lo que pasaba, llamáronle algunas veces aquellos señores y los que le veían ir tantas veces y venir del castillo preguntáronle qué le querían, respondioles *queríanme quemar estos señores sino que me hallan muy verde.*

## CAPÍTULO XXIV

## CÓMO CONSTANTINO PRETENDIÓ ENTRAR EN LA COMPAÑÍA Y NUESTRO SEÑOR LA LIBRÓ DE ESTA PESTE E INFAMIA.

Con esta ocasión comenzaron los amigos de Constantino //49r. a desfallecer y él a sobresaltarse con la sequedad que en ellos hallaba, y aunque sacaba fuerzas de flaqueza para disimularlo, con todo andaba tan combatido de pensamientos que no sabía determinarse. Porque ausentarse de Sevilla siendo persona tan conocida fuérale mal contado e hiciera ciertas las sospechas de los errores que él encubría, estarse quedo era aguardar la prisión y después la infamia del cadalso y el fuego, a que se daba por condenado; confesarse en el santo Tribunal de la Inquisición por culpado no le parecía conveniente a su honra, persuadiéndose vanamente que podría desmentir los espías y deshacer las acusaciones con sus dobleces y astucias y también era imposible a su obstinación y dureza. Ofreciole el demonio un consejo, no para sacarle a él de culpa sino para poner mancha en la Compañía; vínose al colegio y visitando al Padre Bartolomé de Bustamante, que a la sazón era Provincial, comenzó a referirle los desengaños, que nunca tuvo, del mundo y su vanidad de quien fingía menosprecio para acreditarse y asegurar sus intentos. Díjole que estaba resuelto a retirarse del siglo a la Religión para hacer penitencia de sus pecados y corregir la lozanía y verdura de sus sermones con que se tenía de haber ganado más aplauso para sí que almas para Dios; añadió que a hacer ésto no le movían fervores inconsiderados de los cuales la edad y experiencia de cosas le daba por libre, ni la falta de comodidad de amigos, pues la ciudad toda tenía en su mano, chicos y grandes, plebeyos y nobles, que sólo el desengaño de las cosas le obligaba a tomar tan nueva resolución y a ejecutarla en la Compañía más que en otras de las religiones antiguas, por hallarla en los fervo //49v. res de sus principios y por la excelencia de su instituto y santas ocupaciones en procurar la gloria de Dios y el bien de las almas, a las cuales él tenía grande afición, al fin como criado y ejercitado en ellas. Oyolo con atención el Padre Bustamante y tantas mudanzas sentía en su corazón, e así cuantas razones y palabras él hablaba porque unas veces estaba muy alegre y daba gracias a Nuestro Señor por lo que obraba en Constantino pareciéndole, que bien templado en la Religión sería instrumento para grandes cosas, como hombre de tanta opinión y estima acerca de todos; mas luego se hallaba tan tibio en este sentimiento que se ponía muy en duda el sí de la respuesta; otras veces resolvía en la memoria encuentros pasados y el poco gusto que de nuestras cosas había mostrado Constantino y parecíanle postizos aquellos deseos y hechos a fuerza de algún aprieto, o necesidad que le obligaba a fingirlos. Finalmente se determinó a entretenerle y sin darle respuesta más que alabarle sus buenos propósitos y decirle, que los encomendase a Nuestro Señor de quien había de venir el cumplimiento de ellos y que él también lo trataría con los Padres del colegio, lo despidió. Pasaron pocos días en los cuales los Padres aun no tomaron acuerdo, aunque lo trataron diversas veces. Apretábalos Constantino en sus frecuentes visitas e importunaciones, de manera que se hubo de traslucir en público lo que de secreto se concertaba. Entendió el Licenciado Don Francisco del Carpio, el más antiguo inquisidor del Santo Oficio de Sevilla, gran amigo y apreciador de la Compañía, el cual como sabía que Constantino estaba denunciado //50r. en aquel santo tribunal de muchas proposi-

ciones heréticas y que cada día esperaban orden del Supremo Consejo para prenderlo, sintió mucho el verlo embarcado en este negocio y hallose en gran manera perplejo, porque por una parte el amor que a la Compañía y a sus cosas tenía le despertaba y ponía en cuidado de sacarnos del peligro de la infamia que corríamos recibiendo a Constantino, y por otra el secreto de su oficio le imposibilitaba el hacerlo. Lo afirmábale ver cual sin culpa suya padecería la Compañía y se mancillaría el buen nombre que con tan honrados trabajos había ganado, y parecíale también que respecto de ser él tan gran fautor de nuestras cosas, de cualquier desgracia mayor había de redundar alguna parte en su persona, pues por lo menos le cargarían el haber favorecido tan a banderas desplazadas el partido de gente no conocida y que había recibido un luterano en su Compañía.

## CAPÍTULO XXV

## CÓMO LIBRÓ NUESTRO SEÑOR LA COMPAÑÍA DE ESTE PELIGRO Y EL FIN QUE TUVO CONSTANTINO.

Aunque en medio de tantas dificultades, halló camino el inquisidor Carpio cómo reparar el daño que nos amenazaba sin agravio del secreto de su oficio; mandó llamar al Padre Juan Suárez, con quien él solía tratar familiarísimamente y habiéndole convidado a comer, en la sobremesa metió plática de cosas de la Compañía y de unas noticias que llegaron a tratar de los recibos que tenía, diole palabra de algunos el Padre Juan //50v. Suárez sin tocar en Constantino, o ya porque él le hubiese encomendado el secreto, o ya por no habérselo ofrecido por entonces a la memoria, también replicó el inquisidor oído e decir que el Doctor Constantino trata de entrar en la Compañía, ¿qué hay en ésto?, es así señor, respondió el Padre, mas aunque está en buenos términos su negocio no está concluido. Persona de consideración es, explicó el inquisidor y de grande autoridad por sus letras, mas yo dudo mucho que un hombre de su edad y tan hecho a su voluntad y regalo, se haya de acomodar a las niñeces de un noviciado y a la perfección y estrechura de un instituto tan en los principios de su observancia, si ya no es que a título de su quien es él pretenda y se le concedan despotisaciones tan odiosas en comunidades, las cuales con ninguna cosa más conservan su punto que con la igualdad en las obligaciones y privilegios, una vez entrado mucho daría que decir el despedirlo o salirse, cuidarse dentro con exenciones sería remitir el rigor de la disciplina religiosa que tan inviolable guarda la Compañía y por donde las leyes presiden su firmeza y muchas congregaciones la entereza de sus principios. Créame Padre y mírelo bien que a mí, dificultad me hacen estas razones y aun si fuera negocio mío me convencieran de no hacerlo. Hicieron estas palabras reparar mucho al Padre Juan Suárez, el cual disimulando por entonces //51r. las sospechas que en su corazón engendraron respondió: razón tiene vuestra merced, el negocio pide consejo y deliberación y tendríase en él como a vuestra merced le parece. Mudaron luego plática y acabada despidiose el Padre Juan Suárez y vuelto a casa refirió al Padre Provincial lo que pasaba. Prosiguió Constantino sus visitas importunando por el sí de su recibo, mas recibiole a la primera el Padre Bustamante con alguna sequedad, negándole precisamente lo que pedía y rogole que por excusar lo que podrían decir los que habían entendido o conjeturado su peti-

ción, si no salía con ella, viniese lo menos que pudiese a nuestra casa. Con esta respuesta se despidió Constantino pensativo y melancólico, revelando el fin que poco después tuvo, porque fue preso por la Inquisición. Quedaron con este suceso los de la Compañía suspensos y admirados de la grandeza del peligro en que se vieron y obligados a conservar la memoria del Licenciado Carpio, el inquisidor, con agradecimiento perpetuo al singularísimo beneficio que por su mano recibieron de Dios, Nuestro Señor, a quien dieron infinitas gracias con la humildad y reverencia de vida.

## CAPÍTULO XXVI

## DE ALGUNOS INSIGNES BENEFACTORES QUE EN ESTE TIEMPO TUVO EL COLEGIO DE SEVILLA.

En medio de estas borrascas no faltaron algunos puertos de insignes bienhechores a la Compañía, donde favorecerse y socorrer sus necesidades, las cuales, como en principios de casa sin renta y sin fundar y entre tantos y tan poderosos enemigos, no podían dejar de ser muchos y grandes; mas nunca les faltó el amparo de la misericordia de Dios, único y cierto socorro de los desesperados y desvalidos del mundo, ni la liberalidad de los ciudadanos de Sevilla, gente tan limosnera como poderosa y tan dadivosa como pía. Señaláronse en ésto muchas señoras muy principales de conocida santidad y nobleza. //51v. Doña Isabel Galindo y su hija Doña Leonor de Saavedra, cuyas limosnas apenas pueden contarse porque de más de los aderezos de sacristía de mucho precio con que enriquecieron la iglesia y fue insigne la caridad con que regalaron nuestros enfermos, extraordinario el socorro de trigo, dineros y alhajas de casa para los sanos y muy digno de toda memoria y agradecimiento el entrañable amor y cuidado con que por todas vías procuraban el acrecentamiento de este colegio, pues no contentos con emplear en él su trabajo y haciendas granjearon por buena su industria, muy grandes y muy señaladas limosnas de otras personas y a su diligencia se deben las casas en que hoy viven los Profesos de la Provincia en Sevilla, para la cual ayudó mucho Francisco Fernández de Pineda, padre del Padre Basilio, primero bienhechor y arrimo de la Compañía, a quien recibió sustento y amparo en su casa con su autoridad y hacienda cuando de nadie eran conocidos ni aun hallaban donde acogerse. Fueles igual en amor y deseo de hacer bien a la Compañía Doña Ana de la Barrera, mujer del veinticuatro Melchor Maldonado, mas como superior en la posibilidad y riquezas pudo aventajarse en las obras y recibímosla de ella tan buenas cuanto los pudieron esperar de una buena mujer los hijos más queridos, henchía nuestros trajes de su trigo, las bodegas de su aceite, la casa de regalo, la sacristía y el templo con varios ornamentos y socorrió con gran cantidad de dineros las necesidades que se ofrecían. Esta misma obligación tiene la Compañía a Doña María de Arazuz, que aunque con menos hacienda no hizo menos con este colegio, a quien tuvo un amor tan de veras que parecía olvidar a sus hijos por acudir a los de la Compañía, heredó esta voluntad a piedad de sus padres y dejola como por herencia a su hija Doña Beatriz de Arazuz, la cual siguiendo las pisadas de sus padres y abuelos, ha conservado el amor que todos ellos tuvieron a la Compañía, especialmente Doña María de Arazuz, su madre, que no contenta con lo que por nosotros había hecho en su vida, dejó en la muerte //52r. a la casa Profesa por heredera de 1.500 ducados.

Señalose entre todas en amar y hacer bien a esta casa Doña Benita Suárez, mujer tan santa como noble y tan apasionada bienhechora de los nuestros que no tenía contento, ni comía, ni dormía, ni haber le parecía que vivía, sino cuando se empleaba en hacer por ellos algo, o cuando trataba de sus cosas para engrandecerlas y aumentarlas con su hacienda de la cual sin duda ninguna se sintió más para favorecer y sustentar a la Compañía que para el gasto de su casa y familia con tanta voluntad y largueza que yéndose a la comarca los nuestros y queriéndole poner casa en las limosnas, ella no podía consigo y como río que represado y detenido por una parte rompe y se derrama por muchas, así ella cuando en Sevilla mas pretendían limitarla con más liberalidad repartía y enviaba limosnas a los colegios distantes, al de Córdoba, al de Granada, al de Marchena y Trigueros. No se contentaba con ofrecer de ordinario la comida y regalos a los enfermos si no los aderezaba de su propia mano; las despensas estaban abastecidas de sus presentes, la ropería de las misas ropa de lino y lana, porque todos los inviernos enviaba doce frazadas y algunas piezas de lienzo y camisas cosidas de su mano y de otras a quien las pagaba y era su regalo acabarlas; era extremada su piedad para con Dios, mostrábalo en el incansable y perpetuo cuidado que tuvo de ornar el templo y acrecentar el culto divino con ricos frontales y casullas y piezas de plata, en especial dio la cruz grande que hoy tiene, de que usa la casa Profesa, la cual además de la labor pesa dieciocho marcos. Todas las fiestas //52v. principales enviaba copia de olores y en hacerlos y labrar los ornamentos se ocupaba y ocupaban sus tres hijas con singular devoción y tenía la muy particular de traer toda la harina que para el pan de la Sagrada Eucaristía era menester, comprando para este efecto trigo particular, aunque tenía mucho de renta y de ella enviaba al colegio los tres primeros cahíces; era tan de madre el amor y cuidado con que trataba estas cosas que hasta las alhajas y menudencias más ordinarias de casa las había de proveer de la suya y vez hubo que envió de limosna todo un tercio de cierta renta que tenía y eran 200.000 maravedís. En suma digo que no se puede hacer nunca de las buenas obras con que ganó la bienaventuranza y dejó obligados a todos los de la Compañía a hacer particular y perpetua memoria de tan insigne bienhechora y tan ilustre y santa mujer, limosnera de corazón, pues con ser tan dadivosa con la Compañía no olvidó a otras muchas Religiones que participó con tanto de sus limosnas a honrar su entierro, el cual fue acompañado de mucha gente pobre de quien ella fue madre y su casa tesoro de su remedio, tanto que un mes antes que muriese repartió en pobres todos sus vestidos y mandó a un criado suyo que los paños de luto de su entierro los llevase después de los nueve días a la Compañía que aun habiéndonos favorecido tanto en la vida y dejarnos por herederos de alguna parte que pudo, en la muerte quiso dejar su santo cuerpo a nuestro templo y los paños que en este último tiempo le habían servido por prendas del amor que siempre tuvo en su //53r. corazón para con nosotros. Viendo que ya tenía otra prenda más dio su alma a la Compañía uno de sus hijos Don Francisco Galindo, cuya entrada ella alcanzó primeramente de Dios con sus oraciones y de él con amonestaciones y buenos consejos.

Con estas y otras grandes limosnas y Don Fernando de Vélez, Arzobispo de Sevilla y Doña María de Toledo, Duquesa de Arcos, de quien más abajo diremos y algunos otros particulares como Gaspar Pérez de Molina, y Gómez Hurtado, hacia este colegio, entretuvieron los nuestros la pobreza que padecían hasta que el año de 1564 el Papa Pío IV le unió el beneficio de la villa del Pedroso, Diócesis de Sevilla, por resignación del Padre

Pedro de Monroy, su propietario, el cual rentaba cada año 140 escudos de cámara, y antes del año 1561 el mismo Papa Pío IV le había asignado un beneficio de San Marcos de Jerez de la Frontera que poseía el Maestro Juan Sandoval, reservándole los frutos por pensión que rendían 100 ducados y poco después el año de 1566 y el de 1569 el Papa Pío V hizo la unión de la prestamera de San Salvador de Carmona, de valor de 125 escudos de cámara, por resignación de Andrés García de Paredes, y de la cuarta parte de la prestamera de San Gil, iglesia parroquial de Écija, reservando //53v. las otras tres partes para el sustento del colegio de Gandía, siéndolo así Don Sancho de Biedma que la poseía, y últimamente el año de 1572 hízolo un recibo Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Sevilla y grande amigo de la Compañía dándole el beneficio de San Juan, de la misma ciudad de Écija, el cual había tomado por muerte del Doctor Bernardino de Alarcón en la casa Profesa de Toledo y rendían cada un año 200 ducados y con ésto comenzó el colegio a fundarse y dar algún asiento en sus cosas como después se dirá.

## CAPÍTULO XXVII

## CÓMO SE DIO PRINCIPIO A LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE MONTILLA.

Fundose en este tiempo el colegio de Montilla, antiguo castillo y lugar del Marquesado de Priego y su palacio, año de 1558, ahora vecino a la ciudad Ulia, fuerte y populosa en tiempos de romanos en cuyas ruinas se han conservado hasta la villa de Montemayor, señoría de los Condes de Alcaudete, famosos en las historias de España. Fundolo Doña Catalina Fernández de Córdoba, Marquesa de Priego y Señora de la casa de Córdoba y Aguilar, mujer de Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Conde de Feria, generosa condición, de gran pecho, de singular prudencia y gobierno, celosa del bien de sus //54r. vasallos y amada por extremo de ellos y estimada de todos los principales, mayormente del Emperador Carlos V, a quien el famoso Conde Don Pedro sirvió por su consejo con su persona y hacienda en los tiempos más desastrados de la guerra. Fue esta señora, si bien tan ilustre en sangre como sabemos, señalada grandemente en religión y virtud y tan aficionada a la Compañía desde que la conoció, que jamás perdió ocasión alguna de favorecerla y acrecentarla de manera que tanto y más cuidado tenía de las cosas de ella que de las propias suyas. Débele esta Provincia de Andalucía la entrada en ella y el haberse dado a conocer los empleos de su instituto, pues los primeros que de la Compañía a ella vinieron, a instancia y devoción suya, ella primero los llamó y recibió en su tierra y amparó y trató con el Padre Francisco de Borja de fundarles el colegio de Córdoba. Los envió a aquella ciudad, les dio sus casas con todas las alhajas necesarias para la habitación, les dio el sustento que obraron menester mientras vivieron en ellas, los acreditó con su autoridad y cartas para los personajes más poderosos, especialmente para el señor Don Juan, que después quiso ser el fundador de aquel colegio y cediole ella de buena gana, por quedar con más libertad para fundar otro en su estado. Tiénele mucha y muy estrecha obligación la Compañía por el amor que siempre la tuvo, por las muchas buenas obras y señalados favores que en Córdoba, en Montilla, y otras partes recibió de ella en todas ocasiones, por la particular devoción que en aumentar su crédito, colegios y rentas mostró y encendió en el pecho de Doña María de Toledo, Duquesa de Arcos, hija digna de tal madre. Finalmente por el celo que de su bien y //54v.

acrecentamiento tenía, pues no contenta con lo que en Córdoba y su tierra hacía con ellos, cuidaba de lo que en otras partes le sucedía, mayormente en Sevilla donde tenía quien muy en particular le escribiese lo que allí pasaba a los Padres cuando los herejes los perseguían. Cobró este amor a la Compañía parte por la entrada en ella del Padre Don Antonio de Córdoba, su hijo, de quien al principiar esta historia tratamos, parte por la fama y buenas nuevas que de sus obras le daban personas que la conocían y señaladamente por la aprobación y consejo del Padre Maestro Juan de Ávila, varón apostólico y de singular autoridad y virtud en aquellos siglos, a quien los señores de esta casa de Priego tuvieron en grande veneración y estima. Finalmente ninguna cosa más le aficionó que la experiencia del mucho servicio que a Nuestro Señor hacían los padres en Córdoba, cuya vecindad casi le hacían presentes sus dichos y hechos y el trato que tuvo por algunos días con los primeros que aportaron a Andalucía, principalmente con el Padre Francisco de Borja de cuya santidad y buen celo quedó tan pagada y satisfecha que a la primera visita comenzó a dar orden de la fundación del colegio de Córdoba como patria suya; y después el año de 1555 la segunda vez que volvió el Padre Francisco a Andalucía y la visitó en Montilla junto con el Padre Doctor Miguel de Torres, Provincial de esta provincia, trató de fundar este colegio y por dar más prisa en acomodar la habitación necesaria alcanzó licencia del Obispo de Córdoba y con ella les aplicó el hospital, que llaman de la Encarnación y es título de la iglesia que allí tiene la Compañía y compró otras casas para aumentar el sitio en que ahora vivimos, //55r. obligándose a labrar de nuevo otro hospital donde ahora está la ermita de Santa Catherina y viven los Hermanos de Juan de Dios, que el Marqués Don Pedro, su nieto, llamó a esta villa el año de 1601 para remedio y cura de los pobres enfermos.

No quiso esta señora que los Padres quedasen desde luego en Montilla por excusarlos del ruido, polvos e inquietud de la labor de la iglesia y casa, contentándose por entonces que en el ínterin de su vuelta la visitasen a menudo y consolasen algunos días con su doctrina y así lo hacían. Encargó el cuidado del edificio y disposición de lo edificado al Comendador Jerónimo de la Lama, hombre de mucho caudal de entendimiento, gobierno y solicitud y de tan buena voluntad para con la Compañía que a él debe en gran parte la fundación de este colegio, porque como ayo de los señores y administrador de su hacienda tenía mucha mano y autoridad con ellos, y así los animaba en lo comenzado y solicitaba la obra y le daba tanta prisa que en menos de dos años dio acabada la iglesia y acomodada la habitación y después toda servida procuró aumentar las cosas de este colegio y en la muerte le hizo heredero de su tapicería y de 200 ducados. Está enterrado en la capilla que llaman del Ayo, junto a la sacristía.

## CAPÍTULO XXVIII

## CÓMO SE POBLÓ EL COLEGIO, FRUTO DE SUS MINISTERIOS Y MUERTE DEL PADRE ALONSO LÓPEZ, SU RECTOR.

Acabado el edificio del colegio en fin del año de 57, vinieron los nuestros a poblarle, principio del siguiente de 58, siendo Vicario General por muerte de Nuestro Venerable Padre Ignacio, el Padre Maestro Laínez, y Provincial en Andalucía el Padre Bartolomé de Bustamante, y su primer Rector el Padre Alonso López, hombre docto y de mucha //55v. virtud; sirviose mucho Nuestro Señor de los nuestros en desarraigar vicios, desterrar malas costumbres, quitar abusos e introducir frecuencia de sacramentos y otras obras de piedad por el estado de la Marquesa y toda aquella comarca, la cual corrían de cuando en cuado algunos Padres de los primeros y más fervorosos obreros, dando remedio a las almas por el sacramento de la penitencia y comunión y socorriendo la pobreza y necesidad de la gente miserable con algunas limosnas que estos señores les daban para este propósito. No se contentaban con la mies que en el trato de casa y en los confesionarios y púlpitos de la iglesia cogían. Salían a las plazas, daban vueltas a los hospitales, frecuentaban las cárceles y en todas partes exhortaban a la virtud y aborrecimiento de los pecados y dejaban grandes efectos de su buen celo e industria. Causaba grande admiración en el pueblo la mudanza de toda suerte de gente, la devoción y piedad que aun hasta hoy dura en los niños, de manera que haciendo número de los que solo en nuestro colegio confesaban y comulgaban cada mes llegaba a mil doscientos, sin los que acudían a las demás iglesias y monasterios. Ayudaba mucho estos principios la presencia y abono del Padre Maestro Ávila, el cual daba muchas gracias a Nuestro Señor porque le había dejado ver en su tiempo lo que tanto había deseado y decía que él había cegado los rasgos de carbón en esta obra y el Venerable Padre Ignacio dándole el color y matices y él había hecho con la Compañía lo que San Juan con Cristo, aparejándoles el camino para que ellos caminasen por él y llevasen consigo los hombres al cielo.

Mas aunque todos estos santos ejercicios tenían muy próspero suceso, ninguno tanto como la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños. Para lo cual no sólo se reclutaron Padres, que fuera de la casa los enseñasen y predicasen en las es //56r. cuelas, como ahora se usa en la provincia y con evidente provecho, no sólo de las almas tiernas que son las que más peligro corren de perderse si a los principios no van encaminadas, mas también de los ya maduros en edad a quien no sólo se les propone la ley de Dios sino la inteligencia de sus misterios de que aun hoy día tiene gran necesidad por lo menos la gente común y ordinaria, cosa muy usada en los principios de la Orden de Santo Domingo y establecida y mandada en muchos de sus capítulos como lo refieren sus historias (libro 1, cap. 70).

Pusiéronse escuelas en este colegio para enseñar a leer y escribir a los niños y señaláronse religiosos de casa para maestros, de quien ellos aprendían a serlo en sus casas enseñando la doctrina cristiana a sus padres y hermanos y a los criados y porque la gente del campo y esclavos tienen ocupados los días en su trabajo ordinario, dábanles las primeras horas de la noche porque no careciesen de este beneficio, hasta que con la continuación de él y perseverancia de las escuelas se dejó esta diligencia por no ser

ya necesaria. De aquí tomaron ejemplo muchos señores y consejos para fundar estas escuelas en sus lugares y la Compañía más aliento para encargarse de un cuidado tan trabajoso y pesado por conserva la pureza de la fe verdadera y enderezar estas tiernas plantas al cielo. Púsose aquí la santa costumbre que hoy persevera de saludarse unos a otros, especialmente los niños a los religiosos y eclesiásticos con el santísimo nombre de Jesucristo, como lo hizo en tiempos pasados el santo Fray Juan Vicentino en Bolonia, insigne varón de la Orden de Santo Domingo y de los más famosos de su tiempo en vida y doctrina (libro 2, cap. 69).

Alentaba este fervor con el suyo el Padre Alonso López que aunque //56v. ocupado en el gobierno de casa, no dejaba de ayudar al pueblo en sus sermones y a los obreros del colegio con exhortaciones y ejemplos. Vivió dos años en este colegio y oficio con mucho gusto de los señores y satisfacción y consuelo de los de casa y era de todos estimado y querido por sus grandes virtudes, en premio de las cuales quiso Nuestro Señor trasladarle de esta región de los nuestros a la tierra de los vivos, haciéndole en esta ocasión muy grandes regalos y misericordias, porque le dio dulcísimos sentimientos de su pasión y muerte con que no sentía la suya y deseaba verse libre de la pesadumbre del cuerpo para unirse con Jesucristo, en prendas de amor y deseo pidió ya cercano a la muerte la imagen de un crucifijo, tuvo con ella muy regalados coloquios y últimamente puso la boca en la llaga preciosa de su costado y besándola con extraordinario afecto del alma en ella, como en nido de su reposo, murió en el Señor y despertó en la vida eterna donde descansará para siempre. Había poco antes abrazado y despidiose de sus súbditos con particular amor y ternura y acabando él de expirar, sintieron todos ellos en su corazón un extraordinario regalo y devoción siguiéndose una firme confianza de la salvación de su buen Padre y Maestro. Fue el Padre Alonso López antes de entrar en la Compañía, hombre grave de muchas letras, colegial teólogo en la Universidad de Alcalá y después en la de Cuenca y su Rector después de religioso, muy humilde, muy devoto y fervoroso en ayudar a los prójimos y muy amado de todos. Murió al principios del año de 1560 y sucediole el Padre Juan Alcaide, natural de Lucena, muy grande y villa del Duque de Segorbe, cuatro leguas de Montilla, varón de conocida virtud muy austero en el trato de su per //57r. sona y regalado de Nuestro Señor con particulares favores y don de lágrimas.

Había ya por este tiempo buen número de mancebos criados en las escuelas de escribir y leer de buenas habilidades y esperanzas para los estudios, que por falta de comodidad, o por no tener posibilidad para salir fuera de su tierra para estudiar, se quedaban con estos principios sin pasar adelante. Vieron esto los Padres de este colegio y aunque ni tenían entonces obligación, ni después, la Marquesa se la puso considerando lo mucho que le debían y el servicio que de ello recibiría Nuestro Señor, se determinaron de poner estudios de gramática con dos maestros que la leyesen y con este medio se ha hecho gran fruto en la juventud de los naturales y forasteros y se ha desterrado en gran parte el idiotismo del clero.

No había hasta aquí tenido renta situada este colegio más que la liberalidad y piedad de la marquesa, con la cual de ninguna cosa tuvo necesidad porque a todos acudía con más cuidado y largueza que pudiéramos desear. Mas para asegurar lo de adelante nos había dado la huerta que hoy tiene el colegio para provisión de casa y recreación de sus moradores, con un censo pequeño al cual después añadió dos juros sobre las tercias de

la ciudad de Córdoba y de Écija, el uno de 54.830 maravedís y el otro de 100.300 maravedís en cada un año y le hizo donación de una piedra de molino que renta al pie de 300 fanegas de trigo sin carga ni obligación alguna, mas de lo que la Compañía quisiese hacer por buena correspondencia fiada de que no olvidaría el amor y buenas obras que en ella tuvieron y que su ánimo había sido acrecentar a la Compañía y dejar en su estado quien con //57v. su doctrina y particulares ministerios los encaminase a su salvación.Así lo hace la Compañía perseverando en sus ejercicios y continuando las escuelas y estudios que en su tiempo se comenzaron. Con esto quedó este colegio fundado y ella y sucesores con el nombre y título de la fundación y patronazgo y la reconoce la Compañía según la costumbre de su instituto. Poco después volviendo el Padre Antonio de Córdoba de Alcalá, acrecentó la renta de este colegio 300 ducados cada año del resto del patrimonio que había repartido con los de Córdoba y Salamanca. Últimamente el Licenciado Casarubios resignó en este colegio a instancia de la Marquesa un beneficio simple de la iglesia de Priego y alcanzadas las bulas de su santidad se tomó la posesión de él el año de 1566.

## CAPÍTULO XXIX

### EL ESTADO DEL COLEGIO DE SEVILLA Y GRANADA POR ESTE TIEMPO Y DEL ESPÍRITU Y FRUTO DEL PADRE BAPTISTA.

Compuestos en la forma que arriba escribimos los alborotos que en Sevilla levantaron los herejes contra los nuestros y estando los caudillos de ellos presos por el Santo Oficio de la Inquisición, pudieron más libremente los Padres mejorar sus cosas y tomar casa y sitio más a propósito para la frecuencia de la gente que cada día más se ayudaba de ellos para bien de sus almas; tratáronlo con algunos devotos y aficionados suyos y estos con alguna otra gente honrada deseosa del aumento de la Religión y de su República. Ofreció luego un hidalgo honrado Lope de Mendieta, 2.000 //58r. ducados que había de emplear en una obra pía por diligencia de Francisco Fernández de Pineda y otros amigos; no faltó quien luego diese otro tanto y con esto y lo demás que entre particulares juntaron, hicieron 8.000 ducados y con ellos compraron las casas que entonces poseía el Capitán Hernán Suárez del Alcázar, antiguo solar de los Duques de Medinaceli, donde hoy tiene labrada iglesia y habitación la casa Profesa.

Florecía en este tiempo en Granada el Padre Baptista, hombre verdaderamente de Dios, lleno del espíritu de los apóstoles y de la Compañía, instituida para el provecho de las almas y el cual tenía el por interés de la suya, la buscaba y pretendía con tanta codicia como si en la salvación de la de cada uno de ellos le fuera la suya propia. Pedíale a Nuestro Señor con oraciones continuas le diese gracias para que sirviendo y amándole a él primeramente y reformándose así, se hiciese instrumento idóneo para remediar las almas perdidas y encaminarlas al cielo. Comenzó a predicar con palabras y obras, decía lo que en la oración meditaba y obraba lo que decía. Era su voz un trueno y sus palabras rayo, así abrazaba los corazones y deshacía la dureza de los pecadores obstinados.Tenían sus sermones dos puntos, a ellos reducía los evangelios y lo que sobre ellos pensaba. El uno la servidumbre y tiranía del pecado, los daños que hace en las almas de quien se apodera, los peligros en que anda quien de ellos no se aparta y los castigos eter-

nos a que está sujeto por ellos. El otro, de los innumerables bienes de la gracia de Jesucristo y de los que gozan en la bienaventuranza, los que en esta vida se ajustan a la ley de Dios y sus mandamientos. Sona //58v. ban de ordinario en su boca las palabras que el rumiaba en su corazón, muerte, juicio, infierno, salto peligroso, eternidad, Dios nos de buena muerte, reventar y no pecar y otras semejantes, las cuales salían de sus labios tan convencidas y esforzadas del sentimiento de su alma que al eco de ellas parecían estremecerse las paredes y columnas de los templos y a los oyentes se les erizaba el cabello y les temblaban las carnes y aun les faltaba el aliento. Bastante muestra fue de la eficacia de su palabra lo que poco antes le había pasado en Sevilla, padecían gran hambre y necesidad los pueblos de la comarca a causa de haber sido los años estériles de manera que muchos eran obligados a sustentarse de las raíces de hierbas. Encareció en un sermón esta calamidad y miseria con estas palabras: *Es posible que tengais corazón para oír las lástimas de vuestros hermanos que padecen hambre, no digo yo a nosotros a quien la piedad cristiana obliga a sentir los males de nuestros prójimos, mas aun a los extraños y enemigos romperán las entrañas. Salid un rato fuera de vuestra ciudad y tended los ojos por esos campos no para desenojarlos, sino para bañarlos en lágrimas, si no es que sois de bronce o de pedernal veréis a los pobres esparcidos por todas partes buscando las hierbas y raíces que les perdonó la sequedad del tiempo o los animales del campo las desecharon, y aun si con esto pudieran ver harta su hambre tolerable mal fuera, mas muchos con este miserable sustento acaban su vida y vosotros tenéis ánimo para verlo y estaros en vuestras casas comiendo y holgando sin temer el juicio de Dios, que encomienda a sus pobres como a su misma perso* //59r. *na, cristiano, ¿quién da de comer a Jesucristo hambriento?,* levantose a este punto tan grande llanto y gemidos en el auditorio que fue forzado a interrumpir el sermón y ellos comenzaron a ofrecerle en el púlpito copiosas limosnas. Era maravilloso espectáculo ver las matronas despojarse de sus joyas y dárselas en limosna, otras daban sus galas y los hombres de sus vestidos y muchos dineros de más de grande copia de vestimenta que después enviaron de sus casas. Todo lo cual se llevó el mismo día por la tarde a la Algaba, uno de los pueblos que padecían extremada necesidad, acompañándolo el Padre Baptista con extraordinario concurso y alegría de la ciudad y con ello remediaron aquella necesidad. Fueron maravillosas y sobremanera ejemplares las conversiones de almas, que a la fuerza de su espíritu se rindieron y mudando la vida se entregaron a Dios y perseveraron con admiración y ejemplo en su santo servicio, cual vez obraba estos efectos con su palabra, cual con un mirar de ojos y sólo el ademán del semblante, otras consoló su ejemplo. Visitaba a menudo los hospitales, servía a los pobres más asquerosos, limpiándoles las llagas, llevándoles la comida, barriéndoles las enfermerías, haciéndoles las camas y los más bajos oficios y viles que pudiera hacer un esclavo. Tal vez estando en Granada después de haber curado en el hospital de Juan los llagados, quedando el suelo esparcido de ligaduras y parches, el Padre lo barrió e hincándose de rodillas con grande humildad y devoción comenzó a coger la basura en su propio bonete. Le vió uno de los abogados más graves y estimados en el audiencia e hizo tan grande impresión en su alma, que rompiendo por medio de mucha gente se arrodilló junto al Padre Baptista con su ropón //59v. y gorra de terciopelo (como entonces usaban los letrados de Audiencia) y le ayudó a coger la basura en su gorra y vuelto a su casa mudó el hábito en otro pobre y humilde y dejando las

pretensiones empleó su vida en santos ejercicios, principalmente en curar y limpiar los pobres, a que todos tenían horror y fue ocasión para que otros muchos se convirtiesen a Dios. Y si de estos ejemplos hubiera de referir los muchos que sucedieron fuera necesario hacer de ellos historia particular, mas algunos sería crimen olvidarlos.

Había en Granada una mujer pecadora de grande gentileza y hermosura y aumentada con la vanidad de sus vestidos, aderezos y galas y con el fausto y ostentación de su persona, sustentada de la hacienda que debía emplearse en el sustento de las casas y familias de sus apasionados; era lazo infernal de toda suerte de gentes, aborrecida de las matronas honradas por el daño de sus maridos, de los padres de familias por la perdición de sus hijos, y perseguida en los púlpitos por el escándalo de la república y por las ofensas que contra Dios se cometían por su ocasión, era (lo que peor es) valida de la gente que mas obligación tenía por su oficio de castigarla y poner freno a su libertad y con este seguro que, o la potencia de los nobles, o la disimulación y liviandad de la justicia suele dar a los tales. Hacía grande estrago en las almas sin esperanza de remedio en la tierra si Dios no lo enviaba al cielo. Hacía su oficio desde el púlpito el Padre Baptista, porque en negocio de ofensa contra Dios con todos era un león, mas con tal regla y moderación que la fuerza del espíritu no le sacaba de los quicios de la prudencia, aventurando por remediar un particular el remedio de otros muchos, que teniendo ofendidos a //60r. los que pueden ponerlo jamás lo tendrán. Mas como no ayudaban los que podían, cansábase en vano, hasta que determinó dejar a los hombres y negociarlo con Dios en la oración, pidiéndole con instancia pusiese él la mano y redujese a aquella oveja perdida. Oyole Nuestro Señor y quiso darle a él el premio de haberla ganado con una ocasión no pensada y fue que saliendo un día de casa pasó por la calle y casa donde la mujercilla vivía, y sin saberlo ella ni él a un mismo tiempo se puso ella a la ventana y él llegó frente de ella. No faltó quien al Padre le avisase, que allí estaba la que él perseguía, inspirole Nuestro Señor y alzando el rostro púsose los anteojos y con un semblante grave y doloroso comenzó a mirarla hasta que admirada ella le dijo: Padre ¿qué me mira?. Detúvose un poco el Padre y encomendando a Nuestro Señor la respuesta dijo con gran sentimiento y con el espíritu que solía: miro y duélome de esa desdichada alma en ese cuerpo tan ataviado condenada a los infiernos y el fuego eterno para siempre jamás, y sin más detenerse bajó la cabeza y prosiguió su camino. Dio su Majestad a la palabra de su siervo virtud como de saeta, que hirió el corazón de aquella mujer tan poderosamente que como cierva herida no pudo sosegar en toda la noche combatida de pensamientos no ya lascivos y torpes, sino limpios y honestos y a la mañana siguiente vino a la iglesia del colegio y con lágrimas pidió por el Padre, el cual aunque muy raras veces y en casos muy forzosos se dejaba hablar de mujeres, salió al confesionario donde con muchas lágrimas de ambos ella hizo una confesión general y dando de mano al mundo y sus galas determinó encerrarse en lugar seguro para servir a Nuestro Señor en continuo dolor y penitencia de sus pecados. Dio el Padre orden como una persona honrada y siervo de Dios la tomase a su cargo y habiendo tratado su recibo en las monjas del Monasterio de Santa Úrsula en Jaén //60v. la llevó con gente de guarda temiendo no saliesen algunos hombres ciegos de la pasión a quitársela y la metió en el convento, donde ella se dio muy de veras a la oración y penitencia, que en pocos días era ejemplo de todo el convento en todo género de santidad y virtud y perseveró hasta la muerte.

Fue milagrosa la conversión de un hombre que viéndose en unos grandes trabajos cercado de algunas desgracias se dejó vencer de la pasión, de manera que el demonio se apoderó de su corazón y él dio en una desesperación tan endemoniada que se salió por los campos y diciendo mil blasfemias contra Dios y sus santos, desnudó la espada y con ella desafiaba loco al mismo Dios y como si le hiriera daba grandes cuchilladas en las matas y árboles. Llegó de muchas leguas a la ciudad de Granada con un coraje infernal y determinado de matarse o matar al primero con quien se encontrase. Poco antes de llegar a las puertas de la ciudad sin haber visto a nadie comenzó a darse prisa con la embriaguez que traía, mas oyó a deshora una voz, que llamándole por su nombre le dijo vete al hospital de Juan que predica el Padre Baptista, parose un poco y no viendo quien le llamaba, quiso proseguir su camino mas oyó luego la misma voz y las mismas palabras que la vez primera. Volvió los ojos una y otra vez y no viendo a nadie encorajinose de nuevo y quiso pasar adelante para buscar a quien le llamaba para matarse con él, mas oyó la tercera voz, que le dijeron: fulano vete al hospital de Juan que predica el Padre Baptista. Reparó con tan porfiadas voces y con el nombre del Padre Baptista a quien ni había conocido ni visto en su vida y haciendo diligencia para ver si aparecía por allí alguna persona, alcanzó a ver un niño pequeño como de cuatro años de extraña hermosura y tal que con su vista últimamente le reportó de su loca y blasfemia desesperación. Buscó quien le encaminase al //61r. hospital de Juan y puesto en él halló predicando al Padre Baptista con mucho fervor y sentimiento encareciendo la infinita paciencia de Dios, en sufrir y aguardar a los pecadores, la misericordia con que los recibe del camino de sus maldades, la generosidad de ánimo con que perdona sus agravios y los olvida. Hicieron estas razones tanta mella en el corazón de este hombre, que luego comenzó a dolerse de su sequedad y locura y a derramar lágrimas en tanta abundancia que todo el tiempo que duró el sermón corrían arroyos de ellos por sus mejillas y acabado se vino en pos del Padre al colegio y entrando en él se arrojó a sus pies confesando a voces sus pecados con tan entrañable dolor y arrepentimiento de ellos que enternecía las piedras. Levantolo el Padre con grande compasión y ternura, consolole y animole a la confianza en Dios de manera que habiendo tomado tiempo para recorrer su vida pasada, hizo una confesión general con grandes muestras de constricción y reconciliado con Dios dio la vuelta para su morada resuelto de llevar con paciencia y humildad los acontecimientos de esta vida y mejorar cada día la suya como lo hizo. Tan poderosa era la palabra de Dios en la boca de su siervo.

## CAPÍTULO XXX

## DE ALGUNOS VARONES SEÑALADOS QUE POR SU PREDICACIÓN DEJARON EL MUNDO Y ENTRARON EN LA COMPAÑÍA Y FLORECIERON EN ELLA, ESPECIALMENTE EL PADRE ALBOTODO.

Fue increíble el fruto que hizo con su santa predicación y tuvo en ella tan particular gracia del cielo para ablandar corazones endurecidos, que donde quiera que predicaba, en iglesias, //61v. plazas y hospitales, todo el auditorio era lágrimas, suspiros, gemidos, nuevos propósitos de penitencia, mudanza de vida y universal reformación de costumbres y aunque en Sevilla, Córdoba y otros muchos lugares de Andalucía y Castilla, se vieron maravillosos efectos y conversiones milagrosas de almas, las que en Granada hizo se han conservado más en la memoria, tanto por el amor y estima que de él y de sus obras tuvo aquella nobilísima ciudad, como por la calidad y méritos de las personas que a su voz se rindieron para seguir los pasos de la vida que él profesaba. Uno de los más insignes y señalados varones de aquel tiempo fue el Padre Maestro Juan de Albotodo, a quien como rosa de entre espinas sacó Dios de su casa y de entre los suyos para trasplantarlo en la religión y hacerlo Padre de muchas gentes, a quien engendró para la vida eterna con su enseñanza y continuas oraciones. Era de los naturales del Reino de Granada, mas también inclinado desde niño a la virtud y cosas de la Religión, que el gran Arzobispo Don Pedro Guerrero, por las muchas esperanzas que de su buen ingenio y agradable natural concibió, le hizo ocupar en los estudios de Gramática, de Artes y de Teología, de los cuales él dio tan buena cuenta que le dieron el grado de Maestro con aplauso común y aprobación de toda la Universidad, donde tenía la beca en el Colegio de Santa Catherina, habiéndolas tenido primero en San Miguel. Entró en la Compañía atraído del ejemplo y sermones del Padre Baptista con dispensación que para ello se trajo del Padre Maestro Laínez, Prepósito General de la Compañía. Fue hombre muy manso y muy humilde, muy penitente, de extremada caridad para con los prójimos y de rara mortificación y aspereza en el trato de su persona; sobremanera amado y querido con extremo//62r. y obedecido de toda suerte de gentes, grandes y pequeños, pobres y ricos, principalmente de señores y grandes. A todos acudía, a todos servía con igual cuidado y benevolencia, a todos ayudaba en las ocasiones del remedio de sus almas y de los cuerpos. Diole Nuestro Señor particular gracia y donaire para ganarlos a todos y con esto vencía las mayores dificultades del mundo. Salía con negocios desesperados y acababa cosas con hombres de quien otras personas de mucha mano y autoridad aún no pudieran alcanzar entrada para tratarlas. Confesaba gran número de gente noble y plebeya con igual gusto y provecho de ellos y el que una vez gustaba de su doctrina hasta la muerte no la olvidaba, y para mejor ayudarlos y aficionarlos a la guarda de los mandamientos de Dios esmerábase él en guardarlos poniendo todo su estudio en ajustarse con la ley de Dios y con los consejos del Evangelio a quien era por extremo devoto. Los días todos empleábase todo en el cuidado de las almas oyendo confesiones o predicando o descubriendo y desterrando los engaños de sus naturales para lo cual tuvo especial don de la gracia divina. Fue Apóstol de su nación y maestro de la fe en todo el Reino de Granada, amado, temido y venerado de sus moradores como santo, no sólo en Granada, mas en el valle, Alpujarras y todos los demás lugares y poblaciones de esta

gente; cuando él pasaba por ellos salían los niños, los hombres y las mujeres por las calles a besarle la mano o la ropa, según su costumbre como persona santa y querida de Dios; era ferviente amador y honrador de la Religión Cristiana y celoso defensor suyo, la cual había hecho tanto asiento en su corazón y él se había consagrado tan de veras a ensalzarla y extenderla entre los infieles (que aún duraban mucho en aquel Reino) que ninguna diligencia ni trabajo perdonaba, ni había tiempo ni ocasión para el importuno, ni cansada como pudiese enseñarla aunque con peligro manifiesto de //62v. su vida. Porque aunque a la luz de su doctrina y santidad y pureza de sus costumbres, eran a todos los de su nación manifiestas y ninguno había que no conociese el santo celo y deseo que tenía del bien de sus almas, había muchos a quien tanto resplandor cegaba, los cuales como tan contrarios en las costumbres no podían sufrir ni la fuerza de sus razones, ni la continuidad y blandura de sus buenos consejos, ni el rigor y aspereza de sus reprehensiones. Por lo cual dieron en aborrecerle y procurarle la muerte, la cual intentaron darle algunas veces, particularmente una noche en la cual pudieran muy a su salvo hacerlo, si Dios que para mayores cosas le guardaba no les quitara el brío y dejarretara las manos como luego diremos.

Llamáronle algunos de ellos en el silencio de la medianoche a título de confesar a un enfermo, cosa con que él trocaba muy de gana el sueño y reposo bien merecido de los trabajos del día. Salió al punto de casa siguiéndole sus enemigos por la estrechura y callejuelas del Albaicín; lleváronle ellos de unas en otras con la oscuridad de la noche y habiendo gastado en esto un buen espacio de tiempo, al pasar de una encrucijada o encuentro de calles, le dejaron sin saludarle ni hablarle palabra, o ya que ellos confusos de ver la mucha caridad del hombre y la voluntad con que a los de su nación acudía, se arrepintieron, o ya que Dios Nuestro Señor reservando a su siervo para mayores empresas, les puso temor y cobardía en el corazón para que huyesen. Mas fue así que no volvió a casa sin el fruto de su trabajo, porque Nuestro Señor que los mismos estorbos y embarazos suele servirse para hacer sus hechos, esta vez se sirvió del dañado intento de los hombres para el remedio de un alma desamparada más a lo que los efectos mostraron predestinada para la gloria, reconociendo el Padre la traición y viéndose sólo con su compañero torció el camino para casa sin ninguna turbación; oyó al pasar de una callejuela muy oscura unos gemidos muy tristes y dolorosos, aunque al pa //63r. recer faltos de aliento como de un pecho desfallecido de virtud y espíritu. No podía ver por la oscuridad de la noche de dónde venían, no se alteró, punto antes llegáronse a la primera casa, dio golpes y pidió en su lengua un candil encendido. Diéronselo y con él acertó a la casilla caída de donde los gemidos se oían; en un aposentillo donde apenas se podía subir, halló en él uno de los naturales solo, arrojado sobre una esterilla muriéndose sin remedio ni consuelo divino ni humano, enterneciose el buen Padre de ver a un hombre en tan riguroso trance con tan grande desamparo, llegose a él y hablándole con mucho amor y compasión preguntole si quería confesarse, respondiole el enfermo que sí, hizo su confesión con espacio, gusto y sosiego, ayudándole y consolándole el buen Padre Albotodo y poco después de haberla hecho animándole el mismo Padre y armándole para aquel trance con fervorosos actos de penitencia, de fe y esperanza, dio el alma a su criador quedando el Padre con mucha confianza y prendas de que su Majestad (acerca de quien no hay diferencia del hebreo y del griego) le recibiría en el lugar de la salvación eterna. Dio luego orden el Padre

como los vecinos le amortajasen y le acompañasen con lumbres hasta el día siguiente que le enterraron.

Después de esto volviose a casa alabando a Dios en sus obras y lleno de nueva confianza para no temer a los que solo pueden quitar la vida del cuerpo, y vivía tan seguro y confiado entre los peligros de los que sabía le aborrecían de muerte como si viviera entre sus mayores amigos y decía que tratando él la causa de Dios y volviendo por la verdad de su fe y evangelio no tenía temor a los enemigos porque o Dios le libraría de las manos de ellos o cuando mayor merced le quisiese hacer le recibiría en las suyas en la bienaventuranza. Y echose bien de ver la protección que tenía Dios de su siervo pues habiéndose puesto muchas veces por su amor en tiempos y lugares muy peligrosos donde pudieran sus enemigos vengarse de él, muy a su salvo de todas ocasiones le sacó libre como en palmas sin que //63v. nadie se le atreviese de palabra, ni de obra, sólo una vez reprendiendo a algunos moriscos que juntos en una taberna se dispusieron a dar voces y cantar cosas menos honestas, uno de ellos arrebatado de la ira le dijo: que se saliese luego de allí donde no le jurara le cortaría las narices. Dio el Padre por entonces lugar a la cólera de aquel hombre y sin responderle palabra salió de la casa y volvió a la suya con tanto sosiego de ánimo y serenidad de semblante como si no se le hubiera descomedido, tan prudente y tan santo era que no trató entonces de corregir la desenvoltura que otros tuvieran por digna de rigurosa reprehensión y de presente porque los ánimos impacientes no dan lugar a consejo, y los ímpetus de las pasiones mejor se curan con maña que con fuerza. Mas vengó Nuestro Señor la injuria de su siervo en el culpado con el castigo de su amenaza, porque el día siguiente riñendo aquel hombre con otro en la calle, le descargó éste una cuchillada en las narices al delincuente y se las cortó.

Ayudábase mucho de él para el gobierno y conversión de los naturales el Arzobispo Don Pedro Guerrero dentro de Granada y fuera cuando salía a visitar su distrito. El Santo Tribunal de la Inquisición para la reducción de los apostatas de la fe. La Chancillería Real para disponer al suplicio de los condenados y en todos lugares y personas obró maravillosos efectos para grande gloria de Dios y remedio de muchas almas y en las que más desahuciadas estaban de tenerlo. Era más admirable la gracia divina que por medio de sus palabras hacía tal impresión en los corazones, que de piedra los hacía de carne hasta derretirse en lágrimas de arrepentimiento. No fue su talento limitado para los de su nación solamente (aunque le escogió Dios primeramente para justificar su causa con ellos) extendiose a todos mayormente a gente muy principal y poderosa, la cual le amaba muy tiernamente por la suavidad de sus costumbres, por la suficiencia de letras, por su agra //64r. dable trato y opinión de santidad, de manera que quien alcanzaba a tenerle por confesor y maestro para tratar los negocios de su conciencia con él, lo tenía por gran dicha y merced de Nuestro Señor.

Era en los sermones fervoroso y devoto, hacíalos en lengua arábiga a los naturales, en español a los nuestros, con gran fruto de los unos y de los otros. Su caridad para con los pobres, con los presos, con los enfermos, no tenía encarecimiento, verdaderamente parecía Padre de todos y haberlos sacado de sus entrañas según los tenía a todos en ellas. El era procurador, solicitador y proveedor de los encarcelados, él los sustentaba de las limosnas que con gran liberalidad le daban toda suertes de gentes, él componía sus negocios, satisfacía por sus deudas y acababa sus pleitos, él curaba y

regalaba los enfermos, vestía los desnudos, los confesaba y enseñaba el camino de su salvación y ninguna obra de piedad había en la república a que no atendiese con divino modo sin embarazarse ni faltar en ninguna, porque tenía repartidos oficios en treinta o cuarenta hombres honrados y devotos de sus hijos de confesión para que sin estorbarse los unos a los otros, ni gastar el demasiado tiempo en la provisión de lo temporal, se cumpliese con lo uno y con lo otro bastantemente. Tenía lista de los pobres por las parroquias, mayormente de los que llaman vergonzantes y acudíales con particulares limosnas y tuvo no sin grande acuerdo y especial impreso del cielo, un extraordinario cuidado de favorecer y ayudar con buena parte de estas limosnas a monjas pobres y desamparadas que sin duda son las que mas necesidades pasan y con mas peligro de las almas cuando no están muy fundadas en la virtud. Cuando ponía la mano en componer enemistades, teníala tan buena que no sólo alcanza //64v. ba perdón de injurias o remisión de agravios por muchos años reservados a la venganza, sino que reducía los ánimos a admirable unión y concordia de voluntades, cosas que muchas veces parecían milagros.

Todas estas obras levantaba de punto y quilates su profunda humildad, porque mientras los hombres más le estimaban y honraban más se despreciaba él y se abatía refrescándoles la memoria de su linaje y la bajeza de sus padres. Porque si alguna persona principal de las que trataban o se confesaban con él, le hacía grandes comedimientos o alguna mas honra de las que por su humildad él quisiera, luego les decía quien era si no lo sabían porque le tuviesen en menos y aun estándose muriendo venció con este ardid al demonio el cual con gran despecho de ver la santidad y pureza de su vida, no hallando lugar por donde hacer suerte en su alma, quiso acometerle con vanagloria polilla de las mayores virtudes representándole los muchos y buenos trabajos de toda su vida empleada en servicio de Dios y bien de su iglesia. Mas él le rechazó con mucha presteza diciendo en voz alta que todos pudieran oírle: ¿Morisquillo? ¿y vos habéis de entonaros? ¿no sabéis la bajeza de vuestro linaje? ¿No os acordáis que fueron vuestros padres unos bajos herreros? y otras cosas semejantes con que envió corrido al demonio y él ganó mayor corona en el cielo. Muchas otras cosas muy señaladas se podrían referir de este santo varón que dejó para sus tiempos por escribir ahora las mudanzas de estado que otros tales hicieron por la predicación del Padre Baptista.

## CAPÍTULO XXXI

## CÓMO ENTRARON EN LA COMPAÑÍA OTROS SUJETOS MUY IMPORTANTES Y LA ILUSTRARON CON SUS VIRTUDES //65r.

Una de las personas que en este tiempo dejaron el mundo y se consagraron a Dios en la Compañía con mayor admiración e igual demostración de lo mucho que Dios obraba por este su siervo fue el Padre Licenciado Gabriel del Puerto, natural de Baza, ciudad muy noble y antigua, cabeza de obispado sufraganeo a Toledo desde los principios de la cristiandad en España, hasta la destrucción de los moriscos, ahora Diócesis de Guadix, y porque la manera de entrar en la Religión fue casi milagrosa. La contaré aquí en suma como pasó. Salió el Padre Baptista por las calles de Granada con gran copia de gente cantando la doctrina cristiana y dando muchas alabanzas a Dios, oyolos el Padre Puerto, que entonces era hombre grave y de letras, abogado de la Audiencia y tocole tanto Nuestro Señor que olvidado de sí y de su estado de repente se le puso al Padre a su lado y comenzó en voces altas a convidar a todos a alabar a Dios diciendo según la gente, que se le ofrecía a los ojos, alaben a Dios las galas y la limosna, alaben a Dios los nobles y caballeros, alábenle eclesiásticos y seglares con tanta devoción y fervor que a todos encendía y animaba para poner en obra lo que pedía. Pasaron por la plaza de la Audiencia y al ruido y voces de los que cantaban pusiéronse el Presidente con algunos oidores a la ventana, donde luego que el Licenciado Puerto los vio arrebatado de la fuerza de su fervor y espíritu y como fuera de sí levantó la voz cuanto pudo y dijo: alaben a Dios los presidentes, alaben a Dios los oidores y otras cosas semejantes que Dios ponía en su lengua y con que él hería los corazones de aquellos que antes le conocían, parte con espanto de tan repentina mudanza, parte con el afecto y sentimiento de su corazón. De esta manera prosiguió toda aquella tarde hasta que habiendo oído la plática del Padre Baptista él se volvió a la noche a su casa contento y como enajenado de sí, con el ímpetu y fervor de su //65v. devoción donde considerando con más sosiego lo que por él había pasado la tarde antes, él mismo se espantaba de sí, se desconocía, se admiraba de lo pasado y se hallaba halagado para volver a los oficios que en el siglo hacía, porque hombre (se decía así mismo) que hoy ha dado voces por las calles alabando a Dios, cómo tendrá mañana lengua para darlas en los pleitos del mundo quien hoy me vio con tanto desprecio del mundo, que dirá mañana si me ve metido en medio de su bullicio. Condenáranme los más amigos por inconsiderado, los no conocidos por antojadizo y aun tenerme el vulgo por loco. Si esto se persuaden qué autoridad tendré para con los jueces en mis pareceres, qué opinión los litigantes, quién se atreverá a encargarme sus negocios si así trato los míos o fiará de mí su casa si de la mía doy esta cuenta, quien hoy así se retó con el mundo debió hacerlo para no ponerse otra vez a barajar con él y más en caso donde se pierde el crédito y opinión de cuerdo y prudente que a todos sustenta en honra y a los de mi oficio en honra y provecho. Pues yo ultrajé al mundo y su vanidad no quiero ponerme ni ponerle en ocasión que me tenga en poco o me pierda el respeto, mas aún todo será asegurarme en la Religión donde lo que él califica por locura es canonizado de Dios por prudencia del cielo. Esto pensaba el santo varón y Dios esforzaba sus divinas inspiraciones, sus buenos intentos hasta que venida la mañana se vino al colegio y con gran denuedo pidió a los Padres le recibiesen en su Religión, admiráronse ellos de

tan resuelta determinación así por ser el Licenciado Puerto tan buen sujeto como por haberle cogido a aquellos deseos en tiempo que comenzaba el mundo a traerle en palmas ofreciéndole lo que él más estimaba, honras y casamientos muy honrados con dotes muy crecidos. Los Padres viendo la firmeza de su voluntad y reconociendo en la gracia de su //66r. vocación, lo mucho que había de servir en ella a Nuestro Señor, recibiéronle en su Compañía con igual contento suyo y de todos. Diéronle estudios de Artes y Teología y ordenáronle sacerdote. Comenzó luego a ejercitar su talento, ejercitando el primero en grandes asperezas y mortificaciones públicas y secretas con las cuales creció admirablemente en todas virtudes especialmente en la oración y celo de las almas en cuyo bien se empleaba ya en el púlpito, ya en el confesionario, ya diciendo cosas, ya dando consejos, o comentando negocios, para lo cual tenía particular gracia del cielo y ayudaba con sus buenas letras y grande prudencia conocida y estimada de cuantos le conocían. Pasó en África a título de rescatar cautivos, como en su lugar se dirá y con fervorosos deseos de intentar la conversión de los moros y murió después en el colegio de Segovia, en Castilla la Vieja, donde había sido enviado de los superiores a tratar un negocio importante.

Tenía el Padre Puerto un grande amigo y compañero en el siglo, el Licenciado Lorenzo de Valverde, natural de Chillón, villa del Duque de Segorbe, en Sierra Morena, quince leguas de Córdoba y de su obispado. Hombre letrado y de gran seso y mucha capacidad para todos los negocios y que había dado de sus //66v. buenas letras y prudencia bastantes muestras en la Chancillería Real de Granada, donde juntamente con el Padre Puerto abogaba, viviendo ambos en compañía. Estaba él ausente de esta ciudad cuando su compañero tomó el acuerdo de entrar en la Religión, mas luego que vino y lo supo admirado de tal mudanza sin esperar más términos se determinó luego a seguirle. Pidió la Compañía y recibiéronle, vivió en ella muchos años con mucho ejemplo de virtud e igual fruto de aquellos cuyas almas trataba, y eran muchas y muy principales las personas que fiaron de él el gobierno de sus conciencias y el provecho que en ellas hacía muy grande. Fue muy señalado en la virtud de la paciencia, crisol donde se afinan las almas y muestra sus quilates el oro de la virtud. Ejercitado en Nuestro Señor en graves y prolijas enfermedades padecidas con admirable sufrimiento y mansedumbre hasta la muerte, por la cual pasó de los males de esta miserable vida a gozar de los bienes eternos de la otra bien aventurada dejando muchas prendas de su santidad y mucho dolor a todo el pueblo de perder un obrero tan fiel de la casa de su señor.

Fue también recibido en la Compañía por este tiempo el Padre Julián de Oviedo, natural de la ciudad de Almagro, Diócesis de Toledo, hombre crecido ya en días, rico y benefi //67r. ciado de un lugar en el obispado de Guadix. Éste oyendo un sermón del Padre Baptista fue herido de la fuerza del espíritu divino que venía envuelto en sus palabras y con mucha demostración de humildad y arrepentimiento de su vida pasada, se resolvió de seguirle entrando en la Religión, en la cual aprovechó maravillosamente en todos los ejercicio de la vida espiritual y trato de las almas, porque con ser hombre de edad menos fuerte para trabajos, los acometía todos por hacer bien a los prójimos con grande ánimo y olvido de los regalos del mundo. No le era estorbo la vejez, ni el haberse criado en ociosidad y descanso para no ocuparse de día y de noche en oír confesiones, viniendo a deshoras a dar algún refrigerio a su cuerpo, en lo cual era muy limitado guardando en todo tiempo singular abstinencia, especialmente en los ayunos de cuares-

ma cuando más trabajaba y más necesidad tenía de algún alivio para suplir la falta natural de las fuerzas, las cuales recibía él no del mantenimiento ordinario (pues era muy limitado y tomado a pura fuerza solo al mediodía, sin gustar a la noche cosa ninguna) sino de la oración y meditación de las cosas divinas donde él salía con tanto brío para el trabajo como si fuera un mozo de pocos años; nadie le vio cansado aunque lo estuviese //67v. ni despedir penitente por muchos que le cargasen o por tarde que fuese. Antes sí compadeciéndose de su cansancio y edad trabajada el portero le descargaba de algunos, en ninguna manera lo consentía y él mismo los detenía. Íbanse los ojos no tras lo lucido y rico del mundo sino tras lo más desechado y humilde y los más pobres y menos bien vestidos eran de él más bien recibidos. En los hospitales siempre buscaba los más llagados y a quien otros tenían horror de llegarse, y a éstos oía y confesaba de mejor gana y les llevaba cuando podía limosnas y regalos con que les hacía más tolerable la enfermedad. Recogía con admirable cuidado y ferviente caridad las sobras de casa y de la huerta habiendo pedido licencia a los superiores y aun plantaba por su mano algunas legumbres por los lugares más desocupados y desaprovechados de las huertas y de ellas cogía por sus días lo que bastaban y él mismo las aderezaba y guisaba para repartirlas a los pobres, gastando en esto el poco tiempo que para su reposo le quedaba después de comer cuando los demás según el uso de la Compañía tomaban alguna recreación o descanso.

En las cárceles siempre estaba a mano de los más perdidos hombres y desgarrados, hablábalos con mucho años //68r. acariciábalos y tenía particular don de Nuestro Señor para remediarlos. Salían de sus manos trocados en otros hombres sujetos y aprovechados y tan aficionados a su persona y santidad que cuando volvía a las cárceles todos le cercaban y a porfía llegaban a besarle cual la ropa, cual la mano, como mejor podía; toda esta autoridad granjeaban sus canas autorizadas con la inocencia de la vida y méritos de sus obras.

Ejercitose mucho tiempo en salir a misiones con extraña hambre de la salud y bien de las almas. Donde quería que estaba iba con él la luz de la devoción, así afervoraba los pueblos, los despertaba del sueño de los pecados y hacía seguir el camino de su salvación. Ganó muchos y muy buenos sujetos para la Compañía y para el cielo innumerables hombres y mujeres a quien redujo a mejor vida por medio de su doctrina y administración de sacramentos de la comunión y penitencia.

Tuvo mucha mano con la gente eclesiástica, a quien con su buena gracia y ejemplar trato granjeaba primero las voluntades y después con amigables consejos y agradables y cuerdas reprehensiones los reducía a la suya para acomodarlos en todas las co //68v. sas a la de Dios. Cuando la rebelión de Granada, sirvió mucho en las guerras a Dios y al Rey, esforzando a los soldados y confesándolos de día y de noche, quitándoles las ocasiones de pecados y enseñándolos a conquistar la tierra y el cielo y en medio de tantos y tan continuos trabajos cargados sobre edad muy pesada, tenía particular estudio de la penitencia, mortificando su carne y martirizándola con rigurosas disciplinas de cada día. Vivió de esta manera en la Compañía casi veinte años y después de ellos partió de esta vida para la eterna a gozar de la gloria que desde entonces posee. Sintieron su muerte y lloráronla toda suerte de gentes y más los eclesiásticos que le amaban como a padre suyo y de los pobres, y algunos en demostración del mucho amor que le tenían le hicieron públicas y solemnes exequias en sus lugares y templos.

Fue maravillosos entre todos el suceso del hermano Gaspar López, joven lozano y gallardo, natural de Granada y conocido en toda ella por sus galas y bizarría, zambullido de vanidades de mundo en trajes, caballos, juegos y vicios, de mancebo libre, rico y sin freno. Cansábanle mucho las cosas que le decían del Padre Baptista, de sus sermones y de lo que en ellos obraba, huía de oírlos y de toda ocasión de mudar pensamientos, //69r. tan poco cuidado le daba la enmienda de la vida ni el peligro de su alma. Pudo al fin la porfía de un grande amigo suyo, a quien había rendido el Padre Baptista, convencerle a que un día le oyese y más por cumplir con él que por gana que tuviese de oírlo, le dio palabra de hacerlo. Vino una tarde que el Padre predicaba en casa disimulado por no darse a conocer (que a éstos paréceles que pierden su punto en sujetarse a las obras de la virtud) y encubierto a la sombra de una columna oyó en pie su sermón, por ventura por no obligarse a perseverar hasta el fin de el y poder con menos nota dejarlos si se cansase. Habló aquella tarde el Padre Baptista con el encarecimiento y fuerza del espíritu que solía del infeliz cautiverio del pecado, del peligro en que trae vendido a su dueño, de la facilidad del remedio por la penitencia, de la desventura de aquel que pierde la ocasión de salvarse y teniendo abierto el cielo y Dios sus brazos abiertos para recibirlo a perdón y misericordia, aguarda que los cierre la divina justicia con tanto riesgo de eterna condenación. De cumplimiento había venido aquella tarde el mancebo, mas lo convirtió Dios en las veras de su remedio y con las palabras de su predicador le mudó el corazón de manera que en acabando el sermón se halló él tan otro de lo que había venido //69v. que al punto sin más dilación trató de hacer una confesión general. Hízosele encontradizo en esta coyuntura aquel su amigo (pueden mucho en estas ocasiones los que de veras lo son) en compañía de un Padre de casa, el cual le trató blanda y amigablemente y él se le descubrió con mucha demostración de humildad y arrepentimiento de los devaneos de su vida loca y profana, se entregó a su voluntad para que le diese orden de cómo haría penitencia de sus culpas.

Aconsejole el Padre se recogiese por algunos días en el colegio para recorrer con más quietud los caminos de su juventud, rematar cuentas y asentar nuevo libro con Dios, hízolo así él enviando grande aparato y aderezos de seda para el aposento y cama permitiéndolo así Nuestro Señor para que aun allí tuviese más que dejar por su amor. Encerrose pues en una celda y habiendo gastado algunos días en santos ejercicios de oración y meditación de los beneficios divinos, haciendo juntamente memoria de sus pecados, al fin de ellos hizo una confesión general de toda su vida y determinó mejorar lo que le restaba en la Religión. Ayudole Nuestro Señor a determinarse con algunos ejemplos que vio en los religiosos de aquella casa, porque aceptó a tener un vecino pared en medio de su aposento al cual oía cada noche hacer una fuerte disciplina con muchas lágrimas y gemidos pidiendo //70r. perdón de sus pecados a Nuestro Señor, demás de esto abriendo un día la puerta de su celda pasaba un hermano vestido de un saco, una mordaza en la lengua y azotándose hacia el refectorio donde suelen hacerse estas mortificaciones y causole tan grande confusión y vergüenza que vuelto a cerrarse en su celda se puso muy avergonzado a hablar con Dios y le dijo: *Señor ¿qué es esto?, ¿que vuestros siervos empleados en servicios se traten de esta manera y yo habiéndoos ofendido tanto no me ocupé en llorar mis pecados?, ¿ellos desnudos y yo envuelto en sedas?, ellos con estar en lugar más seguro en la talanquera de la Religión tantos pertrechos hacen contra las asechanzas del demonio y yo en medio*

*del gozo tan descuidado de los peligros en que ando de mi perdición*. Con estas y otras razones conquistaba ya el nuevo soldado de Cristo su corazón y lo rindió al fin a despedirse del mundo, a dar de mano a las riquezas y entrar en la Religión. Mas los Padres que antes le conocieron tan liviano y vicioso no quisieron por entonces admitirle hasta que diese muestras de más asiento en la virtud y con ellas asegurarse la liviandad de que le hacía sospechoso el //70v. rompimiento de la vida pasada. Diolas él y muy buenas, porque luego se despojó de sus galas, dejó los trajes profanos y se vistió llana y humildemente de una capa larga de paño pardo y una caperuza pobre y se ejercitó por muchos días en obras de piedad, mayormente en servir los pobres del hospital, curando los llagados, quitándoles el cabello y haciendo otros oficios humildes con grande admiración de toda la ciudad y bastante satisfacción y prueba de su virtud. Viendo su perseverancia lo recibieron en la Compañía y en ella gastó muchos años en servicio de Dios y de su Religión en el estado de lego. Fue enviado a Berberia a tratar la redención de cautivos y allí padeció grandes trabajos y peligros de muerte por excusar pecados y reducir los renegados a la unión de la iglesia, como en su lugar escribiremos largamente. Y vuelto a España prosiguió su vida religiosa hasta recibir en premio la eterna.

Imitáronle otros muchos mancebos ricos y honrados hijos de personas de mucha consideración en la ciudad y ellos de mucho ejemplo en la mudanza de estado, por ser de tan buenas partes, naturales tan conocidos por sus riquezas, por el fausto y //71r. grandeza con que se trataban y mayormente por la humildad del grado en que se ofrecían a Dios en la Religión, escogiendo el servir en los oficios humildes de casa sin ser ordenados, ni ejercitarse en estudios aunque pudieran, siendo como eran mozos de muy buenos entendimientos y capaces de las más graves ocupaciones de la Religión. Señaláronse dos entre otros, el hermano Juan Loarle, que habiendo sido en el siglo tan honrado y rico como dijimos y teniendo después en la Compañía un hermano menor sacerdote, perseveró el oficio de coadjutor hasta la muerte. El otro fue el hermano Luis de Soria, hombre de mucho ser y valor y para mucho de gran seso y capacidad y con principios de letras humanas, el cual importunado muchas veces por los superiores que se ordenase sacerdote se excusó diciendo que tenía hecho voto de no servir tan alta dignidad y habiéndose irritado por tres veces el voto, el lo tornó a hacer otras tantas y nunca lo pudieron acabar con él, antes él acabó su vida muy santamente empleada en servicio de Dios y de la Compañía sin dejar el estado de Marta, en el cual ganó muchas virtudes y con ellas mucho cielo y dejó a los sucesores ejemplo de verdadera humildad y perpetua condena //71v. ción de vanidad de los que siendo mucho menos que él pretenden en la religión lo que jamás pudieron en el mundo si allá se quedaran.

Cuentan de este hermano que yendo en Sevilla al Hospital de las Llagas a servir a los enfermos, le dieron gran copia de vendas y paños para que los lavase, cobró tanto horror y aseo haciéndolo que casi estuvo para dejarlo, mas volvió luego sobre sí encomendándose a Dios y se venció de manera que con ellas mismas se refregó rostro y boca muchas veces hasta que sujetó la repugnancia primera y prosiguió con nuevo aliento esta victoria lavando los que restaban. Esfuerzos son éstos de la gracia divina y prendas bastantes y extraordinarias de que en lo interior obra mayores efectos contra los enemigos espirituales quien con semejantes ocasiones tan animosamente rompe consigo aun donde pudiera sin riesgo de la virtud dejarse vencer del justo horror de la naturaleza.

## CAPÍTULO XXXII

### DE OBRAS Y VIRTUDES MARAVILLOSAS DEL PADRE BAPTISTA.

Con estos y otros semejantes ejemplos se movieron tanto los ciudadanos de Granada, que muchos de ellos reformaron sus vidas y se entregaron a la voluntad del Padre Baptista, para que como maestro les señalase los ejercicios y ocupaciones en que pudiesen emplear santamente sus fuerzas. Era //72r. el número de estos grande, todos personas honradas convertidos en sus sermones, deseosos en gastar su vida en servicio de Dios, sujetos al orden y disposición del que los había sacado de las prisiones del mundo y puestos en libertad de hijos de Dios; a estos ejercitaba el Padre Baptista en obras de piedad, principalmente en servir y remediar los pobres de las cárceles y hospitales y acudía él muy de ordinario con ellos a los enfermos de Juan de Dios, ayudándoles a barrer las enfermerías, a coger la basura, a lavar los platos y ollas y a darles de comer, a proveer la casa de agua trayéndola con cántaros en cuerpo desde la Plaza Nueva hasta el hospital, sin hurtarse a cualquiera otros servicios humildes con un semblante tan agradable que se le echaba de ver en él el espíritu de Dios que le gobernaba en todas estas cosas, más singularmente se descubrió en lo que ahora diré.

Padecían mucha necesidad los enfermos de este hospital, los cuales tenía este bendito Padre muy en su corazón, porque reconocía en ellos a Jesucristo y con este a su dolor, regalaba y servía; comenzó en el púlpito a convidar a la gente por oficios señalando a cada suerte su día para que en él diesen comida y cena a los pobres y para mas animarlos convidó en primer //72v. lugar al Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero, después de él su Cabildo, su día a los Canónigos y el suyo a los Racioneros, y todos acudieron a su voz como a la de Cristo a quien miraban en él como en su ministro. Leváronles de comer estos señores con gran voluntad y sirviéronles por sus personas a la mesa como pudieran servir a su Rey, desnudas las cabezas, en cuerpo, con sus toallas al hombro, dándoles agua a manos, ahuyentando con ventalles las moscas y dándoles el tiempo que la comida duraba, mucha y buena música los cantores de su iglesia. Prosiguieron luego por el mismo estilo todos los oficios de la ciudad, precediéndoles los colegios con mucha largueza y devoción, de manera que a porfía se le ofrecían al Padre sin convidarles. Dura esta costumbre en muchos lugares de Andalucía principalmente en Córdoba, donde hasta hoy se conserva con el mismo fervor que en aquellos principios y dan personas particulares las cenas, por sus días y las sirven como arriba dijimos, no en un hospital sólo sino en muchos, sin que, o los años que todo lo cansan, o las muchas necesidades de los tiempos que estrechan los ánimos, ni lo que más es el horror de algunas enfermedades contagiosas haya menoscabado o entibiado la caridad.

Acabada la cena daba el Padre Baptista las gracias //73r. (así se usa también ahora) con una breve plática de cosas de Nuestro Señor, con que ganó muchas almas para su Majestad y estorbó con tan santos entretenimientos gran número de pecados y de ocasiones porque era innumerable la gente que dejadas ocupaciones menos honestas se recogía en el hospital los días de fiesta a las tardes y allí las gastaba todas ayudando en tan santas obras o viéndolas. Sucedió en una plática de éstas una cosa bien rara y digna de toda memoria, y fue que habiendo visto el Padre Baptista en la cama de un pobre unas sábanas llenas de sangre y manchas de las llagas, se le enterneció el corazón y

subiéndose al púlpito (que por no caber la gente en la iglesia se había puesto en medio del patio grande del hospital) y con gran lástima reprimiendo su sentimiento y lágrimas dijo lo que pasaba y añadió: *¿este pobre de nuestra carne es?, nuestro hermano es, ¿y de nuestra naturaleza donde se sufre que padezca de esta manera?, ¿dónde está la piedad cristiana?, ¿para cuándo se guarda?, vayan al Padre Rector y pídanle licencia para que yo venda este manteo y de su precio se compren sábanas para estos pobres* y abrazado en este punto de un nuevo y grande ardor de espíritu exclamó diciendo: *hermanos, ¿quién viste a Jesucristo desnudo en sus pobres?*, hizo Dios tan poderosa esta pa //73v. labra que al punto se levantó un clérigo en el auditorio y quitándose el manteo de los hombros se lo arrojó al púlpito de limosna. Fue cosa maravillosa el sentimiento del pueblo en esta ocasión y milagroso el fervor con que al momento comenzaron los hombres a ofrecer y echarle a los brazos las capas, los sayos, las gorras de seda y sombreros. Las mujeres arrojaban las sayas y tocas con picos de oro, los anillos de las manos y los zarcillos de las orejas y todos dieron lo que mas podían con tanta prisa y fervor que fue necesario le ayudasen muchos hombres honrados y devotos a recibir lo que se ofrecía. Todo con tantas lágrimas, suspiros y gemidos que herían el aire y aun penetraron el cielo donde las ofrendas y corazones se recibieron en agradable sacrificio de misericordia. El día siguiente enviaron muchas otras personas particulares mucha ropa blanca de lienzo, sábanas, camisas, colchones y algunas frazadas con otros regalos de enfermos y otra vez habiendo encomendado el mismo Padre la limosna de los pobres por la mañana diciendo que a la tarde los aguardaba en el hospital, fue tanta la gente que acudió y tantas y tan liberales las limosnas que ofrecían, que fue necesario tomar entre cuatro hombres una frazada por los cabos y recibirlas en ella. //74r.

Andaba con estas cosas la ciudad toda metida en devoción, los más cuerdos tenían en que ocuparse con ganancia suya y ayuda de los prójimos; los más libres y disolutos llevados de la curiosidad gastaban los ratos de plaza y paseo en ver lo que los otros hacían, no sin interés de sus almas, porque o convidados de la hermosura de la virtud se aficionaban a imitar los buenos ejemplos de los que miraban, o no teniendo a mano las ocasiones excusaban pecados, cosa que al demonio le hizo mal gusto y así procuró por todas vías atajarla en sus principios solicitando por medio de algunos murmuradores los ánimos de algunos religiosos graves y de opinión con el pueblo para que con su autoridad desacreditasen la obra y con sus dichos entibiasen la piedad de los que se ejercitaban en ella. Tomó la mano un Padre de la Orden del Venerable San Agustín muy grande predicador y muy seguido de la ciudad, el cual dio orejas y se creyó más de ligero que su prudencia le permitía, después de haber oído algunos chismes de poco momento, que era grande el ruido de la ciudad y la inquietud y bullicio del pueblo muy extraordinario y el fruto de las limosnas poco seguro por lo mucho que de ellos se llevaba la vanidad y aplauso del mundo, que tantos y tan ordinarios concursos de gentes no podían ser muy limpios de culpas y otras cosas semejantes que el demonio ponía en boca de los mal dicientes, para disimular sus da //74v. ñados intentos derribar por el suelo tan heroicos principios como los de obra tan provechosa y cristiana.

Subiose al púlpito y comenzó a tratar de las novedades que pasaban en la ciudad y aprovechándose de las palabras con que los de Jerusalén pidieron a Dios buen suceso de los portentos que se vieron en tiempos de los Macabeos, cuando discurrieron por el aire escuadrones de gente armada haciendo ensayos de guerra con armas y caballos

dijo: *Utinam Deus in Bonum hec monstra convertat*. Mejore Dios las cosas y saque bien del mal que amenaza, prosiguió con algunas razones a este propósito las cuales le bastaron varios pareceres entre la gente condenando unos y aprobando otros lo que el predicador había dicho. Llegó a noticia del Padre Baptista el escándalo de la ciudad y aunque le dio mucha pena el estorbo que el demonio quería poner a tan buena obra por un medio tan justo como el de la predicación, ni se encolerizó nada, ni perdió punto de su fervor antes continuando con toda diligencia lo comenzado, encomendose a Nuestro Señor el reparo del daño pasado y el desengaño del predicador y del pueblo, e inspirole su Majestad que no hay semejantes ocasiones más cierto desengaño que el de los ojos, ni respuesta más sin calumnia que las obras cuando son tales, porque razones rasgadas y palabras picantes no sirven de curar ánimos dañados sino de enconarlos y herir las orejas sin fruto. Persuadiose el Padre Baptista que el mejor modo para autorizar su obra sería //75r. si el mismo que le había condenado le abonase públicamente y se condenase por haberla desacreditado. Fuese a visitar al religioso a su casa y habiendo tratado varias cosas le dijo: mande vuestra paternidad que nos salgamos un poquito al campo, que no ha de ser todo trabajar, holgó mucho de ello el religioso por ir en su compañía; saliéronse mano a mano entreteniendo la tarde en buena conversación, guiando siempre el Padre Baptista, de manera que llegaron cerca del hospital a la hora de dar la cena, que por su orden estaba bien prevenida con la mayor solemnidad que se daba. Hallándose pues junto a la puerta preguntole el Padre Baptista si era servido su paternidad que entrasen a visitar los pobres enfermos y decirles algún Evangelio, respondiole que de muy buena gana. Luego que entraron dentro hallaron puestas las mesas, la cena a punto y mucha gente honrada en cuerpo sin bonetes para servirla. Suplico a vuestra paternidad, dijo el Padre Baptista, eche la bendición y acompañaremos ambos a estos señores en el servir a los pobres. Hiciéronlo así los dos con sus compañeros de la misma manera y con las mismas ceremonias de policía y reverencia que todos los otros, con grande confusión del religioso y mayor admiración de toda la gente que le conocía y sabía cuan mal había sentido y hablado de lo que ahora hacía. Acabada la cena y queriendo algunos devotos fregar como solían los platos, entró en el patio un caballero principal con un hábito de Santiago en los pechos, muy a tiempo viene vuestra merced le dijo //75v. el Padre Baptista para gozar del barato, quítese la capa que muy bien parecerá una cruz entre estos platos, quitose al punto la capa y gorra y dándosela a un criado se hincó de rodillas y comenzó a fregar platos, quedose el religioso como pasmado y revolviendo sobre sí consideró cuanta más obligación tenía él por su hábito y profesión de dar buen ejemplo en semejante ocasión y avergonzado de que un seglar y tan noble le hubiese ganado por la mano en un ejercicio de tanta humildad, levantose las mangas negras y puesto de rodillas fregó los platos con los demás.

Acabado este oficio el Padre Baptista le hizo dar agua a manos y luego suplicó al religioso encarecida y cortésmente diese las gracias con una breve plática a los que por amor de Dios habían servido y regalado a sus pobres con la voluntad y devoción de que su paternidad era testigo; aceptolo de buena gana y tomando una silla dijo con grande generosidad de ánimo e iguales muestras de su mucha religión y virtud, oyéndole toda la muchedumbre de gente con maravillosa suspensión y silencio. En días pasados condené mal informado lo mismo que hoy aquí he hecho y aunque haciéndolo he satisfecho por el escándalo (que diciendo en contra de ello causé) con tantas ventajas cuan

las llevan las obras a las palabras, con todo eso digo: que yo estoy desengañado de las sospechas que en tan santa obra puso la calumnia de los maldicientes y pido perdón a Nuestro Señor de mi culpa y a los presentes del escándalo que por mi parecer recibieron en recompensa, de lo uno y de lo otro doy palabra de ser predicador de esta obra por toda mi vida, no como merece, pues no sabré encarecerla sino como pudiere y prosiguió con otras muchas razones encomendando a los oyentes la perseverancia, calificando con palabras de mucho peso la santidad y merecimientos de las obras que en el hospital se hacían. Con //76r. esto se despidió aquel día quedando todos muy alentados para proseguir lo comenzado; el Padre Baptista muy agradecido a Nuestro Señor por tan dichoso suceso y el fraile muy su amigo y de la Compañía.

Semejantemente le aconteció con el Padre Fray Juan de la Vega, religioso de la Orden de la Santísima Trinidad y grande predicador, el cual trajo el Padre Baptista al hospital una tarde habiendo visto y acompañado a los demás en los ministerios de servir a los pobres, se desengañó de algunas siniestras informaciones y aquel mismo día hizo una plática en abono y recomendación de lo que allí se hacía y en adelante fue pregonero de sus alabanzas y del buen celo del Padre Baptista, tanto pueden la fuerza de la verdad y tanta era la prudencia y santa discreción de este Santo varón.

## CAPÍTULO XXXIII

## DE LA HUMILDAD Y ORACIÓN DEL PADRE BAPTISTA Y DE SU DICHOSA MUERTE.

No le eran estorbo a este bendito Padre sus muchas y graves ocupaciones, ni el cuidado de tantas almas como a su cargo tenía, para no darse muy de veras al ejercicio de las virtudes, antes de tal manera se ejercitaba en ellas como si de ninguna otra cosa hubiera de dar cuenta. Hacía dentro de casa los oficios humildes, encargándose de la limpieza de los lugares comunes, de aderezar y encender las lámparas, de barrer la cocina y con instancia pedía al cocinero le mandase lo que quisiese. Jamás se apartaba de la presencia de Dios y solía él decir: pensar en Dios y obrar por Dios; y así lo hacía como bien se le echaba de ver en su consideración, la cual toda era de Dios y con tan grande gusto que le ponía en los oyentes de manera que había muchas personas graves y religiosas que de propósito le ofrecían ocasiones para que hablara de Dios y continuaban muchas horas oyéndole con particular devoción y regalo de sus almas. Tanta era la dulzura y suavidad con que hablaba de Dios, al fin el calor del corazón y la abundancia de los sentimientos celestiales, en la boca había de hacer su muestra y el amor de Dios en las palabras, también se había de conocer que como el otro dijo: él es el que hace elocuentes y da lengua a los niños. Gozaba de muy dulce sosiego en la oración y estaba //76v. tan hecho a recogerse dentro de su corazón en todo lugar, que todas las cosas le ayudaban a levantar el pensamiento a su Dios. Si salía al campo y veía alguna flor luego se arrebataba en contemplación de la hermosura divina, si un corderito, acordábase de Cristo, Nuestro Señor, que en él se había representado y enternecíase tanto que se derretía en lágrimas; tuvo don de profecía y él mismo escribió de su mano la hora de su muerte mucho antes que sucediese. Tratando una vez de la inconstancia de las cosas humanas dijo: veis el cielo sereno, pues cuando bajemos de aquí estará todo revuelto y

fue así como lo dijo. Hizo la profesión de cuatro votos el año de 60 por julio día de la Visitación de Nuestra Señora, en manos del Padre Doctor Plaza, Rector del colegio de Granada y Viceprovincial entonces por ausencia del Padre Bartolomé de Bustamante, que había ido en compañía del Padre Francisco de Borja, Comisario General del Reino de Portugal; predicó en ella el Arzobispo Don Pedro Guerrero, acreditó mucho en el sermón la Compañía y dio liberalísimamente de comer aquel día a los de casa y a muchos huéspedes eclesiásticos y seglares.

Fue conocida su santidad en España y fuera en Italia, donde habiendo sido llamado de nuestro Padre Francisco de Borja, adoleció en Roma de muerte, pidió los sacramentos de la eucaristía y extremaunción, recibiolos con mucha devoción y con ella dio su bendita alma al que la había criado para vivir en la bienaventuranza en compañía de los ángeles.

## CAPÍTULO XXXIV

## FUNDACIÓN DE LA CASA DEL ALBAICÍN EN GRANADA Y PROVECHO QUE CON ELLA SE HIZO EN LOS NATURALES.

Pasaban estas cosas por los años del Señor de 1558 y 59, y en éste se sacó una colonia del colegio de Granada al Albaicín, para beneficio de los naturales recién convertidos. //77r. Es el Albaicín un barrio parte de la ciudad, puesto sobre monte al septentrión, fundación de los moros que de la pérdida de Baza escaparon, donde después se recogieron los de la ciudad cuando los Reyes Católicos la ganaron, los moradores de él por falta de doctrina y sacando tres lenguas poco más tenían de cristianos que los nombres, muchos errores y abusos de moros y que muchos lo eran de corazón, porque habiéndose dado a concierto en la conquista de aquel reino el año de 1492, segundo día de enero, quedaron sujetos a los Reyes Católicos, mas no a la ley de la Religión, hasta que habiéndose revelado poco después contra ellos les obligaron a recibir la fe, o desamparar la tierra y pasarse con los suyos en Berberia. Hiciéronlo así muchos con quien pudo mas la ciega superstición de su ley que el amor de la patria y posesión de sus casas y haciendas. Los demás a quien tan justos respetos detuvieron en la tierra obedecieron al pregón y mandato del Rey, mas aunque recibieron el santo bautismo conservarón trajes y lengua y con ellos la afición a las ceremonias y vanos ritos en que estaban criados y los hijos criaban de sus padres juntamente con la sangre las costumbres. Hizo todo su esfuerzo para reparar este daño el Santo Arzobispo Don Francisco de Talavera en aquellos principios y después los demás, que en aquella cilla le sucedieron, mas hízose poco en ellos por ser tan fresca su conversión y haber bebido con la leche de sus madres la mala doctrina. Solicitaba mucho este cuidado, el ánimo verdaderamente cristiano y celoso del buen Arzobispo Don Pedro Guerrero, el cual trató con la Compañía de algún remedio y después de haberse consultado diversos, últimamente de acuerdo de todos se tomó una casa en el Albaicín junto a la iglesia de San Bartolomé, donde con beneplácito del Padre Maestro Laínez, Prepósito General, se pasaron cuatro sacerdotes y cinco hermanos en principio de julio de este mismo año de 59, teniendo //77v. por superior al Padre Don Sancho de Castilla, que después se llamó el Padre Ambrosio, hombre muy noble por su linaje, pues era de la mejor nobleza de Castilla, descendiente de grandes

del reino, mas mucho más ilustre por su santidad, amado y venerado de todos por su grande humildad, por su grande celo y por una afabilidad y llaneza que tenía muy como santo y verdadero despreciador del mundo y su vanidad.

Comenzaron luego los Padres a emplearse en tratar esta gente con mucho amor, en reconocer sus vicios para desarraigarlos, e industriarlos y enseñarlos en las cosas de la fe y costumbres de la Iglesia Romana para la reformación de las suyas, usaron para esto muchos medios y tres principales; el primero fue poner escuelas donde los niños aprendiesen a escribir y leer la lengua española y principalmente la doctrina cristiana, único y singular remedio para aficionarlos a la religión católica y reducir a sus padres al conocimiento y perseverancia en la fe. Venían los niños de buena gana por la buena acogida que les hacían los maestros y enviábanlos sus padres con mucho gusto tanto por el que en sus hijos veían, como por ver cuan sin interés les servía la Compañía, pues ninguna cosa se servía de ellos ni a título de limosna, ni de presente, aunque fuese algún regalo de frutos que solían enviar de sus huertas.

Enseñábalos a escribir el Padre Francisco de la Torre, de quien arriba hicimos larga mención y a quien ellos habían conocido en gran pujanza de mundo y algunos le habían servido. Ganoles mucho la voluntad con las veras y amor que en oficio tan humilde se ocupaba sólo (como ellos decían) por el bien de sus hijos, si //78r. bien el Padre miraba más altos fines de la gloria de Dios y ensalzamiento de la fe de Jesucristo. El Padre Juan García, con otros dos hermanos y un donado, acudían a los de leer con igual consuelo suyo y estima de los moriscos, a quien causaba admiración y respeto ver las canas de un Padre tan venerable y de tan buenas partes de valor y letras para cosas mayores, ocupado en enseñar la cartilla a los niños. Decíales dos veces al día la doctrina cristiana y antes de entrar en escuelas iban dos hermanos a decirles a los niños por las parroquias del Albaicín y otras veces en algunas pláticas se les declaraban algunos puntos de los más necesarios de ella y los misterios de nuestra fe; predicábales el Padre Maestro Albotodo en su lengua, y aunque muchos le aborrecían por ser contrario a sus costumbres siendo de su nación, muchos otros le amaban y oían de buena gana los sermones y confesaban y comulgaban a menudo con devoción.

De más de esto acordaron los Padres habiéndolo tratado con el Arzobispo, escoger algunos mozos de los naturales más hábiles y más bien inclinados y criados dentro de la casa en virtud y letras, para ayudarse de ellos en la enseñanza y conversión de los suyos. Con este designio y a fin de ayudar también a los comarcanos salieron tres Padres a misión por las Alpujarras, montañas fragosas y ásperas situadas a la parte del mediodía, las cuales antiguamente los moradores cristianos llamaban montañas del sol y aire, atravesadas de ríos, e impedidas de quiebras y barrancos que cogen por el invierno mucha nieve y por tanto dificultosas de entrarse por fuerza de armas, y donde sólo se pudieran conservar los enemigos hasta nuestros tiempos, después de la pérdida general de España. Había en ellas muchas poblaciones de moriscos, tan yermas de doctrina que las más aventajadas alcanzaban un cura y un sacristán, y muchos de ellos no los más pláticos y celosos de su oficio por ser //78v. las obenciones muy pocas, al fin como de gente pobre rústica y nueva en la religión.

Corrieron estos lugares los nuestros con grande trabajo y algún fruto de sus moradores, los cuales se confiaron en la fe con los sermones del Padre Albotodo, a quien reverenciaban como a santo y en demostración de ello salían por las calles hasta las muje-

res a besarle las manos cuando pasaba. Trajéronse a la vuelta consigo algunos mozos de buenas esperanzas con gusto de sus padres para el fin que arriba dijimos, y con otros naturales de Granada los criaban en la casa con todo recogimiento. Tenía cuidado de ellos un donado, gran siervo de Dios, que después entró en la Compañía y murió en ella con opinión de santo. Acompañábalos a las escuelas, comía con ellos en un refectorio, sacábalos al campo a recrearse, hallábase con ellos cuando visitaban a sus padres y poníales y enseñábales muy buenas costumbres. Aprendidas las primeras letras y la gramática, comenzaron el curso de artes y filosofía.

Con estos ejercicios, con la comunicación de los nuestros y poco o ningún trato de sus naturales aplicáronse maravillosamente a la virtud, y enterados muy bien en las cosas de nuestra fe enseñábanlas por las calles y plazas del Albaicín en su lengua vulgar, bajaban también a las cárceles de la ciudad donde solía haber muchos de su nación presos y allí los instruían en la doctrina con grande edificación y consuelo de muchos españoles que sabían la lengua y eran testigos de la fidelidad con que en este ministerio se ejercitaban.

Pensaron también los maestros otro medio tan importante como los pasados para la reducción de esta gente, y fue que //79r. buscaron dos mujeres ancianas de conocida y experimentada virtud, a las cuales pidieron con instancia y en nombre del Arzobispo (que les ofreció casa y sustento con todo lo necesario) que se encargasen de enseñar a las niñas moriscas la lengua castellana, a lavar y coser, a leer y escribir romance y latín, y los misterios de nuestra religión; tomaron tan de veras estas señoras de Dios este negocio que dentro de pocos días tenían gran número de muchachas y fue cada día creciendo juntamente con el provecho de su trabajo tan bien empleado, ayudaba mucho el hacerlo sin interés y el amigable trato que hallaban en ellas madres y hijas. Visitábanlas cada semana los Padres y hacíanles pláticas de la doctrina cristiana y aprovecharon tanto en virtud que alguna de ellas olvidaron padres, casas y haciendas y entraron a servir a Dios en un monasterio de Granada, dándoles para ello la mano el Arzobispo Don Pedro Guerrero, y perseveraron en él hasta la muerte, haciendo vida muy religiosa y santa con admirable ejemplo de las religiosas de su convento y confusión de las tibias en el servicio de Nuestro Señor. Otras ya que no se encerraron en monasterios, recogiéronse en casas particulares de señoras recogidas y honestas y allí vivieron santamente frecuentando los sacramentos a la iglesia de la Compañía. Otras finalmente casaron con cristianos viejos y en compañía de ellos vivieron cristianamente sin que en tiempo ni cosa alguna se les echase de ver algún resabio de las costumbres primeras.

Últimamente para ganar y ejercitar más a los hombres en cosas de nuestra religión y no dejar portillo por donde pudiese el demonio hacer entradas y resucitar la profanidad de sus fiestas y vanas ceremoni //79v. as de su secta, consultaron los Padres del Albaicín al Arzobispo, si sería bueno instruir una cofradía de varones y habiéndole parecido muy bien, él mismo les dio el título de la Concepción de Nuestra Señora y las leyes para el gobierno, con las gracias que podía concederles. Celebrose la institución con mucha solemnidad, entraron en ella los más honrados del Albaicín, confesaban y comulgaban a menudo los más aprovechados y hacían sus fiestas en nuestra iglesia con el mismo aparato y orden que las demás cofradías.

Todas estas cosas alentaba con su presencia y trabajo el buen Padre Ambrosio de

Castilla, Superior de la casa, el cual con maravilloso fervor, entrañable caridad y deseo del bien de los prójimos, igualmente procuraba la salvación de ellos. Traía con su buen ejemplo afervorada toda la casa, ejercitábase en las virtudes y en la oración, en la pobreza y mortificación de la carne en público y en secreto. Atrajo con su buen trato muchos sujetos de buenas esperanzas a nuestra religión, diré de sólo uno por ser extraordinaria la manera de su vocación. Había venido a Granada por este tiempo un mancebo de lindo talle y semblante, gallardo en el aire y traje de su persona, de gran pluma y mayores pensamientos, porque pretendía por ella subir y valer en el mundo. A la fama de las escuelas del Albaicín subió a nuestra casa por ver la mano de los maestros de escribir y con esta ocasión comenzó a tratar con el Padre Ambrosio. Sucedió un día que yendo a entrar por la puerta de la casa del Albaicín encontró con el Padre Ambrosio, el cual salía en cuerpo vestido pobrísimamente con una escudilla debajo del brazo para pedir limosna por la ciudad. Reparó el mozo y reparose el Padre un poco encomendando a Nuestro Señor un impulso //80r. que tuvo en aquel punto del corazón para convidarle a que le acompañara e hiciera otro tanto. Habló luego sobre ello al mancebo y obedeciole como si le fuera sujeto, vistiose una sotanilla vieja y remendada y con otra escudilla en las manos acompañó al Padre por la ciudad admirándose todos de ver un mancebo de tan buena gracia con tan extraña librea, gorra de terciopelo, sotana corta y de piezas, medias de seda parda y zapatos de terciopelo al uso del tiempo acuchillados y con cairel. Iba el mozo como fuera de sí pareciéndole sueño lo que veía y hacía, aunque de cuando en cuando le ofrecía Dios pensamientos de cielo, menosprecio del mundo y penitencia de vanidades pasadas. Pidieron así su limosna por la ciudad y después llegaron a la portería de un convento donde les repartieron de lo que dan a los pobres y comieron con ellos, volviéronse luego a casa donde el nobel soldado de Cristo contaba con gusto y admiración lo que les había pasado como si despertara de un sueño. El Padre Ambrosio sirviose de la ocasión para aficionarle más a seguir la virtud y desprecio del mundo de que tan buenos principios había dado y hallando en él disposición para ello le dijo: compóngase vuestra merced como muerto en la tierra y oírá lo que gustará de haber hecho estando vivo para asegurar el último trance de la muerte; el animoso mancebo que ya sentía en su corazón nuevos impulsos de morir al mundo y vivir a solo Dios en la religión, tendiose en el suelo, puso sus manos junto a los pies y cerrado los ojos representose difunto. Comenzaron luego los Padres a decirle su sentimiento, cual con mucha ternura y asomo de lágrimas dijo: Oh, pobre mozo, ¿cómo te ha //80v. cogido la muerte en medio de la flor de su juventud?, ¿qué habrá sido de ti? secundó otro. Ah, ¿cuánto te hubiera valido para esta hora haber gastado tu vida en servicio de Dios retirado de las vanidades del mundo?; llegó el tercero con voz alta quebrantada y llorosa dijo: ¿Ay desdichado de tí si mala cuenta tuviste?, ¿cuán crudos tormentos padecerás esta hora y cuán eternos te esperan?. Fue tanto el sentimiento que con estas y otras cosas le dio Nuestro Señor que levantándose en pie a gritos hizo promesa de no volver más al mundo sino servirle perpetuamente en la Compañía y así lo cumplió y vivió en ella muchos años enseñando a escribir a los niños, aprovechándolos y aprovechando él cada día más en virtud, pudo tanto su ejemplo que se movieron por él otro hermano suyo entrando en la Compañía. Creció en letras y santidad y sirvió con buen talento de púlpito a la religión y a los prójimos, varios son los caminos por donde Dios llama a los suyos.

Por este tiempo se halló esta ciudad en mucho aprieto y tribulación, porque tembló

la tierra tanto y tantas veces y por tantos días, que andaban los hombres llenos de pavor y espanto, como atónitos temiendo cuándo se había de hundir la tierra con ellos; apretó una noche de manera que hombres y mujeres se salían despavoridos a los campos y levantaban mil alaridos al cielo pidiendo misericordia, fue excesivo el número de gente que a nuestra casa acudió por estar entonces fuera de la ciudad y al paso por donde huían al campo, llegaron a nuestra iglesia al tiempo que los Padres estaban diciendo en voz alta y lastimosa el salmo de la penitencia haciendo una recia disciplina. Acompa //81r. ñáronla ellos con un llanto y gemidos tan dolorosos que rompían los corazones pidiendo a voces que abriesen la iglesia. Hiciéronlo así poniendo a trechos lumbres encendidas, hinchose de gente, descubriose el Santísimo Sacramento, en cuya presencia se derribaron en tierra y a voces y gritos bien lastimosos mostraban arrepentimiento de sus pecados. Pedían confesión a los Padres y a Dios perdón y misericordia de ellos. Repartiéronse los de casa, unos a oírlos y animarlos, otros a tener oración en compañía de toda la gente y así pasaron toda la noche hasta que se sosegó la tierra y Nuestro Señor se mostró propicio a los ruegos y lágrimas de tanta gente, criaturas suyas. Sacó Nuestro Señor gran fruto de esta ocasión porque se hicieron muchas confesiones muy como para morir. Hubo gran frecuencia de sacramentos, mucha devoción y lágrimas, muchos y firmes propósitos de nueva vida. Frecuentes limosnas en la ciudad, en cárceles y hospitales, finalmente muchas demostraciones de piedad y verdadera penitencia. //81v. (página en blanco).



San Ignacio de Loyola. Salvador de Molina, pintor. Retablo de San Estanislao de Kostka, Iglesia de San Juan de Écija.

# LIBRO SEGUNDO

## //82r. CAPÍTULO XXXV

### LIBRO SEGUNDO DEL FIN QUE TUVO CONSTANTINO, PERSEGUIDOR DE LA COMPAÑÍA Y DE OTROS VARIOS SUCESOS DE ESTE TIEMPO CON EL ACRECENTAMIENTO DEL COLEGIO DE SEVILLA (1560).

Con esta variedad de sucesos que hemos contado, prósperos y adversos, procedieron las cosas de esta provincia desde el año de 1553, primero de su entrada en Andalucía, hasta el de 1560, en el cual comenzaron todas con ayuda de Nuestro Señor a crecer con mucha prosperidad. Porque preso, como escribimos, Constantino por el Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla y con él muchos otros de sus allegados, luego se descubrieron gran número de herejes, hombres y mujeres, seglares y religiosos, a quien Egidio y Constantino principalmente habían engañado con su perversa doctrina. De ellos huyeron de las cárceles donde estaban presos, otros de ellos de sus casas no teniéndose por seguros en ellas, otros fueron castigados en autos públicos de la Inquisición donde se sirvieron mucho aquellos señores de algunos hombres doctos y santos para la reducción de aquellos herejes y señaláronse en esto aquellos dos insignes varones de la Sagrada Orden de Santo Domingo, el Padre Maestro Salas y Burgos, nombrados en esta historia muchas veces y dignos de serlo en todo el mundo por sus grandes letras con igual santidad y por lo mucho que sirvieron a la iglesia, persiguiendo y confinando los herejes de este siglo y amparando y defendiendo de sus calumnias a los nuevos canes de la Compañía contra quien ellos estaban armados de furor y rabia increíble por la resistencia que les hacían. Ayudaron a esta empresa de los nuestros el Padre Gonzalo González, el Padre Juan Suárez, con los padres Diego López y Francisco Gómez, varones todos señalados de gran caudal de espíritu y letras con que convencieron a los herejes de sus errores, de manera que a la fuerza de //82v. sus razones y argumentos no tenían con que responder sino con silencio y obstinación, o los redujeron al conocimiento de la verdad y detestación de sus er[sic].

Quemaron este año de 1560 en el auto general de la Inquisición los huesos del Doctor Egidio, Canónigo de la Magistral de Sevilla, que murió pertinaz en las cárceles y los de nuestro perseguidor Constantino sucesor de Egidio en la calongía, el cual temiendo el fuego de su condenación y más la afrenta de un auto público y las disputas con sus enemigos los católicos, cuya fuerza le acobardaba, él mismo se quitó la vida con sus

manos y de una prisión pasó a otra no temporal sino eterna. Mostrose este día el Padre Francisco Gómez, gran maestro como lo era y celoso defensor de la fe con un grandísimo hereje llamado Julianillo, por menosprecio de su infernal insolencia y desautorizada persona. Era español de nación, mas criado en Alemania entre herejes, donde bebió la ponzoña de las herejías de manera que los principales heresiarcas le habían elegido a imitación de lo que se cuenta en los autos de los Apóstoles por uno de los siete diáconos de su iglesia, o por mejor decir sinagoga de Satanás. Salió de Alemania con designio de aficionar toda España, yermó gran parte de ella, repartiendo muchos libros de perversa doctrina por varios países y sembrando las herejías de Lutero en hombres y mujeres, especialmente en Sevilla. Era sobremanera astuto y mañoso, condición propia de herejes. Hizo gran daño en toda Castilla y Andalucía. Entraba y salía por todas partes con sus trazas y embustes y pegando fuego donde ponía los pies. Húbose, aunque con mucha dificultad, a las manos y como hombre de agudo ingenio y dañadas entrañas, defendíase en las disputas con razones engañosas y cuando le apretaban los católicos con las verdaderas, reducíalo a voces y escabullíase mañosamente de todos los argumentos.

Encomendaron los inquisidores esta maldita bestia al Padre Licenciado Francisco Gómez, el cual hizo sus poderíos para poner seso a su locura, //83r. mas viendo que sólo estribaba en su desvergüenza y porfía y que a voces quería hacer buena su causa y que apellidaba gente con ellas, determinó quebrantar fuertemente su orgullo y cuando no se rindiese a la fe, a lo menos confesase su ignorancia dándose por convencido de la verdad, si quiera con mostrarse estafado sin saber dar respuesta a las razones de la enseñanza católica. Y fue así, que comenzando la disputa con grande soberbia junto a la hoguera en presencia de mucha gente grave y docta y casi innumerable vulgo, el Padre le apretó con tanta fuerza y eficacia de razones y argumentos que con evidencia le convenció y ató de pies y manos sin que hiciese ni supiese que responder, enmudeció el mal aventurado, mostró en el rostro la confusión y vergüenza y en él hecho su pertinencia y desesperación pues murió en su porfía. Mas quedaron los católicos muy alegres y dieron infinitas gracias a Dios de ver con fuego y avergonzado el hereje y la verdad de su fe manifestada con tantas y tan fuertes razones de las cuales otros de mas letras y suerte que este desvergonzado se aprovecharon abjurando sus errores se reconciliaron y reunieron al gremio de la Santa Iglesia Católica y recibieron la muerte con paciencia por castigo de sus pecados.

Condenado ya públicamente Constantino y castigados muchos de los que antes aborrecían la Compañía, particularmente un maestro de niños de la Escuela de la Doctrina Cristiana de esta ciudad, hombre idiota y hereje pertinacsimo, descubriose la inocencia de aquel. Los cuya vida y doctrina culpaban y cuya fe bastantemente se había mostrado en las disputas con los herejes. Desengañose totalmente la gente y comenzó a hacer mayor confianza de la Compañía, favoreciendo siempre este partido los señores inquisidores, los cuales por acreditar nuestra doctrina y autorizar nuestros predicadores contra los que hasta allí los perseguían, venían en forma de tribunal a oír los sermones //83v. del Padre Doctor Madrid, predicador en aquel tiempo, de gran fama, de muchas letras y santidad. Con esta ocasión trataron los ciudadanos de Sevilla con la Compañía se encargase de enseñar y criar sus hijos en letras y virtud, como lo hacían en Córdoba, previniendo escarmentados con el daño de otro el que les podía venir a sus hijos, si

acaso los fiaban a maestros menos conocidos o experimentados en la firmeza de la fe y Religión. Ofreció la ciudad 2.000 ducados y con ellos y otras limosnas particulares se acomodaron escuelas donde solamente se comenzó entonces a enseñar la gramática con igual fruto y concurso de estudiantes, los cuales en pocos años desde el de 1560 hasta el de 1564 llegaron a novecientos y fue necesario añadir otro general de letras Humanas y un curso de Artes y Filosofía, siendo su primero maestro el Padre Martín Gómez, hombre doctísimo y santísimo como en su lugar se dirá. Pasaron así las escuelas hasta el año de 1584, en el cual por el mes de abril se dio principio a las lecciones de Teología, con sólo un Maestro el Padre Gaspar de Castro, hombre de grande ingenio y muchas letras y virtud y de aventajado talento y gracia de púlpito, como se vio en Andalucía, en Castilla y Reino de Toledo, mayormente en la Corte de los Reyes, donde fue muy estimado; y oída poco después se puso la segunda lección de Teología por diciembre del mismo año y el de 1585 se añadió la de Escritura y Letras Sagradas, que hasta hoy se han continuado.

No fue de menos consideración para el aumento de estas escuelas y buena opinión de la Compañía la confianza que de ella hicieron los frailes de San Isidoro del Campo, convento ahora trescientos años fundado de los Condes de Niebla, Duques ya de Medina Sidonia para claustrales de la Orden del Cister, dentro de las ruinas de la antigua, famosa y grande ciudad de Itálica (que llaman hoy Sevilla la Vieja), en el lugar donde se tenía por cierto haber estado el Santo Arzobispo Isidro sepultado cuando el Rey Don Fernando el Grande le trasladó de Sevilla a León con beneplácito del Rey moro Amucamuz Aben Aberh. Entregó después //84r. de ciento treinta años Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, el que murió sobre Gibraltar, este convento de monjes ermitaños de San Jerónimo, nuevamente instituidos por la Santa Regla de Fray Lope de Olmedo, General antes de toda la Orden y entonces de toda esta colonia de los Isidros, a quien dio este nombre de casa de San Isidro, por ser la primera y mayor de España y poseyéronla ellos ciento y cuarenta años, hasta que Don Felipe II alcanzó del Papa la unión de todas sus casas de la Orden de San Jerónimo. Era este convento muy principal, de gente grave, docta y muy observante de su Religión, hasta que tocó en él la ponzoña de los herejes Egidio, Constantino y especialmente el Maestro Blanco, grande predicador y letrado, tenido en la vida por muy santo, en la predicación por un apóstol, más grande hipócrita, lobo carnicero y sangriento en piel de oveja, hereje de voluntad y entendimiento, el cual se dio de veras y tan de propósito a infeccionar esta casa y pervertir los religiosos de ella, que con ellos vivía muy de ordinario; los acompañaba de día y de noche en el coro, comía en el refectorio con extremada obstinación, si bien después se regalaba en secreto espléndidamente; les hacía pláticas especiales, confería y disputaba con los más doctos, fingía penitencia de ermitaño, tablas por cama en la antecelda y en el retrete interior colchones mullidos. Aquí depositó el racionero Julianillo, de quien arriba dijimos, los labios heréticos de Alemania y con ellos pervirtieron gran número de frailes, algunos doctos y muy estimados, a quien siguieron muchos otros sencillos e indoctos. Murieron en fuego cuatro de ellos, tres sacerdotes y un lego, rebajados por el Santo Oficio al brazo seglar, después de haber abjurado sus errores fueron penitenciados seis o siete, sin muchos otros que con tiempo se hicieron a Ginebra por vivir a sus anchuras con libertad de vida y conciencia, quedaron los demás (era muy grande el convento) muy escandalizados y temerosos, no se //84v. fiaban unos de otros, ni aun

de sí mismos. Y como veían el daño que en otras partes habían hecho los herejes y que en la Compañía no habían tocado antes habían sido aborrecidos y perseguidos de ellos, pareciéndoles que por ser los de la Compañía tanto contrarios a sus obras y su doctrina, no los podían sufrir, y procuraban destruirlos y así determinaron fiarse de solo ellos y les enviaron a pedir encarecidamente que pues ellos no podían desamparar su casa y venir todos a la ciudad para tratarlos y comunicarlos como deseaban, les hiciesen caridad de enviarles cada semana algunos padres que les hiciesen pláticas espirituales e instruyesen a los religiosos que habían sido engañados en la verdadera y sólida doctrina de la iglesia. Agradecieron mucho los nuestros la confianza que de ellos hacían y en retorno cumplieron lo que se les pidió por dos años continuos, visitándolos algunas veces en la semana Padres graves y doctos en letras y vida espiritual, haciéndoles algunas exhortaciones públicas y animándolos a la continuación de su antigua observancia con provecho y edificación de los unos y de los otros.

## CAPÍTULO XXXVI

## TRASLÁDASE EL NOVICIADO DE GRANADA A SEVILLA. VIENE VISITADOR GENERAL Y SEÑALA PROVINCIAL. AUMENTO Y BENEFACTORES DEL COLEGIO DE GRANADA (1561).

Duraba todavía el Provincianato del Padre Bartolomé de Bustamante el año de 1561, el cual alentado con el buen suceso de las cosas de Sevilla y queriendo desahogar el colegio de Granada, cargado de gente y gasto de obras, porque labraba entonces las casas donde ahora vive la Compañía, vino a visitarle y mudó a Sevilla la mayor parte de los novicios, quedando algunos en Granada hasta el año de 1562, en el cual se pasó toda la probación a Sevilla, donde perseveró hasta el año //85r. de 1569, que por causa de la peste se trasladó todo a Montilla donde hasta hoy se conserva.

Era por este tiempo Visitador General en España el Padre Maestro Jerónimo de Nadal, enviado por nuestro Padre Maestro Laínez como hombre que tanta noticia tenía de las cosas de estos reinos por haber sido Comisario General en ellos, teniendo el Gobierno de la Compañía N.B. Padre Ignacio de santa memoria y fue el primero de este oficio en España. Fueron tantos los negocios (al fin como de principios donde se daba asunto de las cosas de tantas casas y provincias) que no pudiendo visitarlas todas por su persona, juntó en el colegio de Alcalá los Provinciales y Rectores del Reino de Toledo y Andalucía, los cuales trajeron consigo por su orden los memoriales de todas las personas particulares de sus colegios y se los entregaron con ellos y con las informaciones que de todos los Padres recibió, hizo correlación del estado de las provincias y estableció en ellas lo que con acuerdo de los Padres mejor le pareció convenir para conservar el instituto de la Compañía y satisfacer más cumplidamente a la obligación de mejorarse así y atender a la salud espiritual de las almas. Señaló oficio y dio el de Provincial de Andalucía al Padre Doctor Plaza, Rector entonces del colegio de Granada y puso en su lugar al Padre Gonzalo González, hombre sin encarecimiento evangélico, lleno del espíritu de Jesucristo, codicioso de la honra de Dios y sobremanera desinteresado de la suya, vigilante de la observancia regular, celoso del aprovechamiento espiritual de los

prójimos y más de los súbditos, manso, humilde y magnánimo en sufrir las imperfecciones de ellos. Solía decir cuando le referían alguna mayormente de los mancebos: sufrámosles ahora algo, que después tendrán ellos mucho que sufrirnos a nosotros y a los trabajos de la Religión. Y a los que //85v. por la poca experiencia del gobierno de hombres se acongojaban o fatigaban en estas ocasiones les decía: que se enseñasen a tragar, que enganchasen el corazón e hiciesen camino por donde fuese menester pudiese pasar un carro cargado, si querían vivir con quietud.

Hacía el Padre Plaza las visitas de los colegios con tanto amor y llaneza, como si fuese el menor de cualquiera de ellos. Recibió muchos y muy buenos sujetos en la Compañía. Recibieron grande aumento las casas de esta provincia en su tiempo. Primeramente en Granada, donde él más ordinariamente residía, después de haber dado prisa al edificio de la casa donde ahora vivimos y acomodado la de la iglesia lo mejor que la prisa permitía. El año de 1562, el principio día de la conversión del Apóstol San Pablo 25 de enero, se pasaron a ella secretamente y luego celebraron la primera misa (que dijo el Padre Alonso Ruiz, vicerector del colegio) comulgaron al caso todos los de casa y festejose aquel día con la mayor devoción y solemnidad que se pudo. Pasaron con esta iglesia hasta que labraron el suntuoso templo que hoy tienen: para esta labor dio el Santo Arzobispo Don Pedro Guerrero al Padre Alonso Ruiz siendo Rector de aquel colegio 500 ducados de renta y acabada ella quiso que se gastasen en sustento del colegio y así lo mandó, puso él mismo la primera piedra con toda solemnidad, sábado de Ramos 26 de marzo de 1575 años a las nueve horas de la mañana, con título del Glorioso Apóstol San Pablo, asistieron con él muchos señores de la iglesia, especialmente el tesorero Don Pedro Guerrero, su sobrino; el Prior Don Juan //86r. de Fonseca, después Obispo de Guadix, con otros canónigos y beneficiados que sirvieron la misa Pontifical. Trasladose a ella el Santísimo Sacramento el año de 89 con todo el aparato y devoción posible, llevándole en la custodia Don Fernando Niño de Guevara, Presidente de la Chancillería, Cardenal hoy de la Santa Iglesia Romana y Arzobispo de Sevilla; las doce varas de palio otros tantos oidores y alcaldes con todo el acompañamiento de la ciudad.

En memoria y demostración de las muchas y muy grandes obligaciones que la Compañía tuvo a este gran Prelado Don Pedro Guerrero y singularmente por el amor tan tierno y tan de padre con que en todo tiempo y ocasiones la valió por su persona con su autoridad y hacienda acreditándola en sermones públicos y conversaciones particulares, se le dio con mucho gusto de todos y por orden de nuestro Padre General Everardo Mercuriano el título y derecho de Patrón de este colegio, a quien él había sustentado tanto años y dándole en renta y limosnas hasta entonces más de treinta y tantos mil ducados y agradeciéndolo él dijo con mucha ternura y alegría que holgara harto fueran más de trescientos mil. Tantas eran las veras con que amaba y estimaba la Compañía. Diré ahora lo que resta de este colegio y las personas a quien de obligación debe tener presentes en sus oraciones perpetuamente como a bienhechores insignes, porque adelante por ventura no se ofrecerá mejor ocasión. Señaláronse grandemente en hacer bien a este colegio en sus principios los religiosos del convento de San Jerónimo de esta ciudad, noble por la antigüedad de su fundación y mucho más por la mucha Religión y observancia de sus moradores; daban estos Padres al colegio cada semana dos fanegas de pan amasado de limosna, del mismo que se ponía en sus mesas, unas

veces algunos carneros, otras tocino, quesos, frutas, todo con abundancia y por todo el tiempo que el colegio estuvo sin renta.

Favorecieron también mucho a este colegio con amor y obras dos perso //86v. nas muy principales en esta ciudad, el Licenciado Arana, oidor de su Real Audiencia, y su mujer Doña Juana de Barahona, los cuales de más de las ordinarias limosnas y regalos que en vida nos hicieron, en la muerte dejaron por heredero al colegio de toda su hacienda y valía más de 14.000 ducados, que ha sido y es el principal sustento de los religiosos que residen en esta ciudad.

Mostró también la buena voluntad que tuvo a la Compañía Gonzalo de Ribera, procurador de la cárcel de la ciudad, hombre muy honrado y virtuoso, el cual dejó al colegio por su testamento una buena heredad y tierras en el término de Atarfe y más las casas de su morada.

Fue mucha la devoción y amor que mostró siempre a los nuestros en esta ciudad Doña Ana de Peñalosa, señora muy noble por linaje y mucho más por su grande virtud, miró nuestras cosas, tratolas y favoreciolas como madre, acudió liberalísimamente a los enfermos con todo género de regalos; dio muchas y muy preciosas jarras de oro y plata y ornamentos a la sacristía y en veces más de mil ducados de limosna al colegio, sin otros 100 ducados que ofreció cada año para el sustento de los maestros cuando se pusieron las escuelas de Gramática y Retórica el año de 1583. Para las cuales juntó entre particulares limosnas el Padre Juan Jerónimo, Rector del colegio, casi 500 ducados de renta perpetua.

Últimamente el Padre del Águila, un hombre rico y honrado, el cual estando en Indias cobró mucha estima del gran fruto que la Compañía hace en aquellas partes, en los españoles y naturales, y vuelto a España vivió en Granada sin comunicar ni darse a conocer a los nuestros. Escribió en vida su testamento y en él a este colegio por universal heredero de toda su hacienda sin que nadie lo supiese hasta que falleció. No llamó a persona de la Compañía en su muerte, ni //87r. se halló en ella, por consagrar a Dios 6.300 ducados que valió la herencia sin esperanza de algún interés siquiera de agradecimiento en la tierra. No se olvidó la Compañía de recompensar este beneficio con muchas misas y oraciones que como a bienhechor se le dijeron por toda la provincia.

## CAPÍTULO XXXVII

## FUNDACIÓN Y ASIENTO DEL COLEGIO DE TRIGUEROS (1562).

El año de 1562 poco después que el Padre Doctor Plaza tomó el oficio de Provincial, se fundó el colegio de Trigueros, villa del Duque de Medina Sidonia, no de mucha vecindad y población, pero de grande y muy extendida comarca, de buenos lugares y pueblos del Condado de Niebla, Marquesado de Gibraleón y especialmente de la serranía y campo del Andévalo, donde ha sido bien menester el trabajo y labor de la Compañía. Fundole un hombre particular, rico y devoto, llamado Francisco de la Palma, clérigo de la Tonsura, natural de esta villa y de la gente más honrada y de mejor suerte de toda ella, el cual hallándose con buena hacienda y sin herederos de obligación y viendo la falta de doctrina que había en toda esta tierra, fue diversas veces a la ciudad de Sevilla y dio

parte de su determinación al Licenciado Don Miguel del Carpio, inquisidor de aquella ciudad, gran padre y favorecedor de la Compañía y de quien él solía recibir favor y amistad. Ambos trataron de ello el año de 1561 con el Padre Bartolomé de Bustamante que aún no había dejado el oficio de Provincial y con el Padre Gonzalo González, Rector en aquella sazón del colegio de Sevilla; y así de ellos como del Padre Maestro //87v. Laínez, que entonces era General y a quien él escribió sobre ello varias veces; recibió muchos desvíos, mas no por eso se entibiaron sus deseos, antes cada día ponía más calor y fuego al negocio y dado que de parte de sus parientes tuvo muchos estorbos, porque pretendían heredar su hacienda y le persuadían que instituyese mayorazgo y dejase memoria de sí y honrado y ennoblecido su linaje. A todos hizo rastro y mayor instancia a la Compañía, pusiéronle muchas dificultades así de parte del lugar de la fundación por ser pequeño y poco acomodado para tener bien ocupados los obreros y moradores del colegio; como también de la nuestra por ser pocos los sujetos de aquel tiempo y todos necesarios para tener en pie las fundaciones primeras. Mas pudo tanto su perseverancia que dio salida a todos estos inconvenientes y venció las dificultades de una y otra parte, porque no obstante que se le había cerrado la puerta y quitado las esperanzas de salir con su intento, aventuró 450 ducados de renta que tenía en unos préstamos, diolos al colegio, con gasto de otros 1.200 que costó la expedición de las bulas.

Pudo mucho con el Padre Maestro Laínez esta confianza, remitió este negocio al Padre Doctor Plaza, Provincial, y a su antecesor el Padre Bustamante, el cual estaba muy convencido a hacerlo por haber experimentado en algunos días que en Trigueros estuvo la ignorancia y necesidad de aquella comarca. Aceptaron ellos la fundación para la cual dio sus casas y 800 ducados de renta reservando para sí él un fruto de los 500 por su vida. Hecho este asiento vinieron a poblar el colegio el Padre Juan Rodríguez, su primero Rector, el Padre Bustamante y el Padre Juan de León, con otros dos hermanos en 21 de junio //88r. de 1562. Favoreció en estos principios al colegio Doña Leonor de Zúñiga y Sotomayor, Condesa de Niebla, tanto por su mucha cristiandad y virtud como por fundarse el colegio en tierra suya y para bien de sus vasallos. Y así le dio luego 60.000 maravedís de renta cada año, además de 4.000 ducados que después mandó dar al Padre Bustamante para comenzar el edificio de casa y iglesia.

Pusiéronse el año siguiente de 1563 con tan buenas ayudas las escuelas de leer y escribir, de las cuales no sólo en los niños se ha cogido gran fruto sino también en los hombres y gente crecida en edad a quien ellos después de bien instruidos enseñaban en sus casas la doctrina cristiana. Tomó a pechos el Padre Bustamante de remediar algunos desconciertos públicos, apaciguar rencillas y pleitos antiguos, sepultar odios tan arraigados en los ánimos de algunos que los mismos señores del lugar no habían podido mitigarlos, desterró el abuso de los juramentos y encareció tanto la gravedad de este pecado en los púlpitos que lo hizo a todos aborrecible. Fue la reformación tan ejemplar que estando algunos peones de este pueblo trabajando en la heredad de un vecino de Huelva, lugar cercano en la costa del mar océano, y oyéndole jurar le rogaron que no lo hiciese; y habiendo segundado con otro juramento le reprehendieron y dijeron con mucha resolución que no jurase más o se irían todos y le dejarían la hacienda a medio hacer; volvió el otro a su tierra corregido y edificado y no dejaba después en su tierra de alabar la cristiandad y buen celo de sus labradores y vecinos de Trigueros.

## CAPÍTULO XXXVIII

## MISIÓN DEL CAMPO DEL ANDÉVALO Y BIENHECHORES DE ESTE COLEGIO.

//88v. Son muchas las misiones que de este pueblo se hacen a los comarcanos, mas ninguna tan necesaria como la del Campo de Andévalo y serranía. Es grande la cosecha, grande la naturaleza de trabajos y merecimientos para los que en ella se ocupan. Es esta tierra montosa y silvestre; los moradores comúnmente ignorantes y grande su pobreza y miseria, simple el mantenimiento muy ordinariamente de bellotas y pan de trigo por regalo. Con ésto pasan allí los nuestros y después de haber trabajado todo el peso del día, confesando, predicando y enseñando la doctrina cristiana y declarando los ministerios de nuestra santa fe, vienen a tomar el sueño de la noche en el suelo con una estera por cama y una tabla por cabecera. La falta de la comida es la hambre y la del reparo el cansancio y la de tan santos trabajos y tan provechosos el mérito de dar a conocer a Dios a los Hombres, tanto mayor más seguro cuanto más desinteresado de las cosas de la tierra. El fruto de esta misión de la disposición de la tierra y gente se puede fácilmente colegir y aunque los ministerios que en ésta y con las demás se ejercitan son todo uno, aventájanse los efectos de ésta a las otras y pudiérase hacer larga historia de sólo ellos, mas en la que aquí escribimos no se sufre proseguirlos tan por menudo, basta decir que es grande y más que ordinario el interés de las almas, grande la gloria de Nuestro Señor en el remedio de ellas y muy grande el trabajo que en el cultivar este campo se padece y muy bien empleado. Ha costado muchas veces la salud a los Nuestros y aun la vida de algunos, tanta es a veces la incomodidad //89r. y cansancio.

Todas estas cosas aficionaron mucho a la Condesa de Niebla, Doña Leonor de Zúñiga y Sotomayor, la cual movida de tan heroicas obras como en su tierra y en las vecinas hacían los de la Compañía, siempre era en favorecerlos. Dábales muchas y muy buenas limosnas para el sustento del colegio, para el ornato del templo y alhajas de sacristía y después acá Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Medina Sidonia, su hijo, heredero de la piedad y grandeza de su madre ha hecho en todas ocasiones mucho favor y merced a este colegio porque primeramente le dio un gran pedazo de tierras con que acrecentó provechosamente la heredad que hoy tiene de huerta en el campo y después le concedió licencia y facultad para hacer marismas y un estero con que se aumentó el agua al molino que se había comprado para la provisión del trigo necesario; y así mismo les permitió traer el ganado que para su mantenimiento hubiesen menester en los pastos cerrados vecinos al pueblo, cosa de mucha comodidad para este colegio. Reconoció la Compañía estas obligaciones y deseando dar alguna muestra de su justo agradecimiento pidió a Francisco de la Palma, su fundador en esta villa de Trigueros, licencia para señalar patrón después de sus días y con ella le ofreció al Duque y a sus herederos el patronazgo de este colegio, no obstante que Juan de la Barrera, sobrino del fundador, hombre muy rico y gran limosnero lo pretendía para sí con mucha instancia y prometía luego muchos millares de ducados de renta en cada un año y las esperanzas de muy buena herencia después de sus días y era su hacienda tan //89v. gruesa que habiendo hecho de ella en vida y en muerte copiosas limosnas, pudo fundar del resto de ella el suntuoso templo y monasterio de las monjas de la Encarnación en Sevilla, en las casas que fueron de Don Pedro Ponce de León, de

quien tomó el nombre la plazuela donde se ha labrado el convento y donde tuvo el primer asiento la Compañía cuando entró en aquella ciudad. Mas tuvieron en más los nuestros dejar aquel colegio a la sombra de una casa tan grande y tan ilustre en España, honrado con el patronazgo de tales príncipes y amparado en todas ocasiones de su favor y merced, que tenerle enriquecido con los haberes de otros, aunque muy grandes. Recibieron la voluntad y el ofrecimiento del patronazgo estos señores con muestras de agradecimiento y amor y con lo mostrado no sólo en las cosas de este colegio sino también en las de Sevilla porque teniendo en sus casas un pedazo de sitio sin el cual en ninguna manera se podía disponer y acomodar bien el edificio de ellas, ni nosotros el de nuestro colegio que está pared en medio de las suyas, con todo y teniendo consigo al Padre Alonso de Neira y al Padre Pedro de León en la misión de las Almadrabas (a la cual habían venido desde Sevilla) y habiéndole hecho el Padre Pedro de León cierto servicio en casa de igual gusto suyo y gloria de Nuestro Señor, él de su gana y sin pedírselo nadie le hizo merced al dicho Padre de todo aquel sitio y más de una paja de agua para el colegio, cosas que se estimaron en 4.000 ducados y que Pedro de Salinas, su contador mayor, decía que ojalá nos hubiera dado diez mil, según la falta //90r. que a sus casas hacía, gustando más de acomodar nuestras casas que las propias suyas.

Tiene también mucha obligación este colegio y la Compañía a Doña María de Guzmán, Marquesa de Gibraleón y a los Duques de Béjar, sus hijos, por la mucha devoción que siempre han tenido y mostrado en todo tiempo a la Compañía, especialmente la marquesa tuvo en vida mucho amor a los nuestros y en la muerte dio muy señaladas muestras de él, no tanto en mandar para la obra de la iglesia 65.000 maravedís, cuanto en dejar al Duque, su hijo y heredero del estado, por cláusula de su testamento, así le alcance la bendición de Dios y la suya, que amase a la Compañía de Jesús y la defendiese y favoreciese siempre en cuanto fuese posible. Murió esta señora el año de 1589 en el mes de noviembre, teniendo a su cabecera al Padre Hernando del Álamo, Rector en aquella sazón de Trigueros, de donde ella le había traído para ayudarse de él en aquel trance, en el cual guardó continuamente una maravillosa entereza de ánimo, tratando siempre el negocio de su salvación con grandísima confianza y no admitiendo otras pláticas, ni visitas que las de quien le había de hablar de Nuestro Señor; ésta recibía y oía con grandísimo consuelo y devoción de su alma, la cual dio a su criador pidiendo con instancia a la Compañía que no la olvidase en sus oraciones y sacrificios. Deuda es ésta que continuamente la pagan los nuestros con la memoria que siempre hacen de sus bienhechores y tales como esta señora //90v. heredaron sus hijos y nietos la devoción a la Compañía y han hecho muchas limosnas a este colegio y a otros de la provincia y ayudándose de los nuestros y de sus ministerios así en su casa como en sus pueblos. Señalóse particularmente el Duque Don Francisco, su marido, padre del Duque Don Alonso, que hoy vive en amar y favorecer a la Compañía y a todas sus cosas.

Conserva también este colegio la memoria de Alonso de Sepúlveda, hombre muy pío y honrado, vecino de Niebla, lugar antiguo, cabeza del Condado y en otros tiempos de Obispado en esta tierra, el cual nos dejó por su testamento la huerta del Algaida con un asiento de colmenas y en ella labró casa al colegio Francisco de la Palma, su fundador con gasto de 800 ducados. Poco después murió en Trigueros Cristóbal Martín de Ayamonte, hombre muy cristiano y devoto, el cual en compañía de Marina Sánchez, su

mujer, tenía hecho su testamento cerrado y en él dejaron a este colegio por heredero de sus casas, de trece fanegas de tierra y once alanzadas de viña con 30.000 maravedís en dinero de renta cada año.

## CAPÍTULO XXXIX

## DE ALGUNOS PADRES Y HERMANOS QUE POR ESTE TIEMPO MURIERON SANTAMENTE, Y EN PARTICULAR CURANDO LOS ENFERMOS DE LAS GALERAS EN SEVILLA.

No es razón dejar en olvido los que están escritos en el libro de la vida y permanecen delante de Dios en memoria eterna //91r. por haber consagrado sus vidas al servicio de su Majestad en el remedio de sus pobres, viles en los ojos del mundo y desamparados de todo socorro humano. Diré primero de los que precedieron en tiempo, aunque menores en la dignidad de esta empresa. Murió el año de 60 en uno de octubre el Padre Miguel Galar, varón a las derechas, humilde y tan vil en su opinión que mandándole los superiores recibir las sagradas órdenes, recibió de ello tanta pena, cuanta alegría toman los que con menos caudal de virtud aspiran a tan alta dignidad. Era necesario alentar su encogimiento y esforzar el grande temor con que iba a cumplir esta obediencia, representándole la seguridad y mérito de ella. Fue a Sevilla con un compañero a ordenarse a pie y pidiendo limosna y en el ínterin que el plazo se llegaba se dispusieron ambos sirviendo a los pobres en un hospital algunas semanas. Llevaron públicamente hasta allá sus camas a cuestas y acarreaban la basura de las enfermerías fuera del hospital por medio de la ciudad, dentro acudían con fervorosa caridad a curar y regalar a los pobres y se ejercitaban en los oficios más humildes y bajos del hospital. Movíanles a contrición de sus culpas con el aborrecimiento que de las suyas mostraban, si les oían jurar amonestábanles una y dos veces que no lo hiciesen y la tercera desnudaban sus espaldas y hacían en presencia de ellos una áspera disciplina; de esta manera sienten los siervos de Dios las ofensas del señor a quien aman, que aun las ajenas castigan en sus personas, bien se entenderá cómo //91v. se castigarían por las de su vida pasada; prosiguió con el mismo tesón el espacio restante de su vida hasta la muerte y cuando pensó hallar en aquella hora algún fruto de su oración y devoción y de tantos y tan santos ejercicios y trabajos empleados en labrar la viña del señor, provole Dios con una tan extraordinaria sequedad y desconsuelo que un día antes que partiese de esta vida todo era en él amargura, pesadumbre, desabrimiento, agonías mortales, tan sin jugo ni devoción que le parecía estar enojado de la presencia de Dios y que el Señor le había desamparado como cosa perdida. Padeció este trabajo con extremada paciencia y en pago de ella seis horas antes que muriese apaciguó el señor aquella borrasca y llovió sobre el alma del enfermo contentamientos y gustos celestiales y el mayor que tenía era verse morir por verse con el señor, que con tan soberanos regalos le daba prendas de los eternos. Fue grande la admiración de todos que claramente veían en los nuevos efectos la abundancia de la gracia del cielo con que partió aquella alma a gozar de la gloria de su señor. Quedaron todos con extraordinaria alegría y firme persuasión de la bienaventuranza de este bendito Padre y comenzaron de puro gozo y devoción a besarlo todos las manos.

Paso ya a lo que pasó el año de 1563 en Sevilla, donde invernaron las galeras de España con grande número de galeotes enfermos, tratados al fin como hez del mundo, mas //92r. como perros que hombres. Era extrema la necesidad y miseria. Encargose de su remedio la Compañía de curarlos, regalarlos y servirlos en alma y cuerpo, bien a costa suya pues arriesgó la vida de muchos y muy buenos sujetos que la perdieron allí por guarecer a sus prójimos. Hicieron hospitales en Triana y encargáronse totalmente de ellos los de la Compañía. Buscaban limosnas, cuidaban de la comida, de su cura y regalo sin salir un punto del hospital sino para menesteres de los enfermos.

El primero que murió en tan gloriosa demanda fue el Padre Sancho López de Sandoval, muy noble, natural de la villa de Cazorla, mozo en el siglo, gallardo y admirable en su conversión. Después hombre fervoroso en la procuración de las almas, humilde, obediente y muy dado a la oración y así andaba él tan encendido en el fuego de la caridad con los prójimos, y mostrolo bien en esta ocasión curando y sacramentando estos miserables hombres con tanto fervor y menosprecio de sí, que le acontecía ir por medio de la ciudad cargado de orinales de casa del médico, hasta dar la vida en la empresa en febrero de 1563. Fue muy sentida su muerte en esta ciudad porque era apasionado, favorecido de los pobres y hallábanle todos a mano en los aprietos y necesidades. Testifica de él Juan de Santa Cruz, ciudadano de Sevilla muy honrado, muy fervoroso y muy temeroso de Dios y gran devoto y benefactor de la Compañía desde los primeros días que entró en esta ciudad, que estando él en una grave enfermedad desahuciado de los médicos, perdida totalmente la habla y sentido, el dicho Padre Sancho López le dijo el evangelio delante de muchos testigos y le puso las manos sobre la cabeza diciendo: *super egros manry* //92v. *imponent et bene habebunt*. Y luego inmediatamente le comenzó un sudor universal de todo el cuerpo y volvió en sí, se le restituyó el sentido, habló, comió y estuvo bueno el día siguiente.

Murió en el mismo mes y de la misma ocasión el hermano Andrés de Segura, mozo estudiante de muy buenas partes, virtuoso, despreciador de sí mismo y gran perseguidor de sus apetitos. Fue enviado del Padre Bustamante, Provincial en este tiempo, de Granada a Sevilla para servir a los pobres y sirviolos con extremada caridad y humildad; dejó esta vida con grande alegría por ir a gozar de la que hoy posee.

Ofreció también la vida en esta ocasión con grande ánimo y fervor el hermano Jerónimo López, natural de Córdoba, diácono y estudiante muy hábil, de grandes esperanzas y de mayor virtud y muy amigo de su desprecio; el cual viniendo de su tierra a graduarse de licenciado dejó el mundo y se entró en la Compañía y murió en ella santamente ayudando a estos enfermos. Y poco después le siguió el hermano Miguel Ruiz, estudiante, mozo de grande prudencia, señalado particularmente en la virtud de la oración y silencio (que son muy hermanas) y de mucha edificación en todas sus cosas.

Últimamente acabaron con ellos y partieron de las calamidades de la tierra a la facilidad eterna del cielo el hermano Juan Gómez, estudiante de Teología; y el hermano Alonso Calafate, Coadjutor novicio, religiosos de mucha caridad y fervor en la virtud y ayuda de los enfermos. Murieron todos dentro del mes de febrero, tan excesivo era el trabajo, tan contagiosas las //93r. enfermedades y tan asquerosas y tanto el valor de su cristiano pecho que se aventuraron por la gloria de Dios y remedio de sus pobres.

Y con ser la pérdida de estos siervos de Dios tan grande no desistió la Compañía de tan buena obra, hasta que fue Nuestro Señor servido de que cesase la enfermedad. Y no

fue pequeño el gozo con que los demás quedaron de haber enviado tantos y tan buenos embajadores al cielo para que les alcanzase de Nuestro Señor, tan dichosa suerte como a ellos les había caído, y acrecentóseles a los vivos y a los muertos el alegría de su bienandanza con algunas conversiones de moros galeotes, los cuales habiendo perseverado lo más de su edad en los errores de su secta, persuadidos al fin con la doctrina de estos santos varones y mucho más con la fuerza del ejemplo de sus maravillosas obras, dieron crédito a la verdad de nuestra fe y sujetaron la cerviz al yugo del evangelio y ley de Jesucristo, recibiendo el agua del santo bautismo y con ella poco después saliendo de esta vida a la gloria.

Otros también, aunque por diversos medios partieron de esta vida en demanda del cielo por este mismo tiempo. Uno de ellos es el hermano Diego de Longarte, natural de la antigua ciudad de Guadix (de quien diré en su lugar), gran oficial de cantería que aun dando mucho con su arte a los edificios del colegio de Granada, levantó otro sin comparación más rico y vistoso para Dios haciéndole templo de habitación en su alma, la cual en pocos años adornó de tantas y tan raras virtudes //93v. cuantas en un perfecto religioso pueden resplandecer; sea la muestra de ellas la piedra del toque, donde se descubrió la fineza de su castidad y principio de su venida a la Religión; parecerá un retrato del noble y santo mancebo, alejo en la fortaleza y defensa de su honestidad. Teníale en su casa el maestro que le había enseñado el oficio y viendo cuan aventajado había salido en él y aficionándose mucho más a la bondad de su vida y mansedumbre de condición, puso los ojos en él para darle por marido a una doncella muy honrada, sobrina suya, a quien había criado en su casa y tenía en lugar de hija. Tratose de ello, ofreciole buena dota, importunole tanto sobre ello que aunque después de mucha resistencia y desvíos, al fin le sacó el sí del concierto. Hechas las escrituras del desposorio y preparadas todas las cosas para celebrarle, vestida la doncella y acompañada de los parientes y amigos y viniendo el cura para desposarlos, él halló modo como salir de la sala del acompañamiento a título de alguna necesidad y entrándose en un corral (porque recelándose del suceso tenían puestos guardas a las puertas de la casa), con ánimo se arrojó en la calle por una tapias y se vino a la Compañía derecho. Cuando allí se vio libre dio gracias a Nuestro Señor como si escapara de los cuernos del toro, pidió por su confesor, diole razón de lo que pasaba y afirmole que no se partiría de allí hasta que le admitiesen en la Compañía. Los Padres vista su determinación y la extrañeza de su llamamiento le recibieron y dieron orden con los parientes de la doncella como honradamente la acomodasen con otro, pues hasta allí no había perdido sino ganado en haber escogido por esposo mancebo de tanta virtud y constancia. //94r.

Pasado este trance comenzó luego como los que se han escapado de algún grande peligro a mostrarse muy reconocido a Nuestro Señor y a servirle con muchas veras. Diose mucho al trato de la oración y al rigor de la penitencia, después de haber trabajado todo el día a las noches se disciplinaba fortísimamente. Los días de fiesta que tienen los trabajadores para su justo descanso, él los ocupaba en nuevos trabajos pidiendo a los superiores le diesen los oficios de otros hermanos para que ellos descansasen y él los aliviara cuanto podía. Tanta era su caridad, tanto su deseo de trabajar por amor de Dios que fuera de las ordinarias él se buscaba nuevas trazas para quebrantar su carne y mortificarla. Fue humilde y sujeto aun a los que sabían menos en su oficio con los cuales jamás se atravesó ni en una palabra aunque en las obras le contradijesen, buena prue-

ba de sus virtudes. Era su obediencia extremada, no era menester mandarle para regirle, íbase el tras los ademanes y semblantes de los superiores y tras la menor señal de sus voluntades aun en cosas difíciles y muy contra su gusto. Con esto he dicho de su observancia, guardó el tesón de esta vida hasta la muerte dichosa para él y para todos alegre y muy envidiaba, no hay fiestas ni banquetes, ni regocijos tan apetecidos y sabrosos salvo mundanos, como a él la amargura de la muerte. Recibió las nuevas de ella con tanto gusto que con estar muy flaco y debilitado súbitamente se movió con grande afecto para abrazar al médico en agradecimiento de quien se las daba. Estuvo todo el tiempo que después le duró la vida sin turbación alguna de los sentidos, con gran sosiego de alma, con particular luz de las cosas divinas y misterios de Cristo, Nuestro Señor; de quien oía y hablaba con mucha dulzura, repitiendo su santísimo nombre con una suavidad increíble. Entrole a visitar en esta ocasión un hermano suyo seglar, el cual se movió con sólo verlo y oírlo entrar en la Compañía, donde perseveró hasta el fin //94v. como buen religioso.

Estando ya muy cercano a la muerte, cerrados los ojos con grande silencio, llegó el Padre Plaza, su Rector, y preguntole si le daba alguna cosa pena y que le dijera si se moría con consuelo y confianza de su salvación. Abrió los ojos al punto y mirándole sonriose y díjole: yo Padre por la misericordia de Dios no tengo cosa que me de pena y confianza tengo y deseo de verle y gozarle para siempre, y volviendo a cerrar los ojos expiró, dejando el rostro con una serenidad y alegría tan grande que en todos causó particular devoción y ternura, la cual tuvieron por buena prenda de la gloria que fue a gozar a aquella alma bendita y así puestos de rodillas dijeron en agradecimiento de gracias el himno *Tedeum Laudamus*. Tales son las muertes de los justos de que tan pocas prendas tenemos los tibios, cuantas son las virtudes que en nosotros faltan y en él se hallaban. Murió a los 25 de enero del mismo año de 1563.

El año siguiente fue el camino común de los hombres y entró por la senda angosta que lleva a la vida el hermano Gregorio Jiménez, natural de la ciudad de Burgos y de los mayores y más ricos mercaderes de toda aquella tierra. Había trajinado el mundo, las Indias, los Reinos de Flandes, de Inglaterra y Francia, con sus contrataciones. Estando en Sevilla hallose un día en una plática del Padre Gonzalo González, y allí le tocó Nuestro Señor con su poderosa mano, de manera que dejando todas las cosas se vino a la Compañía para seguirle; supieron antes su determinación algunos religiosos de cierta orden y como a persona tan conocida y honrada le convidaron y ofrecieron el hábito de su orden y partido que lo ordenarían de sacerdote, mas él respondió constantemente agradeciendo el ofrecimiento y añadió que más quería ser lego en la Compañía que sacerdote en otras Religiones. Llamábale el Señor por este camino y por la segura senda de la humildad. Enviáronle vista su constancia a la Probación de Granada, donde los primeros cuarenta días gastó en ejercicios ajustando cuentas con Dios y comenzando a escribir en el //95r. libro de su vida muchas partidas de penitencia, la cual hacía muy áspera con tanto sentimiento y lágrimas que bien igualaba el rigor de ella la gravedad de sus culpas. Celebrábase en casa cuando él salió de los ejercicios la fiesta del Santísimo Sacramento y para que del todo hollase el mundo y las vanidades de su vida pasada, mandole el superior que así como estaba vestido de seda se pusiese encima un capote de jerga y con un azote asistiese a la iglesia y echase los perros de ella. Obedeció con grande alegría y estuvo cumpliendo su obediencia tres horas continuas y de rodi-

llas hasta que encerraron el Santísimo Sacramento. Entrose luego en casa y diole una enfermedad que le afligió gravemente otros cuarenta días y el cabo de ellos un día a prima noche llamó al hermano Gaspar López (que escribió esto) y le dijo: hermano yo quiero morirme y quiero morir por obediencia, vaya al Padre Rector y pídale que me dé licencia para ello, llevó el recaudo el hermano al Padre Doctor Plaza, que era Rector, y sonriéndose él respondió: decidle que muy en hora buena que hoy se la doy; él la tomó con grandísima alegría y se murió aquella noche en 22 de julio de 1564 años. *Consumatresin brevi explevit tempora multa*. Dio Nuestro Señor alguna muestra de cuán agradable le había sido la obediencia de su siervo, pues testifica el mismo que esto escribió, que llevándole a enterrar vio él tres palomas blancas revoloteando encima del sepulcro y sintió una nueva y extraordinaria suavidad y dulzura en el corazón. Recompensó este hermano la tardanza con la prisa que se dio a merecer y dejó bien condenada la tibieza de los que en tanto tiempo aprovechamos tan poco.

A los 21 de noviembre del mismo año acabó su carrera el hermano Pedro Suárez en le colegio de Córdoba, de quien se puede decir con verdad que guardó la fe que a Dios y a su Religión tenía, y así hallaría guardada la corona de la justicia, esto es el premio justo del cumplimiento de la divina ley y perfecta obediencia por la cual se hizo él hostia viva y agradable a Nuestro Señor. Era natural de Granada y entró allí en la Compañía habiendo oído las Artes y graduándose en ellas, siguió en el noviciado el camino real de la mortificación y desprecio y probáronle en él cuando profesó el Padre Baptista, porque habiéndose quedado por huéspedes muchos señores de la Audiencia y buen número //95v. de Canónigos y religiosos le mandaron predicarles en traje tan ridículo y vil que todos cuando le vieron entrar persuadidos que era algún simple para regocijar sobremesa, los convidados hicieron grande risa y palacio y aún le dijeron algunos chistes y gracias. Mas él sin mudar semblante y sin alguna turbación se subió al púlpito y comenzó a predicar, de manera que espantados todos y mirándose unos a otros comenzaron a apagar la risa con lágrimas y fue menester hacedle señal que acabase luego por no aguantar tanto la fiesta. De esta manera comenzó a desairarse para adelante porque estando en Córdoba oyendo la teología en que mostraba gran caudal de buen ingenio y mucha capacidad para cosas grandes y ocupaciones honrosas, le mandaron interrumpir el culto y enseñar a los estudiantes gramática. Prueba donde se descubre la fuerza de la virtud, mayormente de la humildad o no deja de mostrarse la altivez y soberbia. Aprovechose el demonio de la ocasión y afligiole tanto con representaciones encarecidas de lo que pudiera ser y lucir en la Religión y en el mundo con sus buenas partes, prosiguiendo el estudio y que para todo le atajaba los pasos aquel ministerio, que andaba sobremanera inquieto, sobresaltado el corazón y el alma tan seca y tan sin jugo de Dios que ni en la oración ni en otros santos ejercicios podía hallarlo. Volvió al fin sobre sí y poniéndose un día delante de Nuestro Señor comenzó a reprender su pusilanimidad y a pedirle fortaleza para servirle, venció la contradicción de la carne y con de nuedo de varón espiritual arrojose en las manos de Dios y propuso de no tratar de otro ministerio en su vida. No dilató el Señor la paga de este servicio, llovió luego en su alma gran copia de suavidad y dulzura celestial y comenzó a tener tanta cabida con su Majestad que desde entonces le parecía que estaba siempre en un paraíso. Echábasele de ver muy bien en el aliento, amor y fidelidad con que ejercitaba su oficio en el provecho que en los estudiantes hacía, en lo mucho que de dentro y fuera de casa le ama-

ban. En el ánimo con que hollaba su honra buscando ensayos para perderla, o ya saliéndose a la puerta a comer con los pobres, o ya vistiéndose de ropas viles y pidiendo limosna con ellas a las porterías de los conventos, alcanzó gran conocimiento de las virtudes, hablaba de ellas y de Nuestro Señor con gran acierto //96r. y gran gusto y ejercitábalas con esfuerzo especialmente cualquier aspereza de penitencia, no en balde deseaba tanto la muerte que así se entristecía en la enfermedad con las nuevas de su mejoría como otros con las contrarias y nunca estaba más alegre que cuando le aseguraba que le restaba poquito de su vida. En este tiempo repetía aquellas palabras del salmo: *educ de custodia animan mena ad confitendum no minituo*. Cumpliole el Señor este deseo y dejole él de sí a todos cuantos le conocían en aquella ciudad, donde perdieron de una vez maestro y padre sus hijos. Murió de veintidós años habiendo vivido los seis en la Compañía.

## CAPÍTULO XL

## PRINCIPIO Y ORIGEN DE LA FUNDACIÓN Y AUMENTO DEL COLEGIO DE CÁDIZ Y MISIÓN DE LAS ALMADRABAS.

Es la ciudad isla en el océano, término de Europa por la parte occidental que corresponde a la África, lugar noble, antiguo y famoso en todos los siglos, ilustre y nobilísima Colonia de los romanos. Segunda en calidad como escribe Estrabón, después de la Patricia y una de las cuatro Chancillerías de la España Bética, en cuyo distrito entraba parte de la África, las ciudades de Ceuta, Fez y Tánger y sus comarcas. Célebre emporio por la comodidad de la navegación y comercio de las naciones extrañas. Mas en aquel tiempo tan falto de doctrina, que ella misma reconoció su daño y deseó su remedio, no tenía casa de Religión, que son los presidios y gente de guarnición contra las asechanzas de los demonios. La palabra de Dios (armas para la defensa del cristiano) oíanla por casa y muchas veces de quien menos querían, salariando predicadores adviento y cuaresma, frecuencia de sacramentos era cosa nunca vista y muy usada la libertad y rompimiento de las costumbres. Determinaron para reparo de esto llamar a alguna de las Religiones aprobadas e inclináronse más a la Compañía pareciéndoles que con ella acomodarían las cosas de su República pues tendrían grande ayuda para los confesionarios y púlpitos y quien acudiese a las obras de piedad en cárceles y hospitales y quien decidiese sus casos y criase sus hijos y encaminase la juventud que andaba muy estragada sin freno para los vicios y con las espuelas del ocio de juegos, paseos y conversa //96v. ciones lascivas, caminos de su perdición. Y porque la ocasión de conocerse en esta ciudad la Compañía fue la misión de las Almadrabas que desde Sevilla se hacía cada año a instancia de la Condesa de Niebla, diré en breve qué cosa sea y cuánto se sirve en ella Nuestro Señor así porque se entienda la causa que movió a la ciudad de Cádiz a fundar el colegio como por dejar escrito de una vez lo que pasa en esta misión que desde entonces hasta ahora se ha continuado por el tiempo que dura en ella la necesidad que tienen de los nuestros.

Llaman Almadrabas la pesquería de los atunes que se hace entre Tarifa y Cádiz, no mucho antes del estrecho donde se encuentran los mares Mediterráneo y Océano, tiene una fortaleza antes de los cabos que dicen de Plata, nombrada Zahara, donde habitan el

capitán y justicia mayor con otros oficiales y criados del Duque de Medina Sidonia, cuya es la pesquería. A sombra de ella están muchas caserías de un suelo cubiertas de bóveda para defensa del fuego que algunas veces han pegado en ellas moros corsarios de África; sirven éstas de tabernas, de bodegones y otras tiendas de plaza y parte ocupan los soldados de guarnición y los mercaderes que de todo el reino concurren a comprar los atunes. Hacen también muchas ramadas o chozas, que llaman chancas, donde se recogen los fanegueros y gente común de la pesquería, júntanse aquí de varias partes de Andalucía, Castilla y otras provincias gran número de pícaros y hombres perdidos, muchos de ellos rufianes y forajidos, estos traen consigo mujercillas infames y tenían casa pública, como en la ciudad vivían como gente sin ley y sin Rey, hacían mil insolencias y desafueros, había muertes, robos, torpezas y desvergüenzas casi sin remedio. Porque si la justicia quería poner freno a sus libertades levantaban motines y alborotos contra ella sin que bastase su poder y autoridad para reducirlos. La Condesa de Niebla que ya tenía noticia de la Compañía por las vicisitudes del Padre Francisco de Borja y había experimentado el mucho fruto que hacía donde quiera que iba por las misiones que se habían hecho en su tierra, juzgó que para poner en razón gente tan fuera de ella y para excusar tantos y tan graves pecados como allí //97r. se cometían, ningún medio habría tan eficaz como llevar allí algunos de la Compañía y detenerlos el tiempo que durase la pesquería, para que con su prudencia y santa conversación y doctrina hiciesen estar a raya los mas atrevidos, pusiesen freno a las demasías y remediasen la perdición y estrago de sus almas. Tratolo con el Padre Bartolomé de Bustamante, Provincial en aquella sazón, el cual vino con gusto y facilidad en ello tanto por pedirlo una señora tan cristiana celosa de la honra de Dios, como por la mucha mies que allí tenían los fieles obreros del Evangelio.

Envió dos Padres el año de 58, fervorosos y bien ejercitados en el ministerio de las almas los cuales padecieron mucho entre aquella gente bárbara absenta y hecha a sus vicios, sin temor ni vergüenza y por tanto casi imposibilitada de su remedio. Diéronse con todo eso tan buena maña en tratar los que al fin quebrantaron su orgullo, moderaron su libertad y los domesticaron y allanaron a todo lo que por entonces les pareció a los Padres mas necesario o conveniente para la reformación de sus almas. Introdujeron primeramente la costumbre de confesarse y recibir el Santísimo Sacramento, comparecer de los confesores tan inviolable que desde entonces ha permanecido hasta nuestros tiempos sin que ya entre tanta multitud de gente y de tan diferentes lugares y condiciones quien se atreva a faltar en esto. Tiénenlo por caso de menos valer y aun cuando son la hez del mundo tiénense por honrados y quieren ser tratados con término cortés y dejarse sujetar de la honra. Ésta es su cuaresma y como gente vagabunda y andariega que jamás para en lugar ninguno siguiendo el interés de su propio sustento no reconocen casi todo el año, ni aun a veces en muchos, otra iglesia para cumplir con ella sino la que allí tienen los Padres, no otros curas para confesarse sino a los mismos. Ha echado esta costumbre tan hondas raíces que vienen muchos de estos de tierras muy lejos sólo por gozar de este provecho y declarar su conciencia con sosiego y a persona que los recibe con voluntad y buen gusto de enderezarlos en el camino de su salud y tal vez ha habido que deteniendo //97v. se los Padres en llegar al tiempo que suelen, han hecho motín y retirándose a la sierra hasta que ellos se han venido. Tanto puede aun en gente tan perdida y miserable el reconocer en los que benefician las almas buen trato, caridad cristiana, pecho de padre, sin esperanza de interés alguno del mundo.

Procuraron en segundo lugar quitar el abuso de juramentos, vicio muy propio de gente desalmada, cerraron la casa pública, desterraron las mujercillas, enseñaban la doctrina cristiana, predicábanles a menudo acomodando sus razones a hacer aborrecible el pecado mayormente los públicos y escandalosos y a que ellos están mas sujetos. Y para obligarlos más a la virtud acudíanles en todas ocasiones a sus necesidades favoreciéndoles y amparándoles con los capitanes y justicias, cuidando de su cura en las enfermedades y pacificándolos en sus enemistades, las cuales a veces han llegado a tanto rompimiento que repartidos en dos bandos se han querido matar unos a otros y han obligado a los capitanes y oficiales del Duque a hacerles centinela para asegurar el peligro hasta que poniéndose los nuestros de por medio los han sosegado y reducido a concordia; ni solo participan del fruto de esta misión los advenedizos, también entran a la parte los naturales de los campos de Tarifa, Vejer, Gibraltar y Medina, muchos de los cuales andan por aquellas sierras como salvajes y si no les acudieran los de la Compañía dicen ellos que vivirían en todo como bestias.

## CAPÍTULO XLI

## FUNDACIÓN Y ASIENTO DEL COLEGIO DE CÁDIZ.

Para ir a esta misión de las Almadrabas se presentaban los de la Compañía en la ciudad de Cádiz al ordinario, en cuya Diócesis cae la pesquería, para tomar su bendición y beneplácito. Hiciéronlo así el Padre Diego López y el Padre Gregorio de la Mata, hombres de mucha religión, de gran celo, gran espíritu y muy agradable trato como diremos; los cuales informados de algunos ciudadanos deseosos del bien de su República, de la mucha necesidad de doctrina que en ella había por falta de obreros y ausencia de su Prelado (que entonces era Don Jerónimo Teodoro y asistía en Roma y pasaban ya más de treinta //98r. años que no conocían Pastor). Resolviéronse de gastar allí algunos días en beneficio de aquella ciudad, ayudando varonilmente a la salud de las almas e hicieron el esfuerzo posible con pláticas, con sermones, con buenos consejos y ejemplos para reformar algunos excesos que en medio de la mucha riqueza, sobrado ocio y regalo y concurso de diversas naciones cada día descubrían.

Comenzó luego la gente a reconocerse y reconocer la mudanza de sus costumbres, admirábanse de la nueva manera de predicar enderezada, no a regalar las orejas sino a derribar las almas. Espantábanse de la frecuencia de sacramentos y más de la mucha devoción con que se recibían. Tomaron gusto de lo bueno y cobraron amor y afición a los religiosos, por cuya mano se les comunicaba el bien y estimábanlos por la santa vida y ejemplos maravillosos que en ellos veían conformes a la doctrina que predicaban y enseñaban al pueblo. Quisieron detenerlos allí y gozar de esta ocasión que el cielo les enviaba, mas excusándose los Padres con la obligación de su obediencia por lo cual estaban dedicados a la misión de las Almadrabas, consoláronlos con las esperanzas de su vuelta cuando les fuese permitido por los superiores a quien se ofrecieron de representar su deseo. Correspondioles con mucha voluntad el Padre Doctor Juan de la Plaza, Provincial, enviándoles de cuando en cuando algunos Padres con quien tratasen los negocios de sus almas y que tuviesen en pie los buenos principios que habían dejado los primeros para la reformación de aquella República.

Con esta ocasión determinó el Regimiento de Cádiz de acomodarlos de manera que fuesen sus vecinos y moradores, solicitando este negocio con toda diligencia Pedro del Castillo, hombre noble de mucha autoridad y valor en la ciudad, Regidor de ella, amado y respetado de todos por el mucho celo que tenía del bien común y a quien todos acudían en sus dudas por consejo y por ayuda en sus aprietos y necesidades. Por éstas y otras muchas virtudes y beneficios le dieron sus ciudadanos el honrado título y renombre que en otro tiempo dieron los romanos a pocos de los más esclarecidos y beneméritos de su siglo, llamándole Padre de la patria, merecido de lo mucho que por ella ha hecho y padecido y en particular por el cuidado con que siempre ha procurado su bien, su acrecentamiento y honra en lo principal y temporal. //98v.

Hallándose pues este Regidor el año de 1563 en la ciudad de Sevilla, donde estaba entonces el Padre Doctor Plaza, Provincial, trató con él en nombre de ambos Cabildos, eclesiástico y seglar, el deseo y pretensión de la ciudad de Cádiz, pidiéndole encarecidamente tuviese por bien de aceptar sitio y limosna para fundar en ella un colegio, lo cual él ofrecía por todos, porque le constaba su voluntad. Aceptó el ofrecimiento el Padre Provincial, como quien sabía por la experiencia de las misiones pasadas, el campo que allí se descubría para la gloria de Dios y provecho de las almas. Y el año siguiente de 1564 vino él en persona a dar orden sobre la fundación del colegio y trajo consigo a los Padres Diego López y Don Sancho de Castilla, que como dijimos en la institución de la casa del Albaicín de Granada, después se llamó Ambrosio de Castilla. Fue el Padre Diego López de aspecto grave pero agradable, granjeaba con la alegría del semblante y gracia de sus palabras los corazones de todos, eran sus regalos y reprehensiones igualmente bien recibidas porque conocían el principio de donde nacían que era el amor y deseo del bien de aquellos con quien trataba; afable y amoroso con todos, más santiguoso consigo que no permitió jamás que nadie le regalase o enviase presentes, no sólo cuando estaba en los colegios, mas aún cuando en las misiones le hospedaba alguna persona; no era menos amable el Padre Ambrosio de Castilla en la condición y muy admirable en sus obras. Con estos Padres se dio asiento a la fundación y la ciudad se obligó a situarles 400 ducados de renta perpetuos en cada un año y alcanzó cédula de su Majestad el Rey Don Felipe II en 22 de diciembre de este año de 64, despachada por los de su Real Consejo en Madrid, en la cual daba licencia para lo que la ciudad, justicia y regimiento de ella le suplicaba y aprobaba todo lo que en cumplimiento de ello tratasen y ejecutasen y para su seguridad y firmeza interponía su autoridad y decreto real. En virtud del cual el capitán Juan de Benavides, Corregidor y Justicia Mayor de Cádiz y los señores Diego de Roa y Bartolomé Amaya, caballeros regidores, vendieron ciertos sitios de casas y del precio de ellos situaron la renta que prometieron, de más de esto el deán y Cabildo de la iglesia de Cádiz se obligaron a dar de su mesa capitular 100 ducados cada año y de alcanzar otros tantos del Obispo que su //99r. cediese en la silla vacante, y así lo cumplió Don García de Haro luego que entró en posesión de aquella iglesia, aunque él y ellos añadieron por condición que cuando el colegio tuviese por otras vías renta suficiente para sustento de los que en él residiesen, quedasen libres de esta obligación y tributo, como hoy lo están por haber adquirido el colegio rentas equivalentes por donaciones de personas devotas y renunciación de la legítima del Padre Diego Granado con que el colegio aumentó casi 500 ducados de renta cada un año y para que desde luego pudiesen ejercitar sus ministerios, les hicieron donación de la ermita y templo de Santiago, la cual confirmó después el Obispo Don García de Haro el año de 1566 y les unió la Cátedra de Gramática la cual poseía el doctor Lozano de Quirós, canónigo de Jerez.

## CAPÍTULO XLII

## OCUPACIONES DE LA COMPAÑÍA EN CÁDIZ Y EL FRUTO DE ELLAS.

Hechas las escrituras y capitulaciones de la fundación y confirmadas por ambas partes, los de la Compañía tomaron posesión del templo de Santiago y el regidor Pedro del Castillo les labró dos aposentos donde se recogieron en el ínterin que viniendo el Obispo Don García de Haro se tomaba el asiento que se había dado en sus cosas, y así él como Doña Mariana del Castillo, su hermana, señora de mucho valor y extremada piedad para con Dios y para con sus pobres y señaladamente de gran devoción para con la Compañía y muchas otras personas a quien aficionaba la virtud y santidad de aquellos Padres, les hacían libremente limosnas de todo lo necesario para el sustento y vestido. Libres pues de todo el cuidado de la tierra, comenzaron ellos a tratar los negocios del cielo atrayendo a los hombres no sólo en público con pláticas y sermones, más aun también en particular con santas conversaciones al conocimiento de sus culpas y encaminándolos a la verdadera penitencia de ellas para que se hiciesen dignos del perdón y de la misericordia divina. De día y de noche en todo tiempo y con todas personas ninguna otra cosa trataban sino del bien de sus prójimos y desengaño de las almas. Comenzó luego a sentirse el provecho de tan loables trabajos, concertáronse muchos desconciertos, desterráronse mil ignorancias, compusiéronse antiguas discordias, escusáronse pecados públicos y escandalosos, rindiéronse muchas personas a la palabra de Dios por los sermones del Padre Diego López y reformaron sus vidas con tanto extremo que muchas señoras de las que llamaban cortesanas mu //99v. daban estado, cortaban sus cabellos, trocaban las galas en vestido pobre y honesto y se ocupaban en visitar pobres, en curarlos y regalarlos por su persona y con su hacienda de las cuales hoy día reconoce esta ciudad maravillosos ejemplos.

No era menor el fruto que el Padre Ambrosio hacía en todo género de personas, mayormente en los niños y en los esclavos, con la enseñanza de la doctrina cristiana cantándola por las calles y haciéndoles pláticas de ella tan provechosas como muy necesarias. Enamoró grandemente los ánimos de todos, la humanidad, la pobreza, la templanza y virtud de estos Padres y sobretodo los maravillosos efectos que obraba Dios por su mano en aquella ciudad. Amábanlos de corazón, íbanse tras ellos grandes y pequeños, los pobres, los ricos, todos les tenían en lugar de Padres y unos se hartaban de tratarles y comunicarles todos sus secretos, sus virtudes y vicios y en todos tiempos y todas ocasiones ellos eran su oráculo, su refugio y amparo.

Corriendo las cosas con esta pujanza vino a Cádiz Don Bartolomé de Torres, electo Obispo de las islas afortunadas que llaman Canarias, varón doctísimo y celosísimo del bien de sus ovejas y admirado de ver lo que allí pasaba y la universal reformación de aquella República, el fervor y devoción de toda suerte de gentes, aficionose grandemente a la Compañía y trató de llevar consigo al Padre Diego López y alcanzolo del Padre Diego de Avellaneda que era entonces Provincial el año de 1566, el cual envió con él, por orden de nuestro Padre Francisco, al Padre Lorenzo Gómez y a los hermanos Luis Ruiz y Alonso Jiménez, embarcáronse para las islas por mayo de este mismo año, con tanto dolor y sentimiento de toda la ciudad por la ausencia y falta de tan buen Padre como les había sido el Padre Diego López, primero Rector de aquel colegio que casi no

admitían consuelo. Llegados allá comenzaron los Padres en compañía del Obispo que andaba visitando sus pueblos a pie, haciendo todos los oficios de un cristiano pastor a hacer gente para el cielo y tomaron muy a pechos el destruir vicios, quitar ignorancias, enseñar los misterios de la fe y doctrina cristiana y reformaron el abuso infernal de los cantares lascivos y deshonestos, invención del demonio para despertar los que o reposan en Dios o han olvidado las ocasiones e introdujeron en su lugar otros buenos y santos. Fueron maravillosas las obras que de sus manos salieron los días que gastaron en esta misión, la frecuencia de confesiones, las limosnas de pobres, las satisfacciones de agravios, los conciertos de paces y otras semejan //100r. tes, las cuales paso en silencio por ser tan parecidas a las que en Cádiz hicieron y se hacen de ordinario en la Compañía. Sólo diré una cosa admirable y fue que estando un día predicando en presencia del Obispo, se envistió de repente de un nuevo ardor de espíritu y dijo: diez años ha que está en mal estado un hombre de esta ciudad y no quiere corregirse, pues apercíbase que en breve ha de ir a dar cuenta a Dios, preguntole después el Obispo quien era aquel hombre, respondiole que no entendía lo que su señoría le preguntaba, refiriole las palabras de su sermón, mas el Padre le afirmó que ni sabía quien fuese tal hombre ni que él las hubiese dicho. Atestiguaban otros que se hallaron presentes y estándolo diciendo llegaron muy aprisa al Padre que fuese a confesar un hombre que estaba muriéndose y había muchos años que vivía amancebado. Fuele a confesar el Padre con prisa, mas por mucha que él se dio, ya el miserable había acabado la vida. Extendiose luego la fama del caso y con ella cobraron los de la isla la grande opinión de la santidad del Padre y horror a las ofensas de Dios. Creció con estos ejemplos el amor de los moradores de aquellas islas y el del Obispo para con la Compañía y trató de darle asiento en ellas, mas la muerte cortó el hilo a sus deseos aunque no entibió su voluntad, porque los hizo herederos de su hacienda la cual era como de Obispo santo y limosnero. No pasó de 2.000 ducados y por no ser éstos bastante dotación para fundar el colegio, que deseaban dejarlos el Padre Diego López depositados en la ciudad para que los réditos de ellos remediasen algunos pobres, hasta que hubiese mejor ocasión de hacer asiento y tomar casa de habitación en ella los nuestros. Volviose luego para España con sus dos compañeros y después fue de los primeros que pasaron a Nueva España el año de 1572 y primero Rector del colegio de México, donde murió colmado de merecimientos dejando en la Compañía señalado ejemplo de religión y virtud.

## CAPÍTULO XLIII

### CÓMO SE PUSIERON ESCUELAS Y ESTUDIOS Y SE HICIERON OTRAS INSIGNES OBRAS DE PIEDAD.

Luego que el Padre Diego López se partió a las islas, vino por Rector de Cádiz el Padre Pedro Bernal, de cuya santa vida y celestiales costumbres hará particular mención esta historia, el cual con la apacibilidad de su condición y maravillosa piedad y amor con los prójimos, fácilmente ganó las voluntades de todos y mitigó el justo sentimiento que la falta del Padre Diego López había causado y en su tiempo se abrieron las escuelas para los niños, habiendo gastado en el sitio y labor de ellas todo lo necesario la gente de la ciudad y enviado sus esclavos para trabajar y dar prisa en la obra, //100v. la cual se

acabó por noviembre del año de 1568 y luego comenzaron a recibirse los niños de escribir y leer, señalándoles por maestro al hermano Alonso de Soto, hombre de tan linda pluma y tan eminente en su arte cuanto ninguno otro en Andalucía y para enseñar las primeras letras al hermano Antonio Maldonado, hombre maduro en días, en seso y virtud. Dióseles por Prefecto al Padre Ambrosio de Castilla, varón nobilísimo y dotado de Nuestro Señor de especial gracia y don para alentar estos ministerios a quien no pueden olvidar jamás estas escuelas ni los estudios que después aquí se pusieron, ni los de Córdoba y casa del Albaicín, donde él siendo quien era de linaje y sangre real y mostrando siempre así en el vestido pobre y vil como en las ocupaciones que se ofrecía y en todo el trato de su persona, agradable humildad y mansedumbre grandísima y tan de veras y de corazón se empleó en levantar y enderezar estas tiernas plantas al cielo, que sin duda lo mereció y alcanzó él con muchas ventajas de gloria y bienaventuranza perpetua. Tenía mil trazas e invenciones para atraerlos a la virtud y aficionarlos a saber la doctrina cristiana regalándolos con palabras de agradecimientos y con premios a los que mejor la sabían. Enseñábales canciones devotas, especialmente de Nuestra Señora y hacíales asistir en nuestra iglesia los sábados a la última misa que se decía por ellos con tanta devoción y tan sabrosos cantares que no sólo ellos gustaban de estos santos entretenimientos sino también sus padres y madres y mucha otra gente particular que con su ejemplo se animaba a seguir la virtud.

El buen suceso de estas escuelas encendió con más fuerza el deseo común de todos de verlas mejoradas con el acrecentamiento de las mayores para los estudiantes de Gramática, de las cuales tanto mejor aprovechamiento se prometían cuanto había más de capacidad en los mancebos para recibir la enseñanza y hacer en ellos lo que suele la Compañía, aficionándolos a buscar en la flor de la edad aquellas virtudes que sustentan la juventud y honran a la vejez. Deseó la ciudad este beneficio, deseáronle los convecinos y mucho más el Obispo Don García de Haro, a quien como pastor daban cuidado sus ovejas y más las cerreras y poco domésticas como la juventud de aquel tiempo y de aquella ciudad y porque la Compañía tenía obligación según el asiento y condiciones de la fundación del colegio por la unión de la cátedra de Gramática cuya propiedad tenía el doctor Lozano de Quirós de encargarse de ella después de sus días, pidioles que hiciesen a la ciudad gracia del tiempo y dio trazas como el propietario dejase la cátedra en manos de la Compañía reservando para sí una razonable pensión y lo demás se gastase en sustento de los maestros. Pusiéronse los estudios el año de 1569; dio principio sólo un maestro con ochenta estudiantes, aumentábanse cada día y a la fama //101r. de ellos concurrían otros muchos de todo el obispado y comarca, fue necesario dentro de un mes doblar los maestros y acomodar las escuelas. Hízose así con buena ayuda de limosnas de la ciudad, vióse el provecho a los ojos compuestos los mancebos modestos, vergonzosos y sujetos a corrección, eran los naturales buenos pero mal cultivados, después que la ocupación de las letras los entretuvo y apartó de ocasiones y los maestros y confesores con sus exhortaciones y buenos consejos los enderezaron a la virtud y perfeccionó la gracia a la naturaleza y mostraron ellos lo que podían ser si los ayudaban. Mas cesó esta obra casi en los principios por no poder el colegio con la poca posibilidad de sus rentas, sustentar los maestros que la sustentaban y fue forzoso después de cuatro años alzar la mano de las escuelas y cortar en su flor las esperanzas de tan buenos principios con igual sentimiento nuestro y de la ciudad. Duró esta suspensión de

los estudios hasta el año de 1587, en el cual habiendo el Obispo Don García de Haro dado la propiedad y posesión de la cátedra de Gramática a la Compañía de nuevo, se labraron escuelas con más anchuras y comodidad, ayudando todo con buena cantidad de limosnas, y los maestros que presto se enviaron, prosiguieron su ministerio con el mismo fruto de los primeros, mejorándose y mejorando sus discípulos cada día. En este ínterin descargados los Padres del colegio de la carga de las escuelas, atendían muy de veras a el bien de los prójimos y mostraron en algunas ocasiones bien apretada el florecer de su caridad, el celo del bien común y la religión y espíritu de su instituto.

## CAPÍTULO XLIV

### BENEFACTORES DEL COLEGIO DE CÁDIZ.

Tuvo este colegio en sus principios grande arrimo y ayuda para todas sus necesidades en Pedro del Castillo, Regidor de Cádiz (de quien arriba hicimos mención) y en Doña Mariana del Castillo, su hermana, cuyas virtudes especialmente la extremada caridad con los pobres, en varios lugares hemos tocado, los cuales han favorecido a la Compañía con todo amor y buenas obras posibles y con su ejemplo ani //101v. maron a muchos para que le hiciesen bien y aumentasen con sus limosnas. Fue una y muy señalada de Doña Leonor de Mendoza, señora criada en mucha virtud y recogimiento, la cual dejó por su testamento a este colegio unas casas valor de 4.000 ducados, y aunque sobre ellas puso pleito su heredero, fue vencido en juicio en vista y revista y entregada la posesión de ellas a la Compañía por sentencia de la Chancillería Real de Granada, mas luego se las vendió el colegio en 1.800 ducados haciéndole gracia de los 1.200 en pago de la molestia que de él había recibido sin causa.

Poco después murió en esta ciudad Fernando Delgado, hombre muy honrado y devoto, el cual mandaba en su testamento una buena suma de limosna al colegio más prevenido de la muerte no pudo acabarlo. Heredole su hermana Catalina Delgado y ella atendiendo a la voluntad de su hermano y por su particular devoción dejó 2.500 ducados que ocupados en censos acrecentaron la renta de cada un año.

Últimamente Doña Francisca Estupiñán, mujer que fue de Luis Moreno, Regidor, hizo heredero al colegio de mas de 2.000 ducados, con que pudo repararse en un tiempo que estaba muy apretado con deudas sin esperanza de poder socorrerse. Enterráronse ambos en nuestro templo en la capilla de la Resurrección, la cual ellos labraron en vida.

## CAPÍTULO XLV

### PRIMERA CONGREGACIÓN PROVINCIAL Y ESTADO DE LA PROVINCIA HASTA EL AÑO DE 1569 CON SUS MISIONES.

El año siguiente después de la fundación del colegio de Cádiz, 1565, llegó nueva de la muerte del Padre Laínez, y el Padre Doctor Plaza juntó congregación provincial en Granada para enviar electores a la congregación general, y fue la primera que se celebró en esta provincia de Andalucía. Visitó a los Padres que en ella se juntaron el gran Arzobispo Don Pedro Guerrero en la sala de congregación donde les hizo una breve plá-

tica sobre aquellas palabras de Cristo Nuestro Señor: *Manete in dillate mea*, exhortándolos a conservar las misericordias que Nuestro Señor había hecho a la Compañía de las cuales él habló tan grave, tan santamente y con tanta estima y amor que a todos dejó igualmente obligados y confusos. //102r. Acabada la plática él les dio su bendición y ellos eligieron al Padre Bartolomé de Bustamante y al Padre Bautista, el grande predicador, para ir a Roma en compañía del Provincial, el cual dejó en su lugar y oficio al Padre Doctor Diego de Avellaneda hasta el principio del año siguiente de 1566, que vuelto de Roma después de haber elegido por General al Padre Francisco de Borja, dejó el oficio de Provincial en sus manos y fue el cuarto de esta provincia. Fue el Padre Doctor Avellaneda colegial en la Universidad de Osuna y entró en la Compañía movido de los sermones del Padre Basilio en unos pocos días que estuvo en aquella tierra; era hombre de mucha capacidad para todo género de negocios, cabido con los grandes y príncipes por sus letras, por su apacible condición y de santas costumbres, hizo con ésto grande beneficio en toda suerte de gentes; fue consultor del Santo Oficio, Rector de Sevilla dos veces; una del colegio de Madrid; Visitador de Castilla la Vieja y de las provincias del Perú y México. En su tiempo sucedieron algunas cosas dignas de mención y sea la primera el señalado fruto de una misión en Alhama, porque dicho ésto, se entenderá el de muchas otras que en varias ciudades y lugares de esta provincia se han hecho en [sic] porque como el espíritu de los que las hacen es uno, así son también las obras mas semejantes y siéndolo bastará una vez escribirlas, aunque se pudieran repertir otras muchas con algunas ventajas, mas es tan delicado el gusto y fastidio de los que caen y oyen que obligan a los que escriben a seguir mas la variedad y brevedad que la grandeza y gravedad de las cosas. Salía en este lugar el Santísimo Sacramento a visitar los enfermos tan desacompañado y sólo que no iban con él sino el cura, sacristán y acólitos de la iglesia que llevaban el palio. Reprendió uno de los Padres esta mala costumbre en el púlpito con muy buenas razones y comenzó a dar ejemplo acompañándole cuantas veces salía. Pudo mucho ésto con los ciudadanos de Alhama, cobraron gran devoción al Santísimo Sacramento cuando daba señal la campana, procuraban saber la calle donde iba, barrían el camino, encendían olores, salían grandes y pequeños de toda suerte de gentes en su compañía, llevaban el palio sacerdotes con sobrepellices, todos con mucha modestia y silencio y velas encendidas en las manos. Esta misma //102v. costumbre se introdujo en muchos otros lugares de la provincia por solicitud de los nuestros y se quitó el abuso de juramentos, cantares feos y libros deshonestos, los cuales entregaron en esta ciudad al predicador y él los quemó en una hoguera en medio de la plaza y después les hizo una plática encareciendo los daños de tan abominables escritos. Sucedió una noche salir un hombre de su casa resuelto de hacer una ofensa a Nuestro Señor y al escuchar cantar las coplillas que les enseñaban los Padres de la gravedad del pecado mortal, compungiose en oyéndolo, volverse al punto a su casa con arrepentimiento y propósito de confesarse al otro día y así lo cumplió. El aprovechamiento del pueblo fue tal y la devoción en todos tan grande, que habiéndose de volver los Padres a Granada, de donde habían salido, los procuraron detener por todas las vías posibles. Hiciéronles instancia sobre ello y no aprovechando ruegos, añadieron fuerza, mandaron pregonar so graves penas que ninguno fuese osado darles cabalgadura ni otra cosa para el camino, ni los consintiese salir del lugar y para mas asegurarse pusieron guardas por todas las puertas y salidas de él, hasta que tuvieron respuesta del Provincial con un propio que

le enviaron para este efecto, en la cual ordenaba a los Padres que prosiguiesen su misión hasta fin de cuaresma y así lo hicieron con el mismo fruto que comenzaron, habiendo residido en Alhama desde el principio de adviento, y porque una vez quedó hecho lo que hay de misiones [sic] colegios de cada ciudad, sus comarcas y lugares señalados, donde partieron y parten a las misiones algunos Padres de la casa Profesa de Sevilla, las Almadrabas de quien ya hemos tratado, el Aljarafe, tierra de olivares, famosa en todos los siglos y llena de muchos y muy grandes lugares. Goza el colegio de Córdoba buena parte de la campiña (porque la demás cae alrededor de Montilla) y la Sierra Morena, Montes Marianos llamados en otro tiempo donde por la maravillosa fertilidad del suelo en el cual aun entre peñas y de medio de ellas brotan y se crían hermosísimos árboles. Hay muchas y muy ricas poblaciones, antiguos municipios y Colonias de romanos y muchos otros lugares pequeños, caseríos y cortijos por grande parte de la Beturia y región de los Túrdulos, todos bien necesitados de doctrina. El de Granada las Alpujarras, de quien luego diremos y los pueblos y ciudades de la comarca. El de Guadix la hoya de Baza y Marquesado de Cenete y pueblos de la montaña por aquella parte que llamaban los antiguos Bastetania, tomándose nombre de Basta o Baza, ciudad principal, cabeza y silla obispal de toda ella, región donde por la muchedumbre y pobreza de la gente que de nuevo vino a po //103r. blarla después de la última rebelión de Granada. Tiene buen ejemplo de mortificación y trabajo de los que se ofrecen a su misión; en los demás colegios sus comarcas, como de Trigueros dijimos y diremos, de los demás cuando se ofreciere ocasión. Ahora diré de los que en este tiempo se hicieron a las Indias Occidentales y fueron los primeros con que entró la Compañía en aquellos reinos. La primera no pasó de las islas afortunadas o Canarias, como poca ha referimos. La segunda fue la provincia de la Florida, este mismo año de 1566, a los 28 de julio, y para ella señaló el Padre Francisco de Borja sólo uno de esta provincia, mas que en grandeza de ánimo y excelentes virtudes valía por muchos el hermano Francisco de Villareal, escribano (antes de entrar en la Compañía) de la Chancillería Real de Granada y después un muy acabado ejemplo y dechado de toda virtud y perfección religiosa, como en su particular historia se verá. El año de 1567 fueron de esta provincia a Perú a instancia del Rey Felipe II los hermanos Diego García de Bracamonte, Juan García de Yanguas con el Padre Jerónimo del Portillo, que iba de Castilla por Provincial, con otros Padres de su provincia y fueron los primeros fundadores de la Compañía en aquellas partes.

Luego el año de 1568 partieron para continuar la empresa de la Florida el Padre Gonzalo de Álamo, de quien abajo haremos memoria, el Padre Luis de Quirós, natural de Jerez, hombre muy ejemplar y fervoroso en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos, que había sido quinto superior de la casa del Albaicín, y los hermanos Gabriel Gómez y Ceballos, y con otros siete de las demás provincias de España que se juntaron con el Padre Rosel y el hermano Francisco de Villareal, los cuales por martirio del Padre Martínez, Superior de aquella misión, se retiraron a La Habana y habían ya vuéltose a la Florida, donde en compañía del Padre Bautista de Segura, de la provincia de Toledo, y de otros Padres y hermanos de quien hablarán sus particulares historias, recibieron la corona del martirio por la propagación de nuestra santa fe, todos los que contamos de esta provincia excepto el Padre Gonzalo de Álamo a quien mandaron quedar entonces en La Habana.

Después el año de 1569, continuando los principios del reino del Perú, fueron a él de

esta provincia el Padre Juan García y el Padre Maestro Barzana, varón insigne y apóstol de aquellas Indias de cuya santa vida y milagros obran en la conversión de aquella gentilidad a la luz del Santo Evangelio, se dará copiosa noticia en la historia de aquellos reinos.

Últimamente el año de 1572, a instancia también del Rey Felipe II, partieron para la Nueva España el Padre Diego López en compañía del Padre Doctor Pedro Sánchez, de la provincia de Toledo, para que como había sido el primero que de la Compañía había pisado la tierra de las islas afortunadas con tan dichoso //103v. suceso como arriba dijimos, así también fue de los primeros que en aquel nuevo mundo predicasen la palabra de Dios y la Santa Fe de su iglesia. Sin éstos han salido para Indias y otras provincias muchos otros varones insignes en letras, en púlpito, en santidad y gobierno, de quien en sus lugares se hallará mención en la Historia General de la Compañía.

## CAPÍTULO XLVI

## LA VIDA Y MUERTE DE LOS PADRES JUAN DE LEÓN QUE LLAMABAN EL CORDERO, Y DEL PADRE MAESTRO MARTÍN GÓMEZ.

Tiempo es ya de hacer memoria de dos señalados varones, grandes religiosos, que por este año de 1566 murieron en esta provincia. El primero es el Padre Juan de León, a quien por su natural mansedumbre, agradable trato y semblante llamaban con mucha razón el cordero; era natural de Jerez de la Frontera que siempre nos ha dado muchos y muy buenos y nobles sujetos. Su niñez fue muy compuesta y muy ajena de los juegos y travesuras de aquella edad; su juventud honestísima, maravilloso ejemplo para mancebos, grave, modesto y con una representación de santidad que le hacían ser amado y respetado como cosa del cielo. Diose al estudio de las letras y juntolas con la virtud y así salió consumado en todo. Leyó en su tierra dos cursos de artes y cuatro años de Teología, sacó discípulos aventajados y muy semejantes a su maestro en letras y santidad. Uno de ellos fue el Padre Doctor Juan de León, su sobrino, que después de recibido en la Compañía, le llamó nuestro padre Francisco a Roma y de allí le envió a la provincia del Rin en Alemania, donde ha leído treinta y ocho años la Sagrada Teología en las Universidades de Treveris y Maguncia y últimamente en la de Colonia. También el Padre Francisco Dionisio que fue enviado a la India de Portugal y leyó la misma ciencia en San Pablo de Goa; y el Padre Luis Francisco de Quirós, de quien en el capítulo pasado dijimos que padeció martirio en la tierra de los floridos; sin otros muchos que dentro y fuera de la Compañía muestran en sus costumbres la escuela donde aprendieron. Predicó en su tierra antes de entrar en la Compañía y fue recibido de los suyos con grande aplauso y oído con veneración; predicaba también en su tiempo y leía la Sagrada Escritura el Maestro Blanco, hereje luterano de quien arriba largamente escribimos. Declaraba la Epístola de San Pablo a los Hebreos y sembraba de camino perversa doctrina, hízole guerra en público y en secreto sin perder ocasión de cuantas se le ofrecieron para el servicio de Dios y de la Iglesia Romana y cuando descubrió la cizaña partióse a Sevilla y dio aviso al Tribunal de la Santa Inquisición y así fue preso y castigado por sus errores.

Mirábanle los seglares como a Santo, los eclesiásticos como a Padre y Maestro, amá-

banle los buenos y temíanle los malos de manera que en viéndole decían //104r. lo que los otros de San Bernardino: *Bernarding adest*; y con éstos se componían. Ninguna cosa de éstas bastaba para menoscabar los quilates de su humildad, con ser hombre tan docto y maestro de todos nunca pudieron acabar con él sus padres, parientes ni amigos, que recibiese otro grado que el de Bachiller en Artes y porfiándole en ello decía que si el grado le hubiera de añadir ciencia, si lo tomara por emplearse más caudal en servir a la iglesia, mas que pues sólo le había de acrecentar un poco de honra, que él no la quería y el dinero que en el grado se había de gastar persuadía que se diese a los pobres y así lo hizo él muertos sus padres porque dio toda su hacienda a un hermano suyo, pobre con hijos y le pidió que le sustentase a él como a pobre. La obediencia le faltaba para dar mérito a tantas virtudes, entró a buscarla en la Compañía y ejercitola perfectísimamente. Sintió gran desamparo la ciudad de Jerez con su ausencia y decían que sin aquel santo que había Dios de hacer con ellos sino deshacerlos.

Comenzó luego a frecuentar el púlpito en Sevilla y fue oído con igual gusto y provecho y siempre con nombre de Santo hizo maravillosas conversiones de gente grave y lucida, los cuales dieron ejemplares vueltas en su vida y perseveraron en santos ejercicios hasta la muerte cuando (como arriba dijimos) aportaron a Sevilla las Galeras de la costa de España con muchos galeotes enfermos y los de la Compañía tomaron el curarlos y remediarlos a su cargo. Encendieron mucho los sermones de este bendito Padre los corazones de los seglares en caridad y misericordia de manera que oyéndole y viendo los ejemplos de los nuestros, se ofrecieron muchos a servir en los Hospitales y andaban por medio de la ciudad llevándolos en hombros las camas, el pan, la comida y otros regalos todos a porfía. Tanta era la suavidad y dulzura de espíritu que en sus palabras tenía que con facilidad arrebataba y se llevaba tras sí los corazones de los oyentes. Maravillábase mucho el Santo Arzobispo de Granada Don Pedro Guerrero, en un poco de tiempo que allí le tuvo de ver juntas en tanto punto suavidad y eficacia, blandura y fuerza, mansedumbre y fortaleza y sobre todo tanta propiedad en los lugares de escritura que solía decir el mismo Don Pedro Guerrero que parecían escritos por el Espíritu Santo para el propósito a que el Padre León los traía. Respondía él, que meditaba sobre ellos y de ellos sacaba los pensamientos del púlpito, no como los //104v. que habiendo hecho a mano los conceptos traen los lugares de las letras sagradas, forzados, y como de los cabellos a probarlo que imaginaron estaba hecho a oír primero a Dios y de allí aprendió a hablar con los hombres.

Por estos pasos le trajo Nuestro Señor al de la muerte, deseada para él, más que aborrecida de otros, albricias ofreció al médico por sus nuevas y le procuró besar las manos por ellas. Pidió al Padre Rector la bendición para morirse y el Señor que en vida le había llenado de tantas bendiciones, le recibió en la tierra santa de bendición a los 9 de febrero de 1566. Luego que en Jerez se supo su muerte, la ciudad le hizo en la Iglesia Mayor unas muy honradas honras. Levantó un alto túmulo y sobre él puso un bonete con borla blanca como a Maestro de la sagrada Teología y una palma de virgen porque en tal posesión le tenían.

Vengo al Padre Maestro Martín Gómez que fue el segundo que propuse en este capítulo, y de los primeros en dignidad y merecimientos con Dios y con los hombres, entre los que el señor trasladó al cielo de esta provincia. Fue discípulo del Padre Doctor Sánchez, de quien habrá larga mención en nuestras historias. Dio grandes muestras de

su ingenio y letras en la insigne Universidad de Alcalá de Henares y salió consumado varón en el estudio de la Sagrada Teología. Entró en la Compañía en la flor de su edad y de sus mayores esperanzas, mostró en ella maduro seso, singular paciencia en los trabajos, admirable virtud y sinceridad en sus obras. Leyó Artes y Teología y aprendió la perfección de las virtudes religiosas y perfeccionóse en ellas y aunque era hombre de muy sutil entendimiento, de grande especulación y discurso, gustaba mucho de leer las vidas y ejemplos de los Santos Padres Antiguos con cuidado y estudio de imitarlos en cuanto lo fuese //105r. posible. La mucha ciencia no pudo con él lo que ordinariamente puede con los que no están muy en los estribos de la humildad, pues nunca le sacó de los quicios de su desprecio y abatimiento continuo, ninguno en la casa más llano, más afable, más fácil y manual para todas las cosas ni más pronto para los oficios humildes; en las disputas era sobremanera compuesto y templado, argumentaba con igual fuerza y modestia, respondía con agudeza y reposo, y en lo uno y en lo otro guardaba tal moderación en las palabras, tanta humildad en los ademanes, que satisfacía con las razones o apretaba con los argumentos. No hacía ostentación o estado de sus letras y admiraba juntamente y edificaba con su doctrina y ejemplo, ganó con lo uno y con lo otro el crédito que otros aun no alcanzan a fuerzas de brazos supliendo con voces y palabras rasgadas lo que les falta de razón y fuerza en los argumentos, encarecen mucho este punto los que de él escribieron y mucho mas de lo que yo acierto a decir los que le conocieron. Vencía con silencio las porfías y por mas que otros se alargasen en dichos, jamás salía del paso de su modestia, mirábanle ya los hombres doctos no como a sabio solamente sino también como a Santo y llamábanle su Maestro por la mucha viveza de sus respuestas hermanadas con extraordinaria paz y mansedumbre de corazón y semblante.

Fuera de las escuelas guardaba maravilloso silencio y cuando hablaba descubría la abundancia del espíritu divino que hervía en su alma. No se hallaba en pláticas escusadas, ni en murmuraciones de vidas ajenas, sus conversaciones eran llenas de edificación y olían al cielo; su ordinario trato con Dios y privaba mucho con él y recibía particulares regalos de su mano en la oración y meditación. No los hallaba de balde como los que quieren gozar de los gustos de Dios sin perder nada de los suyos. Costábanle muchas penitencias y asperezas con que afligía su cuerpo ordinaria mortificación de sus apetitos y no apartarse de la presencia de Dios. //105v. Desearon los Padres muchos traslados de tan buen original, encargáronle la enseñanza de los novicios, y criolos él como sabía por experiencia, con toda suavidad y cuidado en toda Religión y virtud. Hacía más en ellos con su ejemplo que con sus consejos, aunque los daba como Maestro de Espíritu. Sintió la carne el rigor de la vida y cuando a él más le sobraba el aliento de castigarla, mas le faltaron a ella las fuerzas para sufrirle, vino a echar sangre por la boca y alegrábase de darla por Jesucristo. Consumíale poco a poco la calentura y crecía más clamor de Dios en su alma. No se vio en él ademán de disgusto en tan larga y prolija enfermedad, siempre estaba con igual semblante, siempre con admirable paciencia en la adversidad, con rara obediencia a los médicos, a los enfermos, a los superiores, sin pesadumbre, sin quejas; fuele a visitar una noche el Padre Doctor Plaza, que entonces era Superior y con él muchos otros Padres de casa, que como todos le amaban y tenían por Santo, a todas horas gustaban de acompañarle y gozar de los ejemplos de su santidad y del regalo de su presencia. Preguntole si había menester algo y respon-

diole el enfermo: déme V. R. licencia de recibir mañana a Nuestro Señor y morirme luego. Reportose un poco el Rector y encomendando la respuesta a Nuestro Señor y díjole: Padre ¿y puedo yo mandar eso que pide?, respondióle el enfermo: sí Padre porque vuestra reverencia está en lugar de Nuestro Señor y yo se lo pido en su nombre. Parecía tener revelación de su muerte y encubrirla por su mucha humildad. Enterneciose el Rector y los que presentes estaban y echando al enfermo su bendición con grande espíritu y fe le dijo: Padre muy enhorabuena, comulgue vuestra reverencia mañana y muérase luego; alegrose extraordinariamente el enfermo con esta respuesta y pasó aquella noche con grandes júbilos, con grandes gozos y ternuras con su Dios, haciéndosele larguísimo aquel pequeño plazo de la mañana; llegada ésta trajéronle el Santísimo Sacramento, recibiole con grande afecto y devoción y fue cosa maravillosa que no un credo después de haberle recibido reposó en Dios sin que en el semblante, ni cuerpo se viese algún movimiento de los que causa en los otros hombres la tiranía y rigor de la muerte, privilegio de justos y de los que en esta vida pasaron como este Bendito Padre muriendo en todo a sus gustos. Fue su dichoso tránsito a los 16 de abril de 1567. //106r.

## CAPÍTULO XLVII

### CÓMO SE QUITÓ EN ESTOS REINOS EL ABUSO DE NO DAR LA COMUNIÓN A LOS CONDENADOS A MUERTE.

Entre las cosas que por la misericordia de Nuestro Señor se han hecho por industria y mano de los de la Compañía en estos reinos en grande gloria de su Majestad y pro de las almas, no es la de menor consideración haber quitado el abuso de no dar la comunión a los que por delitos eran condenados a muerte. Y estaba tan introducido en España y había echado tantas raíces con la costumbre inmemorial la cual tiene fuerza de ley, que fue bien menester todo el esfuerzo que en esto se puso para desarraigarlo. Sentenciaban los jueces al reo, llamaban al cura o al capellán que le confesase y con esto le llevaban al lugar del castigo, como si para un camino y tan peligroso como el de esta vida mortal a la otra no tuviera necesidad de viático. No había príncipes eclesiásticos, ni seglares no letrados, ni religiosos, no consejos, audiencias o jueces particulares que pasasen en ello o lo reparasen, o ya porque la gente más sujeta a las horcas, fuego y cuchillo de las leyes, es comúnmente la más desvalida y ajenas tienen quien de ellos se acuerde o bien porque falsamente estaban persuadidas las personas a quien socaba el remedio de ésto que era contra el decoro y reverencia, debido al Santísimo Sacramento meterle en la cárcel lugar sucio y abominable, morada de ladrones y malhechores, entre la hez y horror del mundo. Sirviose Nuestro Señor de un instrumento flaco y fin de letras para desterrar esta ignorancia y remediar el daño de ella. Dio la ocasión un mancebo noble, gentil hombre de lindo talle y mejor semblante que obras, aquí en la ociosidad y poca disciplina despeñó en un vicio infantil, indigno de su linaje, dio en hurtar para tener a mano dineros para sus demasías galas, vestidos, criados y mujeres, despeñaderos de mancebos y más bien nacidos y pobres en muchos ojos, la pobreza es vileza y por huir la hacen mil bajezas con que //106v. ensucian su sangre, envilecen su persona y manchan a su linaje; pues ya cuando son viciosos, jugadores y deshonestos como

este pobre mancebo, no hay peligro aunque no se pongan, ni infamia que no consigan, ni honra que no huellen, ni obediencia de padres, consejos de parientes y amigos que los detengan, ni buenos respetos que ellos no atropellen, a trueco de salir con su gusto y satisfacer a sus apetitos. Hízose este ladrón famoso, juntó consigo cuatro hombres, oficiales de ventaja, de iguales manos y mañas con quien partía los robos en secreto, en el cual vivían como compañeros, aunque en público no se trataban sino como criados. Andaban de tierra en tierra vagabundos, vestían ricamente, gastaban largo, comían espléndidamente a costa de las haciendas ajenas y dábanse sin rienda a los vicios que la gula, libertad y ambición acarrean. Llevole su fortuna a la ciudad de Granada (o por mejor decir la providencia divina) este año de 1567 donde hicieron ostentación de riqueza, paseando las calles de día y señalando las casas y tiendas que robaban de noche, comenzose a alborotar la ciudad con los hurtos, daban quejas a los jueces y apellidaban a los tribunales de manera que habiéndose hecho grandes diligencias dieron con los ladrones y prendieron un criado y al amo, porque los demás valiéronse mejor de los pies y pusiéronse en cobro. Puestos en la prisión tomáronles la confesión y negaron, mas apuró la verdad la fuerza del tormento y confesaron de plano. Convencidos del delito y sustanciado el proceso, fueron condenados a muerte. Mandaron los señores de la Audiencia llamar dos Padres de la Compañía que los confesasen y dispusieran para morir. Enviáronse un sacerdote, //107r. con él un hermano coadjutor, gran siervo de Dios, tenido y conocido por tal, a quien Nuestro Señor había dado particular talento de ayudar en este trance a semejantes personas. Confesose con el sacerdote aquel desgraciado mozo y cuando supo que no había de comulgar comenzó a llorar tan fuertemente que reventaba de sollozos y lágrimas, y a voces y gemidos pedía a cuantos allí estaban se doliesen de su miseria y le tratasen siquiera como a cristiano y no le privasen de aquel sólo y último bien que podía esperar en la tierra. El llanto era tal y tantas las lágrimas y suspiros del pobre mancebo que enternecía las piedras. Consolole el hermano cuanto pudo y ofreciole su diligencia, la cual le valió lo que deseaba, porque el hermano con licencia del Padre, entró a los alcaldes que a la sazón estaban juntos en su tribunal, oyendo los pleitos y habiéndoles hecho el comedimiento, les propuso su petición y declaró la causa de su venida. Respondiéronle precisamente que no había lugar ni había costumbre y parecía poca reverencia entrar el santísimo sacramento en la cárcel. Compúsose el hermano y con toda modestia y concierto de palabras y razones que pudo y Nuestro Señor puso en su lengua en aquella ocasión les dijo: *Señores lastimosa cosa es que en tierra de cristianos y a un cristiano que tiene tanto derecho de un mandamiento de la Santa Iglesia en su favor, la cual manda recibir el santísimo sacramento al que va o espera haber peligro de muerte, se le niegue la comunión y más en un tribunal como éste, donde tantas letras hay con tanta cristiandad juntas y jueces tan desapasionados y rectos; si se repara en que no hay costumbre, ¿quién más poderoso que vuestra alteza para hacerla, ni más dignos de la gloria de haberla introducido en España?, si la reverencia de tan alto sacramento detiene la ejecución.//107v.Acuérdese vuestra alteza que ningún lugar tan feo, ni tan abominable como el alma en pecado y no se de digno este señor de entrar en la de un traidor certero de su muerte cuanto más que hoy día entra en la de muchos sus semejantes, sin padecer por eso menoscabo de su grandeza ni deslustrarse su hermosura, ni mancharse su pureza, que ni al sol se le pega el horror o infección del lugar por*

*donde pasa, ni la luz se oscurece puesta en medio de las tinieblas. Antes las ahuyenta y no hay lugar tan bajo en la tierra donde el mismo Dios no asista y esté presente sin que la bajeza pueda hacer agravio al resplandor de su Majestad: La cárcel, aunque es morada de malhechores, no es aborrecible al juez, sino a los culpados y no por entrar en ella a hacer justicia y bien a los presos pierde punto de autoridad o de honra. Dígame vuestra alteza que digo lo que mejor sabe y pruebo lo que no tiene duda, pues aunque por ninguna causa de persona, tiempo o lugar o cualquiera otra cosa del mundo no pueda la grandeza de Dios menos en no llevarle o ponerle en lugares tan bajos, mas bien mirado no hace agravio sino servicio a la Majestad de su Rey, quien le acompaña a la casa pobre y desaliñada del villano labrador cuando en ésto tiene su gusto, y que sea éste el de Cristo Nuestro Señor, quién puede dudarlo, sabiendo que por esto nació en un establo y murió en una cruz y aun bajó a los infiernos*. Suspensos estuvieron a estas razones los pleiteantes y tribunales y convencidos de ellas los alcaldes respondieron: muy bien está Padre, vaya vuestra reverencia con Dios y trate este negocio con el señor Arzobispo y lo que a él le pareciere mandaremos //108r. que se ejecute. Hízolo así el hermano y apenas oyó el santo prelado el recaudo, cuando lastimado del caso mandó con un paje al cura que al punto llevase el santísimo sacramento a la cárcel de la Chancillería y comulgase a aquel preso. El paje se dio tanta prisa a dar su recaudo y el cura a ponerlo por obra que antes que el hermano volviese a la cárcel estaba en ella el santísimo sacramento y comulgado el delincuente, el cual con esta merced recibió después el castigo de su muerte con admirables muestras del admirable arrepentimiento de sus pecados, dejando en todos grandes esperanzas de su salvación.

El buen Arzobispo Don Pedro Guerrero, como tan cuidadoso del bien de las almas, escribió luego a la santidad de Pío V sobre este negocio, suplicándole que como Padre y pastor universal de todos lo remediase, el cual despachó luego sus letras y un motu propio en 25 días del mes de enero de 1562, mandando que en toda la cristiandad se le administre el santísimo sacramento a todos los condenados a muerte, no obstante cualquier uso y costumbre que haya en contrario. Y después el Rey Don Felipe II, como tan católico y pío estableció esta costumbre por una pragmática y ley que está en la Nueva Recopilación de las Leyes del Reino, en el libro 5, T. 1º, ley 9, donde en ejecución de lo proveído y ordenado por su santidad, mandó que para mayor defensa los ordinarios diputasen lugar decente y capillas en las mismas cárceles, donde con el decoro y reverencia debida se les dijese misa a los tales y se les diese la comunión que por el respeto que a tan alto sacramento se le debe //108v. no se ejecute en ellos la justicia hasta el día siguiente después de haber comulgado y así se guarda en todos sus reinos.

## CAPÍTULO XLVIII

## FUNDACIÓN Y AUMENTO Y ESTADO DEL COLEGIO DE MARCHENA.

No es menos antiguo el colegio de Marchena, colonia según escriben de romanos, llamada Martia, que otros cuyas fundaciones hemos referido si se toman en cuenta los años de sus principios, mas hemos reservado el escribirlos hasta este lugar y tiempo del año de 1567 en el cual se pobló de sus moradores. Es fundación de los Duques de Arcos,

a cuya casa y señores tiene la Compañía tan estrecha y antigua obligación como muestra esta historia. Porque primeramente el Duque Don Luis Cristóbal Ponce de León, padre del que hoy vive, fue uno de los más amigos y más celosos valedores de la Compañía en sus mayores aprietos, cuales fueron los de Sevilla con los herejes, cuando siendo de ellos perseguida en público y en secreto él les puso su autoridad e hizo rostro con su potencia tomando por propios nuestros agravios y saliendo a la demanda y satisfacción de ellos con tanta voluntad y cuidado como pudiera acudir a los de sus hijos. Autorizaba con su presencia los sermones de nuestros predicadores cuando la malicia de los herejes más los calumniaba, frecuentaba nuestra casa y gastaba muchos ratos con los religiosos de ella cuando todos los hacían como a gente sospechosa, bien a despecho de sus contrarios, escribe esto desde Marchena como entonces pasaba un caballero, criado suyo a la Marquesa //109r. de Priego Doña Catalina Fernández de Córdoba, fundadora del colegio de Montilla, en una carta cuyo traslado pondré aquí fielmente para que por él se vea lo que decimos.

Ya escribí (dice él) a vuestra señoría cómo el Duque vino a Sevilla a la muerte del señor Don Lorenzo, su tío, y que también había dispuesto de lo que tenía mandado a obras pías y a pobres de los lugares donde tenía beneficios, enterráronlo el viernes y fue el Duque con toda Sevilla. El sábado hubo sermón y el Duque lo encomendó al Padre Baptista, el de la Compañía, aunque no pensó nadie que su señoría lo encomendara sino a Constantino, o Fray Luis el Prior, y él y el predicador de la casa lo tomaron pesadamente. Hicieron harta fuerza porque no predicase sino Constantino, mas al fin el Duque hizo instancia de manera que predicó Baptista, un sermón de muerte a mi parecer y al de muchos bueno en extremo y con tanto fervor que descansado no pudo pasar de tres cuartos de hora. El Duque fue después a su casa y estuvo toda una mañana con ellos, verdaderamente son gente santa y paréceme que los tienen acorralados en Sevilla, aunque muchas gentes entendí que tenían derrotas y paréceme que será la mayor parte de la ciudad, la otra tiene gran gusto de la melodía de Constantino y de los grandes sermones que ha hecho Fray Luis, los cuales ambos no vinieron a ver al Duque, y el Fray Luis ha dicho a sus parientes (porque entendió de ellos que el Duque y mi señoría la Duquesa no tenían gusto de lo que había predicado el de la Compañía, mordiéndolos) que él nunca dejó aquellas cosas por ellos sino por muchos que ha habido en Sevilla //109v. cuya vida y ejemplo se ha visto que no era tan bueno como la gente entendía. Dice que le han dicho que lo diga en el púlpito y dice que no quiere, porque él tiene obligación de reprender en general y que cada uno tome lo que le tocare. También predicó Constantino el evangelio *de altendite a falsis prophetis* y entendió la gente que lo decía por los de la Compañía, mas él ha dicho que nunca tal dijo. Fray Luis y Constantino son amigos muy grandes y en Sevilla están recibidos por muy grandes predicadores y de grande elocuencia, y los de la Compañía por razonables letrados y que sus sermones son pláticas cristianas y que persuaden y mueven por ejemplos. Vea vuestra señoría que tan extraños pareceres hay en el mundo al menos en Sevilla y que tanto mejor es lo que alaban de la Compañía que lo que dicen de los otros. Paréceme que la gente entendió que el Duque les quería dar calor y que es su derrota, ciertamente son buenísima gente y están tan recogidos y dan tan buen ejemplo en el pueblo de sí que es cosa para contentarse mucho. Dijéronme que le dijeron a Constantino que la Condesa de Olivares confesaba con ellos y dijo que se me da a mi si les da a ellos los

pecados y a mí los pasteles. Aquí está el Provincial que llegó el martes y ayer se señaló el sitio para la casa y tan a contento del provincial que mi señora lo está en gran manera, etc.

No hallo fecha en la carta, mas parece claro ser en el año de 1556, en el cual murió el señor Don Lorenzo, tío del Duque, y florecía el Padre Baptista y los herejes nos perseguían; en ella se ve //110r. claramente cuán de veras y en cuán apretadas ocasiones tomaron estos señores a su cargo el favorecer la Compañía, y cuánto nos importaron su labor y amparo para sustentarla cuando tantos la combatían; además de ésto descubrimos la antigüedad del colegio de Marchena, pues ya en este tiempo se trataba su fundación y se le señaló sitio a la casa para labrarla.

Tomó este negocio por suyo la Duquesa Doña María de Toledo, señora de rara virtud, señalada oración y extremada caridad con los pobres, era hija de Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Conde de Feria, y de Doña Catalina Fernández de Córdoba, Marquesa de Priego, y muy semejante a ella en todo género de piedad y devoción, y limosnera tan por extremo que por remediar a los necesitados no perdonaba sus cofres ni aun a los vestidos de su misma persona y hubo vez que habiéndolos dado todos de limosna hasta el que traía encima, la Marquesa su madre, la visitó en la cama y hallándola sin vestido la mandó traer uno de los suyos y le dijo con no pequeño gusto y alegría de verla tan favorecedora de pobres, que ella le daba aquel de limosna, bien haya quien a los suyos parece. Sobre 300.000 ducados se hallaron repartidos por cuenta, por orden de la Marquesa su madre a los pobres, sin las limosnas y dádivas que salieron de su mano a las de ellas y aunque con todos era liberalísima, la Duquesa mostrose más aventajadamente con la Compañía, pues aun no teniendo colegio en su tierra y aun cuando tenía extraordinario gasto en labrar, favorecía con muy largas limosnas de trigo y dineros y ornamentos para la iglesia y altares y de otras //110v. cosas necesarias al de Sevilla, y hallándose una vez en Montilla al tiempo que salían ciertos Padres a una misión les dio buena suma de dineros para repartir a los pobres.

Señalado pues el sitio para la casa de Marchena comenzó el edificio lo más presto que pudo, gastando en él con mucha liberalidad el situado que el Duque, su marido, le daba para su recamara y vendiendo para lo mismo sus joyas.

## CAPÍTULO XLIX

### TÓMASE POSESIÓN Y PUÉBLASE EL COLEGIO. PÓNENSE ESCUELAS DE NIÑOS Y ESTUDIOS, Y ACRECIÉNTASE EN OTRAS CASAS.

Llevaba ya esta señora el edificio de su colegio en muy buenos términos el año de 1565, mas no quiso Nuestro Señor que lo gozase acabado por llevarle más presto a que le gozase. Partió de esta vida a la eterna en 15 de febrero del mismo año, mandando depositar su cuerpo en el Convento de los Padres Descalzos de San Francisco, en el ínterin que se edificaba el templo del colegio a quien dejó por heredero del remanente el quinto de sus bienes dotales, el cual montó 13.000 ducados, y estos impuso y situó sobre ciertos bienes y rentas el Duque a razón de 14.000 el millar con facultad del Rey Felipe II, y de ello otorgaron él y su hijo Don Rodrigo Ponce de León, heredero de su casa y estado, escrituras bastantes; luego el diciembre siguiente, 13 del mes, día de la expectación del parto, se tomó la posesión del colegio a instancia del Duque, aunque

no se pobló hasta el de 1567 en 16 de enero, que habiendo su excelencia acomodado la habitación de la casa, vino el Padre Gaspar de Salazar por Rector del nuevo colegio con el Padre Francisco de Barfarsa que después pasó en Indias y floreció en santidad y ayudó como un apóstol a la //111r. conversión de aquella gentilidad, y ellos y otros Padres y hermanos fueron recibidos en la casa con toda solemnidad celebrándose una fiesta de la Encarnación, titular del templo que se labraba con asistencia de aquellos señores, de todo el clero, Religiones y pueblo. Luego que el Duque los vio en su tierra, procuró como tan deseoso del bien y aprovechamiento de sus vasallos que se pusiesen escuelas siquiera para los niños, y no obstante que ni él ni la Duquesa, su mujer, habían puesto tal condición en las escrituras de la donación. Tuvo la Compañía respeto a la mucha devoción de estos señores y al mucho amor y buenas obras con que los habían obligado, y así condescendió con su gusto y labró escuelas con ochenta pinos que el Duque dio de su bosque y muchos maravedís que dio de limosna el concejo de la villa y con otras ayudas, y el septiembre del año siguiente se pusieron maestros de leer o escribir. Viose aquí el mismo provecho que ya en Montilla y Cádiz escribimos que se hacía con la enseñanza de esta primera edad, mas no pudo llevarse muy adelante porque habiéndose de gastar según el testamento de la Duquesa parte de la renta en acabar el edificio de la casa y templo, no restaba con suma sustentación para los maestros ni aun para los demás. Interrumpiéronse las escuelas el año de 1571, y aun se despoblara el colegio si el Duque Don Rodrigo Ponce de León, como heredero de la casa y devoción de sus padres, no alcanzara un breve del Papa Gregorio XIII, para que gastándose en la obra lo que el Arzobispo de Sevilla tasase y lo demás sirviese para sustentar los moradores, y así se hizo.

Tornáronse a abrir las escuelas el año de 1579 con el aliento //111v. y favor de Doña Teresa de Zúñiga, Duquesa de Arcos, la cual con el gran celo que tiene de la gloria de Dios y a bien de sus vasallos, y particularmente por la devoción y amor con que abrazó siempre y dio calor a la Compañía, ofreció 150 ducados cada año de ayuda de costa mientras en su nombre permaneciesen las escuelas, y añadiendo favor a favor y merced a merced, el año siguiente de 1580 el Duque Don Rodrigo, su marido, entendiendo que algunos poniéndolo, y escrúpulo, o lo podían poner en adelante en las donaciones que su madre la Duquesa había hecho a la Compañía del edificio de la casa y otros gastos, pareciéronles que excedían de lo que ella podía hacer del situado para su recámara y joyas, él mismo aprobó y ratificó y confirmó las dichas donaciones y de nuevo las hizo con todas las firmezas y solemnidades del derecho y se obligó al zanjamiento de ellos por sí y por sus herederos sucesores como consta por las escrituras que sobre ésto otorgó el mismo año de 81.

Pudo de esta manera darle más prisa al edificio del templo, cuyo sitio juntamente con los patios de casa y escuelas bendijo el año de la población del colegio un Obispo que pasaba a Indias cuyo nombre no hallo en ningunos memoriales, mas por la cuenta de los años parece haber sido el de las Canarias, Don Bartolomé de Torres de quien hablamos en la fundación del colegio de Cádiz el año de 84 por mayo, habiéndose juntado aquí Congregación Provincial (como muchas otras veces se han hecho por la //112r. mucha devoción y liberalidad de estos señores) se trasladó a la iglesia nueva suntuosa y magnífica, el santísimo sacramento, y después los huesos de la Duquesa Doña María de Toledo, nuestra fundadora y madre verdaderamente de toda la Compañía con toda solemnidad y alegría posible de su honrada, nuestra casa y templo, con tales y tan

preciosas prendas de un cuerpo que fue en la tierra relicario de un alma santa, esposa y querida de aquel señor a quien ella lo consagró.

De esta manera procedieron las cosas de este colegio y duraron las escuelas de los niños hasta el año pasado de 1601, en el cual se trocaron en estudios de Gramática, con ayuda de 400 ducados de renta que para el sustento de los sujetos necesarios acrecentó al colegio el Licenciado Gonzalo Fernández, clérigo muy honrado y benemérito de su patria, y el concejo de la villa con otros particulares. Es mucho el fruto que se hace en la juventud y el mismo que otras veces se ha dicho, grande el lustre del pueblo, y el aprovechamiento de los mancebos que comúnmente son de buenos naturales y fáciles para imprimir en ellos cualquier virtud. //112v.

## CAPÍTULO L

### CÓMO DE DESHIZO LA CASA DEL ALBAICÍN DE GRANADA POR CAUSA DE LA SEGUNDA REBELIÓN DE LOS MORISCOS DE AQUEL REINO Y LO QUE EN ESTA OCASIÓN HIZO LA COMPAÑÍA.

Síguese el año de 1568 en el cual sucedió la rebelión de los moriscos en el Reino de Granada, más peligrosa para España por menos preciada que por temida, porque ningún enemigo más lanoso que aquel de quien se hace menos caso, el temido apercibe, y hombre como dicen apercibido medio combatido, el tenido en poco descuida y hombre descuidado todo es vencido. Iban por este tiempo las cosas de la casa del Albaicín con grande prosperidad, criábanse los niños moriscos en nuestras escuelas con la leche de la doctrina cristiana y algunos de los que vivían de nuestras puertas //113r. adentro habían aprovechado tanto en ella que la enseñaban a los otros, y se tenían muchas esperanzas de que serían adelante semejantes al Padre Albotodo, y ayudarían a consumar y confirmar en la fe a la gente de su nación, cuando comenzaron a esparcirse rumores de su traición. Andaban ellos muy enconados por la Pragmática del Rey Don Felipe II, hecha a instancia del Arzobispo Don Pedro Guerrero y del Concilio Provincial que después del Tridentino se celebró en Granada. Mandábales en ella mudar dentro de cierto tiempo lengua y traje (que aún conservan el Berberisco) y acomodarse en todo a lo español, para asegurarlos más en la fe y su obediencia. Vedábanseles baños públicos y antiguas ceremonias de sus bodas, memorias vivas de su ley muerta conservadoras del paganismo. Forzábaseles a tener abiertas sus casas y tiendas los viernes, días entre los moros solemnes. Mas no pudiendo consigo olvidar costumbre y más tan antigua, determinaron de llevar el negocio por armas y vender si fuese menester la vida por la libertad. Hicieron trato con los moros en África, donde vivían muchos de los que se habían criado en el Reino de Granada y en la Primera Rebelión se pasaron a Berbería por no dejar la ley de sus antepa //113v. sados. Estaban de acuerdo unos y otros de levantarse con el Albaicín y hacer guerra a Granada, entraron algunos moros por él la noche de navidad, apellidaron libertad y haciendo algunos insultos en las pocas casas que allí había de cristianos viejos sin que nadie les impidiese el paso, llegaron a la nuestra alrededor del alba; diéronla muchos golpes y pidieron a voces por el traidor Albotodo (que así llamaban a aquel apóstol de su nación), y estaba el santo varón en santa contemplación en la cual había continuado la noche esperando la muerte. Mas como el alba les

daba prisa y el temor del socorro de la ciudad y como de dentro no respondían pensando por ventura que estaba desamparada la casa, comenzaron a retirarse. Levantáronse después gran número de pueblos, juntáronseles los socorros de Berberia, rompieron desvergonzadamente la guerra de manera que obligaron al Marqués de Mondéjar, virrey de aquel reino y Capitán General de la costa, a pedir y hacer gente o formar campo para castigar sus atrevimientos. Al fin la guerra fue tan reñida y costó tanta sangre cristiana, cuanta se pudiera excusar y derramar de la enemiga, si el interés y la codicia de robos y despojos no trajera tan desobedien //114r. tes y desordenados los soldados españoles. Siguieron al de Mondéjar y a todo el campo de los cristianos cinco o seis de la Compañía, confesando sanos y enfermos y administrando a los peligrosos de muerte los sacramentos de la extremaunción y eucaristía. Exhortábanlos a menudo con pláticas y santos consejos, a guardar continencia con las esclavas, a no hacer desafueros ni agravios a nadie, ni robar despojos de los no rebeldes ni levantados. Acudían a remediar los necesitados, a curar los heridos y enterrar los muertos, confirmaban con la fe algunos de los naturales que por no negarla murieron cristiana y varonilmente a manos de los moros y de sus mismos parientes y amigos. Buscaban limosnas y repartíanlas en las cautivas cristianas que habían sido despojadas de los enemigos, y aún alguno hubo, todos hermanos, que trayendo en un bagaje uno de los Padres enfermo con alguna escolta de soldados de guarda y cargando sobre ellos con gran pujanza y fugarían los moros y huyendo los nuestros él echó mano a las armas de un soldado y animando a otros cuatro o cinco revolvió sobre los enemigos con tanto valor y esfuerzo, que cobraron ánimo los huidos y tomaron a la batalla hasta poner en huida los moros y escapar la vida al enfermo.

Al fin alargándose los negocios de la guerra con varios //114v. sucesos de pérdidas y ganancias, pareció conveniente y dio orden su Majestad como los moriscos de la ciudad y de la vega se repartiesen por la tierra adentro de Andalucía y Castilla, para cortar las esperanzas a los levantados de poderse a reparar de ellos en feos aprietos. Despoblado el Albaicín cesó el fin de la casa que allí tenía la Compañía para beneficio y crianza de los naturales, y así la dejaron por julio de 1569 no con pequeño dolor de ver frustrado el trabajo de tantos años al tiempo de la cosecha.

Acabada últimamente la guerra quedaron todas las Alpujarras y muchos otros lugares desamparados y yermos, y vinieron a poblarlos grande número de gallegos, sorianos y gente pobre desvalida, y por ser la tierra tan áspera, ceñida de montes y peñas tajadas, suelen ahí acogerse los adeudados y facinerosos, verse la pobreza y miseria de la tierra y sus moradores en los templos y sacerdotes, porque de estos hay pocos y de ordinario ignorantes, aquellos están amenazando ruina en partes, o sin techo, o sin puertas, de manera que ha acontecido llevarse el viento la hostia consagrada de las manos del sacerdote sin haber aparecido después. Los altares mal limpios, o descompuestos, o algunos sin ornamentos, toda esta tierra corren a menudo los nuestros con maravilloso fruto y provecho de esta pobre gente y no menor trabajo suyo, y tanta falta de lo necesario que acontece en meses enteros no hallar que comer otra cosa sino pan bazo y mal sazonado con algunas frutillas y hiervas, ni tener donde descansar a la noche sino alguna estera sobre la tierra después de haber trabajado todo el día en la salud de las almas, mas suple Nuestro Señor estas faltas de las cosas de la tierra con sobras de regalos del cielo, dándoles en medio de los trabajos y asperezas, suavidad y consuelo //115r. de la·gente de Galicia que vino a poblar los lugares de los moriscos, enfermaron casi tres mil.

Acudió la Compañía a curarlos y especialmente el Bendito Padre Albotodo, el cual hizo sus hospitales en el Albaicín, regalaba y curaba los enfermos con grandísima caridad y enterraba los muertos ayudándole el hermano Gaspar López, de quien arriba dijimos. Poco después aportaron a Sevilla las galeras de España con gran copia de moriscos, los cuales en el mal tratamiento de los soldados y mala acogida de los ciudadanos (que con la reciente memoria de las guerras y dolor de muchos de los suyos que en ellas habían muerto, los aborrecían de muerte), enfermaron gravísimamente y morían sin remedio humano. Halláronse en tierra extraña entre gente ofendida, desposeídos de hacienda, sin dineros y sin valedores, padecían extraño desamparo sin haber quien de ellos se compadeciese. No podían entre sí mismos socorrerse los unos a los otros porque la pobreza y miseria era igual y común a todos la enfermedad. Tomó la Compañía este negocio a su cargo y señálaronse algunos Padres graves de mucha caridad y amor con los prójimos, en particular el Padre Jorge Álvarez, varón de Dios y de quien contará cosas maravillosas esta historia; el Padre Licenciado Meléndez, persona de mucha autoridad por sus letras y santidad y por haber sido poco antes provisor en aquella ciudad; el Padre Maestro Albotodo, de su nación, vivido en la Compañía con grandísimo aplauso, amado como Padre y reverenciado como santo, temido antes y aborrecido de los suyos por el incan //115v. sable trabajo que ponía en reducirlos y en ablandar su dureza para las cosas de la religión cristiana, mas deseado en esta ocasión y pedido para reparo y remedio de su desventura. Salieron a esta causa estos Padres con tanto aliento y ánimo tan caritativo y cristiano, como si fuera de sus propios hermanos. Juntaron grandes limosnas de particulares (son si así los podemos llamar pródigos los de esta ciudad en hacerlas como gente al fin poderosa y a quien no duele el dinero), hablaron al cabildo y alcanzaron que se pusiese hospital en Triana y se diese todo lo necesario para la cura y convalecencia de los enfermos y para vestirlos. Eran tantos y estaban flacos y descarnidos que de cinco en cinco los llevaban al hospital en angarillones y a mieses tan sin piedad que los acometían a echar en el río los palanquines si los nuestros no lo estorbaran. Fue muy ejemplar y muy acabada y muy bien empleada esta ocupación en Sevilla, porque el desamparo de esta gente era extremo, el trabajo excesivo en proveerles sustento a los cuerpos y remedio a las almas con no pequeño riesgo de la salud, como poco antes habían hecho en otra ocasión no menos agradable a Dios, ni menos apretada para los pobres y para la Compañía igualmente trabajosa y aun más costosa según arriba escribimos.

## CAPÍTULO LI

## CÓMO ENTRÓ EN EL OFICIO DE PROVINCIAL EL PADRE MAESTRO JUAN DE CAÑAS, Y DE LAS COSAS QUE EN SU TIEMPO SUCEDIERON.

Entrado el año de 68 vino por Visitador el Padre Bustamante, aunque duró poco la visita, y se hizo en Granada Congregación Provincial, la 2ª de Andalucía, donde también como en la 1ª se juntaron con los profesos de cuatro votos para hacer numero bastante y legítima la Congregación, algunos profesos de tres votos y coadjutores espirituales. Fue señalado Procurador a Roma el Padre Alonso de Zárate, y con sus despachos dejó al principio del año siguiente el oficio de Provincial el Padre Doctor Diego de Avellaneda, y entró en su lugar el Padre Maestro Juan de Cañas, natural de la villa de

Alcocer, en el Reino y Diócesis de Toledo, junto a Alcalá de Henares, hombre que en la común opinión y estima de todos era dechado de toda virtud y Padre de la provincia. Respetado por su ancianidad, prudencia y rectitud de gobierno, experimentado en los oficios de Rector de Córdoba, de Granada y Montilla, amado por su humildad y llaneza, por su mansedumbre y paciencia, junto con un puntualísimo cuidado del aprovechamiento y consuelo de sus súbditos, especialmente de los achacosos y enfermos a quien él acudía con mucha caridad y misericordia. Era de semblante grave y severo, mas de su natural manso y humilde y de agradables costumbres. Tenía el alma tan limpia que con gran facilidad se levantaba a divinas y celestiales contemplaciones. Habiéndose una vez sentado a cenar en el refectorio con los demás Padres de casa, comenzó a descoser la servilleta y arrebatóse en oración con tanta vehemencia que el tiempo todo que duró la mesa, estuvo suspenso y sin hacer movimiento, hasta que levantándose todos de la mesa con el ruido despertó del reposo de su oración y vuelto en sí dio las gracias con los demás en el coro e iglesia delante del santísimo sacramento, era muy frecuente y allí y en su aposento le hallaban muy de ordinario de rodillas en oración y en ella gastaba //116v. siempre mucha parte de la noche. Veíase en él un vivo espíritu de pobreza, mortificación y rigurosa penitencia. Hacía cada día fuertes disciplinas, aun estando muy viejo y necesitado de regalos y alivio. Vestía muy ásperos cilicios, especialmente uno de la cintura arriba y con ellos iba al púlpito a predicar con un fuego y celo de un Elías. Gran bienhechor de los que le ofendían, pagábales bien por mal, particularmente a un caballero Corregidor en Málaga, el cual ofendido de no se que justa reprehensión que el Padre había dado en el púlpito con maduro consejo y palabras medidas al justo de su obligación, se había ofendido de manera que arrebatado de la cólera le había puesto guardas e intentado a enviarlo preso al concejo, aunque sosegado aquel ímpetu desistió de su atrevimiento, a éste apretaron los ciudadanos en la residencia de manera que hubo menester valedores. El santo Padre tomó el serlo muy a su cargo y valiole mucho porque era mucha su autoridad y grande el respeto que a su persona y santidad se tenía. Fue muy amigo de pedir y recibir consejo en todas cosas y así salían muy acertadas. Grande amador del silencio, condición de varones especiales, religiosos de mucho trato con Dios, a quien saben mal pláticas excusadas con hombres como tienen hecho el gusto a las palabras de Dios.

Con tantas y tan buenas ayudas como aquí hemos referido de las virtudes y perfecciones de este santo varón, hizo él su oficio de Provincial con mucho fruto de Religión en los súbditos, con gran celo de la honra de Dios y estrecha observancia de la vida religiosa. Halló el colegio de Sevilla en grande aprieto y peligro por la continuación de la peste, que como poco ha dijimos, había comenzado el año de 1568, estaba cargado de gente y mucha de ella mancebos y novicios de poca edad y muy acantonados a cualquier desgracia, que entonces era también el colegio de Sevilla casa de probación, y así se determinó de pasarlo a Montilla, donde hasta hoy permanece el noviciado de la provincia.

Con esta enfermedad de peste, ofreció Nuestro Señor buena ocasión a los que en ella se hallaron en Sevilla y habían quedado envidiosos de los Padres y hermanos que los años pasados habían dado la vida en semejante demanda, librando en ella los deseos del martirio por servicio de Dios y de su república, porque habiéndose encendido en Sevilla el año antes de 1568, se continuó el siguiente //117r. de 1569 haciendo grande estrago en toda suerte de gente. Los de la Compañía, que tan codiciosos estaban de imi-

tar a sus antecesores ofrecíanse a porfía y pedían licencia a los superiores para emplearse en curar los enfermos y administrarles los sacramentos y hacer a Dios agradable sacrificio de sus vidas. Alcanzáronlo pocos, quien el señor escogió para sí, y los demás consagráronle sus deseos que en negocio donde se atraviesa mandamiento del superior, mejor es la obediencia que el sacrificio. Uno de ellos fue el Padre Alonso de Velasco, natural de Córdoba y de su caballería y nobleza, rico y bien hacendado, mas dejó la honra del siglo y las riquezas que en él tenía por abrazarse con la pobreza y oprobio de la cruz de Cristo, de quien él como de original de todas perfecciones trasladó en sí las ilustres virtudes con que resplandeció, de manera que se escribe de él haber sido varón perfecto. Fiel con la obediencia, profundo en la humildad, puntual en la observancia, estrecho en la pobreza, en el semblante modesto, medido en las palabras, y recto en todas sus obras, mas sobre todo ferviente en la caridad con los prójimos, por quien aun a su misma vida no perdonó, pues la dio confesando y ayudando con gran aliento y consuelo a los apestados el año de 1568 en 19 de mayo.

Murió el año siguiente en la misma empresa el hermano Juan de Castro, Coadjutor, natural de Sevilla, entró en la Compañía viudo del primer matrimonio y llamole Dios con particulares favores. Gozó de ellos todo el tiempo que fue religioso y fuelo con mucha entereza y perfección. Repartió antes de entrar su hacienda, que era mucha, a los pobres. Y tratose en la Religión tan como pobre que lo peor de la casa había de ser para él. Cosa nueva en el vestido no la mostraba, si le obligaban a tomarla hacía instancia con lágrimas porque no se la diesen, maravillándose, como él decía, que a tan grande pecador como él, le diesen tan honrado vestido. Todo su cuidado era buscar invenciones para humillarse, para mortificar sus pasiones y trabajar por amor de Dios en servicio de los Padres y hermanos; dábale esfuerzo para todo el mucho trato que tenía con Dios, especialmente en esta ocasión de la peste, donde anduvo tan fervoroso y caritativo que sin ningún recelo ni mudo andaba entre los enfermos, y tomaba los muertos sobre sus hombros y por sus manos los enterraba. Hiriose al fin y murió con particular alegría y consuelo en 11 de mayo de 1569. //117v.

## CAPÍTULO LII

## CÓMO SE FUNDÓ EN BAEZA UN COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

A los 22 de junio de este mismo año de 1569, murió en Granada Doña Elvira de Ávila, viuda, mujer que había sido del Licenciado Bártulo Sánchez, del consejo de su Majestad en la Chancillería Real de aquella ciudad. Habíase aficionado mucho esta señora a la Compañía por el mucho fruto que con sus ministerios hacía en Granada, en bien y pro de las almas. Y deseando que de ésto participase Baeza, su patria, ordenó por su testamento que en ella se fundase un colegio e hízole heredero de toda su hacienda. Es Baeza ciudad en esta provincia muy antigua, y de las primeras que hicieron amistad con los romanos en tiempo que los dos Escipiones metieron las primeras banderas de fundación en España. De sus 6.000 vecinos y más, gente rica y noble, numeroso clero docto y virtuoso, criado de sus puertas adentro en su misma Universidad donde se enseñan Letras Humanas, Artes y Teología. Su iglesia y la de Jaén hacen una catedral, tiene bueno y saludable temperamento, aire puro, fáciles mantenimientos y grande comarca de pueblos

convecinos para las misiones que acostumbra la Compañía. De todo ésto informó el Padre Maestro Juan de Cañas, Provincial, al Padre Francisco de Borja al quinto año de su oficio de General y por su orden y comisión aceptó la fundación del colegio a los 7 de marzo del año de 1570. Tomose la posesión de la herencia, la cual aunque rendía 1.000 ducados de renta en cada un año, cumplidas las mandas del testamento y compuestos otros pleitos que sobre ellas se levantaron, vinieron a reducirse a 600. Envió luego el Padre Maestro Juan de Cañas al Padre Licenciado Gonzalo Meléndez por Superior, hombre de muchas letras, de grande autoridad, criado en el siglo en oficios y gobiernos honrados y después en la religión ejercitado con toda virtud. Acompañole el Padre Gaspar Sánchez, grande predicador y oído en todos lugares con igual aplauso y provecho. Estos padres con otros dos hermanos partieron luego para Baeza y habiendo tomado licencia y beneplácito del Obispo de Jaén, recogiéronse en una casa alquilada, donde estuvieron desde los 17 de junio de este año hasta el año siguiente, //118r. que entraron en posesión del colegio de Santiago.

Este colegio se había instituido en Baeza para sustentar algunos estudiantes, teólogos pobres, de la hacienda de un caballero principal de esta ciudad Don Diego Carrillo, en las casas de su morada con título de Apóstol Santiago, que hoy día se conserva en nuestro templo. Tenía de renta 500 ducados en algunas posesiones, y un beneficio en la villa de Iznatoraf, Diócesis de Jaén, cuya unión había hecho la santidad de Pío V el año de 1567. Eran sus patronos el Doctor Bernardino de Carloval y el Doctor Diego Pérez, varones insignes en letras y santidad; Luis Carrillo de Carvajal y Alonso Sánchez Chacón, caballeros de Baeza, los cuales juzgando por mayor servicio de Dios y bien de su República, que ésto se aplicase todo a la Compañía, pues siendo tan tenue la fundación sería el colegio de muy poco momento. Alcanzaron Breve del mismo santo Pontífice Pío V a los 7 de mayo de 1571, en virtud del cual dieron la posesión del colegio y todos sus bienes al de la Compañía. Con esta casa y renta pudieron los Padres ejercer sus ministerios con alguna más comodidad y provecho de los prójimos, y vinieron para este fin del colegio de Córdoba el Padre Alonso de Zárate por primer Rector (habiendo sido hasta entonces el Padre Licenciado Meléndez superior de los que allí residían) y el Padre Juan de Frías, predicador apostólico, ambos varones de muchas prendas, de oración y trato de almas y maestros de la vida en especial con sus sermones, pláticas y confesiones. Dieron muy necesaria ayuda a toda suerte de gentes y más a la que trataba de recogimiento y frecuencia de sacramentos, de la cual hay gran número en esta ciudad desde el tiempo que el Maestro Ávila (de quien tantas veces ha hablado esta historia) con algunos otros discípulos cultivó esta tierra. Desengañaron muchas mujeres ilusas del demonio apartándolas de muchos errores que tenían acerca de la vida espiritual, calificando la santidad por arrebatamientos y éxtasis fingidos de muchas por entrar en el número de espirituales y santas, y pesaba tan adelante la vanidad que habiendo visto en alguna lo que a veces suele acontecer (permitiéndolo Dios para ejercitar a los suyos) que el demonio la atormentaba, otras imitaban semejantes espíritus y los accidentes de ellos no sólo en el secreto de sus casas, sino en público en los templos in //118v. quitando el sosiego de los divinos oficios y silencio de los sermones. Ahuyentaron estas tinieblas aquellos santos religiosos con la luz de su doctrina, descubrieron las ilusiones del demonio, persuadieron a las engañadas, convencieron a las fingidas y redujéronlas a todas al camino seguro de la humildad, mortificación, de la penitencia de sus pecados y frecuencia de sacramentos.

Púsose también después una lección de Teología escolástica para nuestros estudiantes y en otros tiempos dos; y cesando éstas por razones forzosas, una de casos de conciencia o seminario de letras humanas hasta que siendo necesario comprar sitio y labrar casa para morada de asiento, fue necesario descargar el colegio de gente.

Con ésto y con algunas limosnas que el Padre Melchor de Gadea, Rector del colegio aquel año de 1593, juntó entre particulares, comenzó el día del Triunfo de la Cruz el edificio de las casas que hoy tienen los nuestros, para el cual le hizo merced la ciudad de una calle y torre del muro que atravesaba el sitio necesario, y dio licencia para cargar sobre el muro el edificio del templo, y más para la comodidad de la obra el remanente de una fuente cercana mientras durase, el cual trocó después la ciudad en una paja de agua perpetua, y para ésto y para todo lo demás de que la ciudad nos hizo gracia, se alcanzó Cedula y Ejecutoria Real de Felipe II, por la cual aprobaba y conformaba todo lo dicho. Acomodada ya la habitación en el nuevo sitio con un hermoso cuarto de casa y un razonable templo, se pasaron a ella los nuestros a los 4 de junio de 1595. Creció con la comodidad el concurso y con el la solicitud y trabajo de los nuestros que con ser pocos en número hacían por muchos. Recompensaron las mercedes recibidas de la ciudad, no sólo con los ordinarios ejercicios de confesar y predicar y ayudar a los desamparados, más también con maestros que por tiempos pusieron en las escuelas de la Universidad, para que leyesen Sagrada Escritura, o lección de prima de Teología, la cual se continúa desde el año de 1599 hasta el presente de 1602.

Con los muchos gastos de la labor quedó este colegio bien nece //119r. sitado de la ayuda que Nuestro Señor le envió cuando menos tenían de donde valerse, porque en su mayor aprieto movió el corazón del Doctor Blas Messia, Canónigo perteneciente a la Iglesia Catedral de Jaén, para que les hiciese una muy gruesa limosna de 400 ducados de renta en dos juros perpetuos, y de otros 1.400 ducados de principal con que acomodaron sus cosas. Fue este Canónigo hombre de muy ejemplar vida y costumbres. Vivió en Roma recogido en la Congregación del Oratorio 16 años, y concurrió con el cardenal Varonio y tuvo con él estrecha amistad como lo muestran bien las cartas que desde ella le escribía, llenas de amor y estima de su santidad. Teniendo ya más de noventa años de edad hizo mucha instancia a la Compañía que le permitiese recogerse en este colegio para disponerse a morir entre los nuestros, como deseaba. Concedió el Padre Claudio Aquaviva, Prepósito General, con su petición y dio su licencia para recibirle en la Compañía *in articulo mortis*, y así fue recibido cuatro días antes que muriese, habiendo vivido diez meses entre nosotros con raro ejemplo de santidad y virtud. Tenía todo el día tan repartido en santas ocupaciones que toda la mañana gastaba oyendo misas, y en oración después de haber comulgado. La tarde ocupaba entera en oír el oficio divino, porque no lo podía rezar, en lección de vidas de santos y lo demás en continua oración. Señalose en la virtud del silencio con extraño extremo, que jamás se oyó de su boca ni una sola palabra ociosa, insigne prueba de su gran Religión. Jamás pidió cosa de regalo, ni gustó en tan enferma y necesitada vejez antes cuando le preguntaba si la quería, respondía con agradecimiento, todo me sobra. Fue grande limosnero toda su vida y dio en la muerte de limosna cuanto pudo y tenía.

Ha servido la Compañía a esta ciudad no sólo con los ordinarios ministerios de confesar y predicar, sino también como Maestros para la Cátedra de Escritura por algunos tiempos y de la lección de prima de teología que se continúa en las escuelas de la Universidad desde el año de 1599 hasta este de 1602.

## CAPÍTULO LIII

## DE LO QUE SIRVIERON LOS DE LA COMPAÑÍA A DIOS NUESTRO SEÑOR Y A LA CIUDAD DE CÁDIZ EN LA PESTE DEL AÑO //119v. DE 1570 Y 1571. Y LOS QUE MURIERON EN ELLA CURANDO Y ADMINISTRANDO LOS SACRAMENTOS A LOS ENFERMOS.

Si buena ocasión tuvo el colegio de Sevilla los años pasados de 1568 y 1569, para sacrificarse a Dios en ayuda de los prójimos, no la tuvieron menos los del colegio de Cádiz en el año siguiente de 1570, que fue el mismo de la fundación de Baeza de quien hablamos en el capítulo próximo, porque se emprendió en aquella ciudad una peste tan cruel que el herir y matar casi era todo uno. Morían los heridos dentro de seis, ocho ó diez horas, el mayor plazo no pasaba de un día o de dos cuando más largo. La fuerza del mal presa del contagio puso tanto pavor a la gente que el Obispo y clerecía, la justicia y regimiento con los poderosos y ricos del lugar desampararon la tierra y los pobres y gente miserable quedó desnuda de todo amparo y remedio humano, al rigor de la enfermedad y muerte que sin piedad todo lo abrazaba. Faltaban con los cabildos, el concejo y gobierno y con los jueces la justicia; hacían los insolentes sin freno de temor mil desafueros, había muchos robos y enormes agravios a la honra de las mujeres y otros insultos semejantes que causaba exención y libertad del castigo. Gobernaba el colegio el Padre Pedro Bernal, hombre de ferviente caridad para con los prójimos y por extremo compasivo en los males ajenos. Estuvo algunos días ausente en la Congregación Provincial, que aquel año se celebraba en Sevilla, luego que de allí volvió lastimóse extrañamente con tan grande desorden y tan graves ofensas como contra Dios se hacían. Vinieron luego algunos Regidores y juntaron los cabildos en el cual se halló el Padre Bernal, y con igual celo y espiritual sentimiento y dolor habló a la ciudad, y con las mejores y más acertadas razones que supo, la persuadió a dar orden para el remedio de los enfermos. Depositaron luego buena limosna de dineros, señalose hospital donde acoger y curar los heridos, proveyéronse medicinas, enfermeros y otros oficiales; enviose a Sevilla por médico y vino el Licenciado Sebastián Díaz, hombre de mucho animo y corazón para tales peligros. Diputó el Obispo para la administración de los sacramentos un buen clérigo //120r. Rodrigo Francés, de mucha virtud, a quien conservó Nuestro Señor en medio de tantos peligros dos años continuos que en el hospital se ocupó confesando los heridos y asistiendo a sus testamentos; maravilloso efecto de la divina providencia para alentar corazones cobardes y asegurar a los temerosos. Y es así que como acontece en la guerra, muchas veces morir a mano de sus enemigos los que de cobardes huyeron, no habiendo corrido riesgo los que a pie quieto los esperaron, de la misma manera en otras ocasiones los que pudiendo y debiendo no hurtarse a ellas desamparan su puesto y así llevan la peor parte, conservando Nuestro Señor en el peligro a los que por su amor se ofrecen a él. Señaló también el Padre Rector para el mismo efecto de sacramentar los enfermos al Padre Licenciado Soto Mayor, hombre muy noble y muy santo, de quien luego diremos, y al hermano Diego López para enfermero, demás de ésto al hermano Alonso de Montoro, natural de la ciudad de Écija, el cual rodeaba cada día por su orden la ciudad y los campos de la isla a caballo y con alforjas llenas de conservas y regalos para esforzar los que encontrase heridos, y hallaba muchos desampara-

dos de todo socorro humano, asomados a las puertas de la muerte. Hacíalos llevar al hospital y curarlos. El Padre Bernal solicitaba por su persona todo el gobierno, juntaba grandes limosnas, compró muchas camisas y vestidos para convalecientes, regalos y antídotos para enfermos, de que había tanta carestía y necesidad, que llegó a valer una granada un real. Movió tanto esta caridad a un mercader honrado y temeroso de Dios llamado Juan Núñez, que le envió la llave de su almacén y con ella un recaudo pidiéndole tomase de él para beneficio de los enfermos todo lo que fuese necesario de lienzo, azúcar, almendras y otras cosas semejantes, con que tuvieron grande ayuda los pobres. Salía también el Padre a la Plaza por las tardes y con una breve plática (tenía para ellas especial don y gracia del cielo), exhortaba el pueblo a penitencia y enmienda de la vida e hizo maravilloso fruto en las almas.

## CAPÍTULO LIV

## DICHOSO TRÁNSITO DEL PADRE SOTO MAYOR Y SU COMPAÑERO.

Continuó Nuestro Señor el castigo de la peste el año siguiente de 1571, y el Padre Rector y los demás del colegio, la caridad y fervor primero con el remedio espiritual y corporal de los ciudadanos. Hiriéronse los hermanos Diego //120v. López y Hernando de [sic]. Murió el primero de los dos, habiendo servido con mucho amor y cuidado a los enfermos dos años continuos, y librose el hermano Hernando y volvió con mayor aliento y devoción a su oficio y perseveró en él con gran consuelo suyo y ayuda de los prójimos, lo que tuvo más de tiempo la enfermedad. No quiso Nuestro Señor que perdiera el Padre Soto Mayor tan gloriosa empresa, como tenía entre manos de dar la vida por él. Tocose del mal y acabó con él los de esta vida miserable para entrar en posesión de los bienes eternos que tiene Dios aparejados para semejantes varones. Fue el Padre Soto Mayor natural de la ciudad de Sevilla, hombre docto, de mucha religión, mucha observancia, mucha humildad, de grande modestia y recogimiento exterior e interior, parecía que estaba siempre en oración y andaba en la presencia de Nuestro Señor. Aventajose en todas las virtudes; el año último de su vida previniéndole Nuestro Señor con especiales gracias y favores del cielo para tan dichosa y bienaventurada muerte, honrada delante de Dios y de los hombres. Luego que se descubrió en Cádiz la peste pidió muchas veces y con instancia y ruegos importunos, nacidos del fervor de su ardentísima caridad, licencia para servir y administrar sacramentos a los enfermos. Y aunque por no arriesgar un tan buen sujeto se lo negaron a los principios; venció al fin su importunidad y la mucha necesidad de tal Padre y obrero. Concediéronsela y llevole la buena nueva (tal era para él) un hermano al punto que se vestía para decir misa; fue tanto el gozo que con ella recibió su corazón que en agradecimiento y albricias abrazó estrechamente al hermano. Celebró luego el sacrificio de la misa con ternísima devoción y fervorosa alegría, consagrándose y consagrando su vida al Señor, a quien recibía y por cuyo amor la jugaba al tablero de tan fiera enfermedad. En acabando se partió al hospital como si fuera a fiestas o a entretenerse en jardines, por tales tenía él las enfermerías pues andaba en ellas con tanto aliento y gusto como entre flores, y parecíanle y llamaba rosas las [sic]. Guardole Nuestro Señor de ellas el primer año para darle mayor corona de gloria. Trabajó administrando los sacramentos sin miedo, sin cansancio, sin

cuidado de su persona y mucho de la cura de sus heridos. Cayó la fuerza del mal y quebrantó su furia después de haber hecho grande estrago por muchos meses y el lugar que dio de descanso, empleolo el Padre en ayudar a los sanos, en purificar sus conciencias en profunda y larga oración. Tornó a reverdecer con más //121r. fuerza, y el Padre volvió con igual esfuerzo a su ministerio, mas dentro de pocos días le dio un tabardillo y tras él la enfermedad de la peste. Abrazola con gran contento de su alma, viéndose morir en tan cristiana y gloriosa demanda, y fue tan extraordinario el gozo interior de su corazón que redundó en el cuerpo y mejoró de manera que cobraron los médicos grande esperanza de su salud. Mas como el Señor amaba a su siervo como a bueno y fiel, abriole las puertas de los gozos eternos, donde hoy descansa en compañía de los ángeles y goza de la vista buena de la hermosura divina y de la presencia de la gloriosa Virgen Nuestra Señora, de quien él era extremadamente devoto, y solía decir que cuando se sentía con alguna indisposición o falta de salud tornaba por remedio rezarle el Rosario y luego sanaba.

No sólo en esta ocasión sino en otras también pusieron los nuestros la vida en peligro por acudir a la necesidad de los prójimos, porque pocos años después llegaron a la bahía de esta ciudad 4.000 soldados españoles de paso para Italia, y siéndoles forzoso detenerse aquí para repararse de vestimentas y otras cosas necesarias, comenzaron a enfermar con tanta prisa que en pocos días pasaron de mil los enfermos. Con la incomodidad de los navíos y alteraciones del mar y con la falta de cura y regalo morían muchos y algunos por el remedio precisó de los Santos Sacramentos. Tomó la Compañía este negocio a su cargo, habló a la ciudad en cabildo encareciéndoles la piedad y obligación de esta obra, y aunque poco antes habían estado todos de contrario parecer resueltos de no dar limosna por ciudad, oídas las razones del Padre mudaron sentencia y antes de salir de cabildo libraron por 1ª vez 450 ducados, con palabra de adelantarse más si la necesidad lo pidiese. Con ésta y otras limosnas se pusieron en el hospital de la Misericordia 80 camas, y en la enfermería que Doña María del Castillo sustentaba y cuidaba por su devoción en casa aparte, se dispusieron otras 40; y muchas personas honradas y pías dejaron sus casas para hospital donde se repartieron gran número de enfermos, otras los llevaban a sus posadas y allí los curaban con todo regalo y con ser tanta la multitud de los que enfermaban que sobrepujaba al número de los vecinos; a todos se extendió la caridad de los ciudadanos, porque la gente mas principal se ocupaba en curarlos y regalarlos y darles ropa //121v. limpia y todo lo necesario. Alentaban esta obra con su diligencia los de la Compañía, confesaban los enfermos y administrábanles los sacramentos; visitaban y requerían a menudo los navíos, llevando muchos regalos para los que no habían podido traerse a tierra. De esta comunicación y trabajo se sirvió a la ciudad mucha falta de salud, y los nuestros casi todos cayeron a un mismo tiempo, de manera que fue necesario que el Provincial enviase de otros colegios quien los ayudase y supliese su falta, y murieron de ellos algunos. Mostró la ciudad en esta ocasión el amor que tiene a la Compañía en el universal sentimiento que tuvieron de nuestros males y en la mucha liberalidad con que acudieron a su remedio y regalo.

## CAPÍTULO LV

### DE ALGUNOS VARONES SEÑALADOS EN SANTIDAD QUE ESTE AÑO PASARON DE LA TIERRA AL CIELO.

En este tiempo pasaron de esta vida a la eterna muchos otros varones esclarecidos en santidad, de quien ha quedado mucha estima en los corazones de todos, criada con la fama de los divinos dones con que Dios enriqueció sus almas en esta vida, habiéndose caído con el tiempo y poca curiosidad de este siglo la memoria de ellos. Fue uno el Padre Diego Téllez, natural de Sevilla, hombre religioso y humilde, ferventísimo predicador y de mucho nombre en esta provincia. Mereciolo su gran celo, su eficacia, sus continuos trabajos en estorbar vicios, en reducir pecadores y adquirir gente para Dios. Tuvo gran dulzura de voz y lenguaje, maravillosos pensamientos en las palabras, vivo sentimiento en el corazón con que aficionaba, movía y llevaba tras sí toda suerte de gentes. Murió en 19 de abril del año de 1560; y el mismo día salió de esta vida para la otra el Padre Luis de Montalbán, natural de Chillón, en el Obispado de Córdoba. Hijo de la iglesia, dotado de muchas virtudes y especialmente de singular don para tratar a los prójimos y atraerlos al camino de su salvación. Ganaba mucho con la opinión de su santidad y con la alegría del semblante y condición agradable. Fueron éstos dos grandes varones, muy compañeros en la vida y en los trabajos, vinieron juntos un día al colegio de Granada, juntos salieron a una misión a la villa de Martos, ciudad en tiempo de //122r. romanos, y una de las ocho colonias de la España Bética Turciomela Augusta; después cabeza de obispado en tiempo de los Godos, ahora villa del Reino y Obispado de Jaén. Juntos hicieron gran provecho en las almas predicando el uno y el otro confesando, y juntos partieron de esta vida a recibir el premio de la otra. Habían trabajado valerosamente en aquella villa donde se vieron al principio tan humillados y menospreciados de todos, que tuvieron muy bien que ejercitar la humildad. Ellos iban tan pobremente vestidos, las ropas viles y remendadas, el semblante y trato sin ostentación de letras ni autoridad, que todos los que en el pueblo les encontraban hacían burla de ellos como de mal vestidos. La primera vez que el Padre Téllez predicó en este lugar, luego que entró en la iglesia donde había concurrido todo el pueblo, como si esperaran alguna representación, fue tanto el murmullo y risa de verlos que no se oía otra cosa en el templo. Gozaron los Padres de tan buena ocasión y ofrecieron a Nuestro Señor su desprecio por ayuda del recate de aquellas almas, suplicándole que pues los había escogido para tratar de la salvación de ellas, quebrantase con instrumentos tan flacos y viles los poderíos del mundo y rindiese a aquellos corazones a su palabra. Sentose el predicador en una silla, por no estar con disposición de subir al púlpito por el cansancio del camino, lo cual también acrecentó la mofa del pueblo; mas luego que comenzó a predicar comenzaron todos a mirarse unos a otros de corridos y arrepentidos, condenando cada uno su liviandad y estimando en su corazón por santos, a los que primero habían menospreciado. Favoreciole tanto Nuestro Señor que a pocas razones se vieron todos trocados, convertida la risa en lágrimas y sollozos en dolor y arrepentimiento de sus pecados, el menosprecio en estima, en amor y veneración y una tan puntual obediencia a los padres que las palabras de ellos eran la regla de sus obras; y hiciéronse en pocos días muchas cosas muy maravillosas, porque no pusieron en

cosa las manos que no saliesen con ella. Demás del fruto de las confesiones, empleo principal de estas misiones y de los que en ellas y fuera de ellas se ocupan en tratar almas, alcanzaron muchas remisiones de deudas, pedidas por justicia, con apremio de exenciones y cárceles, solturas de prisiones largas, perdones de agravios y aun de muertes, con reconciliaciones de odios envejecidos y fin de pleitos reñidos y antiguos seguidos //122v. con todo rigor en tribunales de la justicia; y compusieron otros negocios, hasta no dejar preso en la cárcel. Quedó el clero muy reformado y muy grato a los Padres; los niños bien instruidos en los principios de Nuestra Fe, y todos tan reconocidos y enamorados de la santidad y buen trato de aquellos santos varones que si a la venida los recibieron con risa, a la partida los acompañaron con lágrimas. Y después enviaron al colegio de Granada, donde ellos residían, una gruesa limosna de algunas cargas de trigo, de que entonces había gran carestía y necesidad, con otros muchos regalos, lo cual todo se les volvió en el agradecimiento posible y carta para el concejo y regimiento de la villa, donde juntamente con las debidas gracias se les escribía la prohibición de la Compañía por excusa bastante de no recibirlo, y con ella quedaron igualmente satisfechos y admirados de ver religiosos tan pobres y tan desinteresados trabajar tanto en beneficio de otros, sin recibir de ellos algún premio de su trabajo. En estas y otras misiones se ejercitaron juntos estos santos varones, y juntos dejaron la tierra y no con pequeño sentimiento de los que quedaban en ella desamparados de la ayuda de sus santos trabajos, y oraciones continuas, y subieron al cielo con gran gozo de los Ángeles y espíritus celestiales.

Este mismo año en 21 de junio, llevó el Señor para sí al Padre Bartolomé de Bustamante, de quien muchas veces hemos aquí hecho mención, hombre digno en su vida de toda veneración, y en su muerte de perpetua memoria. Antes de entrar en la Compañía fue secretario y muy querido del Cardenal de Tavera, Arzobispo de Toledo, y le sirvió en cosas de mucha importancia porque era muy docto en las divinas letras y en la sagrada Teología, de gran prudencia y valor en los negocios, de grande consejo y discreción y de particular industria y acierto en dar traza y disponer edificios. Valiose el Cardenal de él en muchos y muy graves negocios el tiempo que tuvo tanta mano en el gobierno de los Reinos de Castilla, y para los edificios que hizo en Toledo y Alcalá de Henares, tan suntuosos como hoy día se ven. Muerto el Cardenal, se había recogido y se ocupaba con mucho en ejercicios de virtud y aprovechamiento de los prójimos. Estando así en Toledo con gran deseo de agradar a Nuestro Señor y //123r. suplicándole muy de veras que le encaminase para aquello en que más le había de servir, y haciendo continua y fervorosa oración a este fin, diciendo un día misa y teniendo el Santísimo Sacramento en las manos suplicole con grandes sollozos y abundantes lágrimas que le cumpliese su deseo y acabase de ponerle en el lugar donde él quería que estuviese, pues en todo deseaba obedecer a su santísima voluntad. En este tiempo (como él lo contaba después, no sin mucha ternura y devoción) sintió en su alma un impulso y movimiento interior y una como voz que le decía: vete luego a la provincia de Guipúzcoa y haz allí lo que vieres hacer al Duque de Gandía; de cuya vida entonces aún no tenía entera noticia. Fue este llamamiento del Señor tan eficaz y poderoso que luego el mismo día dejó su casa y negocios y se partió para donde Dios le llamaba. Llegó a la provincia, donde halló toda la tierra llena del suave olor de su santa vida, entró en la ermita de la Magdalena de Oñate y topó con el mismo Padre Francisco, que con una

angarilla en las manos llevaba piedra y tierra para el edificio de su pobre morada. Echose a sus pies, diole razón de su vocación y venida y pidiole instancia le recibiese por compañero. Dio gracias a Nuestro Señor el Padre Francisco, porque comunicaba estos deseos a tales personas y recibiole en la Compañía, y trájolo consigo mucho tiempo, ayudándose de su Religión y gran prudencia en las jornadas que hizo y negocios que trató. Después de haber entrado en la Religión hizo grande asiento en la virtud, bebió el espíritu de su Venerable Padre Ignacio, y aquel celo del bien de las almas, en el cual se empleaba con tan igualdad y perseverancia, con tanto celo de la honra de Dios, con tanta ansia y deseo de la salvación de sus prójimos, con tanta humildad y llaneza, con tanta pobreza y desprecio del mundo, que aun siendo ya viejo y cansado de ordinarios trabajos, iba a predicarles en el rigor del invierno, abriendo camino por la nieve. Tenía en el púlpito palabra viva y eficaz, y en remediar pecados diligencia y cuidado maravilloso. Por esta causa estimaba en mucha y procuraba acrecentar el ministerio de enseñar a los niños por el gran fruto que de esta enseñanza se saca para el resto de la vida. Compúsoles algunas coplillas devotas y cosas de la doctrina cristiana para aficionarlos a ella, y despertaba en ellos la emulación de aprenderla con donecillos y premios que daba a los más diligentes. //123v.

Fue devotísimo de la Madre de Dios, amábala tiernísimamente y rezábala cada día su Rosario entero entre tantas y tan graves y tan continuas ocupaciones, como siempre tuvo, siendo compañero del Padre Francisco de Borja, Provincial, muchos años de esta provincia y Visitador de ella, y del Reino de Toledo, y contaba él con gran devoción y lágrimas los muchos favores y mercedes que en retorno de este servicio había recibido de Nuestra Señora, de las cuales sólo hallo escrita una bien milagrosa, habiéndose descuidado de escribir las demás, los que entonces vivían.

Yendo una vez camino con el Santo Padre Francisco de Borja, subiendo por unas montañas ásperas y fragosas que llaman de los siete Pallares, de la otra parte del río Mondego, no lejos de la ciudad de Coimbra, al pasar de un paso muy estrecho y peligroso resbaló la cabalgadura en que iba rezando su Rosario a Nuestra Señora y fue rodando por unos riscos y por un tan espantoso despeñadero que sólo mirarle ponía grima. El santo viejo comenzó a invocar a grandes voces los dulcísimos nombres de Jesús y de María, ayudole también el Padre Francisco, diciendo Jesús te ayude, advertido de los gritos que su compañero y otros hombres dieron viéndolo caer. Yendo pues rodando por la cuesta abajo ya encima, ya debajo su mula, súbitamente se detuvo la cabalgadura en un lugar tan magro, resbaladizo y dificultoso para hacer allí pie que causó no pequeña admiración a los que lo vieron, y cuando se pensó que él se hubiera hecho pedazos o lastimándose gravísimamente, le vieron bueno y sano con el Rosario de Nuestra Señora en la mano, a quien había llamado en su ayuda y él y la cabalgadura sin lesión alguna, aunque fueron menester brazos y máquinas para sacarlos del abismo en que estaban.

Tenía especial talento y gracia del cielo para tratar con señores y príncipes y traerlos a la virtud. Pidió una vez a la Condesa de Niebla, madre del Duque Don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que hoy vive, 1.000 ducados de limosna para el colegio de Trigueros que a su devoción se fundaba para el socorro de la comarca y campo de Andévalo, como arriba dijimos. Excusose al principio la Condesa por estar falta de dineros a causa de haber faltado aquel año la pesquería de los atunes, mas luego reparó mucho en la confianza y llaneza con que el Padre se los pedía //124r. y mandó dárselos

luego y todos juntos sin aguardar los plazos que él señalaba. Agradecióle la merced que le hacía el santo varón y díjole con espíritu profético: por estos 1.000 ducados le ha de dar Nuestro Señor a vuestra señoría este año 100.000. Él lo dijo y Dios cumplió su palabra porque siendo ya por San Juan cuando querían alzar las redes y dejar las almadrabas y pesquería, en sólo siete días siguientes cogieron tantos atunes que le valieron 105 ó 110.000 ducados (como otros dicen) cosa que ni antes jamás se vio, ni después se ha visto. Tuviéronlo todos por manifiesto milagro y así lo celebraron y escribieron en los libros del Duque.

Recogiose al fin de sus días (del cual parece que tenía premisas del cielo) al colegio de Trigueros, diciendo a todos que allí se iba a morir. Díjoles un día en el púlpito prediCando en el pueblo: hijos yo me vengo a morir con vosotros y será presto. Luego le dio la última enfermedad de que murió dentro de nueve días, en los cuales no se le caía de la boca el nombre de la Virgen, ni en su corazón y pensamiento la perdía un punto de vista, y aunque algunas la fuerza de la enfermedad le turbaba el sentido, para ésto sólo le tenía siempre muy entero y estaba tan en sí como cuando sano. Cuando le trajeron el santísimo sacramento de la Eucaristía, estaba tan descarcido, tan flaco y falto de fuerzas que no podía moverse, más en viéndolo parece que resucitó de la muerte, cobró mucho vigor y aliento, cubrióse con la ropa y saliendo de la cama púsose de rodillas, adoró y recibió el santísimo sacramento con admirable reverencia, con tierna devoción y sentimiento de su alma y de todos los que allí estaban presentes. Y poco después dio el alma al señor, repitiendo aquellas palabras del himno de Nuestra Señora María *Mater gratia, Mater Misericordia, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe*. Y ella le recibió en compañía de los ángeles. Sepultose su cuerpo en la Iglesia Mayor de Trigueros, junto al altar mayor donde hoy reposa.

Murió también por este mismo año a los 8 de agosto el Hermano Miguel Hazañón, de tierra de Cuenca. Hombre de mucha oración y grande caridad con todos, ejercitola maravillosamente en el oficio de sastre y ropero que tuvo por muchos años en la Compañía, en el cual acudía con mucha voluntad y alegría a todas las necesidades de los de casa. Aven //124v. tajose en la virtud de la pobreza y silencio, bastante muestra de su mucha perfección y guardábalo de manera que con tener tanta ocasión de alargarse en palabras con unos y otros para razón de su oficio, jamás se vio hablar sino las muy necesarias, más ésas con tanta alegría y tan buen semblante que a todos satisfacía. Fue su vida muy digna de imitarse y de envidiarse su muerte, cuando el médico le dijo que le quedarían dos o tres horas de vida, levantó las manos al cielo con extraordinario gozo de su ánima y permaneció así en profunda oración con el rostro muy alegre y sereno de manera que causó mucha devoción y lágrimas en todos los presentes; entre las cuales el médico admirado de ver tanto desprecio de la tierra y tanto amor de Dios y de la vida eterna dijo con grande sentimiento: éstas si son muertes para desear.

No fue menos ilustre la vida y muerte del Padre Juan Baptista, natural de Córdoba, mozo de raras partes naturales y enriquecido de muchos dones y gracias celestiales. Era hermoso de rostro, de linda estatura, de ingenio conocidamente grande, aventajadas letras, de quien había muchas esperanzas en la provincia. Ángel verdaderamente en cuerpo y alma, de gran modestia, de gravedad muy agradable, de apacible trato y condición que robaba los corazones; prudente, discreto y muy mirado en todas sus acciones; al fin como de él escriben de rara santidad y virtud. No quiso el Señor que la malicia muda-

ra su entendimiento, o la longura de los días menoscabara la pureza de su ánima, o las muchas letras le envanecieran, o corriera algún otro peligro de los que el mundo tiene consigo.Arrebatólo en medio de sus días en la flor de su edad, acabado de ordenar sacerdote antes aun que celebrase la primera misa, porque le apretó luego una gravísima enfermedad de orina con muy rigurosos dolores y penosísimos accidentes, los cuales él padecía no sólo con igualdad de ánimo sino también como gozo de su corazón, recibiéndolos como de mano de aquel señor que con ellos le regalaba y en ellos le daba extremada paciencia y maravillosa conformidad con su voluntad. Con ésta dio el alma a su criador habiendo recibido los sacramentos, dejando a todos envidiosos de su buena suerte y con tan gran regalo y devoción en los corazones que no era pequeño testimonio de la bienaventuranza que poseía. En el libro de los difuntos hallo escrito, que había otras muchas cosas que decir de este siervo de Dios, las cuales su Majestad descu //125r. brirá cuando fuere tiempo para mayor gloria suya y honra de su siervo. Murió en 18 de julio de 1571.

Luego el año siguiente de 72 a 8 de agosto cortó Dios otra flor de este su jardín, tan semejante a la pasada que en tierra, color y olor de excelentes virtudes, parecen tan hermanas y tan hijas de una planta como lo son. Trasplantó en el cielo al Hermano Pedro Jiménez, natural también de la ciudad de Córdoba, a quien dotó su Majestad de singular gracia y hermosura de cuerpo y admirable resplandor y pureza de ánima. Era agradable a Dios y a los hombres, de gran ingenio, y que prometía mucho para adelante. Su Religión, su mansedumbre, sus virtudes tenían muy aficionados a todos. Atajole el Señor los pasos de la vida en el fervor de su juventud cuando comenzaba los estudios de Teología. Diole una enfermedad penosísima, una cólica tan furiosa que le acabó al día tercero. Sufrió los dolores con grande paciencia y recibió la muerte con mucha serenidad de ánimo, armose con los santos sacramentos de la Santa Eucaristía, y Extremaunción; y estando en todo su sentido alargó el brazo pidiendo la imagen de un crucifijo que estaba sobre una mesa y tomándole en la mano y llegándole a la boca se quedó arrebatado del sueño de la muerte y reposo en el Señor, sin hacer ningún ademán de sentimiento, dejándolo muy grade en todos los de la casa por lo mucho que le amaban y por las muchas esperanzas que de él se tenían.

Pocos meses después recibió el premio de sus trabajos el Padre Pedro Núñez, natural de Alcalá de Henares, profeso de cuatro votos, el cual había venido de la provincia de Toledo a la Andalucía. Vivió en ella muchos años con mucho fruto y ejemplo de toda virtud. Era maravillosa su honestidad y vergüenza, parecía en su trato (según era recatado y modesto) una castísima doncella, criada en mucho encerramiento y virtud. Era fervoroso y muy continuo en la oración y meditación, observantísimo del silencio; virtudes que andan muy hermanas, hablar mucho con Dios y con los hombres poco y de Dios o por Dios, así lo hacía y decía este santo religioso. Guardó estrecha pobreza en su persona y en todas las cosas. Ejercitó su oficio mucho tiempo con tanta caridad y mansedumbre que jamás se le vio en //125v. ocasión ninguna semblante turbado, ni se le sintió disgusto en el ánimo, ni aun con los criados de casa por mas descompuestos y desbaratados que fuesen. No eran bastantes las ocupaciones de su ministerio para estorbarle en la de los prójimos. Oía de ordinario muchas confesiones de hombres y mujeres y en todo se echaba bien de ver el aprovechamiento de su enseñanza. Murió como había vivido, con alegría y consuelo de su alma y fervorosos deseos de verse con Dios a 4 de diciembre de 1572 años.

## CAPÍTULO LVI

## PRINCIPIOS DEL COLEGIO DE MÁLAGA.

Entre los Prelados que el año de 1562 se hallaron en la última junta del Sagrado Concilio de Trento, fue uno Don Francisco Blanco, Obispo de Orense, varón santo, docto y muy aficionado a las personas en quien resplandecían bienes y santidad; por esta causa cobró mucho amor al Padre Maestro Laínez y a sus compañeros, que como Teólogos de Pío IV, sumo Pontífice, también asistían en el mismo Concilio. Hizo mucha impresión en él ver tantas letras con tanta humildad, tanta modestia con tanta eficacia en las disputas, tanta discreción con tanta sinceridad en los consejos, y finalmente tan admirable correspondencia de la vida a la doctrina de aquellos Padres. Comunicolos allí despacio, entendió de ellos el fin y modo de su instituto. Vio las Constituciones y Bulas de los sumos Pontífices, y quedó tan aficionado y devoto de la Compañía que vuelto a España acrecentó la renta del colegio de Monte Rey, que caía en su Diócesis de Orense. Y siendo promovido a la silla de Málaga el año de 1567, deseó mucho fundar un colegio en esta ciudad; la cual está puesta en la costa de levante a la orilla del Mar Mediterráneo y es de las más antiguas ciudades de España, y de las primeras en quien los Fenicios hicieron asiento después de la de Cádiz, más de 500 años antes de la venida de Cristo y uno de los dos lugares confederados con el pueblo romano en Andalucía. Tiene alegre cielo y suelo fértil, buenos y fáciles mantenimientos y abundancia de todo lo necesario. Hay en ella gran concurso de forasteros por el comercio de la mar, y va creciendo cada día por el nuevo //126r. muelle que en la playa se edifica para abrigo y amparo de los navíos y galeras (que aquí son muy frecuentes) en las tempestades. Parecíale al Santo Prelado que todas estas cosas darían muchas ocasiones a la Compañía de ocupar bien sus obreros, en no pequeño bien de mucha gente desamparada, cuyas almas tenían grande ayuda en los ministerios de ellos y no menor socorro las necesidades y aprietos particulares y públicos en su caridad y buena diligencia.

Trató de este negocio con algunas personas graves de la ciudad, a quien parecieron muy acertados los intentos de su Prelado, acrecentando a todos el deseo de verlos cumplidos, el trato y conversación del Padre Lorenzo de Valverde, de quien arriba escribimos y del Hermano Alonso de Valencia, hombres muy religiosos y de mucha edificación en sus palabras y obras, los cuales en aquella sazón había venido a ciertos negocios a Málaga, y los había hospedado el Santo Obispo en su casa. Creció más esta voluntad con algunas misiones que varias veces se hicieron por su obispado, acompañando algunos Padres a su Visitador el tiempo de la visita. Y dando ellos otras vueltas sin él a sus solas, con el provecho y remedio de las necesidades espirituales que siempre vemos en estas misiones y que particular y aventajadamente prometían el gran celo y talento del Padre Diego de Santa Cruz, Padre Gaspar Sánchez, Padre Gonzalo Meléndez, Padre Juan de Frías, varones todos de espíritu verdaderamente apostólico, llenos de fuego, de amor divino y codiciosos de la salud de las almas, por esta causa imprimían con gran facilidad en la gente de los pueblos todo el bien que les enseñaban como lo habían ejercitado en las obras y costumbres de los nuevos predicadores.

Hervía toda Málaga en devoción con los sermones del Padre Juan de Frías; no había

hombre que le oyese que no quedase mudado, inflamado y encendido en odio del pecado y amor de la virtud. Cortaron mucho las raíces de vicios antiguos, muchos hombres distraídos y desconcertados en sus vidas se recogieron y las reformaron, otros dejaron los oficios peligrosos para sus almas, con tanto gozo del santo Pastor Don Francisco Blanco, que cada día se le hacía un año hasta ver cumplido su deseo. Escribió sobre ellos al Padre //126v. Francisco de Borja (que a la sazón estaba en España y había venido a ella por orden de su Santidad Pío V) el cual le envió al Padre Juan de Cañas, Provincial de Andalucía, y al Padre Gonzalo Meléndez, con quien él dio asiento a la fundación del colegio que se deseaba. Ofreció luego 500 ducados de renta en el almojarifazgo de Sevilla, y compró unas casas junto a la ermita de San Sebastián, y acomodólas lo mejor que pudo para la habitación de los nuestros, con gasto de 600 ducados. En ella se recogieron por algunos días el Padre Isidro Pérez, grande operario, con el Hermano Esteban Encinas, hasta que el Obispo pidió al Rey Don Felipe II, que hiciera merced al colegio de la iglesia, ermita y lo que a ella pertenecía, lo cual era de su patrimonio real. Tenían allí los escribanos de la ciudad fundada su cofradía y aunque ellos hicieron contradicción, su Majestad recibió la información que así ellos desvió, como el Doctor Ramírez Corregidor hicieron, los unos para impedir la fundación y el otro por cumplir lo que el Rey le había mandado por una cédula suya, y todos declarando cómo la ermita era del patrimonio real. Respondió el Rey viéndola: pues es mía la ermita, yo les hago merced y donación de ella a la Compañía. Despachó su provisión, y por ella fueron puestos los nuestros en posesión de la iglesia y sitios anexos, en 10 de octubre del mismo año de 1572. Volvió el Padre Juan de Cañas el año siguiente de 73 y trajo consigo a los Padres Juan de Frías, de cuya doctrina habían quedado con gran gusto y sed desde la última misión que hizo en aquella ciudad; al Padre Gonzalo de Álamo, cuya santidad y buenas obras experimentadas allí por muchos años le hicieron amable a Dios y a los hombres; y al Padre Gonzalo Meléndez, que en su buen trato, letras y Religión acreditó mucho a la Compañía en aquellos principios ayudando para ello la mucha autoridad de su persona y el oficio de Superior que entonces le encomendó el Padre Provincial, y la buena diligencia y la virtud de los compañeros en hacer guerra al demonio y gente para la milicia de Jesucristo.

Yendo las cosas de este colegio en mucha pujanza y creciendo a la par el contento y gusto del Obispo y de la ciudad, el Padre Gonzalo Meléndez //127r. fue enviado por Rector de Madrid, y el Santo Prelado promovido por sus grandes merecimientos a la silla Arzobispal de Santiago de Compostela. Quedó en el colegio por primero Rector el Padre Cristóbal Méndez, llamado el predicador, porque lo fue muy insigne y a diferencia de otros que había en la provincia del mismo nombre. El Arzobispo, antes de partirse a tomar la posesión de su iglesia, aumentó la renta de su fundación en 500 ducados. Dioles su librería, gran parte de sus muebles y provisión de trigo para aquel año, y desde Madrid les envió luego 2.800 ducados con que se compró un cortijo para perpetuarla, el cual renta 200 fanegas de trigo y 30 de cebada cada año. Favorecieron algunas otras personas principales estos principios, especialmente Don Luis de Torres, Arzobispo de Monreal, que por este tiempo estaba en esta ciudad y se había aficionado mucho a la Compañía por el grande bien de sus institutos y maravilloso provecho de su doctrina. También Doña Ana Pacheco de Alarcón, mujer de Pedro Verdugo, Proveedor General de la costa. Juntó gruesas limosnas en compañía de otras señoras devotas, con que se compraron algunas casas y ensancharon el sitio, para lo cual añadió también con 1.000 duca-

dos el Arzobispo desde Santiago, librándolos en lo que por el voto de España le pagaba aquella ciudad.

Éstos y otros muchos beneficios y limosnas que cada día se hacían para la casa y sacristía, traían a los nuestros tan alentados y fervorosos como obligados y agradecidos. Dentro de casa todo su cuidado era purificar y limpiar el corazón con la continua mortificación de la carne y entera resignación de su voluntad en las manos de Dios para poder gozar de la quietud y reposo de la oración. Fuera de casa todo era tratar de la salvación de las almas, predicar al corazón, oír confesiones y convertir pecadores, enseñar a los niños, a los esclavos y gente ruda la doctrina cristiana. Ministerio verdaderamente tan agradable a Dios como necesario a los hombres, cuya falta ha introducido en muchas partes inmutables errores. Fue muy grato y muy provechoso en esta ciudad, como también lo fueron las visitas de cárceles públicas, especialmente de los galeotes que de todo el Reino de Castilla y Andalucía se suelen traer aquí para entregarlos a las galeras, son gente facinerosa, intratable, desesperada y desamparada, pasan sus delitos no sólo con el trabajo del //127v. remo, amarrados a un banco y sujetos a la fiereza de un comité; sino también con el horror de una cárcel tristísima en todo el desamparo del mundo en que perpetua cadena, suelo por cama, vil sustento y por taza y en todo un trato más de perros que hombres; padecen graves enfermedades, falta de remedios y medicinas, olvidados de todos en medio de la mayor necesidad y miseria del mundo. Tiene y han tenido aquí siempre los nuestros gran materia de ejercitar la caridad cristiana y religiosa mortificación, no sólo remediando sus almas por medio de los divinos sacramentos sino también curando sus cuerpos, ya dentro de la cárcel ya en las mismas galeras, y otras veces alcanzando de las justicias y capitanes licencia para remitirlos en hospitales, donde se les han acudido con mayor comodidad a la cura de sus almas y cuerpos. Hanse también interesado por este camino algunas insignes conversiones de moros, que no habiéndose rendido a la palabra de Dios ni a persuasión de hombres, se han convertido con el ejemplo de este celo cristiano, juzgando que no puede ser menor que muy verdadera y santa la ley que enseña tal caridad y amor aun con los enemigos y extraños.

A estas ocupaciones añadieron los nuestros las escuelas de latinidad por industria del Padre Baltasar de Santofimia, que era Rector el año de 1578, para cuyo sustento dio el Arzobispo Don Francisco Blanco 4.000 ducados que se echaron en renta, y Don Francisco Pacheco, Obispo entonces de Málaga, compró el sitio para labrarlas y ayudó con 600 ducados al edificio de ellas. Y acabado éste de todo punto el año de 1579, dieron principio los maestros, que para esto se enviaron, a sus lecciones con toda solemnidad y fiesta posible, hallándose a la primera oración al Obispo de la ciudad, la nobleza y el pueblo. Hase mejorado mucho con ésto la juventud de esta tierra y las escuelas han dado muy buena cosecha de gante docta, mayormente en las Religiones y particularmente en la Compañía. //128r.

## CAPÍTULO LVII

## TERCERA Y CUARTA CONGREGACIÓN PROVINCIAL, CON LOS SUCESOS DE ÉSTAS Y OTRAS COSAS DE ESTE TIEMPO.

Había juntado el Padre Maestro Juan de Cañas Congregación Provincial al tercer año de su oficio, que fue el de 1571 en Granada, por la mucha devoción, gusto y liberalidad del buen Arzobispo Don Pedro Guerrero. Fue señalado para llevar a Roma los negocios de provincia al Padre Francisco Vázquez, el cual demás de su grande Religión y prudencia tenía buena inteligencia y conocimiento de ellos. Llegó a Roma al tiempo que el Papa Pío V enviaba al Padre Francisco a España con su sobrino el Cardenal Alejandrino, para tratar con los reyes y príncipes cristianos de confirmar y acrecentar con nuevas fuerzas la liga contra infieles. Por esta causa remitió el Padre Francisco los despachos de las provincias de España para la vista, y así se volvieron los procuradores sin hacer cosa de nuevo. Cuando estuvo en Castilla y Portugal fue tan visitado de todos los grandes y señores de estos reinos y tuvo tantas y tan grandes ocupaciones, que le fue forzoso volverse a Roma sin dejar otro orden en las cosas que mandar se distribuyesen como hasta allí mientras que desde Roma las dispusiese. Continuáronse en el ínterin los oficios más de lo que pensaron, porque luego que llegó a Roma dentro de dos días, murió postrero de septiembre de 1572. Convocó el Padre Maestro Polanco la Congre //128v. gación General como Vicario General de la Compañía, y juntó segunda vez su provincia el Padre Juan de Cañas, donde se enviaron a Roma por electores el Padre Doctor Plaza en lugar del Provincial, por estar el Padre Maestro Cañas que era legítimamente impedido con su poca salud, y el Padre Licenciado Pedro Bernal, y el Padre Gregorio de Mata, todos hombres graves, doctos y de muchas prendas de santidad. Llegaron a Roma el año de 73 en el cual fue elegido Prepósito General el Padre Everardo Mercuriano, y él señaló al Padre Licenciado Pedro Bernal por Provincial del Andalucía, y al Padre Doctor Plaza por Visitador de las provincias del Perú y Nueva España. Cuánto gozo causó la Provisión del Padre Pedro Bernal en esta provincia, tanto sentimiento engendró la del Padre Plaza, mayormente en la ciudad de Granada donde él era Rector en aquella sazón, y Arzobispo Don Pedro Guerrero que le amaba tiernamente por el gran caudal de sus merecimientos, y sentía su ausencia con veras de muy padre y amigo. Mas deseando el Padre Everardo corresponder al gusto de este Santo Prelado y satisfacer las muchas obligaciones que le tenía toda la Compañía enviole de su mano a quien hiciese el vacío del Padre Plaza y fuese recibido de él con igual contento y alegría. Gobernaba en este tiempo la Provincia Romana con oficio de Provincial el Padre Alonso Ruiz, uno de los hombres más graves y más amados que tuvo en estos principios la Compañía y de quien el Arzobispo tenía a tan grande estima y amor como experiencia y noticia. Enviole nuestro Padre por rector a Granada, y con él repartió //129r. a todos los colegio de la provincia muchas y muy preciosas reliquias que para este efecto le concedió la santidad de Gregorio XIII. Alegrose mucho con su venida el Santo Prelado y dio muy buenas muestras de ella, porque luego le situó 500 ducados de renta para el edificio del templo y siempre le favoreció con muchas otras limosnas.

Con la presencia y cuidado del Padre Alonso Ruiz quedaron las cosas de Granada

bien puestas, y con el gobierno y solicitud del Padre Licenciado Pedro Bernal muy acomodadas las de esta provincia, porque era muy grato a todos su espíritu, su discreción, su mansedumbre, y en la serenidad del rostro y compostura de su persona se mostraba bien la nobleza de su ánimo. Entró en la Compañía graduado en leyes y había leído Cátedra de ella en la Universidad de Granada con aplauso y opinión de letrado. Entendió que le querían proveer una plaza de juez y temiendo el peligro de estos oficios escogió el seguro de la religión. No hizo caso de las lisonjas del mundo ni le aficionaron, ni las esperanzas de mediar que a tanto entretienen en las vanidades del siglo. Entrose luego en la Compañía, dentro de pocos meses floreció mucho en los ejercicios de penitencia y mortificación. Enviáronle para acabar su noviciado a la casa de Probación de Simancas, famosa por la santidad de su fundador el Padre Francisco de Borja, y por los muchos y //129v. muy excelentes varones que de casi toda España se criaron en ella, ilustres en religión y nobleza. Caminó para llegar a ella más de 200 leguas en el rigor del invierno a pie, con aguas y nieves y pidiendo de limosna su pobre sustento. Acabado el noviciado de estudio en la Universidad de Alcalá, sus artes y Teología, y de allí fue señalado por Rector del colegio de Cuenca, donde volvió a esta provincia de paso para Flandes a acompañar el ejercito católico y ayudarle con sus oraciones y traer concertados y corregidos los soldados con su autoridad, con su ejemplo y sus exhortaciones; tuvo por cierto que le había de costar la vida esta jornada, así por su natural complexión delicada como por traer la salud quebrantada con los muchos trabajos y aspereza de penitencias. Mas con todo eso se puso en camino haciendo a Dios y a los prójimos sacrificio de su vida y salud, la cual quiso Nuestro Señor quitarle por entonces con una recia enfermedad que desbarató sus intentos y le detuvo en esta provincia, donde le eligieron Rector del colegio de Cádiz. No era otro su cuidado sino sacrificar su voluntad a Dios y tratar de la purificación y limpieza del corazón. El cuerpo tratábalo como a enemigo con abstinencias, ayunos, vigilias, amargando en todo sus gustos y tomando ordinarias disciplinas y cilicios de cerdas y de rayos con que se martirizaba por las culpas y se castigaba por las ajenas, rezaba los divinos oficios y horas canónicas con particular devoción y con tan grande afecto del alma que parecía //130r. hallar en las alabanzas de Dios el descanso de los demás trabajos del día. Qué concierto de lengua, qué templanza y moderación de palabras, qué buen olor de dispensar pláticas, qué frecuencia de oraciones jaculatorias sacados de los salmos, y ordinaria lección de las letras sagradas y de los antiguos santos doctores y Padres de la iglesia católica, quien jamás se halla con él en conversación alguna donde él no hablase de Dios dulce y gravemente sin cansancio y sin enfado de los oyentes. Leíase en su semblante y en sus razones se veía el amor de Dios que abrazaba su corazón y el que le llenaba tras sí en procurar el bien y salvación de sus prójimos. Traía muy viva y continua memoria de las misericordias y beneficios de Dios para con su alma y cuerpo y cuando encontraba con algún hombre sordo, mudo, ciego o lisiado de cualquier manera o enfermo, daba gracias a Dios porque le había librado de semejante lesión o enfermedad, y agradecía de nuevo a Nuestro Señor los ojos, las manos, los oídos, los pies y el uso de cualquiera otros sentidos y miembros cuando se aprovechaba de ellos sin impedimento, como si entonces los recibiera la primera vez. Nunca en tantos años de gobierno, en medio de tantos cuidados, tanto concurso de negocios, importunaciones, o culpas de súbditos se le conoció turbado el ánimo y airado el semblante, ásperas las palabras, ni el mucho ejercicio y costumbre de mandar le

disminuyó un punto, la prontitud sujeción en obedecer. Vímosle sin oficios en algunos colegios, vímosle entre novicios //130v. en la casa de Probación, más llano, más sujeto, más fácil que todos ellos, a la voz del superior con maravillosa reverencia y respecto a los mismos que él había recibido y criado en la Religión y puesto en aquellos oficios. Gran estimador de todos, engrandecedor de los talentos y calidades ajenas y despreciador de las suyas propias. Respetaba a todos y hallábales aun a los más pequeños con grande veneración llamándolos por su nombre y sobrenombre juntamente, y con este mismo respeto procuraba se tratasen ellos entre sí mismos.

Con ésto animaba mucho a los pusilánimes al trabajo de los estudios y mortificación religiosa que al fin crece la virtud alabada y medianos caudales de entendimiento y virtud, esforzados con el premio de la estima de los príncipes, o de aquellos a quien desean los hombres, o desean agradar, se aumentan y hacen mayores que los más aventajados si son desvalidos y el que era primero en honrar a todos no era el postrero en humillarse a sí mismo. Para los oficios humildes ninguno tan puesto aun siendo superior. Cuando por algún achaque o enfermedad faltaba algún maestro de los de gramática, él tomaba a su cargo sustituirle, o ya confesiones de toda suerte de gentes, consolaba a los tristes, visitaba con entrañas de caridad a los enfermos especialmente a los pobres y encarcelados. Siendo Rector en el colegio de Cádiz vio que perecían muchos pobres desamparados por no tener siquiera donde recogerse a morir, y buscó unas casas para enfermería donde se //131r. curaron estos enfermos, los cuales dio de muy buena gana Doña María del Castillo, de quien hicimos mención cuando tratamos de aquel colegio y se encargó de curarlos, y buscarles lo necesario. Halláronle muchas veces en las escuelas de los niños, en las plazas, cárceles, hospitales, enseñando a los ignorantes la doctrina cristiana, para lo cual imprimió una breve instrucción de ella y la repartió y divulgó por todo el Reino de Valencia, donde estuvo algunos años y fue Prepósito de la Casa Profesa de aquella ciudad, y primero fundador del colegio de Tarazona, después de haber sido Provincial en la Andalucía.

## CAPÍTULO LVIII

### DE OTRAS EXCELENTES VIRTUDES DEL PADRE PEDRO BERNAL.

Nunca supo estar ocioso un punto sino siempre ocupado o leyendo en los santos, de quien sacaba sentencias para el púlpito y ejemplos de virtudes para imitar, o puesto en oración muchos ratos de la noche y los más del día cuando la necesidad de los prójimos le daba lugar, o predicando y haciendo exhortaciones y pláticas en varios lugares, mas con el afecto de su alma que con las palabras, aunque las tenía muy puras, castas y muy ajustadas a los sentimientos que sacaba de la meditación y continua lección de los santos. Así eran sus sermones, breves, pero muy llenos de espíritu del cielo, agradables y provechosos a los oyentes, teníanle todos amor de padre donde quiera que estaba y tenía él una dulzura y suavidad de condición que nadie le conoció //131v. que no le amase entrañablemente. Sentía los trabajos ajenos más que los suyos propios. Pedía con instancia y lágrimas a Nuestro Señor el remedio de ellos y obró Dios por su intersección maravillosos efectos.

Estando el bendito Padre en la ciudad de Cádiz cayó enfermo un caballero principal y

llegó tan al cabo que lo desahuciaron los médicos. Diole un día tan terrible paroxismo que le lloraron por muerto. Acordáronse en este aprieto su madre y abuela del Padre Pedro Bernal y enviáronle a llamar para confortarse con él, vino y compadeciose grandemente del mal del enfermo y del dolor y lágrimas de sus padres, y díjoles que tuviesen confianza en Nuestro Señor, porque aquel caballero no había de morir de aquella enfermedad, despidiose luego de ellos diciendo que él iba a decir misa por la salud del enfermo y que después le fuesen a avisar cómo estaba. Dijo la misa con su acostumbrada devoción y oró con particular afecto a Dios, Nuestro Señor, por la salud de aquel mozo. Cuando volvió del altar a la sacristía halló un criado de aquellas señoras, el cual le avisó de parte de ellas que el enfermo estaba ya bueno y sano. Afirmaron los médicos que había sido manifiesto milagro, y por tal fue tenido en aquella ciudad. Volvió después a visitar sano al que había visto casi muerto, y dándole las gracias aquellas señoras por la merced que a instancia y oración suya les había hecho Nuestro Señor, les respondió con toda modestia que aquel era efecto del divino sacramento de la //132r. Eucaristía, y que a Nuestro Señor diesen las gracias de cuyas manos había recibido le beneficio.

Otra vez a estas mismas señoras estando en Sevilla se les había perdido un niño de poca edad. Hicieron todas las diligencias posibles y no lo fueron para hallarlo. Despacharon peones por los caminos de Jerez y Cádiz, temiendo no se hubiese querido volver a su tierra; anduvieron las casas de sus parientes conocidos y amigos, dieron pregones por la ciudad, hicieron cala y cata por las galeras y navíos extranjeros, los cuales suelen a veces el hurtar estos niños para abusar de ellos, mayormente cuando son tan hermosos como éste lo era. Por ninguna vía ni manera se pudo saber ni tomar noticia de su viaje. Las pobres señoras se revolvían en lágrimas, en la casa todo era llanto, todo sollozos y gritos, estaban para perder el seso de puro dolor. Acudieron por segunda vez al Padre que les había favorecido en la primera necesidad, el cual se hallaba a la sazón en Sevilla, lleváronle a su casa y contáronle el caso con la pena y sentimiento que de una madre se puede entender, enterneciose el buen Padre y consololas diciendo que confiasen en Dios que el niño dormiría aquella noche en su casa. Maravilláronse aquellas señoras de tan alegre y resuelta promesa y preguntándole con las ansias del deseo que cómo lo sabía, no respondió mas sino que él iba a hacer oración a Nuestro Señor y que le avisasen //132v. cuando el niño viniese. Fuese desde allí a su casa y púsose en oración y perseveró en ella hasta que después de hora y media que estaba importunando a Nuestro Señor, aquellas señoras vieron entrar al niño por sus puertas cuando menos pensaban y preguntándole como se había perdido y quien le había cobrado respondió que yendo por unos caminos, un hombre le trajo por fuerza hasta allí, el cual no supo quien era; dieron luego aviso al Padre con un criado, el cual le halló continuando la oración, y dio gracias a Nuestro Señor por la merced recibida.

En Jerez también supieron los efectos de su poderosa oración, donde estando un caballero con una recia calentura que por la fuerza de ella la tenían por efímera, llegó el santo viejo y le dijo un evangelio y antes de acabarlo estaba libre y del todo bueno el enfermo. El Padre Antonio de Cárdenas de la Compañía de Jesús, estaba con muchos dolores de cabeza y cuando algunas veces le apretaba pedíale al Padre que le pusiese las manos sobre la cabeza y le dijese las palabras del evangelio de San Marcos *Super egos manus imponent et bene habebuit* e inmediatamente se le quitaba el dolor en haciéndolo.

En la ciudad de Guadix, donde él se retiró a los últimos días de su vida, estuvo una

señora algunos días con los dolores del parto en grande peligro, pidiéndole que le encomendase a Nuestro Señor, respondió no tengan pena que Dios alumbrará a esta señora y le dará un hijo y así sucedió como él lo dijo, y estando esta misma señora otra vez muy //133r. enferma y con mucho peligro dijo públicamente que Dios le daría en breve muy intensa salud y así se cumplió. El mismo médico que curó a este bendito Padre en la última enfermedad en Guadix, testificó que estando su mujer en una peligrosa enfermedad de que él tenía casi perdida la esperanza, el Padre la fue a confesar y acabada la confesión la apartó a él y le dijo aunque esta señora le hiciera Dios merced en llevársela luego por estar bien dispuesta, pero por la falta que hará a vuestra merced y a su casa Dios le dará entera salud y así se la dio. No quiero alargarme más en referir las excelencias de este Santo varón, reservando las demás para el tiempo y lugar donde trataremos de su bienaventurada muerte, la cual fue muy semejante a su vida, y a los merecimientos de su santidad, ahora volviéndome a los sucesos de su tiempo y provincialato.

## CAPÍTULO LIX

## DEL ESTADO Y SUCESOS DE LA PROVINCIA EN ESTE TIEMPO.

Con tan buena y santa cabeza como las que acabamos de dibujar, no pudo dejar de lucir mucho toda la Religión y medrar en mucha virtud y santidad todos los verdaderos miembros e hijos de ella. Recibió él muchos y muy buenos sujetos, no todos los que quisieran y le importunaban por ser recibidos sino solos aquellos a quien después de larga experiencia y mucha oración y buenas informaciones, gustaba por suficientes para el peso del instituto y con caudal de persona, ingenio natural, dócil y otras buenas partes para satisfacer a las obligaciones de la Compañía. Hacíalos criar //133v. en toda mortificación y ejercicio de perfectas virtudes pero alentados, fervorosos y alegres, no pusilánimes apocados y tristes; amábalos tiernamente y cuando visitaba la casa de Probación era extremada la caridad con que los trataba, exhortándolos al vencimiento de sus pasiones y cuidando por otra parte de su vestido y de las demás cosas necesarias. No se contentanba de remitir este cuidado a los oficiales subordinados, sino viéndolos por sus ojos, y como él era tan compasivo y misericordioso con los necesitados y enfermos, pegaba este espíritu a todos sus hijos y dieron ellos buenas muestras de él el mismo año de 1573, primero de su provincialato, en el cual ofreció a Nuestro Señor buena ocasión en Sevilla a los Padres Agustinos y juntamente a la Compañía demostrar el amor y buena correspondencia que siempre han tenido y guardado estas dos sagradas Religiones, y la del bienaventurado Padre San Agustín dio bastantes prendas de la mucha confianza que hacía de la nuestra.

A la entrada de este verano hubo en el convento de Sevilla una grande y peligrosa enfermedad causada (a lo que se creyó) de las aguas en parte estancas y sucias de un riachuelo que llaman Tagarete, y pasa junto a la casa. Cundió tanto el mal y eran tantos los enfermos que ni tenían quien los curase ni hiciese los oficios ordinarios del convento y servicio de los religiosos. Hicieron favor a la Compañía de representarles su //134r. necesidad, y pidiéronles que les enviasen algunos estudiantes pobres que satisfaciéndoles su trabajo les ayudasen en el aprieto presente. Era Rector el Padre Juan de Castañeda, el cual recibió el recaudo con mucho sentimiento del mal, y desamparo de aquellos Padres, y con mucho gusto de hallar ocasión en que mostrarles la buena voluntad y

amor de la Compañía; respondió con demostración y agradecimiento al Padre Prior por el favor y confianza que de ellos se hacía, que se dolía del trabajo de aquella casa como si lo tuviera en la suya propia, y que con esta misma solicitud y presteza daría orden y proveería lo que su paternidad le mandaba. Con ésto se despidieron los mensajeros y el padre Juan de Castañeda puso los ojos en los sujetos de su colegio mas a propósito para aquel ministerio, y escogió la primera vez a los Hermanos Francisco Pelayo, Jerónimo de Zaragoza, Luis de Escobar, Juan de Fuensalida y Martín Fernández, todos gente alentada, devotos caritativos y deseosos de servir con muchas veras y amor a aquellos santos religiosos. Enviolos al Prior de San Agustín, el cual agradeció con muestras de mucha benevolencia la caridad de la Compañía, mas no la admitió por aquella vez enviándole a decir al Padre Rector que a los Padres de casa quería él en la suya en tiempo que pudiesen [sic] servirlos y regalarlos, no para que sirviesen a sus frailes, y trabajasen en curar sus enfermos y no si se le tor [sic] a pedir el ayuda de los estudiantes seglares lo mas breve que se pudiese, por ser externa la necesidad. Diole mucha pena al Padre Rector la falta que aquellos Padres tenían //134v. de gente en aquel aprieto, ofreciósele por entonces de remediarla con toda diligencia. Mandó poco después a los Hermanos de casa desnudarse el hábito religioso y vestidos en traje de estudiantes pobres enviolos al convento.

Recibiolos el Prior y sus frailes con mucho contento y venían a ellos con igual gozo, de tan buena suerte como les había caído de servir a los siervos de Dios. Comenzaron luego a repartir entre sí los oficios de casa; tomó uno a su cargo la sacristía, las llaves de las puertas otro; otro dieron cuidado de la cocina, y los demás quedaron para enfermeros, y aunque al principio los desconocieron y pensaron ser estudiantes seglares, luego reconocieron quien eran en la modestia de su semblante, en la caridad y unión de los ánimos, en la cordura y madurez de sus palabras, en la voluntad y alegría con que trabajaban, en la fidelidad, celo y calificación con que trataban las cosas de su casa, de su regalo y servicio. Duró la enfermedad julio y agosto, y la malina de ella era tanta y tomaban los Hermanos aquel trabajo con tanto gusto y aliento que por acudir al remedio de los enfermos y regalar los convalecientes se olvidaban de sí mismos y apenas templaban cansancio del día con el poco [sic] reposo de la noche. Cayeron todos enfermos mas no por eso dejó de continuarse esta obra mi [sic] se continuó la necesidad, como ellos iban cayendo iban otros entrando en su lugar y supliendo sus veces. Con esta providencia //135r. fue Nuestro Señor servido que se atajase el mal y aquellos siervos suyos sanasen, los cuales juntamente cobraron salud en el cuerpo y en los ánimos grande estima y afición a la Compañía, y toda la ciudad, y grande admiración de su caridad, celo y virtud. Algunos de los que por esta causa enfermaron en el colegio murieron en breves días y partieron de esta vida gozosos por haberla dado en tan cristiana y honrada ocasión y por la seguridad que llevaban de recibir en premio la eterna. No fue un error la caridad con que acudieron los nuestros al religiosísimo convento de la religión de San Francisco en Montilla, celebrado por la mucha santidad y religión de sus moradores, porque algunos años después les sucedió lo mismo que a los Padres de San Agustín en Sevilla, y cayeron todos enfermos de unas tercianas pestilenciales, de manera que les fue necesario valerse de la mucha devoción y amor que la Compañía tiene a esta sagrada Religión. Fueron allá cuatro de los nuestros, el Hermano Miguel de Escobar, Juan Francisco, Pascual y Juan Ortiz, todos de orden sacro que acabados sus estudios estaban en aquel colegio cumpliendo la 3ª probación y con ellos un Hermano Coadjutor, Pedro González, bien inteligente en las cosas de botica, gran trabajador y hombre de mucha caridad para

con todos. Estos Hermanos socorrieron a aquellos Padres en su necesidad y les sirvieron con grande voluntad y trabajaron en curar sus enfermos un mes poco más que duró la enfermedad, aunque con no pequeño trabajo y cansancio, con muy particular alegría y consuelo de sus almas por verse tan bien empleados en servir a tan grandes siervos de Dios. En premio de esto regaló Nuestro Señor a algunos de ellos con largas y //135v. penosas enfermedades, granjeadas en aquella ocasión, y en ella dio su alma al Señor el Hermano Pedro González, gozosísimo de dar la vida en servicio del Señor y de aquellos sus escogidos. Favoreciolos el Marqués Don Pedro con muchos regalos y todo lo necesario y las Monjas de Santa Clara les acudieron con toda caridad y limosnas.

## CAPÍTULO LX

## LA VIDA DEL PADRE HERNANDO GUILLÉN, HOMBRE VERDADERAMENTE APOSTÓLICO.

Entre muchos otros varones dignos de memoria que por este tiempo de que íbamos escribiendo pasaron de esta vida el año siguiente de 1574, cogió el Señor sazonado fruto de la vida y virtudes verdaderamente grandes y dignas de toda estima y admiración que resplandecieron en el Padre Hernando Guillén, natural de Carmona (grande y rica villa de Andalucía, y en tiempo de romanos la más fuerte ciudad de toda ella, Diócesis de Sevilla). Fue en su tiempo mozo libre y valiente y por serlo ocasionado a pendencias, aunque algunas veces lo arrojaron su natural brío y fuerzas sirviéndole a la par de las riquezas y autoridad de sus padres que eran de los mas principales y nobles de esta villa, mas como el Señor le tenía escogido para pelear sus batallas llamole en medio de la mayor lozanía de su edad, quebrantó su orgullo, trocole de tal manera en otro varón que mudando de traje y vida siguió estudios hasta acabar los cursos de teología y ordenándose de sacerdote se dio al confesionario y púlpito con tanto ejemplo de //136r. costumbres y fuerza de razones, que engendró notable respeto y estima de su persona aun en aquellos que antes por el verdor de su juventud mal empleada, y por la libertad y exención de su vida le conocían. Era temido su nombre y venerada su presencia donde quiera que iba, componía a los presentes que le miraban y ellos dejaban juegos y ocupaciones menos honestas.

Entró en la Compañía a los 41 años de su edad. Ajustose a la Religión como si naciera en ella e hizo de hierros pasados espuelas para seguir las virtudes, aunque el nuevo estado le obligaba, sentía tierna y amorosamente de Dios, y dolíase y alegrábase juntamente, acordándose muy de ordinario que cuando el más desarmado andaba en el mundo más le llamaba su Majestad para el cielo haciéndole por momentos las mercedes, y tantos despertadores tenía para aumentar sus servicios cuantas habían sido las ofensas primeras. Era éste el ordinario pasto de su alma y continua materia de sus pensamientos, y de ellos nació en su corazón una humildad tan sencilla y de tantas veras que no hay cosa tan vil en los ojos del mundo como él siempre lo era en los suyos y como tal se trataba y holgaba de ser tratado; en lugar vestido, aposento y oficios, sentía lo contrario tan en el alma que dándole la profesión de 4 votos, último grado de la Compañía, merecido sin controversia de sus letras y santidad, se espantó y se entristeció grandemente //136v. que tal juicio y calificación se hubiese hecho de su persona y

partes tan viles en su opinión, y con lágrimas de verdadero humilde decía: mirad a que ha venido la Compañía que a mi me hacen profeso.

Oyó viniendo de una misión que refería su compañero el buen empleo de sus trabajos como testigo de lo que el Padre hacía para gloria de su Señor, sintiolo con más extremo que los ambiciosos los agravios de su honra, y en vez del agradecimiento que otros dan por sus alabanzas diole él quejas y aun reprehensión, tan ajeno estaba de alabarse.

Siendo ministro primero lugar, y veces después del Rector en el colegio, cuando el cocinero, o despensero, o cualquier otro de los oficiales de casa, le pedía que le diese ayuda de alguno, les daba la suya y se ejercitaba igualmente con ellos en los mas humildes oficios, diciendo que para servir en todo y a todos era ministro y se llamaba ministro.

Era de corazón amador de la pobreza, no sólo no usó de cosa superflua, mas excusó muchas de las muy necesarias; el aposento menos acomodado era el suyo, no tenía silla ni mesa, su ordinario asiento era el suelo, pocos libros y viejos, los forzosos para el estudio de cada día, lo demás lo estudiaba en la librería, y tenía en ella hasta el breviario donde rezaba sus horas, diciendo que pues era de todos era razón que estuviese donde todos pudiesen libremente servirse de él. //137r. Para escribir los sermones servíase de papeles viejos y de cubiertas de cartas, tampoco los estimaba. La comida en que fue limitado sobremanera y abstinente, procuraba siempre que fuese la más vil y la más desabrida era para él la mejor. Pedía le repartiesen como a pobre las sobras de la mesa, y cuando por su edad y trabajo algún regalo se le hacía, hallaba a mano mil razones para huirlo. No sufrió cosa nueva en el vestido y para salirse con ello, ni le faltaban tracas y le sobraban excusas que aun los zapatos si no eran viejos y desechados siempre le lastimaban, hasta que alcanzaba se los quitasen.

Enemigo cruel de su carne, estudiaba en martirizarla más que otros en regalarla; domábala con ayunos, disciplinas y otras asperezas como a rebelde, y tratábala en la vejez con tanto rigor, como si fuese un mancebo. Testigos las ordinarias y casi continuas misiones en que él se ocupaba por lugares yermos de doctrina y faltos de regalo, con igual gusto de emplear su talento en provecho del prójimo y mortificación de sí mismo. Su caminar era ágil, la ropa y libros al hombro, cargando a veces sobre ella la del compañero, porque fuese más descansado. Quedábase antes del lugar en alguna choza cuando podía y acomodando con toda caridad a su compañero, tomaba él por cama la tierra dura, no queriendo //137v. dar cuidado de huésped a los curas o alcaldes. La comida eran algunos mendrugos de limosna con algunas bellotas que él sacaba de casa, sin poderse alcanzar del que recibiese cosa, o algunas aceitunas de las caídas debajo del árbol donde se salía a comer; y para huir convites decía a su compañero que le convidase antes de entrar en el pueblo y con ésto se excusaba de todos diciendo que otro le tenía prevenido, y tomada la palabra, son ingeniosos los santos en el servicio de Dios y castigo de su carne.

Habiendo de ir a predicar a un lugar apartado, mandole el superior subir en una cabalgadura y que no bajase de ella hasta el pueblo, propuso con humilde, y no siendo admitida su excusa, cumplió el orden como obediente, mas pensó en el camino como vengarse de aquel alivio tan necesario. Apeose a la entrada del lugar y no pudiendo persuadir al compañero que subiese en ella, tomó la rienda y entró así por medio de la gente que aquel día de fiesta venía con gran concurso a la iglesia a la voz del Santo que

predicaba; a la vuelta obligó al compañero diciendo que a él le habían mandado venir mas no volver a caballo.

Encontrolos en el camino un hombre honrado y saludando al Hermano a caballo con mucha cortesía, con paternidad y besamanos y habiéndole el Padre saludado a él cortes y religiosamente, le respondió muy al desaire, enhorabuena //138r. vais, tanto era el desprecio con que él se trataba y la pobreza de su vestido, tan lejos andaba de mostrar autoridad en su persona que ninguna honra le dio a él mas alegría que verse tenido en poco del caminante, y con este gozo siguió su camino tan alentado que aunque muy viejo y cansado no sentía el trabajo del caminarlo.

Encontrole en Sevilla un clérigo, más libre y menos bien mirado en sus obras de lo que su estado pedía, y viéndolo tan pobremente vestido, burlando del letrado con menosprecio, motejando de él de poco limpio y desaliñado y diciéndole que comiendo tan bien y regalándose ¿cómo estaba tan flaco?, y otras cosas tan pesadas como libres, las cuales él recibió con tanta alegría y respondió con tan admirable mansedumbre y paciencia que el mal clérigo quedó avergonzado y quien los oyó, con igual admiración y estima de la santidad de este Padre.

Si en las misiones lo cogía la noche en el pueblo, dormía en la iglesia, o sobre la tierra, o sobre un escaño, sin admitir que en las tablas se pusiese alguna ropa, o a la cabeza descanso, y el que le ofrecían dábaselo al compañero. Si alguna vez le era forzoso admitir el convite por ser persona cuyo respeto obligaba, o a quien podía con su conversión ganar para Dios, sólo alargaba la mano a los platos más ordinarios, sin tocar a los de regalo, y persuadiéndole una vez que tomase de un ave, pues Cristo había dicho *Manducate que apponunt bobis*, respondió, no mandó Cristo comer de cuanto pusiesen en la mesa, enseñó que se contentasen con cualquier manjar que les pusiesen por vil y pobre que fuese. //138v.

Aconteciole un día después de haber predicado en un pueblo donde el cura le deseaba regalar en su casa, hurtarse de la gente como solía y salirse al campo y habiendo hecho un haz de leña, volver con él a los hombros casi a la noche para venderlo y sustentarse de su trabajo sin dar cuidado a ninguno. Varón verdaderamente apostólico y que así en el predicar, como en las obras que hacía sin interés de la tierra, sólo pretendía el bien y salvación de los prójimos, por cuyas almas se le iba la suya, con tan grande ansia de ganarlas para el cielo, que deseaba si le fuera posible vivir en aquel campo en alguna ermita y sustentarse con hierbas para estar muy a mano de gente tan necesitada de doctrina como la del Campo de Andévalo, que fue el de sus hazañas y donde hoy día vive la memoria de él, sabrosa en los corazones de todos y con amorosa y justa veneración de su nombre, de su doctrina y ejemplo. Corría todos los pueblos a pie, enseñaba la doctrina a los niños, y desterraba la ignorancia de los mayores, reconciliaba enemigos, visitaba pobres y enfermos, y cuando podía repartíalos de la poca limosna que para sustentarse juntaba. Ámanlo igualmente grandes y chicos, respetábanlo con nombre y estima de santo y por donde quiera que iba salían todos a besarle la mano, y por los caminos los que iban a caballo se apeaban para hacerle reverencia, los cuales tanto más admirable cuanto él menos partes naturales tenía para aficionar //139r. los que le trataban por ser de semblante severo, de natural y condición encogido y de poca gracia en el púlpito, mas era tanta la fuerza y ardor de espíritu, tan verdaderas las muestras de su santidad que con ellas robaba los corazones y hacía de ellos lo que quería.

Regalábase tiernamente con Dios Nuestro Señor en la oración y regalábalo en ella tiernamente su Majestad con muchos, muy dulces y muy vivos sentimientos de las cosas celestiales y con tierna devoción y lágrimas, las cuales en medio de la gran serenidad del rostro caían a hilo de sus ojos cuando celebraba la misa, o contemplaba los divinos misterios. Lo particular de las mercedes que aquí y en los demás ejercicios santos el Señor le comunicaba, su pecho sólo fue el secretario de ellos y la llave de su profunda humildad. Abría Dios el tesoro de sus virtudes el día que las juzgare para darle de sus riquezas y tanto mayores parecerán cuanto más guardadas. Sólo digo que donde tan grande fueron los merecimientos, no serán vulgares los galardones.

Fue tan hijo de la iglesia y celoso y mortal perseguidor de los enemigos de la fe, y tan temido de ellos que cuando Constantino prendió el fuego de las herejías en Sevilla, solían decir algunos de los de su secta y parcialidad, lo que San Ambrosio de la lógica de Agustino a *Theologia veteri Guillermi liberanos*. No podían sufrir la fuerza de su doctrina y manos la de su buen ejemplo. //139v.

Honestísimo y recatado en el trato y confesiones, oíalas sin enfado, enseñábalas con caridad, reprendíalas sin asperezas, sufría sus ignorancias con humildad y paciencia y compadecíase cristianamente de sus trabajos. Mas nunca dio lugar a lisonjas, ni admitió comedimientos o cortesías si el estado o respeto de las personas no le obligaba de manera que el excusarlas se debiera tener de varones graves y cuerdos por rusticidad y villanía. Llamáronle de un pueblo cercano a confesar una mujer, era grande la opinión y santidad, y la confianza del celo que tenía del bien de las almas, traía el recaudo la hija de la enferma, junto con su marido quisieron acompañarle y rehusando él le dijeron: también iba el niño Jesús con José y Nuestra Señora, pasad respondió adelante que ni yo soy Cristo ni vos San José, ni vuestra mujer Santa María.

Reprehendió severamente un clérigo porque tocaba en su casa una vihuela, de manera que las mujeres vecinas lo podían oír, oyolo el clérigo con veneración como a Santo, y cavó tanto en él la fuerza de sus palabras acompañadas con el raro ejemplo de vida y costumbres que en él tanto resplandecían, que a fin vino a dejar el siglo y entrarse en la Compañía.

Amonestábale ya de la vecindad de su muerte la mucha edad, los continuos trabajos y ocupaciones tomadas con más fervor y espíritu del que sus fuerzas, pocas y graves //140r. enfermedades sufrían, quiso morir humildemente como había vivido. Pidió el oficio de cocinero con tantas veras y con tantos ruegos y tan grande instancia y muestras de devoción y consuelo, que por no quitárselo unieron los superiores de concederle el oficio. Hacíalo con extraordinario gusto y alegría y mostraba bien lo mucho que obraba Dios en su alma. Hacía el salvado para las aves, fregaba los platos y ollas como si sólo aquellos supiera y en estos santos ejercicios le cogió la vez el Señor. Apretole la enfermedad de la orina con tan grandes dolores que ni con el día tenía alivio, ni con la noche descanso; crecía su paciencia con ellos y para sufrirlos, sólo se valía de la presencia de su buen Dios, en cuya memoria y consideración descansaba y decía que era muy buena aquella enfermedad para acordarse de noche de Dios. Estaba hecho a buscar en todo a Dios y a vivir todo en él, y así lo hallaba en todo. No quebrantó la fuerza y rigor de la enfermedad la entereza de ánimo con que en la salud afligía su carne, ni los accidentes aunque tan penosos y bastantes a vencer, otra constancia y fortaleza que la suya le hicieron aflojar un punto del tesón con que en todo buscaba a Dios, y así se mortificaba.

Hacía sabrosos los dolores con la memoria de los de Cristo y por más admitíale en la muerte, no admitía regalo de enfermo. No se podía acabar con él que comiese un ave, porque a ruegos y orden de médicos respondía con otras tantas excusas tan aparentes y con tanta //140v. mansedumbre y sencilla verdad, que los convencía y dejaba de porfiarle, creyendo como él decía que si comía pollo ni lo cocía ni se lo sufría el estómago y cuando los superiores le obligaban con obediencia instaba con lágrimas dentro de los límites de perfecto obediente y no alcanzando lo que pedía obedecía con lágrimas, tan entrañablemente amaba la penitencia y aborrecía su carne que ni aun el ordinario sustento de enfermo podía sufrir que le diesen y así le atormentaba el regalo, como a todos la pena y falta de lo necesario.

Preguntole el Padre Rector estando ya cercano a la muerte, si le causaba temor las angustias de ella o del juicio de Dios, de quien en vida había sido muy temeroso, y respondió que ninguno. Habíalo trocado todo en amor y con él se le arrancó el alma, recibidos los sacramentos deseoso de verse en el cielo en compañía de aquel Señor a quien con tanta fe había servido en la tierra. Era moreno de rostro y de semblante y cuerpo robusto, mas vistiole Dios en su muerte de una hermosura y gracia tan agradable que se llevaba los ojos de todos, convidando con ella que le mirasen y engendrando devoción y ternura en los ánimos de los que le miraban, cosa de que todo el pueblo, hombres y niños que a la fama del santo concurrían a su entierro, dieron bastante testimonio con grande admiración de la hermosura antigua de las virtudes de su alma, y de la nueva del //141r. cuerpo y con tierno y devoto sentimiento de lo mucho que en este bienaventurado varón perdían. Hoy se guarda con veneración y agradable memoria de sus maravillosas obras la calavera de su Santo cuerpo en el colegio de Trigueros con un epitafio que le escribió en verso el Padre Francisco Arias que entonces era Rector de aquel colegio, y que grandemente conocía y amaba los quilates de su santidad que en este sacerdote de Cristo estaban, dice así:

*Aspice Guillermi cranium venerabile partis*
*quo nos mortales iugites esse docet.*
*Humanum corpus divinamente respressit*
*Affixit que cruci, viuit at ille deo*
*Hume imitare virium, sicium certaminis almi*
*Premia que omnipotens conferet alta tibi.*

## CAPÍTULO LXI

## DESASTRADO FIN DE UNOS NOVICIOS QUE SALIERON DE LA COMPAÑÍA, Y MARAVILLOSO REMEDIO DE OTROS TENTADOS.

A cargo está de la divina providencia el gobierno y conservación de las religiones y por ésto así cómo nos envía de ordinario muchos ejemplos de vocaciones maravillosas, de gente escogida para establecer en las suyas a cada uno de los llamados, así también con algunos desastrados acaecimientos de los que faltaron de ellas nos recuerda de cuando en cuando //141v. para que con solicitud y cuidado procuremos asegurar con santas obras y espiritual observancia de la profesión religiosa nuestro llamamiento,

huyeron las bestias de poner el pie donde otras cayeron. Los pajaritos se asombraron del lazo donde vieron caídos a sus compañeros. Los castigos que Dios hace en algunos escarmientos son de los otros y los desastres de los muertos amonestaciones de los vivos, tal es por cierto para los religiosos que ésto leyeren lo que por este tiempo aconteció a un caballero muy noble y rico, mancebo gentil, hombre de agradable trato y presencia, aunque disoluto en costumbres y vicios juveniles, el cual con una fuerte inspiración del cielo se determinó de dejar el mundo y hurtar el cuerpo a los peligros en que andaba y asegurar el alma en la Religión. Pidió la Compañía con muchas veras su instancia de presente, hacía muy creíble la perseverancia para adelante. Recibiéronlo y comenzó su noviciado con maravillosos fervores, tratábase con extraña humildad, ejercitábase en las pruebas y mortificaciones ordinarias de los novicios con tanto aliento y gusto que lo ponía en todos los compañeros, y los tenía con su ejemplo muy alentados y fervorosos en el servicio de Dios. Recogiose por algunos días a su aposento según el uso de la Compañía a disponerse //142r. a aprender a tratar con Dios en la oración, para ampararse de ella en las ocasiones de esta vida y aunque los cuatro primeros días estuvo muy contento y con gran codicia se daba a los ejercicios espirituales, y trataba de recorrer sus cuentas y ajustarse con su conciencia para hacer una confesión general al quinto día, y diez de su entrara desfalleció, porque en medio de su fervor le acometió el demonio curiosamente. Avivole la memoria de la libertad de que se despojara, los regalos que dejaba, el encerramiento que había escogido, la supresión y asperezas para que se hallaba sin fuerzas y sobre todo combatió su corazón con mil vanas representaciones de una mujer en cuya afición le tenía ciego y con tantas fuerzas le hizo imaginarse en los deleites pasados que no solo entibió los ardores de sus principios, más aun los apagó del todo, y comenzó a gritar por las ollas de Egipto pidiendo licencia para volverse a su casa. No quiso admitir consejos de personas desapasionadas, ni darse a partido alguno de los muchos que se le ofrecían, diciendo que tenía obligación a amparar a aquella mujer y ponerla en estado, y con haber persona de autoridad y crédito por sus letras y santidad que se hacía cargo de acomodarla a su gusto de bu //142v. ena hacienda y marido, si ella lo quisiese, nunca se pudo acabar con él que se sosegase; dábale prisa el juicio y justicia de Dios y la sentencia de condenación que su obstinación y dureza merecía. Era ya cercana la noche cuando él ponía esfuerzo en alcanzar el sí de su vuelta para salirse al punto de casa, y fue menester para detenerle hasta la mañana si quiera por la comodidad de su jornada certificarle que sin falta tendría el mozo y mula a la primera luz del día para ponerse en camino. Volvió a su tierra y en ella a sus vicios y al trato de la mujercilla que le sacó de la Religión para el mundo, y de él para el infierno a lo que parece, porque no muchos días después lo hallaron una mañana a la misma hora que había dejado a Dios y a la Compañía tendido a las puertas de la casa donde la mujercilla vivía, muerto a puñaladas y sin saberse por cuya mano. De esta manera castiga el esposo del cielo a quien le hace traición y por amores de una vil criatura deja a su criador y desvergonzadamente se despide de su casa y servicio.

No fue menos admirable la justicia de Dios ejecutada //143r. en otro mancebo noble, hijo de padres honrados y ricos y buenos cristianos, a quien conocí niño siéndolo yo también, y con tan buenas inclinaciones que todos concibieron de él grandes esperanzas. Era de condición apacible, manso, prudente, modesto en semblante y palabras, y a lo que parecía de pasiones templadas. Criáronlo sus padres en virtud y recogimiento en las

escuelas de la Compañía, de donde nació en su pecho amor y deseo de las cosas de la Religión. Llegó con esta leche y enseñanza a los 16 años de su edad, y con buen gusto de sus padres y suyo fue recibido en la Compañía por el Padre Pedro Bernal. Juzgaban todos del caudal y buenas partes que Nuestro Señor le había dado que hecho a las costumbres de casa y palacio de Dios sería de provecho en su iglesia. Procedió el primer año de los del noviciado de la Compañía con madurez y cordura, más que de mozo y tierno en los años. Era amable a los que le conocían y a un envidiado de los que mucho se pagaban de solas apariencias exteriores, las cuales tenía muy buenas. Mas poco después comenzó a dar muestras //143v. de su flaqueza, aflojó en el trato de espíritu, comenzó a vivir de cumplimiento en la Religión y traer debajo del hábito religioso un ánimo seglar, carcoma secreta y oculta, ponzoña de las religiones. Cansábale la observancia regular, enfadábale el trato espiritual de los religiosos, parecíale la clausura estrecha cárcel y el yugo de Dios carga pesada, el siglo y sus entretenimientos apetecibles; dio en desearlos y ejecutara luego sus deseos si la importunación de sus padres y amonestaciones de sus mayores no le pusieran estorbo. Con el descreído en la guarda de las costumbres religiosas y con dar puerta a vanos pensamientos y cerrarlos en el pecho sin mostrarlos a los médicos espirituales de su alma, cobraron más fuerza las pasiones y él perdía más cada día las suyas. Quiso romper con todo y salirse, mas el Señor para justificación de su causa le detuvo con su poderosa mano derribándole en una cama donde le tuvo preso en grillos de una recia enfermedad en la cual se vio asomado a la muerte. Con este golpe //144r. y las continuas lágrimas y plegarias de sus padres en cuya casa entonces se curaba volvió en sí, comenzó a reconocerse y a conocer su locura y a aborrecerla con determinación de perseverar en lo comenzado. Cobró salud y como aún no había echado raíces los buenos propósitos a los primeros vientos de las tentaciones cayeronse en tierra y olvidolos él de manera que ni fuerzas ni halagos pudieron detenerlo en la Religión. Salió de ella y de madre en los vicios, soltó la rienda a sus apetitos y corrió ciego tras sus mismos daños. Trataron sus padres de remediarlo y pensaron que casándolo amansaría; diéronle mujer noble y hermosa y dote bastante, jugolo todo y por no caer de su punto ni faltar a sus gastos y a sus gustos, dio en falsear firmas y con ellas sacar dineros, salió bien de una y engolosinado del buen suceso, segundó atrevidamente en el mismo lugar y persona a quien la primera vez engañó. Mas no quiso Dios disimular más su enojo, ni suspender el castigo tan merecido de tantos atrevimientos contra //144v. Dios y los hombres. Permitió que le cogiesen en la falsedad y prendiéronlo; examinose su causa y sin embargo de apelación y sin dar lugar a ruegos de buenos fue condenado a la horca. Ejecutose la sentencia en la plaza de Sevilla, cuidad la más frecuente y populosa del reino con asombro de los que le conocieron con su primer estado, y con gran dolor y sentimiento de los que le tuvimos pocos años antes por nuestro hermano, y le acompañamos honradamente en nuestro hábito por aquella plaza donde entonces lo veíamos en tan grande afrenta, y le ayudábamos en la flor de sus años y de sus esperanzas a recibir una muerte tan fea en penitencia de sus pecados. Recibiola con muestras de arrepentimiento y con lágrimas aunque tardías, pidió perdón a Dios de sus culpas y confesó con entrañables suspiros y quebrantamientos de su corazón que Dios le había dado aquel castigo por ellas, y en particular por haber dejado su compañía.

Usó Nuestro Señor de mayor misericordia con otro Hermano nuestro, el cual aco-

sado de una behementísima tenta //145r. ción se determinó a romper con todo y huirse de la Religión. Pudo intentarlo a su saber un día que tenía las llaves de la puerta, abriola para ponerse en huida mas al tiempo que quiso sacar el pie del umbral se le apareció un niño de celestial hermosura atravesado en la puerta, el cual con un semblante grave y severo con el dedo en la frente, como el que le amenazaba lo reportó de su loca determinación con tanto asombro y espanto que volviendo atrás el pie cerró al punto la puerta y se arrepintió de su culpa. Trocole Dios el corazón con esta maravilla y mudolo en otro varón, quedó el Hermano parte asombrado, parte confuso de su inconstancia, y siempre agradecido a la singularísima merced con que Nuestro Señor le había detenido en su casa. Con esta memoria y reconocimiento vivió y perseveró muchos años en la Compañía donde habiéndola servido como verdadero hijo y siervo de Jesucristo acabó en ella santamente su vida y pasó según esperamos a gozar de la eterna.

Y para que se vea por cuán diferentes medios procura el Señor la salvación de las almas y las trae al cono //145v. cimiento y enmienda de sus pecados, diré lo que a otro Hermano de los nuestros aconteció, y fue que habiéndose dejado vencer de una recia tentación del demonio, el cual le instigaba fuertemente a huir de la clausura y apostatar de la Religión, al fin lo puso por obra, mas luego que él salió de casa lo echaron de menos los Padres y el Superior dijo misa y los demás por su orden hicieron al mismo tiempo oración por el fugitivo. Hallose en el mismo punto tan atajado que no pudo pasar adelante, reconoció la mano del Señor que lo detenía para que no cayese en el despeñadero en el que se arrojaba. Volviose a casa confuso y arrepentido, hizo penitencia de sus pecados y recompensó con la perseverancia hasta la muerte la inconstancia pasada.

## CAPÍTULO LXII

### DE ALGUNOS INSIGNES VARONES QUE POR ESTE TIEMPO FALLECIERON EN LA PROVINCIA.

Dejemos por ahora los tristes sucesos de los que faltando en su primera vocación pasaron en mal que poco después lo proseguiremos y volvamos a tratar de los que habiendo perseverado hasta la muerte en la casa de Dios fueron recibidos de su Majestad en el palacio del cielo y sea el primero el Hermano Diego Díaz //146r. natural de Jerez de la Frontera, mozo hábil y de extremada pureza de corazón, sencillo, recto y temeroso de Dios. Arrebatole Nuestro Señor en lo mejor de su edad *Ne malicia mutaret eiu intellectum*, y dispúsole primero con una ética en la cual dio muy claras muestras de su paciencia y perfecta virtud. Pronosticó muchos días antes su muerte y dijo que había de ser en día de Nuestra Señora. Llegó el de su gloriosa Asunción, y preguntole el médico que cómo no se moría en aquel día como él había afirmado, yo, respondió él sólo se y así lo he dicho, que he de morir en una fiesta de la Virgen Nuestra Señora, más no sé en cual de ellas. Vino la de septiembre en que se celebra su santo nacimiento, y estando todos bien descuidados él llamó a un Padre que acaso se paseaba delante de su aposento y le pidió que avisase a todo el colegio para que se juntasen a decirle como se acostumbraba la recomendación del ánima; así lo hicieron y él la dio

luego a su criador, habiéndose prevenido para aquella hora con la ayuda de los santos sacramentos de la iglesia, fue su muerte el año de 1574.

Por este mismo tiempo dejó la pesadumbre del cuerpo mortal y fue a vestirse de inmortalidad el Hermano Pedro Delgado, Coadjutor, maravilloso //146v. ejemplo de religión y virtud, sirvió como donado antes de entrar en la Compañía muchos años en la casa del Albaicín de Granada. Su hábito era una media sotanilla y fereruelo pardo con caperuza negra. Su oficio enseñar a los niños moriscos que venían a nuestras escuelas y castigarlos según el orden de los maestros y hacíalo con tanto celo, caridad y provecho de toda aquella gente, que todos le amaban y respetaban como a hombre santo y verdaderamente religioso. Recibiéronle después en la Compañía y enviáronle al colegio de Baeza, en cuyos principios trabajó y dio a conocer su santidad en todo el pueblo; murió dentro de pocos meses que allí estuvo. Hízole la Universidad un muy solemne entierro, concurrieron en él doctores, maestros y estudiantes, lleváronle en hombros la gente mas grave hasta el templo de San Pedro, iglesia parroquial de aquella ciudad, por no haber comodidad en nuestra capilla y diole la suya el canónigo Flores, caballero principal de Baeza; celebráronle los divinos oficios con toda solemnidad y dijéronle muchas misas en otras capillas y altares. Hizo diligencia uno de los maestros de la Universidad y alcanzó por su devoción el Rosario, cruz y bolsita de reliquias que traía consigo el Hermano, túvolas en grande veneración y aplicolas algunas veces a personas enfermas y con ellas cobraron salud y él mismo lo publicaba por milagro que Dios hacía para honrar este su siervo. //147r.

El año siguiente de 75 salió también de las prisiones del cuerpo el alma del Padre Gonzalo de Esquivel para tomar posesión de los bienes eternos en el cielo. Era hombre noble y rico, docto, graduado de Doctor en Derechos, natural de Sevilla y letrado de la ciudad, y Relator de su Audiencia. Tenía gran capacidad para los negocios y mucha opinión de acertado en ellos y de letrado. Traíanle estas cosas metido en pretensiones de mundo y echábasele de ver en las galas y bizarría del trato de su persona. Tratábanle buenos casamientos, iguales a su nobleza y muy conformes a las esperanzas de tan aventajados principios y calidades. Estando en este punto le sacó para Granada Don Juan Manuel, Deán de Sevilla, que después fue Obispo de Zamora, en defensa del pleito que traía con el Doctor Sumel sobre la calongía magistral de Sevilla, vacante por muerte de Constantino el hereje. Aceptó este viaje con mucho gusto porque en esta sazón había entrado en la Compañía un hermano suyo graduado también de Doctor, a quien deseaba persuadir a dejarla y volverse a las pretensiones del siglo. Llegó a Granada y puso por obra su intento, habló a su hermano, representole grandes dificultades en la vida que tomaba y púsole delante la nobleza de su linaje, la hacienda y contento que podía tener con ella gozándola entre los suyos, las esperanzas de medrar por sus letras, y otras cosas que el demonio pone en semejantes ocasiones en la boca de los parientes y amigos para estorbar el bien de las ánimas. Estaba el novicio tan asido de Dios y tan firme por eso en su determinación que no sólo no blandió en ella mas hizo desistir de la suya el Doctor su hermano, y aún mudar de pensamientos porque él le dio tan buena razón de su desengaño que con ella le abrió los ojos y él reconoció también el que le traía embelesado en el mundo y así se determinó a dejarlo. Quedó con ésto el nuevo religioso confirmado en sus santos propósitos y partió de allí el seglar con bienes diferentes //147v. de los que había traído, porque se volvió luego a Sevilla y habiendo dispuesto de sus

cosas y dado corte en sus negocios se despidió del mundo y se vino a la Compañía. Enviáronle luego a la probación de Granada y allí le hicieron admirables pruebas de su constancia, mandáronle algunas veces salir por las calles vestido con todas las galas y arreos que había traído del siglo acarreando estiércol, otras vendiendo asaduras en el rastro de la ciudad para que con los nuevos ensayos desarraigase del corazón la vanidad en que estaba criado y perdiese del todo los resabios del mundo, hollando sus honras y abrazando el abatimiento de la cruz de Cristo. Con este desprecio crió en su pecho un espíritu puro y limpio de las cosas de la tierra, diose con todas sus fuerzas al rigor de la penitencia, mortificación de sus pasiones y quebrantamiento de su voluntad y como hombre desengañado y que tenía abierto los ojos para conocer el bien y llorar los males pasados. Diose mucha prisa y en poco tiempo hizo mucho. Señaláronle por compañero del Padre Provincial el Padre Doctor Diego de Avellaneda, y después por superintendente del colegio de Madrid. Procedió en estos oficios con mucha prudencia, mucho amor y deseo de agradar a Nuestro Señor, y consolar a sus hermanos, y como él se dio tanta prisa a labrar la tierra de su alma y plantar en ella tántas virtudes, hallole presto Nuestro Señor, sazonado y maduro para el cielo y así le llevó a gozar de su buena vista por agosto de este año, dejando sentida su muerte a toda Sevilla, donde había trabajado los últimos años de su vida con maravilloso fruto de las almas y donde era amado de todos, tanto por su agradable trato y condición como por sus santas obras y canas de venerable. //148r.

## CAPÍTULO LXIII

### PRINCIPIOS, AUMENTO Y BIENHECHORES DEL COLEGIO DE JEREZ DE LA FRONTERA.

Por este mismo tiempo tuvo principio el colegio de la ciudad de Jerez, grande y antigua población a lo que parece de los fenicios de Tiro y Sidón, confederados con los españoles de la costa de Andalucía, llamada por esto Asidonia en aquellos tiempos, a quien los romanos pusieron por sobrenombre Cesariana. Hacen fe los campos o pagos de huertas, y ermita de Nuestra Señora que en este tiempo llaman de Cidueña, corrompido el vocablo de Sidona, cabeza antiguamente de Obispado y ahora Diócesis de Sevilla, muy cercana a la antiquísima y famosa ciudad de Turdeto, cabeza entonces de lo más de Andalucía, y de quien tomaron sus moradores el apellido de Turdetanos y Túrdulos, tan vecinos de la antigua Asta, Colonia de romanos, y como Plinio escribe, llamada la Real, que algunos afirman aunque no bien ser la misma. Llámanse hoy unos campos aun no distantes cuatro millas la Mesa de Asta. Diéronle los moros el nombre de Jerez, que quiere decir tierra de abejas. Está ella puesta en las llanuras que baña el río del Olvido, horrible (como escribe Floro) a los soldados romanos, llamado Letco de los griegos, antiguos moradores de aquellas tierras, por el olvido de las injurias que con las paces allí juradas quedaron obligados a tener los fenicios, cartagineses y andaluces de la costa; llamáronle después los moros Guadalete que es lo mismo que Rioletes o del Olvido y este nombre conserva. Es lugar de mucha nobleza, confederado y hermanado con la ciudad de Córdoba, a quien da su voz y sus veces en las Cortes.

Hicieron la primera entrada en esta ciudad en los años del Señor de 1567, dos de la

Compañía, el Padre Jerónimo del Portillo, electo Provincial y primero //148v. fundador de la Compañía en los Reinos del Perú; y el Padre Jorge Álvarez, ambos varones de gran virtud y celo de las almas. Aficionó a la ciudad el ejemplo de sus virtudes, la eficacia de su doctrina y el provecho que todos recibían de sus santas ocupaciones. El efecto de ellas fue extraordinario, especialmente en los nobles, confesáronse casi todos ellos y tomaron tanto gusto de la virtud, que apenas se apartaban de los Padres sino a la hora del reposo necesario de la noche, por oírles hablar de Dios, cosa, en que ambos tenían particular gracia del cielo. Cuando salían con los niños cantando la doctrina por las calles, ellos eran los primeros en acompañarla llevando uno la cruz, otro tañendo la campanilla, y los demás ayudando con sus voces al canto común de toda la gente. Ponían entonces la verdadera nobleza en mostrarse del bando de Jesucristo y tenían por honra ir dando públicamente honra y alabanza a aquel Señor de quien habían recibido la que tenían.

Secundaron con otra misión los Padres Juan Jerónimo, que hoy vive, y Gonzalo de Esquivel, de quien poco después haremos larga mención. Quedaron de esta vez todos tan deseosos de tener consigo gente de la Compañía, que luego pusieron calor en tratarlo y alcanzaron la venida del Padre Juan de Frías, predicador de igual fama y virtud con dos compañeros, el Padre Lorenzo Alonso, hombre docto graduado en Teología y que había leído, aun antes de entrar en la Compañía, grande siervo de Dios y grande operario; y un Hermano Coadjutor, que les ayudase. Buscaron casa alquilada e hicieron asiento en ella este año de 1575 por el mes de noviembre.

Pasaron de esta manera en forma de residencia hasta viniendo a visitarla el año de 1580//149r. el Padre García de Alarcón, Visitador de esta provincia, y pareciéndole lugar muy a propósito para los empleos de la Compañía escribió sobre ello al General, a quien informó también sobre lo mismo el Padre Pedro Bernal, Provincial en esta sazón, y con su orden procuraron dar asiento al colegio. Despertáronse y cobraron aliento para hacer ésto los Padres, obligados de la nueva diligencia que en razón de ello había hecho la ciudad con la Congregación que en Marchena se había celebrado poco antes en abril de 1579. Enviaron uno de los veinticuatro caballeros del regimiento que en nombre de todos pidiese a los Padres la residencia de los nuestros en su ciudad, ofreciendo ayudar lo mejor que pudiesen para su comodidad y sustento.

Resueltos ya de continuar aquellos principios, trataron de acomodarse de casa porque hasta entonces habían pasado en casas de alquiler y el Padre Francisco Suárez, que era Superior aquí el año de 1583 compró dos pares en 3.690 ducados, donde acomodó iglesia y habitación. Ayudaron varias personas a la fundación de este colegio con sus limosnas, especialmente Gómez Hurtado, hombre rico y devoto; luego que aquí puso casa la Compañía, le dio 240 ducados de renta perpetua y al fin de sus días 3.500 ducados en casas y viñas y más un tejar que renta un año con otro de 300 á 400 ducados. Fue insigne benefactor también del colegio, que hoy es Casa Profesa de Sevilla, favoreciéndola en sus principios con muchas y muy grandes limosnas y despertando a otros con persuasiones y ejemplos a que las hiciesen iguales, y así solía él convidando a otros ofrecer el primero 400 ó 500 ducados para animarles a ser liberales con Dios y con sus ministros. Tres años después de comenzada la residencia, el año de 1578 en 3 de diciembre le hizo donación de dos caballerías y media de tierra que valen 3.000 ducados //149v. Doña Teresa de Villacreces, señora muy principal y cristiana y en su testamento

dejó al colegio por universal heredero de todos sus bienes que valían 13 ó 14.000 ducados, aunque por razón de algunos pleitos que sobre éstos se levantaron, sólo goza del primer donativo. Por muerte de otra señora Doña Isabel de la Cueva, heredaron 110 aranzadas de tierra, y por testamento de Doña Beatriz Mirabal 400 ducados de principal en un censo; y un cahíz de trigo perpetuo en cada un año por testamento de Pablo Núñez de Villavicencio, caballero muy noble y cristiano.

Sobretodos se ha mostrado deseoso de acrecentar este colegio el Cabildo de la ciudad, intentando algunas veces de darle usufructo de unas dehesas de sus propios que rentaban cada año 500 ducados, y el año de 1593 dio esta cantidad de limosna con que repararon la iglesia. De más de ésto alcanzó del Cardenal Don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, les diese la iglesia de San José, cuyo sitio venía a propósito con la planta de su edificio, y deseosa de ver la juventud de sus naturales bien enseñada, acabó con él mismo que aplicase la Cátedra de Gramática de que goza desde el año de 1599, son 300 ducados de renta cada año. En agradecimiento de esta merced puso la Compañía el año de 1586 las escuelas y estudios de Latinidad, que hoy conserva con maravilloso provecho de los mancebos que en bondad de naturales, nobleza de condición y aplicación a la virtud hacen sin duda ventaja a muchos lugares de la provincia y ningunos le exceden.

## CAPÍTULO LXIV

## VIDA DEL INSIGNE VARÓN EL PADRE LICENCIADO FRANCISCO GÓMEZ.

Quiero dar buen principio a las cosas de este año de 1576 con el dichoso fin y vida verdaderamente santa del insigne varón el Padre Licenciado Francisco Gómez; fue natural de Fregenal, villa de Extremadura, a la falda de Sierra //150r. Morena, alto de cuerpo, semblante grave y muy apacible, tan modesto en sus acciones que sólo mirarlo causaba en todos reverencia y compostura. Ocupó la edad de mancebo en el estudio de las letras divinas y humanas y aventajose tanto en ellas que pudo profesarlas con el lustre y satisfacción, que después diré, por 24 años continuos; juntó con ellas resplandor de vida y costumbres tan conocidas de todos y veneradas que el Padre Maestro Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía en nuestros tiempos, echando de ver en él grandes partes para un buen empleo en bien de los prójimos y mucha gloria de Nuestro Señor, le ordenó como a discípulo suyo en la profesión y manera de vivir, abriese escuelas de Artes y teología en la ciudad de Córdoba, que aunque madre de buenos ingenios por falta de labor y doctrina se perdían, porque apoderándose otra vez con el imperio de los moros, como la primera con el de los Godos la barbarie de nuestra España, aunque sustentó esta ciudad sóla el caudal de las buenas letras por muchos años en medio de su cautiverio como lo escribe el glorioso Doctor y mártir San Eulogio, su natural, muerto él las continuas guerras y destierros y fugas de los religiosos que comúnmente las enseñaban en sus conventos. Los robos e incendios de casas y librerías y cotidianos temores de la vida, el lugar que dieron a las armas quitaron a las letras que aunque no se acabaron del todo, tanto se menoscabaron que fue bien menester el esfuerzo de las Religiones y en particular el del Padre Maestro Ávila y al que poco después puso la Compañía de Jesús con tan cumplidas escuelas de todas letras divinas y humanas, como abrió en esta ciudad,

poniendo aventajados maestros de Gramática, Retórica, Filosofía y Teología, y a los tiempos de la lengua Griega y Hebrea.

Siguió la orden del Maestro Ávila y leyó Artes y Teología en esta ciudad en el templo de Santo Domingo de Silos, iglesia parroquial, calle en medio de donde ahora está nuestro colegio //150v. edificado, hasta que tomando este asunto la Compañía él lo dejó y entró en ella por consejo del Padre Maestro Ávila el año de 1559, siendo de edad de 35 años. Creció con el nuevo estado de sus virtudes, aumentó el fervor de espíritu, el amor a la oración en que tiernamente se regalaba con Nuestro Señor y de que salía tan alentado por la mortificación que nada se perdonaba. Ninguna ocupación era bastante para distraerle y divertirle de los ratos de su contemplación, ni estar gastado con los muchos trabajos y penitencias le hacía remitir un punto del rigor y aspereza con que se trataba. Era alto de cuerpo, de semblante grave y severo, mas en su trato tan llano y humilde que con los que más ordinariamente comunicaba eran los Hermanos Coadjutores y con los mas sencillos y humildes y siendo con todos tan suave y humano, consigo parece que traía enemistad declarada; conocíale un extraordinario celo de estorbar las ofensas de Dios y sentía las culpas ajenas como si las cometiera.

Decía la misa con tan grande devoción y ternura que desde el primer momento hasta las ultimas oraciones sus ojos eran fuentes de lágrimas tan suaves, que aun en los que le miraban engendraban tanta dulzura y suavidad y tan grande aliento para amar a su criador, que había personas graves y doctas que por gozar de este interés procuraban oírle o servirle a la misa. Mas él con su humildad, por excusar la vanidad que de decirla en público pudiera seguirse, de ordinario se retiraba a decirla en una capilla dentro de la casa, donde con mas quietud y menos riesgo celebraba este soberano sacrificio y gozaba de los regalos divinos.

Lució en él sobre todo la humildad tanto mas profunda cuanto sobre mas alteza de partes y calidad de ciencia y autoridad, tan grandes la una y la otra que no sólo en esta ciudad donde antes y después de haber entrado en la Compañía leyendo tantos años dio señalada muestra del //151r. caudal de sus letras y santidad; más aun en las universidades más insignes de España era conocido su nombre y estimado su parecer. No puede olvidar España la mucha religión y doctrina del Padre Maestro Juan Manico, de la Orden de Santo Domingo y Catedrático de prima en la Universidad de Salamanca, ni la Compañía el amor que la tuvo, ni en esta ciudad la aprobación que dio y estima que tuvo de la virtud y letras de este Padre porque consultado diversas veces sobre casos que ocurrían por algunos de esta provincia, se maravillaba mucho y decía que donde había parecer del Padre Licenciado, que este era su nombre en boca de todos, ni era suyo menester ni ellos debían buscar el de otros.

Basta ésto para abono de su doctrina y lo que ahora diré por aprobación de su santidad y enseñanza espiritual de las almas, porque habiendo el Doctor Pedro López, médico del Emperador y gran siervo de Nuestro Señor, pedido al Padre Maestro Ávila le ordenase su vida y escribiese el estilo que seguiría para mejorarse en el servicio de Dios, él le respondió que le enviase primero el parecer del Padre Alonso de Zárate y Padre Francisco Gómez, porque dice él: *Pienso que tales pareceres me darán lumbre a mi para mejor acertar, y ésto venido diré de muy buena voluntad lo que yo entendiere*. Y poco después tornó a escribir al mismo Doctor López diciendo: *Ordene vuestra merced su vida como el Padre Francisco le dirá, al cual puede vuestra merced obe-*

*decer seguramente*. Y tratando poco después de la penitencia que podría hacer dice: *En los ejercicios de penitencia el Padre Licenciado le dirá lo que ha de hacer, y vuestra merced le dirá sus fuerzas, para si puede llevar más o es menester quitar*.

Había quien teniendo por sí autoridad y letras y por otra parte conocimiento de muchas personas graves letrados y hombres no más en España que fuera de ella, decía del Padre Francisco Gómez lo que comúnmente se suele decir de Santo Tomás de Aquino, que aunque en alguna cosa alguno le excediese en todas juntas ninguno porque tantas letras con tanta humildad, tan buen púlpito e inteligencia de las Santas escrituras con tan continuo estudio de la Sagrada Teología, tan general prudencia //151v. con tan sencilla simplicidad, tanta gravedad con tanta mansedumbre, afabilidad y dulzura de conversación, tanto recogimiento interior y trato con Dios, entre tantos y tan graves ocupaciones, tan encendida caridad con los próximos, y tanta penitencia y mortificación de sus pasiones, tan puntual obediencia y tan entrañable amor a los pequeñitos, tanta estima de todos, tanto desprecio de sus cosas, tanto celo del bien de las almas y gloria de Nuestro Señor, tanta igualdad y constancia de virtudes por toda su vida, en pocos hombres de nuestro tiempo se han visto.

Confirmó esta opinión Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Obispo por entonces de Córdoba, y después Arzobispo de Sevilla, varón de gran celo de la honra de Dios y bien de sus ovejas, el cual yendo al Concilio Provincial que en Toledo se celebró el año de 1.565, donde presidió, llevó consigo por teólogo y consultor al Padre Licenciado Francisco Gómez, que dio allí grandes muestras de su doctrina, valor y prudencia, y sobre todo dejó admiración y estima de su humildad. Tuvo noticia Felipe II, Rey de España, de tantas buenas partes como Nuestro Señor había puesto en este santo varón, y cuando por causa de las guerras de Granada bajó al reino de Andalucía, hallándose en Córdoba quiso venir a nuestro colegio y oír una lección de Teología, al Padre Francisco Gómez, y habiéndole oído mostró gran contento y satisfacción de su persona, letras y santidad.

Comunicole Nuestro Señor particular don de enseñanza, igual suavidad con eficacia de razones con que fácilmente persuadía y alcanzaba de todos lo que pedía; vedó el Papa Pío V el año de (en blanco) lidiar toros en coso por un motu propio con tanto rigor de palabras y penas como muestran sus letras; quisieran algunos caballeros y gente principal de Córdoba romper con todo y lidiarlos, no faltaron personas de letras que con su parecer les dieron aliento y entre ellos el Prelado que entonces era de la ciudad, por ventura mal informado diciendo que aquel mandato no tenía su fuerza, por no estar aun recibido de todos. //152r. Diole mucha pena al Padre Francisco Gómez que tan a la clara y tan rotamente se atropellasen las censuras de la iglesia y mandamientos del Papa, y tan justos. Determinose de hacer rostro a la nobleza y oponerse a la autoridad de quien lo contrario favorecía, procedió con grande prudencia y ojo de maña contra la fuerza. Resolvió el caso con los hermanos doctos de su colegio y firmaron todos la fealdad del hecho y procuró que así lo hiciesen las demás religiones, y así lo hicieron excepto los Padres Dominicos, que aunque juzgaron lo mismo, no lo firmaron por parecerles cosa muy clara. Hecho ésto habló a personas poderosas de la ciudad y aunque muchos del cabildo se convencieron de sus razones, últimamente se resolvieron de consultar al Obispo, y sestara su parecer, pidiéronselo y él dio el que arriba dijimos. No sufrió el celo del Padre Francisco que el demonio, por tales medios saliese con la cabeza con

tanto menoscabo de la verdad y de la honra de Dios y como prudente no se dio por entendido del parecer del Obispo, fuese a consultarlo, propuso el caso, exageró la dificultad con razones, respondió a los que lo contrario sentían, afeó la gravedad del negocio y mostró por las firmas de los letrados el sentimiento de todos. Últimamente le suplicó le dijese el suyo como pastor y cabeza para poder él seguramente dar su parecer a quien se lo pidiese. Hallose atajado el Obispo y convencido de la autoridad y razones del Padre, respondió que tenía por cierto lo que todos decían. Replicó entonces el Padre, huelgo grandemente de haber oído eso de boca de vuestra señoría para taparla a los que injustamente se quieren valer de la autoridad de vuestra señoría, para autorizar sus atrevimientos y romper con las leyes de la iglesia, tan santas y justas. Cayó en la cuenta el obispo y mandó llamar a los diputados de la ciudad, les declaró su intención y no había entendido la fuerza del motu propio, y prohibioles correr los toros, no sólo con las censuras del Papa, mas aun agravándolas de su parte, de esta manera guardó el Padre el decoro y autoridad del obispo y estorbó los pecados que contra Dios se hacían. Tanta era su prudencia y eficacia en lo que emprendía.

Sólo no le valió ésta en lo que él más quisiera porque ordenándole Nuestro Padre General Everardo Mercuriano, que se encargase del gobierno del colegio de Córdoba con oficio y nombre de Rector de él, y excusándose él con todas las veras y por todas las vías que los límites de la religión y obediencia le permitían y añadiendo lágrimas de sentimiento y dolor, al fin lo obligaron que aceptase. Ejercitó este oficio muy al justo de lo que piden las constituciones de la Compañía, más como Padre y hermano de todos, que como superior a ninguno con tanta caridad y humildad, que a todos tenía en su corazón, pequeños y grandes y los unos y los otros le fiaban el suyo; sirvió a la ciudad con su persona y consejo, especialmente en una ocasión de hambre y enfermedad que en ella hubo tan grande, que de los gallegos, que por la rebelión de los moriscos habían venido a poblar el reino de Granada, morían muchos sin remedio por los pajares extramuros de la ciudad. Habló al obispo y cabildos y personas principales y juntó entre ellas una gruesa limosna, con que puso en forma hospital, donde los más se curaron y algunos repartió en casas particulares, ayudado de la justicia y devoción de los ciudadanos y a todos proveyó de confesores de su colegio, y era tanto su celo y caridad cristiana que acompañado de algunos religiosos, salía a media noche de casa y con lumbre buscaba por los rincones y portales de las plazas, pobres desamparados, que a veces por el gran frío y desamparo morían allí sin ser socorridos, ni aun vistos y los acomodaba de habitación y remedio.

Hubo un negro tan abominable y asqueroso que siendo //153r. necesaria para su cura la limpieza y para ella cortarle la greña, no hubo ánimo, ni estómago el barbero para hacerlo, venció la caridad de Dios el asco del pobre y lavolo el Padre con sus manos y limpiolo hasta que con su buena industria y oraciones lo dio sano.

Quiso burlarle el demonio y yendo una noche a acostarse atravesósele en la cama en figura de un negro más feo y horrible que el otro. Viole el santo y teniéndose por tan vil como él le dijo sin turbación alguna: hazte allá que entre ambos cabemos, y fue grande el tormento que con esta humildad recibió el Padre de la soberbia, y no pudiendo sufrirlo, desamparó luego el puesto y desapareciose.

Era grandemente compasivo de los males ajenos y mostrábalo particularmente en las enfermedades de sus hermanos, en palabras y obras y más con sus oraciones y alcan-

zó con ellas de Nuestro Señor lo que no podían fuerzas humanas. Había en el colegio un hermano de nombre Juan Jerónimo, y de oficio maestro en Artes, enfermó al fin del primer año de su curso, tan gravemente que pegándosele una calentura ética y escupiendo sangre por muchos meses, se halló imposibilitado de proseguirlo y muy ocasionado a la muerte, que de tísicos y oleados pocos escapan y de aquellos menos que de estos. El hermano como mozo al fin, aunque representándole los médicos y los que le gobernaban, mayormente el Padre Rector y él mismo, la imposibilidad de seguir el curso y peligro tan manifiesto de la vida, entretúvose muchos días con esperanza de mejorarse en salud, mas desengañado ya con el tiempo y tesón de la enfermedad rindiese; escribió al Padre Provincial que el rigor del mal le tenía rendido de manera que le forzaba a dejar el oficio de maestro en //153v. sus manos para que él lo encomendase a quien conviniese. Cerró su carta y diola al mensajero que era persona de casa, y volviendo con mucha tristeza a recogerse en su celda, encontrolo este bienaventurado Padre y reconociendo en el rostro la aflicción de su corazón, díjole: hermano de qué está afligido, respondiole lo que pasaba, oyolo y reportándose un poco le dijo: pues vuelva y rasgue la carta que él acabará su curso, como decía y era el mismo que antes le había persuadido que no podría. Mostró el suceso la verdad de esta profecía, porque el hermano prosiguió su curso, dentro de ocho días y después leyó Teología con mucha salud sin escupir sangre ni tener calentura y lo que más es, ha seguido corsariamente el púlpito con la fuerza y provecho que todos sabemos.

El fin de su vida fue tan milagroso como toda ella, porque tornándole Nuestro Padre General Everardo Mercuriano, a reelegir en el oficio de Rector, le hizo toda la instancia posible para excusarse de continuarlo, representose por indigno e inhábil, no de cumplimiento sino de veras y de todo corazón, porque sus razones eran eficaces y sacadas de los vivos sentimientos que Nuestro Señor le comunicaba en el retrete de su alma, los cuales él encubría diciendo que para hacer aquel oficio no reparaba él tanto en otras insuficiencias que sin duda tenía, sino en la falta de salud y mucha flaqueza, la cual le era estorbo para el rigor de la penitencia y pobreza con que había de dar ejemplo y proceder a los súbditos, que para gobernar bien era menester andar siempre en oración aprendiendo de Nuestro Señor lo que se ha de mandar en su nombre, que había él de servir a todos y cuidar de sus necesidades más que de las propias, y que estas y otras cosas tan precisas y obligatorias, le hacían imposibles su poca salud y malas disposiciones del cuerpo. Mas ninguna //154r. cosa de éstas fue bastante para que el General mudase de parecer. Obedeció y dijo pues con los hombres no puedo, yo lo negociaré con Dios y así lo hizo. Mandó a los de casa hacer por algunos días particular oración por un negocio de mucha importancia, pidió lo mismo a personas devotas seglares; hacíala él muy continua y pedía a Nuestro Señor con mucho afecto libertad de aquel yugo, y que si para hacer esta merced se servía de recibir en trueque su vida, él se la ofrecía de muy buena gana. Aceptó Nuestro Señor el ofrecimiento y en señal dentro de pocos días le envió la última enfermedad, y le reveló la hora de su dichoso tránsito, la cual él recibió con tanta alegría que como si se despidiera para otro lugar, abrazó y bendijo a todos los de casa, acompañando él y ellos su muerte con lágrimas de devoción y amor. Dio el alma a su criador el día de Santo Tomás Apóstol 21 de diciembre del año de 1.576. Fue su muerte tan sentida en la ciudad, como él había sido amado y reverenciado de ella en su vida. Honraron su entierro sin ser llamados para él: Obispo,

Inquisición, Religiones y toda la nobleza, y recibió Dios su alma para estrella de su firmamento que de esta manera dice el profeta que lucirán allá los que acá enseñaron a muchos su ley y justicia.

## CAPÍTULO LXV

## CÓMO FUERON ENVIADOS ALGUNOS DE LA COMPAÑÍA A RESCATAR CAUTIVOS Y AYUDAR A SUS ALMAS EN BERBERIA.

Por este tiempo se enviaron dos de la Compañía a rescatar cautivos en África, a confirmarlos en la fe y tratar de remediar sus almas y administrarles los sacramentos. Empresa no menos útil que peligrosa como aquí escribiremos. Escogiéronse para ella el Padre Gabriel del Puerto y el hermano Gaspar López //154v. de quien arriba hicimos larga mención, hombres de mucho caudal de valor y celo de la religión y grandemente aficionados a servir en todo a los prójimos Llevaron alguna buena suma de dineros, que para este fin les dio liberalísimamente Doña Magdalena de Ulloa, mujer que fue de Luis Quijada, Presidente del Consejo de Indias y del Consejo de Estado del Rey Don Felipe II, y señor de Villagarcía, donde ella fundó el colegio que allí tiene la Compañía. Puestos en África, el Padre Gabriel Puerto, se fue a Marruecos por ser corte del Rey, para tomar el pulso a la tierra y reconocer los ánimos de la gente, si acaso hallase alguna puerta para tratar de la conversión de aquella miserable gente y dejó al hermano Gaspar López en Tetuán, tratando de los rescates.

Fue muy grande el beneficio que de estos Padres recibieron los cautivos, porque son increíbles los malos tratamientos que les hacen aquellos bárbaros y muchas las ocasiones en que por esta causa los ponen de perder la fe. De día siempre acosados en el trabajo y tareas en que sin piedad los ocupan, sin perdonar a salud ni delicadeza de alguno, y el sustento malo y tasado; de noche enciérranlos en las mazmorras, y como ellos son tantos y ellas estrechas, algunos eran forzados a pasar toda la noche en pie desnudos y cargados de hierro. Acontecíales en tiempo de calor estar a punto de ahogarse, porque era tan angosto el sitio y el aire tan escaso, con el aliento y respiración de la multitud que como la cobertera con el hervor de la olla, así las paredes y techo de la mazmorra se llenaban de sudor y de allí tornaban a caer sobre las carnes desnudas de los miserables cautivos y las escaldaba, de manera que al salir por la mañana se llevaban unos a otros las pieles con no pequeño tormento. Para tratar de curar las almas, trataron primero de remediar los cuerpos, que no estando ellos bien templados agravan el espíritu y lo llevan tras sí. Dieron orden como sacar de allí más de ciento de ellos fiados por //155r. emplear dinero en otras ocasiones más forzosas como diremos, escogieron los enfermos más necesitados, trajéronlos a su posada y en ella los curaban con mucho cuidado y regalo. Decíales el hermano cada día la doctrina cristiana, acordábales los ministerios de nuestra fe, animábalos a padecer por Jesucristo y ofrecer aquellas miserias en recompensa de sus pecados; ayudábase de los más seguros y más firmes cristianos para saber las necesidades espirituales de los esclavos, mayormente los que estaban amancebados con moras, muy cerca de perder la fe con la honestidad y procuraba apartarlos; rescataba primero las mujeres y niños, que como gente más flaca y de menos ánimo para sufrir, siempre están en mayor peligro de dar al traste. Con la fe y la pacien-

cia hacía muchas diligencias para apartar a los niños cristianos de la comunicación y trato de los morillos, porque con la mucha conversación cobran amistad entre sí y toman la lengua y aun las costumbres y con los juegos de muchachos beben juntamente las veras de la ponzoña, de los errores y superstición de los infieles.

Vez hubo que viniendo su padre a rescatar uno de estos con 200 ducados, el muchacho le dijo delante del Alcaide su amo, que se volviese porque él quería ser moro y con una desvergüenza endemoniada renegó de la fe cristiana, sin que ni halagos, ni caricias del padre, ni amenazas, ni ruegos, ni lágrimas fuesen bastantes para reducirlo. Volviose el afligido padre atravesado el corazón de dolor, viendo a su hijo en poder de los moros y de demonios sin esperanza de remediarlo. Causó este caso gran lástima en los cautivos y fue de muy gran desconsuelo y pena para el Hermano Gaspar López, el cual habiéndolo encomendado con muchas veras a Nuestro Señor y suplicándole con instancia y lágrimas por el remedio de aquel corderillo que el demonio tenía en el matadero, procuró como a niño ganarlo con dádivas. Hízose amigo con él y como tenía ya libertad, podía el muchacho a su salvo verse con el Hermano, y él enseñarlo //155v. en la fe. Redújolo al fin al conocimiento de su culpa y a penitencia de ella, y pudo librarlo también de las manos de los enemigos como le había sacado de las gargantas de los lobos infernales. Concertó con un cautivo, a quien el Alcaide había dado el cuidado de servirle, que secretamente le llevase a tierra de cristianos. Prometió de hacerlo de muy buena gana, diciendo que él lo llevaría sobre sus hombros, porque de más de ser el muchacho débil y de poca edad, pues no pasaba de doce años, era también cojo de un pie. Dispuestas las cosas pidieron al Hermano la bendición y las oraciones de los cristianos, fiados de ellas pusiéronse una noche en el camino y favorecioles Dios milagrosamente, porque el buen cautivo caminó aquella noche once leguas por tierras muy ásperas y fragosas con el muchacho a los hombros y amanecieron en Tánger. Comunicole el Señor fuerzas del cielo que por camino tan largo y tan dificultoso por montes y riscos descaminados, a pie y con tanta carga y flaqueza por llevar la de los malos tratamientos y sobre de trabajos del cautiverio y en medio de las tinieblas de la noche, ningunas otras bastarán.

Otra vez le trajo un renegado a un cautivo suyo cristiano, el cual no pudiendo sufrir la furia infernal de sus amos, se había dejado engañar de los judíos y determinose a seguir sus errores, porque le rescatasen, tienen ellos costumbre de no consentir que ninguno de su secta sea esclavo de moros. Venía el hombre con el cabello crecido de Nazareno y muy resuelto de proseguir su loca determinación. Encomendose el Hermano a Nuestro Señor y hablole con tan buenas razones que el cautivo comenzó a compungirse y mostrarse corrido y pesante de la bajeza intentada, y para más asegurarle certificole el Hermano y diole palabra de rescatarlo con brevedad y así se rindió y en prendas dejó al Hermano que él mismo le quitase el cabello.

Fue grande el provecho que hizo en los renegados y mucho el peligro a que se puso por remediarlos. Porque entre los conciertos de seguridad con que había entrado en el Reino moro, que no habían de inquietar a los renegados, ni solicitarlos a dejar //156r. la secta y ley de Mahoma, so pena de la vida. Mas como el mayor bien esperaban de aquella jornada y la merced que con más afecto y ardor pedían a Nuestro Señor era la ocasión de padecer por su amor, y sacrificarse en el ara del martirio por la gloria de su santísimo nombre. No reparaban en los peligros, ni los huían, antes los abrazaban con gran

contento y alegría del corazón. Tal la tuvo el Hermano Gaspar López, algunas veces que se vio preso y enjaulado por Jesucristo, donde los enemigos de la fe arrojaban piedras y con palos le picaban los muchachos entre las rejas de la jaula, haciendo escarnio de él y maldiciéndole. Tuviéronle otra vez condenado a las fieras y de todos estos trabajos le libró la mano poderosa del Señor por su grande misericordia, para bien de tantas almas, como cada día se remediaban por sus manos e industria.

No fueron bastantes estos peligros para apartar al Hermano de sus intentos, combatía a los renegados con ruegos, con amenazas, con pláticas y consejos cristianos, persuadíales con vivas razones a dejar sus engaños y principalmente a reformar su vida y costumbres, cuya perdición es la que de ordinario los arroja en este despeñadero del infierno. Trajo gran número de ellos al conocimiento de sus errores, y a la penitencia de ellos, mas hallaban mucha dificultad de poderse conservar en la fe que recibían, porque estando entre los moros perderían la vida si se mostraban arrepentidos, pasar a España temíanlo por el riesgo de su honra con el castigo del Santo Oficio de la Inquisición, pedían seguro para hacerlo y el Hermano se lo ofreció, y escribió luego sobre ello al Santo Tribunal de Sevilla, y aquellos señores usando de su acostumbrada piedad le enviaron una cédula sellada y firmada y un testimonio y seguro del Asistente de Sevilla en que ambos tribunales aseguraban a todos los renegados de cualquier //156v. estado y condición que fuesen, si quisiesen reducirse al gremio de la Santa Madre Iglesia, que serían bien recibidos y reconciliados con ella, sin pena ni castigo alguno. Llegaron estas letras a manos del Hermano Gaspar López, con todo secreto y con él mismo fue despachando todos los más que podía de aquellos renegados, a quien hizo aquel Santo tribunal el buen tratamiento que había prometido, enviándolos a la Compañía para que los instituyesen en la fe.

Con este ejemplo se despertó a hacer otro tanto y más un mercader extranjero, cuyo nombre fuera muy justo hubiera quedado escrito no sólo en nuestras historias sino también en los corazones de todos los fieles para perpetua memoria, y dechado de la caridad de fe cristiana, por estar sellado en el libro de la vida, donde está gozando del premio de sus heroicas obras.

Pasó este cristiano mercader a África con más de 100.000 ducados de mercaderías, para contratar en la ciudad de Fez y puesto en ella vio el aprieto de los cautivos, la extrema necesidad de los enfermos, el peligro de los niños y la miseria de todos. Tocole Nuestro Señor el corazón con la compasión y lástima de estos pobres y diole sentimiento eficaz de cuanta mayor granjería y mayor interés era ganar almas para Dios y estorbar las ofensas y agravios que o por flaqueza o por necesidad allí se hacían contra su Majestad. Comenzó a repartir limosnas por los cautivos, a darles lo necesario para sus enfermedades y a ponerlos en libertad a su costa. Últimamente pudo tanto esta caridad con los renegados, que se fiaron de él como lo habían hecho antes del Hermano Gaspar López, y él les alcanzó otro seguro de la Inquisición y con él enviaba a España muchos navíos llenos de vivas mercaderías, de renegados arrepentidos y de cristianos rescatados con su hacienda. Pagole Nuestro Señor con que al fin descubierto por otro amigo, de quien se fiaba, el cual, como enemigo y bárbaro le vendió a los moros y le hizo traición, fue preso por ellos, y vino a morir allá. Como no hallé escrito, descuido //157r. bien grande de quien escribió lo demás, que fue el Hermano Gaspar López, testigo de vista, mas bien se puede entender que quien ofreció a Dios su hacienda y su vida merecería de él ser recibido con aventajado premio en la gloria.

Sucedió también otro aprieto a los cristianos cautivos, en que Nuestro Señor les favoreció por medio de este Hermano, cuando más desesperados estaban de remedio. Vivía en Tetuán un morisco de los naturales del Reino de Granada, famoso corsario de la costa de Andalucía, donde corriéndola una vez para sus robos dio el través junto a la ciudad de Almería. Prendiéronle los cristianos y habiendo él confesado serlo y estar bautizado le pusieron en la horca y después le hicieron cuartos. Llegó la nueva a Tetuán, donde él era muy estimado y con ella se alborotó tanto todo el lugar que dentro de una hora se juntaron en la mezquita mayor toda la gente principal y mucha de la común, y habiendo consultado y conferido el caso y su remedio, salió de acuerdo que se buscasen doce cautivos cristianos, los mejores y de mayores rescates y los quemasen públicamente, pagándoles primero a sus amos el valor de ellos y para ésto ofrecieron allí luego todos la suma de dineros que entendieron fuera bastante para pagarlo. Luego que se supo tan fiera determinación por la ciudad, bien se puede entender la pena y tristeza de los cristianos y el temor de a quien le cabría la suerte desventurada. Cupó la primera a un mercader honrado de Granada, a quien luego pusieron a buen recaudo en prisiones; fuese al punto el Hermano para el gobernador y con mucha entereza le dio a entender la sin razón que hacía, diciéndole que si ellos tenían ley de muerte para los que de moros se hacían cristianos, la misma había en España para los que siendo cristianos recibían la ley de los moros, que no era justo condenasen la justicia que ellos ejecutaran en cualquiera otro //157v. de los moros y renegados en semejante ocasión, que aquel corsario era cristiano bautizado y sobre haber apostatado de la fe que había prometido a Dios y a la religión, había hecho grandes agravios a los cristianos, cautivando sus personas y robándoles sus haciendas y por cualquiera de estas causas debía justamente la muerte, que cuando ninguna de estas causas hubiera tan justificadas no era cosa nueva matarse unos enemigos a otros, pero sería fiereza quitar la vida a los inocentes esclavos, que con tanta fidelidad les servían; finalmente que aquella gran crueldad y fiereza daría gran estampida por España y volverían contra sí el furor y las armas de toda ella, por un hombre que vivo no les era de más provecho que de hurtar para enriquecerse, y muerto ninguna falta les hacía. Con estas y otras semejantes razones amansó la furia de aquellos sangrientos carniceros y les hizo revocar el decreto primero, poner en libertad al preso y sacar de aquel temor y angustia a los cautivos. En estas y otras tales obras se ocupaban el Padre y el Hermano, las cuales, descuido de unos y el olvido de otros las tiene sepultadas y escritas darán lustre a la historia y consuelo a quien la leyera. Cuando el Rey de Portugal, Don Sebastián, juntó armada y ejercito para la jornada de África y por esta causa les mandó el Rey moro salir de ella no con pequeño dolor suyo y de otros cautivos.

## CAPÍTULO LXVI

### RUMORES FALSOS QUE ALGUNOS ESPARCIERON CONTRA LA COMPAÑÍA CUANDO CASTIGÓ EL SANTO OFICIO LOS ALUMBRADOS DE LLERENA Y EL SUCESO DE ELLO.

Como quiera que la Compañía de Jesús sea un nuevo ejército que siempre hace guerra al demonio, jamás cesa este común enemigo de procurar en todo tiempo y por todas vías su daño. Y como ninguno tan grande como el de la honra y crédito, sin el cual ni tienen mano, ni valen nada los hombres, contra este asesta //158r. sus tiros y el mal que de verdad no puede se le avisa por mil mentiras. Andaban por este tiempo unos clérigos seglares por el Maestrazgo y Obispado de Badajoz, confesando y predicando a imitación de las misiones que hace la Compañía. Las apariencias exteriores, santidad profesaban, y debieron al principio tenerla en lo interior, aunque después la libertad y el regalo con el ordinario trato de mujeres y poco recato con ellas les trocó el ánimo y los despeñó en vicios infames; el traje y vestido era muy semejante a el que usaba la Compañía, su modestia reconciliaba las voluntades, el celo que mostraban del bien de las almas atraía gran número de ellas. Eran venerados por santos, favorecidos de la gente grave, seguidos y regalados de gran vulgo de mujercillas amigas de ociosidad y de andar de calle en calle a todas horas, a título de visitar iglesias y darse a la devoción. Con ésto y con el descuido y relajación de vida, resfriáronse los unos y los otros en la caridad y el amor, que primero comenzó por espíritu acabó en carne. Hicieron de los confesores maridos y de los templos sagradas zahúrdas de Venus, y cubrían sus torpezas y abominaciones con capa de oración y virtud. De más de ésto (como suele acontecer a los tales) enseñaban para canonizar sus vicios muchos errores de la secta de los alumbrados. Prendiolos el Santo Oficio de la Inquisición de Llerena, y examinadas sus causas y convencidos ellos de sus delitos condenáronles a galeras. Leváronlos a Sevilla para ponerles al remo y entraron por ella con el hábito clerical y algunos con ropas semejantes a las que usa la Compañía.

Esparciose luego fama que eran de ella, y de unos en otros llevose y cundió por todo el reino, levantose grande alboroto contra los nuestros y era la infamia tan grande que en todas las ciudades y lugares daba materia de corrilos de los ociosos y maldicientes. Trataron algunos prelados de remediar este daño, especialmente Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Sevilla, donde se había //158v. levantado la tempestad, y que lo había sido de Badajoz al tiempo que aquellos clérigos predicaban por aquel obispado. Mandaron a los predicadores que en los púlpitos declarasen al pueblo cómo aquella gente ni era ni había sido de la Compañía y que aunque en el traje se parecían, la vida y costumbres de los unos y de los otros eran muy diferentes y que por la misericordia de Dios ninguno hasta entonces de aquella religión había sido preso, ni condenado por el Santo Tribunal de la Inquisición.

Ayudaron también a derribar esta fama muchas personas graves, amigos de la Compañía, los cuales en conversaciones particulares desengañaban a la gente más principal. Demás de esto fue gran freno para los de su corte la autoridad del Rey Felipe II, a quien diciéndole una vez uno de los que viven de portar nuevas y hacer lisonja a príncipes (pensando que en ésto se la haría): *No sabe vuestra Majestad cómo han preso*

*por la Inquisición tantos de Teatinos*, el Rey le respondió con aquella su gravedad y modestia, *anda que no son de la Compañía de Jesús, y a los reyes no se han de contar novelas*. Con esto quedó bien advertido y aun corrido de su liviandad aquel cortesano, y la mala fama que contra los de la Compañía se había levantado, sin fundamento, se desvaneció. Al mismo tiempo que esto se decía contra la Compañía, trataba ella de enviar por aquella tierra sus obreros, para reparar el daño que habían hecho en ella los otros, y padeció allí tanto detrimento la virtud, e hízose tan odiosa la devoción y trato espiritual, intento principal del demonio que mucho tiempo después aun no se atrevía la gente a decir loado sea Jesucristo. El frecuentar los templos y confesionarios teníanlo muchos por sospechoso en sus mujeres e hijas, como habían hecho los alumbrados de la administración de los sacramentos, ponzoña de los devotos. Con este recelo fueron mal recibidos los nuestros en el Erena, hoy Llerena, Villa de la encomienda de Santiago, en la región de la Betulia de los Túrdulos, distrito en tiempo de los romanos de la Chancillería de Córdoba, y en los nuestros primero asiento del Tribunal de la Inquisición de esta provincia. Los primeros que en ella entraron después del estrago de aquella gente fueron el Padre Juan de Frías, celosísimo predicador del Evangelio y de viva y poderosa palabra en trocar corazones, con otro compañero para //159r. ayudar a las confesiones, y aunque al principio comenzó a recatarse la gente y a huir de ellos y aun a perseguirlos, temiendo que como en el traje se parecían a los otros, no les pareciesen en las costumbres. Poco a poco se fueron desengañando y reconocieron la pureza de vida y sinceridad de doctrina de estos Padres; cobráronles amor y fiaron de ellos sus almas, comenzaron por allí a resucitar la frecuencia de los sacramentos, a acreditar la virtud y a quitar los estorbos que el demonio ponía para no seguirla con los miedos de lo pasado. Algunos años después envió la Compañía los Padres Pedro de León y Pedro Tercero, para proseguirlo, comenzando por otra vereda, a la ciudad de Mérida, llamada antiguamente Colonia Emérita Augusta, fundada de los soldados jubilados de Augusto, después de asentados en paz las cosas de España, 23 años antes del nacimiento de Cristo. Lugar de aventajada grandeza y Majestad de edificios, principal Chancillería de las tres de Lusitania, y después en tiempo de los Godos, Arzobispado y metrópolis de las mayores de España, aunque con sus guerras y las de los Suevos y Vándalos, y últimamente de los moros, quedó destruida y arruinada, mas ahora sólo es priorato de la encomienda de Santiago y Silla de todo el Maestrazgo en esta parte de Extremadura. Entraron los Padres por los pueblos de la comarca Montijo, Lobón y la Puebla, donde fue grande la extrañeza y desabrimiento con que los recibieron, escandalizábanse del hábito tan semejante al que los alumbrados trajeron, huían de su conversación y en los ordinarios del pueblo todo era refrescar memorias pasadas y temerse de los peligros presentes; acordábanse de las afrentas de sus casas, mujeres e hijas y recelando no verlas, ni verse en otra semejante, tasadamente les permitían oír misa en los templos, mas no llegarse a los pies de los Padres hasta tanto que desengañados por las obras, que son el mejor testimonio de cada uno, todos convirtieron el odio en amor, el miedo en confianza, la mala opinión y recelos primeros en tan notable crédito y estimación de los Padres, que el mayor trabajo que en los pueblos temían era el despedirse de ellos, allí era el sentimiento de todos, las lágrimas y acompañamientos de lo más noble y principal de ellos y al irlos a buscar de unos lugares a otros para par //159v. ticipar de su buena doctrina y comunicar con ellos los negocios de su conciencia. Fue mucho lo que aquí trabajaron los Padres, oyendo confesiones y predicando y enseñando la doctrina cristiana, desarrai-

gando las reliquias de los errores pasados, remediando ofensas de Nuestro Señor y dando corte en negocios desapreciados y escandalosos y haciendo muchas otras obras de mucha gloria y servicio de Nuestro Señor. Hizo la fama su oficio y oyéndose en los unos pueblos lo que pasaba en los otros, a porfía venían a llevar a los padres cada uno a los suyos y les salían a recibir con alegría común, especialmente en la Puebla, donde al entrar a hacer oración en la iglesia cantaron los ministros de ella en acción de gracias el salmo de Dios Laudamus.

Está en la ciudad de Mérida uno de los más honrados e ilustres conventos de Frailes de la Encomienda de Santiago, fundado primeramente en la ciudad de León, y trasladado después en ésta con más de 26.000 ducados de renta, cuyo prior tiene el gobierno y jurisdicción en lo espiritual de todas las iglesias y lugares del Maestrazgo. Moviéronse aquellos señores con el buen nombre que de los Padres había ya en aquella ciudad a llamarles, hospedarles en su casa, honradísimamente diéronles el púlpito de su iglesia y trataron con ellos de hacer todos por su orden los ejercicios espirituales que usaba la Compañía, mas siéndoles forzoso volverse a la villa de Lobón, donde los señores de ella les aguardaban para darles fin a las santas obras que allí habían comenzado, les fue forzoso dejar Mérida por entonces, con promesa de tornar despacio a servirles en aquella casa y ciudad.

Creció con el concurso de gente, que de los Padres se aprovechaban para el bien de sus almas, el trabajo de ellos, de manera que del mucho cansancio cayeron enfermos en un lugar vecino que llaman la Puebla. Envió por ellos luego que lo supo Don Gómez de Cárdenas, hermano del Conde de Puebla, señor de Lobón, caballero tan cristiano como noble y que nunca hasta entonces había tratado con gente de la Compañía, más a bien desconocido en esta ocasión se confesó generalmente con ellos y les quedó tan aficionado que los trajo a su casa, y les curó en ella con toda amistad y regalo, sin perdonar a gasto ninguno y trayendo médico asalariado por no satisfacerse del que tenía en la villa. Con estas cosas quedaron de tal manera desengañados aquellos pueblos y tan acabado el error y horror que de los nuestros tenían, que ya se ha fundado en aquella comarca un colegio en la villa de Fregenal, que como en su lugar se dirá, continúa en coger el fruto de estos principios //160r.

## CAPÍTULO LXVII

## DIVISIÓN DEL COLEGIO Y CASA PROFESA DE SEVILLA (1579).

Humilló el Señor a la Compañía con la tribulación pasada para levantarla y hacerla mayores mercedes, porque sosegada esta tempestad y desecha la infamia, que así la condición del vulgo inquieto como la poca voluntad que algunos tenían a la Compañía, sustentaba en el común engaño a la gente. Comenzaron los Padres de la casa de Sevilla a tratar de descargarse de los estudios y ocupaciones del colegio y reducirse a sus principios viviendo sin propios y de sola limosna, como lo habían hecho los seis primeros años de su asistencia en aquella ciudad. Llamó a Congregación Provincial a los Padres Profesos el Padre Pedro Bernal, el segundo trienio de su oficio de Provincial, por mayo de 1579 en el colegio de Marchena, y fue la quinta de esta provincia. Después habiendo despachado a Roma al Padre Ignacio del Castillo, electo procurador con los negocios

de la provincia, volvió a Sevilla donde el Padre Doctor Diego de Acosta, Rector entonces de aquella casa, trató con él de dividir el colegio y dar asiento en la institución de la Casa Profesa. Comunicáronlo ambos con el Padre García de Alarcón, hombre muy noble y muy religioso, que este mismo año de 1579, por febrero había sido enviado de nuestro Padre Everardo por Visitador General de esta provincia, dejando el oficio de Rector del colegio de Alcalá de Henares, y de común acuerdo se resolvieron de trasladar el colegio y escuelas en sitio apartado, entregarles toda su renta y quedarse con la pobreza y ministerios de la Casa Profesa. //160v.

Ofreció el Cabildo de la ciudad fundar el colegio, labrar las casas y dotarle de renta bastante; y comenzó a comprar sitio frente a la Iglesia Parroquial de San Miguel, en el barrio del Duque de Medina Sidonia. Gastó 5.000 ducados en dos pares de casas y queriendo seguir adelante atajáronle los pasos algunos particulares de su cabildo haciendo contradicción a instancia de ciertas personas religiosas, que a fuer de envidiosos tenían el acrecentamiento del bien ajeno por menoscabo del propio. Dieron al colegio las casas y pasáronse a ellas el 19 de septiembre del año siguiente de 1580, maestros y estudiantes con su Prefecto el Padre Luis Álvarez, hombre humilde, docto e inteligente en escuelas, a quien dieron también las veces de superior, reservando todavía la superintendencia al Padre Diego de Acosta, que ya quedaba en la casa con título de Prepósito de ella. Tomaron por patrón y titular del colegio al bienaventurado mártir San Hermenegildo, Rey de Sevilla, debajo de cuyo amparo ha crecido siempre, hasta llegar al punto que tiene cuando ésto escribimos este año de 1602. Padecieron aquel año el aprieto e incomodidad que suelen tener semejantes principios hasta el siguiente de 1581, que habiendo comprado otras casas principales del Duque de Medina pared en medio de las suyas pudieron mejorarse.

Quedó la Casa Profesa en su antiguo sitio con la iglesia, cuya primera piedra se había puesto el año de 1565 Don Bartolomé de Torres, Obispo de Canarias, y donde en este de 69 en 26 de diciembre se había trasladado el Santísimo Sacramento con grande pompa y Majestad, acompañando //161r. los cabildos eclesiástico y seglar con todas las Religiones y con solemne regocijo y fiesta de la ciudad; dijo en ella la primera misa el día de San Juan Evangelista el Arzobispo de Sevilla Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, y celebráronsela ocho días siguientes con gran devoción y frecuencia de sacramentos con que se ganó jubileo plenísimo que para toda la octava de la dedicación concedió la santidad de Gregorio XIII.



San Francisco de Borja. Salvador de Molina, pintor. Retablo de San Estanislao de Koska, Iglesia de San Juan de Écija.

# LIBRO TERCERO

# DE LA HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ANDALUCÍA

## CAPÍTULO LXVIII

### CÓMO TOMÓ EL OFICIO DE PROVINCIAL EL PADRE GARCÍA DE ALARCÓN Y DE LO QUE EN SU TIEMPO SUCEDIÓ MAYORMENTE EN LA FUNDACIÓN DE LA CASA PROFESA //161v.

El junio siguiente del año de 1580 volvió de Roma el Padre Ignacio del Castillo, que como dijimos había sido enviado por procurador de la provincia y trajo nombramiento de superiores y entre ellos al Padre García de Alarcón, que entonces era Visitador, por provincial de Andalucía. Con ésto alcanzó el Padre Pedro Bernal la quietud que tanto deseaba, quedando libre de oficios y negocios para tratar sólo del suyo, la santificación de su alma y crecimiento en todo género de virtudes. Dejó la provincia acrecentada a muchos y muy buenos sujetos, en un colegio de Jerez y una Casa Profesa de Sevilla. Prosiguió la visita de la provincia el Padre García de Alarcón, no ya como Visitador, sino como Provincial, hasta el octubre de este mismo año en el cual por muerte del Padre Everardo Mercuriano, cuarto General de la Compañía, juntó en Sevilla su Congregación y en ella se le dieron por compañeros y electores el Padre Doctor Diego de Acosta, Prepósito de la Casa Profesa y el Doctor Haelizes, superior del colegio de la misma ciudad, de muchas letras y grande opinión en esta provincia. Dejó el provincial en su lugar con veces y título de viceprovincial al Padre Maestro Juan de Cañas y partiose con los demás Padres a Roma, donde elegido el Padre Claudio Aquaviva por General, él quedó allá nombrado asistente de España y el Padre Diego de Acosta volvió a España el año de 1581 con el oficio de provincial y fue el octavo de esta provincia, insigne en letras y religión, de gran celo y espíritu en la predicación del Evangelio y de tanta autoridad y opinión con toda suerte de gentes, que muchos le respetaban y miraban como superior a los varones señalados de su siglo, y el Obispo de Córdoba Don Antonio //162r. de Pazos, hombre de tan conocida gravedad y autoridad en España solía decir que le venía a ver como a uno de aquellos doctores antiguos de la iglesia. Representaba la estatura y semblante de su persona con su mucha erudición y doctrina en las letras sagradas, tal Majestad, que le conciliaba estima y veneración.

Lo primero en que puso los ojos fue dar su punto y perfección a la Casa Profesa, la cual por la muerte del Padre Everardo y ausencia suya y del provincial, había quedado

comenzada solamente y aun no se había deshecho de las rentas ni entregándolas al colegio. Desposeyó luego a la casa de todas ellas, ordenó que viviesen de sola limosna y que por la iglesia y casa con que se quedaron, pasándose el colegio a otra parte, se pagase la cantidad de maravedís que se trazó entonces por justo precio de lo que valían y para que la ciudad no extrañase el salir a mendigar los de la Compañía, dio la profesión de cuatro votos a algunos Padres, y predicó en ella y declaró al pueblo la institución, fin y ministerios de aquella casa y la estrecha pobreza que profesaban sus moradores. Fue maravilloso el aplauso con que toda esta ciudad recibió la fundación de la casa y la devoción y caridad con que todos les acudían con sus limosnas, no sólo para sustentar 60 sujetos que de ordinario residían en ella, sino también para el edificio de la casa, que hoy es de los mejores, más graves y más acomodados de España, y porque se vea la piedad y la riqueza de esta ciudad, muy propia de su grandeza y potencia y muy conforme al amor y estima que siempre ha tenido de la Compañía. Sólo diré //162v. que hecha la suma de limosnas del año de 1582, primero de su fundación, hasta el de 1599, pasó de 112.000 ducados, habiendo llegado los años siguientes la limosna de cada semana a 800 y 900 reales. Fue su primero prepósito, señalado de Roma, el padre Doctor Antonio Cordeses, varón justo, temeroso de Dios y sin quejas, de quien adelante se hará cumplida mención. Abrió los cimientos del edificio del cuarto principal y oficinas de casa y dejolas en muy buen punto para acabarlas. Sucediole el Padre Doctor Esteban de Ojeda, colegial mayor de Salamanca antes que entrara en la Compañía, y después gran religioso y muy estimado de príncipes por su grande capacidad y virtud. Acabado el trienio cargaron por segunda vez el gobierno al Padre Antonio Cordeses, teníase por dicha estar debajo del amparo y obediencia de tal superior, tan santo y tan verdadero padre de todos. Volvió después el Padre Pedro Bernal de la provincia de Valencia, donde había sido Prepósito de la Casa Profesa, y fuelo también en esta. Acabaron entre todos el cuarto principal con el claustro interior y oficinas. Últimamente el Padre Ildefonso de Castro, que sucedió al Padre Licenciado Pedro Bernal y parte cuando ésto escribo a las Indias occidentales por provincial de la Nueva España, labró el claustro principal de la portería con los tres cuartos unidos al primero y el de la calle doblado; lo que restaba del edificio, acabó el Padre Maestro Melchor de San Juan, que le sucedió en el oficio de Prepósito después de haber sido Rector de Marchena y Córdoba en esta provincia, y viceprovincial de Cerdeña. Es todo el edificio grave, si vistoso acomo //163r. dado para la habitación y clausura, capaz del gran trato de prójimos y negocios de una tan populosa ciudad y en el medio de ella, aislado por las tres partes y aunque por la del occidente continuado con otros edificios, tan bien labrado y dispuesto que ni ofende ni puede ser ofendido de los vecinos.

## CAPÍTULO LXIX

### MINISTERIOS DE LA CASA PROFESA Y FRUTO DE ELLOS.

Los ministerios de esta casa, los comunes son de la Compañía, el campo donde se ejercitan muy ancho, los lugares y ocasiones muchos, muy varios y muy frecuentes. Ocupan las confesiones ordinarias y sermones de 24 a 30 sacerdotes. Las consultas y decisiones de casas, los conciertos de negocios y asientos de concordias, que entre

tanta gente y de tan diversas naciones como aquí hay por el trato y comercio de las Indias occidentales, cada día se ofrecen. Las visitas de las galeras de la costa de España, cuando llegan a esta ciudad también llevan parte del trabajo y del tiempo, oyen la palabra de Dios los soldados y remeros con toda la chusma; renuevan la memoria de los ministerios de nuestra fe, cumplen con la obligación de cristianos recibiendo los sacramentos; curanse los enfermos y a vuelta de las almas reciben por industria de los Padres limosna y beneficio los cuerpos, no canso con menudencias y relación de singulares casos y conversiones todas semejantes y que vistas cada día fácilmente nos persuaden o nos recuerdan las que no vimos pues de unos mismos principios y causas fácilmente //163v. se entiende que habían nacido poco más o menos los mismos o muy parecidos efectos. Digo las particulares industrias, que para remedio de las almas se usaron y una vez inventadas hasta hoy se prosiguen.

La frecuencia, riqueza y diversidad de gente, la confusión y libertad que ésta causa, el vicio, el regalo y ocio de la ciudad, enemigos mortales de la templanza y honestidad, señuelos son y reclamo de gran número de mujercillas perdidas, ruina de los mancebos. Parte de éstos recógense al lugar público, carnicería del infierno, parte se albergan en barrios ocasionados de la ciudad y allí con más interés suyo y mayor daño de la República solicitan y atraen la gente más honrada, y tienden lazos a la juventud más sencilla y a los que la vergüenza detenía despéñalos la comodidad del secreto, la ocasión sin peligro, los regalos y caricias tanto más poderosas cuanto menos experimentadas. No se contenían éstas con su perdición, hacían grangería de la miseria y desamparo de muchas niñas, a quien o la pobreza o necesidad de sus padres o la orfandad de ellos traía por la ciudad a sus aventuras. Acogíanlas en sus casas, servíanse de ellas y como criadas en tal escuela salían maestras de pestilencia; vendíanlas a la gente principal a título de doncellas y sustentaban amancebamientos de muchos años con la obligación de esta prenda y de acudir a los hijos que de ellos recibían. Las que en precio de su gusto habían dado la salud y la falta de ella y uso de tratarlos sin dificultad, las había hecho odiosas en la ciudad, salíanse fuera de ella a las barbacanas y a los caminos como en tiempos antiguos y allí asaltaban la honestidad de los pasajeros. No pier //164r. de lance el demonio donde pueda hacer suerte en las almas, ni la Compañía de desmentirle sus tiros y contaminarle sus invenciones. Hácenseles pláticas a menudo a las públicas, estórbanse muchos pecados, redúcense algunos de ellos, y tal vez once de un golpe. Renovose una provisión antigua del Rey, donde les prohíbe admitir hombres en fiestas y con el cuidado de entretener los que iban con pláticas santas y narraciones de señalados ejemplos se introdujo esta costumbre y se guarda. El fruto es tan grande y tan conocido de todos que ya han comenzado otros religiosos a ayudar a cogerlo.

Las retiradas a lugares ocultos síguense por justicia, atendiendo a su remedio por orden de los nuestros algunas personas devotas de virtud sólida y edad menos peligrosa; enciérranse en las recogidas y porque el número de ellas era mayor que la posibilidad de la casa, instituyose otra a quien por la piedad de la obra pusieron por sobrenombre de Pía, donde se entretuviesen honestamente en el ínterin que o se casasen o se remediasen por otra vía. La principal ayuda que para hacer ésto tuvieron los nuestros, fue la diligencia, solicitud y limosnas de Francisco de Castro, ciudadano de Sevilla, criado con la doctrina de la Compañía desde sus primeros principios, gran siervo de Dios, gran limosnero de ferviente caridad y oración, padre de pobres, hacedor de todas las

obras pías y autor de muchas. Recogíanse con ellas las niñas perdidas, las cuales por haber crecido en número y por excusarlas del peligro que podían correr comunicando con mujeres tan mal acostumbradas se pusieron en casa aparte, donde por consejo y dirección de la Compañía //164v. son enseñadas en buenas costumbres y ayudadas con santas exhortaciones y frecuencia de sacramentos hasta que se acomodan en casas honradas y con gente segura. Por medio también de los seglares devotos se ahuyentan de los caminos o se prenden las que se ofrecen y convidan en ellos.

## CAPÍTULO LXX

## CUIDADO Y PROVECHO DE LAS CÁRCELES Y CONGREGACIONES.

Aunque en todos lugares ha sido mucho el provecho que con el cuidado de los presos ha hecho la Compañía, señaladamente es grande el de Sevilla, donde la Hermandad, Audiencia Real, Ciudad y Contratación, tienen aparte sus cárceles y todas tan llenas que de ordinario se cuentan mil en la pública entre mujeres y hombres. Fácilmente se entenderá de la muchedumbre la confusión del lugar y del linaje de gente sus insolencias y desafuero de la falta de doctrina sus vicios y perdición, y del poco amparo en gente pobre y desvalida su miseria y necesidad. A todos estos daños ha supuesto remedio la Compañía desde sus primeros principios, ocupando en este cuidado a gente grave y celosa del bien de los prójimos. Tomáronle a su cargo el año de 1554, primero de la fundación de Sevilla, el Padre Doctor Juan Suárez y el Doctor Pablo Hernández, varones insignes de quienes aquí se ha hecho y se hará mención en otras historias. Sucedioles el Padre Jorge Álvarez y el Padre Maestro Albotodo, de cuyas prendas y santidad arriba tratamos. Prosiguió el Padre Pedro de León por más de 20 años continuos. Se ha puesto freno a las libertades y vicios de esta gente con //165r. el uso de los sacramentos, los cuales apenas recibían antes de cumplir con la iglesia y ahora muchas veces al año con ordinarias exhortaciones a la virtud y aborrecimiento de los pecados, con las fiestas que este año celebran y con los sermones de adviento y cuaresma; y tiénenlos en ésta los domingos y ferias repartidos en las Religiones de Santo Domingo, de San Agustín y la Compañía.

Para el remedio de los pobres y despacho de sus negocios, que por falta de dineros y agentes o estaban empatados largísimo tiempo o nunca llegaban a tribunal de justicia, instituyose una Congregación de 30 caballeros, único remedio de esta miseria, los cuales repartidos de dos en dos por semanas visitaban las cárceles, solicitan las causas de pobres, acuden a los enfermos, componen sus pleitos, conciertan sus deudas y pagan los acreedores o alcanzan perdón de los ofendidos y soltura para los presos. Hecha la suma de los que por este medio la han alcanzado pasan de 2.000 y han llegado a 2.500 cada año. Fue el principal autor de esta Congregación en compañía el Padre Pedro de León, Don Andrés de Córdoba, natural de ella y oidor de Sevilla y después de la Rota y ahora Obispo de Badajoz, benemérito de mayor silla por su nobleza, por sus letras, por su admirable piedad y virtud; ésta muestran los demás caballeros de esta Congregación por ser ejemplar la de Don Pedro de las Roelas, varón principal en sangre y cristiandad, Comendador del hábito de Alcántara, direla en una palabra. Tra //165v. bajose mucho siendo semanero de alcanzar un perdón de una muerte, concertado ya en cierta suma

de maravedís y no queriendo la parte aguardar por la paga, envió por parte de su vajilla y se la dejó en prendas; pidióle a un escribano en su nombre que firmase un mandamiento de una soltura de un pobre, no sólo no quiso, mas añadió que había de venir este caballero a pedírselo de rodillas, quería en vez del dinero, que allí no le daban, la honra de ser rogado y siéndolo se entendía. Pensaron los compañeros que él se alterará con tan desconocido recaudo, mas él sin ademán de turbado les dijo, señores vamos, que no es mucho hacer ésto por un pobre de Jesucristo, y llegándose al escribano le habló con tal comedimiento diciéndole: *señor fulano, si no hubiera aquí lodo me hincara de rodillas y le pidiera que firmara este mandamiento*. Firmolo luego lleno de confusión y vergüenza y justamente de admiración y temor de la ocasión en que le había puesto su soberbia de verse afrentado del caballero. Con tan abundante gracia favorece Dios a los que entienden en los negocios de necesitados y pobres.

Historia pudiera hacer de casos raros y varios sucesos de estas santas ocupaciones de los nuestros, del singular beneficio que con su ayuda reciben los condenados a muerte en el trance de su castigo, señaladamente muchos a quien la muchedumbre y fealdad de sus delitos tenía desesperados de su salvación y del todo rendidos a las penas eternas. Pues ya las insignes conversiones de moros, diputados a la horca por algún crimen, y de los herejes pertinaces en sus errores y remitidos al fuego por ellos, necesario fuera tomar tiempo pa //166r. ra escribirlas habiendo acaecido tantas en esta ciudad y en la de Granada, Málaga y Córdoba, donde no es de olvidar el medio por donde redujo Nuestro Señor un hereje a la fe de su iglesia. Persuadíale un Padre con amonestaciones, exhortábale con ejemplos, apretábale con razones y argumentos, quedándose el hereje a todo como bronce. Valíase de la oración y apartándose un poco, puesto de rodillas pidió a Nuestro Señor la salvación de aquel alma. Vínose para él el hereje diciendo, no es posible Padre que tan buen celo y amor lo haya sino en la verdadera religión, yo me rindo y reconozco mis hierros y pido a Dios perdón de ellos. Confesose y murió el día siguiente confesando la fe verdadera de Jesucristo. Valen poco las letras cuando no les ayuda la devoción y puede más con los obstinados la humildad que cualquiera porfía.

No son de menos gloria de Nuestro Señor y provecho de la República las dos Congregaciones de sacerdotes y caballeros que en esta casa se han instituido para reformación y ejemplo de ambos estados. Sus ejercicios y ocupaciones son los que de otras congregaciones se saben, ésto tiene particular la de los sacerdotes de Sevilla. Cuidado de enseñar la doctrina cristiana a los negros y gente ruda por las parroquias; oír confesiones de las mujeres que llaman recogidas y recogerlas y sobretodo haber desterrado la profanidad y rito gentílico de las Carnestolendas, que en esta ciudad era perniciosísimo y ocasionado a muchas riñas y muertes, a grande disolución de pecados. Aderezan estos días ricamente la iglesia, descubren todos ellos al Santísimo Sacramento con gran ornato y abundancia de lumbres y antorchas encendidas. Celebran el primer día los caballeros su fiesta con música, sermón de tarde y mañana; los demás días los sacerdotes de la misma manera con tanta de //166v. voción y variedad de voces e instrumentos que sin duda son aquellos días un pedazo de gloria, por ella dejan los más profanos el infierno y confusión que se usaba, y los más cuerdos y graves los entretenimientos y placeres de su casa y vienen a gozar de Dios y de su divino culto en los templos, que a ejemplo de lo que en el de la Compañía se hace, han comenzado algunos otros conventos a hacer otro tanto admirados todos de ver el provecho milagroso que en el rompi-

miento de estos días han hecho estas santas Congregaciones, con ésta su industria tan agradable a Dios y a los Hombres. Es más, de lo que yo aquí puedo decir, la piedad y devoción y Majestad de estas fiestas, extraordinario el concurso y ejemplarísima la asistencia de sacerdotes y caballeros, toda gente principal y lo más granado de la clerecía. Finalmente increíble la reformación de costumbres y de infernales abusos, y las ofensas de Nuestro Señor, que se estorban tantas y tan grandes cuantas se pueden entender y no se sufre decir.

## CAPÍTULO LXXI

## DE LOS INSIGNES BIENHECHORES DE LA CASA PROFESA.

Aunque en la parte de esta historia donde escribimos del colegio de Sevilla hicimos alguna mención de los bienhechores de esta casa por haber estado unidos hasta el año de 1579, como arriba dijimos, con todo eso nos restan muchas personas ilustres, graves y santas que nos obligaron a perpetua memoria y agradecimiento de sus limosnas. Pongo en //167r. primer lugar a Doña Juana de Aranda, mujer verdaderamente de las que dijo el Espíritu Santo hallarse pocas en el mundo, y ésta fue una de ellas en todos estados. Doncella se crió en mucha virtud, acrecentola siendo casada y viuda, la perfeccionó con grandes ventajas y así mereció a juicio de varones gravísimos en letras y santidad recibir por muchos años cada día el santísimo sacramento. Hizo tanto bien a esta casa, cuanto yo no sabré encarecer, porque toda su vida se ocupó de ella y ocupó a sus criadas en labrar ornamentos para la iglesia y enriquecer sus altares con ricos y preciosos frontales y casullas y otros aderezos de mucho valor, y demás de las ordinarias limosnas que cada semana enviaba en dineros y otras extraordinarias, que en vida y muerte hizo a la casa y colegio. Dio con mucho gusto y voluntad a la Compañía tres de sus hijos, de los cuales fue el primero el Padre Alonso de Castro, que hoy vive; el segundo el Padre Gaspar de Castro, que murió el año de 1594 en Madrid, hombre de raro ingenio y virtud. Leyó muchos años la Sagrada Teología y entre otros muchos dones y gracias naturales de que Nuestro Señor le había dotado fue muy insigne la del púlpito, en el cual tuvo grande elocuencia, gran donaire y fuerza en las palabras, y con ellas y con el maravilloso ejemplo de su vida inculpable hizo gran fruto, y fue muy amado y oído en todas las provincias de Castilla, de Andalucía, Corte del Rey y reino de Toledo. El tercero fue el Padre Melchor de Castro, doctísimo en todas buenas letras, gran filósofo, teólogo consumado y maestro en lo uno y //167v. en lo otro, de profundo ingenio, de acertado discurso y fundado en sus opiniones, vivo y fuerte en los argumentos, presto en la invención, en la disposición claro y distinto, fácil en el hablar y en el lenguaje casto y nada sobrado; sobre todo purísimo en la vida, religiosísimo en las costumbres, modesto en sus acciones y en todas sus obras perfecto y llegado a toda razón. Fue superior muchos años y debía serlo mucho más si el Señor no le arrebatara tan presto en lo mejor de su edad y en la madurez de los muchos frutos que así de sus letras como de su santidad se cogían para darlas en público a gozar a las gentes. Su gobierno de Padre, su trato de hermano, su llaneza como de igual, su humildad como de inferior, su caridad como de madre. Hombre de verdad sin fingimientos, sin doblez ni malicia, obligaba a los súbditos a hacer virtud haciéndola más que mandándola, porque era él observantísimo en la

disciplina religiosa y en reducir a ella a los otros suave y exacto. Humano y liberal para con todos, sólo consigo riguroso y con haberle traído su grande y ordinaria mortificación y penitencia y sus muchos y continuos trabajos a tal extremo de flaqueza, que de sola ella murió desfallecido de todo vigor y fuerzas naturales, enemiguísimo de regalo y por huirlo jamás hizo cama sino un día o dos antes que muriese forzado de la obediencia. Murió el año de 1598. Tales fueron las prendas que esta señora dejó de su amor y voluntad a la Compañía, la cual heredaron sus hijos, especialmente Juan Fernández de Castro, el cual muriendo sin hijos dejó a la Compañía toda su hacienda y rogó a Doña Luisa de Medina, su mujer, hiciese lo mismo de la suya para que en Sevilla se fundase //168r. una Casa de Probación para los novicios, y esta señora como tan devota y aficionada a toda piedad se ha comenzado a desposeer en vida de sus bienes reservando para sí por los días de ella sólo 1.000 ducados de renta cada año y lo demás ha entregado a la Compañía para fundación de la dicha casa, y para ella se han comprado ya las del Duque de Alcalá en 16.000 ducados donde fácilmente se podrán acomodar los novicios.

Poco después de acordado asiento a la Casa Profesa, entraron en la Compañía dos mancebos ricos y nobles llamados Juan Ortiz y Francisco Alemán, de los cuales el último vive hoy en esta casa, y el primero murió en Granada el año de 1598. Estos dieron con gran liberalidad toda su hacienda a la Compañía y repartieron 11.000 ducados a la Casa Profesa, y otros 11.000 al colegio.

El Rey Felipe II, informado de la profesión de pobreza tan estrecha como la hace esta casa y por las muchas cosas que en ella y fuera de ella se servía la Compañía, les mandó dar de limosna el año de 1594 y 98 unos 2.000 ducados del feble de la Casa de la Moneda.

Obligó mucho a esta casa Gaspar de Arguijo, caballero veinticuatro de Sevilla, porque de más de la ordinaria limosna de cada año, que sería como de 40 ducados, y 2.000 con que en dos veces socorrió a la necesidad y labor de la casa Doña Petronila, su mujer, matrona de mucha santidad y particular //168v. devoción a la Compañía, continua siempre las ordinarias limosnas de su marido y las acrecienta con mucha largueza, y Don Juan de Arguijo, caballero veinticuatro de esta ciudad, su hijo e insigne bienhechor de esta casa y colegio, con grande ánimo y voluntad y con igual celo de la honra de Dios y del acrecentamiento de la Compañía a quien siempre ha tenido y mostrado entrañable y verdadera afición siempre. También los ha valido en todas ocasiones y favorecido con grandísima liberalidad en todos los aprietos y necesidades de su pobreza, de sus edificios, de sus enfermos, de sus librerías y sustento de los sujetos con tantas y tan gruesas limosnas cuantas ninguno otro en Sevilla.

Entra también en número de muy señalado bienhechor Gaspar Pérez de Molina, ciudadano de Sevilla, hombre principal y devoto y ejercitado siempre en obras de piedad y misericordia, el cual favoreció con grandes veras y copiosas limosnas este colegio y casa de la Compañía desde sus primeros principios y con amor mas que de padre procuraba saber en secreto las necesidades que padecían de dineros, de sustento, de regalos de enfermos, de ropas y vestidos para los sanos, y a todas acudía tan sin duelo del gasto como si lo empleara en su casa y en sus hijos, y aun con mayor voluntad. No se olvidará jamás esta casa y acordáranse no solo todos los presentes, sino también los venideros, de la extremada caridad y grandes beneficios que en esta casa se han recibido y reciben cada día del

Doctor Celedonio de Azoca, Canónigo de la Santa Iglesia de esta ciudad, y administrador perpetuo del Hospital de la Sangre, célebre en el nombre, en la grandeza y hermosura de su edificio, en riqueza, patronazgos y piedad para con //169r. los pobres, fundación del Marqués de Tarifa, embajador de España en la Corte Romana. Han sido y son sus dádivas muchas y de mucho precio, vez han llegado a 2.000 ducados de más de 500 reales repartidos en limosna ordinaria de cada semana. Socorrió en buena ocasión los principios del edificio de esta casa, en que éstas y otras limosnas se han empleado; Doña Francisca Carrasco con 5.200 ducados, de que la hizo heredera en su testamento. Agustín de Salamanca con 2.200. Doña Luisa Haro de la Cerda, hermana del Padre Diego de Ávila, fervoroso y grande predicador de la provincia, con 2.000. Doña Teresa Gallegos con 1.000, con ciento más Diego Hernández de Mesa. Doña Leonor Virues con 1.200, con otros tantos Doña Teresa de León, habiendo sido ambas en vida grandes bienhechoras. Últimamente con 1.000 el Doctor Juan de Castañeda, Racionero de Sevilla, que dejó por su heredero al colegio de esta misma ciudad, y valió sobre 4.000 ducados la herencia. Y aunque son tantas y tan grandes estas limosnas y beneficios de mas consideración es la voluntad de los bienhechores tanto digna de mayor agradecimiento y estima cuanto más desinteresada, pues todos han dado sus haciendas libres de todo gravamen sin obligación alguna o cargo temporal o espiritual, fiados solamente de la caridad, cuidado y fidelidad de la Compañía, que en este caso la guarda tan puntual y cumplidamente como lo muestran sus costumbres y constituciones.

## CAPÍTULO LXXII

### CÓMO LIBRÓ NUESTRO SEÑOR A UN RELIGIOSO DE UNA FALSA ACUSACIÓN MILAGROSMENTE //169v.

Padece algunas veces la honra de los siervos de Dios permitiéndolo así el Señor, o bien porque crecen ellos en las angustias y crían con las adversidades teniéndolas en menos cuanto mayores, o bien porque la calumnia sigue a la virtud como sombra despertándo en los hombres la mala inclinación con que después de la primera quiebra quedaron a hacer el pecado, y a sospecharlo cuando a esta se allega o enemista, o buen celo, corremos a juzgar con espuelas, o bien con pecado, o bien con excusa. Tal la tuvieron algunos religiosos, que con buen celo de estorbar escándalo en la república y mirar por el buen nombre de su religión, depusieron de otro ciertas presunciones contra su honestidad y la honra de una mujer. Tratáronlas entre sí y también con el superior y las cosas que miradas antes con sinceridad, o no eran culpas, o parecían virtudes, ya con la sospecha eran crímenes o graves indicios; acreditábalos el buen celo de los que en esto entendían y el ser sospechosos los hombres en el mal ajeno, pues no hay cosa tan mala y tan increíble como sea en daño de tercero que no se nos represente creíble. Hasta en las nuevas, esas tenemos por mas ciertas las que peores, tan poderosas son estas ocasiones que cuando se ofrece se nos olvida cuanto bien sabemos de nuestros prójimos.

Procedió el superior contra el denunciado no a castigo como celoso y prudente, sino a información y pesquisa. Hízola por medio de algunas personas y no hallando sustancia en la causa, determinó venir a hacerla por su persona. Estaba en este tiempo el buen religioso atajado y confuso de tan maña falsedad, no dejaba de sentirse de su agra-

vio y lastimarse de su deshonra, sufrido como humilde //170r. y como animoso fiado de Dios y de su inocencia. Hizo el provincial el riguroso examen de su vida y costumbres, llamó para este efecto entre otros a un Padre que dio de ellas testimonio de abono, y pareciéndole que no satisfacía no pudo sufrir que padeciese injustamente su prójimo, tomó con gran celo y fe la lumbre de una vela que allí estaba encendida con las manos y juró la verdad, dejóla después de haberla tenido así un buen espacio de tiempo con grande admiración y espanto del provincial sin quemarse, ni haber recibido lesión en las manos, ni quedar alguna muestra o señal de haber tenido en ellas el fuego. Desengañose con esta maravilla el superior y los demás cesaron de su porfía. Es proverbio antiguo de España para asegurar la inocencia de alguno: *meteré por él la mano en un fuego*. Tuvo origen de los fueros antiguos que mandaban pagar con fuego las acusaciones de los adúlteros, como lo hizo el santo Arzobispo de Toledo Montano, que siendo apretado de semejante calumnia tuvo brazas encendidas en las faldas de su ropa el tiempo que duró decir una misa sin que se apagasen ellas o recibiese algún daño la ropa.

## CAPÍTULO LXXIII

## DE MUCHOS Y GRANDES SIERVOS DE DIOS QUE ESTOS AÑOS PASARON DE ESTA VIDA A LA OTRA.

Fue muy copiosa la mies que estos años sacó Nuestro Señor de esta provincia. Murieron muchos y muy esclarecidos //170v. varones. A 8 de junio de 1578, el Padre Luis Fernández, Rector de Trigueros, hombre de muchas letras y muy grande humildad. Servía más en su oficio que mandaba, suplía las faltas de los oficiales de su colegio en la sacristía, en la despensa y cocina. Fue pobre de espíritu y de corazón animoso para el trabajo, para la penitencia, para el mal tratamiento de su persona, para tomar varias peregrinaciones a pie por hacer bien a los prójimos. A 8 de enero de 1579 el Padre Juan Manuel, Rector en este tiempo del colegio de Granada, noble por sangre y más por su mucha religión y humildad, buen celo y fervor en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos. A los 6 de noviembre del mismo año el Padre Juan de Navarrete, que siendo Canónigo en la Iglesia Catedral de Jaén y Baeza, y gozando de su patrimonio muy buenas rentas a todo dio de mano por seguir la pobreza de Jesucristo, a quien imitó el resto de su vida, que fue muy ejemplar en muchas virtudes y en toda regular observancia.

En 25 de abril, el Doctor Tomás de Santiesteban, señalado en letras y santidad, entró de 33 años en la Compañía, siendo Provisor en Sevilla y su Arzobispado; había sido colegial en la ciudad de Bolonia y leído cátedra de cánones en la de Granada, donde era capellán de la Capilla Real. Estaba en gran puesto para subir y crecer en el mundo, era la opinión de letrado muy grande, el curso y trato de negocios a propósito para servir las mejores plazas de España; la modestia, mansedumbre y condición muy amable, conocida su prudencia para gobierno junto al estudio de las leyes de la sagrada Teología, y con lo uno y con lo otro sirvió provechosísimamente a los //171r. prójimos. Tenían en él abogado los pobres, los pleiteantes letrado para sus dudas y arbitrios para todos sus pleitos y diferencias; todos consultor, padre y hermano. Era incansable en la penitencia y trabajo, ninguno tan presto en acudir y procurar la salud de las almas, en oír confesiones de enfermos, de necesitados y pobres de los hospitales y oíalos algunas veces por

humildad y reverencia de rodillas, otras por comodidad de ellos. Tal era el fervor de su caridad, tan profunda su humildad. Tuvo gran suavidad y dulzura en hablar de Dios, aficionó con esta gracia muchos corazones a la virtud y trajo muchos al conocimiento y penitencia de sus pecados. Estaba hecho a hablar con Dios, como tenía hecho el gusto a las cosas divinas y así las traía tan a manuales en todos lugares, en todas conversaciones y con toda suerte de gentes. Veíanse en el semblante la pureza del corazón y conocieran los que de ésto saben cuán empleado andaba en la presencia de Dios. Conciliaba amor y reverencia su aspecto, su afabilidad y llaneza con los más pequeñitos y en favorecer a éstos mostraba gran gusto. El fruto de sus trabajos no se puede fácilmente decir, la estima de su santidad permanece hoy en la memoria de muchas y varias personas que él ganó para Dios en Córdoba, en Sevilla, en Cádiz, donde fue Rector, y en Jerez donde últimamente feneció sus dichosos días, no con menos dolor de perderle, que con gozo de la bienaventuranza que por su grande santidad alcanzaba.

Luego que en la ciudad se supo su muerte concurrió a la fama del santo innumerable gente, honraron su entierro con extraordinaria solemnidad, precedieron todas las cruces de las parroquias, todo el clero, el cabildo eclesiástico y muchas religiones. Lleváronle los canónigos a su iglesia, que aun no la tenía el colegio en este tiempo. Hiciéronle muy honradas exequias, predicó en ellas el Visitador del Arzobispo //171v. de Sevilla con muchas alabanzas del difunto y mucha ternura del auditorio; dijéronle el oficio algunas religiones en varias capillas de la misma iglesia, todos sin ser convidados mas que de la fama de su santidad y fue tanta la devoción de gente que a porfía llegaban unos a tocar el cuerpo con sus rosarios, otros a besarle los pies y todos a procurar de él alguna reliquia; el gasto de la cera fue grande y toda de la liberalidad de los canónigos y caballeros de la ciudad. Así honra Dios a sus siervos.

El año siguiente de 1580, a los 26 de septiembre, pasó también de esta vida el Padre Pedro Navarro, de quien hay grandes y muy honradas memorias en los papeles del colegio de Granada y en toda aquella ciudad. Había sido de los primeros fundadores de aquella casa y Superior de ella muchos años y muchas veces. Fueron grandes sus virtudes, las que tantas veces hemos repetido escribiendo de semejantes varones. Celoso de la observancia de los religiosos y de la reformación de los seglares, cuidadoso trabajador en uno y otro y sobretodo despreciador de sí mismo y honrador de los otros. Jamás se oyó de su boca palabra de murmuración o que pudiesen desdorar la honra del prójimo; miraba por ella más que por la suya propia, ni consentía que otro en su presencia dijese cosa por muy liviana que fuese, que o pudiese ofender a los presentes o tocar en la honra de los ausentes, mayormente a las religiones guardaba este respeto y decoro y hacía que todos se lo guardasen; quien tanta caridad tenía bastante muestra y prueba nos dejó de su perfección. Diola también y muy grande de su obediencia, sufrimiento y conformidad con la voluntad de Nuestro Señor en toda su vida y especialmente en la última enfermedad. Lloraron su muerte en esta ciudad como de padre y maestro y él partió a gozar de la vida que deseaba. //172r.

## CAPÍTULO LXXIV

## DEL HERMANO DIEGO DE YEVENES, COADJUTOR TEMPORAL.

Otro año después dejó la pesadumbre y carga mortal una de las más puras almas que en estos años se conocieron en esta provincia. Purificola en su cuerpo el Hermano Diego de Yevenes, natural del pueblo de su nombre en el Arzobispado de Toledo, y poco más de 27 millas de esta ciudad. Fue Coadjutor Temporal, más hombre muy espiritual, pequeño de cuerpo y de ánimo grande para las empresas de la Religión. Puedese decir de él que *Deduxit eum dominus pervias rectas et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientian sanctors, et honestauit illum in laboribus et complevit labores illius*. Era varón justo, recto y temeroso de Dios, en quien jamás se halló dolor ni fraude y permaneció en su inocencia hasta la muerte. Sirvió antes de entrar en la Compañía a los pobres de Hospital de Juan, en Granada y en aquel habitó algunos años, con extremada caridad. Las noches gastaba, parte en oración, parte en tomar algún reposo, poco, y en el suelo sin tomar algún refrigerio de cama. No olvidó en la Compañía el cuidado y amor de socorrer los necesitados, creció con el estado la misericordia, quitábase la comida de la boca para dársela, juntaba sobras de la mesa y otras cosillas de casa con hortalizas de la huerta y registrándolo todo con el Superior con su bendición se los repartía. Jamás le faltó qué dar, parecía que Dios se lo daba, por los merecimientos y fervor de su caridad crecía entre sus manos y multiplicábase milagrosamente el manjar. Viose muchas veces en la casa del Albaicín (donde él fue cocinero alguno de los 17 años que ejercitó este oficio) no haber aderezado comida, sino tasadamente para seis y venir a //172v. la hora de comer otros tantos huéspedes y decir él al Superior que no se acongojase que no le faltaría lo necesario y repartirles a todos lo poco que había sin que a nadie le faltase lo acostumbrado, sino a él sólo por no salir de su paso ni faltar de su rigor y abstinencia, con ser por extremo amigo de regalar a todos los de casa, a los criados y a los pobres de fuera; consigo era tan escaso que pasaba muy de originario con lo que se había de cebar a los perros; éste hacía con tanta disimulación que sólo quien de industria le miraba a las manos y ninguno otro se lo sentía. Repartía y daba de comer a todos los de casa en la primera y segunda mesa, antes de sentarse a ella, procuraba tuviesen su ordinario cumplido, y cuando los había satisfecho juntaba los mendruguillos más duros y las sobras que comúnmente se dejan a mal y cubríalos con un plato a título de que no se enfriasen y con esto sustentaba un cuerpo enjuto, penitente, mortificado, sujetas las pasiones y rendidas a la razón, el espíritu libre, ligero y presto para las cosas de devoción y para emplearse como solía tan ordinariamente en la contemplación de las cosas del cielo y en los misterios de la vida y muerte de Jesucristo. Este era su más regalado pasto, su ordinario, y más sabroso manjar, en esto rumiaba de día y de noche con tanta suavidad y dulzura que de cuantas cositas miraba o tomaba en las manos, de las hierbas, de las flores, de los animalitos, de la comida que tenía para aderezar, sacaba miel de divina contemplación y hallábanle muchas veces arrebatado de la fuerza de ella, y enajenado de los sentidos y en el semblante se le echaba de ver la ternura del corazón. Veíanle muchos, otros en el coro, en la iglesia, en las capillas, en los rincones de la cocina, puesto en profunda meditación, destilando sus //173r. ojos lágrimas con gran sosiego de cuerpo y serenidad de su rostro. Eran en su boca frecuentísimas las alabanzas de Dios y

saboreábase con repetir muchas veces el dulcísimo nombre de Jesucristo, y como tenía tan hecho el gusto a estos sabores del cielo, amargábale todo lo que ésto no era; palabra ociosa no se oyó de su boca, rara prueba de santidad, ni la abrió jamás para murmurar de nadie o decir faltas ajenas, teniéndola siempre abierta para excusarlas, mayormente con los superiores, si los veía reprender descuido de alguno, llegábase con extraño encogimiento y humildad y daba por él mil excusas.

Siempre le parecía que andaban todos cansados y trabajadas y como si él estuviera holgado trabajando de sol a sol y aun de noche, pedía licencia para ayudarlos o hacer sus oficios, cosas suyas nunca supo excusarlas, aunque tuviese mil razones en su defensa.

Siendo un día portero, halló a la puerta de la calle una gallina muerta, tomóla y pareciéndole que no tenía daño y que podía servir para darla a sus pobres, aderezóla, llegó un pobre luego a pedirle limosna por dos o tres enfermos que tenía en su casa, sin alivio ninguno, diósela y con ello muchas gracias a Nuestro Señor porque aquel día había hecho tanta merced de darle, que diese a aquel pobre; violo uno de casa y aunque con buen celo, con mala presunción de que la hubiese tomado para dársela del colegio sin acordarse de la mucha perfección y extremada pobreza y obediencia del Hermano, como lo concibió así se lo dijo al Superior; somos todos fáciles en creer cualquier mal de otros, cuan presto fue dicho, tan presto fue creído. Diole una grave reprensión en comunidad sin oírle y sobre ella una muy buena penitencia. Recibiola no sólo con paciencia sino con gusto //173v. y cumpliola sin hablar por sí ni contra el otro. Alabó a Nuestro Señor por la ocasión que le había dado de merecer y pidiole perdón para la inconsideración de su hermano. No quiso el Padre de misericordias que pasase la humillación de su siervo adelante, y así ordenó que lo que el bendito hermano guardaba tan secreto sin entender nadie en ello se publicase y desde aquella hora quedase más conocida y honrada su santidad y la liviandad del otro confusa.

Era tan ciega y sencilla su obediencia como las que se cuentan de aquellos Padres antiguos, provola un día el superior y aprobola Nuestro Señor, mandole traer agua en un barnero de la fuente de casa, corrió al punto con extremada fe y cogiendo el agua con el barnero la trajo en presencia de muchos y derramó en el suelo como un jarro de los ordinarios del refectorio.

Fue sobremanera misericordioso y compasivo en los males ajenos, en sabiendo o viendo que alguno de casa andaba achacoso pedía licencia, barríale el aposento y hacíale la cama, llevábale flores para alegrarlo; a los mozos de casa trataba con mucho amor y humildad que por este camino los hacía santos y les enseñaba doctrina y virtud. Compadecíase de ellos en sus enfermedades y procuraba que le encargasen sus curas. Hizósele a uno de ellos una peligrosa postema en la garganta, estuvo rebelde a las medicinas, hicieron sus poderíos los médicos y acabados desahuciáronle y mandáronle olear; estaba una noche ya sin sentido y agonizando sin esperanza de remedio humano, sentía mucho el bendito siervo de Dios el verle en aquellas angustias, vino a visitarle cuando todos los de casa dormían, hablole de Nuestro Señor y animole para morir o vivir conforme fuese su voluntad, partiose luego de allí con algún instinto del cielo y tomando de la huerta no sé que hierbas, hizo de ellas un emplasto y púsoselo sobre la postema haciendo sobre ella la señal de la cruz y diciéndole que confiase de veras en Dios; dentro de poco rato que debió de gastar parte en oración, parte en tomar algún sueño,

volvía a verle y hallole y halláronle los médicos fuera de toda razón de arte y confianza de remedio, alentado y con habla, la postema abierta con notable mejoría y dentro de pocos días se levantó bueno y sano //174r. y reconocido a la merced que como él confesaba le había hecho Nuestro Señor por la intersección y virtud de su siervo.

Su vestido siempre fue el más vil, más viejo y más remendado, su lugar el más bajo y en todo, todo lo peor, ayudábase mucho de la lección espiritual de libros devotos y vidas de Santos y procuraba imitar sus virtudes, hacía todas las cosas de sus oficios o encomiendas o devociones y obras de piedad, con afición, con alegría, con diligencia y puntualidad; y con ser el ejercicio de la oración tan continuo y en las demás obligaciones y cosas espirituales tan exacto y cumplido para todo parecía que le sobraba el tiempo, porque ninguno perdía los descuidos y culpas muy livianas, que como hombre no podía dejar de tener sentíalas con más veras que otros los muy grandes, luego que las advertía llorábalas y castigábase por ellas con extraña aspereza sin dejar la venganza para después cuando resfriado por el tiempo el dolor de la penitencia también se disminuye la pena, retirábase a algún lugar secreto y con lágrimas abofeteaba su rostro o afligía su cuerpo con duros azotes y tratábase como a esclavo.

Solía pedir a Nuestro Señor una muerte no cansada para los que le curasen con la longura de la enfermedad y sosegada para poder pensar en él, y tratarle sus cosas. Concedióselo Nuestro Señor como lo pedía, el mal fue breve, un dolor de costado, padeció los cuatro primeros días grandes dolores en el cuerpo y en el alma miedos del suceso de aquella jornada y gran desconsuelo todo por mejor, porque pasaron presto estos nublados y llegó la luz celestial que serenó su corazón y le hinchó de gozos espirituales; todo su negocio era con Dios, sus pensamientos en Dios, y de Dios las palabras, si alguno le divertía recogíase interiormente con Dios y gozábale a solas, pedía que le leyesen la vida de los santos de aquellos días y oíalos con gusto y decía con mucho sentimiento y confusión: oh Señor cuán diferente es la mía. Preguntáronle si tenía algún dolor en el cuerpo, oh pena en su ánima y respondió que ni grande ni chico, sólo tenía a cuidado, si daba alguna a los de casa con su enfermedad. Recibió los Santos sacramentos con particularísima devoción y dio el alma a su criador entre los júbilos de ella a los 22 de enero de 1581. //174v.

## CAPÍTULO LXXV

### DEL PADRE DIEGO DE PEREA Y DEL HERMANO FRANCISCO RODRÍGUEZ.

El año siguiente de 1582 a 13 de junio dio la vida ese siervo de su Señor y de la ciudad de Sevilla, el Padre Diego de Perea, natural de la villa de Carmona, varón espiritual y religioso, sufrido en los trabajos y gran trabajador en la salud de los prójimos. Habíase el año antes de 1581 emprendido el fuego de la peste en aquella ciudad y aunque de los moradores de la Casa Profesa muchos salieron a tomar el cuidado de administrar los sacramentos a los heridos, fue tanto el fervor de su caridad que estando él ausente y seguro en el de Jerez, escogió de su voluntad el peligro por agradar a Nuestro Señor y se ofreció a los superiores de hacer empleo de su vida en tan gloriosa demanda. Hizo en ello tanta instancia que al fin se lo concedieron, no obstante era mozo recién ordenado sacerdote y muy ocasionado por la edad a la impresión de aquel mal. Recibida la

licencia del Provincial partiose con mucho aliento y gozo a Sevilla y comenzó a ejercitarse con admirable caridad en confesar los enfermos, quitándoles las veces a sus compañeros y adelantándose en el trabajo, diciéndoles que más bien parecía y justo era que descansasen ellos como más viejos y trabajase él, mientras le ayudaba la edad. Encrudeciose después tanto este mal que todos eran forzados a correr parejas en el trabajo. Desde la primera luz salían de casa y todo el día en peso hasta la noche y las más veces hasta gran parte de ella no sosegaban, ni doblaban el pie, corriendo toda la ciudad donde quiera que eran llamados de los enfermos, sin dar al cuerpo otro refrigerio ni más tiempo del descanso que el preciso del necesario sustento. En toda esta temporada mostró bien el Padre Perea el amor que tenía a la salud de las almas y lo poco que cuidaba de sí, permaneciendo en el trabajo sin quejas y llevando con maravillosa paciencia la falta de alivio (que aunque haya mucho cuidado de parte de los demás en acudirles) en tantas prisas y deshoras no puede dejar de sentirse.

En medio de todos estos trabajos le conservó Nuestro Señor la salud //175r. para que la emplease tan gloriosamente como lo hizo, aunque acabada la peste, habiéndose ya vuelto al colegio de Jerez, de donde había salido, o bien del mucho trabajo pasado, o bien que Nuestro Señor no quiso tardar en premiarle según sus merecimientos, cayó en una prolija enfermedad de ethica, que le atormentó casi un año llevándola él con admirable paciencia, fuese gastando poco a poco hasta reducirse a tanta flaqueza que por momentos entendían que se acababa. Tuvo siempre gran paz en el alma y en el semblante tanta alegría que nadie llegaba a su aposento que no le hallase con risa, pareciéndole varias veces a un Padre que estaba ya en extremo de encomendarle el alma, él le fue a la mano diciendo que él tendría cuidado de avisarle cuando fuese tiempo, y así lo hizo que estando aquel Padre más descuidado, él le envió a llamar un día y le dijo Padre ya es hora dígame el Proficiscere, díjole el Padre toda la encomendación del alma y en acabando la dio él también fin a su vida, con crecidas esperanzas y ciertas prendas que iba a gozar de la eterna.

Murió también en esta misma ocasión de la peste el Hermano Francisco Rodríguez, Coadjutor temporal, hombre tenido por los de casa y de los de fuera por santo. Tan dado a la oración que de ordinario había él gastado dos horas en ella delante del Santísimo Sacramento, cuando los otros se levantaban a tenerla. Era insigne la caridad que con los de casa tenía, especialmente con los enfermos, sirviéndolos a todos como si fuera un esclavo. Resplandeció en humildad, pues siendo hombre de mucho ingenio y habiendo estudiado la gramática y filosofía, escogió el estado humilde de Coadjutor, y queriendo los superiores darle licencia para recibir las sagradas ordenes, teniendo respeto a su mucha virtud y al fruto que con ella podría hacer en las almas, él hizo instancia con ellos hasta que le dejaron en la humildad y quietud de su estado. Mas era su celo tan grande que en él anidaba, cuanto podía a la salvación de los prójimos //175v. exhortándolos con pláticas santas a la frecuencia de los sacramentos y procurando por las vías posibles sacarlos de pecado y traerlos a penitencia. Sufrió por esta ocasión muchos valdones de hombres desalmados y a uno en particular que en una ocasión de estas le había tratado muy mal de palabra; hizo decir algunas misas por su ánima, habiendo sentido su muerte, como si fuera la de un hermano. Su vestido era pobrísimo y lleno de remiendos, su cama sólo un colchoncillo viejo doblado, en la mitad se acostaba y haciendo frío se cubría con la otra mitad. La comida ordinaria, las sobras de los demás, la vida toda

humilde y muy honrosa, la muerte fue de una landre granjeada de servir a los Padres que confesaban los apestados y a los mismos heridos, con tanto gusto como si viera al Señor porque en ellos andaban arrojados en el peligro. Tuvo esta ocasión por merced de su hacedor y ofreciole la vida liberalmente como quien la había tenido tan despegada de todas las cosas de la tierra y tan aficionada a las eternas del cielo.

## CAPÍTULO LXXVI

## DEL HERMANO RODRIGO DE FLORES.

Tres años después partió también para la bienaventuranza el Hermano Rodrigo de Flores, Coadjutor temporal, por el mismo camino que el pasado. Era un retrato de su humildad y pobreza, su ordinario vestido era una sotanilla parda muy corta y muy vieja, queriendo hacerle una nueva no lo consintió diciendo que pues él tenía el oficio más bajo, no era mucho que el traje se le pareciese. Callado sin pesadumbre y cuando hablaba parecía pegar fuego con las palabras, tanto era el amor de Dios que ardía en su pecho; amigo de penitencia, de ayuno, del silicio y la disciplina, y para usar de ellos no le hacía estorbo; el ordinario trabajo de la cocina o de acarrear piedras a la obra donde sirvió mucho a la Casa Profesa de Sevilla. Deseaba verse en las Indias entre bárbaros, o en otros lugares, donde le faltase lo necesario por tener más que padecer y ofrecer a su Dios. Templadísimo en la comida, no sólo en la cantidad, sino también en la //176r. calidad del manjar, huyendo por todas vías lo que podía darle algún gusto, la bebida en medio de sus muchos trabajos, sudores y cansancio siempre fue agua, en las enfermedades tomaba de muy buena gana las medicinas amargas, aunque entendíase no ser de provecho, teniendo por el mayor el mortificarse.

Desde que entró en la Compañía aficionose mucho al ejercicio de la oración y disponíase para ella con la continua mortificación de la carne, con apremio de sentidos, con estrecha observancia del instituto, con maravilloso silencio, con lección de libros devotos y trato de Dios y comunicación de varones espirituales; padeció en los principios grandísima sequedad, sentía grañ pena de verse privado de los regalos de la presencia de su Señor y perseveraba llamando a sus puertas, hasta que le abrieron y le metió el divino esposo en las bodegas del vino de su amor y dulzura, y tanto se le comunicó de luz y claridad en el entendimiento que así hablaba él de las miserias de Jesucristo, como si fuera un eminente y consumado teólogo. Tanto le encendió la voluntad en su amor que el acordarse siempre de hablar y tratar con él, en todo tiempo, todo lugar y ocupación era su mayor gusto y regalo; levantábase antes que los demás para gozar más tiempo de su amado, que así llamaba a Nuestro Señor y en la oración y pagaba en ella algunas noches en peso sin dar otro descanso al cuerpo que el aliento del alma, y estaba tan hecho a la contemplación de las cosas divinas y al gusto de ellas que se arrebataba muy de ordinario en grandes éxtasis y quedaba levantado del suelo en el aire, sin uso de los sentidos y acciones corporales, que metiéndole alfileres por los pies no los sentía. Entraron algunas veces a deshoras personas graves y santas en sus aposentos y viéndole en oración de rodillas, bañado el rostro de resplandores celestiales y claro el aposento con luz del cielo, teniendo cerrada la puerta y ventana, por donde pudiera entrarle la de la tierra. Otra vez le hallaron en el coro puesto en oración, los brazos en

cruz y con la fuerza de la contemplación levantado del suelo en el aire, recto el cuerpo, tan fijo y firme que nadie le pudo mover de un lugar //176v. ni reducirle o doblarle los brazos. Duró en este éxtasis desde el jueves santo a puesta del sol hasta la mañana del día siguiente. En desembarazándose de sus oficios y ocupaciones exteriores volvíase directo a la oración como ciervo a la fuente, y tomábala con tanto ahínco que parecía haber estado preso y violentado el rato que había faltado de aquel ejercicio. Mas nunca por estar en él faltó un punto a las ordinarias obligaciones de sus oficios y andaba en ellos tan fervoroso, alentado y hacendoso como si ninguna otra cosa pensara y tenía en todos ellos puesto su pensamiento en Dios, preparando su alma para los ratos de aquel divino reposo.

De aquí sacaba esfuerzo para el trabajo, deseos y gusto de padecer, especialmente el último tercio de su vida, pidió muy de veras a Dios que le diese una larga y muy penosa enfermedad para purificar en ella su corazón y apartarse mejor para ir a parecer en su presencia. Diósela Nuestro Señor como se la pedía, una calentura ethica de seis meses, que para él era regalo por ser de la mano de Dios. Mostró en ella admirable paciencia cuanto más el cuerpo se le iba gastando, y más le desfallecían las fuerzas naturales, más vigor mostraba en el alma, deshaciéndose en vivos y ardientes deseos de verse libre de las prisiones mortales, gozando de la buena vista de su Señor. Continuó hasta dar el último espíritu la paz, la quietud y alegría de su alma, y habiendo recibido los divinos sacramentos con gran ternura y devoción, la puso en manos de su Señor el año de 1584.

## CAPÍTULO LXXVII

### VIDA Y HECHOS DEL APOSTÓLICO VARÓN EL PADRE JORGE ÁLVAREZ.

Estando el bendito Hermano Flores muy cercano a la muerte, llegó envidioso de ella y de lo que por ella iba a gozar el buen Padre Jorge Álvarez, y con grande afecto le dijo: *Hermano no me alcanzaría de Nuestro Señor que fuese a tener las Pascuas de Navidad en el cielo*; el hermano le respondió que sí, y le prometió de hacerlo. No le engañó, porque llegado el plazo le cumplió la palabra, y el Padre adoleció de una //177r. modorra a los 11 del mes de diciembre, y a los 24 del mismo, vísperas del nacimiento de nuestro salvador al entrar de la noche, salió de las tinieblas de este siglo a gozar de la luz eterna del cielo. Era natural de Úbeda, ciudad muy antigua y noble en España, hijo de padres humildes en oficio, aunque honrados en suerte. No hallo escrito nada de su niñez y crianza, hasta la edad de varón; entró y ordenado sacerdote en la Compañía y desde luego dio muestra de lo mucho que había de servir a Nuestro Señor adelante, y fue descubriendo un gran tesoro de virtudes con que enriquecía su alma; llevaba tras sí los ojos de toda la casa, y señalábase sobre todos los de su tiempo en humildad, en devoción, en silencio, en oración, en piedad y misericordia, en perfecta renunciación de todas las cosas de la tierra y en una general mortificación de todos sus afectos, de manera que podía muy bien decir con San Pablo, el mundo es crucificado para mí y yo para él. Decía misa todos los días con gran sentimiento y consideración de los misterios que allí se refrescan de la pasión y muerte de Jesucristo, Nuestro Señor, y renovaba tanto esta memoria que con ella ardía todo en amor de Dios y se deshacía por deshacerse

todo en servicio de este Señor y gastarse por su amor en beneficio de los prójimos. Viéronle muchas veces en el altar bañado el rostro de tan grande resplandor, que estando en una capilla cerrada puerta y ventana, por donde sólo podía recibir luz, la llenaba extraordinaria claridad y hermosura, no con pequeña admiración de los que lo veían. Era tan enemigo de la ociosidad, como lo es ella de la virtud, y repartía siempre todo el tiempo de manera que ni le faltaba cuanto era menester para los prójimos y para sí lo tenía molido.

Ardía en celo de la honra divina, tenía insaciable sed del bien de las almas, nunca se hartó de padecer y trabajar por remediarlas. Eran cuchillo de dolor para su corazón y tormento cruel, las ofensas que contra Dios en el mundo se hacen; su vida y su regalo, atraer los hombres a penitencia. No le sabía bien la comida, ni tenía reposo en el sueño, cuando no había hecho alguna buena suerte en las almas y como buen cazador amanecía en el puesto del confesionario y //177v. en él le anochecía; como tuviese allí que hacer, cuando le faltaba salía por las calles y plazas, daba vueltas por los barrios sospechosos de la caridad, requería las barbacanas, corría los arrabales, poníase en los caminos y convidaba a toda suerte de gentes con el remedio de los sacramentos, finalmente todo su fin era el de la Compañía, llamar y rogar a los hombres que amasen y conociesen a Dios y por ésto no dudaba ponerse a cualquier peligro. Mas salía de todo convencimiento porque *erat virvere potens sermone, et opere*, y tenía tan gran imperio sobre las gentes que los más desalmados e incorregibles se rendían a su palabra y aun temblaban delante de él cuantos a su voz se conocieron por pecadores y se arrepintieron. Cuantos oyéndole sintieron una oculta fuerza del cielo, que les hacía descubrir las llagas secretas y cáncer del alma y vomitarla por contra de los pecados. Cuántos estando encarnizados en ellos y arrojando y a las manos a la presa, se reportaron y detuvieron su mayor ímpetu aun con sólo su presencia; cuántos corazones de piedra derritió en lágrimas con las suyas; a cuántos sacó de la vanidad del mundo con sus consejos y de ministros de Satanás los hizo operarios del Evangelio; a cuántos libró de la muerte temporal y eterna por sus oraciones e industria; cuántos hombres y mujeres sacó del mal estado, qué pobres, qué huérfanos, qué presos, qué enfermos no hallaron en él salud, amparo y remedio; qué discordias no compuso, qué odios no apagó, qué dureza y obstinación en los vicios, qué atrevimientos de gente poderosa, qué rebeldía de malas costumbres no quebrantó y puso en razones. Sabe el Señor que nada encarezco y tantos testigos tengo de lo que digo, cuántas almas él tiene ganadas por su ayuda en el cielo y cuántos viven hoy en la tierra y le conocieron, o han oído decir de las grandes maravillas que Dios obró por sus manos. Innumerables son los ejemplos de cada punto de los pasados, los que se saben, los menos son de los que pasaron y de éstos pondremos algunos de cuya semejanza fácilmente se podrá entender los que atendiendo a la brevedad callaremos.

## CAPÍTULO LXXVIII

### EJEMPLOS DEL MARAVILLOSO CELO DEL PADRE JORGE ÁLVAREZ Y DEL IMPERIO Y FUERZA DE SU PALABRA //178r.

Habíale escogido el Señor para domar corazones, aunque indomables y para poner vergüenza a los descarados, frenó a los que sin miedo se despeñaban en vicios escandalosos. Diole para esto el Señor, bien a semejanza del Profeta Ezequiel, un semblante como de diamante, una frente como de pedernal; no hacían impresión en él ruegos, ni amenazas, no le atemorizaban peligros, no le acobardaban injurias, a todo hacía rostro, a la potencia de los grandes, a las afrentas de los descomedidos, a la riqueza de los poderosos, a todos arrojaba centellas de aquel espíritu que abrazaba su corazón, a todos acometía y a todos vencía. Hubo en cierto lugar populoso de Andalucía un hombre rico y principal, desenvuelto y de mal ejemplo en su estado (era eclesiástico) vivía con escándalo amancebado, a mesa y cama con la mujer. Amonestole dos o tres veces que se apártese y no aprovechando, pidió licencia para cogerlo en su casa, fuese a la hora de comer y mandó a un paje dar el recado; respondió de adentro que estaba ocupado y no era entonces tiempo de negociar, entrose por medio de los criados, sin que nadie se atreviese a decirle palabra ni estorbarle el paso hasta llegar a una sala interior de la casa donde los halló sentados a la mesa como marido y mujer, mirolos con semblante grave y severo, reprendiolos ásperamente y con aquella libertad e imperio de hijos, ministro de Dios particular y propia suya dijo a la mujer y al punto se levantase y tomase su manto, porque no había de quedar allí. Turbose el personaje, alterose y alteráronse los criados y quisieron defender a la mujer y aun poner las manos en él. Mas el Padre ayudándole Nuestro Señor le puso a todos tal temor con sólo mirarles, que se encogieron y cruzadas las manos comenzaron a rogarle que la dejase por entonces debajo de palabra que aquel día la sacarían cuando fuese con menos escándalo. Mas no se pudo acabar con él otra cosa, sino que al punto sacó la mujer de la casa, estando todos los de ella, como asombrados y ella temblando de su presencia y con el mayor secreto y menos ruido que pudo la puso en seguro.

Viniendo del Aljarafe (es el que antiguamente llamaron bosque de las olivas) encontrose con unos arrieros, los cuales //178v. conociendo en el semblante palabras del bendito Padre le rogaron subiese en alguna cabalgadura, y aliviase el trabajo de su camino; aceptolo con agradecimiento y dijeron ellos Padre vamos con temor porque en un montecillo adelante hay fama de salteadores. El les dijo que confiasen en Dios y fuesen sin pesadumbre que todo sucedería bien; llegados al monte salieron salteadores, mandó parar los arrieros y apeándose de la cabalgadura fuese para ellos y asiendo del brazo fuertemente al primero, le dijo con semblante y voz terrible: decid hombre tenéis licencia de Dios para salir a robar por los caminos; cayó de esta voz tanto pavor en ese hombre y sus compañeros que paréceles quebraron las manos y desmayaron los corazones, poniendo Dios en ellos temor y respeto a la presencia de su siervo, estuvieron delante de él como unos corderos y excusaron sus robos con la necesidad, diciendo que la pobreza y misericordia que padecían siendo soldados los había reducido a tan miserable estado. Compadeciose de ellos el bendito Padre y pidiendo a los arrieros las alforjas, les repartió de lo que traían para comer y beber y después los envió corridos y arre-

pentidos y los unos y los otros le tuvieron por santo. Hacía (según parece) muchas de estas cosas con particular instinto del cielo y así hablaba *tam quam potestatem habens*; pasando una vez de camino para un lugar donde iba a buscar gente para Dios, halló arando unos hombres y llegándose a uno de ellos dijo: *aquello que se hizo, Dios lo sabe, y está enojado, venid, confesaos*. Al punto dejó la besana, turbado y temblando y se apartó con el Padre y confesó sus pecados.

Pidió un día muy de mañana licencia para salir fuera de casa a buscar, como solía, en qué ocuparse en provecho de algunos, preguntole el compañero si podía aguardar un poco porque tenía que hacer por entonces; respondió el Padre que en hora buena, mas apenas se había apartado de él cuando volvió el buen Padre diciendo, venga, venga presto hermano que hay prisa y gran necesidad. Salió al punto de casa, con mucha presteza y pocos pasos encontrose con un hombre que jamás había visto en su vida, llegose a él y hablole con mucho amor y blandura y habiéndole traído a casa consigo le quitó una soga que llevaba para ahorcarse y le movió a penitencia. Confesolo y enviolo arrepentido de su pecado y consolado de su tristeza. Supo de un hombre que estaba condenado a muerte sin culpa, y de un testigo que en esta causa había jurado en falso. Hizo diligencias //179r. hasta hallarlo y no lo dejó de la mano hasta que para uso público se desdijo. Alcanzó de los jueces que soltasen al preso y que no siguiesen al perjuro, moviole a dolor y arrepentimiento de sus pecados y oyole la confesión de ellos y enviole animado a perseverar en virtud; libró al inocente de la horca y al reo del manifiesto peligro del infierno, porque dentro de tres días murió de una repentina enfermedad.

No tenía corazón para ver la inocencia oprimida y padecer a quien no lo merecía. Sentenciaron a quemar a un hombre por crimen de sodomía; constole de la falsedad del testigo y pidió a los jueces para hacer prueba de la verdad espacio de 24 horas. No sosegó hasta encontrarse con el acusador y hallolo en el campo. Hincose de rodillas y puestas las manos rogole con profunda humildad no dejase morir un hombre inocente y perder con la vida su honra. Negó haberlo hecho el testigo, el Padre viendo que ruegos no bastaban, ni buenos consejos, usó del otro brazo de su acostumbrada fuerza de espíritu, y ablandó con el imperio y terror que solía en semejantes ocasiones le dijo: *Mal hombre no teméis vos el castigo de Dios, venid conmigo, que habéis de confesar una culpa y librar de ella a quien acusaste, venid que yo os sacaré de peligro y de las manos de la justicia*. No pudo resistir el hombre al poderío de estas palabras. Vínose luego en pos de él, confuso y turbado hasta la ciudad y dentro de la Casa Profesa declaró su malicia, y hecha la declaración de falso testimonio que había hecho contra su prójimo en manos de escribano y en presencia de buenos testigos, el padre le puso en salvo, y salvó la vida del condenado. Mas no quiso Nuestro Señor dejar tan enorme maldad sin castigo, habiéndole el padre puesto en seguro, él dio tan mal cobro de sí que pocos días después le prendió la justicia y ejecutó en él la sentencia de fuego que se había dado contra el inocente acusado.

Encontró una vez en el campo un hombre que apretado con no sé que desgracias de sus negocios y acosado del demonio con varios pensamientos y tentaciones de desesperación, se había salido de su casa endemoniado consigo mismo y determinado de //179v. matarse con quien pudiese, puso el bendito Padre los ojos en él, y como quien tenía tanta luz divina en su alma, parece que sintió las tinieblas de la del prójimo; llegose a él y preguntole dónde iba; respondiole con gran despecho, déjeme Padre y prosi-

guió su camino, siguiole el Padre con más afecto e instole hasta que al fin le declaró sus dañados intentos, mas iba el pobre tan ciego a despeñarse en su perdición, que ni por ruegos ni amonestaciones, ni amenazas pudo reducirle; volviose al socorro de la oración y diciendo a su compañero le ayudase a pedir a Nuestro Señor el remedio de aquella alma, ambos se pusieron de rodillas en oración y le suplicaron a Dios. Fue maravillosa la fuerza de su petición, porque el hombre se paró luego y estuvo sin moverse hasta que levantándose el Padre de la oración, le halló trocado por la poderosa mano del Señor y manso como un cordero, mandole que le siguiese, obedeciolo, llevole a una heredad, donde él iba y díjole se dispusiese para hacer una confesión general de toda su vida. Dispúsose e hízolo en dos días; éstos pasados volviose con él a la ciudad y compusole sus negocios de manera que no tuvo el demonio ocasión adelante para traerle a tan desesperada resolución.

Habíale comunicado Dios este señorío tan grande sobre las voluntades de los hombres que raras veces pedía o rogaba, sino mandaba, no sólo a los pequeñitos, sino a los grandes, a los nobles, a los señores, a los eclesiásticos, diciendo al uno, remedie tal viuda, al otro envíe la comida a tal pobre, de tal limosna a la cárcel, lleve a tal enfermo regalos, y era obedecido con amor y reverencia común de toda suerte de gentes. Parecía cosa más que humana este don, porque no sólo con los conocidos o amigos usaba de esta manera de imperio, ni en solas estas cosas que en gente bien inclinada y que tiene posibilidad y respeto a la persona que manda, no parecen muy dificultosas, sino también con los extraños y nunca vistos de él, en ningún tiempo. Mil veces le acontecía encontrarse en casa o fuera de ella en la calle, con hombres no conocidos y decirles con extraña resolución, venga y confiese y si estaba donde pudiese hacerlo, hínquese de rodillas y diga sus pecados, y andando camino apartar los caminantes y confesarlos, sin que nadie se atreviese a hacer resistencia a su mandamiento. //180r.

No miraba mucho en las delicadezas y puertas de la que llamamos discreción humana, porque se gobernaba por prudencia del cielo, ni aguardaba tantas conjeturas y temples como otros para dar caza a las almas a tiempo y sin tiempo se andaba tras ellas, haciendo la causa de Dios y la salvación de ella, decía que ya había venido el tiempo que San Pablo dijo a Timoteo, su discípulo, cuando los hombres no tendrían sufrimiento para esperar y oir la doctrina de su salud y así era necesario convidarles con ella, *oportune, importune*. Aunque no es menos que muy buena sazón la del buen ministro, y tal como este bendito Padre que con el calor de su espíritu y aquellas poderosas llamas de su caridad, maduraba los corazones y de tal manera movía los hombres a penitencia que ellos mismos no se conocían y sin haberle conocido antes a él, ni haber tenido pensamiento de confesarse por entonces, salían de sus manos tan otros y tan aficionados al bien y a su bienhechor, que no se apartaban de lo uno ni del otro en toda su vida. Suplica con su diligencia el desaparejo del penitente y participaban ellos en el entrañable dolor y sentimiento que veían en el confesor de sus culpas, y a la verdad no había cosa en el mundo que tanto sintiese, ni que así le atravesase el alma y le rompiese el corazón, como que se hiciese un pecado y por estorbar lo iba él por los soles y por los hielos en el peso del día, sin comer ni beber a quitar las ocasiones, y padecía de muy buena gana cualesquier trabajos, afrentas e injurias. Diré esto en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO LXXIX

## DE OTRAS EXCELENTES VIRTUDES DEL PADRE JORGE ÁLVAREZ, ESPECIALMENTE DE SU FERVIENTÍSIMA CARIDAD CON LOS POBRES, ETC.

Como era tan grande el fuego de la caridad de Dios en este su siervo, siempre andaba con insaciable sed de servirle, ninguna cosa le hartaba ni le cansaba el trabajo, de manera que aun después de muy fatigado le hallase alguna ocasión de merecer sin aliento. Venía de hacer sus empleos estorbando los pecados a las 12 del día por julio en Sevilla, caluroso, sudando y sin haberse desayunado. Alcanzole un //180v. hombre y díjole Padre media legua de aquí en Tablada (son unos campos de dehesa llanos y sin género de árboles en ellos, vecinos a la ciudad) queda un pobre hombre muriéndose. Este nuevo trabajo tomó él por alivio de la fatiga que con los calores traía. Torció al punto el camino y previniéndose de algunos regalos, que pidió a gente devota, llamó algunos hombres de la plaza y con ellos alargó el paso en medio del ardor de la siesta, buscó su pobre y hallole boqueando, procuró que tomase alguna conserva y diole de beber, tornole en sí y confesolo despacio. Después mandole traer en hombros al hospital y volvió a casa a las dos de la tarde, con tanto gusto y alegría, como si viniera de fiestas. Este dejo por ejemplo de muchas otras cosas semejantes que aquí no refiero.

Era Padre de pobres, amparo de viudas, socorro de necesitados, arrimo de pequeñitos, valedor de los desvalidos, tenía conocidas sus casas y conocíanle todos a él como a su remedio, visitábalos a menudo, dábales de comer y vestir y confesábalos, y esforzábales a padecer por amor de Dios y remediaba con particular cuidado las necesidades de los pobres que llaman vergonzantes, gente honrada y noble, a quien la calidad de linaje o estado no dejaba pedir de puerta en puerta. Dábanle todos los poderosos copiosas y gruesas limosnas o ya pidiéndoles él, o insinuándoles la necesidad o ya ellos de caridad y sabiendo cuan bien se empleaban, afirman personas honradas y siervos de Nuestro Señor por cuya mano pasaba que se repartieron en pobres de Sevilla por orden de este bendito Padre de 30.000 ducados arriba. No les parecen mucho a quien conoce la grandeza y potencia de esta ciudad, y no es poco de maravillar que en tanto tiempo como estuvo, el buen Padre Jorge Álvarez en ella manejando tanto dinero con tan grande mano y autoridad con todos, tan honradas amistades, tan ricos y tan liberales amigos. Finalmente en siglo tan codicioso y sospechoso nunca jamás hubiese de él, no digo el menor descuido en la observancia de la pobreza, en que fue sobremanera estrechísimo, mas ni aun sospecha muy liviana en la gente de alguna codicia. Tanta era la opinión de su santidad y tanto el recato y limpieza con que él procedía porque ni admitía el dinero de las limosnas, ni las dispensaba, sino por mano de personas acreditadas en la ciudad de santos y desinteresados, y aun a //181r. estos encomendaba que no se entendiese que por él se daban aquellas limosnas. Los años de 1581 y 1588 fueron en Sevilla muy enfermos de peste, acudió a la ciudad al remedio con el cuidado y largueza que suele, mas ya por la muchedumbre de los que se herían ya por la codicia de los portadores del hospital que echaban mano primero de los que podían darles algún interés, quedábanse muchos pobres desamparados y perecían si ayuda de hombres. Eran éstas las ganancias del santo. Salió por aquellas calles abrazado de caridad y compasión de sus prójimos, buscó médicos, salariolos y repartiolos por las parroquias. Señaló cuatro boti-

cas en puestos acomodados de la ciudad donde a todos los que en su nombre llegaban a pedir medicinas se les daban muy a propósito, y Nuestro Señor le proveía limosnas bastantes para todo este gasto y para dar a los enfermos sustento. Visitaba cada día una parroquia, hacía lista de los enfermos y repartía el cuidado de ellos entre gente devota y caritativa, cuidaba de llevarles o enviarles todo lo necesario y fue el grande número de gente que por ese medio salvaron las vidas y las almas. También el año de 80 corrió el catarro general en España, con tanta malicia, que sólo se diferenció de la peste en no causar el horror en el trato de la gente y en acabarse tan presto, mas excedióle en extenderse a todos los lugares y personas sin diferencia. No tuvo menos materia la caridad del buen Padre en esta ocasión, estando él asido del mal, andaba en una mulilla sólo por la ciudad, buscando los pobres y enfermos, llevábales regalos y limosnas y confesábalos.

No se estrechaba su caridad en un lugar ni en un género de personas, antes se extendía a todos los pueblos comarcanos y a todo linaje de hombres, cuando le era permitido de la obediencia y entonces caminaba a pies puesto el corazón en Dios y los ojos en los caminos y campos para ver si descubría donde hacer alguna buena suerte en las almas. Hacíase familiar a los caminantes, ejercíase con los labradores, y conforme la capacidad de cada uno les trataba de Dios y de sus ministerios, y a todos convidaba con el sacramento de la penitencia. Estos eran sus //181v. cuidados y ansias; no llevaba pensamiento de otra cama, ni comida, ni posada, mas que reducir almas al servicio de su Dios, pedía limosna para su pobre sustento, y para el poco sueño que de noche daba a su fatigado cuerpo, buscaba algún pajar donde recogerse. Caminando por el Aljarafe de Sevilla, detúvose persuadiendo a un hombre con quien encontró en aquel campo, que se confesase y confesándole cogiole la noche antes de llegar a poblado y le fue forzoso recogerse a una casería cercana de un caballero principal y muy grande amigo suyo e hijo de confesión. Mas por huir del regalo que se le pudiera hacer y de que iba grandemente necesitado por haber caminado algunas leguas a pie y llegar tan lleno de sudor y cansado, que deseó hallar una pobre camisilla con que ampararse, no quiso darse a conocer a los criados y sólo envió a decir al caballero si daba licencia a un pobre sacerdote que pasaba de camino para hacer noche en el pajar de su casa; diéronsela pensando que era algún clérigo extranjero sin preguntarle otra cosa. Recibiólo él gozosísimo de la buena ocasión que Nuestro Señor le había dado de padecer alguna incomodidad por su amor y sin pedir ningún refrigerio siquiera de alguna comida se acomodó en la paja como pudo, gastando la noche en alabar a Dios y regalarse con su Señor. Pasada gran parte de la noche sobresaltó al caballero un importuno pensamiento si sería aquel sacerdote su buen Padre Jorge Álvarez, de manera que no pudo sosegar hasta ir a desengañarse por vista de ojos. Hízolo así y viendo al santo entre la paja, confuso y admirado se le comenzó a quejar y a reñir como amigo que así le hubiese engañado, porfiándole también que se viniese con él a lo interior de la casa. El siervo de Dios se lo agradeció riñéndole porque había venido a buscarle y sacarle de aquel lugar, pues para él cualquiera bastaba.

Estando otra vez hospedado en un pueblo en una casa principal no se podía acabar con él, que asistiese en el aposento que le tenían aderezado y escogía una grande tinaja que en la casa estaba para su //182r. oración y descanso.

Alguno de los muchos hijos que había criado con la leche de su doctrina y fueron y son varones señalados en santidad y celo de la honra divina y conversión de las almas.

Desearon darle algún día de recreación, mas no pudiendo alcanzar de él que se dejase regalar de ninguna manera, procuraron sacarlo de Sevilla a título de misión y de hacer bien a los prójimos; gustó de hacerlo, más porque no le obligasen a salir de su paseo ordinario y subir a caballo salió delante de ellos y a pie llegó primero al pueblo y sin detenerse comenzó a buscar gente para encaminarla a su salvación; vinieron los compañeros y habiéndole hallado llevarónle a casa de una señora muy honrada y principal donde le tenían prevenido hospedaje, pasados los ordinarios comedimientos fuese por la casa a buscar criados y esclavos para instruirlos en la doctrina cristiana y oírlos de confesión. Oyó en un retrete apartado de la casa suspiros de enfermo, corrió luego a verlo y halló en una camilla una esclava negra enferma de camaras tan asquerosa y de tan mal olor que apenas había quien pudiera darle siquiera de comer u otro algún remedio se atreviese a entrar en el aposento, compadeciose grandemente de verla, consolola con mucha ternura y caridad. Buscó luego orden con el menor ruido que pudo y trajo agua caliente, lavola, limpiola y acomodola lo mejor que supo y pudo. Después animola a la confesión y habiéndola oído y absuelto de sus pecados, salió a ver si había qué hacer en el pueblo. Entendió luego que trataban de regalarle y al punto sin detenerse ni hacer otra cosa más que a juntar una poca de limosna para los pobres, se puso baldas en cinta y dio la vuelta a Sevilla.

Por donde quiera que iba siempre hacía hacienda y pegaba fuego a los corazones. Llevole consigo Don Francisco de Mendoza, Conde de Monteagudo, que después fue embajador del Emperador en Alemania, y entonces era Capitán General de la costa, yendo a visitarle y rehacer los presidios. Hacía ir los soldados cantando por el camino la Doctrina Cristiana y alabando a Dios en voz alta y diciendo a gritos,Alabado sea Dios, maldito sea el pecado y otras cosas semejantes, los cuales él comenzaba y repetían después ellos y el Conde. //182v.

## CAPÍTULO LXXX

### DE LA GRANDE PACIENCIA, HUMILDAD Y MORTIFICACIÓN DEL PADRE JORGE ÁLVAREZ.

Nunca se hicieron grandes hazañas sin grandes trabajos y de fuerza sin grande paciencia. Padeció mucho el padre Jorge Álvarez, porque hizo mucho y lo que peor es de algunos por quien él más hacía. Pasó muchas incomodidades en caminos, en posadas, en lugares, donde iba a ser de provecho a los prójimos. Sufrió de alguna gente desalmada y perdida, a quien procuraba encaminar a su salud de nuestros, e injurias, afrentas. Oyó mil palabras pesadas, desmedidas y temerarias. Mas en todos estos casos siempre guardaba una misma igualdad de ánimo, un semblante, una mansedumbre y moderación verdaderamente admirable y nunca por cosa de esas dejaba de hacer su negocio, antes cuando alguno de estos hombres rasgados y que no tienen qué perder, se iba con él de lengua y le decía mil oprobios y desvergüenzas; oyole con una alegre serenidad de semblante y teniéndose en su corazón por digno de ser hollado y pisado de todo el mundo. Después cuando el otro estaba harto de decirle cuanto se le venía a la boca, volvía él de nuevo como si nada le hubiera dicho y con una modestia, humildad y amor, verdaderamente de santo proseguía, tratándole del bien de su alma y convidándole con

la saludable medicina del sacramento de la confesión, hasta que vencidos de la fuerza de sus palabras y mucho más de su ejemplo, se ponían a sus pies y le pedían perdón y remedios de sus pecados. Tal vez un hombre aunque de calidad mal mirado le dijo en la calle públicamente mil desatinos contra él y contra su religión y después que satisfizo su cólera, tornó el siervo de Dios a hablarle de Nuestro Señor como si nada le hubiera dicho, con tanta paz, tanta modestia y caridad que admirado el hombre de tan extraña santidad y paciencia, públicamente le pidió luego perdón de su atrevimiento y le dio las gracias de lo que con él había tratado para remedio de su conciencia. No hay ardid que así los cercados en el asedio de la ciudad, como la constancia y sufrimiento del que lo pone, ni fuerza que así quebrante la soberbia ajena como la humildad propia. Ganó al fin con ella tanta estima y veneración que ya los más desgarrados y que suelen tener perdida la vergüenza a Dios y a los hombres le tenían y respetaban y en viéndole se encogían y le dejaban hacer de sí y de sus cosas muy a su //183r. voluntad. Pedía los naipes, dábanselos, quitaba los tablajes y juegos, callaban, mandábalos hincar de rodillas y besar el suelo, poner las manos y pedir a Dios perdón; si juraban hacíanlo con temor y reverencia.

Mas si bien todos le respetaban, él sólo se buscaba, se hacía las ocasiones para ser tenido en poco y menos preciado de todos. Persuadió a su padre que se viniese a la casa a recoger unos días y hacer una confesión general y tratar de su salvación, trájole con sus cartas desde Úbeda al colegio de Granada, donde él estuvo algún tiempo, metiole en un aposento y diole el mismo los ejercicios espirituales y para ocuparlo en algo de manos, los ratos desocupados fuese al superior y díjole Padre mi padre es zapatero, mande vuestra reverencia que le lleven algunos zapatos que remiende, porque no esté ocioso. Muchos otros ensayos de humildad semejantes a este hacía el siervo de Dios para ser menos preciado de los hombres que por excusar prolijidad paso en silencio.

Tenía gran cuenta con la lengua, en cuya guarda pone el Apóstol Santiago, gran parte de la perfección del cristiano. Nunca le oyó nadie palabra airada, ni descompuesta, ni demasiada, sus pláticas eran de Dios o con Dios, o con los prójimos por amor de Dios, o para Dios, porque en todas sus obras nada buscaba para sí mismo, sino para el mismo Señor y para su gloria y bien de sus redimidos; en castigar su cuerpo era riguroso y áspero, continuo en las penitencias y mortificación de sus apetitos, afable y manso para con todos, compasivo en los males de otros y amigo de aliviarlos y hacerles bien en cuanto pudiese; finalmente 28 años que vivió en la Compañía, fue raro ejemplo de fieles operarios de la viña de Cristo, y trabajó en ella de sol a sol, desde que le llamó el señor a ella, hasta la noche de su muerte, la cual le halló trabajando en su puesto a los 12 de diciembre del año de 1584. Salió este día del confesionario con un recio frío, sobrevínole un grave dolor de hijada, y encendióse en una calentura ardiente, que poco después se declaró ser modorra. Descubrió en ella el gran concierto y pureza de su bendita alma, en el sufrimiento de los dolores, en la alegría de padecer, en la puntual obediencia a los médicos y enfermeros, tuvo algunos frenesís y en ellos algunas locuras, mas cuerdas que el seso de otros, porque desvariando en las cosas de la tierra, en las del cielo tenía mil agudezas, todo su negocio era alabar y bendecid a su Dios, tratar de la conversión de las almas, de confesarlas y remediarlas, lo mismo que //183v. estando en su entero juicio hacía, y como estando con él a ningunos otros pensamientos daba lugar en su corazón, sino estos, solos ellos se hallaban en él cuando lo perdía.

Cuando estaba más en su seso todo era regalarse con Dios y tener con él sabrosos coloquios, decíale a veces, *Señor mío, amador mío, me veis aquí. Criatura vuestra soy, disponed de mí como fuéredes servido. Esperanza mía todo mi bien, ¿qué queréis de mi?. Toda mi vida y mi corazón y todo mi ser que todo es vuestro, fe mía, esperanza mía, regalo mío, no os dedigneis de recibir esta vil criatura que con vuestra sangre redimiste. Yo soy la suma miseria, pero vos el sumo bien, I'esu fili David, misere mei;* y de esta manera proseguía con tanta suavidad y devoción que ninguno de los que le oían podía detener las lágrimas ni dejar de mostrar la ternura exterior, la mucha que causaba en su alma.

Diole el cuarto domingo de adviento un paroxismo, que según el fin tuvo más pareció apto en espíritu, porque después de haber estado gran espacio de tiempo tan sin señal, o movimiento alguno de vida, que ya le tenían por difunto, volvió en sí, diciendo con extraño gozo y fe: *Benedicta sit sancta Trinitas at que indivisa unitas. Confitebi murei, quia fecit nobiscum misericordia sua cuam dillecta tabernacula tua done virtusum concupiscit et deficit anima mea in atria done. Benedicto Done Deo Israel, quia visitavit, et fecit redemptione plebisus, latat su in bis qui doctas misu indomut doni ibimus, etc.*

Todo muy a la larga y con tan extraordinaria alegría que con estar tan flaco que no podía moverse en la cama, parecía que quería saltar de ella. Recibió los santos sacramentos y respondió a las preces de la santa iglesia devotísimamente. Lo mismo hizo cuando le encomendaron el ánima y le dijeron la letanía y cuando en esta llegaron al verso: *Filis redemptor mundi Deus*. Varió él la frase diciendo *Filis Dei. Deus: Xpo Dei Deus. Deo Dei Deus. Deus Xpi Deus. Dei Xpi Deos. Miserere mei*. Y todas estas variaciones repitió muchas veces, *sive in mente, sive estramente Deus scit*. Con estos regalos se entretuvo hasta el lunes siguiente, víspera del nacimiento de este Señor, con quien él hablaba tan tierna y amigablemente, y al entrar en la noche buena, envió su alma a gozar del buen día de la eternidad en la bienaventuranza. //184r.

Concurrió a su entierro el día siguiente grandísimo número de gente, no se hartaban todos de besarle los pies y tocar el santo cuerpo con sus rosarios. Vinieron los cantores de la iglesia sin ser llamados, y acabado el miserere de los laudes entonaron un cántico acompañado de muchos gemidos y lágrimas del auditorio. Cuando quisieron llevarle a la sepultura, levantaron hombres y mujeres tan grande llanto y alarido, como suele haber en alguna pérdida o calamidad pública y arrojándose con tropel sobre el ataúd del buen Padre comenzaron a porfía, a despojarle de sus vestidos queriendo cada uno participar de alguna de sus reliquias, sin que ninguno de los de casa fuese presente para estorbarlo. Acabado el entierro salió la gente con extraño silencio sin hablarse palabra unos a otros, lastimados de la pérdida de un santo varón, a quien así llamaban todos a boca llena y todos habían conocido por humilde en su trato, por eficaz en las palabras, por acertado en sus consejos, por irreprensible en sus obras; llorábanle como a por común de toda aquella ciudad, donde él había quitado tantos despojos al demonio y hecho tanto bien a pobres, a ricos, a grandes y pequeños, a buenos y malos. Y verdaderamente perdieron todos en él muy dadoso bienhechor y un perpetuo alivio de sus miserias.

Confirmó el Señor la opinión de la santidad de su siervo con algunas maravillas. Entre los que se hallaron a su entierro, fue un hombre que por haberle hallado riguro-

so consigo en cierta ocasión tenía poco gusto con él, y aun con la devoción del pueblo en su muerte. Yendo todos a besarle los pies, él sólo se detenía, mas sintió una fuerza interior que le inclinaba a hacer lo mismo, mal de su grado. Llegose al fin más por cumplimiento que por afecto, besó los pies y tocole las manos, sintió luego un olor suavísimo que salía del cuerpo difunto y a él se le pegó en sus manos, de manera que mucho después sentía en ellas aquella misma fragancia con extraordinaria mudanza de afectos de devoción para con el siervo de Dios y admiración grande de tan nueva maravilla como obraba de Nuestro Señor para honrarle. Tenía una doncella recogida cierta enfermedad que la ponía en grande aprieto con muchas congojas y vómitos y le daba muy de ordinario. Asiola el mismo día que enterraron al padre, acertaron a verla unas personas que habían alcanzado parte del cíngulo con que le llevaban //184v. ceñido a la sepultura, y viéndola tan afligida le dijeron que se encomendase a Nuestro Señor, y con grande devoción se le pusieron encima, y al punto se levantó buena y sana, como si ningún mal y enfermedad hubiera tenido. Otra persona también, que se halló presente a esta maravilla, padecía una oculta enfermedad, y tomó el mismo pedazo de cíngulo, con mucha confianza de que Nuestro Señor le había de hacer merced por intersección de su siervo, y afirmaba haberse librado de ella por este medio. Muchas otras cosas semejantes se refieren haber obrado el Señor para manifestación de lo mucho que le fue en la vida agradable este su siervo, las cuales dejo por no hallar bastante averiguación de como pasaron. Por ahora baste el fiel testimonio de sus obras, por donde el Señor dice que se conocen los hombres y se apuran los quilates de la santidad y merecimientos de cada uno.

## CAPÍTULO LXXXI

### PRINCIPIOS DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE ÉCIJA.

Por este tiempo se comenzaba el colegio de Écija con tanto gusto y deseo de toda aquella ciudad que pocas han obligado tanto a la Compañía. Es Écija, una de las ciudades más antiguas y más principales de esta provincia, colonia de los romanos, grande y populosa, llamada Astigi o Augusta Firma, y una de las cuatro sillas o conventos jurídicos que pusieron en ella para la buena administración de la justicia; creen haber sido la famosa ciudad del sol, por tenerle a él sólo por armas de su escudo. Baña los muros de ella el gran río Genil, riega y fertiliza a sus tierras y abastece de agua a la ciudad, llamáronle antiguamente los moradores cristianos río de Sangil, corrompido el vocablo latino Singil o Síngilis, y los moros Soanil, que quiere decir segundo Nilo o imitador del Nilo porque con sus riegos causa frescura y fertilidad en toda la provincia a la manera del Nilo porque con sus crecientes fertiliza la tierra de Egipto.

Permaneció esta ciudad en su grandeza y potencia hasta la entrada de los moros en España. Entonces fue destruida y bañada con sangre //185r. de nuevos mártires. Conserva población de más de 6.000 vecinos, mucha nobleza y muchas casas de Religión, favorece a todas con ordinarias limosnas y con ninguna ha mostrado tanto amor y liberalidad como con la Compañía porque las demás entraron en ella fiadas de la caridad común y piedad de la gente o fundáronlos particulares ciudadanos con su hacienda. La Compañía vino llamada del mismo Cabildo de la ciudad e hizo asiento de ella con su favor y limosna, como adelante veremos.

Dio a conocer aquí la Compañía el Padre Juan de Frías, predicador verdaderamente apostólico, de aprobada virtud y espíritu ferviente a quien había dado el Señor don particular de mover corazones y rendir almas al servicio de Dios, por muy endurecidos que estuviesen y obstinados en el pecado. Hallose en este lugar en varios tiempos, primeramente el año de 1563 a instancia de la ciudad de Don Alonso de Villasante, caballero principal de gran celo y devoción, Corregidor en aquel tiempo de la misma ciudad y del hábito de Santiago, y después el año de 1582 a ruego de la misma ciudad y no sin particular impulso del cielo. Trataba muy de ordinario en los sermones del temeroso trance de la muerte, con extraordinaria fuerza y aliento, cosa que hizo a muchos reparar y torcer el camino cerrado de su vida, recorrer los pasos mal andados de toda ella y confesarse igualmente de todos esos pecados. Sobrevino este mismo año una gran peste tan rigurosa y cruel que a ningún género de gente perdonaba. Asoló muchas casas, acabó familias enteras, hinchó la ciudad y campos de entierros y en pocos días arrebató más de 30.000 personas de toda suerte de estados; llaman este año el de la gran peste, horrible en la memoria de los nacidos. Murió entre otros el Bachiller Juan Fernández de Córdoba, clérigo presbítero siervo de Dios y muy aficionado devoto a la Compañía. Dejola por heredera de sus bienes 150 ducados de juro en cada un año, dos pares de casas y los muebles y las alhajas de la suya, deseoso de dar principio al deseo común de su patria, y de continuar el provecho que habían comenzado a hacer en ella con las misiones pasadas. Sosegada la peste y reducida a mejor forma la república, pidió el Ayuntamiento al Padre Diego de Acosta, Provincial //185v. en aquella sazón del año de 1583, algún predicador para el Adviento y Cuaresma, no obstante que entonces los tenía muchos y muy buenos en las otras casas de Religiones. Envioles al Padre Baltasar de Santofimia, de mucho valor, de santidad conocida, de letras y púlpito aventajado y de tan buena y provechosa doctrina como de singular ejemplo de su vida, diremos de ella como es razón a su tiempo.

Ganó con lo uno y con lo otro los corazones de todos, era a la par amado y estimado de todas suertes de gentes, oído y obedecido de todos y eran todos a favorecer sus empresas y a procurar hiciese asiento en su ciudad él y la Compañía. Con este deseo trataron en ayuntamiento de medios y habiéndose deliberado sobre algunos solo pareció conveniente que la ciudad les asignasen por algunos años la renta de unas dehesas de sus propios para que de los réditos de ellas se fuese comprando renta para el colegio. No faltaron dificultades y pareceres contrarios como en congregación al fin de muchas cabezas, mas vencidas de todo punto con el deseo y voluntad e instancia de los más desapasionados, acordose pedir licencia al Rey Felipe II, para hacer la donación a la Compañía. Remitió su Majestad cédula de diligencias a Don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, y con la relación que él le envió de la necesidad y utilidad de este asiento y entrada de la Compañía en aquella ciudad, mandó al consejo despachar su licencia. Recibiola la ciudad de Écija con mucho contentamiento y por demostración de él hizo luego el primer día del año de 1584 una solemne fiesta al nombre de Jesús en la iglesia parroquial de Santa María, donde los nuestros ejecutaron sus ministerios hasta el año de 1588, en que habiéndose puesto las cosas de esta residencia en mejor forma se abrió una iglesia con título del glorioso San Fulgencio, Obispo de la misma ciudad y hermano de los Santos Arzobispos de Sevilla Isidoro y Leandro y de Santa Florentina, monja de la Orden de San Benito, cuyo monas-

terio fue donde está ahora el de los Padres Jerónimos y con título de Nuestra Señora del Valle, cuyas monjas padecieron martirio el año de 714 del nacimiento de nuestro salvador, cuando en la pérdida de armas tomaron los moros por fuerza de armas esta ciudad. Había con los años caído la memoria de este Santo, aunque hoy día permanecen las casas de su morada junto a la iglesia principal de Santa Cruz, catedral en tiempos antiguos, si bien con diferente título porque éste le dio el Rey Don Fernando el Santo //186r. habiéndola ganado a los moros el día de la exaltación de la Cruz. Resistió con ésto la devoción del Santo Patrón y para conservarla en los años venideros, obligose la ciudad con voto perpetuo de celebrar su día con procesión general toda la vida en la iglesia de la Compañía y ofrecer cada uno del ayuntamiento un cirio de cera. Demás de ésto ofrecieron para el edificio de la iglesia todos los Regidores los salarios de sus oficios de aquel año. Celebrose entonces y celébrase cada año con mucha solemnidad y regocijo de todo el pueblo. Concurre el clero, cabildo de la ciudad y religiosos con el mismo aparato y fiesta y algunas otras demostraciones de amor, con regocijos públicos y danzas. Celebró el mismo cabildo de la ciudad la traslación del Santísimo Sacramento desde la iglesia Mayor hasta la nueva de la Compañía, tomando ellos a su cargo todo este cuidado sin habérseles suplicado nada de nuestra parte y habiéndonos pedido de la suya que solamente lo dejásemos en sus manos. Fue aquel día uno de los más alegres y más regocijados y célebres que se han gozado en esta ciudad, así por la nueva devoción, que tiene la Compañía, como por la grande piedad con que reverencia los santos y celebra ordinariamente sus fiestas.

## CAPÍTULO LXXXII

### DEL ASIENTO DE LAS ESCUELAS, BIENHECHORES Y FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE ÉCIJA.

Tenía esta ciudad la común necesidad de maestros y escuelas donde con fidelidad se criasen sus hijos y aprendiesen con las letras humanas la doctrina cristiana. Pidieron a la Compañía que tomase este negocio como propio a su cargo y para que pudiese sustentar maestros y gente bastante para los oficios y ministerios de las escuelas, esforzáronse a pedir segunda vez licencia a su Majestad para donarles por otros cuatro años más las rentas de las dehesas, que primero les habían dado por seis. Fue condición leer desde luego Gramática y comenzar el curso de las Artes después de seis años y acabado el uno entregas (según costumbre) continuarlo con otro. Alcanzose la facultad real allanando dificultades. Hízose la donación y abrió escuelas la Compañía el año de 1590 con tres maestros, que dieron principio a sus lecciones un día después de la Purificación de Nuestra Señora, con maravilloso aplauso de la ciudad y gran número de estudiantes. Habíase poco antes facilitado este negocio, con la aplicación de la Cátedra de esta ciudad //186v. que poseía Don Alonso Chico de Molina, colegial primero de San Bartolomé de Salamanca, después Deán de la Catedral de Méjico en la Nueva España, y entonces Vicario de este lugar donde él leía casos de conciencia, poniendo un preceptor para la Gramática. Rentaba 300 ducados en cada un año, los cuales aplicó a este colegio Don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla y Cardenal de la Santa iglesia de Roma, a petición e instancia de la ciudad, quedando la Compañía con obligación de leerla. Pasó

este colegio con nombre y forma de residencia hasta el año de 1594 y en él recibió patente y título de rector el Padre Simón de Esquivel, que sucedió en el oficio de Superior al Padre Baltasar de Santofimia, y fue por su agradable trato y santas costumbres muy bien recibido y estimado en esta ciudad. Comenzose este mismo año por el mes de octubre el primer curso de Artes, anticipando la Compañía dos años al plazo y condición señalada, teniendo atención a la mucha deuda en que estaban a la ciudad por las grandes limosnas y muchos favores de maravedís que cada día recibían de ella, y aun esta vez no olvidó el Ayuntamiento su antigua liberalidad. Envió para acomodar a propósito las escuelas 800 ducados y si se hace número de los que ha donado a la Compañía, pasa la suma de 16.000, si se mira el ánimo, el amor, el gusto y voluntad con que nos ha sustentado, favorecido y honrado tanto tiempo y en tantas ocasiones y por tantas vías, ninguna ciudad hay que nos haya puesto en mayor obligación, ni a quien más agradecimiento debamos. Entre los particulares aventajose mucho en favorecer y hacer bien a la Compañía un caballero, tan cristiano como principal, si bien de mucha nobleza, de muy aventajada virtud, respetado por los unos y por los otros grandemente en esta ciudad y mucho más por sus ordinarias limosnas en que algún tiempo gastaba la décima de su hacienda y después el quinto, con ser tan gruesa que pudo dejar a dos hijos suyos dos mayorazgos honrados. Llamábase Hernando de Aguilar, de la antigua casa y solar de los Aguilares, nobleza muy conocida en España. Cuando entró la Compañía en Écija, no quiso tratarla, no la había conocido antes, aunque teniendo siniestras informaciones de su manera de proceder estuvo después atento a sus obras que son las que menos engañan; vio con sus ojos el fruto de sus trabajos, la mejora de muchas almas en la virtud, el celo de los ministros y solicitud en //187r. aprovechar a la República y desengañose y mudó luego estilo. Diose a tratar con la Compañía y cobrole tan gran amor, respeto y devoción, que de allí adelante fue el más insigne bienhechor que ha tenido el colegio en aquella ciudad. Frecuentaba dos veces cada semana el sacramento de la penitencia y recibía muy a menudo el de la sagrada comunión en nuestro templo. Sustentó a su gasto cuatro de la Compañía que aquí residieron muchos días, hasta que se puso en forma de colegio, con tanta largueza que de lo que enviaba de ordinario para el sustento de cada día sobraba mucho para acomodarse de otras cosas extraordinarias. Demás de otras muchas limosnas que en varias ocasiones solía hacernos. Ayudaron su parte al acrecentamiento de este colegio Juan Fernández Galindo, caballero muy principal de la antigua y noble familia de su nombre, con 1.000 ducados que dejó por su testamento y con un olivar de otro tanto valor de que hizo donación Isabel de Navarrete, mujer honrada y devota. Murió también este año de 1602 otro insigne bienhechor, el Padre Gonzalo de Eslava, Clérigo, Presbítero y Comisario del Santo Oficio, varón santo de muy noble sangre y demás profunda humildad, abrasado en llamas de amor divino, cuyo fuego ordinariamente mostraba en las encendidas palabras de la boca y de sus lágrimas de ojos, tenía don especial de lo uno y de lo otro, ninguno le habló jamás que no saliese afervorado de su presencia y conversación. Era todo agradable, lleno de un santo aire con que a todos facilitaba y hacía muy amable el estudio de la virtud, sobretodo piadoso y limosnero y por colmo cargado de dolores vehementísimos, mas el gozo con que los padecía, muy sobre lo que se puede decir ni entender, todo era regalarse con ellos y bendecir y alabar y agradecer a Nuestro Señor porque se los daba, por ellos llamaba dichosa su vejez y decía que los dolores con tanto gusto no eran dolores, sino regalos. Amó tiernamente a la Compañía, honrola y favoreciola en ocasiones de

importancia, hízole varias limosnas, una gruesa de 1.500 ducados en tierras y otras de ciento en su muerte. No quiso que en ello se hallasen otros que dos de los nuestros y decía que era linda cosa para aquella hora de Dios y dos Padres de la Compañía.

Mas ninguna persona tan liberal se ha mostrado con este colegio como //187v. la misma ciudad, pues habiendo traído y sustentando a la Compañía en todo el bien que les hizo, se mostró no menos desinteresada que dadivosa no pidiendo el interés que pudiera de fundación y patronazgo, antes dejando libre a la Compañía el derecho de admitir y nombrar patrones y fundadores, los que más bien les estuviesen para acrecentar de esta manera el buen estado en que dejaban puesto el colegio, pues el acrecentamiento que por este camino tuviese todo redundaría en mayor bien y provecho de su República, como se ha visto.

Estuvo pues el colegio sin fundadores hasta el año de 1598, en el cual se determinaron fundarlo dos señoras muy principales Doña Francisca de Córdoba y Aguilar, bisnieta de los Condes de Cabra, y Doña Beatriz de Monsalve Benegas, su sobrina, naturales de Córdoba y de su antiguo solar y casa y de la nobilísima familia de los Aguilares. Consagrándose estas señoras desde su niñez a Dios en perpetua virginidad y como le habían dado la posesión de sus personas, quisieron también entregarle su hacienda. Y para que el empleo de ella fuese más acertado y en cosa más agradable y acepto a su Majestad consultaron sobre ello las dos principales Universidades de España, Salamanca y Alcalá de Henares, y habiendo tenido respuestas de los hombres muy doctos de todas ellas, calificando esta obra por la de mayor provecho en la República y mayor servicio de Nuestro Señor, hicieron luego donación a este colegio de 24.000 ducados después de sus días. Y Don Antonio González de Aguilar, caballero del hábito de Santiago y Alférez Mayor de la ciudad de Écija, tan noble por sus costumbres como por sangre, y su hijo Don Manrique de Lara, varón de vida ejemplar y sobrino de Doña Francisca de Córdoba, en compañía de sus mujeres Doña Ana de Córdoba y Doña Isabel Venegas de Córdoba, todos de la misma familia y nobleza ayudaron de su parte con 4.000 ducados de más de muchas y buenas limosnas que ordinariamente han hecho y hacen a su colegio. Dioles la Compañía el derecho y título de fundadores, y a Don Antonio González de Aguilar, su sobrino, el Patronazgo perpetuo para él y sus descendientes.

## CAPÍTULO LXXXIII

### CÓMO TOMÓ EL OFICIO DE PROVINCIAL EL PADRE GIL GONZÁLEZ DÁVILA Y DE ALGUNAS COSAS DE ESTE TIEMPO, ESPECIALMENTE DE LA MUERTE DEL PADRE GONZALO DEL ÁLAMO //188r.

Por mayo de este mismo año de 1584, juntó en Marchena Congregación Provincial, el Padre Diego de Acosta, séptimo en Andalucía, de donde salió electo para ir a Roma con los despachos de la Provincia el Padre Ildefonso de Castro, que como compañero del Provincial tenía buena noticia de los negocios de toda ella. Partiose luego y volvió a España por abril del año siguiente de 1585 y entregó la patente de Provincial al Padre Gil González Dávila, que a la sazón lo era de la provincia de Castilla, y entró en ésta con el oficio a principio de mayo del mismo año. Fue el noveno de los que tuvieron el gobierno de Andalucía, recibido dentro y fuera de casa con amor y estima común de

todos por su santidad, por su llaneza y facilidad, por su mucha humildad y prudencia, y otras muchas buenas calidades que tenía para gobernar la provincia. Poco después partió de Córdoba para Castilla su predecesor, el Padre Diego de Acosta y en el camino le apretó fuerte enfermedad de orina, y de nuevo una inflamación y recio aprieto de garganta que le acabó en breves días, después de haber recibido los sacramentos con igual devoción y desengaño de las cosas de esta vida. Murió a 21 de julio del mismo año en Ciudad Real y allí fue enterrado en la iglesia que llaman Santa María del Prado, acompañándole las religiones y clerecía con todo lo mejor del lugar; dio mucha lástima la muerte de este tan insigne varón, si bien por perderse en él tantas y tan buenas prendas de letras, de religión y gobierno, mucho más por haberle cogido en tanta soledad y desamparos de los suyos, con sólo un Hermano Coadjutor a la cabecera, valióse de las misericordias grande que Nuestro Señor le había hecho de la mucha capacidad y comprensión de las cosas del conocimiento de Dios y sus divinos misterios de las armas de la oración, y con ella se dispuso maravillosamente para pasar de esta vida, hablando con Nuestro Señor a sus solas, sin dar lugar a que ninguna otra cosa se le tratase y repitiendo muchas veces el dulcísimo nombre de Jesús, con el cual se despidió de la tierra con esperanzas firmes de gozar de Dios en el cielo. Fue maravilloso su talento de púlpito y extraordinaria la opinión que de su persona y buenas partes tuvieron cuantos le conocieron y el caso que de él y de sus cosas hicieron hombres graves y doctos; solía decir el Obispo de Córdoba, Don Antonio de Pazos, de quien arriba hicimos mención, que él miraba al Padre Diego de Acosta como uno de los antiguos Padres Doctores de la Iglesia. Tanto le estimaba.

Luego el año siguiente de 1586, partió la Armada de España contra Inglaterra, con gran número de navíos y gente lucida, y volvió destrozada de la fuerza de las olas y recios temporales sin poder hacer suerte en los enemigos, ni venir a manos con ellos (son altos y secretos los juicios de Dios, fueron en ella muchos padres de la Compañía, para ayudar y esforzar a la gente de guerra con pláticas santas y frecuente uso de sacramentos). Entre ellos fue el padre Gonzalo del Álamo, natural //188v. de Córdoba, hombre verdaderamente digno de todo amor y veneración, en cuya alma se agradó mucho Nuestro Señor. Era de buena estatura, hermoso de rostro, de tanta vergüenza y honestidad en su semblante como lo era en su corazón. Afirman de él haber conservado su cuerpo en perpetua virginidad, decíalo su modestia, su recato, su encogimiento, confirmábalo la pureza de vida y limpieza de sus costumbres. Fue para todos dechado de santidad, espejo de virtudes y en el acatamiento de Dios, puro y sincero. Recibía con alegría las adversidades, llevaba todos los acaecimientos con igual mansedumbre, sin iras, sin murmuraciones, sin quejas. Guardaba con prudencia el silencio religioso, madurez en sus obras, providencia de los peligros, caridad con otros, paz con todo el mundo. Todas estas riquezas nacían en este buen Padre del gran caudal y tesoro que tenía del amor divino. Este le traía muy alentado en los trabajos, fervoroso en los santos ejercicios, puntual en la oración, devoto en todas sus obras, humilde en todas ocasiones y siempre ocupado en hacer bien a los prójimos.

Testigos la ciudad de Sevilla y Málaga, donde él residió muchos años, testigos sus cárceles, sus hospitales, sus pobres, sus viudas y enfermos. Júntanse aquí los que en todo el reino se condenan al remo para distribuirse por las galeras; padecían extrema necesidad, tanto por la estrechura de las cárceles como por el desamparo de todo humano socorro. Enfermaban muchas veces, tenían el suelo por cama y el que alcanzaba una esterilla tomábala por regalo. Mostraba el bendito Padre con estos miserables el ardor de su cari-

dad, andaba entre ellos sin horror del lugar y malos olores, acomodábalos de todo lo necesario, buscábales medicinas, dábales de comer, confesábalos, animábalos con razones de Padre y mirábanle todos como a Ángel del cielo y sólo en verlo se congojaban, tenía gran cuidado de juntar a sus tiempos gran cantidad de arroz y trigo para repartirlos en limosnas y socorría no sólo a los pobres comunes y encarcelados, sino a todos, a las viudas, a los huérfanos y gente que por haberse visto en honra, no tienen aliento para acudir a puertos ajenos. Era llamado de todos el Padre de los pobres, amado y reverenciado de grandes y chicos, de plebeyos y nobles, con todos tenía mano, a todos servía, o bien en los trabajos del cuerpo, o bien en las necesidades del alma. Mañanas y tardes le hallaban en el confesionario, mientras hubiese que hacer sin negarse a nadie, y era la gracia que Nuestro Señor le comunicaba para tratar almas tan grande que la que una vez caía en sus manos no podía después hallarse fuera de ellas. Era grande el acierto de sus palabras, su trato fue siempre de Dios, con tanta dulzura que engolosinaba los corazones, y aun en el semblante y ademanes del rostro se le echaban de ver los vivos sentimientos de las cosas de Jesucristo en su alma. //189r.

Con ser profeso de cuatro votos y hombre muy docto, mayormente en la Teología moral, era tan humilde que estaba en presencia de todos como menor y dentro y fuera de casa se trataba con un desprecio de sí, como si fuera un niño; si algún rato hallaba desocupado del cuidado de los prójimos empleábalo en la cocina, ayudando al cocinero a escamar el pescado, a fregar los platos, o hacer otros ejercicios humildes a que siempre se mostraba inclinado, buscando luego remedio de sus muchas ocupaciones, por no perder ejercicios de humildad. Requisole una mujer con ciega afición y desdeñada de él y reprendida ásperamente fuese rabiosa al Rector, acusole del crimen en que ella había pretendido enredarle. Creyolo el superior pareciéndole persona quien lo decía de crédito. Tan poderosas son las ocasiones del menoscabo de otros que cuando en ellas nos vemos, se nos olvida cuánto bien sabemos de nuestros prójimos y más cuando son contra los que han ganado y tienen crédito de santos. Tratole ásperamente y sufrió las asperezas de él y su infamia con admirable humildad y paciencia, hasta que dándole Nuestro Señor a la mala mujer una enfermedad mortal dentro de pocos días, ella misma se desdijo con juramento y afirmó que había venido a aquel punto en castigo del agravio que había hecho a la santidad de este Padre.

Fue uno de los que pasaron a la Florida, en la jornada que ya dijimos, cuando martirizaron los bárbaros a sus compañeros. Estuvo en ella 4 años e hizo grande fruto en aquella gentilidad, especialmente redujo un cacique principal y a sus indios y acabó con ellos que recibiesen la fe de Jesucristo y adorasen su santísima cruz y la colocasen en su templo, destruidos primero los ídolos que adoraban en él. Fue así que un día señalado encendieron una gran hoguera en la plaza a donde viniendo el Padre y todos ellos en procesión, arrojaron todos sus dioses hasta que se convirtieron en ceniza, fijaron allí una cruz y volvieron con otra a su templo, donde se hizo la dedicación con mucho contento de todos y dijo la misa y predicó la fiesta con gran espíritu y devoción el buen Padre Gonzalo del Álamo, y aunque le guardó Nuestro Señor para otras empresas, padeció en ésta grandes trabajos por mar y por tierra. Estaban una vez todos con extrema necesidad para perecer de hambre y sin esperanza de remedio, el buen Padre compadecíase tiernamente de verlos en tal extremo, porque era sumamente misericordioso. Encomendó el remedio a Nuestro Señor e hízoles una plática esforzándoles a confiar

mucho en Dios, y díjoles con grande aseveración que aquel mismo día le enviaría Dios socorro, y así sucedió.

Hallose en la misión de las Canarias con el Obispo Don Miguel de //189v. Torres, en compañía del Padre Diego López, con el maravilloso fruto y gloria de Dios, que en su lugar contamos, y en la última que hizo en esta armada, fue mayor la prisa que se dio a caminar a Dios, encaminado a su servicio las almas. Y como piedra cerca del centro en los días últimos de su vida, corría con más fuerza en todos los santos ejercicios de oración, humildad, penitencia y edificación de los prójimos, fue mucho el amor, la estima y respeto que todos los soldados, capitanes y gente de mar habían cobrado a su santidad, y el dolor que con su muerte recibieron ellos y toda esta provincia, tan grande que no se puede olvidar. Reposa él con gran corona de gloria en la tierra de los vivos, ajenos en la mar en el galeón San Marcos, que contrastado de la furia de los vientos y fuerza de las olas se fue al fondo. Vieron desde otros navíos a toda la gente de este galeón en la plaza alta de rodillas, levantadas las manos y los ojos al cielo, pidiendo a Dios misericordia a voces y con lágrimas, y al buen Padre en medio de ellos absolviéndoles de sus pecados y esforzándolos para el desdichado trance.

## CAPÍTULO LXXXIV

### DEL HERMANO HERNANDO DE TORRES Y DE OTRAS COSAS DE ESTE TIEMPO.

Murió también en su compañía el Hermano Hernando de Torres, despertando a todos a hacer acto de contrición. Fue este Hermano portugués de nación; gran hombre en tratos de mundo y ejercitado en las mercancías. Esta codicia le sacó de su patria y le trajo a Sevilla donde oyendo una plática que un Padre de casa hacía en la plaza de San Francisco, de tal manera se trocó, que volviendo a su casa persuadió a su mujer que dejados otros cuidados del todo se empleasen en el servicio de Dios. Era por el año de 1569, cuando esto pasaba y continuábase en Sevilla la enfermedad de peste, que el año antes había comenzado. Parecioles buena ocasión para hacer un gran empleo de sus fervores. Concertáronse de ir a servir y curar a los heridos del hospital. En este heroico ejercicio puso dichoso fin a sus días su mujer. Libre él y desembarazado de las cargas del matrimonio, pidió entrar en //190r. la Compañía para ir sirviendo por el camino a los Padres que entonces partían para las Indias, con tal que allá le recibiesen por religioso. Enfermó en Cádiz estando para embarcarse y después fue recibido en la Compañía. Mostrose siempre fervoroso y devoto y aprovechose mucho del ejemplo y santa conversación del Padre Pedro Bernal, a quien siendo Provincial, acompañó muchos años. Pasáronse en este tiempo de Portugal a tierra de herejes algunos judíos, hombres ricos con sus haciendas y familias. Había tenido con ellos grandes tratos el tiempo que en el siglo trataba de mercaderías y teníales tan ganadas las voluntades, que ellos determinaron de atraerlo a su parecer para autorizar su huida del reino y la Religión, y valerse en sus inteligencias y buenas trazas en las ocasiones que se ofreciesen. Enviáronle a llamar a título de tratar con él de su reducción a la verdad para pervertirlo. Llamole nuestro Padre General Everardo a Roma y con su orden y la bendición de su santidad partió para Rusia, donde ellos le esperaban deseosos de convertirlos. En el camino vio en cierto lugar un convento de monjas poco reformadas y muy a peligro de agravios de solda-

dos por falta de la clausura. Diose tan buena maña que al fin lo reformó, púsole defensor de rejas y animó a las monjas a la observancia de su instituto. Llegó a Rusia, donde habiéndose recogido al hospital, fue visitado de los principales de aquella gente y hospedado en casa particular. Allí le acariciaron y regalaron y le dieron varios tientos para probar la constancia de su fe, hasta que últimamente quitando la máscara le persuadían que la negase. Ofreciéronle un rico casamiento, mostráronle una doncella muy hermosa con 25.000 ducados de dote. Tanto estiman los malos y tanto amparan con la ruina de un bueno. //190v. Reprendiolos él reciamente y reprimió con tanta severidad tan temerarios atrevimientos que se conjugaron de amenazarle de muerte si no desistía de su propósito. Hiciéronlo así y acometieron a ahogarle, mas viendo su entereza se acobardaron. A los cobardes el ánimo sólo del enemigo sin otra ofensa ni defensa de armas, les pone esposas a las manos y a los pies. Prosiguió por algunos días disputando con ellos y dábale Nuestro Señor tanta fuerza que apretados de ella intimaron a la sinagoga que so pena de 70 ducados ninguno disputase con él. Viendo que con gente tan obstinada por lo menos perdía tiempo, volviose a Roma con un [sic] del Sumo Sacerdote y Rabino de la ley que él había vertido a la fe.

Después fue en compañía del Padre Gonzalo del Álamo en esta armada donde con el fervor de su espíritu ayudaba grandemente a los prójimos. Pondré aquí un capítulo de una carta suya para el Padre Gonzalo del Álamo, que bastará por muestra de lo que ha dicho.

*"He comenzado a hacer imágenes para toda la armada, he hecho tres o cuatro mil y haré más de veinte mil de ellas, he hallado quien me de limosna para repartir rosarios a los soldados, marineros y grumetes de los navíos y a los galeotes de las galeras y galeazas que serán bien necesarios más de diez mil. Es cosa de grandísima edificación ver el fruto que se hace con esto. Dioles también un grano bendito. Es de mucha alegría ver el gozo con que lo reciben y para gloria de Dios y de su madre los han de poner al cuello el día de la batalla, porque así se lo digo y con esta condición se los doy. Que será //191r. ver veinte mil hombres con sus rosarios e imágenes al cuello, contra aquellos que las abominan y menosprecian. Sean Jesucristo y su Madre bendita glorificados en este misterio, etc.".*

Estos eran los pensamientos y deseos del buen Hermano, glorificar a Dios y por durar en todo la exaltación de su santa fe, con estos dio la vida, animando a los demás a recibir la muerte con verdadero dolor y arrepentimiento de sus pecados.

Hallábanse por este tiempo los Padres del colegio de Sevilla muy desacomodados de casa y escuelas por haber quedado gastados del año de 1581 en la compra del sitio y no tener posibilidad para edificarlo. Determinaron valerse de la mucha piedad y largueza de la ciudad, tan experimentada en semejantes aprietos. Y habiendo tratado de ello con algunos Regidores de los más graves y honrados, ellos lo propusieron al Ayuntamiento y declararon la necesidad que el colegio tenía de acomodarse de escuelas para enseñar a sus hijos y criarlos en la virtud y letras de que ya tenían experiencia. Deliberaron sobre ello inclinándose la mayor parte a favorecer la nuestra, mas no faltó quien por razones particulares contradijese y procurase impedir por entretener la última resolución y acuerdo. No olvidó el cabildo de la ciudad su acostumbrada liberalidad y magnificencia, ni el amor y voluntad que siempre tuvo a la Compañía, pudo hacer mella ninguna contradicción. Acordaron pedir al consejo licencia y con ella y la

de su Majestad el Rey Felipe II, dieron al colegio 16.900 ducados, en que por público pregón se remató la obra de las escuelas. Tomola por el tanto el colegio y comenzaron a labrar en 22 de septiembre del año de 1587 y con 5.000 //191v. ducados que de sus rentas y limosnas añadieron a esta dotación de la ciudad, edificaron el hermoso y suntuoso patio de escuelas, que hoy gozan con sus corredores altos y bajos, doce generales, y una capilla capaz para iglesia en el ínterin que se edifica la nueva. Una escalera de grandeza y traza vistosa, con otras oficinas de casa y habitación suficiente para sesenta sujetos.

## CAPÍTULO LXXXV

## EJEMPLARES SUCESOS DE ALGUNOS QUE POR ESTE TIEMPO SALIERON DE LA COMPAÑÍA.

En todos tiempos vela el demonio por hacer suerte en las mejores piezas de la casa de Dios, y como ninguna cosa más le congoja, que ver bien encaminada nuestra salvación y esta se endereza en la Religión, contra ella asesta sus tiros y los más altos homenajes de varones más señalados en partes y de mayor provecho en el mundo, esos bate con más furia y procura con más astucias derribarlos en tierra. Aconteció que un religioso de prendas, de buen púlpito, de facilidad y gracia en el decir, apacible a los seglares por su condición y estimado por sus buenos talentos, no sólo dentro, mas fuera de casa. Comenzó a desvanecerse con el aplauso popular y a estimarse y quererse poner en más punto de lo que permite la humildad religiosa. Pretendía ventajas en el trato de su persona y autotomábase las dispensaciones en leyes, que una de las mayores ayudas que tienen después del favor y gracia del cielo para cumplirse, es la igualdad con que a todos obligan. Dio lugar a la //192r. flojedad y amor propio, originales causas del desmedro espiritual, ruina de las religiones. Comenzaron los superiores a irle a la mano, que los tales, si con tiempo no se corrigen, cobran libertad con la exención del castigo y las pasiones crecen demasiadamente sin el freno de la observancia de vida y hacen cada día mas imposible la enmienda. Y como le compelían a los ejercicios de que ni tenía a gana, ni gusto, determinó buscar a título con que salir de la Religión sin pena y con honra; fingió deseo de mayor perfección y voluntad de pasarse a la Cartuja, tan justa causa para los que buscan encerramiento y soledad oportuna, para entregarse sin estorbos a Dios, como también honrada capa con lo que los inquietos procuran encubrir su propia voluntad y con que quieren justificarse mudanza en los extraños.

Mostró el suceso la verdad de su pretensión, porque en saliendo de la Compañía, hizo su posible hasta alcanzar absolución de sus votos y desobligarse del tránsito a la Cartuja. Pensó lograr sus talentos y malogrolos y malogrose, porque él que estando en la Religión era regalado y honrado de todos, después se vio fuera de ella, tan abatido y necesitado que le fue forzoso para sustentarse pretender el curato de una pobre aldea, y allí le persiguieron hasta levantarle testimonio infamándole de un crimen feísimo. Estuvo preso por él públicamente muchos meses. Valiose en esta ocasión del abono de la Compañía, y con ésta y otra diligencia al fin salió libre, mas tan afrentado y confuso que le pareció necesario pasar a Indias, pensando medrar en este camino en autoridad y hacienda. No quiso Dios que hallase lo que buscaba, //192v. embarcose para nunca

desembarcarse, porque la nao en que iba corrió tormenta y padeció naufragio cerca de tierra y aunque todos los pasajeros y gente de navío se salvaron fácilmente y salieron a tierra, él sólo pereció. Fue así que arrojándose al agua dio con la cabeza en una roca y la esparció de sus sesos y el cuerpo tragaron las olas para manjar de los peces.

Raro ejemplo de los secretos juicios de Dios, que siempre siguen a los que huyen de sus manos y malogran sus vanos intentos para poner seso a los inquietos y peso a la gente liviana, y que no hacen asiento en los que una vez pusieron con Dios. Dejó la honra que alcanzó en la Religión, pensando acrecentarla fuera de ella, perdió la que tenía y cargose de afrentas. No sufrió el rigor de la disciplina religiosa como debía, no le sufrió a él la propia tierra suya en quien halló no madre sino madrastra. No le sufrieron las ondas en quien pensó hallar acogida en la tempestad y amparo en la pobreza y por escapar de la una y de la otra, ni alcanzó hacienda y quedó sin vida. Pagos son que da el mundo a quien de él se paga.

Tal lo dio también a otro religioso de esta provincia que salió de la Compañía y se fue a Roma a pretender beneficios. Alcanzolos mas no los gozó como él pensaba, porque volviendo a España quedó ahogado en el mar.

Conocí yo un mancebo de gran ingenio, criado en virtud y con buen caudal de letras que despreciando las vanidades y engañosos halagos del mundo, deseó la Compañía y la pidió con mucho fervor y devoción, mas luego que fue recibido se resfrió y trocó de manera que ni razones, ni ruegos, ni //193r. persuasiones de amigos bastaron para detenerle. Confesaba él que nada le había de suceder bien, que había de vivir afrentado en el siglo y decía que con todo eso no podía hacer otra cosa consigo. Fue como él dijo, que salió de la Compañía y hallándose muy corrido del hecho, determinó irse a Roma, donde con las ayudas de sus padres y parientes, que eran ricos y honrados y con las buenas muestras que de su ingenio y letras daba en los concursos y oposiciones, ganó fama y opinión del hombre docto y estuvo en punto de medrar mucho. Mas derribole presto Dios de él, porque en breve perdió el juicio, tornose loco y fue comparado a las bestias incipientes y hecho semejante a ellas. Volviéronle a España donde acabó la vida en prisiones.

Otro predicador hubo, noble por su linaje y acreditado y tenido en mucho por su talento, y que fundado en oración y humildad pudiera ser de provecho en la iglesia y de honra a su Religión. Dio en desasosegarse hasta que hubieron de despedirle. Viose fuera en gran pobreza y miseria, tanto más dura de sufrir, cuanto sobre mayor obligación de tratarse conforme a su calidad y nobleza. Echó menos lo que en la Religión no le satisfacía y pretendió un beneficio curado en cierto lugar con que comenzó a pasar-lo mejor, mas ni aún de esto quiso Dios que gozase mucho tiempo, pues estando una vez en el púlpito le arrebató una cadente mortal como de apoplejía, con el cual cayó sin sentido y acabó la vida tristísimamente.

## CAPÍTULO LXXXVI

### DE LA SANTA VIDA Y EJERCICIOS DEL PADRE RODRIGO ÁLVAREZ. //193v.

El Padre Rodrigo Álvarez, fue uno de los varones más señalados en santidad de esta provincia y más enriquecido de dones y gracias espirituales, como aquí las escribiremos. Su padre fue de nación portugués y su madre natural de Palencia, ciudad en Castilla la Vieja, de donde ambos se fueron a vivir en África en unas ciudades que entonces poseían en ella los reyes de Portugal, y se llamaban Azamorzafir y Arzila: Nació en una de éstas el Padre Rodrigo Álvarez por el mes de septiembre del año de 1523 y crióse en ella hasta que habiendo el Rey Don Juan III de Portugal dejado a los moros estas ciudades, ellos se pasaron a España. En la navegación padecieron tan gran tormenta, que con no ser ella muy larga, fueron forzados a detenerse mucho tiempo en la mar. Faltoles el agua y de pura sed, el niño como más tierno, vino a perder él uno de los dos ojos. Llegaron a la costa de España e hicieron asiento en la ciudad de Lebrija, a las marismas del Betis, fundación según escriben de Dionisio, capitán griego, que entró por la costa de Andalucía el año de 1325 antes del nacimiento de Cristo, a quien llamaron Baco los gentiles y le consagraron por Dios. Allí estudió las primeras letras, hasta la Gramática, después cursó en la Universidad de Alcalá estudios mayores de Artes y Teología. Volviose a Lebrija por fin de noviembre del año 1543, tuvo allí familiar trato y estrecha comunicación con Gómez Camacho, hombre seglar y casado, de rara virtud y muy ilustrado del cielo, a quien el Padre llamaba su Padre Espiritual, por lo mucho que había sido ayudado en espíritu de sus consejos y ejemplos.

Sintió desde niño grandes impulsos e interiores inspiraciones a la virtud, e hízole Nuestro Señor particulares mercedes desde que tuvo uso de razón, mayores después de haber salido de los //194r. estudios, porque en ellos remitió algún tanto el rigor de los ejercicios espirituales y se le entibió un poco la devoción, librole de muchos y graves peligros de cuerpo y alma, de enfermedades gravísimas, de trances de muerte, de varias tentaciones de Satanás y padeciolas cuando mozo gravísimas contra la castidad y ellas con tanta fuerza y vehemencia que le hacían dar voces a Dios y salirse por los campos y soledades clamando al cielo y diciendo: *Señor fuerza padezco, responded por mi Dne vim patior, responde p me*. Mas con él con tanta constancia y fortaleza que ni juntaba una mano con la otra, ni un pie con otro ni alcanzaba los ojos a mirar mujer, ni cosa que pudiese despertar en él tales pensamientos. Domaba su carne con ásperas penitencias y llamaba en su ayuda a la bienaventurada siempre Virgen María, Nuestra Señora, como a defensora y Madre de toda su santidad y limpieza. Si grandes fueron sus batallas, grandes fueron sus vencimientos, grandes sus triunfos y el premio de ellos un pedazo de cielo en la tierra y un corazón como de Ángel en cuerpo mortal. Apareciósele aquel Señor, por quien él así peleaba y mandó al espíritu de fornicación que le dejase y no le tocase, desde entonces nunca más sintió aquella rebelión de la carne, ni aquellos movimientos y pasiones sensuales, sino tan grande serenidad del espíritu y una sujeción y obediencia de todos los afectos a la razón, que vivía y trataba como si estuviera desnudo de todos ellos. Quedó con entrañable amor y afición a esta virtud y para no perder la merced recibida, huía todas las ocasiones, excusaba visitas y pláticas, no sólo peli-

grosas sino también necesarias. Hablaba de ella con las personas que trataba con gran sentimiento y persuadíale mayormente a los mozos con muchas veras, con vivas razones y ejemplos y de tal manera consagró él a Dios su carne y espíritu, que afirman personas de crédito y que tuvieron con él estrecha amistad y comunicación espiritual, que permaneció virgen por toda su vida. Dejáronle sus Padres rico patrimonio, mas escogió la pobreza de Jesucristo y repartiolo todo en los pobres y para //194v. sustentarse y hacer algún provecho en los prójimos puso escuela de gramática, enseñando juntamente letras humanas y divinas virtudes a los mancebos. Persuadiole alguna gente devota que se ordenase sacerdote para ayudar con más provecho a las almas y ofreciéronle para ello patrimonio bastante. Vino a Sevilla desde Lebrija y presentándose al Provisor del Arzobispo, le dijo de esta manera: *Aquí me presento ante vuestra merced, si viere que para honra de Dios y servicio de su iglesia conviene ordenarme, vuestra merced lo haga, y sino no, que sólo pretendo agradar a Nuestro Señor*. Reparó el Provisor y mirando con atención respondiole: *siento acá dentro que me mandan ordenarle y no puedo dejar de hacerlo*; dispensole en la falta de los ojos, y en cuatro o cinco días le hizo ordenar de todas ordenes, por noviembre del año 1552. Comenzó a ejercitar el ministerio de sacerdote con pureza de vida y cuidado del bien de los prójimos. Sirvió en Sevilla a los pobres del Hospital del Amor de Dios en el oficio de cura y continuó también le enseñanza de gramática hasta que Nuestro Señor le llamó para la Compañía.

## CAPÍTULO LXXXVII

## DE LA VOCACIÓN DEL PADRE RODRIGO ÁLVAREZ A LA COMPAÑÍA Y ALGUNAS DE SUS VIRTUDES.

Refieren algunas personas, siervos de Dios, a quien por justas causas y con orden del Superior el Padre franqueó sus secretos, haber sido milagrosa su vocación a la Compañía. Visitole Nuestro Señor en varias veces y la gloriosa Virgen María en forma corporal y visible los primeros años de su vida espiritual, y después con muchas ilustraciones en el entendimiento, con tanta fuerza y claridad que de ellas quedaba grandemente alentado en el servicio de Dios y confirmado en los misterios de su santísima fe: Apareciole una vez Cristo, Nuestro Señor, y díjole Sígueme. No entendió el buen sacerdote cómo le seguiría, si en el estado que entonces tenía o si mudaría linaje de vida consagrándole su libertad en la Religión, y en cuál de ellas le sería más agradable servicio. Suplicole a Nuestro Señor (a quien era especialmente devoto y decía que no tenía a satisfacción de la virtud //195r. de quien no lo era) le hiciese merced de declararle la voluntad de su hijo y el cómo le seguiría. Respondiole la Santísima Virgen que entrando en la Compañía. Partiose luego de Jerez (donde a la sazón estaba) a Sevilla a pedirle al padre Doctor Diego de Avellaneda, que entonces era Provincial en Andalucía; el mismo día que llegó de Jerez se había partido el otro para Marchena; sintió mucho su ausencia por el estorbo o entretenimiento que causaba a sus fervorosos deseos, mas el Señor, que le había mandado ponerse en aquel camino, se lo aparejaba con su eterna disposición y providencia maravillosa. Cogiole al Provincial en Mairena, lugar en la mitad del camino, doce millas de Sevilla, una calentura tan recia que le obligó a dejar el viaje y volverse a la noche a Sevilla. El día siguiente entró el Padre Rodrigo Álvarez a visitarle y pedir-

le la Compañía. Estaba presente el Padre Ignacio de Fonseca, Padre antiguo en la provincia, de mucha prudencia, mucho celo y santidad conocida. Y como ambos vieron un hombre entrado en edad, tuerto de un ojo, mal agestado y de semblante feo y desagradable en la manera del hablar, repararon en su demanda. Suspendió el acuerdo y acrecentó la admiración el nuevo modo de representarla, porque refiriendo él mismo estas otras semejantes faltas de su persona, añadió que si con ella se había de ser escándalo en la religión que no pedía le recibiesen, mas que si lo contrario juzgasen les instaba que lo hiciesen por servicio de Jesucristo, Nuestro Señor. Miráronse los Padres y preguntó el Provincial al Padre Fonseca, qué le parecía aquel negocio. Respondió que interiormente le movían a dar su parecer para recibirle. Lo mismo, replicó el Provincial, pasa por mí, y así le dejaron admitido desde luego en la Compañía, lunes 12 de agosto, día de la gloriosa Santa Clara, milagrosa discípula de San Francisco y maestra de la humildad y pobreza, que el buen Padre venía a buscar en la Religión, el año de 1566, y siendo él de edad de 43. //195v. Hízose luego niño con los niños y siendo antes maestro de espíritu puso el suyo en manos del Superior con tanta resignación y verdad, como si nada supiera de la vida y ejercicios espirituales. Fue grandemente exacto y perfecto en la observancia religiosa, pobrísimo en su persona, humilde en sus acciones sin ningún resabio de liviandad, muy dado a la penitencia y mal tratamiento de su carne; en la obediencia tan pronto que estando una vez con vehementísimos dolores de piedra, quejándose con razón y enviándole el Superior a decir que procurase no inquietar el reposo de los vecinos, él se sufrió de manera que no se le oyó más gemido ninguno. Pudiendo dar a muchos consejo y siendo consultado de ellos, los remitía por su humildad a otros Padres diciéndoles que por ellos les enseñaría Nuestro Señor y ellos consultaba a menudo, guardando más ordinariamente con los superiores este decoro y no queriendo decir su parecer en cosas graves sin tener primero licencia o haberlo comunicado con ellos. Parecía más excelente esta virtud cuando parezcan sus excelencias y los dones extraordinarios que para este efecto Nuestro Señor le había comunicado. Era ferviente amador y honrador de la fe y sería a este amor y estima tan impresa en su corazón y su alma tan ofrecida a su servicio, que todas sus palabras y obras olían a fe; de ésta hablaba de ordinario con sus discípulos, tan alta y suavemente y con palabras de tanto peso y precio que todos le oían con igual gusto y admiración y aunque muchas veces de unos mismos misterios, siempre les pareció que en su boca eran muchos. Por esta fe deseaba morir y pedía a Dios continuamente en sus oraciones que no le sacase de esta vida, sino bebiendo primero el cáliz de su pasión. Para esto se ensayaba toda la vida que en él fue un continuo martirio de largas y penosas enfermedades, con excesivos dolores de piedra y riñones que el fin le dieron la muerte, los cuales //196r. él tenía como por regalo de la mano de Dios, él los padecía, no sólo con paciencia y sufrimiento sino con alegría y gozo admirable. Pondré aquí las palabras con que esto decía el santo varón, escritas de su mano, para repetirlas a menudo y conservar la memoria de sus santos propósitos y poderlos renovar mas frecuentemente y con menos dificultad en medio de sus dolores.

## CAPÍTULO LXXXVIII

## CÓMO LLEVABA EL PADRE RODRIGO ÁLVAREZ LOS TRABAJOS Y CUÁNTO AMABA Y ESTIMABA LA FE.

*Domingo (dice el mismo Padre) último de diciembre de 1582, se resolvieron los médicos ser esta enfermedad que padezco de piedra, la cual naturalmente según la sentencia de todos ellos poco a poco me acabará la vida y según me va apretando parece que antes de mucho me acabará. Mas tengo esta enfermedad y trabajo por particular regalo y misericordia de Nuestro Señor, porque me previene y dispone antes para que me apareje al bien morir. Muchos años ha que en todas mis oraciones pido a Nuestro Señor don de martirio y hámelo conmutado su Majestad en esta enfermedad que según dicen los médicos es un martirio largo y pues su Majestad me ha hecho tan señalada misericordia "ut in hacre me fecerit conformem ad imaginem filis sui, qui pasus est pro nobis, relinquens doy, exemplum, ut se quamur vestigia eig propterea benedicam Dno in ri tpe, et semper laus eig erit in ore meo, et propt hoc beneficium, et costera alia, anima mea benedicat Dno, et ora gus intra me sunt domini sancto eius. Yo acepto libremente este trabajo y enfermedad que Dios me da por su eterna providencia, como si me lo diera a escoger //196v. y lo pusiera en mis manos. Et sic volens, et libens volovibere hunc calicem de mance dni nostri Iesu Cristi p. quo et caeteris omnibus in aeter nus agam gratias, y porque no sabré cómo deba agradecer, ni dar las gracias debidas por tan señalada misericordia pido a mi Señora la sacrantísima Virgen María, Madre de Dios, y a todos los Santos de la corte del cielo, que agradezcan y den gracias por mi a Nuestro Señor y me alcancen particulares favores y fuerzas para que lleve este trabajo con mucha paciencia y conformidad con la divina voluntad y con grande alegría, pues me cupo alguna partecica de la cruz sacrantísima de Nuestro Señor Jesucristo.*

*Mas porque según la experiencia enseña, los dolores de esta enfermedad pueden ser tan grandes que me saquen de juicio digo, que si ésto acaeciere y yo con falta de seso y sentido dijere algunas cosas no bien dichas que parezca que tiran a infidelidad o blasfemia o a desesperación y desconfianza, o impaciencia, o a otras cosas semejantes, digo que desde ahora las doy por locura y desatinos y me remito a lo que tengo dicho, que es, quod volo benedriare Dno in oitp., sive prosperit is, sive tribulatis, vitis et mortis?, y que creo y tengo y protesto de tener y creer todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, como hijo, que siempre he sido y soy al presente, y confío en su divina Majestad que lo seré hasta el fin de mi vida, porque estoy muy fiado de la infinita bondad de Dios que me dará su copiosa gracia y particulares favores para que acabe la vida en su divino amor y en la confesión de su santísima fe, por la pasión y méritos de nuestro redentor Jesucristo, y por las intersecciones y*

*merecimientos de la sacrantísima Virgen María, su glorosísima Madre y de todos los santos de la corte del cielo, y juntamente por los santos sacrificios y oraciones de los demás sufragios de la Santa Iglesia Romana y especialmente por los de mi Religión y de mis devotos, y por lo mismo confío y espero de ir a ver y proveerá Dios (en una visión y //197r. fruición consiste la bienaventuranza del hombre) el cual es trino y uno Padre y Hijo y Espíritu Santo, etc.*

*Así prometo a Dios todopoderoso delante de la gloriosa Virgen María y de toda la corte celestial, de guardar y remeter perpetuamente los sacramentos y católica fe y de vivir y morir en ella y de padecer por su defensa, cuando la caridad o necesidad lo pidiere, cualesquier tormentos aunque más graves sean y la misma muerte, ésto es sufrir martirio de todo mi corazón por la concesión de esta santísima fe. Demás de esto confiado por toda mi vida los mandamientos de la ley de Dios y de la Santa Iglesia Romana y así humildemente pido a Nuestro Señor Jesucristo que me favorezca para que hasta la hora de mi muerte ponga por obra lo que he prometido y lo que de nuevo prometo de vivir y morir en la Compañía de Jesús, y porque es verdad que ésto siento y tengo firme propósito de sentir hasta el fin de mi vida, lo firmo en mi nombre hoy sábado día de los Reyes 6 de enero de 1582.*

Tenía gran reverencia y estima de los sacramentos de la Santa Iglesia y guardaba en particular el sello y secreto de la confesión sacramental, con tanta perfección y cuidado que entre las firmes determinaciones que él tenía escritas, si bien en papel para poderlas repetir muchas veces, mucho más en su corazón para cumplirlas. Una era la de no tratar de pecados oídos en confesión, ni aun en general, lo cual él cumplía puntualísimamente diciendo que con semejantes pláticas se suelen perturbar y ofender los cobardes.

Huía de los pecados graves como de sierpes ponzoñosas y nunca cometió pecado venial a sabiendas, o como llamamos los teólogos de elección; especialmente aborrecía el vicio común de la murmuración y obligose con voto particular a Nuestro Señor de jamás tocar con palabras de ofensa //197v. a persona alguna presente ni ausente, mayormente a sacerdotes o religiosos, de quien él trataba siempre con grande veneración no consintiendo jamás que en su presencia se nombrasen sus vicios y en semejantes ocasiones corregíase y corregía a los otros con el mandamiento particular de las divinas letras diciendo: *Noli me tangere Christos meos*. Este mismo decoro guardaba con los Prelados y príncipes, a quien ni aun livianamente sufría que se tocase, defendiéndolos con lo que Dios dice de ellos: los Reyes reinan por mí.

Aprovechábase mucho de la sagrada lección de las escrituras y de los libros devotos y leía cada día en ellos y añadía siempre un capítulo de la Biblia. Demás de ésto traía muy en las manos las Constituciones y Reglas para enseñarlas, como él decía, y cumplirlas. Sus pláticas en todos tiempos y lugares sólo eran de cosas que pudieran levantar y encender los ánimos a la piedad y religión, cuando en su presencia se trataban otras callaba y oía por no ser pesado a los otros. Rezaba obra de las horas canónicas el oficio menor de Nuestra Señora a quien, como he dicho, tenía muy particular devoción;

guardaba con perpetuo silencio los secretos que le encomendaban, con tal ley, decía él, que la caridad no se quebrantase porque entonces sería guardar fe al crimen.

En todas sus buenas obras procuraba que saliesen circunstanciadas de cuatro cosas afines que fuesen: para mayor gloria de Dios; para mayor merecimiento de la caridad; para ejemplo de los prójimos y para vergüenza y confesión de sí mismo.

Todas estas cosas tenía el buen Padre escritas para que estén, dice él mismo, apegadas y enclavadas más altamente en mi corazón, para que así con más facilidad cumplan ministerio como aconseja el Apóstol, la gloria, el mando, la acción de gracias sea dada a Dios Omnipotente, Padre y Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén. //198r.

## CAPÍTULO LXXXIX

## DE LA MUCHA CARIDAD DEL PADRE RODRIGO ÁLVAREZ PARA CON DIOS Y PARA CON LOS PRÓJIMOS, Y DE LA EFICACIA DE SU ORACIÓN

Ardía el amor de Dios en su corazón y tenía el de Jesucristo, Nuestro Señor, tan entrañado en el alma, que parece no le cabía en ella y le salía por la boca en palabras tan vivas y encendidas que prendía fuego en los ánimos de los que lo oían. De aquí nacía la milagrosa eficacia que en ellas tenía para atraer a todos a la virtud y aficionarlos al servicio de su criador. De aquí las ventajas de santidad que se vieron en sus discípulos, de que hoy día permanecen testigos fieles en las palabras y obras; no se quedaba este amor sólo en Jesucristo, antes en él y por él abrazaba a todos y los tenía tan en sus entrañas que sentía sus males tanto como los propios y les socorría en todos sus trabajos, mayormente en los espirituales del alma de que tenía particular don y gracia del cielo y cuando podía también en las necesidades del cuerpo, y ejercitábase y ejercitaba a los otros en frecuentes actos de estas virtudes; cual vez decía con mucho afecto del corazón: *yo saco cuantos cautivos hay en el mundo por agradar a Nuestro Señor, cual yo hago montes de piedad en todas las ciudades del mundo para que se remedien las necesidades //198v. de los prójimos. Otras veces yo edifico iglesias y hospitales en todas las partes donde sabe Nuestro Señor hay necesidad, para que los hombres sean enseñados y aprovechados en las virtudes y remediados en sus trabajos y enfermedades.*

Cuando consolaba a un afligido o confesaba, o aconsejaba, o hacía otra cualquiera buena obra por alguno de tal manera y con tal ánimo la hacía como si la hiciera por todos los hombres del mundo, confesándolos y remediándolos a todos en uno, cuanto era de su parte y de su deseo. Ésta era su enseñanza, éstos sus ejercicios por todo el día y por toda la noche, cuando le quitaban el reposo de ella los muchos dolores de su enfermedad, con estas pláticas entretenía a sus discípulos y con otras semejantes de los misterios divinos, de los cuales hablaba tan profundamente y con tan extraordinaria suavidad y dulzura que suspendía los corazones y los abrazaba en amor de Dios y estima de su santísima ley y agradecimiento de todos sus beneficios. Inmensa cosa sería querer contar las cosas y efectos particulares que por medio de sus palabras obró Dios en las almas de muchos y aun sólo con su presencia. Llegaban a él muchos afligidos y atribulados, ya con desconsuelos y tentaciones de espíritu y oyéndole, o viéndole aun sin descubrirle, ni tratarle de sus trabajos partían de su presencia consolados y libres.

Hallose un penitente suyo muy triste y atajado porque le apretaban sus acreedores por la paga de un tercio de la casa //199r. donde vivía y no tenía de que pagarlo, fuese al bendito Padre Rodrigo Álvarez y representole el aprieto y necesidad en que estaba, compadeciose mucho el buen Padre y encomendándolo con afecto a Nuestro Señor sacó su pañuelo y dándoselo le dijo que pagase con él todo lo que debía. Recibiole el otro y halló en él cabalmente lo que debía y pagándolo salió de la aflicción suya y publicó la maravilla que Nuestro Señor había obrado por intersección del buen Padre. El cual ni entonces, ni en otro tiempo había tenido dineros en el pañuelo, ni en su poder y aquella vez le habían hallado allí por merced de Nuestro Señor a instancia y oración de su siervo para remedio de la necesidad de su prójimo.

Otra vez le hurtaron a un buen hombre como 200 reales de un tejo de plata y por las oraciones e intersección del mismo Padre le acrecentó Nuestro Señor en él la misma cantidad que le habían hurtado.

Tenía especial devoción de visitar a los pobres de los hospitales y exhortábalos con santas conversaciones a llevar con paciencia los trabajos y males de pena y a huir con diligencia los males de culpa y en ésto y en remediar sus necesidades corporales ocupaba también las personas con quien trabajaba.

Compadecíase grandemente de los afligidos y enfermos, rogaba a Dios fervorosamente por ellos y por sus ruegos obraba el Señor cosas maravillosas, consolándoles y dándoles salud por caminos extraordinarios. Hallose un hombre en un grande trabajo //199v. y vino a favorecerse de su oración; reportose un poco el buen Padre y díjole vaya a la Madre de Dios y pídale de mi parte que se lo quite. Obedeciole y oyó a entrambos la Madre de Misericordia de tal manera que al mismo punto que ante su imagen se puso, quedó totalmente libre de su aflicción. Tanta era la cabida y devoción que con esta Señora tenía y tan grandes las prendas de amor y confianza que le había dado visitándole y regalándole con su divina presencia muchas veces y mandándole expresamente (como arriba dijimos) que entrase en la Compañía de su hijo santísimo.

Saliendo un día de casa para visitar, como solía, los pobres del hospital, le ordenó el Superior se volviese atendiendo a la falta de salud con que entonces andaba, dijo él a sus discípulos que fuesen ellos a consolar los enfermos en su nombre. Hiciéronlo así y hallaron entre otros un pobre tullido desesperado ya de remedio y muy afligido con el desamparo de su mujer e hijos, que fuera de su trabajo, no tenían socorro en la tierra. Animáronle y esforzáronle a confiar en Dios con las palabras y razones de su maestro e hicieron a su mujer alguna limosna. La mañana siguiente despertó destullido y sano del todo el enfermo, y pidiendo su vestido se lo puso y fuese a su casa donde fue recibido con regocijo y admiración, atribuyendo todos esta maravilla a los merecimientos del Padre y a la oración con que a más no poder suplicó su presencia.

Estimaba en su corazón y honraba exteriormente a todos //200r. con verdadera humildad y especialmente miraba mucho por el buen nombre de sus hermanos. Aficionose a uno de ellos una mujer, hizo diligencias para vencerle y hallando en él resistencia tomó por injuria el desdén y determinó de vengarla. Es fuerte en la afición la mujer e irreparable en la ira, trocó el amor en odio, el deseo de gozarle en apetito de atormentarle. Fuese al Superior y quejose del Padre diciendo que la había solicitado y el coraje que tenía de haber sido desechada fingió ser de verse agraviada (nacieron para fingir) y para hacer más creíble su falsedad, dio señas conocidas, señalando el lugar por

donde y las piezas de casa donde entraba con ella (sabía todos estos pasos y lugares de mucho tiempo antes que entrara la Compañía en aquella casa). Escandalizáronse grandemente del caso los superiores, al fin como de cosa tan nueva y tan grave y con ser el religioso de quien deponía la mujer muy siervo de Dios, y tan ajeno de culpa que en este género jamás la tuvo, ni en la Religión, ni fuera de ella en su vida (así lo afirmó el mismo Padre Rodrigo Álvarez que había conocido y tratado su alma). Con todo eso no pudieron méritos pasados librarle de la sospecha presente. Pusiéronle en grande aprieto con mucha lástima del buen Padre Rodrigo Álvarez, el cual, no sin particular impulso del cielo, se fue al Superior y le dijo que aquel Padre era de vida inculpable y de inocentes costumbres y falso el crimen que la mujer le imponía, cuya verdad se vería muy presto. Después llamó a la mujer y reprendióla //200v. de su pecado ásperamente, mandola que declarase la causa y falsedad de la acusación para alcanzar de Dios perdón de su culpa. Admirose ella de que el Padre supiese su corazón y arrepentida de su delito declaró ante los superiores haber levantado testimonio al buen religioso en venganza de su desdén y constancia de no dar lugar a sus ruegos. De esta manera restituyó el bendito Padre la honra al religioso y a la mujer la salud del alma perdida por el pecado.

Vino a él un estudiante grandemente perseguido y combatido de tentaciones y espíritu de desconfianza muy congojado y diole cuenta de la tristeza, aflicción y caimiento de su alma. Hagamos oración, le respondió el Padre que yo siento al contrario que os habéis de salvar. Hiciéronlo ambos así y apenas habían rezado un Ave María, cuando al mancebo le sobrevino una alegría y gozo del cielo en el corazón, tan extraordinario que no le cabía en el alma y le redundaba también en el cuerpo y desde entonces quedó con gran serenidad y sosiego de espíritu y con firmísima confianza de su salvación. Pasáronle muchos casos semejantes a éste, que por serlo me tengo por excusado de referirlos.

## CAPÍTULO XC

## DE LA DISCRECIÓN DE ESPÍRITUS QUE NUESTRO SEÑOR LE COMUNICÓ, EL FRUTO QUE CON ELLA HIZO Y EL ABORRECIMIENTO QUE POR ELLA LE TUVIERON LOS DEMONIOS. //201.

Fue maravilloso el don que Nuestro Señor le comunicó para discernir espíritus, para desenmarañar los enredos del demonio, para desengañar ilusos y traerlos al camino de la verdad y para dar miedo y trazas en todos los negocios espirituales de las almas. Ninguno llegó a él a pedirle consejo, dirección o ayuda que no hallase en él cuanto deseaba. Especialmente los novicios, en la virtud, tenían en él grande arrimo y consuelo en las molestias que ordinariamente suelen padecer con pensamientos y tentaciones de pusilanimidad y descontento de la vida que comenzaron. Y acontecía muchas veces ir a él tan ahogados y tan gastado el caudal de la paciencia y fuerzas de espíritu que les parecía (según era el rigor de la tempestad y la carga que les daba el demonio para derribarles) que ya no había Dios para ellos y en oyendo al Padre recibían nueva luz, nuevo esfuerzo y nueva confianza y aliento para continuar el servicio de Dios, y salían tan trocados de su presencia que ellos mismos no se conocían.

Hubo un hombre principal y devoto, entretenido en santos ejercicios y meditacio-

nes y cuidadoso en la vida espiritual, aunque engañado con varias ilusiones de Satanás. Loaban todos y aprobaban el espíritu y manera de proceder del hombre en la devoción. Examinole el buen Padre y desengañó a los que le trataban diciendo que el espíritu que interiormente le gobernaba era espíritu de mentira, no de Dios, ni verdadero. Causó al principio novedad y aun pesadumbre este parecer a los que se habían embarcado a favorecerle con el contrario. Mas luego descubrió Nuestro Señor claramente lo que el Padre les había afirmado, porque estando un día confesando algunos de sus penitentes tomó este caballero su vez y puesto ante él de rodillas comenzó a mudar colores y trocar el semblante en terrible figura y con extraña fiereza se levantó del suelo y asiendo del Padre le trajo a maltraer //201v. queriéndosele comer a bocados y diciendo a voces este perro tuerto le quiero mal desde que nació. Acudieron los presentes y libráronle de sus manos. Diose traza después de recogerle algunos días en casa para que el Padre le diese bastante medicina y aun estando allí hizo el demonio con él de las suyas, porque le llevó por el aire una noche a la casa de las mujeres perdidas y poniéndole en el aposento de una de ellas se apartó de él y le dejó en su libertad y juicio para hacerle pecar. Cuando el otro abrió los ojos y se halló en tan feo y abominable lugar concibió grandísimo horror y saliendo de él volviose muy aprisa a la Compañía, donde refirió al Padre este suceso y confesó que el Padre Rodrigo Álvarez le decía puntualmente lo que pasaba en su corazón, y por este medio al fin y por las oraciones del bendito Padre fue libre del espíritu malo que le seguía. Contó él mismo después que comenzando un día a descubrir su alma con el buen Padre se sintió trabados los sentidos y atada la lengua sin poder hablar ni una palabra y mirando al padre le vio hacer la señal de la cruz sobre el corazón y poner la mano en aquel lado donde solía traer un pequeño crucifijo, debajo de la sotana, como quien sentía y conocía los autores de aquel enmudecimiento. Volvió otro día y díjole al padre que lo que él llamaba melancolías (porque las padecía fortísimas) eran demonios, que lo encomendase a Nuestro Señor y él haría lo mismo. Hizo por él oración aquella noche el bendito Padre y cuando a la mañana despertó el caballero abrió los ojos y sintió que le quitaron una carga muy pesada de sobre los hombros y su alma fue llena de celestial alegría, la cual reconoció él haberla recibido por las oraciones del Padre. //202r. Fue luego a verse con él y antes que le tratara nada de esto le dijo el Padre con mucha blandura, bueno está ahora, como quien veía lo que pasaba en su corazón. De esta manera desengañó el Padre a muchas otras personas a quien el demonio traía por caminos herrados, cual era el de una mujer recogida, a quien muy de ordinario se le aparecía en figura de un hermosísimo Jesús y se recostaba en sus brazos y la regalaba con palabras fingidas para despeñarla en pecados y errores. Habían aprobado su espíritu varones doctos y religiosos, mas advirtiola el Padre de este peligro y echose de ver el que con esta falsa apariencia la entretenía que no fuese a misa muchos días de fiesta, pues teniéndole consigo no tenía que irle a buscar en la iglesia. Abriole el Padre los ojos diciéndole, que teniendo la santísima Virgen consigo al verdadero Dios niño, fue a Jerusalén en cumplimiento de los mandamientos de Dios y con su enseñanza y oraciones la salvó del peligro en que estaba.

Por diferente manera y mucho más peligrosa llevaba el demonio a muchas otras religiosas mujeres a la perdición y so color de favores del cielo. Examinaron las personas graves y doctas y ninguna daba fondo a sus ilusiones, antes envidiaban los regalos con que pensaban ser favorecidas de Dios en extraordinarias revelaciones. Llegó el negocio

a tanto que le hizo el demonio entender que era el Espíritu Santo y en confirmación de ello, el día de su festividad, descendió visiblemente sobre ellas en lenguas de fuego y de la grande suavidad que una de ellas había recibido con este favor dijeron que había perdido la vida y las demás hablaron //202v. también en lenguas que no sabían. Hicieron particular examen sobre este caso personas a quien tocaba hacerlo. Admirábanse todos y daban gracias a Dios por el don que entendían ser de su mano y eran embustes y lazos del enemigo; sólo el Padre Rodrigo Álvarez dijo sabiéndolo que el espíritu de aquellas mujeres no era de Dios sino del demonio y los que llamaban regalos del cielo ensayos y principios de los tormentos eternos. Mandáronle sacar en limpio lo que decía y habiendo hecho su diligencia descubrió muchas ilusiones diabólicas, grandes errores y abominaciones que el demonio les persuadía ser gustos del cielo y por su medio y doctrina libró el Señor estas almas de tan enormes engaños y las redujo al camino de la verdad.

Otro hombre criado en virtud muchos años y tenido por santo, comunicó las cosas de su alma con él, y aunque luego entendió que le traía el demonio engañado suspendió el declarárselo por entonces, juzgando que según la presente disposición no le sería medicina el aviso sino ponzoña. Díjole que le diese por escrito sus cosas para pensar en ellas y encomendarlas a Dios antes de resolverse y darle su parecer. Tomó el otro la pluma de su casa para hacerlo, mas el demonio que en aquello perdía, comenzó a estorbarle diciendo a grandes voces y muchas veces,Ay que me matan,Ay que me matan. Con esto cayó el hombre en su engaño y volviéndose al Padre le contó este suceso y quedó remediado.

Libró con sus oraciones dos endemoniados y el demonio del uno de ellos dijo viéndole: vete de aquí tuerto maldito, que no te puedo ver de mis ojos desde //203r. el día que naciste, porque naciste para mi daño y tormento. El otro demonio que lanzó de una mujer a quien tenía sin habla, se fue tras él a su aposento y allí arremetió con él y le maltrató hasta sacarle un bocado del pecho, diciendo: perro tuerto ¿porqué me persigues?, llamó el Padre a Jesús en su ayuda y al ruido y voces acudió gente y el demonio lo dejó. Estaba un siervo de Dios ejercitándose en algunas virtudes, cosa que aborrece mucho el demonio, y procuró inquietarle con unos gemidos como de niño que llora y prosiguiendo el otro con su santo ejercicio, le dijo con rabia el demonio: maldito sea quien te lo enseñó.

Otros siervos de Dios vieron gran número de demonios, que estando una vez el Padre hablando de Dios pasaban huyendo por el lugar donde estaba; y otra diciendo él misa entraban y salían en la iglesia con tan recios gritos y voces que ponían grandísimo espanto. Tan grande era el aborrecimiento que le tenían y tantas las almas que el buen Padre les quitaba de entre las uñas con su oración y doctrina.

## CAPÍTULO XCI

## DEL DON DE CONSEJO Y PROFESIÓN QUE TUVO EL PADRE RODRIGO ÁLVAREZ Y DEL FRUTO QUE CON ELLOS HIZO EN LOS PRÓJIMOS.

Si bien tuvo este Padre particular gracia y luz del cielo para conocer los espíritus de los hombres, también se la comunicó muy grande Nuestro Señor para aconsejarlos en

todo género de negocios espirituales, especialmente en elegir y determinar los estados y ocupaciones donde demás su Majestad quería servirse de ellos. Podríase hacer historia particular de los muchos y varios sucesos con que //203v. declaró Nuestro Señor este privilegio del Padre en buenos y malos acontecimientos y fines de los que abrazaron sus consejos o los dejaron. Diré algunos de ellos advirtiendo primero el orden y recato que en darlos guardaba. Cuando alguno le consultaba antes de responder se recogía interiormente y trataba la respuesta con Dios, pidiéndole que con su divina lumbre ilustrase el entendimiento, pusiese luz en la oración y acierto en sus palabras. Consideraba luego el estado, la edad, el natural, costumbres y ejercicios y otras particulares circunstancias de quien le pedía el consejo. Recorría luego la memoria y miraba si había algún lugar en la Sagrada Escritura (traíala siempre muy entre las manos y leía en ella muchos ratos del día y habíale dado el Señor la inteligencia de ella) donde pudiese fundarlo y después aconsejaba lo que sentía procurando con sus consejos y palabras allegar y unir a los hombres con Dios.

Aconsejó a un hombre, anciano y virtuoso, que echase una criada de casa o la pusiese en estado, echolo en olvido y encontrándole otro siervo de Dios, abriole el Señor los ojos y viole cercado de muchos demonios y oyó que le decían: ves allí el que recibió los consejos del Padre y no los guardó. Contó éste al Padre lo que Dios le había mostrado y de su orden avisó al otro de su descuido y el peligro en que andaba por ello.

Consultó con él un hombre rico, que había venido de Indias con 50.000 ducados, si tornaría otra vez a embarcarse, aconsejole el Padre que no lo hiciese, porque no sería servicio de Dios. Olvidolo y tornose a embarcar, a la vuelta cayó en manos de enemigos, perdió y revócanle la mitad de su hacienda. Volvió segunda vez al mismo viaje, pasó en él extraordinarios trabajos y entre ellos una sed mortal que le hizo //204r. acordarse de los consejos del Padre con arrepentimiento de haberlos menospreciado y clamó a Nuestro Señor por remedio. Envió su Majestad unas nubes que descargando en agua, sustentaron su sed; perdiose al fin la nao en que iba y salvó la vida casi por milagro sobre unas tablas. No bastaron estas fortunas para escarmentarle (es la codicia raíz de todos los males, ciega y hechiza los hombres), porfió la tercera vez pensando rehacerse de los daños pasados, mas sucediole al contrario que la nao donde había cargado todo el resto de su hacienda dio al través en la barra y perdió con ella las esperanzas de alzar cabeza en su vida. Púsole seso la pobreza y miseria y reconoció cuan acertado le hubiera sido el consejo del Padre y recibió las pérdidas con paciencia en castigo de su porfía.

Diole a otro ciertos consejos necesarios para el bien de su alma, menospreciolos no sin castigo y bien fuerte, porque vio el infierno abierto y a los demonios que hacían fuerza para arrojarle en sus llamas, si el mismo Padre no le socorriera y les detuviera, cuyo rostro le pareció dos veces que veía transformado en el de Cristo, Nuestro Señor, airado con tanto horror y espanto que le era muy grave tormento. Esforzábase con estos azotes a obedecer los consejos del Padre y al paso que esto hacía aflojaba el trabajo, hasta que el Padre dijo muchas misas e hizo muchas oraciones por él y encomendó a otros siervos de Dios que hiciesen lo mismo y el fin cesaron los demonios de atormentarle.

Había un santo ermitaño que solía guiarse en todas sus cosas por el consejo del Padre; una vez mudose de una celda a otra sin orden suya. Súpolo el Padre y enviole //204v. a decir con un clérigo honrado que no entrase en aquella celda porque no le

convenía. Disimuló por entonces y no obedeció, mas en pocos días cegó de entrambos ojos y así tomó el consejo del Padre y volviéndose a la celda primera cobró vista después de algún tiempo. Viéndose con ella quiso buscar mayor soledad porque ya se le habían llegado algunos compañeros y tornose al lugar que había dejado donde no mucho después acabó la vida. Tuvo el santo Padre revelación de su muerte y mucho antes que se supiera dijo a sus penitentes que encomendaran a Dios su alma y preguntando si era muerto, respondió que sí y señaló él cuando y la enfermedad de que, siendo a todos oculta. Dijo algunas cosas por venir y sucedieron cabalmente como él las dijo, y declaró otras que sin particular revelación no podían saberse. Llegando una persona grave a pedirle que rogase a Dios por su padre y dijese una misa, que acababa de tener cartas que quedaba enfermo muchas leguas de donde estaba el padre, le respondió por su ánima se la diré, replicó ella, por su salud lo pido que no es muerto, tornó a responderle por su ánima la diré. Reparó mucho en esta respuesta y el día siguiente recibió mensajero y carta de su muerte.

Parece que leía los corazones de los hombres y respondía sus intenciones. No tenía cierta persona ánimo para declararle algunas cosas que por su alma pasaban, ni preguntarle algunas otras en que dudaba, mas el padre le satisfizo a todas ellas tan cumplidamente como si se las hubiera propuesto y comunicado claramente y despacio y lo mismo hizo con otro. //205r.

Lleváronle a visitar un enfermo, que estaba en lo último, con grandes muestras de devoción esforzándose con santas consideraciones y palabras para el último trance y animando a los que le acompañaban al servicio de Dios, con que todos estaban envidiósos de su buena disposición. Mas el Padre luego que entró donde estaba el enfermo, le dijo que se dejase de vanidades y tratase de dolerse de veras y confesar sus pecados y cuidarse de alcanzar el cielo y no de dejar el buen nombre que pretendía en la tierra; todo lo procuraba convertir en ponzoña el demonio y lo que a otros es salvación procuraba que sirviese de condenación a este hombre. Mas trajo Nuestro Señor a esta sazón al buen Padre con cuya amonestación volvió en sí y trató de su remedio con el dolor y confesión de sus pecados.

Viendo un siervo de Dios la procesión del Corpus Christi, dijo en su corazón: que grande felicidad es la de aquellos sacerdotes que llevaban el Santísimo Sacramento en sus hombros, que juntos van con Nuestro Señor; vínose a la tarde a la Compañía y encontrándose el padre con él, le recibió con esta misma razón diciéndole, dirá ahora el señor Juan Martínez, qué dicha tan grande es la de aquellos sacerdotes que llevan el Santísimo Sacramento, qué juntos iban con Nuestro Señor. Pues mire hijo, el amor y caridad es la que nos une y junta con Dios y cuanto uno más //205v. guardare su ley y más le deseare agradar en todas sus obras y pensamientos, tanto más llegado y junto estará con su Majestad; quedó el hombre maravillado de ver como el Padre le respondió al corazón.

Habiendo otras dos personas oído grandes cosas y alabanzas de la santidad del buen padre, y deseando conocerle viniéronle a ver, y viéndole dijeron en su corazón, ¿Pues éste tuerto es el que me alaban?, y llegándose uno de ellos a él díjole el padre antes que el otro le hablase: un Rey quiso salir a caza y no hallando al capellán llamaron al primer clérigo que hallaron, el cual era tuerto y mal agestado. Entendió éste que el Rey le estaba notando en su corazón aquellas faltas y acabada la misa fue a besarle la mano y díjo-

le: Sacra Majestad, ipse *fecit nos et non ipsinos*, diga adelante señor fulano. Hallose confuso el otro viendo en esta respuesta que le habían entendido su corazón.

## CAPÍTULO XCII

## DE LOS PARTICULARES FAVORES Y REGALOS QUE NUESTRO SEÑOR HIZO A ESTE SU SIERVO EN LA ORACIÓN Y OTROS SANTO EJERCICIOS, MAYORMENTE EN LA MUERTE Y DESPUÉS.

Fue el bendito Padre muy querido y regalado de Nuestro Señor y su alma muy favorecida de él con muchas y muy particulares demostraciones de amor y estrecha familiaridad, y guardolas él con tanto secreto que se obligó por voto particular a no descubrirlas a persona alguna mientras viviese, porque no peligrase con el viento de la vanidad y porque como decía el Apóstol, ninguno se escandalizase de oír cosas tan sobre lo que veía o creía de él. Mas habiendo juzgado el Padre Doctor Diego de Acosta, Provincial, que con //206r. vendría para la gloria de Dios y consuelo y bien de los prójimos ordenarle que abriese los sellos de su pecho y lo comunicase con alguna persona, lo hizo así señalando con quien debía hacerlo y como Superior le quitó la obligación del voto con que había echado llave a la boca.

Tenía tanta cabida con Jesucristo, Nuestro Señor, que hablaba con él algunas veces, *Tan quam vir ad vicum,*, oyéndole y viéndole como unos hombres a otros; lo mismo le pasaba con Nuestra Señora, la Purísima Virgen María, de donde nació en aquel entrañable amor y devoción que a entrambos tenía, aquella memoria y ponderación tan grande de sus misterios, aquellos sentimientos tan vivos de la pasión y muerte de Jesucristo y redención de los hombres de que eran sus ordinarias conversaciones, con unas palabras tan graves, tan preciadoras de la alteza de esta obra que admiraba, enternecía y aficionaba los corazones. Del mismo principio nacía la desestima grande de su persona, la estima de los otros, el recogimiento y guarda de los sentidos, aquel silencio tan estrecho, aquel acierto de lengua cuando hablaba, aquel concierto en todas sus obras, aquel gusto y sabor en la clausura religiosa, en la meditación ordinaria, en el padecer trabajos y regalarse con ellos.

Viose su rostro en la oración algunas veces bañado de luz y resplandores del cielo y arrebataba su alma con la dulzura y fuerza de la contemplación de los beneficios de Dios. Tal vez entrando en su aposento el Padre José de Cuadros, que hoy vive en la Compañía y dentro y fuera de ella fue muy discípulo suyo, halló al bendito Padre puesto en oración con un pequeño Cristo en las manos y la boca abierta en sus pies, el rostro más blanco que la nieve y las mejillas como dos rosas, destilando por ellas continuas lágrimas, tan enajenado de los sentidos y tan embebido en Dios //206v. que ni llamándole respondía, ni sentía nada tirándole del brazo, ni mirando con atención por una hora que allí estuvo se le vio señal alguna de respiración, mas que si estuviera difunto. Sólo le oyó de cuando en cuando decir con tiernísimo afecto del corazón: Ay Dios; estando y quedándose siempre con la misma serenidad y sosiego. Al fin volvió en sí estando allí el padre, como quien despierta de un sueño y viéndole de repente sin haberle conocido dijo algo turbado, ¿quién está aquí?, respondió el padre, soy yo, y preguntándole qué era aquello, sosegose él y díjole, hijo mío cuando estemos en

la vida eterna le diré lo que ha pasado aquí, porque son cosas que hasta entonces no se pueden decir.

Otro gran siervo de Dios a quien Nuestro Señor hacía merced de regalos con visitas espirituales, vio que estando el buen Padre diciendo misa y queriendo alzar el Santísimo Sacramento los ángeles le sustentaban y levantaban los brazos; y otra vez vio sobre su cabeza una lumbre o antorcha resplandeciente. Sintieron muchas veces varias personas salir de sus manos y vestiduras un olor y fragancia muy suave, sin haber él usado jamás de buenos olores, antes huyolos con tanto extremo que por no traerlos ni aun con un poco de bálsamo consentía le untasen el estómago, como por su necesidad lo ordenaban los médicos y teniendo ocasión por su continua enfermedad de orina de dar mal olor como él lo recibía.

Una persona que había fiado su alma del bendito Padre y aprovechaba con su doctrina, fue levantado en espíritu estando en oración del Santo Sacramento y vio al padre Rodrigo Álvarez que bajaba del cielo en medio de dos personas eclesiásticas, que entonces confesaban con él y eran muy visitados de Nuestro señor, y tras ellos venía gran número de Obispos, Cardenales y sacerdotes, que entendió ser la jerarquía de la iglesia y traía el Padre en la mano derecha //207r. una antorcha encendida, de la mitad abajo vieja y la otra mitad nueva y dijeron: no es luz nueva sino aquella antigua de la primitiva iglesia; y es así que el espíritu y doctrina de este padre era muy de aquellos siglos, sólida y oliendo toda a Jesucristo, sin resabio de vanidad ni de otro afecto desordenado. Esta sencillez y pureza de su enseñanza y la seguridad y provecho de aquellos que la recibían le significó el Señor a esta misma persona, mostrándole en espíritu al Padre Eterno que derramaba sobre la cabeza del buen Padre unas aguas cristalinas y tenía él en las manos un vaso delante del pecho donde ellas se recogían y donde llegaban muchos a beber de ellas.

De esta manera y de otras muchas semejantes honraba Dios a su siervo y le acreditaba con los prójimos para gloria suya y bien de ellos, a él ejercitábalo con dolores gravísimos y enfermedades penosísimas de la orina, los cuales le trajeron atormentado muchos años y al fin le acabaron la vida. Cuando ellos eran más recios y le ponían en mayor aprieto, decía con lágrimas regalándose con ellos, mas quiero ésto que ser ángel, ni arcángel, ni serafín, porque en ésto imito a mi Señor Jesucristo y hago lo que ellos no pueden hacer pues es padecer por él. Tan delicado estaba al servicio de este Señor, y tanto amaba el complacerlo en todas sus cosas por vida y por muerte. Esta recibió él con la mayor confianza y alegría que jamás se pudo pensar con tanta seguridad y tan sin temor como si fuera a tomar un poco de sueño. Estando para morir, despedíase de él su discípulo el Padre José de Cuadros, con el sentimiento y lágrimas que debía y díjole el buen Padre, consuélese hijo con esto que le quiero decir: en esta vida ninguno puede decir sin particular revelación de Dios que es predestinado ni que ha de ver a Dios afirmándolo con certeza, así lo tiene determinado el Concilio de Trento, y que sea anatema el que lo contrario dijere, pues siendo esto así yo le digo de cierto y afirmativamente y sin ninguna duda que me tengo de salvar y tomando en la mano un diurno dijo: ve este diurno pues más cierto tengo que he de ir a ver a Dios y gozarle para siempre que no que le tengo en la mano, y animándolo un Padre a que tomase alguna sustancia para tener más tiempo para pedir a Nuestro Señor el cielo, le respondió //207v. Padre ya eso está hecho. Con estas prendas y este seguro de la bienaventuranza partió

de esta vida recibidos los sacramentos, martes 14 de abril a las doce de la noche, el año de 1587 y de su edad el de 64 y siete meses, siendo vivido los 20 de ellos y ocho meses en la Compañía con grande ejemplo de santidad y con tanta estima y precio de su religión y observancia de su instituto, que solía decir que si todos cuantos en ella había se saliesen de ella y la desampararan, él sólo permaneciera y no perdiera un punto de la opinión y aprecio en que la tenía y que para fin de que supiese estimada le había mandado expresamente Nuestra Señora entrar en ella.

La misma noche que murió, estando en oración una persona de mucha opinión y santidad, vio subir al cielo el alma del Padre en compañía de muchos ángeles. La misma noche, hacia la mañana, otro siervo de Dios que no sabía si el Padre estaba tan al cabo, vio en sueños abrirse el cielo hacia la parte de poniente y muchos padres de la Compañía asomados por allí a la tierra, y oyó preguntar para quién se abría el cielo, y respondieron que para un Padre de ella que entonces había expirado y había de entrar allá, y fue tanta la fragancia y suavidad que allí recibió que estando del todo dispuesto anduvo aquella mañana como embriagado de ello.

Después de muerto obró el Señor por su intersección algunas maravillas, dando salud a muchos enfermos que con reverencia se aplicaban algunas cosas de su vestido que guardaban como reliquias, y se valieron de ellas en trances desahuciados. Muchos otros fueron socorridos de él en aprietos y necesidades espirituales encomendándose a él en sus oraciones, de todos los cuales se hará particular relación a otro tiempo.

## CAPÍTULO XCIII

## MARAVILLOSA VOCACIÓN, VIDA Y MUERTE DEL PADRE DOCTOR DIEGO SÁNCHEZ.

El año siguiente de 1588, llevó el Señor para sí al Padre Diego Sánchez, natural de Salteras, aldea dos leguas de Sevilla. Estudió siendo mozo cánones //208r. y leyes y graduose de Doctor en ellas. Vivió siempre con inclinación y afecto a la virtud, éste le llevó a la ciudad de Roma, aunque con título de otras pretensiones y estando en ella guardó admirable recogimiento empleando muchos ratos en oración, ya en el rincón de su casa, ya visitando los lugares píos de aquella ciudad. Cuando con orden de su Santidad partieron para Inglaterra el Padre Edmundo Campiano, glorioso mártir de la Compañía, con sus compañeros, encendido en amor del martirio tan conforme a los altos deseos que Nuestro Señor le daba de padecer por su nombre, cuya ocasión tan probable parecía en esta empresa, él se puso a los pies del Vicario de Cristo, Gregorio XIII, y le suplicó se sirviese de él para enviarle en compañía de aquellos Padres y si le pareciese convenir a la mayor gloria de Dios y servicio de su iglesia, le diese para ello su bendición, porque con ella iría muy cierto de la voluntad de Nuestro Señor y muy alegre y confiado del buen suceso de su jornada. Viendo el santo Pontífice la generosa resolución del hombre y el fervor de su ánimo y buenas palabras, le mandó levantar de la tierra y paseándose con él un espacio de tiempo, examinó y alabó sus propósitos y últimamente le dijo que en hábito religioso se dispondría mejor para aquella misión y así le persuadió lo tomase. Pidiole el Padre que le señalase dónde y remitiole a su confesor.

Partiose de la presencia del Sumo Pontífice, dudoso y confuso en la elección que

haría entre tantas religiones y de tan diversos asuntos. Entrose en una iglesia y puesto de rodillas ante el Santísimo Sacramento comenzó a tratarlo con Nuestro Señor, pidiéndole con afecto y lágrimas le significase su voluntad. Estando en medio de su fervorosa oración oyó clara y distintamente una voz que salía del sagrario y le decía esto: *ex societate Jesu*, al sonido de ella cayó en el suelo como desmayado y sin fuerzas, mas levantándose desde a poco, sintió su alma llena del cielo y tan abrazada de amor de Jesucristo que desde aquel día ni de noche, durmiendo y velando en todo lugar y ocasiones y perpetuamente hablaba de él con grandísima devoción y ternura. Fuese luego a la Compañía y contole al Padre Everardo Mercuriano, General de ella, lo que le había pasado y pidiole que le admitiese. Recibiole con mucho gusto y comenzó su noviciado con extraordinario fervor. Tomó muy a pechos la mortificación de su carne e hizo tanta violencia a la naturaleza que la sujetó a la razón y la dispuso para lo mucho que en él obró la gracia de //208v. Jesucristo. Hízose varón perfecto en todas las virtudes religiosas, en la oración, especialmente en la humildad y silencio. Fue muy regalado de Nuestro Señor por toda su vida, con particulares visitaciones de que por el mucho secreto con que él las guardaba por haberse muerto antes de él personas que pudieran decir o saber algo de ellas, no se ha tenido relación particular ni noticia.

Representó al General sus primeros deseos de ofrecerse al martirio y de pasar a buscar a Inglaterra, ayudando a reducir los herejes y confirmar los católicos en la fe; mandole ir a Flandes para aguardar ocasión y oportunidad de ejecutarlos; hízolo así, aunque siempre con miedo de que por falta de merecimiento no le quería hacer el Señor tan excesiva merced. Llegado a Flandes mudaron los superiores el parecer y ordenáronle que acompañase al Príncipe de Parma en la guerra que contra los herejes y rebeldes traía por aquellas provincias. Conocieron los soldados la santidad del buen Padre, estimábanle por ella y obedecíanle reformando su vida y costumbres según les aconsejaba y acudíales el padre a los negocios de su salvación con incansable trabajo y cuidado. Granjeó en este ejercicio muchas enfermedades, tanto por la mucha frialdad de las tierras, tan contrarias en temple a su natural, como por lo mucho que él cansaba sus fuerzas con los continuos trabajos de aludir a los prójimos. Llegó a perder totalmente el sentido del oír y enflaquecerse de manera que nuestro Padre General atendiendo a su salud le ordenó se viniese a España acompañando el cuerpo de la Virgen y Mártir Santa Leocadia, que a instancia y orden de Felipe II traía de Flandes para Toledo el Padre Miguel Fernández.

Vino desde Toledo a Sevilla y allí vivió en la Casa Profesa //209r. dos años que le restaron de vida, con raro ejemplo de santidad y celo de las almas. Era muy frecuente y fervoroso en la oración y tenía particular sentimiento y regalo en la meditación de la vida y muerte de Jesucristo. No se le pasaba día en que no recorriese los misterios de toda ella, desde el primero de su Santísima Encarnación hasta el último de su gloriosa Asunción; éste era su cotidiano manjar a que convidaba desde el más alto serafín hasta las mínimas criaturas. El gusto y sabor que con él recibía tan grande que si le dejaran raras veces gustara de otro sino a pura fuerza y necesidad, de no ser pródigo de la vida y homicida de sí mismo. Sus pláticas espirituales todas eran de esta materia y como él decía del crucificado de Jerusalén, el provecho de ellas tan manifiesto que todos decían que les pegaba fuego con sus palabras, al fin salían del corazón encendido y que tenía estima y agradecimiento de los beneficios de Dios. Visitaba a los pobres en los hos-

pitales y con una cruz en la mano andaba con gran fervor por medio de ellos esforzándoles a padecer aquellos males de pena en purgatorio de sus culpas. Finalmente todo andaba absorto en Dios, y tan descuidado de sí mismo que poco a poco se adelgazó de manera que sin remedio se iba consumiendo. Perdió totalmente la memoria para las cosas de la tierra sin poder acordarse de lo mismo que acababa de hacer, mas para las del cielo estaba tan en sí que ninguna falta le hacía; si comenzaba a hablar de Nuestro Señor continuaba la plática con admirable concierto y jamás le faltaban palabras no teniéndolas para tratar de otra cosa.

Quisieron los demonios vengarse de él en su muerte y como en otra cosa no pudieron, intentaron con asombros acobardarle. Elevose una vez y pareciole que venían sobre él escuadrones armados, las espadas desnudas para matarle y volvió en sí despavorido y diciendo: Ay hermano estése aquí conmigo que me han querido matar, mas el mismo día que pasó //209v. de esta vida señaló dos partes del aposento donde dijo estaban dos personajes de gran resplandor y hermosura que le alentaban con su presencia, diciéndole un Padre que llamase a Jesús, María y José, respondió y a otros tres también me encomiendo, a mi Padre Eterno, a mi crucificado y al espíritu que me vivifica. Murió como él lo deseaba, viernes a las once de la noche en 19 de febrero de 1588.

## CAPÍTULO XCIV

## DE LA OCTAVA CONGREGACIÓN PROVINCIAL Y PRINCIPIOS DEL COLEGIO DE CAZORLA.

Celebró el Padre Gil González en la Casa Profesa de Sevilla Congregación Provincial por el mayo de 1587; salió de ella para Roma el Padre Juan de Sigüenza, Rector a la sazón del colegio de la misma ciudad. Volvió el año siguiente y trajo señalado por Provincial al Padre Luis de Guzmán, Rector del colegio de Alcalá de Henares. Comenzó su gobierno principio de mayo de 1588 con toda satisfacción. Mas hallándose él falto de salud e impedido para caminar, por la enfermedad de gota que le afligía, pidió licencia al General y con ella descargose del oficio y dejole en manos del Padre Bartolomé Pérez de Nueros, que hoy vive en Roma y es asistente del General por España. Tomó el gobierno de la provincia en febrero del año de 1589 y túvole hasta el de 1593, con universal aprobación dentro y fuera de casa. Al septiembre siguiente después de la venida del Padre Bartolomé Pérez, envió nuestro Padre por Visitador General de las provincias de Aragón y Andalucía al Padre José de Acosta, hombre grave, docto en todo género de letras, insigne en púlpito y otras muchas buenas calidades que poco antes había sido provincial en los reinos del Perú, y de allí había vuelto a España y pasado a Roma, de donde vino derecho a //210r. visitar esta provincia y habiéndose detenido en ella dos años fue a visitar las de Valencia y Aragón.

Por este mismo tiempo se fundó el colegio de Cazorla, lugar muy apropósito para la ocupación y ordinarios ministerios de la Compañía, si bien por su buena población, también por la vecindad de muchos y grandes pueblos comarcanos. Es Cazorla villa de 2.500 vecinos, puesta al oriente sobre las faldas de unas muy altas sierras, gran ramo de los mayores y más famosos montes que según escribe Estrabón y Ptolomeo se desgajan del Pirineo Oriental y se tienden por España a quien llamaron los antiguos Orespeda y

*ahora toma los apellidos de las sierras y lugares por donde pasa.* Llámanse aquí las sierras de Segura y Cazorla y antiguamente el Monte de la Plata, donde tiene su origen el gran río Betis. Es cabeza del adelantamiento que de ella toma el nombre. Tiene muy vecinas muchas y grandes poblaciones, sujetas a su jurisdicción territorial o espiritual. Fue antiguamente Diócesis de Mentesa, ciudad comarcana, hasta que habiendo ésta sido destruida de los moros, ella fue hecha Vicaría de Toledo. Piensan algunos ser aquella antigua ciudad que Plinio pone en la Bética llamada Aurelia Carisia.

Dio a conocer en ella la Compañía el Padre Baltasar de Santofimia, varón de grande autoridad, grandes letras, gran virtud y gracia de púlpito, el cual viniendo aquí de Baeza el año de 1576, hizo gran fruto con sus sermones y ganó muchas almas para Dios. Entre ellas fue admirable la conversión de un caballero, Don Rodrigo de Oballe, Arcipreste de Quesada, villa muy cercana al adelantamiento de Cazorla, de donde también era beneficiado y juntamente tesorero de la iglesia de Úbeda. Vivía más como seglar y profano que como eclesiástico, entretenido en fiestas, regocijos, libreas y pasatiempos, y en estas y otras semejantes //210v. liviandades y apuraba con el tiempo lo más de sus rentas; después que le tocó la mano del Señor hizo extraordinaria mudanza en vida y costumbres, dedicose muy de veras a los ejercicios de devoción y penitencia y tomolos tan a pechos que con ser hombre delicado y hecho a regalo tomaba recias disciplinas y dormía muchas veces secretamente desnudo sobre un áspero silicio. Repartía grandes limosnas y hacía mucho bien a pobres y a ricos. No fue de menos ejemplo la conversión del Doctor Francisco de Carrascosa, médico noble y muy acreditado mancebo, galán y primero en vanidades de que se dejan llevar los de aquella edad. Dio tal vuelta y tal freno puso a su libertad que ciñó todas las demasías de su vida y todas las cupo en obras de piedad y penitencia de ayuda de prójimos y frecuencia de sacramentos, con igual envidia de otros y admiración de toda la villa. Estos y otros semejantes ejemplos acreditaron entonces mucho a la Compañía y encendieron al pueblo en deseo de ver en su tierra colegio de ella. No dormía este cuidado en el pecho del Arcipreste, despertándole siempre el amor que con la virtud había cobrado a los maestros de ella y solicitando su parte el Doctor Carrascosa con la gracia y fuerza de sus palabras, con un particular surco y sin perder ocasión de las que se le ofrecían y aun buscando los despropósito para no limar al Arcipreste a la ejecución de sus deseos. Cogiole en ellos la muerte, principio de enero del año de 1580 y fue muy conforme a la mucha piedad y devoción de su vida. Dejó a la Compañía por universal heredero de su hacienda, que valdría de ocho a nueve mil ducados. Algunos días después aceptose la manda y por no ser bastante para fundación de colegio dilatose el hacerlo hasta el año de 1589, como //211r. luego diremos y en el ínterin enviáronse algunos sacerdotes que por tiempo se ocupaban loablemente en esta villa, procurando la salvación de las almas.

## CAPÍTULO XCV

## FUNDACIÓN, AUMENTO Y BIENHECHORES DEL COLEGIO DE CAZORLA.

Pasaron nueve años después de la muerte del Arcipreste, sin que las esperanzas de la fundación llegasen a colmo, alentándolas siempre por su parte el Doctor Carrascosa

por todas las vías y diligencias posibles, hasta que poniéndose en Madrid trato con Doña Ana Feliz de Guzmán, Marquesa de Camarasa y Señora de este adelantamiento, la necesidad que Cazorla y su comarca tenía de un colegio de la Compañía para crianza de los mancebos y ayuda de los mayores, y lo mucho que Nuestro Señor sería servido si se hiciese. Es la Marquesa señora de gran entendimiento y valor, insigne en obras de piedad y misericordia, aficionada a toda virtud, celosa del bien de sus vasallos y por extremo devota a la Compañía. Recibió con mucho gusto al Doctor y con mayor se determinó a hacer lo que le pedía y para asegurar el suceso de su deseo, representó al Marqués, su marido, que ella tenía ciertos bienes libres, los cuales deseaba ofrecer a Nuestro Señor en alguna obra pía de monasterio, hospital o colegio en pro de los vasallos y descargo de la conciencia de ambos por la renta eclesiástica de los diezmos que de aquel estado les pertenece. Dio el //211v. Marqués su consentimiento y con el escribió luego al consejo de Cazorla su intento pidiéndoles lo ayudasen de su parte, pues eran la que como tan vecina más interesaba en ello. Tratolo también por cartas con el Padre Claudio Aquaviva, Prepósito General de la Compañía, solicitando este negocio en su nombre el Conde de Olivares, su hermano, embajador entonces por el Rey Felipe II en la corte romana; señaló para fundar el colegio 1.140 ducados de renta en tres juros sobre las rentas reales de Baeza, Úbeda y Cazorla, lugares comarcanos y ofrecieron las dos villas una dehesa de cien fanegas de tierra para ayuda a la fundación.

Aceptole el General y dio sus veces y poder al Padre Bartolomé Pérez, provincial en Andalucía, para admitir el colegio y hacer las escrituras en su nombre u otorgarlas. Hiciéronse este año de 1589 y otorgáronse por ambas partes siendo condición que no se poblase el colegio, ni pusiesen escuelas hasta el de 1593, para que de los corridos de los juros pudiesen acomodarse de casa y alhajas. Mas el consejo y particulares de Cazorla suplicaron a la Marquesa moderase aquella condición y que los nuestros tomasen desde luego asiento en la villa. Hicieron esta misma diligencia con el Padre José de Acosta, Visitador y con el provincial y a instancia de los vasallos ofreció la Marquesa sustentar allí cuatro de la Compañía porque no se tocase a la renta en los años señalados. El Visitador y //212r. provincial escribieron en razón de ésto al padre Pedro de León y Gabriel de Castilla, que estaban allí en esta sazón, dispusiesen de las cosas de manera que pudiese darse principio al colegio desde hecho.

En cumplimiento de este orden se entraron los Padres y el hermano Gaspar López, que estaba con ellos, en las casas del Arcipreste, de que ya tenían pacífica posesión. Acomodaron lo mejor que pudieron una capilla para decir misa y oír las confesiones de mucha gente que concurría. Para lo cual envió muchos y muy ricos aderezos y piezas de plata la Marquesa de Camarasa, y después acrecentó liberalísimamente los ornamentos de los altares y templo, cuando el año de 1593 se acomodó en la forma y anchura que hoy persevera. Colocose el Santísimo Sacramento en la nueva capilla el mismo día que celebra la iglesia su fiesta trayéndole a ella el clero y Regimiento con la solemne procesión y acompañamiento que se acostumbra hacer este día. Favorecieron con muchas limosnas estos principios personas devotas, especialmente Doña Úrsula de Estremera, señora noble y de mucha cristiandad y devoción, que por más de doce años que vivió en el siglo antes de tomas hábito de monja, regaló y favoreció este colegio con amor y afecto como de madre.

Pasaron de esta manera hasta el año de 1591, en el cual a instancia //212v. de la villa

se pusieron escuelas, donde comenzaron los hermanos Enrique de Cuadros y Juan de Arazola a enseñar los niños a leer y escribir con el provecho que esta enseñanza suele sacarse. Ayudó el consejo al sustento de los maestros con 22.000 maravedís de renta cada un año o cien fanegas de tierra para sembrar por seis años, a elección de la Compañía; de más de ésto la posesión de un colegio que para este efecto se había fundado años pasados por industria del Doctor Ayala, discípulo del Padre Maestro Ávila, que después murió en la Compañía en la villa de Madrid, con 14.000 maravedís de renta que este colegio tenía. Luego el año siguiente de 1593 se labraron buenas escuelas y dieron principio a las lecciones de Gramática el Padre Andrés de Atienza y el Padre Francisco Carrera, con maravilloso fruto de la villa y de la comarca, donde fuera de muchos y grandes lugares están las ciudades de Úbeda y Baeza y cuatro más adelante la de Jaén, de quien concurren a los estudios grande número de estudiantes. Obligó la frecuencia y aprovechamiento de ellos a levantar un Combitorio que de pequeños principios ha crecido mucho y cobrado grandes fuerzas y nombre por la provincia y de toda ella se crían en él muchos mancebos de muy buenas partes y esperanzas con igual acrecentamiento suyo en letras y virtudes, y con aprobación común de cuantos allí han criado sus hijos o sus parientes. Comenzose el año de 1595 y el de 1599 //213r. se alentó y se alentaron todas las escuelas y el pueblo con la erección y fundación de la nueva Congregación de Nuestra Señora, que llaman la Anunciata, agregada por bula particular a la primaria de Roma.

No sólo de este bien de las escuelas, sino de los demás ministerios, de confesionario y púlpito gozan los pueblos vecinos donde acude ordinariamente la Compañía, en particular la villa de Quesada, cuatro millas de Cazorla, muy devota a la Compañía, donde el año pasado de 1598 una señora viuda muy cristiana viendo el fruto que en este lugar hacían las misiones de la Compañía por asegurar la continuación de ellas, le hizo donación de todos sus bienes irrevocable, que el derecho llama intervivos, con tanta constancia que aunque entre muchas y grandes contradicciones de los suyos siempre estuvo firme en su determinación añadiendo cada día nuevas firmezas a las nuevas escrituras y dando desde luego la posesión de sus casas y hacienda, valor de 1.500 ducados. //214r.



San Francisco Javier. Salvador de Molina, pintor. Retablo de San Estanislao de Koska,
Iglesia de San Juan de Écija.

# LIBRO CUARTO

# DE LA HISTORIA DE LA PROVINCIA DE ANDALUCÍA

## CAPÍTULO XCVI

### MISIÓN EN ÁFRICA A LA CIUDAD DE MELILLA Y EL SUCESO DE ELLA.

El año siguiente de 1590, después de la fundación de Cazorla, salieron de la ciudad de Málaga para la de Melilla dos Padres, José de Cuadros y Pedro de Angulo, a emplearse en la ayuda de los naturales y soldados de aquella tierra, no sin particular providencia de Nuestro Señor como en el suceso veremos. Es Melilla antiquísima ciudad en África, en la costa del Mediterráneo, fuerza del Rey de España y frontera de los Árabes, puesta contra Motril, villa de la costa de Andalucía. Conservan los naturales antigua tradición de haberse allí celebrado el Concilio que de ella tomó el nombre de Melivetano, y muestran hoy día los moros cerca de ella una cueva donde tiene por memoria de padres a hijos haber vivido algún tiempo San Agustín. Hacía más de 14 años que no se predicaba allí la palabra de Dios, bastante indicio de las muchas presas que haría en el lugar el demonio, no habiendo siquiera quien le ladrase o espantase con sus voces la caza y con sus amonestaciones apartase los hombres de los //214v. pecados. Fue el provecho de la misión al peso de la necesidad de 600 vecinos de la población, confesáronse todos generalmente, recibieron el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Instituyóse una cofradía para remediar el abuso de juramentos, estorbáronse grandes pecados y confirmáronse en la fe algunos que o con la mucha comunicación de los moros o con alguna desesperación de sus cosas y respectos de intereses particulares, estaban en manifiesto riesgo de perderla inclinados a unirse a los moros.

Fue milagrosa la conversión de una niña mora de 12 años empeño de 80 ducados por rehenes de un tío suyo cautivo que dejándola en prendas de su rescate, había ido a juntarle entre sus parientes. Viola el Padre José de Cuadros adorar puesta de rodillas una cruz que en el día que celebra la iglesia su invención llevaban por las calles en procesión, reparó en ella y en lo que hacía por verla en traje de mora, y sabiendo que lo era llamola y preguntole cómo adoraba la cruz no siendo cristiana; respondió que aunque no lo era en el corazón le estaban diciendo que lo fuese, mas el temor de sus padres que vivían en Benazicar, lugar una legua de la ciudad, la detenía y acobardaba. Persuadiola el Padre con buenas razones a recibir la ley de Cristo y sacó ella por condición que habían de llevarla donde nunca viese a sus padres.

Supo esta resolución el Alcaide Antonio de Tejada, caballero natural de la ciudad de Salamanca y puso en el cumplimiento de ella gran dificultad diciendo que era contra la cédula real, donde mandaba su Majestad que ningún regente tomase cristiano sin que primero lo supiesen sus padres, pues no eran cautivos sino prendas //215r. y se podrían quejar los moros que no se les hacía buen trato si haciendo cristianos a sus hijos se quedasen con ellos. Fuese el padre a su posada desconsolado del estorbo que a tan cristiana empresa se ponía por tan forzoso camino y habiendo pedido a Nuestro Señor abriese puerta a la salvación de aquella alma. Los padres de la niña vinieron el mismo día a Melilla (cosa bien nueva por ser tiempo de sementera y no acostumbran los moros a venir hasta tenerla acabada) trajeron a la niña y vinieron sus padres en presencia de los de la Compañía, comenzaron a halagarla, a darle regalos y hacerle caricias mostrándole el dinero que traían para desempeñarla. Estuvo tan entera la niña y tan sacudida con su padre y parientes que apartándose de ellos con gran constancia ni aun quiso mirarles. De esta misma manera se hubo con ellos segunda vez delante del Alcaide sin que lágrimas, ni caricias, ni promesas, ni amenazas, ni amor de patria o parientes, ni temor del cautiverio en que quedaba, ni persuasiones de un moravito que con su padre venía, pudiesen menoscabar un punto la firmeza de su propósito; con este suceso procuró el Padre desengañar al moravito y persuadir a su padre que Dios la quería para cristiana, convenciose el moravito y viendo la constancia de la niña que dejaba por la ley de Cristo a los padres que la habían engendrado (cosa en aquella edad sobre todas las fuerzas humanas) levantándose en pie alzó los ojos y las manos al cielo y dijo a voces muchas veces *ALAQUIVIR, Dios grande, Dios grande*, y vuelto al padre de la niña le puso silencio diciendo: *calla* //215v. *no hables palabra, que Dios quiere que tu hija sea cristiana*. Aprovechose el Padre Cuadros de esta ocasión y dijo al moravito: *recibe tu también la ley de cristiano pues también quiere Dios que lo seas*; respondió al punto; *haz tu que haga Dios conmigo lo que ha hecho con esa muchacha que yo seré luego cristiano, non et volentisne que currentis, sed ei miserentis*. Entregó el Padre la niña a quien la instruyese en la fe y le enseñase la doctrina cristiana para bautizarla. Los moros partiéronse luego para su tierra y dieron la nueva a su madre; ella se puso al punto en camino y llegando a Melilla pidió con mucho dolor y lágrimas al Alcaide le diese lugar si quería de ver a su hija. No pudo excusarse de este trance, enviola el padre con algunos soldados y viendo a la niña como tiro de escopeta, salió de entre ellos como una leona desatada hiriendo el aire a gritos y rasgando su rostro y pechos y abrazándose con su hija comenzó a decirle mil ternuras y sacando una toca de seda y oro se la echó encima de la cabeza persuadiéndola a que se volviese con ella.

Quitáronle los soldados la niña de entre las manos y ella con una entereza y semblante más que de varón, vuelta a su madre se quitó la toca de la cabeza y arrojósela diciéndole: *si quieres ser cristiana serás mi madre y yo seré tu hija y si no, no te conozco*. O fortaleza cristiana verdaderamente o poderosa gracia de la vocación.

Despidiose con rabia la madre y admirados los Padres de tan divina constancia preguntaron a la niña que dónde había cobrado tal fuerza y quién le había puesto en el corazón //216r. con tantas veras que se hiciese cristiana; respondió la niña que lo diría con tal que le guardasen secreto. Yo dijo la niña, tengo de costumbre de coger cada día unas flores y hacer de ellas una gran guirnalda y llevársela a un niño que está a la puerta de la ciudad y cuando se la pongo me dice el niño que sea cristiana; quien es ese niño

(replicó el Padre) entendiendo que era algún hijo de algún cristiano, (yo, dijo ella) te lo mostraré y saliendo a la puerta de la ciudad mostrole un niño Jesús que estaba en un altar de los soldados y vio las flores que ponía la niña. Diéronle al fin el Santo Bautismo junto con otros cuatro catecúmenos, acompañándoles hasta la iglesia toda la gente de armas y el resto de la ciudad; disparáronse todas las piezas y artillería de la fortaleza e hiciéronse los regocijos posibles en tal lugar y ocasión.

Declaró también aquí el santo niño Jesús cuánto se había complacido y agradado en la pureza y sinceridad de la niña y cuán agradables le habían sido las flores primeras y los frutos de su bautismo. Porque estando su amo tullido, más había de 10 años en una cama y sin hijos ni esperanza de ellos, entró el Guardián del convento de los Descalzos de San Francisco a visitarle y tratando del particular dijo (sabiendo la devoción y sencillez de la niña como su confesor con un Niño Jesús que tenían en un oratorio) por qué no pedís vos a vuestro Niño Jesús que dé hijos a vuestra señora. Respondió ella con toda sinceridad que no se lo habían mandado, pues corred, dijo él y pedírselo. Luego fuese al oratorio la niña, puesta de rodillas ante el Niño Jesús se estuvo allí más de una hora; ya se habían todos olvidados de aquel acontecimiento cuando la vieron entrar por la sala y preguntándole que le había //216v. respondido, díjome respondió ella, que sí haría, pasáronlo entonces en risa, mas presto descubrió Dios las veras de la oración de su niña, porque dentro de un año tuvieron un hijo y reconocieron todos haberles hecho el Señor aquella merced por la sencilla y pronta oración de su sierva.

## CAPÍTULO XCVII

### DE LA NONA CONGREGACIÓN PROVINCIAL Y DE ALGUNOS CASOS MARAVILLOSOS QUE POR ESTE TIEMPO SUCEDIERON EN LA PROVINCIA.

Por abril de este año de 1590, celebró el Padre Bartolomé Pérez, Congregación Provincial en Marchena y fue la nona de las que se han juntado en esta provincia. Fue enviado a Roma el Padre Melchor de Castro, hombre muy docto, santo y perfecto religioso. Volvió de allá el año siguiente y trajo confirmado en el oficio de provincial al mismo Padre Bartolomé Pérez que hasta entonces sólo había gobernado en Andalucía dos años. En su tiempo sucedieron las cosas que luego diremos. Hay en el colegio y escuelas de la Compañía de Jesús de Sevilla una muy lucida Congregación de mancebos estudiantes con título de Nuestra Señora de la Anunciata, gran lustre de aquellos estudios, si bien por las ventajas de su aprovechamiento en las letras, mucho más por la virtud con que allí se crían y buen ejemplo de los demás. Mostró la Santísima Virgen milagrosamente //217r. cuán agradable le es el servicio de semejantes congregaciones, cuánto ama la honestidad y limpieza de los que en ella se consagran a la honra de su benditísimo nombre y cuánto aborrezca las disoluciones y vicios contrarios. Ofreció un secretario de esta congregación dos plumas galanamente guarnecidas de oro y seda para el oficio, antojose de ellas otro mancebo y como de tal edad y poco seso hurtó una, quiso después servirse de ella para escribir a una mujercilla cuya afición lo tenía tan preso que no le dejaba tomar estado de religioso, habiendo tenido resolución de tomarle. Tomó la pluma en la mano para escribirle mas apenas hizo ésto cuando sintió que le dieron un gran bofetón en la cara y sin ver la mano que se lo daba oyó juntamente una

voz que le decía: *También o malvado tienes ánimo para manchar en tan desvergonzada temeridad y osadía, las cosas que me están consagradas y ofrecidas a mi servicio*. Atónito con el golpe y juntamente con la voz quedó un poco suspenso y volviendo en sí dio de mano al mundo y sus vanidades y encerrose a servir a Dios en la religión. Quedárosle por algunos días en el rostro las señales del golpe de manera que se echaba bien de ver que había sido fuerza más que humana la que lo había dado.

Este mismo año dio Nuestro Señor en Málaga buen campo para que los de la Compañía se ejercitasen en su servicio y en el de los prójimos por su amor. Juntamente este año gran número de galeotes en la cárcel de esta ciudad //217v. fue extraordinaria la hambre que padecían y de ella vinieron a enfermar de unos tabardillos pestilenciales y contagiosos. Acudió a esta necesidad la Compañía, como otras veces se ha hecho con harto riesgo de los que en ayudarlos se ocupaban y a costa principalmente de un gran operario, el Padre Antonio Pérez, natural de la villa de Cabra, ciudad antiguamente noble y cabeza de obispado, cuarenta millas de Córdoba, llamada Egabrum. Hombre de ferviente celo y virtud, de mucho corazón para semejantes empresas y para otras mayores, de muchas esperanzas. Dio la vida en servicio de estos miserables habiendo sacado de la miseria de ellos abundante riqueza de grandes merecimientos para su alma. Cobró la misma enfermedad de andar entre ellos, de administrarles los sacramentos, de darles de comer por sus propias manos y repartirles otros regalos que él particularmente y otros de la Compañía buscaban entre la gente más cristiana y devota. Últimamente de hacer una confesión de un enfermo que por la mucha estrechez del lugar y falta de oír tuvo necesidad de apartarlo de los demás y él mismo le tomó con extremada caridad en sus brazos y le llevó a donde pudo confesar sin que nadie lo oyese.

Entró en la Compañía acabados los estudios de Artes y Teología, ordenado de sacerdote en ejemplo de virtud en el siglo y con su ejemplo, su discreción y buen término despertaba sus compañeros a seguirle; vivió sólo ocho años en la Compañía //218r. bien logrados porque la hacienda que en ellos hizo fue de muchos más y la ganancia de sus santos trabajos muy crecida y conocida de todos. Fue maravilloso el fervor y caridad con que trataba la salvación de las almas; no perdonaba a trabajo, ni cansancio, ni diligencia por remediarlas en todo tiempo y lugar y para todo género de personas estaba tan a mano que aun salía él mismo a buscarlas. Corrió de una vez gran parte de Sierra Morena por lugares y cortijos yermos de doctrina enseñando los ignorantes, y edificando a todos con el ejemplo de su penitencia. Caminaba siempre a pie con toda la aspereza de las sierras, huía de todo regalo y jamás perdía ocasión por trabajosa que fuese de ayudar con su doctrina a los prójimos.

Ejercitole Nuestro Señor a lo último de su vida para más purificarle con muchos escrúpulos y varios pensamientos y dudas de su salvación. Andaba con esto muy atildado en sus obras, asegurando con muchas buenas su vocación; puntual en la obediencia, devoto en la misa, cuidadoso y frecuente en la oración. Pidió una vez a Nuestro Señor teniéndole en sus manos en el altar, que le concediese tres cosas, salir en paz y en breve de esta vida a donde viviese con seguridad de no ofenderle. Muerte con muchos dolores y que cargase en ésto la mano, con tal que en la duración de la enfermedad no fuese de mucho trabajo a quien le curase. Últimamente sosiego en aquella //218v. hora de la tempestad y turbación de su alma. Esto pidió con extraordinario afecto a Nuestro Señor y después dijo a su confesor que le pareció, que claramente le había respondido su

Majestad el fiat de su petición, de que él quedó con nuevo aliento y gozo en el corazón. Confirmó el suceso la verdad de esta respuesta porque estándose desnudando los sagrados ornamentos después de haber acabado la misa, le dio la calentura del tabardillo, de que murió. Hizo luego cama y padeció en ella casi un mes gravísimos dolores y angustias con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Nuestro Señor, más con tanta paz y serenidad en el alma y con tanta confianza y certeza de su salvación, que ninguna cosa tanto deseaba como el morir por gozar de aquel Señor que tan manifiestamente le llamaba para sí. Partió de esta vida en (en blanco) de este año de 1590 a los 33 años de edad.

Ni es tampoco de olvidar los que sucedió el año de 1591 en un lugar de esta provincia, estando en él dos de la Compañía ejercitando sus ministerios. Un hombre rústico hallándose en una soledad vino por cierta causa en tanta desesperación, que determinó despeñarse de unas sierras como hombre sin remedio. Queriendo poner por obra su loca determinación e intentando arrojarse de un barranco abajo se le apareció un mancebo en hábito de la Compañía //219r. y le reportó y animó a confiar en Dios y le dijo se fuese al pueblo donde hallaría a dos religiosos de aquel hábito y les descubriese su corazón y que ellos remediarían su necesidad y trabajo. Hízolo así y alcanzó lo que deseaba con tantas lágrimas y tan extraña mudanza de vida, que junta con la sanidad y sencillez del hombre, fácilmente persuadía la verdad de lo que contaba, mayormente no interesando en ello otra cosa que el bien de su alma.

Dio las señas del mancebo que en aquel aprieto se le había aparecido y por ella se conoció ser un hermano de la Compañía muy humilde y muy siervo de Dios que poco antes había muerto en aquella villa.

## CAPÍTULO XCVIII

## CÓMO SE FUNDÓ EL COLEGIO DE ÚBEDA.

En este mismo año de 1591, tuvo asiento la fundación del colegio de Úbeda, ciudad muy noble y de las más antiguas de España, cuatro millas de Baeza, en la región que antiguamente llamaron de los Oretanos que tomando el nombre de la famosa ciudad de Oreto, cabeza de la región y obispado en cuyo sitio está hoy la villa de Calatrava, ahora es Úbeda, Diócesis de Jaén, si bien en otros tiempos fue término de la de Córdoba como consta de la división //219v. de los obispados que el año de 667 hizo el Rey Ubamba en el tercer Concilio Bracanense, llamado así por haberse celebrado en la insigne ciudad de Braga en Portugal, después de haberla hecho la primera vez el Emperador Constantino Magno más de 350 años antes de cuyo tiempo se hallaron en Córdoba los años pasados algunas monedas que yo tuve con la imagen de Constantino en los cimientos que se abrieron para las nuevas casas de Cabildo que ha labrado la ciudad en el barrio que llaman los Marmolejos.

Tuvo la Compañía en Úbeda por los años de 1572 una muy rica y muy honrada fundación y las escrituras de ella en su poder aunque por justo respeto las alcanzó libremente a los fundadores sacándolos de la obligación que con justicia pudiera pedirles para aumento de su provincia, cosa que otras veces ha hecho mostrando el poco interés que tiene en recibir casa como en ejercitar después en ellas sus ministerios. Luego

el año de 1573 dio principio Doña Luisa de Mendoza, hija del Conde de Priego y mujer de Don Juan Vázquez de Molina, secretario del Rey Felipe II, y para que los de la Compañía tuviesen donde recogerse cuando viniesen a sus misiones, le hizo donación de un huerto al muro de la ciudad con casa y capilla que ella abasteció de alhajas y todo lo necesario y más de 26.000 maravedís de juro sobre las rentas reales de esta ciudad y otros 10.000 sobre los de Porcuna, rica villa de Andalucía que los antiguos llamaron Obulco y parece haber sido //220r. municipio pontificence como muestran sus piedras e inscripciones antiguas, es ahora priorato de la Encomienda de Santiago.

Acrecentaron estos principios Juan Gutiérrez del Mariscal y Hernando de Anchuelos, gente muy honrada de esta ciudad, aplicando con licencia del ordinario la hacienda que su tío Diego de Anchuelos, hombre principal les había dejado debajo de patronazgo para fundar una casa de mujeres recogidas, que llaman emparedamiento y pudieron hacerlo libremente porque no dando el Obispo licencia como no la dio para ejecutar la voluntad del testador, él mismo les dejó libertad en su testamento para convertirla en otra obra pía conforme les pareciese. Entregaron luego a la Compañía unas casas y parte de un olivar y viña y seis fanegas de sembradura con 620.400 maravedís de principal repartidos en censos. Otra señora tan cristiana como noble, Doña Isabel Chirino de la Zerda, que hacía muchas y muy ordinarias limosnas a los Padres en esta misión, últimamente les dio en censos 500 ducados.

Era Obispo de Jaén por este tiempo Don Francisco Sarmiento, varón si bien grande en nobleza mucho más en valer de ánimo, letras y santidad, muy semejante a los que tuvo en sus principios la iglesia. Deseó grandemente ver fundado colegio de la Compañía en esta ciudad y nunca perdió ocasión de ayudar a este intento. Pidió a la Cofradía de Santa Catalina hiciese donación a la Compañía de la //220v. ermita y cementerio del título de la santa y una casa incorporada con ella, lugar y sitio muy acomodado para el colegio y sus ordinarias ocupaciones. Hiciéronlo así con mucha voluntad y a instancia del mismo Obispo otro ciudadano honrado y noble, Jorge Becerra, dio posesión de esta capilla de esta ermita donde tenía su entierro. Fue condición que el templo que allí labrase la Compañía fuese titular de Santa Catalina y el día de su festividad se hallasen los cofrades a la procesión y oficios divinos con su cera y pendón. Compráronse luego otras casas que servían de posito a la ciudad y en su venta hizo gracia el Cabildo de más de 400 ducados. Alcanzó el obispo licencia del Padre Claudio Aquaviva, prepósito general, para que la Compañía hiciese allí residencia y con ella se colocó el Santísimo Sacramento en la iglesia, que arriba dije de Santa Catalina, con mucha solemnidad, predicando en ella el Obispo; después dio de limosna para sustento de los que allí residiesen 50 fanegas de trigo y 50.000 maravedís de renta cada año. Mas como la esperanza de fundarse cumplidamente el colegio no esforzasen, ni la ciudad pudiese igualar la posibilidad al deseo, interrumpiose esta residencia por cuatro años hasta que viniendo el de 1589, el Obispo Don Francisco Sarmiento por lo mucho que deseaba el asiento de la Compañía en este lugar, tornó a hacer instancia sobre ello diciendo que en poco harían los Padres el provecho que en aquel se hacía y últimamente el año de 1591 se obligó a darles 7.000 ducados para que se echasen en renta principal y corridos sin gastarse maravedí de ellos hasta que de ésta o de otra manera el colegio tuviese bastante caudal para sustentar 35 ó 40 sujetos; y en el ínterin señaló 10.000 maravedís y 30 fanegas de trigo en cada un año de ayuda de costa.

Tornose a poblar la casa en forma de residencia y el año de 1593 en la Congregación General que se celebró en Roma, //221r. nuestro Padre Claudio Aquaviva la admitió por colegio y nombró por su primero Rector al padre Juan de Casarubios, que lo es ahora del colegio de Cádiz. Recibió la ciudad con esta nueva mucho contentamiento y en muestra de la voluntad y agradecimiento que siempre ha tenido a la Compañía, le hizo gracia de una paja de agua y alcanzó confirmación de esta merced del Rey Felipe II. Entre particulares hicieron también gruesas limosnas, especialmente un caballero Miguel del Águila, hizo donación de 400 ducados para después de los días de otra persona usufructuaria de ellos, y Juan Gutiérrez del Mariscal (de quien arriba hicimos mención) dejó a este colegio en testamento por universal heredero de su hacienda, valor de 1.200 ducados; y otra religiosa muy sierva de Dios y devota de la Compañía llamada María Núñez, hizo donación intervivos de 1.000 ducados en casas y rentas el mes de octubre de 1597 años. Con estas ayudas y otras particulares limosnas que con amor y liberalidad siempre hace esta ciudad a la Compañía, comenzó el edificio del templo el Padre Francisco de la Puebla, siendo el segundo Rector del colegio y puso la primera piedra en las zanjas el Doctor Don Lope de Molina, tesorero y canónigo de la iglesia de Úbeda, con igual solemnidad y regocijo del pueblo. No digo del fruto que en esta ciudad hizo la Compañía porque es el mismo que suele hacer en las otras.

## CAPÍTULO XCIX

## DEL HERMANO GONZALO DE VALENCIA QUE POR ESTE TIEMPO PASÓ DE ESTA VIDA A LA ETERNA.

Murió este año el hermano Gonzalo de Valencia, natural de la ciudad de Córdoba, si bien en la flor de su juventud maduró ya para el cielo y cargado de muchos frutos y de admirables virtudes. Era de condición amable, de suave natural, manso y humilde por los extremos. Diose especialmente a la mortificación //221v. de sí mismo y castigación de su carne, afligíala extraordinariamente con asperezas y penitencias y ejercitóla en muchos rigores semejantes a los que se cuentan de los antiguos moradores del yermo. Hacíala padecer hambre, cansancio y falta de lo necesario, poníase al hielo en el rigor del invierno y en la ciudad de Granada, donde los fríos son mayores y más ordinarias las nieves y cuando los otros más se abrigaban y se retiraban del frío, él se paseaba descubierto por las azoteas y lugares sujetos a las inclemencias del cielo, las manos al aire tan penetrante en aquella tierra como helado. Los veranos al contrario no usaba de reparo contra el calor, antes buscaba invenciones para tenerlo. Estábase en casa no como hermano y compañero sino como esclavo de todos con tanta desestima de sí como si lo fuera. Estaba en presencia de los demás con humilde encogimiento porque los respetaba como a mayores y teníase por muy indigno de su compañía. Bien que era mozo hábil de mucho seso y muchas esperanzas en los estudios, presumía de sí como de ignorante y rudo y para nada provechoso; era pobre en la afición y en el traje, amaba lo más vil y traíalo, gozaba de estrecha familiaridad con Dios, andaba continuamente en su presencia y tan arrebatado de pensamientos celestiales que aunque encerrado en cuerpo mortal, más parecía vivir donde tenía ocupada su ánima. Mostrábalo bien el olvido de todas las cosas de la tierra, el descuido de sí y desprecio de lo que vale en los ojos del mundo

a quien, como él decía, le [sic] la ignorancia de quien lo padecía. Crecía cada día en virtud y caminaba tan aprisa el camino de la salvación, que se echaría de ver que había de acabar en breve esta jornada. Quitole Nuestro Señor la salud y derribole en la cama con una larga y penosa dolencia, diole una calentura ética de ocho meses en los cuales descubrió larguísimamente el rico caudal de sus virtudes y perfección; padecía con humildad y silencio, con mansedumbre y resignación en las manos de su criador. Tenían poder y fuerza //222r. las calenturas para consumirle y padecerle la carne hasta los huesos, mas no la tenía para alterarle un punto su pacientísima condición; no se oyeron de su boca quejas ni antojos ni ascos de enfermo, ni pedir manjar ni remedio ni medicina, sino lo que le daban y ésta recibíala con tanto agradecimiento como si no se le debiera. Fue su obediencia en grado perfecto pureza de conciencia, la que se puede alcanzar en carne mortal; limpieza del cuerpo y alma tan excelente que así se afligía y se castigaba él por un sueño como pudieran por la mala obra los muy penitentes; por ésto deseaba verse descargado de la pesadumbre del cuerpo en compañía del cordero sin mancilla. No desean otros tanto la vida como él apetecía la muerte, dióselа aquel Señor a quien amaba tiernamente muy regalada y sabrosa con las muchas prendas que tenía de gozarle en 14 de octubre de 1591, habiendo vivido santamente en la Compañía 4 años y 9 meses.

## CAPÍTULO C

### ACAECIMIENTOS VARIOS DE PERSONAS QUE POR ESTE TIEMPO SALIERON DE LA COMPAÑÍA.

Bien diferente fue el fin de otros religiosos y especialmente el de un mancebo rico y de buena suerte, el cual fue recibido en la Compañía y enviado a la probación, donde como en almáciga se benefician con particular estudio estas nuevas plantas para que trasplan //222v. tadas en los colegios, mejor resistan a los hielos de las tentaciones y den sazonados frutos de las virtudes en que allí se crían. Era de natural inquieto y bullicioso y como no tenía asiento, tampoco lo hizo en la virtud, deslavazado en su trato más de lo que sufre la conservación y guarda del espíritu de Dios en el corazón. Amigo de decir dichos y celebrarlos y en lugar de corregir sus faltas notaba las ajenas, vicio de gente ociosa y que anda derramada y fuera de sí; polilla de la unión y caridad que profesa la vida religiosa, hizo diligencia su madre y un tío para que saliese de ella, tentose y tentó a otros consigo fruto de inquietos. Holgó de salir de la Compañía y holgaron de que saliese de ella, fuese a estudiar derecho en Salamanca y aunque mudó de tierra no mudó de condición. Volvió a los primeros deseos, tornó a pedir la Compañía tan importunamente y con tanto extremo de porfía y ruegos como después tuvo de poca firmeza y perseverancia. Detuviéronle los Padres de aquel colegio mucho tiempo para hacer prueba de su constancia y vencidos al fin del tesón con que proseguía en su determinación y deseo, recibiéronle. Mas como todo eran ímpetus de mozo antojadizo y varió pocos meses después que entró en posesión de lo que con tantas ansias codiciaba, tornó a antojarse de lo que había dejado desvaneciéndose los primeros fervores, helároнse aquellas prisas //223r. nacidas más de sus naturales afectos que de razón bien regida y llamamiento del cielo, y como no hallaba gusto en Dios ni devoción en los ejerci-

cios espirituales con que el Señor entretiene en el rigor de la observancia a sus escogidos, buscaba entretenimientos ajenos de religión. Gustaba de parlerías, censuraba dichos de otros y cogía palabras de pechos sinceros (cuales deben ser las de todos los religiosos) para reírlas y hacer en otro tiempo conversación y palacio de ellas. No sufre el estado santo de la religión ni pueden sufrirlo ánimos tan seglares y que toman por deporte fisgar de dichos y hechos ajenos, si por ajenos se deben o pueden tener los que son de nuestros hermanos; dio al fin ocasión y tomáronla los Padres para despedirlo de su Compañía como lo hicieron. Volvió de Salamanca a su tierra donde un solemne regocijo que se celebraba con juegos de cañas y toros, entró en el coso más seguro de lo que debiera, pues apenas puso los pies en la plaza cuando un toro suelto se desmandó y encaró a él tan ciego y furioso como si otro hombre no pareciera en toda ella, así los dejó a todos y se fue para él, previno el miedo a la razón y la turbación no dio lugar a consejo, cortose de manera que aunque alargaron muchos las manos para salvarle, de ningunas se pudo valer //223v. y así cerró el toro con él y calándole el cuerno por bajo de la barba rompió hasta los ojos y de esta manera le trajo un poco espacio la plaza haciendo muestra a todos de tan triste y doloroso espectáculo, movió gran lastima y compasión, mayormente a los que le conocieron antes en la talanquera de la religión, de donde con más seguridad se miran los desastres de fortuna y de donde él con poca consideración se arrojó en el coso del mundo, en los cuernos del toro. Intereses son de quien fía su vida del peligro y de quien estando en las manos de Dios, se arroja de ellas y se pone debajo de los grillos de su justicia con riesgo de recibir el golpe de su misma condenación. Cuatro días después, su madre, por cuya industria salió de la religión, murió de repente y el tío que había solicitado el negocio, no mucho antes que el sobrino, murió de la misma manera que él a los cuernos de un toro. Raro ejemplo para los que se atreven a sacarle a Dios de su casa los criados de quien se sirve o se pudiera servir.

Otro mancebo hijo de padres muy honrados y siervos de Dios, habiendo entrado en la Compañía con buen //224r. aliento se resfrió tan presto que siendo novicio se salió de ella, no con pequeño sentimiento de sus padres y hermanos. Casose después y partiose a Sanlúcar de Barrameda con negocios de flota y despachos de Indias. Yendo una noche bien seguro y descuidado en compañía de un hermano suyo, llegaron ciertos hombres y pensando ser otro enemigo de ellos, dispararon un pistolete y le hirieron de muerte con que acabó malogrando sus días, aunque reconocido y arrepentido de haber dejado la religión y muy persuadido él y los suyos que había sido esta desgracia castigo de su inconstancia. Saliéronse también otros dos de la Compañía y pocos años después el uno de ellos murió desgraciadamente ahogado en un río, el otro habiéndose casado mató a su mujer y paró en la horca. Castigó Nuestro Señor a otros con más misericordia, hiríolos para sanarlos y permitió mudanza en sus primeros propósitos no para dejarlos fuera de su casa, sino para conservarlos en ella con más estima de esta //224v. merced, engendrala el bien perdido y para asegurarlos en su vocación con el fundamento de la humildad y conocimiento de su flaqueza, grande apoyo de la perseverancia en el bien. Húbose Dios así con un mancebo de buena sangre y hacendado, el cual entrando en la Compañía con el buen deseo de aprovecharse en virtud o ya con el peso de las obligaciones de la religión o ya con el descuido y poca ayuda de su natural, aflojó en el tesón primero y comenzó a dejarse llevar del ímpetu de sus pasiones sin hacer fuerza a su condición ni poner freno a su demasía. Fuele dura la reprensión del Maestro, des-

agradable el consejo de los mayores y aprovechábase poco de los buenos ejemplos de los iguales caminos de perdición del religioso. Por éstos vino a salir de la Compañía y estando fuera vistiose galantemente, juntó hacienda y trató de pasearse en días, mientras se ofreció comodidad de hacerlo entretúvose algunos días en una ciudad como mancebo galán y ocioso. Estando una noche alguna gente grave y honrada en una casa engañando el tiempo con buena conversación, hallose con ellos en pie arrimado a una silla, //225r. entró un hombre que según el suceso mostró debía de estar enemistado con otro y viéndole de espaldas antojósele su enemigo y sin más consideración arrancó de una daga y cogiéndole de seguro y a traición le dio una herida tan mala y tan penetrante en el hombro que luego le desahuciaron los médicos y le dieron pocas horas de vida. Recibió luego los sacramentos, hasta la extremaunción y viéndose en este estrecho volvió a Dios el pensamiento y con las ansias y veras de la muerte comenzó a pedirle misericordia y perdón de sus pecados, como el fin en desvalido trance de remedios humanos parecía que le respondía Nuestro Señor en el secreto de su alma. Abre los ojos y mira a lo que has venido por haber dejado la religión, quien trueca el seguro de mi casa con los peligros del mundo justamente perecen en ellos, mejor te fuera pasar a cuchillo tus mal sujetas pasiones y vivir entre los míos que perdonándolas, morir pasado a cuchillo entre los extraños, diferente ayuda tuvieras en esta hora de la Compañía de tus hermanos de la que ahora tienes desamparado de todos. Morirás en soledad miserable con dolor y tristeza sin género de consuelo, vendrás a dar cuenta de obligaciones mal cumplidas y muy estrecha del poco caudal que hiciste de haberte yo traído a mi casa, perdiste el lugar que te di en ella y lograrlo a quien mejor que tu sepa agradecerlo. Éstos y otros semejantes pensamientos le afligían y atormentaban tanto como los dolores //225v. de la herida y temor de la muerte que tan cerca le amenazaba; enderezó sus afectos a nuestro Bienaventurado Padre Ignacio con gran ternura y devoción de su alma y con lágrimas en los ojos arrancando suspiros de su corazón le pidió con humildad y confianza que reconociese aquel hijo fugitivo y como Padre le valiese en tan apretadas angustias, y con su intervención y ruegos le alcanzase a Nuestro Señor perdón de los hierros pasados y espacio para llorarlos y para soldar la primera quiebra con la enmienda en lo por venir, y para más seguridad de ella le hacía promesa de volver a su Compañía para vivir y morir en ella si Dios se lo concedía; pasó de esta manera la noche ya esperando la muerte ya el socorro del santo, el cual no le salió incierto porque volviendo a la mañana los médicos desconfiados de verle vivo, halláronle con tanta mejoría que la tuvieron y la tuvo él por milagro. Convaleció muy en breve y vino a casa a pedir que lo recibiesen con lágrimas y arrepentimiento de lo pasado diciendo que pues nuestro Bienaventurado Padre Ignacio le había favorecido con Dios y librándole de tan manifiesto peligro, no le cerrasen sus hijos la puerta, la cual tenía él por la de su salvación. Finalmente, no pudiendo alcanzar ésto de los superiores que juzgaron ser necesario hacer más prueba de su constancia, contentose ser admitido para servir en los oficios humildes como uno de los mozos de casa y en estos santos ejercicios persevera con igual provecho suyo y ejemplo de los demás. //226r.

## CAPÍTULO CI

## FUNDACIÓN, ESTADO Y FRUTO DEL COLEGIO DE LOS INGLESES QUE ESTÁ A CARGO Y GOBIERNO DE LA COMPAÑÍA EN SEVILLA.

Este seminario que por la suma bondad y altísima providencia de Nuestro Señor se ha fundado en Sevilla, para remedio de los reinos de Inglaterra y para la conservación de los católicos en la fe y reducción de los herejes, tuvo principio el año de 1592, aunque el de 90 se dio ocasión a desearlo y pretenderlo con la venida de algunos del colegio de Valladolid que por orden del Padre Roberto Personio, inglés de nación y de la Compañía de Jesús, habían venido a favorecerse de la piedad y limosna de esta ciudad. Tiene este Padre el cuidado y gobierno de los seminarios de su nación. Estos pues que de Valladolid fueron enviados a Sevilla, admirados juntamente de la grandeza de ella y aficionados a la liberalidad de sus moradores, dieron esperanza que se podía levantar en ella un colegio seminario muy a propósito para sus intentos, tanto por la potencia y riqueza de la ciudad como por la buena oportunidad que aquí tendrían de puerto y navegación los sacerdotes que según su profesión hubiesen de pasar a sus tierras a ganar más para Dios a costa de su sangre.

Bajó el Padre Roberto Personio de Valladolid con doce sacerdotes ingleses que encendidos en amor y deseo de aumentar la fe de Cristo en su patria habían de tomar la vuelta de Inglaterra, donde al desembarcarse fue preso en el puerto uno de ellos Juan Buesf y después de un año de cárcel murió por la fe católica con igual goce, constancia y felicidad. Detúvose esta vez en el Puerto de Santa María reduciendo a ciertos herejes ingleses que andaban en las galeras reales al remo, y de ellos mudaron opinión los 93 y abrazaron la verdadera fe y religión. Dioles también prisa la necesidad del colegio de Valladolid a que le fue forzoso acudir dejando otros intentos y así no surtió efecto su venida en asentar el colegio que deseaba. Mas dio asiento a la residencia de Sanlúcar (necesaria para el despacho de los que parten a Inglaterra de los seminarios de España) en la iglesia y casa de San Gregorio que entonces estaba a disposición y gobierno de los mercaderes ingleses, y por haberse muchos retirado a sus tierras //226v. llevados de la libertad de conciencia que los herejes permiten y van cada día más arruinándose. Hiciéronle entrega de ella y metiéronle en su posesión por escritura pública en 29 de abril de 1591. Dejó aquí por Rector a Tomás Stelington, Doctor en Teología, y a otros sacerdotes que fueron señalados por primeros capellanes, y vuelto a Valladolid alcanzó de Felipe II dos mil ducados de limosna para repara aquella iglesia y casa con las ordinarias limosnas y favor del excelentísimo Duque de Medina Sidonia, señor de la villa de Sanlúcar, se estableció y sustenta esta residencia.

El año siguiente de 1592, volvió a Sevilla el Padre Personio con cartas del Rey Felipe II y de algunos otros potentados de España para esta ciudad y que a todos los Regidores y hombres de posibilidad o mando en la República, se pedía favoreciesen sus intentos y los ayudasen con la liberalidad y piedad que tienen de costumbre. Ayudó como cabeza y pastor el Arzobispo Don Rodrigo de Castro, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, y los Duques de Arcos, de Béjar, de Sesa y Marqueses de Priego y de Ayamonte; la Marquesa de Tarifa y Alcalá y Don Francisco Sarmiento, Obispo de Jaén, con muchos otros señores y caballeros de la nobleza de Andalucía de quien en su lugar se hará

memoria particular. Favoreciolos también con su limosna Don Francisco Blanco, Arzobispo de Santiago, los inquisidores y casi todos los ciudadanos honrados.

Alquilose una casa en la plaza de San Lorenzo y comenzose a habitar en 25 de noviembre día de Santa Catalina, siendo su primer Rector el Padre Francisco de Peralta, profeso de la Compañía de Jesús, hombre de mucha caridad y experiencia y que había tenido cargo de otros colegios de la Compañía. Acudió mucha gente de toda suerte a saber y preguntar como en cosa nueva admirados de ver tanta juventud inglesa en tal tiempo y por tal causa (conviene a saber en defensa de la fe católica) haber desamparado sus casas y haciendas, sus padres y su natural y venidos a Sevilla entre extraños fiados solamente en la misericordia de Dios y de los católicos, de la bondad de la causa y conocida piedad de los españoles.

Aumentose el número de ellos y así fue necesario comprar nueva casa y más acomodada. Comprose una en la calle de las Armas, posesión y vínculo de Doña María Ortiz y Sandoval, con licencia del Rey y estando en ella el año de 1594 expidió el Papa Clemente VIII las bulas de la confirmación de este seminario en 15 de mayo, y el siguiente se juntaron otras casas de Doña Mayor de Sandoval con facultad del Rey en 7.000 ducados, tan mal paradas que para repararlas fue menester hacer gasto de otros 5.000 ducados en 7 meses de obra, todos de la liberalidad de los ciudadanos de Sevilla. //227r. Faltaba solamente iglesia y ofreciola sin pensarlo la divina providencia, que siempre ha sido maravillosa en adelantar estos seminarios porque una señora principal y rica Ana de Espinosa, viuda de Álvaro de Flores, hombre noble y general de la flota de Indias, ofreció 7.000 ducados en nombre suyo y de su marido para edificio de la iglesia, y sus dos hermanos Pedro de la Torre y Juan Castellanos, hombres hacendados y poderosos, añadieron otros tantos con obligación de quedar el templo para su entierro. Aceptose la condición e hiciéronse las escrituras el día de San Francisco de 1594. Edificose la iglesia que en novedad y hermosura hace ventaja a muchas de las más suntuosas y es muy acomodada para celebrar con toda majestad y decencia los divinos oficios.

El fruto de este seminario ha sido muy grande, se han criado en él 142 mancebos nobles con buen caudal de letras y virtud para la empresa a que se consagran. Han pasado a sustentar la fe de los suyos en Inglaterra y ampliar la religión a costa de su sangre, 40 sacerdotes ya la han dado en defensa de ella y por la confesión de Jesucristo dos de ellos cuyas gloriosas batallas y triunfos tendrán historia particular. Diez han entrado en la Compañía para hacerse mas idóneos ministros del Evangelio con el espíritu de su vocación y con la perfección de la vida religiosa. Veinte han pasado de esta vida con tantas y tan ciertas prendas de la eterna, que quien las vio las lee en las memorias que conserva por escrito el colegio, no puede dejar de henchirse de celestial gozo y admiración.

Cabe gran parte de este provecho a la ciudad de Sevilla, si bien por lo mucho que a Dios es acepta, la piedad con que los sustenta, también por el maravilloso ejemplo que todos tienen en la vida y costumbres tan cristianas, tan loables, tan suaves y humildes de la gente que aquí se cría rara cosa es en tantos años y tanta juventud no haber hallado los envidiosos qué calumniar ni qué reprender, o quejarse los cuerdos y más bien intencionados. De más de ésto han servido varias veces y sirven al santo Tribunal de la Inquisición en reducir al gremio de la iglesia y detestación de las herejías muchos de sus naturales y de otras naciones que en sus cárceles o en las públicas de la ciudad suelen estar presos. Todas estas cosas despiertan en los ciudadanos el mucho amor y volun-

tad con que los favorecen y ayudan con sus limosnas que suelen pasar de 5.000 ducados cada año. Habiéndose gastado en acomodar la casa y en edificar la iglesia 18.000 bien cumplidos.

## CAPÍTULO CII

## DE LA DÉCIMA CONGREGACIÓN PROVINCIAL //227v. SUCESOS DE ELLA Y DE ESTE TIEMPO.

Entrado el año de 1593 llamó a Congregación General en Roma el Padre Claudio Aquaviva, Prepósito General de la Compañía, y el Padre Bartolomé Pérez de Nueros juntó la de esta provincia en el colegio de Marchena, donde le señalaron por compañeros de aquella jornada y votos de Congregación al Padre Alonso Rodríguez, Rector a la sazón y Maestro de novicios en la Casa de Probación de Montilla y al Padre Francisco Arias, profeso de los más antiguos de Andalucía, varones ambos desapasionados y celosos del bien de la religión. Dejó el Padre Bartolomé Pérez en su lugar al padre Cristóbal Méndez (el que dijimos arriba que llamaban el predicador) por Viceprovincial y partiose luego a Roma con sus compañeros de donde volvieron acabada la Congregación General el año siguiente de 1594 por los últimos de junio y dieron el nombramiento de provincial al Padre Cristóbal Méndez que fue el duodécimo en orden de los que ha tenido la provincia de Andalucía, hombre de vida ejemplar, de gran celo y cuidado de la religión y provecho de las almas a quien fue de mucha ayuda con sus sermones. Fue maravilloso el talento que Nuestro Señor le dio para el púlpito, especialmente en reprender vicios y perseguir pecados públicos y escandalosos hasta remediarlos, y como tenía ánimo para perseguirlos también tuvo valor para padecer las persecuciones que por esta causa se levantaron contra él sin que ninguna de ellas o quebrantase su constancia o hiciese mella en los aceros de su predicación y palabras. Sucedió en el año segundo de su gobierno, fue el de 1595, la entrada de los ingleses en Cádiz. Robaron los enemigos la plata y ornamentos de la iglesia, las alhajas de casa, quemaron la librería y en los que escribieron de la Compañía controversias contra los herejes, ejecutaron particularmente su rabia haciendo tiras con los dientes sus libros, vengándose en lo que podían de sus autores. Hirieron malamente un hermano adjutor que tenía las llaves de la puerta y ahorcaron a otro porque no les descubría las riquezas de la iglesia. Mas fue Nuestro Señor servido que ni el uno ni el otro muriesen: el herido tuvo medicina y el ahorcado ayuda para sustentarse algún espacio sin que el lazo le ahogase. Torciéronle un dedo y apretáronle fuertemente los artejos (dolor excesivo) haciendo experiencia de sobinia. Defendiole de sus manos y de la muerte el sufrimiento y silencio, dejáronle por muerto y al fin pudo salvarse, volviéronse presto los enemigos cargados de despojos y los naturales tornaron a rescatar la ciudad y los nuestros su colegio.

Este mismo año por el mes de marzo se sirvió Nuestro Señor en Granada de los de la Compañía para la invención de las reliquias que se hallaron en el monte, que dicen los naturales de Valparaíso, a quien y a por esta causa llaman //228r. el Monte Santo, cuando aquí un forastero con codicia de hallar un tesoro de que le había dado noticia y seña un esclavo de Berberia encontró una lámina de plomo doblada y comida del tiempo y escrita en latín de letra antiquísima y muy extraordinaria. No habiendo hallado en la ciudad quien se la leyese acudieron a la Compañía y entregáronla al Padre

Isidro García, Maestro entonces de Retórica, el cual aunque con dificultad y trabajo reconoció la forma de las letras y leyéndolas sacó en limpio lo que decían y es lo siguiente:

*Corpus ustum diui Mesitonis*
*Martiris pas sus est sub Neco*
*nis imperatoris potentatu*

Dieron noticia de ésto los Padres a Don Pedro de Castro y Quiñones, Arzobispo de la ciudad, y con la luz de esta primera lámina mandó cavar el monte con advertencia particular, y en él se hallaron muchas otras láminas y libros de plomo escritos y cuevas con cenizas y huesos humanos quemados, que después en el Concilio Provincial que con autoridad del Papa Clemente VIII, celebró en Granada el mismo Arzobispo Don Pedro de Castro y Quiñones, se declararon ser de San Mesiton mártir, de San Thesifon e Hisicio discípulos del Apóstol Santiago y de otros cuatro discípulos de San Hisicio: Tucillo, Panuncio, Maronio, Centulio, que padecieron por la predicación del Evangelio martirio de fuego en la persecución de Nerón.

Luego el año siguiente de 1596, por los últimos de julio, murió en Baeza el Padre Cristóbal Méndez, provincial, y por no haber dejado señalada persona en su lugar entró en él según derecho de la religión el Padre Pedro Bernal, prepósito entonces de la Casa Profesa de Sevilla, e hizo oficio de Viceprovincial hasta el fin de abril de 1597 como adelante diremos.

## CAPÍTULO CIII

## DE ALGUNOS VARONES SEÑALADOS QUE POR ESTE TIEMPO MURIERON EN LA PROVINCIA, ESPECIALMENTE DE LOS PADRES BALTASAR DE SANTOFIMIA Y ALONSO DE LA CÁMARA.

Cegó la muerte por estos años algunos varones maduros en virtud y que con sus frutos habían honrado y enriquecido la provincia. El primero de ellos fue el Padre Baltasar de Santofimia, natural de Sevilla, profeso de cuatro votos y consultor de provincia, en quien puso Nuestro Señor muchos de sus divinos dones para ayudar copiosamente a la salvación de las almas. Entró en la Compañía de 19 años acabados los estudios de Artes y Teología y leyendo el curso de Filosofía en la Universidad de Maese Rodrigo de aquella ciudad. Su mucha virtud y buenas letras //228v. dieron lugar a los superiores para que aún siendo novicio le ocupasen en leer un curso de artes; leíalo con mucho cuidado y con el mismo aprendía las virtudes religiosas y se empleaba en los ejercicios de novicio sin que las letras hiciesen estorbo a la mortificación y humildad. Cayó en una tísica del extraordinario trabajo y librole Nuestro Señor de ella para empresas de mayor gloria suya y bien de las almas. Leyó el segundo curso de artes y algo de Teología hasta que reconocido el maravilloso talento que Dios le había comunicado de púlpito, le desocuparon de otros cuidados y tomó éste por principal. Diose muy de veras al estudio de los santos, de los concilios, de los autores graves, y solo de éstos y de la ordinaria lección de la Sagrada Escritura se valía en los sermones. Mostrábalo en su doctrina, en las pala-

bras, en las sentencias, llenas todas de sabiduría del cielo, de espíritu de Dios y provecho de las almas. Ayudábalo la voz grande y sonora, el pecho fuerte y caldeado con el amor de Dios y de los prójimos, la estatura de cuerpo y semblante de mucha veneración, el sentimiento y ternura en la devoción, la severidad y rigor en la reprehensión y sobretodo el admirable ejemplo de su santa vida y la opinión de letras, de celo, prudencia y santidad que todos habían concebido de su persona.

Teníanle donde quiera que estaba por Padre y consultor todo género de gente, religiosos y seglares, plebeyos y nobles y hasta los niños le tenían tanto temor y respeto que con sólo su nombre amenazándole que vendría a saber sus vicios los apartaban de ellos y reducían a la virtud. Derramaríase mucho la historia si por menudo hubiese de contar los males y abusos que en muchas ciudades y lugares se remediaron por su doctrina. Los que dejaron las enemistades o amistades escandalosas, los que mudaron estado con mejora de sus conciencias, las obras de piedad y misericordia que a su instancia y devoción se hicieron, especialmente la cofradía que instituyó en Écija de los morenos con cuidado de enterrar los pobres desamparados que ha sido de mucho provecho y edificación en esta ciudad por la falta que había en ella de este socorro habiendo tanto consenso de forasteros, gente pobre y desvalida que ya en los lavaderos de las lanas, ya en los muchos heredamientos de olivares y haciendas de campo suelen ocuparse. Éstos eran sus ordinarios entretenimientos y cuando acababa con ellos tornábase a los libros y solía decir que se espantaba mucho de quien pudiese conversar y tratar con San Ambrosio, San Agustín y San Gregorio, buscaba otras conversaciones.

Aventajose entre otras virtudes en la honestidad y pureza de alma y cuerpo, en que Nuestro Señor le conservó por toda la vida. //229r. Reprehendía este vicio en los púlpitos con particular espíritu y fuerza y armábase contra él con dedicación y meditación de los misterios de Cristo, especialmente de su Purísima Concepción y de la Inmaculada limpieza de la Santísima Virgen, su madre, cuya imagen llevaba al confesionario siempre que había de confesar o hablar con mujeres y ponía en ella los ojos como en espejo de toda pureza y le pedía fuese maestra y testigo de sus palabras y obras. Estando enfermo guardó tanto recato en la cama que siempre que se había de mover de un lado a otro, componía la ropa con toda decencia para que ni aun la punta del pie se le descubriese. No pudieron los dolores y ansias de la muerte quitarle un punto de este cuidado ni de la perfección de su obediencia, que yendo a aplicarle un remedio eficaz dijéronle que el superior ordenaba le diese primero el santo olio; respondió con grandísimo gusto y aliento que me place y me replace y muchas veces me place, que así se haga y se cumpla la voluntad de Dios Nuestro Señor, y habiendo recibido éste y los demás sacramentos que son necesarios para la última jornada, dio su bendita alma al Señor diciendo con mucho afecto y devoción aquellas palabras tan regaladas. *Dominus meus et deus meus*, en 9 de febrero de 1594 años.

Un año después salió de este lugar de muerte a la tierra de los vivos el Padre Alonso de la Cámara, natural de Yanguas, lugar en Castilla la Vieja, de quien toman nombre los montes que pasan entre él y Soria y se llaman La Serranía de Yanguas, Garray y Moncayo, a quien los latinos dicen Monte Cauno o Caumeno; partes todos del segundo monte de los principales que atraviesan por España, partiéndose de los Pirineos nombrado de los antiguos Ydubeda. Entró en la Compañía y crió en ella un espíritu verdaderamente religioso, tan igual en el ejercicio de todas las virtudes que con mucha dificultad se podía

conocer en cual más se señalaba. La humildad en alto punto, el silencio en extraño rigor, la pobreza con gran desnudez, la obediencia, la oración, la paciencia, la mansedumbre, la abstinencia y celo de la observancia, el amor a su instituto y al bien de los prójimos, todo en igual perfección.

Andaba siempre ocupado en Dios casi en continua meditación, rezaba el oficio divino con particular devoción siempre de rodillas, tenía muy especial cuidado en aparejarse para celebrar dignamente el santo sacrificio de la misa en el altar, profunda consideración del misterio que allí obraba, en el dar gracias maravilloso recogimiento y sosiego de corazón. Notable sentimiento y lágrimas en algunos días como en los que decía misas de la pasión del Señor. Espanta lo que dicen y deponen de su silencio los que le vieron y trataron con él. En 25 años que vivió en el colegio de Marchena jamás le vieron pasar por claustro ni huertas entreteniéndose o hablando con otros y para decir las cosas necesarias parece que tenía peso en la //229v. lengua, tan medidas eran y ajustadas sus palabras y tan pocas quien tanta cuenta tenía con la lengua tan difícil de gobernar y quien a tanto recaudo la traía. Bien se verá cuánto tendría en las otras cosas que son más fáciles de reformar. Viéronle en muchas ocasiones de las que se juzgan por forzosas de volver por sí reprimirse y callar sin dar excusas ni quejas en público ni en particular y con los prójimos no gastaba más tiempo ni más palabras de las que pedía el remedio de sus almas o el despacho de los negocios que se trataban.

Siendo ya de edad cansada, con trabajos y enfermedades, hacía los oficios que en su ausencia muchos no los podían suplir y aplicábase de ordinario a los más humildes. Visitó muchos años de noche las lumbres y en el cuarto de tiempo que después de dada la señal de acostar se aguarda para este oficio, llevaba con dos cántaros de cobre el agua a los lugares comunes y los aderezaba. Siendo ministro y procurador del colegio, hacía los oficios de los mozos de la casa cuando alguno faltaba; si salía fuera del lugar a negocios iba a pie cuando el trecho y longura del camino no excedía mucho sus fuerzas, en los demás servíale un jumentillo sin ningún género de las alhajas que otros usaban para semejantes jornadas y por estuche un tercio de caña con una pluma y hecho de la misma caña un tinterillo. Fue igual a la pobreza la abstinencia y de manera que era maravilla el sustentarse. No lo sacó de este paso ni la vejez, ni la flaqueza, ni las enfermedades, ni las ocasiones de regalos, las cuales él no admitía aunque más justificadas.

En medio de las muchas ocupaciones de sus oficios, con ser tantas que como dijimos embarazaban a tres sujetos en su ausencia, no olvidó la principal de acudir al bien de las almas y ofrecíales Nuestro Señor extraordinarias ocasiones de remediarlas. Yendo por un camino que él otras veces había andado, se halló ya tarde perdido y muy lejos de poblado. Salió de la cordillera de un monte un hombre dando voces y pidiendo confesión, aguardole y habiéndole oído le absolvió de sus pecados, poco después llegó a una casería donde le llamaron para que confesase un enfermo de más de 80 años, hízolo así y pasando adelante cogióle la noche entre las breñas y asperezas de un monte, donde tornó a perder el camino sin remedio de cobrarle. Dejó ir la cabalgadura y cuando menos pensó //230r. se halló en unas huertas donde había un hortelano, hombre piadoso y que solía hospedar por amor de Dios los que por allí pasaban. Acogiole con mucha caridad y regalole aquella noche remunerando el Señor al buen Padre la que había hecho a los otros remediando sus almas en la soledad de un desierto.

Vio una vez a un muchacho desamparado, enfermo y con una grande llaga en el

muslo, llevole al hospital y encargole con muchas veras a la enfermera. Cansose ella dentro de pocos días y tal tratamiento le hizo que el enfermo se salió a buscar remedio en otro lugar. Vino otra vez el Padre al camino de un pueblo y vino a dar a otro donde el muchacho se había recogido y al caso estaba en la calle. Conociole el enfermo y vínose para él, compadeciose mucho el buen Padre y sabiendo su desamparo buscó lienzos y medicinas para curarlo pidiéndolas de limosna. Llevole a su posada, lavole las heridas y ligóselas con tanta piedad como sufrimiento del mal olor que la falta de cura les añadía. Diole de comer y abrigole aquella noche en la cama donde le sobrevino estando el Padre reposando una visión, recordó a los gemidos del enfermo y levantándose de la cama encendió lumbre e hizo fuego para calentarle y el día siguiente le puso en su misma cabalgadura acompañándole a pie y le trajo a Sevilla, donde antes de entrar en casa le dejó bien acomodado en un hospital donde le curaron.

De esta misma caridad nacía en su corazón el amor y estima que de todos tenía sin dar lugar a que en su presencia se tratasen cosas que aún livianamente se desdorasen la fama del prójimo, llevando sus injurias con extremada humildad. Padeció muchas y graves enfermedades, gota, vómitos, frío extraordinario, todas con admirable paciencia, a los últimos días se le trulló un dedo y luego toda la mano con dolores gravísimos de la gota y en todos ellos estuvo con tanta paz y serenidad que ni se quejaba ni encarecía la enfermedad, de esta fuerza que hacía sufriéndose y sufriendo los males y del demasiado trabajo y penitencia con que se trataba vino a echar el bofe por la boca (que es el mayor encarecimiento que en este género se suele decir) y por cosa tan rara se llevó el médico para enseñarlo a algunas personas. Cuando más cercano a la muerte, pedía que le tratasen del estado de los bienaventurados y en estas conversaciones y en oír lección de libros devotos pasaba los días hasta el último de San Bernabé Apóstol en que //230v. habiendo recibido los santos sacramentos, con entero juicio trocó esta vida por la bienaventurada el año de 1595, lloraron su muerte y en su vida y después de ella siempre le llamaban todos el santo.

## CAPÍTULO CIV

## DE LOS HERMANOS GASPAR DE CABALLAR Y DOMINGO DE OÑATE Y DE LOS PADRES JUAN DE CAÑAS, FRANCISCO RAMÍREZ Y DIEGO DE SALAZAR.

El hermano Gaspar de Caballar fue natural de Segovia, ciudad antigua y muy conocida del Reino de Castilla, hijo de padres nobles a quien dejó siendo mozo con deseo de entretenerse y perder tiempo de unas partes en otras. Llegó a la ciudad de Córdoba donde acariciado del Padre Diego de Caballar, hermano suyo, se recogió algunos días en el colegio que tres años antes estaba fundado. Tocole allí Nuestro Señor, pidió la Compañía y recibiéronle el año de 1556. Comenzó luego a recibir mercedes a manos llenas de Nuestro Señor, particular don de oración para la cual se hallaba con admirable disposición a todas horas y tiempos; grande ánimo pasaba mortificación y humildad, espacial devoción con la soberana siempre Virgen María, cuyo oficio y rosario recabó cada día con singular atención y mucha consideración de sus grandezas; adoraba todas las imágenes de esta señora con gran reverencia, poníales ramilletes de flores y saludábalas con amor y afición entrañable. Deseaba que todo el mundo las tuviese y amase y

para ayudar este intento, cuando pudiese hacía rosarios de naranjitas y de otros granos que para ésto sembraba en la huerta. Vaciaba medallas de estaño con la imagen de su Purísima Concepción. Tejía cordoncillos y ensaltaba los rosarios y en esto ocupaba las noches de invierno y siestas de verano, con todos los ratos sobrados de las obligaciones del día. Ésto repartía a los niños de las escuelas, a la gente del campo, a los pobres de los hospitales y les enseñaba como los habían de rezar en honra de la santísima Virgen. Éstos daba a los padres que salían a misiones y a los hermanos que iban a enseñar la doctrina y los enviaba por los cortijos y pueblos.

Tuvo extremado celo de la honra de Dios y veneración de la santa Cruz, levantábala en varios lugares del campo donde pudiese ser reverenciada de todos y enseñaba a los niños cómo habían de adorar //231r. la y qué reverencia debían hacer a las sagradas imágenes de Cristo y de la Virgen y Santos. Hacía particular oración y penitencias por la conversión de las almas y en las ocasiones que se le ofrecían declaraba a los rudos los misterios de la fe; exhortábalos a la confesión de sus pecados y deseaba que bullese entre los hombres (hablaba él así) la preciosísima sangre de Jesucristo en la frecuencia de los sacramentos y en los ejercicios de devoción de que él daba continuos ejemplos; especialmente los dio muy señalados en el ministerio que por espacio de 34 años ejercitó en la Compañía enseñando a leer a los niños con mucha caridad, edificación y provecho de ellos. Amábalos tiernamente y como madre piadosa acariciábalos, limpiábalos y regalábalos, mayormente a los jovencitos a quien mostraba mayor afición (si bien a todos miraba como a unos ángeles) porque le representaban más vivamente al niño Jesús pobre y humilde, y considerando al lado de cada uno un ángel de guarda confundíase y daba gracias a Dios que le había hecho maestro de niños que tenían por ayo los ángeles.

Tenía enemistad declarada con el demonio, hacíanse guerra el uno al otro como enemigos mortales. Teníale él pintado con una figura feísima al rincón de su aposento donde le escupía siempre que entraba o salía en él; otras veces le sacaba a las escuelas para que como a la cruel y enemiga bestia le maltratasen los niños con obras y con palabras y le cobrasen horror desde aquella tierna edad como a su enemigo. Mas el demonio procuraba vengar en él sus agravios molestándole con varias tentaciones, las cuales él vencía con oración y penitencia. Tal vez estando reposando en la cama le arrebataba juntamente con ella y le rebatió en la pared, mas reconoció luego a su enemigo y valiéndose de las armas de la cruz e invocando el santísimo Nombre de Jesús, le ahuyentó diciéndole mil oprobios y afrentas y teníale tan perdido él miedo en ocasiones semejantes como experimentaba muchas veces en ellas, que diciéndole un sacerdote vecino de sus escuelas que oía de noche grande y extraordinario ruido en ellas, dijo que él pediría licencia al superior para ir allí a verse con su enemigo, aunque no podía creer que se atreviese a entrar donde se enseñaba la doctrina cristiana y los misterios de la fe de Jesucristo.

De esta manera pasó en la religión 40 años de vida inculpada, amado por su mansedumbre y humildad, por el celo de la honra de Dios y amor de los prójimos, no sólo de los nuestros, sino también de los extraños; al cabo de ellos le sacó Nuestro Señor de este destierro al eterno descanso en 14 de mayo de 1596 años. //231v. Recibió la nueva de esta jornada con tanta alegría de corazón cuanta había sido la perfección de su vida.

Perseveró todo el tiempo de la enfermedad con admirable gozo y firme confianza de verse eternamente con aquel señor a quien amaba y servia. Fue reverenciado en vida de toda suerte de gentes y honrado en la muerte su entierro, llevole en hombros el clero e hizo los oficios de su sepultura, agradecidos al bien que todo el lugar había recibido de sus buenos trabajos.

Por octubre de este mismo año, dio el Señor el premio de su santa vida al Hermano Domingo de Oñate, vizcaíno de nación, en quien resplandecieron en grado superior las virtudes cristianas y religiosas, especialmente la humildad, el silencio, la oración, la pobreza y penitencia. Fue hombre rico en el siglo, de más de 20.000 ducados de hacienda, tratábase honrada y galanamente, servíase de criados y caballos y otros aderezos de grandeza y vanidad del mundo y como tal le faltó al mejor tiempo para mayor provecho suyo y gloria de Nuestro Señor. Hizo unas fianzas (despeñadero común de ricos) y por ellas le secuestraron sus bienes y le pusieron en Granada en la cárcel, donde Nuestro Señor le enseñó la libertad de sus hijos, que despojados de las cosas de la tierra sólo apetecen y gozan de las del cielo. Desamparáronle los amigos y los mismos a quien había hecho mucho bien en el tiempo de su prosperidad, le aliviaron en aquella adversidad, permitiéndolo Dios para que desengañado del mundo aprendiese a servir a quien sólo no le desamparaba en los trabajos. Comenzose a valer de la oración, de la caridad y ejercicios de penitencia sirviendo a los pobres enfermos, consolando a los tristes, animando a los presos a llevar con paciencia sus prisiones y reprehendiendo a los vicios en que caían. Otros ratos gastaba en lección de libros devotos y por no tener tiempo ocioso ocupaba el que le restaba en hacer algo de manos. Pasó de esta manera nueve y más años de prisión hasta que satisfechos los jueces de su inocencia y movidos del ejemplo de sus costumbres, le pusieron en libertad. //232r. Entróse luego en la Compañía donde vivió 18 años con rara edificación, amor y aprobación de cuantos le conocieron dentro y fuera de la Religión. Fue grandemente riguroso en el trato de su persona, tomando siempre para sí lo mas pobre y desechado de la casa y en el vestido jamás usó de cosa nueva. El silencio fue raro, las palabras necesarias con extraña modestia, humildad y encogimiento; leyósele en el rostro la ocupación del corazón lleno verdaderamente de Dios, en cuya presencia andaba siempre tan ordenado y compuesto, no sólo en las obras y palabras, sino también en el mirar de los ojos y en todos los ademanes de su semblante. Tuvo a cargo el gobierno de la hacienda y negocios del colegio, mas nunca por ninguno de ellos olvidaba el suyo, teniendo especial cuidado en emplear muchos ratos en la oración y lección espiritual con particular devoción, reverencia y sosiego, de rodillas en ambas cosas y delante de Santísimo sacramento andaba en tan continua y profunda meditación de la muerte que llegándole muchas veces a preguntar el Superior cuando le encontraba por casa qué pensaba, una vez le respondió: que me tiran de los pies para llevarme a la sepultura; otras que me están pidiendo cuenta que todo se va acabando, que la cuenta ha de ser rigurosa y no valen favores sino méritos con el juez y como dice de sí el glorioso San Jerónimo que siempre sonaba en sus orejas la trompeta y voz del juicio postrero; así en las de este santo Hermano siempre se oían semejantes avisos del cielo, de manera que preguntaba a un compañero de su aposento si oía las voces que de noche le daban y diciéndole que no y rogándole se las dijese, él le respondió parece que me //232v. dicen la vida en breve, el trabajo pequeño, el galardón grande, prepárate para dar cuenta. Con la fuerza de estos avisos le traía

el Señor tan cuidadoso, tan diligente y solícito en su servicio, haciendo siempre descargo de la vida pasada con los santos ejercicios. De la presente cosa es casi milagrosa en tantos años de Religión no haber gastado mal, ni aun palabras, siendo tan ocasionada cosa tan fácil el perder muchas, por lo menos ociosas y haber vivido de manera que nadie se quejase de él, ni él se quejase de alguno, efectos todos de su grande virtud y humildad tan profunda que así se trataba entre los demás religiosos y se portaba en todos los negocios como si fuera no Hermano de ellos, sino esclavo, común respeto y reverencia como si anduviera delante de Dios, a quien sólo miraba en ellos y por quien a todos obedecía, especialmente a los superiores o a quien tenía su autoridad con tanta fortaleza y fe que algunas veces decía que ninguna cosa habría tan dificultosa, la cual él no emprendería y saldría con ella si se la mandasen y dio bastante muestra de la verdad de este su sentimiento en negocios arduos y para su opinión casi imposibles, a los cuales ponía el pecho y los vencía oyendo la voz del Superior. Solía decir cuando en mayor aprieto y trabajo se veía, paciencia, diligencia y más tesoros, al fin como quien tan codicioso andaba y tan metido en las granjerías del cielo.

Tuvo entre otras virtudes particular afecto y estudio de servir y dar contento a todos en todo lo que lícitamente pudiese, honrándoles y estimándoles //233r. en presencia y ausencia y quitando él de sus comodidades por acomodar a los otros. Pidió a Nuestro Señor le llevase de una enfermedad breve, por no dar cuidado ni trabajo a los enfermeros; diole su Majestad una calentura interior ardentísima con cámaras de sangre, muchos dolores y bascuas que le acabaron para el séptimo día después de haberse prevenido para su dichosa muerte con la ayuda de los Santos Sacramentos y con el ejercicio de muchas y grandes virtudes de paciencia, de caridad y obediencia y conformidad con la voluntad de Nuestro Señor, en que se mostró aventajadamente en la enfermedad. Dejó a todos alegres y envidiosos de su tránsito y conservan los que le conocieron dulce y ejemplar memoria de su santidad.

Murió también este año a 8 de junio, el Padre Maestro Juan de Cañas, quinto Provincial de Andalucía, de quien hicimos particular mención en el libro segundo de esta Historia. Fue su muerte muy conforme a la vida santa y agradable a Nuestro Señor. Tuvo muchas prendas de su salvación, gran seguridad en el alma, gran paz de conciencia y muchos gustos del cielo que es lo más que en el suelo se puede gozar. Vínole a visitar en los postreros días Don Alonso de Torres, caballero muy noble de la ciudad de Málaga y Deán de su iglesia, varón de muchas prendas, de virtud, letras y autoridad. Díjole con mucha envidia de tan dichosa muerte al Padre: como se va a gozar y nos deja, si fuera poderoso para alcanzar de medios que me llevase ya a descansar. Respondiole el Padre: mire vuestra merced lo que dice, no se arrepienta, mire si lo dice de veras. Tornó a pedírselo con instancia y el Padre le dio palabra de alcanzarlo //233v. y en señal de concierto se dieron ambos las manos, y dos meses después de su muerte el padre cumplió su promesa y acabó el Deán santamente y muy confiado de su salvación, acordándose de la intersección de su buen amigo, a quien él le había hecho el oficio de la sepultura con acompañamiento de todas las Religiones y lo más noble de la ciudad.

Poco después dio la vida en servicio de Dios y la república, el padre Francisco Ramírez, natural de la ciudad de Úbeda. Fue ocasión de su muerte la jornada que este año se hizo de España para Inglaterra, para la cual fueron señalados algunos de la Compañía, yendo entre ellos el Padre. Luego que le intimaron el orden de su patria,

púsose de rodillas y levantando las manos al cielo con los ojos bañados en lágrimas de devoción, se resignó fervorosamente en las manos de Dios y le dio gracias por haberse querido servir de él en empresa de tan gloria suya, en que le dictaba su corazón que había de dar la vida. Tomó un breve espacio para disponerse y aquel mismo día se partió para Lisboa, con grande fervor y alegría. Llegado allá fue recibido del Adelantado de Castilla, de los capitanes y soldados con muestras de mucho amor y buena voluntad. Este les pagó bastantemente empleándose de día y de noche en el aprovechamiento de sus almas, confesándoles ya en la mar, en los navíos y galeras, ya en tierra en los hospitales, con tanta solicitud y cuidado, que en el poco tiempo que en Lisboa se detuvieron para embarcarse confesó cinco o seis mil personas.

Habiéndose embarcado sobreviniéronles grandes y tan continuas //234r. borrascas y tempestades que la armada arribó desecha a La Coruña, ciudad y puerto, el mejor y más seguro y capaz de Galicia, a quien los antiguos llamaban Clunia y los autores de cosmografía el Gran Puerto Brigantino, y una de las Colonias de la España Citerior o Tarragonesa. Del gran trabajo que en el mar había pasado con las tormentas y administración de sacramentos, adoleció aquí el Padre Ramírez de una grave enfermedad de que murió ofreciéndose con mucha devoción y confianza a Nuestro Señor. Fue su muerte muy sentida de todo el ejercito y honrada de él con un solemnísimo entierro. Su vida no pasó de 36 años habiendo servido a Nuestro Señor en la Religión los 16 con ejemplo de mucha paciencia, de obediencia, de caridad y celo de las almas.

En la misma jornada acabó felicísimamente sus días el padre Diego de Salazar, natural de la ciudad de Córdoba, grande y señalado operario de la viña de Cristo, incansable en el trabajo, fervoroso en la oración, prontísimo en la obediencia, ejercitado en la humildad, provechosísimo en el trato con los prójimos, caritativo en remediar sus miserias y celoso en reformar sus conciencias. Finalmente enemigo de ociosidad y regalo y por extremo dado a los ejercicios de penitencia. Leyó muchos años una clase de Gramática con igual provecho de virtud y letras en sus discípulos. Mandándole una vez partirse a las Filipinas y cogiéndole esta orden muy descuidado, se levantó al punto de donde estaba sentado con extraordinaria alegría y dando como dicen saltos de placer. Tanta era la perfección de su obediencia, tanta la sed de aprovechar a las almas y de dar la vida //234v. por Jesucristo; mas desconcertándosele esta jornada le mandaron emplearse en esta otra, y recibió esta orden con el mismo aliento y gozo que había recibido el primero y en ejecución de él puso fin a su vida, habiéndola empleado toda o la mayor parte de ella en servicio de su criador, especialmente los últimos días de ella, administrando los sacramentos y ayudando por todas las maneras posibles a los soldados y gente de toda la armada. //235r.

## CAPÍTULO CV

## PRINCIPIO DE LA CASA DE PROBACIÓN DE BAEZA. UNDÉCIMA CONGREGACIÓN Y SUCESOS DE ELLA Y DEL TIEMPO.

Este mismo año de 1596 fundó una Casa de Probación en la ciudad de Baeza, Don Antonio de Raya, Obispo del Cuzco, en reinos del Perú, varón docto, noble y celoso del bien de las almas. Su intento y celo, ninguno mejor lo declara, que él mismo, cuyas palabras sacadas de la escritura original de la fundación pondré yo aquí para que en ellas se vean los motivos que a fundar esta Casa le determinaron y la obligación en que puso a la Compañía, dice así:

> *D.Antonio de Raya, Obispo de Cuzco, en los Reinos del Perú, con deseo de servir a la Divina Majestad, y hacer bien a la ciudad de Baeza, que es mi Patria, y ayudar con oraciones y socorros espirituales las almas del dicho mi obispado, habiendo muchas veces en tiempos atrás, y ahora considerando el gran provecho espiritual que se hace en la Iglesia de Dios por medio de los Padres de la Compañía de Jesús, y el que tendrá nuestro obispado en las oraciones de los novicios de la Compañía, que comienzan con nuevos fervores a entrar en la milicia de Jesucristo, Nuestro Señor, y que en las Casas de Probación se crían estudiantes de habilidad y partes que después de hechos religiosos y letrados son de esperanzas para ser fructuosos operarios, y que de ellos saldrán personas que puedan ir al Perú a ejercitar los ministerios de la Compañía en la conversión de los indios, y llevar adelante en la cristiandad los convertidos habiendo tenido cerca de esto el acuerdo y madura deliberación que se requiere, queremos y es nuestra voluntad erigir y fundar, y por la presente erigimos y fun- //235v. -damos una Casa de Probación de la dicha Compañía en la dicha ciudad de Baeza, etc.*

Hizo luego donación por esta escritura de un solar suyo en la Parroquia de San Juan, y de 40.000 ducados de oro de a 375 maravedís cada uno, moneda de España, que valen quince cuentos de maravedís para que de ellos se hagan 2.000 ducados de renta de a 18.000 el millar y de los 4.000 que restan se compren solares para acrecentamiento del sitio y de la renta, y de los 36.000 se vayan labrando casa y templo con título del glorioso mártir San Lorenzo y se haga la sacristía de ornamentos bastantes y la casa de alhajas y de todo lo necesario. Hiciéronse estas escrituras y otorgáronse por el Obispo y por el Padre Pedro Bernal, Viceprovincial en aquel tiempo de esta provincia, y por el padre Francisco de Quesada, que el año siguiente tomó el oficio de Provincial, y el padre Melchor de San Juan, Prepósito que es ahora de la casa Profesa de Sevilla, naturales ambos de la misma ciudad de Baeza, a quien el Obispo dio entonces cumplidos poderes y dejó en su lugar para ejecutar lo capitulado en 26 días del mes de junio de este año de 1596.

Luego el siguiente de 1597, por el mes de abril, juntó Congregación el padre Pedro Bernal y en ella fue señalado para ir a Roma el Padre Doctor Esteban de Ojeda, que vino

a la vuelta por Visitador de la Provincia de Toledo y ahora es Rector del Colegio de Madrid. Al mismo tiempo que los Padres estaban juntos en Sevilla, entró en la provincia el Padre Hernando Lucero con el oficio de Visitador General, y habiéndoles prevenido que le esperasen, dentro de pocos días llegó a aquella ciudad y leyó su patente //236r. y dio la de Provincial al Padre Francisco de Quesada, Rector en esta sazón del Colegio de Granada, que hoy viven y fueron igualmente bien recibidos ambos, el uno en la visita y el otro en el gobierno de la provincia.

Sucedió por este tiempo un caso de igual ejemplo y lástima en un mancebo que habiendo entrado este año en la Compañía salió de ella el siguiente de 1598. Era de noble sangre, de lindo natural y mucha cordura. Entró en la Compañía más por seguir a un grande amigo suyo, que había sido recibido en ella, que por llamamiento de Dios, y aunque procedía con muestras de grande virtud y recogimiento, padecía interiormente mucha turbación y desconsuelo, pareciéndole que no podía perseverar en la Religión quien se había movido a entrar en ella por respetos humanos, cuales habían sido los suyos. Hacíale cruda guerra el demonio con estos pensamientos, resistíale con oraciones y penitencias pidiendo a Nuestro Señor diese sosiego a su corazón (secretos son los juicios de su Majestad), no tuvieron efecto sus ruegos porque estos dones, como dice el Apóstol, no son *currentis ne que volentis sed Dei miserentis*. Salió al fin de la Compañía más como forzado de la poca satisfacción que tenía de su perseverancia que por voluntad de dejar la Religión. Sintiolo él y sintiéronlo grandemente sus padres, temiendo todos que quien tanto bien dejaba en la casa de Dios no podía esperar ninguno en el mundo. No tardó mucho el desengaño porque habiéndole sus padres acomodado en los estudios de Écija, por tenerle siempre a cuidado y sombra de la Compañía, dentro de pocos días le mató a puñaladas un condiscípulo suyo dentro de las propias escuelas, sin dejarle lugar a recibir otro sacramento que el óleo, y sin haberle dado ocasión el inocente mancebo y aun sin pensar el matador que le hería de muerte. Causó este acaecimiento tanta mayor //236v. admiración y dolor cuanto menos pensado ni merecido del triste mancebo, que aunque en hábito y estado seglar, vivía religiosa y ejemplarmente frecuentando los sacramentos de la confesión y eucaristía con mucha devoción y portándose en todas cosas con tanto recato y cuidado de no ofender a Nuestro Señor, que a sus confesores era de grande consuelo y de cuantos le conocían de mucho ejemplo. Halláronle desnudándolo un crucifijo al cuello, un silicio de disciplina y rosario, no en balde le llamaban el santico forastero. Asegurole el Señor por un medio tan fuerte de los temores con que él andaba continuamente de no ofenderle y dejó a los demás aviso de la obligación que tienen de agradecerle infinitamente la suavidad con que los encamina a su salvación.

En este mismo tiempo servia en el colegio de Cazorla un mozo cuerdo y virtuoso, a quien un Hermano Coadjutor con celo indiscreto y aun con malicia opuso un falso testimonio, por el cual le mandó el Provincial despedir de la casa. Mas habiendo hecho mejor información sobre el caso pareció la inocencia del uno y la culpa del otro. Con ésto trocaron las manos del Provincial, recibió al inocente en la Compañía y despidió de ella al acusador. Justamente pierde lo que tiene quien injustamente procura quitar al prójimo lo que posee.

## CAPÍTULO CVI

## DE ALGUNOS PADRES QUE OFRECIERON A DIOS SUS VIDAS CONFESANDO LOS HERIDOS DE PESTE QUE ESTOS AÑOS HUBO EN ESTA PROVINCIA Y DE LA ÚLTIMA CONGREGACIÓN DE ESTE TIEMPO.

Este año de 1599, con los demás que han pasado hasta el de 1602 en que escribimos esta Historia, han sido tan sujetos a enfermedades que en todos ellos no ha faltado peste en Andalucía, ya en unos, ya //237r. en otros lugares, y en algunos tan cruel y desvergonzada que de toda suerte de gentes ha arrebatado muchos millares de hombres. Comenzó en la ciudad de Sevilla el año de 1599 y continuose hasta el de 1601, creciendo y menguando conforme a los tiempos y varia disposición de los cuerpos. El primer año que prendió en esta ciudad causó tanto miedo el contagio y furia del mal que no daba lugar a parientes ni amigos de socorrerse. Abrió la ciudad hospitales, a donde acudieron a sacramentar los enfermos con mucha caridad y grande ánimo algunos religiosos de las ordenes del Bienaventurado Santo Domingo y San Francisco, a los cuales acompañaron otros de la Compañía. Entre ellos se señalaron mucho dos Padres de extremado celo y fervor en la procuración de las almas. Llamábanse el uno Pedro Ecijano, natural de La Rambla, villa muy conocida en Andalucía, hombre de rara humildad y silencio, de continua y profunda meditación, lección de libros santos, observancia regular y perfección de la vida espiritual, aventajado sobretodo en amor y deseo de la honra de Dios y remedio de las almas, en cuyo beneficio siempre se empleó con manifiesto aprovechamiento de aquellas que gobernaba hasta venir a dar la vida por ellas en la peste que hubo en esta ciudad el año de 1581; acudió con extremado fervor y alegría no sólo a sacramentar los enfermos, sino también a enterrar por su mano los muertos por faltar muchas veces quien lo hiciese. Pagábale Nuestro Señor tan heroicas obras con muchos regalos interiores, tiernos y devotos sentimientos, frutos celestiales y lágrimas de alegría y devoción con que andaba tan alentado que no le parecía tener vida sino cuando la ocupaba en servir a los prójimos.

Con estas prendas quedó deseoso de hallar ocasiones en que agradar //237v. a tan buen Señor haciendo bien a las almas y en la que ofreció la peste de este año de 1599, mostró bien la caridad de su corazón administrando los sacramentos de la penitencia, eucaristía y extremaunción en el hospital con incansable trabajo y puntual diligencia y dándoles los jarabes y comida por sus manos. El mal era tan contagioso que dentro de pocos días le arrebató, con gran duelo de toda la ciudad y grandísimo consuelo de su alma por haber gastado (como deseaba) su vida en servicio de Dios y del prójimo.

Tres días antes había dado la suya en la misma empresa y con el mismo celo y buen ejemplo de sus fuerzas, el Padre Martín Guerra, de pocos años de religión, pero mejor logrados que muchos y muy largos de otros. Era natural de Encinasola, lugar en los términos de Andalucía por la parte septentrional de Sierra Morena, no lejos de la gran ciudad de Nertóbriga, de cuyas ruinas se edificaron los pueblos que adelante diremos cuando tratemos de la fundación del Colegio de Fregenal. Llevó por oposición el beneficio eclesiástico de esta villa que le rentaba 600 ducados y era en ella Comisario del Santo Oficio. Detúvose en el siglo por sustentar a su madre y pedíale a Nuestro Señor que le diese siquiera cinco días de Compañía, uno en que fuese recibido, tres en que disponer-

se para la muerte y otro para morir. Trocóselos su Majestad en cinco años y gastolos con admirable ejemplo de su virtud en varias ocupaciones y ministerios de la Compañía, y vino a dar la vida en agradable sacrificio por la salud de los prójimos en la enfermedad de la peste. Acudioles con extraordinaria caridad, sin perdonar a trabajo ni a peligro. Fue excesivo el de un día en que sin salir de la sala de los heridos administró el santo óleo a más de ciento y tantas personas, de donde acaudaló el mal que en breves días le hizo digno y particionero de los bienes eternos de que gozará para siempre. //238r.

No acobardó la muerte de estos santos varones, antes animó y dio nuevo esfuerzo a los deseosos de imitarles. Entraron en su lugar el Padre Antonio Gallegos y el Padre Hernando Núñez, que hoy viven, a quien conservó Nuestro Señor la vida y salud para que hiciesen tan glorioso empleo de ella, como lo hicieron por todo el tiempo que la peste duró. Especialmente el Padre Hernando Núñez, que habiendo faltado todos por varias causas los demás religiosos que administraban los sacramentos en el hospital, él sólo perseveró hasta el fin y no salió de aquel puesto hasta que la misma ciudad, por recaudo particular que envió con un Regidor, pidió a la Compañía cesase de aquel trabajo, pues Nuestro Señor había sido servido de dar fin a la enfermedad.

Demás de estos Padres anduvieron por la ciudad haciendo el mismo oficio que los demás, el padre Francisco de Herrera y el padre Gaspar de Carmona, que lo había ejercitado el año de 1582 en la ciudad de Málaga con mucha gloria de Nuestro Señor y ayuda de los enfermos, aunque asistió también algunos días en el hospital de Sevilla. Estimó grandemente la ciudad y agradeció este beneficio y en significación de ello, habiendo dado de limosna a las demás Religiones 100 ducados, dio a la Casa Profesa de la Compañía 400 e hizo unas muy solemnes honras a los religiosos que habían dado la vida en una tan honrada demanda.

Luego que el rigor de la peste fue mitigándose publicó el Padre Francisco Quesada Congregación Provincial y celebrola en el Colegio de Córdoba por octubre de este mismo año de 1599 con gran aplauso de toda aquella ciudad, que acudió liberalísimamente con sus limosnas para el sustento y regalo de los huéspedes, con tan abundancia que de las sobras pudo comenzar a labrar el claustro nuevo de la portería, de que en su lugar nos acordamos. Fue enviado a Roma el Padre Melchor de Gadea y volvió el año siguiente por el mes de diciembre con el oficio de Provincial, que hoy mantiene. //238v.

## CAPÍTULO CVII

### FUNDACIÓN, AUMENTO Y ESTADO DEL COLEGIO DE FREGENAL.

Por este mismo tiempo tuvo asiento la Compañía en la villa de Fregenal, lugar en Sierra Morena a la parte septentrional de Andalucía, que algunos piensan ser la antigua y grande ciudad de Nertóbriga, fundación de los Galos Célticos Españoles, que poblaron las riberas del Guadiana de una y otra parte en la región que hoy llamamos Extremadura, casi 590 años antes del nacimiento del Salvador. Parecen hoy día poco más de media legua de allí señales y cimientos de los muros y cerca de una grande población en la cumbre de un cerro alto y bien proporcionado que llaman los moradores Valera, donde se halló una piedra y esculpida en ella el nombre de NERTOBRIGA, de cuyas ruinas se han edificado los cuatro pueblos de la comarca: Bodonal, Fuentes, La

Higuera y Fregenal; todos a dos leguas de éste. Tiene hoy población de 1.500 casas, habiéndose despoblado y arruinado gran parte de las que antes tenía con la mucha peste que en él hubo ahora 30 años. Pertenece en lo espiritual al Obispo de Badajoz e inquisición de Llerena, en lo temporal a la ciudad de Sevilla, si bien en el tiempo que los romanos enseñoreaban a España fue jurisdicción de la Chancillería o Convento de Córdoba. Tiene muy grande y espaciosa comarca, de muchos y honrados pueblos de la sierra y Extremadura, a dos, tres y cuatro leguas, y muy a propósito para las misiones y ordinarios empleos de la Compañía. Murió en este lugar el año de 1597 un ciudadano muy honrado y rico, Alonso de la Paz, que por hacer bien y acrecentar a su Patria, mandó en su testamento fundar en ella un Colegio de la Compañía, donde se enseñasen letras humanas y divinas, desde la Gramática hasta la Teología. Dejole dotado en 40.000 ducados, de que se compraron //239r. dos juros de 2.400 de renta cada año y señaló a su hermano Juan de la Paz, Clérigo Presbítero, varón celoso de la honra de Dios y del bien de su Patria, por libre administrador y ejecutor de su voluntad con poderes muy cumplidos para dar asiento a la fundación y condiciones de ella como mejor le pareciese. Tratolo con el Padre Francisco de Quesada, Provincial, y de acuerdo de ambos se hicieron por agosto de 1598 escrituras, en que él entregaba a la Compañía el legado del testamento de su hermano, y ella se obligaba a comprar sitio y labrar casa e iglesia con tal que mientras el edificio durase los 2.000 ducados de renta se gastasen en él y los 400 quedasen para el sustento de los sujetos y sólo se leyesen por este tiempo dos clases de Gramática y una lección de Teología Moral.

Estando las cosas en este punto renovó Felipe II una ley antigua de España, en que vedaba fundar Casas de Religión, Hospitales y Colegios por todo su reino sin que primero se tuviese licencia de su Real Consejo, a quien remitía el examen de pro y contra que en las tales fundaciones hubiese. Pidiose esta licencia y para darla despachó luego sus cédulas, que llaman de diligencias, una para que el Obispo de Badajoz, otra para que el teniente de Sevilla (jurisdicción como dijimos espiritual y temporal de esta villa) le informasen si convenía. Recibidas por ambos las condiciones, el Obispo, que a la sazón era el Director de la Matriz, informó a su Majestad de los muchos provechos que así la villa de Fregenal como las de su comarca recibirían con la fundación de la Compañía. Y lo mismo hizo el Teniente de Sevilla, porque habiendo venido a esta villa y llamado a Cabildo abierto, seglares y eclesiásticos, en más de cien votos que se tomaron, ninguno hubo que no fuese tan favorable como se pudiera desear.

Con estas y otras informaciones se alcanzó luego la facultad Real y //239v. comenzaron el padre Alonso Díaz y el padre Hernando del Álamo, que entonces estaban allí como en misión o residencia, de escoger sitio para labrar el colegio, y porque atravesaban el que escogieron dos calles de la villa, pidieron al Consejo de ella les hiciese gracia de concedérselas. Hiciéronlo así sin alguna contradicción y quedó el sitio acomodado con más de 1.000 pies de solar para labrar casa, templo y escuelas. Pasó esto por marzo de 1599 y el sábado siguiente de ramos, 3 de abril, habiendo acomodado una iglesia con la mayor decencia que les fue posible, dieron en ella la primera misa y pocos días después colocaron en la misma el Santísimo Sacramento con gran gozo y alegría de todo el pueblo. Luego el mes de septiembre del mismo año se abrieron los estudios con dos maestros de Gramática y el año de 1601 se comenzó el primer curso de Artes y Filosofía con 40 oyentes naturales y comarcanos.

Dispuestas así las cosas aceptó Nuestro Padre, Claudio Aquaviva, la fundación del Colegio en 5 de marzo del año de 1600 y señaló por su primer Rector al Padre Alonso Díaz, que pocos años antes había sido del Colegio de Jerez de la Frontera. //240r. Blanca. //240v.

## CAPÍTULO CVIII

## FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE GUADIX.

Al mismo tiempo hizo también asiento la Compañía en la ciudad de Guadix, que en lengua de los árabes quiere decir "Río de vida". Es ella alegre, de sitio puesto en los deleitosos campos y bosques de los Túrdulos, antiguos pueblos de España. Saludable por los aires puros y aguas. Hermosa y fértil en vega y montes. Población antigua y grande, reducida después de la rebelión de Granada a 1.500 vecinos. Llamose en otros tiempos Acci, y fue de las primeras que recibieron la fe y evangelio por la predicación de su primer Obispo San Torcuato, uno de los siete discípulos de Santiago, a quien el Apóstol Pedro envió para la conversión de los Reinos de España. Conserva hoy Silla Obispal y reconoce la Metrópoli de Granada. Hay memoria de sus Obispos en los Concilios de España, desde el primero que se celebró en la ciudad de Eliberi en tiempo de Constantino Magno el año de 324 después del nacimiento de Cristo. Han salido de ella varones insignes en letras y armas; ilustráronla en tiempos antiguos algunos de sus ciudadanos que dieron la vida a manos de los enemigos del evangelio por la confesión de la fe. Y en los nuestros el Hermano Francisco Harana, Diácono de la Compañía, hijo de padres muy nobles, derramó su sangre por la misma causa, entre la fiereza y odio de los gentiles de Salcete, en la India. Y sin duda los méritos e intersección de este santo mártir abrieron camino a la Compañía para la fundación del Colegio en esta ciudad. Era deseado por el bien de los naturales y crianza de la juventud, cuyo buen natural e ingenios daban esperanzas de mejorarse cultivados con trabajo y cuidado común de la Compañía. Cuidábase de más de ésto la buena comodidad que desde este asiento se tendría de salir Padres a correr las Alpujarras, Marquesado de Cenete, río de Almanzora, campos de Mijar y montes, con todo el Obispado de Almería //241r. que siendo el más pobre de España, es de los mayores en tierra, lugares todos tan faltos de doctrina cuanto en varias ocasiones significa la historia.

Tuvo de antiguo muchos aficionados la Compañía en esta ciudad, especialmente a Perafán de Ribera, Canónigo y Arcediano de esta iglesia, varón por sus letras y santidad, tenido por padre de la Patria, que con su caridad hospedaba en su casa los nuestros y con su autoridad los acreditaba y daba a conocer en el pueblo. Entró en la Compañía por su consejo un mozo rico y de nobles padres, Cristóbal Velázquez, a quien tomó después Nuestro Señor por instrumento de la fundación del Colegio. Sucediole en el amor y devoción a la Compañía el Canónigo Juan Ortega de Grijalva, sobrino del Obispo de Guadix Don Melchor Álvarez de Vezmediana, el cual nos dio sus casas con el menaje y librería bastante para Padres que aquí estuvieron en residencia tres años, desde el pasado de 1596 hasta el de 1599 en que se fundó el Colegio como diremos. Estaban por este tiempo caídas las esperanzas de dar asiento a la Compañía, porque aunque varias personas habían ofrecido buenas limosnas con este deseo, no eran bastantes para el efec-

to que deseaban. Pero cuando estas puertas se cerraban, abrió Nuestro Señor en la villa de Madrid, donde el Hermano Cristóbal de Velázquez solicitaba esta pretensión, con tan buen suceso como gozamos. Trató de ella con el padre Bartolomé Pérez de Nueros, asistente que hoy es de Nuestro Padre General por España, y que como persona que poco antes había sido Provincial en Andalucía, cumplidamente sabía cuan a propósito era la ciudad de Guadix para los empleos de la Compañía. Era confesor de Doña Ana Félix de Guzmán, Marquesa de Camarasa, fundadora del //241v. Colegio de Cazorla en esta provincia, de la casa de Probación de Madrid, en la de Toledo, y visitándola el día antes había sabido de ella que deseaba ocupar 500 ducados de renta en una obra pía, sin que se publicase el autor y mano que la hacía. Cobró nuevas esperanzas el hermano Velázquez y para colmo de ellas fue luego a comunicarlas con la Marquesa. Representole la necesidad de la tierra, el grande campo para la sementera del Evangelio y la infinidad, particularmente de los niños pobres, que por serlo ni aprendían letras ni aun doctrina cristiana. Hallose en esta ocasión con la marquesa, Doña Leonor de Toledo, Condesa de Santisteban, y sin haberle pedido cosa alguna, movida sólo del fin de tan heroica obra, dio luego un juro de 1.000 ducados de principal, para sustentar un maestro que enseñase los niños a leer y escribir. Añadió la Marquesa, según su mucha piedad y grandeza, todo lo que fuese menester para comprar 1.500 ducados de renta. Hízose relación a Nuestro Padre Claudio Aquaviva, Prepósito general, y tanto por ser el Colegio de grande provecho para los prójimos como por ser a devoción de la Marquesa, a quien todos tenemos en lugar de madre, aceptó con gusto la fundación. Mas fue condición que el abrir escuelas y poner estudios se suspendiese por cuatro años siguientes, tiempo necesario para acomodarse de casa, alhajas y habitación bastante para los maestros y obreros. Compró luego el Hermano Cristóbal de Velázquez, 2.000 ducados de juro perpetuo en cada un año, haciéndole comodidad y limosna Ambrosio Espínola Genovés, hombre principal y rico de la //242r. villa de Madrid, de vender los dichos 2.000 ducados y aguardar a hacerse pagados en nueve o diez años de su propia renta, por lo que faltaba al cumplimiento del principal.

Vencida esta dificultad, se levantaron otras en la ciudad contradiciéndose la entrada de los nuestros en los Cabildos eclesiástico y seglar. Las causas, materia de intereses y poca noticia de la Compañía. Tratáronse en el Consejo real, con diversidad de pareceres, cosa común en las dudas. Hallábase a la sazón en la corte, Don Juan de Fonseca, Obispo de esta ciudad, verdadero pastor y padre de su iglesia y tan celoso del bien de sus ovejas cuanto fueron los antiguos Padres, a quien imita. Tomó este negocio muy a su cargo, desengañó a los señores del Consejo mal informados, confirmó en su opinión a los que ya estaban persuadidos a la verdad. Testificó la necesidad que tenía su Obispado de la buena diligencia y ministerios de la Compañía y sosegó finalmente los ánimos de todos de manera que luego se despachó la Cédula Real para fundar el Colegio. Rindiéronse también los de la ciudad que contradecían, reducidos parte por la buena industria del Hermano Velázquez, y conciertos que con ellos se hicieron, parte por algunos sucesos no bien afortunados de los que en este tiempo contradecían. Porque en Guadix acabando de jurar un testigo que no convenía dar entrada a la Compañía le dio luego una perlecía de que poco después murió. Y en Madrid, uno de los jueces que con más fuerza contradijo el negocio murió también de repente en menos de 24 horas. Y otro que iba segunda vez a contradecirlo se volvió del camino con el mal de que en

breve acabó. Finalmente el relator que más estorbo hacía fue preso poco después //242v. por un delito muy grave. Sosegadas las cosas y dada la facultad del Rey, se tomó la posesión de las casas del Canónigo Juan Ortega de Grijalva, en 9 de febrero del año pasado de 1599, siendo Superior de aquella residencia el padre Pedro Montes, que ahora es Rector de Granada, y el mismo Canónigo dijo la primera misa y puso el Santísimo Sacramento en una capilla con título del bienaventurado San Torcuato, primer Obispo y patrón de aquella ciudad. Pretendió el Gobernador de ella turbarnos la posesión, diciendo que por ser ya muerto el Rey Felipe II, en virtud de cuya Cédula se tomaba era nula y de ningún efecto si no la confirmaba su heredero y sucesor en el reino. Llegó la pasión a término, que saliendo de los de justicia puso en prisión al canónigo por haber-nos metido en posesión de sus casas y dado principio con su misa a la iglesia. Pero como valen tan poco las marañas de los hombres contra las trazas de Dios, fácilmente se desvanecieron los intentos del Gobernador, habiéndose dado sentencia en nuestro favor en Granada. Comenzó desde entonces pacíficamente la Compañía los santos ejercicios en que se ocupaba, no menos fuera en misiones, que dentro de la ciudad.

Sirviose luego el Obispo de algunos Padres en la visita de su obispado, con mucha gloria de Nuestro Señor y bien de las almas. Acompañaba las doctrinas que se hacían por las calles y enseñábala a los niños por su misma persona y para desterrar cantares lascivos industriábalos juntamente con los Padres en otros devotos y santos. Digno empleo de tal prelado cuya piedad y celo es muy de envidiar en los ministros del Evangelio. Con el nuevo asiento del Colegio y buenas //243r. esperanzas del fruto de sus obreros muchos se despertaron a favorecerlo con limosnas, solicitando este negocio el Canónigo Juan de Ortega Grijalva, el cual después de haberse en vida desposeído de sus casas para darlas a la Compañía, le hizo para después de ella donación de 100 ducados de renta y a instancia suya dejó al Colegio por heredero de 5.000 ducados que valía su hacienda Doña Lucrecia de Calvache, señora noble y devota mujer del Licenciado Solórzano. Y entendiendo que Agustín de Escallo, caballero genovés, vecino de Granada, tenía cierta cantidad de maravedís, de que había dado buena parte al Colegio de aquella ciudad se puso en camino de su voluntad y alcanzó de él que aplicase al de Guadix más de 1.500 ducados de más de 800 reales que él mismo dio para comprar el menaje de casa.

Dejó también por su testamento 1.200 ducados, Diego de Harana, hombre noble de esta ciudad y su mujer Doña Catalina de Luján, dejó para después de sus días una heredad valor de 600, aunque por razón de una fianza de su marido se menoscabaron de su primera manda 800. Juntó por su parte el Hermano Cristóbal Velázquez de varias limosnas 1.200, con que se han ido acomodando las casas y habitación del Colegio.

## CAPÍTULO CIX

## PRINCIPIO DE LA CASA DE ANTEQUERA.

Es la ciudad de Antequera la que antiguamente llamaron Singilia, una de las populosas de esta provincia, fértil en vega y montes, abundante de aguas y frutos de la tierra. Y por la franqueza de que gozan sus vecinos, ferias y mercados ordinarios muy //243v. frecuentados de toda el Andalucía y habitada cada día de nuevos moradores. Hacía muchos años que esta ciudad deseaba fundación de la Compañía, movida parte por el mucho fruto que sus vecinos, los de Málaga, recibían de ella, después que el Arzobispo Don Francisco Blanco les puso allí el Colegio; y parte por el que ellos habían visto en las misiones que en varios tiempos se habían hecho. Mayormente después que el Doctor Don Domingo de Lezo, hombre de tan grande piedad como letras, vino a ser Canónigo de la Iglesia Colegial de esta ciudad. Porque con el buen celo que Nuestro Señor le había dado de su gloria y del bien de las almas tuvo especial cuidado de procurar la frecuencia de estas misiones.Al fin el año de 1597 se dio principio a la casa que allí tenemos y débese a la diligencia y cuidado del Padre Ignacio del Castillo, varón de grande prudencia, de mucha santidad y doctrina, Rector en este tiempo de Málaga, y juntamente a la solicitud y providencia de los Padres Cristóbal Méndez, su predecesor, y Rodrigo Álvarez, naturales ambos de esta ciudad y celosos del acrecentamiento de su patria y salud de los prójimos. Estos Padres comunicaron su deseo con el Doctor Don Francisco de Padilla, tesorero y Canónigo de la santa Iglesia de Málaga y natural de Antequera, y que había tenido en ella la Calongía Magistral con mucho ejemplo de piedad y muchas letras. Recibió la plática con buen gusto y con mayor ánimo hizo luego donación irrevocable de 500 ducados de renta en cada un año y puso en posesión y propiedad de ellos a la Compañía sin otra obligación ni gravamen que señalar a la iglesia y templo que por tiempos se edificase título y vocación de Nuestra Señora de //244r. Loreto, a quien tenía particular devoción. Fue voluntad suya que la Compañía quedase desobligada a tomar asiento en esta ciudad hasta que creciendo la renta truncase el caudal necesario para fundarse. Continuáronse las misiones, cuaresmas y advientos, en casas ajenas hasta que el año de 1599, Don Domingo Lezo, de quien arriba dijimos, y algunas otras personas devotas se determinaron a comprar unas casas donde pudiesen hacer asiento a los Padres, y teniéndoles concertadas en 1.000 ducados, Don Francisco de Padilla, que lo supo, les ganó por la mano y los dio en reales de contado. Desocupáronse por San Juan de este mismo año y queriendo el Padre José de Cuadros (que para ésto había venido entonces de Málaga) tomar en silencio la posesión y poner sobre la puerta la divisa y título del Nombre de Jesús, corrió la voz por el pueblo y a ella concurrió toda la ciudad, cabildo y nobleza de ella y con público regocijo y música se fijó solemnemente el JHS, y el Padre tomó la posesión de las casas. Diose luego traza en acomodar la habitación, capilla y confesionarios y entraron en ella los nuestros por noviembre del mismo años de 1599. Pasaron aquí los Padres hasta febrero del año de 1602, que con acuerdo del padre Melchor de Gadea, Provincial, se tomó nuevo sitio y más a propósito con 200 pies de ancho y 400 de largo, haciendo merced la ciudad de una calle que lo dividía y dando una paja de agua perpetua en lugar de los remanentes que en él había y más 500 ducados de limosna para la labor de la iglesia. Con éstos y

con 1.600 que el tesorero, Don Francisco de Padilla, dio para el edificio y compra de los solares y con otras limosnas de particulares (todo suma de 6.000 ducados) labró el Padre //244v. Andrés de Cazorla, Superior ahora en esta casa, una iglesia capaz y habitación bastante para los nuestros. Las ocupaciones de los nuestros y el fruto de ellas en esta ciudad comunes son con las de otras donde reside la Compañía, si bien es muy particular el concurso y devoción de la gente en la frecuencia de los sacramentos y muchas obras de piedad. Sustentáronse al principio de los 500 ducados de renta, mas el año de 1600 les persuadió el Padre Francisco de Quesada, Provincial en aquel tiempo, que fiados de la paternal providencia de Nuestro Señor conservasen la renta para acrecentarla y viviesen solamente de limosna. Rompiose con algunas dificultades y recelos del suceso de este consejo y la experiencia ha mostrado el acierto de él, pues ha sido tanta la liberalidad de los ciudadanos que se podían sustentar doce de los nuestros cumplidamente.

## CAPÍTULO CX

## DE LOS VARONES MAS SEÑALADOS QUE POR ESTOS ÚLTIMOS AÑOS PASARON DE ESTA VIDA A LA ETERNA, ESPECIALMENTE DEL PADRE SIMÓN DE ESQUIVEL.

Daré fin a esta Historia con el dichoso fin de muchos varones de excelente santidad y virtud que en estos últimos años dio Nuestro Señor a los vivos para ejemplo de su vida y memoria de la que hicieron los pasados, de quien estos últimos aprendieron. Uno de ellos fue el Padre Simón de Esquivel, natural de la ciudad de Jerez, cuya vocación fue sin duda maravillosa. Vivió en el siglo 24 años, tratose galana y regaladamente //245r. como quien se engañaba para vivir en el mundo. Eran sus entretenimientos amistades de mozos iguales y nobles, como él lo era, paseos, conversaciones y charlas. Tenía un primo igual en edad y pensamientos a quien sus padres, algunos días antes con persuasiones y ruegos sacaron de una Religión por ser único heredero de su casa. Salió de ella y de su paso antiguo echando por los caminos de su perdición, soltó la rienda a liviandades de mozo y desengañó presto a sus padres dándoles en vez del gusto que pensaban tener con él muchas hieles, ordinaria paga de hechos semejantes. Los dos que como parientes y amigos siempre anclaban juntos, saliéronse una vez de caza, bien descuidados de los que pudo sucederles. Pasando a caballo por un bosque atravesose un criado a palabras con la guarda y temiendo no se aprovechase contra él de una escopeta que traía al hombro cerró con él y abrazándole fuertemente por las espaldas y bregando el otro por desasirse disparó sin pretenderlo y dio con la pólvora en el rostro a Simón de Esquivel con tanta fuerza que le hizo doblar el cuerpo sobre el anca del caballo. Mas en estándose luego, volvió los ojos al compañero y vio que al mismo punto cayó muerto en el suelo, pasado con dos balas el cuerpo, sin poder decir ni aun Jesús. Fue el espanto tan grande y tanta la impresión que la vista de este miserable espectáculo hizo en su corazón que desde luego determinó hurtar el cuerpo al mundo, por no esperar de él algún pago como el que había dado a su primo delante de sus ojos.

Deliberando en ésto se resolvió de pedir la Compañía y entró en ella el año de 1579, comenzó luego como hombre des //245v. engañado y que venía hostigado del mundo

a tratarse como enemigo declarado de sus cosas. Diose a la humildad y menosprecio de sí mismo, a la pobreza, oración y penitencia y aunque como hombre de natural delicado, de pocas fuerzas y enfermo no podía tener largas horas de recogimiento y contemplación. Todo el día le tenía con mucha suavidad no apartándose de la presencia de Dios como lo mostraban sus obras todas tan ajustadas a su santa ley y tan hijas de su instituto que nada más procuraba en ellas que la perfección de su alma y remedio de las demás. Sus palabras tenían maravillosa eficacia para templar corazones, llenas de gracia y donaire del cielo para hacerle sabrosas a los gustos estragados las cosas de Dios y la reformación de sus demasías. Podía tanto con su blandura, con el trato agradable y con el buen gusto de sus conversaciones, que fácilmente alcanzaba de toda suerte de gentes lo que quería reduciéndolos a dejar vicios y romper con el mundo y abrasarse con la virtud.

Portábase siendo superior como súbdito y menor de todos, trataba con los de su colegio como compañero y amigo y obligaba tanto con la mansedumbre y suavidad que atraídos de ella seguían con gran tesón la virtud y cada día hacían mayores ventajas en ella. Era de natural colérico mas habíale templado tanto y reducido con el continuo estudio de la mortificación que jamás se le oyó palabra colérica, ni descompuesta, ni alta o que pudiese lastimar a quien la oyese aunque fuese reprendido.Antes en estas ocasiones mostraba claramente su caridad acompañada de las virtudes que siempre andan hermanadas con ella de paciencia y benignidad. Fue misericordioso y largo en acudir a las necesidades de los súbditos y para los suyos //246r. tan limitado y estrecho que en medio de sus muchas enfermedades ni en comida, ni en vestido admitió singularidad. El fruto, amor y estima que con sus pláticas, consejos y confesiones alcanzó de los prójimos, fue extraordinario y mayor el crédito y opinión de santidad que ganó con el buen ejemplo de sus costumbres y con el buen espíritu que siempre reconocían en sus palabras porque nunca dejaba de hablar de Nuestro Señor y sabía hacer ésto a tiempo y sazón sin la inoportunidad y pesadumbre que suelen tener los menos prudentes.

Movíanle muchos pensamientos de la muerte mas nunca por ellos dejó de mostrar siempre agradable serenidad y alegría en el semblante; servíanle solamente de traerle siempre bien aparejado para este trance, la mañana del día primero de su última enfermedad, antes de haberla sentido llamó al procurador del colegio y le hizo escribir un memorial de las deudas y otras cosas de hacienda y proponiéndole el Hermano que de presente no era menester tanta prisa, le respondió que me tengo de morir presto, y así dispongo las cosas con tiempo porque no lo dejemos para lo último cuando todo se puede hacer mal. Cogiole luego el de la muerte y acogiose él al remedio singular de los sacramentos, recibiolos alegre y devotamente pidiendo a todos perdón de sus culpas con tanto sentimiento y ternura que la causó en todos los presentes. Entretenía los dolores de la enfermedad, aunque vehementes y crueles con dulcísimos coloquios regalándose con la imagen de Cristo crucificado, a quien tenía en sus manos de esta manera, se despidió de esta vida dejando a los que en ella quedaron envidia de la buena suerte que en la bienaventuranza le esperaba. Divulgose su muerte por la ciudad y de toda ella concurrieron por todo aquel día personas de todos estados y muchos de ellos sin haberle //246v. antes conocido sólo a la fama que se había esparcido de la muerte de un santo. Honraron su sepultura las religiones, el clero, la nobleza de la ciudad, porfiando llevar su cuerpo los más principales de los eclesiásticos y seglares, entre ellos un caballero muy noble y tan enfermo que echaba muy a menudo sangre por la boca, pretendió con instan-

cia poner el hombro al lecho y amonestado por muchos de su poca salud no desistió de ello hasta cumplir con su devoción y fue Nuestro Señor servido de remunerársela de manera que nunca más echó sangre en los años que tuvo de vida habiéndose puesto en ocasiones donde tenía experiencia de echarla. El día siguiente volvieron todas las religiones también sin ser convidadas y cada una de ellas le hizo su oficio y misa particular y a la mayor que ofició todo el clero predicó el Padre Maestro Alonso Romero, de la Orden de Santo Domingo, engrandeciendo las muchas virtudes que él había conocido en el Padre. Fue común el sentimiento y lágrimas de su muerte, pareciéndole a cada uno que había perdido a su padre y a su Maestro en perderle. Murió en 13 de febrero de 1597.

## CAPÍTULO CXI

### DEL PADRE JUAN DE FRÍAS, GRANDE Y APOSTÓLICO PREDICADOR DE LA COMPAÑÍA.

Fue el Padre Juan de Frías natural de Arenas, villa del Arzobispado de Toledo. Hombre noble de linaje pero mucho más ilustre en santidad y limpieza de corazón y aventajado de Nuestro Señor en el don y gracia de la predicación del Evangelio. Consagrose a Dios en la flor de sus años, entró mancebo en la Compañía y si no fue en la edad, en todo lo demás mostró siempre juicio, madurez, prudencia //247r. y celo de hombre perfecto. Nunca desdijo del rigor y observancia de la Religión, ardió siempre en celo de la honra de Dios, amaba los ejercicios de la penitencia y de la oración y como quien tan hecho tenía el paladar a estos gustos, hablaba de ellos altísimamente y daba con sus pláticas admirable sabor de estas virtudes a las almas espirituales y a los que no lo eran deseo y codicia de serlo. Granjeaba los hombres para Dios y no para sí, desinteresado de todas las cosas del mundo y de las comodidades que aun justamente buscan o admiten otros en el trato de los prójimos. Fue verdaderamente varón de los que el Espíritu Santo llama sin mancha, que no se dejó llevar de la codicia del oro, ni se valió de las riquezas o tesoros del dinero e hizo maravillas, en su vida pudiera servirse de grandes haciendas de personas ricas y poderosas que las tenían puestas en sus manos y a su disposición y gobierno y en más de 30 años no pudieron acabar con él ruegos de ellas, que se aprovechase de un maravedí para su comodidad y regalo. Cuando murió no se halló en su aposento cosa superflua ni curiosa, sólo papeles de sus estudios sacados de la oración, silicio y disciplina con que rigurosamente maltrataba su carne.

Sus conversaciones ordinarias y familiares, cuando hallaba lugar eran siempre espirituales, saliendo a la boca el calor del corazón y mostrando la lengua el interior concierto de sus santos afectos. Fue por extremo devotísimo de los Ángeles y de la Animas detenidas en el Purgatorio. Valíase de ellos y valiéronle en trances muy peligrosos. Caminaba en medio del rigor del invierno y copia de lluvias desde la ciudad de Écija a Marchena. Es camino de 6 largas leguas, en el verano caluroso, lleno de polvo y sin otro refrigerio de agua que el de una tinajilla que la caridad de un eclesiástico dejó dotada en su testamento. En el in //247v. vierno casi inaccesible por los continuos lodos y malos pasos de buhedos, barrizales y arroyos dificultosos por las corrientes de las aguas que recogen de las campiñas o más por los pantanos y márgenes cenagosos donde con dificultad hacen pie las cabalgaduras. Quedose en uno de éstos la suya, fuele forzoso

apearse y descargarle las alforjas, con ésto salió ella y viéndose suelta dio de pies hasta perderse de vista; estaba en este tiempo el cielo cerrado de nubes y eran tan continuos los truenos y relámpagos y descargaban tan grandes aguas que asombrada la cabalgadura corría a toda furia. Hallose él plantado en el lodo y mirando por aquellos llanos no vio en todos ellos de quien poder ayudarse. Alzó los ojos al cielo y con gran afecto del alma y lágrimas de los ojos dijo confiadamente: *Ángeles del cielo ayudadme*. Al punto vio cerca de sí un hombre de mediana estatura que mirándole con rostro alegre y risueño le dio esperanza de sacarle de aquel trabajo, sin hablarle palabra trájole en un momento la cabalgadura, limpiole los estribos y sacándole del lodo le puso encima de ella en el aire y guiándole por una senda apacible le dejó ir su camino sin que en todo este tiempo el uno ni el otro se hablasen palabra alguna. Sólo mostraba el ángel grande alegría y gusto en el semblante, y el Padre sentía en el corazón gran gusto y consuelo y una suspensión tamaña que le parecía que todo aquello era sueño, hasta que volviendo más en sí y advirtiendo lo que había pasado y la grandeza del peligro en que se había visto y en la manera como se hallaba libre, cayó en la cuenta de cuan corto estaba y cuan mal lo hacía en no mostrarse agradecido siquiera con una palabra de reconocimiento a su bienhechor. Volvió la cabeza a hablarle //248r. (porque hasta entonces le había ido aguisando la mula) mas ya se había desaparecido y ni él ni otro hombre parecía por toda aquella campiña, que son unas ramblas tan espaciosas y llanas, abiertas y sin sombra de árboles que apenas puede esconderse en ellas un pájaro. Sintió luego la inspiración del cielo que hablaba en su alma y le decía: muy buenos son para tales tiempos tales amigos, llegó el sentimiento al corazón y lágrimas a los ojos y con ellas dio gracias al Señor, que por medio de su Ángel le había librado de aquella aflicción y confirmose más y dedicose de nuevo al servicio y devoción de estos espíritus celestiales. Tuvo entre otras virtudes la paciencia en grado perfecto, dio de ella raros ejemplos, admirables y poco mirados en nuestro siglo. Tenemos por fuerte al que sin verse menospreciado ni anteprobado a que sabe el ser tenido en poco o mal respetado, de tal manera compone sus afectos y arma su ánimo que está dispuesto a no hacer caso de agravios y menospreciar su desprecio. En ausencia del enemigo todos igualmente blasonan esforzados y flacos hacerles rostro solos pueden aquellos que pueden y saben vencerlos. Este bendito Padre si bien se ensayaba en la oración para estos trances con el mismo semblante que allí tomaba le hallaban fuera las adversidades. Padeció muchas y con mucho ánimo, oyó palabras de menosprecio a sus espaldas y disimulolas. Dijéronselas en la cara y sufriolas sin mostrar disgusto en respuesta, ni aun sentimiento en el rostro prosiguiendo plática con los atrevidos, tan sereno y amigable como si lo hubiera alabado. Siendo superior de un colegio llegó a sus manos que un súbdito escribía contra él apasionadamente, leyola sin saber de que o para quien era y advirtiendo que eran quejas y murmuraciones de su persona no sólo la rasgó ni se quejó de ellas, antes él mismo la cerró y sobrescribió y la envió al Padre diciendo si el mayor castigo de lo que aquí contra //248v. mi se escribe es quitarme el oficio de superior, no es borrasca sino bonanza la que me aboga a la orilla.

Fue eminente predicador, reconocido de todos y llamado maestro de predicadores. Su estilo era conocer el entendimiento y encender la voluntad y persuadir a todos lo que quería atormentar con la fuerza de sus razones a los rebeldes. Su principal intento en los sermones hacer aborrecible el pecado y amable a su redentor, acobardar los hom-

bres al mal y animarlos al bien. Por ésto trataba siempre de reprender vicios y desordenes de la República, y llegando a este punto parece que le había dado Dios frente de acero para hacer rostro a los poderosos, voz de hierro para quebrantar los corazones empedernidos y pechos de diamante para romper con las maldades y oponerse a los pecadores del mundo. Habíale dado la continua meditación de las postrimerías del hombre gran fuerza para representar su rigor a los oyentes y pintarlas con tan extraña eficacia, que si trataba del juicio o del infierno casi les parecía verla con los ojos y estar ya dentro condenados a los tormentos eternos y ardiendo en vivas llamas de fuego, con tanto miedo y asombro que por verse libres de él pedían perdón a Dios de las culpas pasadas y cobraban horror a las por venir o a lo menos quien no salía de sus pecados no tenía sufrimiento, ni ánimo para oírle porque su espíritu con sus palabras, con sus voces, les daba tormento, les entibiaba sus gustos y ponía hiel con sus palabras.

Hizo en muchas almas prodigiosos efectos trayéndolos a penitencia y dolor de sus pecados, a menosprecio del mundo y señaladamente a la castidad y pureza de vida, la cual guardaron por toda la suya muchas doncellas nobilísimas por linaje y riquezas dejando las galas y hacer profanos y con ellos las esperanzas de sus casas y familias //249r. por tener mayor parte en las promesas de Jesucristo, a quien escogieron por su esposo y Señor, y le hicieron dueño y heredero de sus haciendas, empleándolas en obras pías de su servicio. Ha sido muy notable y muy conocida la perseverancia en el brinde de las personas que por su palabra se convirtieron a Dios y la afición que siempre han conservado a la virtud engendrada con el espíritu y predicación de este varón apostólico. Hallose en las fundaciones y principios de casi todos los colegios de esta provincia, en Baeza, en Úbeda, en Málaga, en Jerez, en Écija, y en las misiones más principales y en donde quiera que estaba resolvía toda la jara sacando almas de pecados, poniendo freno a los vicios, reformando vanidades de mundo, reduciendo enemigos, componiendo bandos y trayendo por millares las almas al servicio de su Señor. Vez hubo que se contaron en sólo un lugar más de 3.000 confesiones generales, hechas para remedio de otras tantas almas en virtud de su predicación y santos consejos.

Hacíase para todos todas las cosas, acomodándose a todos estados por ganarlos a todos conforme a la doctrina del Apóstol. Con el soldado era soldado y caballero con el caballero y hombre particular con el hombre particular, trabajando siempre en su reformación con tanto recato que nunca por la de ellos olvidó la suya, siguió severamente en el púlpito los amancebamientos de gente perdida y predicó muchas veces contra la rotura y disolución de las mujeres desenvueltas y que con su descompostura eran señuelo y lazo de perdición a las almas. Ganáronle estas obras muchos enemigos y hacíale guerra al demonio por medio de personas a quien había despojado de los cómplices de sus pecados y los había recogido a lugar seguro de su remedio. Las mujeres que por //249v. su causa habían sido desterradas o recogidas, aborrecíanle de muerte por ello; aquellos de quien las había apartado no podían verlo de sus ojos. Procuraron muchos con enemistad declarada afrentarle o desacreditarle de manera que no le quedasen fuerzas ni ánimo para hacer a nadie estorbo en sus vicios.

Poco antes que se viera en una grande persecución dijo el demonio a una mujer, a quien él había procurado sacar de sus manos, déjame a Frías que yo le tengo armada una en que me vengue de él. Y el mismo demonio le seguía por su persona inquietándole con varios ruidos en la oración y tal vez apareciéndosele en figura corporal, invi-

sible de algún animal feo y horrible. Ninguna cosa de estas pudo acobardarle, ni hacerle mudar estilo en los sermones y aunque pudiera muy bien mostrar su gran entendimiento con galanos discursos y gustoso lenguaje, como algunas veces que se persuadió ser conveniente lo hizo con grande aplauso de los oyentes, y aunque había muchos que con buen celo le persuadían que se acomodase al uso y gustos estragados del mundo, no fue poderoso nadie con él para que dejase de la mano los medios por donde Dios le había dado victorias de muchos corazones y decía que no predicaba él por ser oído sino para que oyesen a Dios, estimando en más el provecho de los oyentes y el gusto de la gente espiritual que el aplauso del mundo y sobrados auditorios, amigos de entretenimientos y vanidad.

En estas ocupaciones y en esta demanda le cogió la voz del Señor y dio la vida predicando, porque haciendo una vez este oficio con extraordinario celo, la demasiada fuerza le rompió una vena y comenzó a echar sangre por la boca. Fue un día el golpe tan grande que al //250r. punto le desahuciaron la vida. Es increíble la constancia y entereza de ánimo con que recibió esta nueva y el sacramento de la Extremaunción, habiendo estado un cuarto de hora antes en pie y cenando como sano con los demás a la mesa. No se le vio jamás en doce o catorce horas que le duró después de esto la vida, ni semblante menos alentado, ni palabra de ánimo caído, derramando los que estaban a la mira muchas lágrimas de verle morir con una prisa tan no pensada. Mas como él estaba tan prevenido con la ordinaria meditación de la muerte, no le cogió de sobresalto, ni le sacó de los quicios de su fortaleza ningún alboroto, ni turbación. Había estado poco antes en oración casi hora y media de rodillas delante del Santísimo Sacramento, cosa que él solía hacer muchas veces aun en tiempo que los demás tomaban el reposo de la noche. Sintieron su muerte amigos y no amigos, y honráronle todos alabando su santidad y gran celo. Y aun parece que dio a entender lo mismo Nuestro Señor con el desastrado fin de algunos que apasionadamente le persiguieron a quienes cogió la muerte descuidados en sus pecados, sin darles lugar de mostrar alguna señal de penitencia. Hiciéronle decir más de 2.500 misas personas devotas y principales, agradecidas a las necesidades que Nuestro Señor les había hecho por medio de su doctrina y acudieron las Religiones de Santo Domingo y San Francisco a honrar su sepultura y después todas por su orden le hicieron el oficio de difuntos en nuestra iglesia.

## CAPÍTULO CXII

### DEL HERMANO BLASCO, Y DEL PADRE ALONSO DE ÁVILA.

Fue el Hermano Blasco natural de Iznalloz, una de las villas del Reino de Granada. Hijo de labradores honrados, moviose a //250v. entrar en la Compañía en los sermones de un Padre que el año de 1564 andaba por los pueblos de aquella comarca en misión. Partiose de su lugar con un sobrino suyo que tenía el mismo deseo, en busca del Padre, el cual lo recibió a prueba y los envió al Colegio que entonces se edificaba en la villa de Trigueros, donde sirvió un año entero en hábito de mozo y criado de casa, acarreando leña, agua y material necesario para la obra, con maravillosa humildad. Acabado este año le recibieron como a Hermano y él comenzó con tantas veras el camino de la vida espiritual que en muy pocos días se conoció en él la poderosa mano del Señor y los muchos dones con

que enriqueció e ilustró el alma de este santo y sencillo religioso. Visitábale muy a menudo y regalábale su Majestad con muchos y muy frecuentes sentimientos de las cosas soberanas que del corazón llegaban a los ojos y le derretían en lágrimas de devoción y alegría. Los favores que en la oración recibía tan grandes eran que aun saliendo de ella quedaba en un profundo silencio por mucho tiempo y como enajenado de sí y de todas las cosas de esta vida. Con estas ayudas andaba él todo el día en perpetua consideración y sacaba materia para ella de las Epístolas y Evangelios del día, reduciendo los aciertos puntos de meditación que él escribía en un manualico pequeño donde se echaba muy bien de ver el maestro de quien aprendía. Despertábase también a continuar la meditación repitiendo frecuentemente versos de salmos, oraciones de misas o del rezado del día. Con este santo ejercicio y con el que tan hermanado andaba con él, de la verdadera mortificación, ganó una paz y tranquilidad de ánimo tan grande que no parecía vivir en carne mortal. Ninguna ocasión de reprehensiones, de humildad, de menosprecio suyo, de //251r. acaecimientos de esta vida pudieran jamás inquietarle ni aun trocarle el semblante. Solía decir él muy a menudo: suframos algo pues Dios tanto nos sufre. Y cuando alguno tenía queja de otro le sosegaba diciendo: ande calle, que habíamos de desear que nos agraviasen para tener que perdonar por amor de Nuestro Señor. Mostraba bien estos deseos en la alegría y contento que cuando se le ofrecían semejantes ocasiones se le descubría hasta en el rostro y en las respuestas humildes. Díjole uno envidioso, de tan grande paz y serenidad de ánimo más preciara tener su condición que cuanto hay en el mundo; y respondiole: *¿piensa que no tengo en qué entender conmigo?, pues yo le prometo que se espantaría si lo supiese*. Pensamos los tibios que se hallan los otros ganadas de balde las virtudes, porque no trabajamos por alcanzarlas. Era extremada su caridad y paciencia con los enfermos, a quien servía y regalaba con afecto del corazón sin cansarse, ni enfadarse de sus antojos e importunidades; con los pobres era liberalísimo todo lo que podía. Conociéndole uno de ellos la condición, le pidió los zapatos que tenía calzados por no estar los suyos para servir. Respondiole él con toda simplicidad: hermano, yo no puedo darlos, mas si vos me los quitáis yo no puedo resistiros. Quitole el pobre los zapatos y dejole los suyos y él se los puso y anduvo con ellos hasta que advirtiendo los superiores en ello le acomodaron de otros.

Fue su abstinencia más que ordinaria y tan limitado el sustento de cada día, que tenían por maravilla poderse sustentar con él en tan continuos y tan grandes trabajos como tenía en los oficios que ejercitaba. Con el tesón de 34 años gastados en la religión, con tantos rigores de penitencia, oraciones y ayunos sobre tan continuas y trabajosas ocupaciones, llegó a estar tan //251v. gastado de fuerzas y consumido de carne que mas parecía estatua que hombre. Con esta disposición entró ayunando y comiendo pescado la cuaresma del año de 1598 y antes de salir de ella cayó en la cama, donde sobre las excelentes virtudes que ya hemos dicho, mostró el entrañable deseo que tenía de ver a su criador. De ninguna cosa cuidaba ni se acordaba de cura o regalo o alivio de su mal, sino de sólo Dios y su gloria. Diciéndole un Padre que iba a decir misa por su salud se entristeció notablemente hasta que le aseguró que no la diría, sino porque se cumpliese en él la voluntad de Nuestro Señor. Recibió tierna y devotamente los sacramentos de la partida y dio con alegría y sosiego el alma al Señor, que la había escogido para sí, dejando en el rostro señales de la hermosura y bienaventuranza que iba a gozar. Porque habiendo sido en vida de semblante moreno y feo, quedó en la muerte tan blanco, her-

moso y agradable que causó en todos admiración y les confirmó en la opinión que todos le habían tenido de santo.

Por estos mismos días llevó el Señor otra alma purísima verdaderamente y hecha a su voluntad, fue la del Padre Alonso de Ávila, natural de la ciudad de Málaga, religioso de conocida humildad, obediencia, caridad y celo de la gloria de Dios y bien de los prójimos. Dio en sus primeros años excelentes muestras de las muchas virtudes que en él resplandecieron en los postreros. Diré una sola, mas tal que basta por muchas. Diole un muchacho una bofetada (ninguna cosa menos sabe ni puede esta edad que sufrir) mas como el Señor criaba para grandes cosas a este mancebo, esforzole en esta ocasión con particulares favores, no sólo //252r. no le volvió mal por mal, antes sin ningún alboroto ni demostración alguna de enojo se puso de rodillas y con semblante alegre y humilde le dijo: *dadme otra y me haréis mucha merced*. Hecho por cierto de varón perfecto y de que muchas personas graves que se hallaron presentes, con razón quedaron igualmente admirados y envidiosos. Entró en la Compañía de 22 años y vivió en ella hasta los 40 con admirable ejemplo de santidad. Granjeó el amor de los de casa con verdadera humildad, estimando a todos y desestimándose. Enseñoreábase de los corazones de los prójimos con el cuidado que ponía en el aprovechamiento de sus almas, con el trato de Nuestro Señor, con las obras de caridad en que siempre andaba ocupado sin acordarse de su descanso. Fue Padre Procurador y abogado de los pobres encarcelados, sustentábalos de limosnas, curábalos en las enfermedades, negociábales los perdones de agravios, remisión de las deudas e intereses de justicias y derechos de los ministros, hasta ponerlos en libertad. Con estas y otras semejantes obras los tenía tan ganados y sujetos que fácilmente le obedecían en la reformación de sus vidas y llevaban en paciencia la reprehensión de sus vicios y los enmendaban. Más en ninguna cosa tanto se echaba de ver el fuego de la caridad de Jesucristo que vivía en su pecho, como el cuidado y trabajo continuo de visitar los hospitales y servir a los pobres enfermos aun en los oficios más bajos y humildes. Hacíales las camas, dábales de comer por su mano después de haberles lavado a ellos las suyas, calentábales agua con rosas y flores y puesto de rodillas lavábales con ella los pies y besábaselos.

Halló en un hospital a un enfermo tan llagado del mal francés //252v. que no pudiendo sufrirlo en las enfermerías, le habían recogido en un aposentillo muy estrecho donde por el horror del mal y por el olor insufrible, apenas había quien osase o pudiese acercarse. Atrevíase a más el buen Padre, porque amaba más, no sólo entraba dentro y lo consolaba con palabras del cielo, sino también le curaba todas las llagas con tanto amor y sosiego, como si estuviera entre flores. Preguntábale después algunos de sus penitentes (a quien él traía siempre ocupados en semejantes obras de caridad) cómo podía sufrir y sufrirse en aquel ejercicio y lugar tan abominable y respondíales que miraba en aquel pobre a Jesucristo llagado, y con esta consideración se esforzaba. La misma tenía sin duda en otra ocasión semejante, curando a un pobrecito tiñoso y cuidando de su comida y abrigo como si fuera su padre por muchos meses, hasta que Nuestro Señor le llevó. Pues ya los últimos días de su vida, cuando estando él en Málaga llegaron allí unas galeras cargadas de heridos y enfermos, no se puede decir fácilmente el ánimo, el fervor, la caridad con que a todos les acudió en el remedio de sus almas y cuerpos, de día y de noche, aunque después de muchos trabajos a todas horas estaba tan a punto para servir a los prójimos como si entonces hubiera de estrenar el trabajo y favorecía Nuestro Señor a muchos

en trances dificultosos por su intersección y ocasiones. Tal vez halló muriéndose a un hombre de mala fama sin haber confesado, ya sin habla y sin esperanza como afirmaban los médicos de tenerla, afligióse de ver la perdición de aquel alma y poniéndose en oración pidió a su compañero que le ayudase; //253r. volvió luego en sí el enfermo con todo el uso de los sentidos, confesóle el Padre muy a gusto y acabada la confesión le faltó luego la voz y con ella la vida. Gastáronle mucho los continuos trabajos, la penitencia, mortificación y observancia, sobre todo el temor de Dios y temores de ofenderle con que traía siempre enfrenado su corazón. Mas al tiempo de la muerte, trocóle Dios los temores pasados en amor, en sosiego y paz de su alma, con la cual pasó de este mundo al eterno descanso en 21 de mayo de 1598, no con pequeño dolor y lástima de cuantos lo conocían y amaban por su excelente religión y virtud.

## CAPÍTULO CXIII

## DEL HUMILDE Y PENITENTE VARÓN EL PADRE DE MONROY.

Por este tiempo salió de esta vida para la bienaventurada el santo y admirable varón el padre Pedro de Monroy, natural del Pedroso; fue hijo de padres muy nobles, ricos y poderosos en su lugar, faltáronle en la niñez y dejáronle un honrado y rico patrimonio, encargándole a un tío suyo, Beneficiado de la misma villa, su crianza. Creció así hasta los 14 años y en ellos murió también el //253v. tío, habiendo resignado en él su beneficio que rentaba en cada un año 900 ducados. No tomó la obligación con el beneficio ni el hábito clerical que pedía su estado, antes se dio a una vida profana y escandalosa. Gastaba cuanto tenía en los desórdenes y desaguaderos que suelen ser comunes a los hombres ricos de su edad, cuando andan con ociosos y se ven libres y sin consejo, o sin quererlo recibir de otro que de sus gustos tomándolos a solos ellos por regla de sus obras y dejándose llevar como ciegos de sus malas inclinaciones y perversos resabios. Todo era gala, todo mundo, todo vanidad y locura, paseos, libreas, amistades de gente de soltura y facinerosa, no con secreto o recato alguno, sino tan públicamente y tan a pregones que su casa mas parecía cueva de ladrones que posada de eclesiástico, que como era casa de noble hacendado y poderoso en el lugar y las justicias de poco pecho como suelen para oponerse a la exención y tiranía de semejantes personas todos los forajidos, homicidas y malhechores se recogían a ella y allí se defendían con la autoridad y potencia del loco mancebo, y él les hacía tan buena acogida que reservando para sí una sola pieza de la casa, lo demás de ella les franqueaba. Con esta gente gustaba de tratar y a éstos tenía por maestros de sus costumbres particularmente gastaba el tiempo en aprender Quiromancia y los juegos que llaman de pasa pasa. //254r. Aficionose demás de ésto a cierta señora de fuera de su lugar con quien trató de casarse, haciendo gastos excesivos en regalarla tanto que en sólo darle una música, para que trajo de Sevilla los músicos de más nombre y más diestros, gastó en una vez 300 ducados.

Resfriose después en este deseo, con otro que de nuevo le encendió el corazón de no estar tan atado a lugar ni persona, sino pasearse con libertad y salirse de su lugar a ver mundo. Pareciole buen consejo ir a Roma por todo, para correr tierras y pretender más beneficios. Vínose luego a Sevilla, puso en el barco 2.000 ducados y con el ínterin que disponía sus negocios para la partida paseábase a mula acompañado de criados y

entretenía el tiempo en placeres. Mas el Señor que quería hacer de él vaso escogido para ejemplo de muchos y para consuelo y esperanza de sus semejantes, aguábale todos sus contentos y poníale acíbar en todos sus gustos dándole en medio de ellos fuertes aldabadas al corazón con acuerdos de las cosas que más traía olvidadas y más debiera acordarse. Decíanle interiormente: Dios hay, muerte hay, infierno hay, ay de ti si no enmiendas; y más como hombre desatinado y engolfado en las cosas del mundo tanta prisa se daba a desechar y entrar de si los contrarios. Al fin fue tan continua y tan inoportuna la batería de estos avisos que le derribaron en tierra y le trajeron cruzadas las manos a su Señor y así le dijo a Dios //254v. lo mismo que Saulo: *Veisme aquí Señor, ¿qué queréis que haga?*. Sintió luego que le respondían: *estudia y cesarán tus fatigas*. Mudó luego propósitos y determinó buscar quien a solas le enseñase la gramática en su casa. Llevole en esta ocasión un clérigo, amigo suyo, a la Compañía un viernes, en que acertó a hacer plática a los estudiantes el Padre Baptista, famoso predicador, de quien tanta y tan larga mención hay en esta Historia. Oyole y quedó tan suspenso y herido de sus palabras que habiéndose salido todos los demás oyentes, él sólo se quedó como enajenado de sí sin mover pie de su asiento ni hablar palabra hasta la tarde; hallándole allí a esas horas un Padre que leía en la tercera clase, llegose a él y tratole con tan buena gracia y afabilidad que el mozo le descubrió su pecho y él le aconsejó se viniese a estudiar y tratase luego de confesarse.

Al punto cumplió lo primero y aunque le había ya dado Nuestro Señor un firme propósito de nunca más ofenderle, con todo eso sentía mucha dificultad en hacer la confesión y anduvo dilatándola algunos días. Hízola al cabo de ellos general de toda su vida con mucho espacio, pesar y arrepentimiento de sus pecados; en recibiendo la absolución entró en su alma una alegría y un gozo celestial, cual nunca jamás había sentido, ni pensaba podía caber en corazón humano. Hinchole todos los senos del suyo, de manera que se salió al campo sólo, por gozarlo mejor a sus solas, y no se hartaba de mirar al cielo de donde se //255r. destilaba en su pecho tan soberana dulzura y aun afirmó él que le pareció realmente haberle visto entonces abierto. Había hasta este tiempo vivido en casa de un Canónigo de Sevilla, pariente suyo, y nunca había salido de casa menos que a mula, vestido de seda y con un lacayo y dos pajes, mas desde este día dejó la mula, despidió los criados yéndose a vivir a casa de un hombre virtuoso y honrado (llamábase Bustamante) donde se criaban algunos estudiantes forasteros en virtud y recogimiento. Trocó las sedas en un vestido llano y humilde y entregóse totalmente al estudio de las letras y de la mortificación de sus pasiones, con tan perfecta renunciación de cuantas cosas estima y tiene el mundo en algo, como si fuera un muy perfecto religioso. Frecuentaba los sacramentos con mucha devoción y pureza de corazón y desde la confesión general hasta la última de su vida, nunca se acordó en toda ella de haber hecho un pecado mortal. Era el castigo y mortificación de su carne tan rigurosa que igualó al mal de las culpas el bien de su penitencia. Los ayunos y disciplinas muy ordinarias, su desprecio y humildad tanto de mayor ejemplo y admiración cuanto más ajeno había estado en toda su vida pasada de tan heroicas virtudes.

Con ellas no sólo se aprovechaba a sí, sino también a sus compañeros, a quien animaba a la virtud, siguiéndola él con las veras que hemos dicho y exhortándolos con palabras encendidas y fervorosas de manera que se resolvieron todos de tomarle por superior y encaminar su vida //255v. con más concierto teniéndole por maestro.

Excusose cuanto pudo con ellos y haciéndole cada día mayor instancia les dijo que desistiesen de importunarle, porque él entendía que no le podían sufrir si se encargaba de aquel oficio. Prometiéronle ellos que estarían a todo lo que él quisiese y no saldrían punto de cuanto mandase. Aceptó el cargo por darles gusto y por tener ocasión de mejorarse y de servirlos y mejorarlos. Dejó luego su aposento y pasose a un pajar estrecho, mal enmaderado y muy viejo, que caía sobre la caballeriza de la casa, donde subía por una escalera levadiza. Queriéndoselo estorbar los demás les mandó que callasen y se acomodasen bien en los demás aposentos, que aquel era para él su propio lugar.

Compró un saco de sayal para servirse de él en vez de las ropas de seda que antes usaba. Levantábase antes del día aunque fuese en el rigor del invierno y desnudo de la cintura arriba y puesto de rodillas tenía muy larga y muy devota oración y para que nadie pudiese ver lo que en su aposento hacía en entrando en él subía tras sí la escalera y quedaba seguro, en amaneciendo bajaba a dar luz y despertar a sus compañeros. Enseñoles a tener oración y teníanla juntos, disciplinábanse juntos y salían juntos de casa para ir a las escuelas, yendo él delante, como el menor de ellos y tan concertados andaban y tan ajustados a la voluntad del santo mozo, y a los ejercicios de virtud que les enseñaba que más parecía su morada casa de religión que pupilaje. Después que había cumplido con estas obligaciones, tomaba un costal debajo del manteo y compraba en la plaza alguna hortaliza y llevándola en él la repartía entre los pobres que se recogían al hospital. Sucedió en este tiempo, cerca del año de 1563 //256r. la enfermedad de las galeras, de que ya escribimos en su lugar. Acudieron algunos de la Compañía al remedio de aquella pobre gente y murieron cinco curándoles. Acompañábanles también algunos estudiantes honrados y virtuosos, quedándose por semanas en el hospital donde les curaban; señalose mucho el santo mozo en esta ocasión y cuando los otros alquilaban palanquines que les llevasen allá sus camas, él tomaba al hombro la suya y la llevaba públicamente por medio de la ciudad de Sevilla, donde poco antes había paseado con tanto fausto de sedas y de criados, vengándose con esto de la vanidad de su vida pasada y atropellando al mundo que tanto tiempo lo trajo avasallado a sus pies.

## CAPÍTULO CXIV

### CÓMO LE LLAMÓ DIOS A LA RELIGIÓN Y DE LAS TENTACIONES EN QUE VENCIÓ AL DEMONIO EN SUS PRINCIPIOS.

Como ya tenía hecho el gusto a las cosas del cielo, determinose dar de mano a todo lo que era mundo, carne y sangre y tomar el áspero y riguroso estado de la religión. Inclinábase a una de tres a San Francisco, la Cartuja o a la Compañía. Comunicolo con el Guardián, que entonces era su amigo, y aconsejole viendo su natural, fuerzas y aplicación que escogiese la Compañía más por asegurarse más y certificarse de //256v. la voluntad de Nuestro Señor (además de hacer frecuentemente oración pidiéndole le pusiese en el corazón aquello de que más se sirviese), mandó a un devoto sacerdote decir algunas misas por su intención, oyólas todas y en la última de ellas sintió en su alma un impulso fuerte que le hizo reparar y advertir con cuidado a lo que el Señor le inspiraba y hallose tan inclinado a entrar en la Compañía y tan deseoso de verse en ella que se le hacían años las horas. Procuró el demonio ponerle estorbo a la ejecución por

medio de un compañero suyo a quien dando parte de sus deseos, le dijo que en la Compañía usaban del cilicio tres días en la semana y parecíale a él, según era de pocas fuerzas y delicado de complexión, que ni sólo un día podría sufrirlo. Con éste y otros temores pretendía el demonio acobardarle, mas esforzole el Señor con su divina luz asegurándole de su ayuda. Resignó luego antes aun de entrar en la Compañía su beneficio en el Colegio de Sevilla, con licencia y breve del Papa, y dejole muchos otros bienes de su hacienda por no tener cosa que pudiese hacerle volver la cabeza a la vida del mundo.

Recibiole en la Compañía el padre Bartolomé de Bustamante, Provincial en aquel tiempo y el segundo en Andalucía. No se puede fácilmente decir ni encarecer bastantemente cuan a pechos tomó la abnegación y vencimiento de todas sus pasiones y el alcanzar las sólidas y perfectas virtudes, especialmente la humildad y menosprecio de sí mismo en todas las cosas posibles y aunque era muy delicado de suyo y la crianza y regalo de su casa le hacía más, por todo //257r. pasaba y a todo se hacía pareciéndole todo más difícil y trabajoso lo más fácil, suave y llevadero por amor de Jesucristo, cuya memoria traía siempre tan viva y tan fresca que solía decir en todas las cosas que emprendía y sufría por tu amor Señor y por tu servicio. No pudo disimular el demonio el coraje que concebía viendo cuan a prisa crecía en santidad y virtud el nuevo religioso, y el poco lugar que le daba para acometerle. Comenzó a combatirle por muchas vías, trayéndole a la memoria el mucho regalo y abundancia de su casa, la pobreza y penitencia de la cual presente tenía. Tentábale de hambre ordinaria y afligía su corazón con extraordinaria tristeza, pero lo terrible y lastimoso fue que por muchos días le atormentó crudamente con pensamientos feos y abominables contra la fe. Vencía el nuevo soldado de Cristo estas tentaciones, primeramente con oraciones y clamores que enviaba continuamente al cielo, llamando en su favor a Dios y a la Virgen Santísima y a los Santos y haciendo muchos y muy fervorosos actos de las virtudes contrarias. Ahuyentó el hambre con abstinencia, la tristeza con ponerse en presencia del Superior y últimamente leyendo un libro devoto; que solía el demonio afligir a los siervos de Dios con fuertes melancolías para quebrarles las alas al bien y desjarretarlos en el camino de la virtud, se le quitó al punto de tal manera que nunca más la tuvo en su vida. Nunca más fuertes y poderosas las tentaciones del demonio, que cuando no conocidas, en viendo la mano del que hace el tiro, pierde su fuerza, las que eran más pesadas contra la fe. Librole Nuestro Señor de ellas por su humildad y paciencia, porque estando comunicando su trabajo //257v. y pidiendo remedio de esta tentación a un Padre de casa, viole el Superior y juzgando que quebrantaba el silencio, reprehendiole de palabra y mandole hacer una disciplina. Aprovechose de la ocasión y sin responderle palabra, cumplió luego su penitencia; fue así que agradado Nuestro Señor de tan heroica obra, le dio tanto sosiego en el alma, tanta paz y serenidad, tan grande firmeza en la fe, que jamás pudo el demonio hacer suerte en él, ni turbarle con las tentaciones que antes solía.

Quedó desde entonces con nueva confianza de su salvación y con maravilloso deseo de alcanzar la perfección de la vida religiosa para acomodarse de estos fines y de los medios con que los había de alcanzar. Escribió él dos octavas de verso castellano que por haberse él ayudado de ellas y declarar bien su buen afecto y devoción, no

debo huir de trasladarlas en este lugar, a imitación de personas graves, doctas y religiosas que en semejantes historias precedieron con buen ejemplo. Dicen así:

*En nombre del muy alto y poderoso*
*Señor que tierra y cielos ha criado.*
*Yo Pedro simple y rudo de El Pedroso*
*después de haberlo mucho deseado*
*entré en la Compañía deseoso*
*de servir al Señor con gran cuidado*
*no para ser honrado, ni temido*
*mas para ser de todos abatido.*
*Por valles de humildad voy caminando*
*por estar más seguro de perderme*
*y siempre contra mí voy peleando*
*y procurando en todo de vencerme.*
*Y espero en Dios que así mortificando //258r.*
*mis vicios y pasiones he de verme*
*con mi amado Jesús allá en el cielo*
*do está todo mi amor y mi consuelo.*

Enviáronle con un compañero en peregrinación a Nuestra Señora de Guadalupe, mal vestido, a pie y pidiendo limosna. Llegaron cansados y hambrientos al pueblo, que aunque grande y rico no hallaron habiéndolo andado todo quien les diese sólo un pedazo de pan; hacía el demonio de las suyas por apurarlos con la falta de sustento y con la memoria de lo que les sobraba en sus casas, mas el Señor que no da lugar a que los suyos sean tentados sobre sus fuerzas, probó esta vez la paciencia de su peregrinos, mas no los desamparó. Hallándose ellos necesitados y faltos de socorro, dio uno de ellos un buen pensamiento y dijo: *leamos las reglas de los peregrinos y enmendemos si en algo habemos faltado, porque esta sin duda debe ser la causa, porque el Señor no nos ha prohibido lo necesario*. Hiciéronlo así y advirtieron que entrando en el lugar no se habían ido derechos a la iglesia a visitar el Santísimo Sacramento. Suplieron luego la falta y tornaron después a pedir limosna y juntáronla muy cumplida, enseñándoles Nuestro Señor a buscar primero el Reino de Dios para tener ciertas a todas las demás cosas como por añadidura.

## CAPÍTULO CXV

## DE LAS EXCELENTES VIRTUDES DE ESTE SANTO VARÓN, ESPECIALMENTE DE SU EXTREMADA HUMILDAD Y POBREZA.

Hermosísima fue la luz de todas las virtudes que en este varón del cielo resplandecieron, mas la extremada perfección de su pobreza y penitencia y sobre todas la grandeza de su humildad; ningún encarecimiento bastará para declararlas. No se ha visto en

este siglo, ni en los pasados, bien pocos de los que siguen al mundo, que con tanta ansia y cuidado dejen llevar de las honras y vanidades //258v. como él buscaba su abatimiento y desprecio. Fue sin duda verdadero discípulo y celoso imitador de Jesucristo, manso y humilde de corazón y así estudiaba él en cómo ser pisado de los hombres, como otros en ser levantados y engrandecidos, ni había para él ocasión de mayor gusto y regalo que aquellas en que podía dar honra a otros con menoscabo y daño de la propia fuerza. Estos eran sus gustos, estos sus mayores sabores y nunca más alegre ni más regocijado que cuando menos estimado y más abatido. Procuró en primer lugar quedarse en los oficios de Coadjutor, artículo de inhabilidad para los mayores y habiéndole puesto a oír el curso de las Artes, importunó varias veces que se le quitasen, diciendo que era ignorante, rudo y sin entendimiento ni capacidad y afirmaba con tantas veras, con tanta fuerza y sencillez que gastaba el tiempo en vano y que era cargo de conciencia dejarle proseguir los estudios, que obligados los superiores de su instancia le quitaron de ellos, aunque conocían el mucho ingenio y buenas partes de su juicio y prudencia que Nuestro Señor le había comunicado. Sólo por complacerle y ayudar por aquel medio a la gracia del Señor que por estos caminos obraba en él aventajadamente la santificación de su alma; ejercitose después muchos años en oficios de Coadjutor y estuvo tenido por tal uno entero en el Colegio de Trigueros, sirviendo como esclavo. Tratábase en todas cosas como ignorante, si se hablaba de negocios de letras callaba y preguntado en otros respondía que era una bestia. Tenía obligación de rezar el oficio divino por razón del beneficio eclesiástico que aún estaba en su cabeza, mas él lo cumplía con tanta disimulación y tan en secreto que nadie pudo advertirlo. Descuidose un día en abrir y leer en una Biblia en la librería, hallole en ésto el ministro y como le tenía en posesión de Hermano lego, reprendiole ásperamente y mandole que ni tomase otra vez aquel libro, ni entrase más en aquel lugar. Recibió el humilde religioso con maravillosa alegría de verse tenido en tan poco y //259r. cumplió la orden tan a la letra que nunca jamás tomó la Biblia en las manos; siendo después advertido el ministro de la nobleza y entendimiento y santidad del Hermano, fuese a darle satisfacción, mas él sintió tanto el verle desengañado de la opinión en que le tenía, y se dolió con tanto extremo de que viniese a satisfacerle, que con lágrimas en los ojos le pidió que no lo hiciese, certificándole con todo el afecto posible que era un simple idiota y sin letras.

Obligáronle finalmente los superiores a tomar las sagradas ordenes y estudiar la Teología Moral, sintiolo como humilde y cumpliolo como obediente. Mas ni el estado del sacerdocio, ni las ocupaciones honradas y ministerios del trato de los prójimos le movieron un punto de los quicios de su desprecio. Antes cuanto más se había levantado en dignidad y más tenía por qué ser respetado de los hombres, tanto con más cuidado buscaba ocasiones y aún las hacía para ser humillado; siempre que encontraba con alguno de casa se encogía y apartándose a un lado le hacía pasar diciendo así: *pase el hijo de mi Señor, yo soy el esclavo y así debo darle el mejor lugar y hacerle toda reverencia y cortesía*. Cuando algunas personas llegaban a preguntarle algunas dudas y casos de conciencia, decíales que él era ignorante y no sabía darles respuesta y señalaba a otros Padres diciendo que cualquiera de ellos podría satisfacerles. Fue ministro del Colegio de Sevilla cinco años y portose en este oficio como verdadero siervo de todos, servía todas las mesas, cuidaba del regalo de los enfermos, acudía a las necesidades de

todos, especialmente a los que trabajaban en ayudar a los prójimos o habían gastado la salud y las fuerzas enseñando a la juventud y beneficiando las almas. Y a estos tales decía él que regalaba con particular advertencia //259v. y sentía en sí obligación de hacerlo por el ejemplo de los demás, para que se alentasen a trabajar como ellos y no se acobardasen temiendo de gastar las fuerzas porque pensaban ser ayudados.

Fuele una vez forzoso hacer una visita en nombre del Colegio y ausencia del rector, al Generalísimo de la Orden de San Benito; llevó consigo un Maestro de Teología, como previniéndose para lo que después sucedió visitándole. Trataron varias pláticas y como él aguardaba coyuntura de hacer alguna suerte para humillarse, en una que comenzaba a tratarse dijo al Generalísimo que él era idiota, sin letras, mas que con el compañero podía su reverendísima tratar a gusto de aquello, porque era hombre letrado y Maestro de Teología, calló luego y dio la mano al Padre para que hablase. Admirose el otro de tan profunda humildad, mas el compañero vuelto a casa dio cuenta del caso y fueron muchos a decirle que cómo siendo Superior hacía aquellas cosas con que desdoraba su religión. Oyoles con humildad y respondioles con alegría: *harto acreditada está mi religión y mucha gente docta tiene que la autorizan con sus letras y santidad, yo no valgo ni se nada para autorizarla.* Preguntándole un seglar oyendo su nombre si era del Pedroso y respondiole él que sí, comenzó luego a decirle que conocía al señor Don Fulano y Don Zutano Monroy, alabando la nobleza de su linaje, mas al punto le trocó el Padre la plática diciendo que él había entrado mozo en la Compañía y había sido muchos años portero y ejercitado otros oficios humildes. Tanta pena le daban sus alabanzas y tanto contentamiento sus menosprecios. Salió fuera de Sevilla con un Padre a visitar al Arzobispo que estaba en una villa cercana, llegando allá apeáronse a la puerta de donde posaba y //260r. entrándose el Padre sin advertir allá dentro, quedose el humilde varón entre los demás lacayos, teniendo ambas cabalgaduras de rienda toda la tarde, complaciéndose y halagándose de verse en tan buena ocasión de ser tenido en poco y por hombre de poca suerte sin avergonzarse de padecer afrenta por Jesucristo.

Lo peor de casa era lo que él tenía por mejor para sí. El aposento viejo y estrecho, y algunos años el que servía para los mozos de cocina, las alhajas una silla de costillas, una tablilla colgada de los cordeles por mesa con una calavera en ella y un breviario, por cama unas tablas y una manta muy vieja con que se cubría sobre ellas, aunque para disimular esta penitencia hacía ostentación de un colchoncillo doblado, del cual sólo usaba en enfermedad y para el tiempo de ella tenía hechas de estopa unas sábanas y tan cortas que no podían cubrirle y solía decir cuando en ellas se acostaba: *encógete Pedro que no tienes sábanas que te alcancen*; y era de carnes tan delicadas y tiernas que las costuras de las camisas, si no eran muy livianas le desollaban. Comía una sola vez al día y a la noche, aunque padecía gran hambre y era su más ordinaria comida pan cocido con sal y poca vianda, y a veces pasaba dos días sin gustar cosa ninguna. En el vestido, siempre roto y despreciado, sin haber usado de cosa nueva, veinte años trató un manteo viejo de bayeta raído, dando por razón su delicadeza y que no podía sufrir el peso del paño. Últimamente le hicieron admitir uno hecho de un ferreruelo de un seglar y tan corto que no pasaba de la rodilla.

Historia particular fuera menester hacerse para contar los innumerables ensayos que él hacía para //260v. humillarse. Decía que no tenía entendimiento para tener oración

por discurso y así oraba por actos y afectos de la voluntad, enderezando Dios sus obras, palabras y pensamientos, pidiendo favores y mercedes las que más había menester para el bien de su alma. Era agradable en su mansedumbre, fiel en la observancia regular, en la obediencia de casa, tratable y suave de condición, paciente sufrido, hombre sin queja, justo y temeroso de Dios. Tenía particular gracia y donaire en cuanto hablaba y trataba de las cosas de Dios con tanta sal y buen gusto que no solamente no cansaba, sino entretenía y dejaba sabrosos a los oyentes. Aspiraba con mucho conato a la perfección, procurando de no hacer cosa culpable por liviana que fuese o de no pasar sin castigarla, haciéndola para tener en esta vida su purgatorio, y decía que cuanto podía esperar de Dios, tanto había de pretender. Tan caritativo y misericordioso para con otros, que estando un novicio suyo apretado de una calentura pidió a Nuestro Señor se la diese con tal que al otro se la quitase. Consedióselo y arrebatole con mucha fuerza el fuego de ella y de manera que solía después decir él con mucho donaire: *no pensé que tan liberal estaba Dios en trabajos, de aquí adelante llevaré en paciencia los que me diere, mas no pienso pedírselos*. Fue muchos años a decir misa todos los días de fiesta a los Hermanos que estaban en la casería del campo, y en diciéndola volvíase a casa //261r. sin entrar ni ver siquiera la huerta y preguntándole por qué lo hacía así, respondió que él había leído en San Bernardo, que el hombre que había pecado era bien que se abstuviese de todas cosas de regalo y recreación y así lo hacía como quien se conocía por tan pecador.

## CAPÍTULO CXVI

### DEL EJERCICIO PRÁCTICO, DE LA MORTIFICACIÓN Y OTRAS VIRTUDES CON QUE ANDABA ENTRE DÍA Y SU DICHOSO TRÁNSITO.

Agravio me pareció llegando a este punto, que haría a los que desean ser en virtud perfectos si temiendo ser largo pasara en silencio la manera con que este santo varón se perfeccionó en la vida espiritual y religiosa con el ejercicio práctico de las virtudes en que deben aprovechar los deseosos de imitarle. Tocaré en breve lo que él hacía y remitiré lo demás a lo que él dejó escrito, de la práctica de la virtudes, doctrina verdaderamente recibida del cielo. Andaba todo el día en continua mortificación de los sentidos del cuerpo y pasiones del alma y mediante ella siempre en la presencia de Dios, a quien andaba sacrificando perpetuamente sus gustos, y porque en el sentido del olfato no tenía tan a la mano las ocasiones //261v. de sacrificarse. Pidió a Nuestro Señor se las diese de la suya y comenzó a sentir en donde quiera que estaba un mal olor sin saber la causa de donde naciese, ni percibirlo fuera de él persona alguna con quien él estuviese. Ayudábase para ésto de dos consideraciones: la primera, que la religión es un purgatorio de muy amigos, provechoso para el alma y el cuerpo, donde no sólo se satisface, como en el otro, sino también se merece aumento de gracia y gloria y como pagamos acá de contado con pequeñas penas sufridas por amor de Dios, nos libramos de muchas grandes del purgatorio, y así decía en las mayores aflicciones y trabajos que se le ofrecían, o cuando él más maltrataba su cuerpo y atormentaba sus sentidos privándoles de las cosas de su gusto: *Pedro no tenéis de que quejaros, en purgatorio*

*estáis, donde todo es padecer, mas alegraos que así satisfaréis a Dios por vuestras culpas.* Otras veces decía: *cuando pequé me hice esclavo del demonio y cuando me trajo Dios a la religión, conmutome aquella servidumbre en esta otra, para que sirva a todos como esclavo a mis señores*. Si algo comprendía daba gracias a Dios diciendo: *Señor a los esclavos a un pilar los atan y los acotan y siendo yo esclavo me dais el castigo de vuestros hijos*. Con esta continua meditación agradecía cualquier bien que se le hacía, como si no le fuera debido y llevaba en paciencia cualquier mal, como cosa de vida. Confundíase de sentarse con los demás a la mesa, o de verse con ellos en otros lugares, pareciéndole que el esclavo no había de comer a la par con los hijos. Ganó tanta tierra con este santo ejercicio que por ningún acaecimiento //262r. del mundo entró tristeza en su corazón que le durase un momento, de tal manera que totalmente había perdido el temor a los desprecios y tribulaciones.

En despertando por la mañana levantaba el corazón a Dios y decía: *Dios mío, que se me ha pasado una noche de mi destierro y se me acerca la partida para esa patria bienaventurada, cuándo ha de llegar aquella hora dichosa y alegre que os vea yo en clara visión y os goce eternamente. Padre mío, mientras me detenéis en este destierro, hacedme esta merced, que ande yo siempre en vuestra divina presencia, abrasado en vuestro divino amor y transformado todo en vos*. Lo mismo repetía a la noche y luego comenzaba a trabar con Jesucristo milagrosos coloquios, con unas palabras tan dulces, tan regaladas, tan sabrosas, tan llenas de suavidad del cielo, tan encendidas en fuego del divino amor que sólo leerlas bastaba para abrazar corazones de hielo y enternecer los de piedra y convertirlos a servir, amar y deshacerse por agradar a mi Señor que así se hace querer de los hombres. Agradecía además de ésto a Dios los muchos beneficios que les hacía, refrescando en breve la memoria de ellos y a los hombres también cualquier bien que le hubiesen hecho y pagábaselo con hacer oración por ellos.

Antes de comenzar cualquier obra decía: *Señor mío, yo quiero hacer esta obra lo mejor que yo pudiere por tu amor, por darte contento y agradarte por ser tú mi Dios dignísimo de ser amado, servido y adorado. Dadme Señor perfectísima caridad y gracia para que la haga con tanta perfección que os agrade sumamente en ella*. Añadía además de ésto los motivos particulares de obediencia, caridad o cualesquier otras virtudes a quien las obras pertenecían por ganar el mérito de ellas. A las imágenes hacía reverencia con particular //262v. devoción, porque además de las muchas exteriores con que solemos reverenciarlas, levantaba el corazón al cielo y adoraba lo que ellas representaban, juntando un acto de caridad y pidiendo para sí las virtudes que más habían de agradar a su Dios. *A la imagen de la Santísima Trinidad decía: Os adoro Beatísima, santísima, altísima e incomprensible Trinidad, que sois un Dios en esencia y trino en personas y huélgome que seáis Dios y Señor universal de cielos y tierra, y os ameis como os amais y os goceis como os gozais, y que seais cual y quien sois, dadme copiosa gracia para que me salve y todas aquellas virtudes con que yo más y mejor ame, sirva y agrade*. A la misma vez adoraba las tres personas, a cada una de por sí, cuando reverenciaba sus imágenes y las de Nuestra Señora y las de los Santos y Ángeles, acomodándoles sus particulares y propias alabanzas y pidiendo sus intersecciones para el mismo fin que dijimos. Finalmente él andaba

todo ardiendo en amor de Jesucristo y mirándose en él como en su espejo y componiéndole algunas poesías, no de poeta, sino de amante fervoroso y santo, que como a soplos le inflamaban el corazón. Sirva esta muestra //263r.

*Vos Cristo sois mis espejo cristalino*
*en quien jamás me harto de mirarme.*
*Vos sois mi dulce y santo amor divino*
*y en este santo amor deseo abrazarme.*
*Deseo estaros amando de continuo*
*y de vuestra presencia no apartarme,*
*deseo de vos mi amor ser tan amado*
*que en vos esté yo siempre transformado.*
*Jesús quien de servirte no gustare*
*no sabe que es gustar de cosa buena,*
*no sabe que es amar quien no te amare.*

Y por no olvidarse de su santa costumbre de humillarse y deshacerse añadió a lo último:

*Noten aquí el poder del poderoso*
*que hizo componer sin tener vena*
*a Pedro tosca piedra del Pedroso.*

No le faltaron muchas y muy graves enfermedades y dolores vehementísimos que padecer, mas en todos ellos mostraba la alteza de ánimo verdaderamente tocado con la mano de Dios, y esforzado con el reparo de la paciencia, cuando le apretaban sobre sus fuerzas volvíase al Señor y decíale con afecto y confianza de hijo: Señor ya no puedo más, y al punto le aplacaban. Bien se parece la mucha cabida que tenía con Dios //263v. y el grande amor que Dios le tenía. La última enfermedad que tuvo en la vida fue larga, pesada y penosa, de unas cámaras que poco a poco fueron gastándole hasta consumirle. Mas la pesadumbre y cuidado de ella, todo cargaba sobre sus hombros, aunque tan flacos, porque así por no dar trabajo a los de casa, por cuyo esclavo él se tenía, como por morir humilde como había vivido, no consintió que acudiese a su cura sino un mozo de casa; y aun a éste excusaba de los oficios humildes que más han menester tales enfermedades, haciéndolos él mismo por sus manos, sin ser bastante ninguna flaqueza a sacarle de su paso ordinario. No le miraba hombre en aquella cama y viera aquella humildad y encogimiento de niño, aquel sufrimiento y alegría de ángel, aquella paz y sosiego de santo, aquella confianza de amigo de Dios, que no envidiara su muerte y engrandeciera las misericordias del Señor de que estaba llena aquel alma. Deseaba con ahínco de amor de salirse de las ataduras del cuerpo y volar a Cristo su esposo, y tan fiado estaba en su bondad y largueza que esperaba en ella de no pasar por el purgatorio. Tan grandes eran las prendas que le había dado el Señor de su salvación. Recibió los últimos sacramentos con el gozo y devoción que podía esperarse de tal vida, y como en ella había sido humilde, también procuró serlo en la muerte; no consintió que se quedase la última noche con él otra persona que un donado de casa, por no dar este pequeño y tan debido trabajo a ningu-

no. Cuando le vieron difunto no cabían todos de gozo por la certidumbre que les había dejado de su bienaventuranza y ni entonces ni ahora se halla quien haga memoria de él con menos que muchas bendiciones de su santidad y pureza. Tales son las muertes, tales las memorias del justo y más tan humilde como el que acabo de tratar no porque acabe de referir todas sus obras, sino porque las demás no se saben habiéndolas encerrado en su pecho la llave y sello de su humildad, su muerte a los [blanco] de 1598. //264r.

## CAPÍTULO CXVII

### DE ALGUNOS PADRES QUE MURIERON EN LA CIUDAD DE GRANADA EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS CONFESANDO LOS HERIDOS DE PESTE.

Este año saltó en Granada una centella del incendio común y peste de la Provincia. Puso tanto miedo a los principios (como cosa nueva en la tierra), que primero se morían muchos enfermos, que se diesen maña a remediarlos. Era tanto el desamparo de los heridos que apenas hallaban quien les administrase los sacramentos. Tomaron esta empresa los de la Compañía y de muchos que para ello se ofrecieron y aun lo pidieron con lágrimas de rodillas, sólo se escogieron por entonces los Padres Pedro de Molina y Antonio Fernández, naturales el uno de Motril y el otro de Córdoba, señalándoles al Hermano Miguel de Valdivia, que los hiciese compañía y les ayudase. Partiéronse al hospital, sacramentaron a los enfermos, llevando por entonces consigo el Santísimo Sacramento desde el Colegio, y volviéndose a la ciudad juntaron grandes limosnas entre personas honradas y solicitaron el remedio de los pobres, con lo que tenían obligación de acudirles. Hizo la ciudad demostración de su caridad y buen celo, acomodaron al hospital de alhajas, oficiales y todo lo necesario. Dio la mano en este aprieto, con su acostumbrada piedad, el Arzobispo Don Pedro de Castro y Quiñones, y sustentó en gran parte la cura de los enfermos con ordinarias limosnas y regalos particulares, que siempre repartió por mano de los nuestros, a quien envió cada día el sustento necesario todo el tiempo que sirvieron al hospital. La necesidad era grande y conforme la gravedad de ella y el número de //264v. los enfermos, cargó sobre los Padres el peso del trabajo. Lleváronlo animosamente confesando a los heridos de la mañana a la noche, esforzando y consolando a los afligidos, regalando a los necesitados y enseñando o declarando a los convalecientes la doctrina Cristiana. Todo lo hacía llevadero el amor de Jesucristo y el fervor de la devoción que en semejantes ocasiones, aun en los tibios, se enciende la esperanza del premio y con la piedad de la obra y común agradecimiento de todos. Con este aliento se metieron aquellos Padres en medio del fuego de la peste sin perdonar trabajo ni rehuir peligro. Pasaron diez días y aunque sobraba el ánimo desfallecía el cuerpo, y destemplado con el mucho cansancio cedió el mal y hiriéronse el Padre Pedro de Molina y el Hermano Valdivia. Doliéronse no de su enfermedad, sino de la falta que hacían a la de los prójimos, y porque éstos no la sintiesen entraron en su lugar el Padre Marco Antonio, vizcaíno de nación, y el Padre Francisco de Cuellar, natural de Baena, villa principal del Estado de Sesa y Obispado de Córdoba, 27 millas de la ciudad. Prosiguieron con igual ánimo la empresa de los primeros y después de algunos días salieron heridos como ellos y dieron la vida en beneficio de los enfermos, llevando el Señor para sí los tres sacerdotes,

hombres verdaderamente de mucho valor y esfuerzo para semejantes empleos y de grande ejemplo y virtud en la religión. No hizo volver el pie atrás ni acobardó a los demás obreros el ver a los ojos las muertes de sus Hermanos, antes envidiosos de su buena suerte, todos se ofrecían a tomar su puesto con alegría. Sucediéronles terceros, especialmente el Padre Juan Fernández, natural de Córdoba, y otros, y cuartos, y despertados con su ejemplo hicieron lo mismo algunos otros religiosos graves de las sagradas ordenes de Santo Domingo y San Francisco, de los cuales también murieron algunos //265r. en la demanda. Perseveraron allí los nuestros hasta que yendo de caída la enfermedad, el Cabildo de la ciudad envió sus diputados al Rector de la Compañía que de su parte le pidiesen los retirase y le agradeciesen el beneficio que en tan fuerte ocasión habían hecho a su república, cuya memoria dejaban escrita a los venideros en los libros de la ciudad, conservada en sus archivos, en reconocimiento de la obligación de que sólo Dios por quien los Padres se habían ofrecido a la muerte podía sacarlos, siendo el premio de sus trabajos.

Mostró Nuestro Señor cuan agradable le era el sacrificio que le hacían estos santos varones, aun antes que con la muerte lo consumasen, revelando a personas de aprobada virtud y santidad el dichoso fin que les esperaba dentro de breves días, como lo declararon ellos, algunos antes que sucediesen y después de haber sucedido se los mostró el mismo Señor a todos tres resplandecientes y gloriosos con palmas en las manos y coronas en las cabezas, especialmente el padre Pedro de Molina, hombre de grande ánimo y celo de la honra de Dios, noble por linaje y mas por su mucha virtud y religión. Fue visto en otro lugar bien distante con la misma gloria y resplandor de una persona muy siervo de Dios a quien él había reducido algunos años antes a su siervo, testificolo él a personas de crédito y testificáronlo algunas otras que le oyeron hablar con él estando el dicho para morirse, pero muy entero su juicio y sentidos y preguntado por quien hablaba, respondió que con el santo varón, por cuyo consejo había hecho voto de castidad. Pasó ésto antes aun que allí llegase la nueva de que el Padre era muerto. Quiere el Señor declararnos cuán aceptos le son semejantes servicios y despertarnos con estos favores a la imitación de aquellos varones a quien los hace. //265v.

## CAPÍTULO CXVIII

## DEL PADRE ANTONIO SÁNCHEZ, FIEL OBRERO DE LA COMPAÑÍA.

El Padre Antonio Sánchez fue natural de la Sierra de las Yeguas, lugar pequeño del Marquesado de Estepa, principal villa de Andalucía. Gastó los años de mancebo en la Universidad de Osuna, donde aprovechó mucho en los estudios y recibió el grado de Maestro en Artes con buen número de letras y con aprobación y aplauso de todos. Siendo ya de 32 años le llamó Dios a la Religión, obedeció luego la voz del Señor y partiose en busca del Provincial a Sevilla. Éralo entonces el Padre Licenciado Pedro Bernal, el que le recibió con gusto en la Compañía, prometiéndose el buen suceso que después tuvo y para hacer prueba de su constancia y lograr el fervor de su vocación enviole en peregrinación desde Sevilla a Montilla. Púsose al punto en camino y comenzó a seguir el de la perfección en el noviciado y a entregarse de veras al ejercicio de las virtudes. Era su fervor tan grande y la prisa tan extraordinaria que admirado su maestro de verle

le dijo una vez: *¿qué prisa es esta de penitencias y mortificaciones Padre Antonio Sánchez?*, respondió él, *si una bestia que sale de la posada bien comida y descansada comienza a caminar lerda y flojamente bien merece que el caminante le de bien de espuelas y aun de palos, pues estando holgada no sale corriendo. Si esta bestiezuela de mi cuerpo ahora que viene del mundo y sale del regalo no corre aprisa y con brío por el camino de las virtudes ¿no merece bien la vara y espuelas?*, confusión por cierto de los que así entramos en el camino de la vida espiritual, como si estuviéramos fatigados de andarlo y así nos dormimos en él //266r. como si no nos quedara que andar. Este santo varón con prisa se puso en él, prosiguiolo con prisa sin hacer pausa ni salir de su paso por cosa de esta vida y acabó su jornada con tanta prisa que pocos de su tiempo lo alcanzaron.

Consagrose de corazón al ministerio de las confesiones y al trato familiar con los prójimos, ayudábalos y socorríalos en todas sus necesidades temporales y espirituales, sin cansarse de importunidades o flaquezas ajenas y aunque a todos hacía buen rostro, recibía con más voluntad a los pobrecitos diciendo que éstos se arrebataban al cielo. Cuando abrían las puertas de la iglesia, miraba desde el coro y preguntado por qué lo hacía, respondió, que para ver si había caído algún pájaro en la losilla, tanta era la sed que tenía de remediar las almas que no aguardaba que le llamasen, él mismo se venía a buscarlas y las esperaba en el confesionario. Salía con particular afecto a las Misiones y solía decir que eran el mejor bocado de la Compañía; cuando estaba en ellas andaba a la caza de pobres enfermos, viejos y desamparados y gente necesitada de remedio, para dárselo cogíale la luz del día a las puertas de la iglesia sentado en el suelo y confesando los trabajadores del campo porque no faltasen a sus tareas ni perdiesen de su jornal. Abierta la iglesia proseguía las confesiones hasta las doce y después de haber comido un bocado, sin tomar ningún reposo, tornaba a su puesto y aguardaba en oración a la gente. Continuaba las confesiones hasta las ocho y traía consigo algunos hombres del campo y gastaba en confesarlos hasta las diez de la noche. Donde quiera que estaba visitaba cada semana las cárceles, exhortaba los presos a la confesión y penitencia de sus culpas, enseñándoles que esta era la causa principal de su prisión y trabajos. Daba vueltas por casas de personas pobres y enfermas, confesábalos y animábalos con ejemplos santos a la paciencia y tenía tanto cuidado de ésto que aun cuando obligado de la obediencia se salía alguna vez al campo a respirar del ordinario trabajo, primero cumplía //266v. con estas visitas y diciéndole uno de sus compañeros: *pues padre también hoy que es día de recreación hemos de ir a enfermos*, respondió con mansedumbre y sentimiento: *pues Hermano ¿con qué cara me sentaré yo a comer sin haber hecho algún beneficio a los pobres?*. Dicho verdaderamente cristiano aprendido en la escuela de Jesucristo.

Estaba en cierto lugar un pobre sacerdote puesto en cadenas por haber perdido en juicio, visitábale algunas veces con mucha caridad y sentado a la cabecera de su lecho le cortaba el cabello y barba y las uñas de los pies y manos, llevando en retorna de este beneficio muchos golpes y agravios que el enfermo como loco le hacía. Con otro pobre usó de esta misma piedad y regalo sin que la enfermedad de él, tan horrible y asquerosa, que a todos ahuyentaba, le detuviese. A la cárcel llevaba cántaros de agua y algunos haces de leña a los pobres necesitados.

## CAPÍTULO CXIX

## DE LAS MUCHAS VIRTUDES DEL PADRE ANTONIO SÁNCHEZ, ESPECIALMENTE DE SU ORACIÓN, DEVOCIÓN Y MORTIFICACIÓN.

Era un dechado de toda perfección religiosa, exactísimo en la disciplina y regular observancia y aventajado en todas virtudes, en la oración fervoroso, en la mortificación interior y exterior continuo, a la obediencia presto y rendido, en sus ojos vil y despreciado, en la pobreza menosprecio de las cosas temporales, magnánimo en la abstinencia y pureza de vida admirable, en próspero y adverso de alegre semblante, y en todos tiempos y acciones igual con él y en el celo de la honra de Dios, y en sentir y llorar las ofensas hechas contra su Divina Majestad como Jeremías. Cuando sucedían algunas calamidades o pérdidas de armadas o ejércitos cristianos, se dolía mucho de ver que con ellas no se enmendasen los hombres y solía decir con mucho sentimiento: *dissi pasi sunt nec compuncta*.Tuvo siempre grandísimo horror al pecado mortal e imprimíalo en las almas que trataba, de manera que era opinión común en el pueblo que quien de asiento se confesaba con él era hombre de bien. //267r. Lo mucho que Nuestro Señor le comunicaba en la oración, sus obras lo decían, que son los testigos mas fieles y abonados lo que pasa en aquel retrete. Muéstranlo también las muchas horas que en ella gastaba. Comenzaba él por la mañana en el coro una hora antes que los de casa se levantasen y proseguía en su aposento hasta que ellos acababan la suya, de noche tornaba a dar otra hora de este celestial paso a su alma, siempre con una humildad y reverencia profunda, de rodillas cuando estaba en presencia de otros, y a sus solas postrado en tierra y la boca en ella hasta que la fatiga del cuerpo le obligaba a mudar posturas y entonces sentábase sobre los pies, siempre en medio del aposento por no tener ocasión de arrimarse. De la misma manera rezaba el oficio divino, con profunda inclinación del cuerpo, el rostro casi en el suelo. Cuando andaba en Misiones y le ocupaban todo el día los prójimos, quitaba del reposo de la medianoche (aunque era bien poco el que daba a su cuerpo) y levantábase a cumplir la tarea de su oración; ayudábase para ella de la lección de libros santos y de aquellos más que sirven más al afecto de la devoción que al de la curiosidad.

Fue devotísimo de la Virgen, Nuestra señora, y adoraba sus imágenes con varios ramilletes y flores.Tuvo particularísima reverencia al Santísimo Sacramento y a la señal de la Cruz, tanto que con no haber dado en toda su vida muestra alguna de su ingenio y estudios, el afecto de esta devoción le sacó de su paso y le hizo componer algunos himnos devotos que fijaba junto a las cruces para despertar a los que viesen esta santa señal a su adoración y reverencia. Fue también muy dado al servicio y devoción de los Santos Ángeles y experimentó su favor y amparo en algunas ocasiones bien apretadas. Caminaba una noche para un lugar con un compañero, halláronse perdidos al amanecer junto a una laguna de una legua de largo, viéronse de repente cercados de agua entre mil pantanos sin saber como salir de ellos. Estando en este aprieto invocó el buen Padre la ayuda de Nuestro Señor y de sus Ministros. Oyeron luego una voz que les dijo: *A la mano izquierda*; miraron a una parte y a //267v. otra, si parecía quién les hablaba, mas no vieron a nadie.Tornó a secundar la voz y decir: *A la mano izquierda*. Hiciéronlo así y hallaron una senda tan descubierta, tan enjuta y apacible que por ella

escaparon del peligro y sin molestia. Preguntole el compañero de quién sería aquella voz y respondió con mucha seguridad y certeza, que del Ángel de la Guarda.

Desde el primer día que se dedicó al servicio de Dios en la Compañía comenzó una muy reñida y cruel batalla contra su carne, haciendo guerra perpetua y sin tregua a sus pasiones, sin que los años y flaquezas del cuerpo ni graves enfermedades le hiciesen alzar la mano de perseguirse, antes cada día buscaba muchas invenciones para afligirse y enfermo y sano jamás perdió punto ni ocasión en que pudiese vencerse. Tomaba muy ordinarias disciplinas públicas y secretas, con tanto rigor y por tan largo espacio que era materia de confusión juntamente y lástima de sus vecinos. Tenían la de ver a un hombre viejo gastadas las carnes del mal tratamiento que se hacía, el cuerpo seco como una tabla de la mucha abstinencia, azotarse tan sin piedad que no parecía descargar el golpe de la disciplina sobre su carne sino en alguna piedra o madero y con tanto odio de sí, que faltándole las fuerzas para sostener la lluvia de tan duros azotes le oían decir hablando con su cuerpo: *tente perro, tente perro*; y porque no hubiese parte en él que no probase el rigor del azote apagando la lumbre se desnudaba del todo de las vestiduras.

Era muy parco en el sueño, tomábale raras veces en sábanas y muchas vestido y porque aun aquel descanso tan necesario no le gozase el cuerpo sin mezcla de penitencia hacía mil ensayos para atormentarle. Halláronle una vez en el rigor del invierno envuelto en la manta, los pies desnudos descubiertos sobre la almohada y la cabeza caída sobre los pies de la cama, riéronse de verle así (cosa de que él gustaba mucho por su desprecio) y ayudando a el les dijo con un santo donaire: *estos pobres pies andan siempre afrentados por el suelo, conviene algunas veces tenerlos honrados y en el mejor lugar*. Nunca faltan a los humildes razones para abatirse ni para mortificarse a los penitentes. Fue //268r. pacientísimo del furor y calor y otras inclemencias del cielo y buscaba ocasiones de padecerlas. Cuando fregaba el vidriado de casa (que lo hacía muy a menudo y por muchos días continuados) se bañaba los brazos en el agua hirviente, y preguntándole uno cómo podía sufrirla, respondió: *pues cómo podré yo sufrir el fuego del infierno*. Otras veces los llegaba a la lumbre del candil diciendo: *quémate puerco, chamúscate*, y como lo decía, así lo hacía. Escogía de la comida lo menos y más vil, y en los ayunos y Adviento y Cuaresma, no tomó colación a la noche. La bebida siempre de agua y cuando le decían que usase de algún vino por su vejez y flanqueza, respondía: *si así no me puedo valer con este perro muerto, ¿qué será si le doy vino?*. Guardaba en la mesa singular modestia, excusaba en los manjares cuanto podía darse gusto y por estragar el poco que recibía con alguna mortificación de la carne, desacomodábase en el asiento teniendo siempre los pies levantados del suelo y en el aire pendientes. Tenía gran señorío sobre todos sus afectos, húbose con los parientes como si no los tuviera y hallándose a una legua de su tierra no pudieron acabar con él que los visitase; antes encontrándose con un hermano suyo en la calle le preguntó de paso Cómo estaba y encargándole que sirviese a Dios al punto se despidió de él y se fue a la iglesia al confesionario. No se vio mayor templanza y concierto de lengua, pocas palabras y esas muy agradables y enderezadas al provecho de los prójimos y humillación de sí mismo, austero solamente consigo y amoroso con todos, manso, afable y lleno siempre de un santo donaire con que a todos ganaba las voluntades y aunque en sus ordinarias conversaciones trataba mucho de la muerte, del jui-

cio y castigos de los pecados, la buena gracia de sus razones y alegría de su semblante las hacía gustosas, muy apacibles y provechosas. Fueron por ésto muchas las almas que él sacó de pecados y muchas las que conservó en la enmienda de sus costumbres. //268v.

## CAPÍTULO CXX

## DE LA HUMILDAD, POBREZA, PACIENCIA Y OBEDIENCIA DEL PADRE ANTONIO SÁNCHEZ.

Tuvo especial amor y afición a la virtud de la humildad, trabajó toda su vida por alcanzarla sin perder ocasión de humillarse ni admitir alguna de su alabanza, como otros suelen contar grandezas de sí y de los suyos, él se gloriaba de la humildad de sus deudos olvidando los que tenía honrados y ricos y haciendo caudal y memoria de los pobres y menos calificados. Encontrose una vez con una pobrecita vieja en la calle, dijo a los compañeros que era su prima, y como a tal la habló y acarició en su presencia. Decía de si que había sido pastor, gañán y porquerizo, y con mucha sal contaba algunas cosas que en estos tiempos había visto y dábales principio diciendo: *siendo yo zagalejo que guardaba cabras y ovejas en mi tierra*, etc. Estando una vez en Baena hablando con el Marqués de Hardales, le pidió con mucha humildad perdón de los daños que siendo zagalejo le había hecho con el ganado en sus tierras. Mas tan lejos estuvo de perder por ésto con aquellos señores que antes cobraron de él y de su santidad nueva estima y amor, y cuando se quiso partir de aquel lugar todos ellos se echaron a sus pies pidiéndole su bendición. El gusto de que abatirse tenía era tanto que con todo género de gentes conocidos y no conocidos después de las primeras salutaciones, luego sin saber cómo iniciar la plática de su bajeza usando siempre de comparaciones humildes y de cosas de campo, pero con tanto donaire que a ninguno parecía pesado. Honraba a todos y dábales el mejor lugar, preveníalos de bonete y hablaba con los menores como si todos le fueran superiores.

La pobreza de este gran siervo de Dios era extremada, todas las alhajas de su persona y aposento la pregonaban las esteras que le daban para el abrigo de la celda, guardábalas en un rincón enrolladas, casi nunca usaba de la silla //269r. porque la de su descanso era el suelo. Nunca tuvo la mesa adornada y compuesta de muchos libros sino de los que precisamente había menester, un Navarro y otro Doctor Moral y algún Santo, los papeles de sus estudios y otros muchos que siendo estudiante había juntado con gran curiosidad y eran de mucha estima los sacrificios a Nuestro Señor, todos en una hoguera. Cuando caminaba de un lugar a otro y él podía excusar gasto veníase a pie con las alforjas al hombro. Habíase hecho de carecer de las comodidades de esta vida y había criado en su alma un espíritu verdaderamente grande, magnánimo, fuerte, despreciador de todas las cosas y sufridor de todas incomodidades. Nunca dolores ni enfermedades por graves que fuesen le sacaron de su paso, ni turbaron la alegría de su semblante, ni le hicieron desmayar punto en el fervor y deseo de acudir a los prójimos. Estando en una Misión, volvía de la iglesia a la posada bien cansado de oír confesiones y muy de noche, cayó sobre una piedras y lastimose de manera que fue necesario traerle en peso hasta su casa, sobrevínole un recio accidente de frío con que se afligió no él, sino el

compañero pensando que tendría enfermedad para muchos días, mas luego a la mañana siguiente apenas era de día cuando él se puso en pie y volvió a la iglesia, como si estuviera sano, a sus ministerios. Obró después el golpe de la caída junto con el excesivo trabajo y penitencia continua y echaba de puro molido sangre hecha podre por la boca. Trató el compañero con él que descansase y atendiese con algún regalo a su salud, porque sin duda perdería la vida si no lo hacía y respondió con aquella su alegría y fervor: *Padre, los que van a Inglaterra ¿no dan sus vidas por Dios* //269v. *de buena gana?. pues ¿por qué no perdemos aquí la nuestra por el mismo Señor y por sus almas?*, varón verdaderamente magnánimo en la virtud y heroico en las obras, especialmente señalado en las de la obediencia.

Jamás se le conoció otra voluntad, ni se le oyó otro si ni otro no que el del Superior, y tan a mano le tenía para cuantas cosas de él querían que por la excelencia y ventajas de esta virtud le solían llamar el "quitapesares de los superiores". De día y de noche trabajado o holgado para todas cosas en todos lugares y a todas horas estaba tan presto a la voz de la obediencia como si estuviera siempre sobrado de todo género de ayudas y comodidades. Baste el ejemplo de su gloriosa muerte, para dechado de todas sus virtudes, pues todas resplandecieron ventajas en ella.

Afligía la peste de estos años a la ciudad de Jerez, fue muy cruel la de 1601. Quiso la Compañía por la obligación y amor que tiene a aquella República enviar allí algunos padres que ayudasen a los enfermos. Acordose que el año antes se le habían ofrecido con muchas veras el Padre Antonio Sánchez para semejante empresa en Sevilla y que no había podido el buen Padre lograr sus deseos por haberle prevenido Nuestro Señor con una grave enfermedad que allí padeció. Escribió al Rector de Montilla que le representase la necesidad de Jerez, hízolo así el Rector y díjole que no le mandaba sino proponíale sencillamente el aprieto de aquella ciudad y que dejaba en sus //270r. manos el acudirle. Quitose al punto la ropa, en señal de su prontitud y con gran alegría y devoción dijo: *Jesús, Padre vamos luego, vamos luego, que esta ocasión para restaurar 27 años de libieza en el servicio de Nuestro Señor*. Tomó luego una pobre camisa, el breviario y un cartapacio pequeño con un silicio y ató todo con una disciplina y sin cuidar de más ropa, ni sombrero, ni otras alhajas de camino, ni de viático para él, se vino el día siguiente a la portería para partirse con tanto gozo y aliento como si le esperaran las mayores fiestas y recreaciones del mundo. Acomodáronle allí los padres lo mejor que pudieron y él salió de casa ganosísimo de ver el fin de aquella jornada, como si tuviera presente el dichoso suceso que él esperaba. Luego que llegó a Jerez, tomó por compañero al Hermano Gaspar de Vargas, natural de la ciudad de Córdoba, y juntos se fueron al hospital. Sacramentaba con admirable caridad los enfermos y los ratos que de este trabajo le sobraban, gastábalos retirado en un oratorio, donde tenía el santísimo Sacramento, en profunda y regalada oración, postrado en tierra. Guardaba extraña abstinencia en la comida y tanta //270v. pobreza en la mesa que por ejercitarle se privó del uso de la servilleta y cuchillo y de otras cosas comunes aun a los pobres que allí se curaban, y haciéndole instancia el compañero que las usase le respondió que quería experimentar cómo se hallaba sin ellas para estar hecho si en algún tiempo le faltase lo necesario. Continuaba las disciplinas y penitencias con el mismo y aun mayor rigor que solía cuando estaba más descansado. Venciole al fin el excesivo trabajo y la contagión del mal dentro de tres días e hiriose de una landre y carbunco junto con un tabardillo pestilen-

cial. Eran los accidentes gravísimos, mortales las baseas, la igualdad de ánimo con que las padecía maravillosa. Recibió todos los días que estuvo enfermo el Santísimo Sacramento con mucha devoción y ternura de su alma y con la misma el de la extremaunción un día antes de que muriese. Murió el Miércoles Santo 18 de abril a las tres de la mañana y a los 59 años de su edad. Vivió en la Compañía los 27 con raro ejemplo de santidad y no menor opinión y estima de ella en toda suerte de gentes seglares y religiosos, ricos y pobres, plebeyos y nobles. Era hombre de buena estatura, el rostro seco, semblante alegre, //271r. ojos modestos, de muy pocas carnes, gastado el cuerpo con los trabajos y penitencias. Humilde con todas sus acciones, de complejidad flaca y que sentía mucho cualquier incomodidad o rigor, mas de espíritu tan robusto y fuerte que todo lo padecía, no sólo sin quejas pero con gusto. Santo en la vida y santo en la muerte.

Hiriose poco después del mismo mal el Hermano Gaspar de Vargas, su compañero, que junto con él visitaba y consolaba a los enfermos y le acompañaba en la administración de los sacramentos. Era caritativo y devoto y amigo de hacer bien a todos y curó al Padre en su enfermedad con amor de hijo y grande veneración de su santidad. Así le premió el Señor llevándole poco después del mismo mal para que hiciese compañía al santo varón a quien en tan gloriosa demanda la había hecho en la tierra.

## CAPÍTULO CXXI

## DEL PADRE ANTONIO CORDESES, ANTIGUO Y APOSTÓLICO VARÓN DE LA COMPAÑÍA. //271V.

E'3 Equipo Estudios Ecijanos

Asociación de Amigos de Écija

PRODER CAMPIÑA ALCORES

ANDALUCÍA

*EMPRENDEDORES RURALES ANDALUCES*
*GRUPO DE DESARROLLO RURAL*
*DE LA CAMPIÑA Y LOS ALCORES DE SEVILLA*

UNION EUROPEA
Fondos Estructurales

MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Agricultura y Pesca

JUNTA DE ANDALUCIA
CEP. OSUNA-ÉCIJA